

Norte y Sur

Elizabeth Cleghorn Gaskell

Capítulo I

Las prisas de la boda

—¡Edith! —susurró Margaret con dulzura—. ¡Edith!

Pero Edith se había quedado dormida. Estaba preciosa acurrucada en el sofá del gabinete de Harley Street con su vestido de muselina blanca y cintas azules. Si Titania se hubiese quedado dormida alguna vez en un sofá de damasco carmesí, ataviada con muselina blanca y cintas azules, podrían haber tomado a Edith por ella. Margaret se sintió impresionada de nuevo por la belleza de su prima. Habían crecido juntas desde niñas, y todos menos Margaret habían comentado siempre la belleza de Edith; pero Margaret no había reparado nunca en ello hasta los últimos días, en que la perspectiva de su separación inminente parecía realzar todas las virtudes y el encanto que poseía. Habían estado hablando de vestidos de boda y de ceremonias nupciales; del capitán Lennox y de lo que él le había explicado a Edith sobre su futura vida en Corfú, donde estaba destacado su regimiento; de lo difícil que era mantener un piano bien afinado (algo que Edith parecía considerar uno de los problemas más tremendos que tendría que afrontar en su vida de casada), y de los vestidos que necesitaría para las visitas a Escocia después de la boda. Pero el tono susurrado se había ido haciendo cada vez más soñoliento hasta que, tras una breve pausa, Margaret comprobó que sus sospechas eran ciertas y que, a pesar del murmullo de voces que llegaba de la sala contigua, Edith se había sumido en una plácida siestecilla de sobremesa como un suave ovillo de cintas, muselina y bucles sedosos.

Margaret iba a contarle a su prima algunos planes y sueños que abrigaba sobre su vida futura en la rectoría rural en que vivían sus padres y donde había pasado siempre las vacaciones muy contenta, aunque en los últimos diez años la casa de su tía Shaw había sido su hogar. Pero, a falta de oyente, tuvo que considerar en silencio el inminente cambio de la vida que había llevado hasta entonces. Fue una cavilación feliz, si bien matizada por la pena de verse separada durante un tiempo indefinido de su cariñosa tía y de su querida prima. Mientras pensaba en la dicha que supondría ocupar el importante puesto de hija única en la vicaría de Helstone, llegaban a sus oídos retazos de la conversación de la sala contigua. Su tía Shaw conversaba con cinco o seis señoras que habían cenado allí y cuyos esposos seguían en el comedor. Eran los asiduos de la casa, vecinos a quienes la señora Shaw llamaba amigos sólo porque comía con ellos más a menudo que con otras personas y porque si Edith o ella necesitaban algo de ellos, o a la inversa, no tenían reparos en acudir a sus respectivas casas antes de la hora del almuerzo. Aquellas señoras

y sus esposos habían sido invitados a la cena de despedida, en su calidad de amigos, en honor de la próxima boda de Edith. Ésta había puesto bastantes objeciones al plan, pues esperaban al capitán Lennox, que llegaría aquella misma tarde en un tren de última hora; pero, aunque era una niña mimada, era demasiado despreocupada y negligente para tener una voluntad propia muy fuerte, y cedió en cuanto supo con certeza que su madre había encargado los exquisitos manjares de la temporada que se supone que son siempre eficaces contra la pena desmedida en los banquetes de despedida. Se conformó recostándose en la silla, jugueteando con la comida de su plato, y mostrándose seria y distraída, mientras todos los que la rodeaban disfrutaban con las ocurrencias del señor Grey, el caballero que ocupaba siempre la cabecera de la mesa en las cenas de la señora Shaw y que pidió a Edith que los obsequiara con un poco de música en la sala. El señor Grey estuvo especialmente simpático en aquella cena de despedida, y los caballeros permanecieron en el comedor más tiempo del habitual. Y había estado bien que lo hicieran así, a juzgar por los fragmentos de conversación que le llegaban a Margaret.

—Yo sufrí demasiado, y no es que no fuera muy feliz con el pobre y querido general. Pero aun así, la diferencia de edad es un inconveniente; un inconveniente que yo estaba decidida a que Edith no tuviera que soportar. Claro que ya preveía yo que mi preciosa hijita se casaría pronto. Y no es pasión de madre. De hecho, había dicho muchas veces que estaba segura de que se casaría antes de cumplir los diecinueve años. Tuve un sentimiento muy profético cuando el capitán Lennox —y aquí la voz se convirtió en un susurro inaudible, aunque Margaret pudo llenar el vacío sin problema. El curso del verdadero amor de Edith había sido sumamente fácil. La señora Shaw había cedido al presentimiento, como decía ella, y en realidad había alentado la boda, aunque quedaba por debajo de las expectativas que muchos conocidos de Edith habían imaginado para ella: una heredera joven y hermosa. Pero la señora Shaw alegó que su única hija se casaría por amor, y suspiró profundamente, como si el amor no hubiese sido el motivo de que ella se hubiera casado con el general. La señora Shaw disfrutaba del romanticismo del presente compromiso bastante más que su hija. Y no es que Edith no estuviera profunda y absolutamente enamorada, aunque sin duda habría preferido una buena casa en Belgravia a todo el pintoresquismo de la vida en Corfú que describía el capitán Lennox. Edith simulaba temblar o estremecerse ante los mismos detalles que entusiasmaban a Margaret mientras escuchaba; en parte, por el placer que le procuraba que su tierno enamorado la disuadiera de sus aflicciones y, en parte, porque todo lo relativo a una vida provisional o errante le resultaba verdaderamente desagradable. Pero si hubiese aparecido alguien con una mansión espléndida, un gran patrimonio, y un buen título por añadidura, Edith se habría aferrado al capitán Lennox mientras la tentación durara; y es posible que, cuando pasara, hubiera tenido pequeñas dudas de mal

disimulado arrepentimiento por que el capitán Lennox no aunara en su persona todo lo deseable. En eso se parecía a su madre, que, después de casarse a sabiendas con el general Shaw sin ningún sentimiento más cálido que el respeto a su carácter y su posición, no había dejado de lamentar nunca, aunque discretamente, la mala suerte de verse unida a alguien a quien no podía amar.

»No he escatimado gastos en su ajuar —fueron las palabras que oyó Margaret a continuación—. Tiene todos los chales y pañuelos indios preciosos que me regaló el general y que yo no volveré a usar.

—Es muy afortunada —repuso otra voz, que Margaret reconoció. Era la señora Gibson, una dama que se interesaba mucho más en la conversación porque una de sus hijas se había casado hacía pocas semanas—. Helen tenía toda su ilusión puesta en un chal indio, pero la verdad es que cuando averigüé el precio exagerado que pedían por él, me vi obligada a negárselo. Se morirá de envidia cuando sepa que Edith tiene chales indios. ¿De qué clase son? ¿De Delhi, con esas preciosas orlas?

Margaret oyó de nuevo a su tía, pero esta vez, como si se hubiera incorporado de su posición medio recostada y mirara hacia el gabinete, donde la luz era más tenue.

—¡Edith! ¡Edith! —gritó; y se recostó como si estuviera agotada por el esfuerzo.

Acudió Margaret.

—Edith se ha dormido, tía Shaw. ¿Puedo hacer yo algo?

—¡Pobrecita! —exclamaron las damas al unísono al oír aquella triste información sobre Edith. Y la perrilla faldera de la señora Shaw empezó a ladrar en sus brazos como si la explosión de piedad la hubiera agitado.

—¡Cállate, Tiny, niña mala! Vas a despertar a tu dueña. Sólo quería pedir a Edith que le dijera a la señora Newton que baje los chales. ¿Lo harás tú, Margaret, cariño?

Margaret subió a la antigua habitación de las niñas, en la última planta de la casa, donde Newton estaba ocupada preparando algunos encajes que hacían falta para la boda. Mientras ella iba a sacar los chales (no sin refunfuñar entre dientes), que ya se habían enseñado tres o cuatro veces aquel día, Margaret miró a su alrededor: aquélla era la primera habitación de la casa que había conocido hacía nueve años cuando la llevaron, recién salida del bosque, a compartir el hogar, los juegos y las clases de su prima Edith. Recordaba el aspecto oscuro y lúgubre de la habitación, presidida por una niñera austera y ceremoniosa que estaba obsesionada con las manos limpias y los vestidos rotos. Recordó la primera cena allí arriba, mientras su padre y su tía cenaban

en algún sitio al que se llegaba bajando un número de escaleras infinito; pues a no ser que ella estuviera en el cielo (había pensado la niña), ellos tenían que estar en el fondo de las entrañas de la tierra. En casa, antes de que fuera a vivir a Harley Street, el vestidor de su madre era también su cuarto; y como en la rectoría rural se recogían temprano, Margaret siempre cenaba con sus padres. ¡Ay! Qué bien recordaba la joven de dieciocho años alta y majestuosa las lágrimas que había derramado acongojada la niñita de nueve aquella primera noche con la cara oculta debajo de las sábanas; y cómo le había dicho la niñera que no llorara porque despertaría a la señorita Edith; y cómo había seguido llorando con la misma amargura aunque más quedamente hasta que su tía, bella y elegante, a quien acababa de conocer, había subido las escaleras con el señor Hale sin hacer ruido para que él viera a su hijita durmiendo. La pequeña Margaret había silenciado entonces sus sollozos procurando hacerse la dormida para no disgustar a su padre con su pena, que no se atrevía a mostrar delante de su tía y que creía que estaba mal sentir después de la larga espera y de los planes y arreglos que habían tenido que hacer en casa para que pudiera disponer de un guardarropa en consonancia con unas circunstancias más elevadas, y antes de que papá pudiera dejar la parroquia para ir a Londres aunque sólo fuera unos días.

Ahora le tenía cariño a aquella habitación, aunque ya sólo era un cuarto desmantelado. Miró a su alrededor con una especie de pesar gatuno, pensando que se marcharía de allí para siempre al cabo de tres días.

—¡Ay, Newton! —dijo—. Creo que todas lamentaremos dejar esta querida habitación.

—La verdad, señorita, le aseguro que yo no. Mi vista ya no es lo que era, y aquí hay tan poca luz que sólo puedo arreglar los encajes junto a la ventana, donde hay siempre una corriente tan espantosa como para agarrarse un catarro mortal.

—Bueno, supongo que en Nápoles habrá buena luz y abundante calor. Tendrá que guardar hasta entonces toda la ropa para zurcir que pueda. Gracias, Newton, ya los bajaré yo, que usted está ocupada.

Así que Margaret bajó cargada con los chales, aspirando su fragancia oriental. Su tía le pidió que hiciera de maniquí para que los vieran, pues Edith seguía dormida. Nadie reparó en ello, pero la figura elegante y esbelta de Margaret, con el vestido de seda negra de luto que llevaba puesto por algún pariente lejano de su padre, realzaba los bellos pliegues largos de los preciosos chales que casi habrían ahogado a Edith. Margaret permaneció erguida bajo un candelabro, silenciosa y pasiva, mientras su tía se los iba poniendo. De vez en cuando, al darse la vuelta, vislumbraba su imagen en el espejo que había sobre la repisa de la chimenea y se reía de su aspecto: los rasgos familiares con el

atuendo insólito de una princesa. Acariciaba los chales que la envolvían y disfrutaba de su tacto suave y sus colores vivos, complacida por el esplendor del atuendo y disfrutando de él como una niña, con una sonrisa satisfecha en los labios. En aquel preciso momento se abrió la puerta y anunciaron al señor Henry Lennox. Algunas damas retrocedieron como si se avergonzaran un poco de su interés femenino por la ropa. La señora Shaw tendió la mano al recién llegado. Margaret no se movió, pues creía que podrían necesitarla aún como una especie de percha para los chales, pero miró al señor Lennox con expresión alegre y divertida, como si estuviera segura de que él comprendía su sensación de ridículo al verse sorprendida así.

Su tía estaba tan abstraída haciendo al señor Henry Lennox (que no había podido asistir a la cena) toda suerte de preguntas sobre su hermano el novio, su hermana la dama de la novia (que acudiría con el capitán a la boda desde Escocia) y otros miembros de la familia Lennox, que Margaret comprendió que ya no la necesitaba como portadora de chales y se dedicó a atender a las otras visitas, a quienes su tía parecía haber olvidado de momento. Casi de inmediato apareció Edith pestañeando y guiñando los ojos por la intensa luz al salir del gabinete, echándose hacia atrás los rizos un tanto alborotados y con el aspecto general de Bella Durmiente recién sacada de sus sueños. Incluso profundamente dormida había sabido de forma instintiva que había llegado un Lennox y que debía despertarse. Y tenía muchísimas preguntas que hacerle sobre la querida Janet, su futura cuñada, a quien profesaba tanto afecto que si Margaret no hubiera sido muy orgullosa se habría sentido un poco celosa de la rival advenediza. Cuando quedó en segundo plano al reincorporarse su tía a la conversación, Margaret vio que Henry Lennox miraba un asiento vacío que había a su lado y supo con toda certeza que se sentaría allí en cuanto Edith le liberara del interrogatorio. Había sido casi una sorpresa verle aparecer, porque su tía había dado explicaciones bastante confusas sobre sus compromisos y no estaba segura de que pudiera ir aquella noche. Pero ahora supo que pasaría una velada agradable. A él le gustaban y le disgustaban casi las mismas cosas que a ella. Se le iluminó la cara de alegría franca y sincera. Él se acercó poco a poco. Ella le recibió con una sonrisa en la que no había el menor rastro de timidez o afectación.

—Bien, supongo que está metida de lleno en el trabajo, en el trabajo femenino, quiero decir. Muy distinto al mío, que es el genuino trabajo legal. Jugar con chales no tiene nada que ver con redactar acuerdos.

—Vaya, ya sabía yo que le divertiría encontrarnos tan ocupadas admirando las prendas delicadas. Pero lo cierto es que los chales indios son prendas perfectísimas de su género.

—No me cabe ninguna duda. Sus precios también son perfectos. Como corresponde.

Los caballeros fueron llegando de uno en uno, y se intensificó el tono del murmullo y el ruido.

—Ésta es la última cena, ¿no? ¿No habrá más antes del jueves?

—No. Creo que después de esta noche podremos descansar, que estoy segura de que es algo que no he hecho durante semanas; al menos ese tipo de descanso en que las manos no tienen más que hacer y se han realizado ya todos los preparativos previstos para un acontecimiento que ha de ocupar la mente y el corazón de una. Me alegrará tener tiempo para pensar, y estoy segura de que a Edith también.

—Yo no estoy tan seguro en cuanto a ella; pero imagino que usted lo hará. Siempre que la he visto últimamente se había dejado arrastrar por la vorágine de alguna otra persona.

Sí —repuso Margaret con cierta tristeza, recordando la interminable conmoción por nimiedades que había durado más de un mes—: Me pregunto si una boda ha de ir precedida siempre por lo que usted llama vorágine, o si en algunos casos podría haber antes un período de calma y tranquilidad.

—Que se encargara del ajuar, el banquete nupcial y las invitaciones el hada madrina de Cenicienta, por ejemplo —lijo el señor Lennox riéndose.

—Pero ¿es necesario plantearse tantos problemas? —preguntó Margaret, mirándole directamente en espera de una respuesta. Justo en aquel momento la oprimió una sensación de indescriptible hastío por tantos preparativos para que todo tuviera buen aspecto, en los que Edith había estado ocupada como autoridad suprema durante las últimas seis semanas. Necesitaba verdaderamente que alguien la ayudara con algunas ideas agradables y tranquilas relacionadas con una boda.

—¡Pues claro que lo es! —repuso él, adoptando ahora un tono circunspecto—. Hay que atenerse a protocolos y ceremonias, no tanto por propia satisfacción como para cerrar la boca a los demás, sin lo cual habría muy poca dicha en esta vida. Pero dígame, ¿cómo organizaría usted una boda?

—Bueno, nunca he pensado mucho en ello. Sólo sé que me gustaría que tuviera lugar una espléndida mañana de verano, y que me gustaría ir a la iglesia caminando a la sombra de los árboles. Y no tener tantas damas de honor y que no hubiera banquete nupcial. Creo que estoy reaccionando contra las mismas cosas que más problemas me han causado precisamente ahora.

—No, no lo creo. La idea de espléndida sencillez coincide con su carácter en todo.

Esta forma de hablar no le gustaba nada a Margaret. Y se asustó todavía más al recordar otras ocasiones en las que el señor Lennox había intentado

llevarla a una discusión sobre su carácter y su forma de actuar (en la que él desempeñaba el papel elogioso). Le cortó diciendo bastante bruscamente:

—Es natural que yo piense en la iglesia de Helstone y en el paseo hasta ella y no en un viaje en coche a una iglesia de Londres por una calle empedrada.

—Hábleme de Helstone. Nunca me lo ha descrito. Me gustaría tener alguna idea del lugar en el que vivirá usted cuando el número noventa y seis de Harley Street parezca lúgubre, sucio, feo y cerrado. Dígame, ¿es Helstone un pueblo o una ciudad?

—¡Oh, es sólo una aldea! Creo que no podría considerarse pueblo en absoluto. Es sólo la iglesia y unas cuantas casas en el campo, más bien cabañas, todas cubiertas de rosales.

—Que, para completar el cuadro, florecen todo el año, especialmente en Navidad —dijo él.

—No —repuso Margaret, un poco enfadada—. No estoy haciendo un cuadro. Sólo intento describir Helstone tal como es. No debería haber dicho eso.

—Lo lamento —dijo él—. Es que parecía un pueblecito de cuento de hadas más que de la vida real.

—Y lo es —replicó Margaret con impaciencia—. Todos los demás lugares de Inglaterra que he visto resultan prosaicos y duros comparados con el New Forest. Helstone parece un pueblo de un poema, de uno de los poemas de Tennyson. Pero no seguiré describiéndolo. Se reirá de mí si lo hago, si le digo lo que me parece, lo que es realmente.

—No lo haré, de verdad. Pero ya veo que no va a cambiar de idea. Bueno, pues entonces me gustaría todavía más saber cómo es la casa parroquial.

—Oh, no puedo describir mi hogar. Es el hogar, y no puedo expresar su encanto con palabras.

—Me rindo. Está usted muy severa esta noche, Margaret.

—¿Cómo? —preguntó ella, posando directamente en él sus ojos grandes y dulces—. No lo sabía.

—Bueno, no me dirá cómo es Helstone ni me dirá nada de su hogar porque he hecho un comentario desafortunado, aunque le he dicho cuánto me gustaría saber ambas cosas, sobre todo lo segundo.

—Pero es que en realidad no puedo hablarle de mi casa. Creo que es algo sobre lo que no hay que hablar, a menos que la conociera.

—Bien, pues entonces —hizo una breve pausa—, cuénteme qué hace allí. Aquí lee, recibe lecciones o se cultiva de alguna otra forma hasta el mediodía; da un paseo antes del almuerzo, sale en coche con su tía después y tiene algún tipo de compromiso por la tarde. Vamos, ahora explíqueme cómo pasará el día en Helstone. ¿Dará paseos a caballo, en coche o a pie?

—A pie, por supuesto. No tenemos caballos, ni siquiera uno para papá. Él va caminando hasta los confines de su parroquia. Los paseos son tan bonitos que sería una vergüenza ir en coche, casi lo sería incluso ir a caballo.

—¿Trabjará mucho en el jardín? Creo que ésa es una ocupación propia de señoritas en el campo.

—No lo sé. Me temo que no me gustaría mucho un trabajo tan duro.

—¿Tiro al arco, excursiones, bailes, cacerías?

—¡Oh, no! —dijo ella riéndose—. Papá gana muy poco, pero creo que no haría nada de eso aunque pudiéramos permitirnoslo.

—Ya veo que no va a contarme nada. Sólo me dirá que no hará esto o aquello. Creo que le haré una visita antes de que terminen las vacaciones y así veré a qué se dedica realmente.

—Espero que lo haga. Así comprobaré personalmente lo precioso que es Helstone. Ahora tengo que irme. Edith se dispone a tocar y mis conocimientos musicales sólo me permiten pasarle las hojas; además, a tía Shaw no le gusta que hablemos.

Edith tocó espléndidamente. A la mitad de la pieza, se entreabrió la puerta, y Edith vio al capitán Lennox, que vacilaba sin saber si entrar o no. Ella abandonó la música y salió corriendo de la habitación, dejando que Margaret explicara a los asombrados invitados, confusa y ruborizada, la visión que había provocado la súbita huida de Edith. El capitán Lennox había llegado antes de lo que esperaban; ¿o sería realmente tan tarde ya? Todos consultaron sus relojes, manifestaron cumplida sorpresa y se marcharon.

Edith volvió luego pletórica de dicha, acompañando a su alto y apuesto capitán con timidez y orgullo. Los hermanos Lennox se saludaron con un apretón de manos y la señora Shaw recibió al capitán a su modo amable y discreto, que tenía siempre algo quejumbroso, debido al prolongado hábito de considerarse víctima de un matrimonio incompatible. Ahora que, tras la muerte del general, disfrutaba de todas las ventajas de la vida con los mínimos inconvenientes, se había sentido bastante perpleja al descubrir si no pena, sí angustia. Pero últimamente se había concentrado en la propia salud como motivo de aprensión. Siempre que pensaba en ello le daba una tosecilla nerviosa, y algún médico complaciente le había prescrito justo lo que ella

deseaba: un invierno en Italia. La señora Shaw tenía deseos tan fuertes como la mayoría, pero no le gustaba hacer nada por el claro y manifiesto motivo de su propia voluntad y placer. Prefería verse impulsada a satisfacer sus gustos por la orden o el deseo de otra persona. Se convencía realmente de que no hacía más que someterse a alguna cruda necesidad externa; y así podía gemir y quejarse a su modo delicado, cuando en realidad estaba haciendo lo que quería.

Y así fue como empezó a hablar de su propio viaje al capitán Lennox, que asentía debidamente a cuanto decía su futura suegra mientras buscaba con los ojos a Edith, que estaba poniendo la mesa y pidiendo toda clase de manjares exquisitos, pese a que él le había asegurado que había cenado hacía menos de dos horas.

El señor Henry Lennox contemplaba divertido la escena familiar, apoyado en la repisa de la chimenea. Estaba junto a su apuesto hermano. Él era el feo de una familia singularmente bien parecida, pero tenía una cara inteligente, animosa y expresiva. Margaret se preguntaba qué estaría pensando mientras guardaba silencio, aunque era evidente que observaba con interés un tanto sarcástico lo que hacían Edith y ella. El sarcasmo se debía a la conversación de la señora Shaw con su hermano y no tenía nada que ver con el interés que le producía la bella escena de las dos primas tan atareadas con los preparativos de la mesa. Edith quería ocuparse de casi todo. Le complacía demostrar a su amado lo bien que lo haría como esposa de un militar. Descubrió que el agua de la tetera estaba fría y pidió la tetera grande de la cocina; la única consecuencia de ello fue que cuando se la dieron en la puerta e intentó llevarla a la mesa, era demasiado pesada para ella y volvió con un mohín, una mancha negra en el vestido de muselina y la marca del asa en la manita blanca y torneada, que decidió enseñar al capitán Lennox como una niñita herida. El remedio era el mismo en ambos casos, por supuesto. La lámpara de alcohol rápidamente ajustada de Margaret fue el artilugio más eficaz, aunque no tanto como el campamento gitano que Edith, en una de sus salidas, decidió considerar lo más parecido a la vida militar.

Después de esta velada todo fue ajeteo hasta que pasó la boda.

Capítulo II

Rosas y espinas

Margaret vestía de nuevo traje de calle: viajaba tranquila con su padre, que había ido a Londres para asistir a la boda. Su madre se había visto obligada a

quedarse en casa por múltiples razones que no entendía nadie, excepto el señor Hale. Él sabía muy bien lo inútiles que habían resultado todos sus argumentos a favor de un vestido gris de satén, que estaba a medio camino entre lo viejo y lo nuevo; y que, como no tenía dinero para equipar a su esposa de pies a cabeza, ella no deseaba que la vieran en la boda de la única hija de su única hermana. Si la señora Shaw hubiese sabido la verdadera razón de que la señora Hale no acompañara a su esposo, la habría cubierto de vestidos de gala. Pero habían transcurrido casi veinte años desde los tiempos en que la señora Shaw fuera la pobrecita señorita Beresford, y había olvidado todos los agravios salvo el de la pesadumbre causada por la diferencia de edad en la vida conyugal, de la que podía quejarse cada media hora. La queridísima Maria se había casado con el hombre al que amaba, un hombre que sólo le llevaba ocho años y que tenía un carácter afabilísimo y un cabello negro azabache muy poco común. El señor Hale era uno de los predicadores más fascinantes que había oído en su vida la señora Shaw, y un perfecto modelo de párroco. Tal vez no fuera una deducción muy lógica de todas esas premisas, pero aun así, la conclusión característica de la señora Shaw cuando pensaba en la suerte de su hermana seguía siendo: «Casada por amor, ¿qué más puede desear en este mundo la queridísima Maria?». Si la señora Hale fuese sincera, podría haber contestado con una lista preparada: «Un vestido de seda gris perla, un sombrero blanco, ¡ay!, y muchísimas cosas para la boda y muchísimas más para la casa».

Margaret sólo sabía que su madre no había juzgado conveniente ir, y no la entristecía pensar que el encuentro y el recibimiento tendrían lugar en la rectoría de Helstone y no en la confusión de los últimos dos o tres días en la casa de Harley Street, donde ella misma había tenido que interpretar el papel de Fígaro, pues y la requerían en todas partes al mismo tiempo. Le dolía física y mentalmente recordar ahora todo lo que había hecho y dicho en las últimas cuarenta y ocho horas. Las despedidas precipitadas, entre todos los demás adioses, de aquellos con quienes había vivido tanto tiempo, la oprimían ahora con un triste pesar por los tiempos pasados; no importaba lo que hubieran sido aquellos tiempos, habían pasado y no volverían. Margaret nunca había imaginado que pudiera sentir una congoja tan grande al dirigirse hacia su amado hogar, el lugar y la vida que había añorado durante años, en ese momento preciso de añoranzas y anhelos, justo antes de que los sentidos pierdan sus agudos contornos en el sueño. Apartó con dolor el pensamiento del recuerdo del pasado para concentrarse en la contemplación animosa y serena del futuro prometedor. Dejó de ver las imágenes de lo que había sido para concentrarse en lo que tenía realmente ante sí: a su amado padre, que dormía recostado en su asiento del vagón del tren. Su cabello negro azulado era gris ahora, y le caía ralo sobre la frente. Se le marcaban claramente los huesos de la cara, demasiado para resultar bellos si no hubiera tenido las facciones tan delicadas; pero así, poseían gracia propia, incluso encanto. Su

semblante en reposo parecía más bien de descanso después de la fatiga, y no la serenidad de quien lleva una vida plácida y satisfecha. Margaret se sintió dolorosamente impresionada por la expresión de agotamiento y de preocupación de su padre, y repasó las circunstancias evidentes y manifiestas de su vida para hallar la causa de las arrugas que con tanta claridad revelaban angustia y depresión habituales.

«¡Pobre Frederick! —pensó, con un suspiro—. ¡Ay, si se hubiera hecho clérigo en vez de ingresar en la Marina y que lo perdiéramos! Ojalá lo supiera todo. Nunca entendí bien las explicaciones de tía Shaw, sólo que no podía regresar a Inglaterra por aquel suceso horrible. ¡Pobre papá, qué triste parece! Cuánto me alegro de volver a casa para poder consolarlos a él y a mamá».

Cuando su padre despertó, estaba preparada para recibirle con una sonrisa en la que no había el menor rastro de fatiga. Él se la devolvió, pero leve, como si le costase un esfuerzo extraordinario, y su rostro se replegó en las arrugas de angustia habituales. Tenía la costumbre de entreabrir la boca como si fuera a decir algo, lo que alteraba continuamente la forma de sus labios y le daba una expresión indecisa. Pero tenía los mismos ojos grandes y dulces que su hija, unos ojos que se movían lentos y casi espléndidos en las órbitas, perfectamente velados por los párpados blancos transparentes. Margaret se parecía más a él que a su madre. La gente se extrañaba a veces de que unos padres tan apuestos hubieran tenido una hija que distaba mucho de ser lo que se entiende por guapa; que no lo era en absoluto, según algunos. Tenía la boca demasiado grande; no un capullito de rosa que se abriera sólo lo justo para emitir un «sí» o un «no» o un «por favor, señor», Pero la boca grande era una suave curva de labios rojos y plenos. Y su cutis no era blanco y rosado, pero poseía una tersura y una delicadeza marfileñas. Si la expresión de su rostro era en general demasiado circunspecta y reservada para una persona tan joven, al hablar ahora con su padre era luminosa como la mañana: llena de hoyuelos y miradas que expresaban alegría infantil y esperanza ilimitada en el futuro.

Margaret regresó a casa a finales de junio. Los árboles del bosque eran de un verdor oscuro, pleno y umbrío. Los helechos que crecían bajo ellos atrapaban los rayos oblicuos del sol: el tiempo era bochornoso, de una calma tensa. Margaret solía caminar decidida junto a su padre, aplastando los helechos con jubilosa crueldad cuando los sentía ceder bajo sus pies ligeros y desprender su peculiar fragancia; por los extensos campos a la cálida luz aromática, viendo multitudes de criaturas libres y salvajes, disfrutando del sol y de las flores y las hierbas que iluminaba. Esta vida, al menos los paseos, colmaban todas las previsiones de Margaret. Estaba orgullosa de su bosque. Sus gentes eran su gente. Se llevaba muy bien con todos. Había aprendido sus peculiares palabras y le encantaba emplearlas. Recuperó su libertad entre ellos, cuidaba a sus niños, hablaba o leía despacio y con claridad a los ancianos,

llevaba platos exquisitos a los enfermos. Al poco tiempo, decidió dar clases en la escuela, adonde su padre acudía todos los días como tarea fija, aunque se sentía continuamente tentada de ir a ver a algún amigo concreto (hombre, mujer o niño) de alguna casita de la zona umbría y verde del bosque. Su vida al aire libre era perfecta. La vida en casa tenía sus inconvenientes. Se culpaba con la sana vergüenza de una niña de su agudeza visual al apreciar que no todo era allí como debería ser. Su madre —que había sido siempre cariñosa y tierna con ella— ahora parecía disgustada a veces con su situación; creía que el obispo descuidaba extrañamente sus deberes episcopales al no dar al señor Hale un beneficio mejor; y casi reprochaba a su esposo que no se atreviera a decir que quería dejar aquella parroquia y hacerse cargo de una mayor. Él solía lanzar un sonoro suspiro y contestaba que si pudiera hacer lo que debía en la pequeña parroquia de Helstone daría las gracias. Pero se sentía cada día más abrumado. El mundo resultaba cada vez más desconcertante. Margaret veía que su padre se achicaba más y más a cada nuevo apremio de su esposa para que se dedicara a buscar un ascenso. Y, en tales ocasiones, se esforzaba por reconciliar a su madre con Helstone. La señora Hale decía que la proximidad de tantos árboles le afectaba a la salud; y Margaret intentaba animarla a salir a la hermosura del ejido, a los extensos campos, elevados y salpicados de sol y sombra; porque estaba segura de que su madre se había acostumbrado demasiado a no salir de casa, y casi nunca llegaba en sus paseos más allá de la iglesia, la escuela y las casas de al lado. Esto resultó bien durante una temporada; pero, a medida que avanzaba el otoño y el tiempo fue haciéndose más variable, se agudizó la idea de su madre de que el lugar era insalubre, y se lamentaba incluso con más frecuencia de que su marido, que era más instruido que el señor Hume y mejor párroco que el señor Houldsworth, no hubiera recibido el beneficio que habían conseguido aquellos dos vecinos suyos.

Margaret no estaba preparada para esta destrucción de la paz hogareña con largas horas de descontento. Ya sabía, e incluso se había complacido con la idea, que tendría que renunciar a muchos lujos, que en realidad sólo habían sido problemas y cortapisas a su libertad en Harley Street. Su entusiasta goce de todos los placeres sensuales lo compensaba plenamente y hasta con creces el orgullo consciente de ser capaz de prescindir de todos ellos en caso necesario. Pero las nubes nunca aparecen en la zona del horizonte que esperamos. Ya había oído las leves quejas y lamentaciones de su madre sobre alguna nimiedad relacionada con Helstone y la posición de su padre en el lugar durante las vacaciones de verano anteriores, pero había olvidado los pequeños detalles menos agradables en la dicha general del recuerdo de aquellos tiempos.

En la segunda mitad de septiembre empezaron las tormentas y las lluvias otoñales y Margaret se vio obligada a pasar en casa más tiempo que antes. Helstone quedaba a cierta distancia de todos los vecinos de su mismo nivel y

refinamiento.

—Es uno de los lugares más apartados de Inglaterra, desde luego —dijo la señora Hale en uno de sus accesos quejumbrosos—. No dejo de pensar lo lamentable que es que papá no tenga aquí con quién relacionarse. Está desperdiciado. Sólo ve a agricultores y labriegos de un fin de semana al siguiente. Si al menos viviéramos al otro lado de la parroquia ya sería algo. Desde allí hay sólo un paseo a casa de los Stansfield. Y la de los Gorman queda al lado.

—Gorman —dijo Margaret—. ¿Los Gorman que hicieron su fortuna en el comercio en Southampton? ¡Oh! Me alegro de que no los visitemos. No me gustan los comerciantes. Creo que estamos mucho mejor aislados y prefiero que conozcamos sólo a campesinos, labradores y gente sin pretensiones.

—¡No debes ser tan maniática, Margaret, cariño! —dijo la señora Hale, pensando en un joven y encantador señor Gorman a quien había visto una vez en casa de los Hume.

—¡No! Yo considero que mi gusto es muy amplio; me gusta toda la gente cuya ocupación tiene que ver con la tierra; me gustan los soldados y los marineros, y las tres profesiones ilustradas, como las llaman. Estoy segura de que no querrás que admire a los carniceros, panaderos y cereros, ¿a que no, mamá?

—Pero los Gorman no eran carniceros ni panaderos sino carroceros muy respetables.

—Perfecto. Construir coches es un oficio comercial también y yo creo que mucho más inútil que el de carnicero y panadero. ¡Ay! ¡No sabes lo harta que estaba de los viajes diarios en coche con la tía Shaw y cuánto añoraba pasear!

Y desde luego Margaret paseaba, a pesar del tiempo. Era tan dichosa al aire libre, junto a su padre, que iba casi bailando; y con la suave violencia del viento del oeste detrás, cuando cruzaba algún brezal parecía transportada hacia delante, con la misma ligereza que una hoja caída arrastrada por la brisa otoñal. Resultaba más difícil ocupar las tardes de forma placentera. Su padre se retiraba a la biblioteca en cuanto cenaban y su madre y ella se quedaban solas. La señora Hale nunca se había interesado mucho por los libros y había disuadido a su esposo de leerle en voz alta mientras ella hacía labor de estambre. En determinado momento habían probado el juego del chaquete como recurso. Pero cuando el señor Hale empezó a interesarse cada vez más por la escuela y por los feligreses, comprobó que su esposa tomaba muy a mal las interrupciones debidas a estas obligaciones y que no las aceptaba como tareas naturales de su profesión, sino que protestaba y luchaba contra ellas. Así que, mientras los niños aún eran pequeños, él se retiraba a la biblioteca y

pasaba las tardes (cuando estaba en casa) leyendo los libros teóricos y metafísicos que tanto le gustaban.

Margaret siempre había llevado a Helstone para las vacaciones una caja grande llena de libros recomendados por los profesores o la institutriz, y los días estivales se le hacían demasiado cortos para acabar las lecturas antes de regresar a la ciudad. Ahora sólo había allí libros de la colección de clásicos ingleses bien encuadernados y poco leídos, que habían sacado de la biblioteca de su padre para llenar la pequeña librería de la sala. Las estaciones de Thompson, el Cowper de Hayley y el Cicerón de Middleton eran con mucho los más ligeros, nuevos y entretenidos. Los estantes no aportaban muchos recursos. Margaret explicó a su madre con todo lujo de detalles su vida londinense, por la que la señora Hale demostró sumo interés haciendo preguntas, unas veces divertida y otras con cierta tendencia a comparar las circunstancias de desahogo y comodidad de su hermana con los medios más limitados de la vicaría de Helstone. En esas veladas, Margaret guardaba silencio de pronto y se quedaba escuchando el goteo de la lluvia en el emplomado del mirador. Más de una vez se sorprendió contando maquinalmente la repetición de aquel monótono sonido mientras pensaba si se atrevería a preguntar sobre un tema muy caro a su corazón: dónde estaba ahora Frederick, qué hacía, cuándo habían recibido noticias suyas por última vez. Pero la idea de que la delicada salud de su madre y su evidente aversión a Helstone databan ambas de la época del motín en que había participado Frederick —cuya historia Margaret no había oído nunca completa y que ahora parecía tristemente condenada al olvido—, la obligaba a detenerse y dejarlo. Cuando estaba con su madre, su padre le parecía la persona más idónea a quien pedir información; y cuando estaba con él, pensaba que le resultaría más fácil hablar con su madre. Seguramente no hubiera mucho nuevo que contar. En una de las cartas que había recibido antes de marcharse de Harley Street, su padre le decía que habían tenido noticias de Frederick: seguía en Río, estaba muy bien de salud y le enviaba todo su cariño. Eso era lo esencial, pero no los detalles que ella quería saber. En las raras ocasiones en que mencionaban su nombre, siempre se referían a él como «el pobre Frederick». Conservaban su habitación tal como la había dejado. Dixon, la doncella de la señora Hale, la limpiaba y la ordenaba regularmente, aunque ella no se encargaba de ninguna otra tarea doméstica y siempre recordaba el día en que lady Beresford la había contratado como doncella de las pupilas de sir John, las lindas señoritas Beresford, las beldades del condado de Rutland. Dixon siempre había considerado al señor Hale como una plaga que se había abatido sobre las perspectivas vitales de su señorita. Si la señorita Beresford no se hubiera precipitado tanto casándose con un pobre clérigo rural, nadie sabía lo que podría haber llegado a ser. Pero Dixon era demasiado leal para abandonarla en su desgracia y perdición (es decir, su vida de casada). Se quedó con ella y se

consagró a sus intereses, considerándose siempre el hada buena y protectora, cuyo deber era confundir al gigante malvado, el señor Hale. El señorito Frederick había sido su orgullo y su preferido. Todas las semanas se dedicaba a ordenar su habitación, y su actitud y su aspecto se suavizaban un poco, como si él fuera a llegar a casa aquella misma tarde.

Margaret no dejaba de pensar que habían recibido alguna noticia de Frederick que su madre ignoraba y que ésa era la razón de la inquietud y preocupación de su padre. Parecía que la señora Hale no advertía ningún cambio en el aspecto y el comportamiento de su esposo. Él siempre había sido sensible y afable y le afectaba todo lo relacionado con el bienestar de los demás. Podía pasarse muchos días deprimido después de asistir a un enfermo en el lecho de muerte o enterarse de algún delito. Pero Margaret notaba ahora en él una falta de atención, como si le preocupara alguna otra cosa, cuyo agobio no se podía aliviar con actividades cotidianas como consolar a los familiares de la persona fallecida o dar clases en la escuela con la esperanza de atenuar los males de la siguiente generación. El señor Hale ya no visitaba tanto a sus feligreses, pasaba más tiempo encerrado en su estudio y estaba pendiente del cartero del pueblo, cuya llamada era un golpe en el postigo de la cocina, que en tiempos tenía que repetir hasta que alguien reparaba en la hora del día, se daba cuenta de lo que era y acudía a atenderle. Pero ahora el señor Hale esperaba al cartero paseando por el jardín si hacía buen día y si no, en el estudio, de pie junto a la ventana con expresión absorta, hasta que llamaba o seguía su camino, tras saludar con un cabeceo entre respetuoso y confidencial al párroco, que se quedaba mirándolo hasta que pasaba el seto de eglantina y el gran madroño. Luego se apartaba de la ventana e iniciaba el trabajo del día, manifestando todos los indicios de abatimiento y preocupación.

Pero Margaret tenía esa edad en que cualquier aprensión que no se base plenamente en el conocimiento claro de los hechos se olvida fácilmente con un día de sol o cualquier circunstancia exterior agradable. Y cuando llegaron los luminosos días de octubre, todos sus cuidados desaparecieron como vilanos de cardo arrastrados por el viento, y sólo pensaba en los esplendores del bosque. Ya habían recogido la cosecha de helechos; y como habían pasado las lluvias, eran accesibles muchas hondonadas que sólo había podido atisbar durante julio y agosto. Había aprendido a dibujar con Edith; y había lamentado tanto durante la oscuridad del mal tiempo la ociosa y placentera contemplación de la belleza del bosque mientras aún hacía buen tiempo, que decidió bosquejar lo que pudiera antes de que empezara de verdad el invierno. Y una mañana estaba ocupada preparando el tablero, cuando la sirvienta Sara abrió de par en par la puerta de la sala y anunció:

—El señor Henry Lennox.

Capítulo III

Vísteme despacio que tengo prisa

«El señor Henry Lennox». Margaret había pensado en él hacía sólo un momento, y había recordado sus preguntas sobre sus probables ocupaciones en casa. Aquello era *parler du soleil et l'on en voit les rayons*. Y la luz del sol le iluminó la cara cuando posó la tabla y se acercó a saludarle.

—Avisa a mamá —le dijo a Sara—. Mamá y yo queremos hacerle un montón de preguntas sobre Edith. Le agradezco muchísimo que haya venido.

—¿No dije que lo haría? —preguntó él en tono más bajo que el que había empleado ella.

—Pero le hacía tan lejos en las Tierras Altas que nunca creí que viniera a Hampshire.

—¡Bueno! —dijo él en tono más ligero—, nuestros recién casados se dedicaban a gastar unas bromas tan tontas y a correr toda clase de peligros, escalando una montaña, navegando en el lago, que la verdad es que pensé que necesitaban un mentor que los cuidara. Y en realidad, así era; mi tío no podía controlarlos y tenían al buen anciano aterrado dieciséis de las veinticuatro horas del día. Lo cierto es que en cuanto comprobé que no se les podía dejar solos, consideré una obligación no separarme de ellos hasta que los viera embarcados a salvo en Plymouth.

—¿Ha estado en Plymouth? Vaya, Edith no lo menciona en ninguna carta. Claro que ha escrito tan apurada últimamente. ¿Embarcaron realmente el martes?

—Embarcaron realmente, y me liberaron de muchas responsabilidades. Edith me dio muchos mensajes para usted. Creo que tengo una nota minúscula en algún sitio; sí, aquí está.

—¡Gracias! —exclamó Margaret; y como en realidad quería leerla a solas sin que la observara, se excusó diciendo que iba a avisar ella misma a su madre de su llegada (sin duda Sara había cometido algún error).

El empezó a mirar alrededor a su modo escrutador en cuanto ella salió de la estancia. El sol matinal inundaba la salita y le daba un aspecto inmejorable. Estaba abierta la puerta vidriera central del mirador y la madre selva y los rosales trepadores asomaban por la esquina. La pequeña extensión de césped estaba preciosa con verbenas y geranios de vivos colores. Pero la misma luminosidad exterior hacía que los colores del interior parecieran tenues y desvaídos. Sin duda la alfombra había visto tiempos mejores y la zaraza de las

cortinas y las fundas tenía muchos lavados. Todo el aposento era más pequeño y raído de lo que él había esperado como fondo y marco de Margaret, tan majestuosa ella. Había varios libros sobre la mesa. Alzó uno: era el *Paradiso de Dante*, con la adecuada encuadernación antigua de vitela blanca y dorada; al lado había un diccionario y algunas palabras escritas por Margaret. Sólo era una lista aburrida de palabras, pero aun así le agradaba mirarlas. Los dejó con un suspiro.

«Resulta evidente que el beneficio es tan pequeño como me dijo. Parece extraño, pues los Beresford pertenecen a una buena familia».

Margaret había encontrado a su madre mientras tanto. La señora Hale tenía uno de sus días cambiados, en los que cualquier cosa se convertía en un problema y una dificultad; y la llegada del señor Lennox adoptó esa forma, aunque en el fondo se sentía halagada por el hecho de que hubiera considerado que la visita merecía la pena.

—¡Es muy inoportuno! Hoy comeremos pronto y sólo tomaremos fiambre para que las sirvientas puedan seguir con la plancha. Pero claro, tenemos que invitarle a comer, es el cuñado de Edith y demás. Y tu padre está muy desanimado esta mañana por algo, no sé por qué. He ido al estudio hace un momento y estaba inclinado sobre la mesa con la cara cubierta con las manos. Le dije que creía que el aire de Helstone no le sienta mejor que a mí y levantó la cabeza de repente y me pidió que no volviera a decir una palabra contra Helstone porque no lo soportaba; que si había un lugar que amara en el mundo, era Helstone. Pero estoy segura de que es este aire húmedo y enervante.

Margaret tuvo la sensación de que una nube fina y gélida se había interpuesto entre el sol y ella. Había escuchado a su madre pacientemente con la esperanza de que la aliviara un poco desahogarse; pero era hora de que la llevara a saludar al señor Lennox.

—A papá le agrada el señor Lennox; en el banquete de la boda lo pasaron en grande. Creo que se animará con su visita. Y no te preocupes por la comida, querida mamá. El fiambre será un almuerzo estupendo, que es lo que seguramente considerará el señor Lennox una comida a las dos.

—Pero ¿qué haremos con él hasta entonces? Sólo son las diez y media.

—Le pediré que me acompañe a hacer algunos bosquejos. Sé que le gusta y así no tendrás que ocuparte de él, mamá. Pero ahora ven, anda; si no, va a parecerle muy extraño.

La señora Hale se quitó el delantal de seda negra y suavizó el gesto. Parecía una dama bella y distinguida cuando saludó al señor Lennox con la cordialidad debida a alguien que era casi pariente. Él sin duda esperaba que le

pidieran que pasara allí el día, y aceptó la invitación tan complacido que la señora Hale deseó poder añadir algo al fiambre. A él todo le agradaba; le encantó la idea de Margaret de salir juntos a dibujar, y por nada del mundo molestaría al señor Hale, pues se verían muy pronto en la comida. Margaret sacó los materiales de dibujo para que él eligiera los que quisiera y, tras escoger debidamente papel y pinceles, se marcharon los dos contentísimos.

—Espere, por favor, paremos un momento aquí —dijo Margaret—. Ésas son las casas que me obsesionaron tanto las dos semanas de lluvia. Me reprochaba no haberlas dibujado.

—Antes de que se derrumben y desaparezcan. La verdad es que si hay que dibujarlas, y son muy pintorescas, será mejor no dejarlo para el año que viene. Pero ¿dónde nos sentamos?

—¡Tendría que haber venido directamente del bufete del Temple en vez de haber pasado antes dos meses en las Tierras Altas! Mire ese precioso tronco que han dejado los leñadores justo en el lugar perfecto para la luz. Pondré encima el pañuelo y será un trono del bosque ideal.

—Con los pies en ese charco a modo de escabel regio. Espere, me apartaré y así podrá acercarse más por aquí. ¿Quién vive en esas chozas?

—Las construyeron los colonos ilegales hace cincuenta o sesenta años. Una está deshabitada; los forestales van a derribarla en cuanto se muera el anciano que vive en la otra, ¡pobrecillo! Mire, ahí está. Tengo que ir a hablar con él. Está tan sordo que se enterará usted de todos nuestros secretos.

El anciano tomaba el sol delante de su casa, con la cabeza descubierta y apoyado en el bastón. Relajó el gesto rígido esbozando una sonrisa cuando Margaret se acercó y le dijo algo. El señor Lennox se apresuró a introducir ambas figuras en su esbozo y acabó el paisaje con una referencia subordinada a ambos, como advirtió Margaret cuando llegó el momento de levantarse, desechar agua y borradores y enseñarse el uno al otro los esbozos. Entonces se echó a reír y se ruborizó. El señor Lennox observaba su gesto.

—Vamos, eso se llama traición —dijo ella—. ¿Cómo iba a imaginar yo que nos dibujaría al anciano Isaac y a mí cuando me pidió que le preguntara la historia de esas cabañas?

—Fue irresistible. No sabe qué tentación tan fuerte. Casi no me atrevo a decirle lo mucho que me gusta este esbozo.

Él no estaba totalmente seguro de que Margaret hubiera oído la última frase antes de irse al arroyo a lavar la paleta. Volvió bastante colorada, pero con expresión totalmente ingenua y despreocupada. Él se alegró de que así fuera, porque el comentario se le había escapado, en realidad, algo bastante

raro en un hombre que premeditaba sus actos tanto como Henry Lennox.

El aspecto de la casa era perfecto y luminoso cuando llegaron. El ceño aborrecido de la señora Hale se había despejado bajo la propicia influencia de un par de carpas que le había regalado muy oportunamente una vecina. El señor Hale había regresado de sus visitas matinales y esperaba al visitante junto al portillo del jardín. Parecía todo un caballero con su chaqueta raída y su sombrero gastado. Margaret se enorgullecía de su padre, siempre le producía un orgullo nuevo y tierno ver la impresión favorable que causaba a todos los extraños. Pero escrutó con su mirada aguda el rostro paterno y encontró rastros de alguna preocupación inusual, que sólo había dejado a un lado de momento, pero no eliminado.

El señor Hale les pidió que le enseñaran los bocetos que habían pintado.

—Me parece que has hecho los tonos de la techumbre de paja demasiado oscuros, ¿no crees? —le dijo a Margaret al devolverle el suyo y tendió la mano para coger el del señor Lennox, que lo retuvo un momento, sólo un momento.

—¡No, papá! No lo creo. La siempreviva mayor y la uña de gato se han oscurecido mucho con la lluvia. ¿Se parecen, papá? —dijo ella atisbando por encima del hombro de su padre mientras él contemplaba las figuras del esbozo del señor Lennox.

—Sí, mucho. Tu figura y tu porte están muy bien. Y también la forma rígida de encorvar la espalda larga y reumática el pobre Isaac. ¿Qué es lo que cuelga de la rama del árbol? No puede ser un nido.

—¡Oh no! Es mi sombrero. No puedo pintar nunca con el sombrero puesto; me calienta mucho la cabeza. No sé si sabría pintar figuras. Hay por aquí muchas personas que me gustaría pintar.

—Yo diría que siempre conseguiría hacer un retrato que desee mucho hacer —dijo el señor Lennox—. Yo confío plenamente en la fuerza de voluntad. Creo que a mí mismo me ha salido bastante bien el suyo.

El señor Hale había entrado antes que ellos en la casa, mientras Margaret se entretenía cortando unas rosas para adornar con ellas su vestido matinal para la comida.

«Una joven londinense normal comprendería el significado implícito de ese comentario —pensó el señor Lennox—. Trataría de descifrar en todo lo que le dijera un joven el *arrière-pensée* de un cumplido. Pero no creo que Margaret...».

—¡Un momento! —exclamó—. Déjeme ayudarla.

Y cortó algunas rosas rojas aterciopeladas que Margaret no alcanzaba;

luego dividió el botín, se puso dos en el ojal y la hizo pasar complacida y feliz a arreglar sus flores.

La conversación fluyó de forma agradable y tranquila durante la comida. Ambas partes tenían que hacerse muchas preguntas y que intercambiar las últimas noticias sobre los movimientos de la señora Shaw en Italia. Y por el interés de lo que se decía, la sencillez sin pretensiones de la vicaría, y sobre todo la proximidad de Margaret, el señor Lennox olvidó la leve decepción que había sentido al principio cuando vio que ella sólo le había dicho la pura verdad al describir el beneficio de su padre como muy pequeño.

—Margaret, cariño, podrías haber recogido unas peras para el postre —dijo el señor Hale cuando colocaron en la mesa el generoso lujo de una botella de vino recién decantada.

La señora Hale estaba apurada. Daba la impresión de que los postres fueran algo insólito e improvisado en la vicaría; pero si el señor Hale hubiera mirado detrás, habría visto bizcochos y mermelada, y además, todo dispuesto de forma ordenada en el aparador. Pero se le había metido en la cabeza la idea de las peras y no iba a renunciar a ellas.

—Hay algunas de donguindo maduras en el muro del sur que superan a todos los frutos y conservas extranjeros. Anda, Margaret, ve a buscarlas.

—Propongo que pasemos al jardín y las tomemos allí —dijo el señor Lennox—. No hay nada más delicioso que hincar los dientes en el fruto jugoso, crujiente, cálido y perfumado por el sol. Lo peor es que las avispas son tan insolentes como para disputárnoslo incluso en el momento más placentero.

Se levantó como si se dispusiera a seguir a Margaret, que había desaparecido por la puerta vidriera: sólo esperaba el permiso de la señora Hale. Ella hubiera preferido acabar la comida como era debido y con todo el ceremonial que se había desarrollado a la perfección hasta entonces, máxime cuando Dixon y ella habían sacado los aguamaniles de la despensa a fin de ser tan correcta como correspondía a la hermana de la viuda del general Shaw; pero no tuvo más remedio que resignarse cuando se levantó también el señor Hale, dispuesto a acompañar a su invitado.

—Me armaré con un cuchillo —dijo el señor Hale—. Terminaron para mí los días de comer fruta de la forma primitiva que ha descrito usted. Tengo que pelarla y partirla para poder disfrutarla.

Margaret hizo un frutero para las peras con una hoja de remolacha, que realizaba admirablemente su color castaño dorado. El señor Lennox la miraba más a ella que a las peras. Pero su padre, dispuesto a decidir con sumo cuidado el mismo sabor y la perfección de la hora que le había robado a su angustia, escogió primorosamente la fruta más madura y se sentó en el banco del jardín

para disfrutarla a placer. El señor Lennox y Margaret pasearon por el sendero elevado junto al muro del sur, donde se oía el zumbido de las abejas que se afanaban en las colmenas.

—¡Qué vida tan agradable llevan ustedes aquí! Siempre he sentido cierto desdén por los poetas, con sus deseos de «Tenga yo mi cabaña al pie de una colina» y cosas por el estilo. Pero ahora creo que he sido un capitalino ignorante. En este momento tengo la impresión de que un año de vida tan serena como ésta compensaría con creces veinte años de duro estudio de leyes. ¡Qué cielos! —exclamó alzando la vista—, ¡qué follaje rojo y ambarino, tan perfectamente inmóvil! —concluyó, señalando algunos de los grandes árboles del bosque que cerraban el jardín como si fuera un nido.

—Le complacerá recordar que nuestros cielos no siempre son tan azules como ahora. También aquí llueve. Y las hojas se caen y se pudren, aunque a mí me parezca que Helstone es un lugar tan perfecto como el que más. Recuerde cómo menospreció mi descripción una tarde en Harley Street: «un pueblo de cuento de hadas».

—¡Menospreciar, Margaret! Ésa es una palabra bastante dura.

—Tal vez lo sea. Yo sólo sé que me hubiera gustado explicarle lo que me entusiasmaba entonces y usted..., ¿cómo lo diría?, habló irrespetuosamente de Helstone como un simple pueblecito de cuento.

—No volveré a hacerlo —dijo él con fervor. Doblaron la esquina del paseo.

—Casi desearía, Margaret —añadió, y se interrumpió, titubeante. Era tan insólito que el desenvuelto abogado titubeara que Margaret alzó la vista hacia él con cierto asombro inquisitivo; pero al instante (por algo de él que no podía determinar) deseó regresar junto a su madre, junto a su padre, a donde fuera pero lejos de él, pues estaba segura de que iba a decir algo a lo que no sabría qué responder. Pero el amor propio dominó al instante aquella súbita agitación, que esperaba que él no hubiera advertido. Claro que podría responder y responder lo adecuado. Era vil y despreciable de su parte no atreverse a oír lo que fuese, como si no tuviera fuerza para poner fin a cualquier conversación con su elevada dignidad pudorosa.

—Margaret —dijo él, sorprendiéndola al tomarle una mano, de modo que ella se vio obligada a quedarse donde estaba y escucharle, y se despreció por la palpitación que sintió en el pecho—. Margaret, desearía que no le gustara tanto Helstone, que no pareciera tan absolutamente dichosa y serena aquí. He estado esperando que pasaran estos tres meses para encontrarla añorando Londres y a los amigos de Londres, un poco, lo suficiente para que escuchara más amablemente —(pues ella intentaba tranquila pero firmemente soltarse la

mano de la de él)— a alguien que no tiene mucho que ofrecer, es cierto, sólo proyectos para el futuro, pero que la ama, Margaret, casi a pesar de sí mismo. Margaret, ¿tanto la he sobresaltado? ¡Hable!

Pues advirtió que le temblaban los labios como si fuera a echarse a llorar. Ella hizo un gran esfuerzo para calmarse y no habló hasta que consiguió dominarse y que no le temblara la voz. Entonces dijo:

—Me ha sorprendido. No sabía que me estimara de ese modo. Le he considerado siempre un amigo; y, por favor, preferiría seguir haciéndolo. No me gusta que me hable como lo ha hecho. No puedo contestarle como quiere que lo haga, y, sin embargo, lamentaría muchísimo disgustarle.

—Margaret —dijo él, mirándola a los ojos, que le sostuvieron la mirada con expresión franca y directa, de absoluta buena fe y reacia a causar dolor. Él estuvo a punto de preguntarle si amaba a otro, pero pensó que la pregunta ofendería la pura serenidad de aquella mirada—. ¡Perdóneme! He sido demasiado brusco. Ya he recibido mi castigo. Deme alguna esperanza. Deme el pobre consuelo de decirme que no ha visto nunca a nadie a quien pudiera... —Otra pausa. No pudo acabar la frase. Margaret se reprochó ser la causa de su aflicción.

—¡Ojalá no se le hubiera metido semejante idea en la cabeza! ¡Era tan agradable considerarle un amigo!

—Pero, Margaret, ¿puedo o no puedo esperar que me considere alguna vez un enamorado? Ya veo que todavía no, pero no hay prisa, alguna vez...

Ella guardó silencio un par de minutos, tratando de determinar sus verdaderos sentimientos antes de responder. Luego dijo:

—Le he considerado siempre un amigo y sólo un amigo. Y me complace considerarlo como tal, pero estoy segura de que nunca podré considerarlo de otro modo. Intentemos ambos olvidar que ha tenido lugar esta conversación... —Iba a decir «desagradable» pero se interrumpió a tiempo.

Él hizo una pausa antes de contestar. Luego repuso en su tono frío habitual:

—Por supuesto, ya que sus sentimientos son tan claros y esta conversación le ha resultado tan claramente desagradable, sería mejor no recordarla. Eso es absolutamente perfecto en teoría, ese plan de olvidar todo lo que sea doloroso, pero a mí al menos me resultará un poco difícil conseguirlo.

—Está enfadado —dijo ella con tristeza—. Pero ¿cómo puedo remediarlo yo?

Parecía tan sinceramente apenada cuando dijo esto que él luchó un momento con su franca decepción y luego respondió más animoso, aunque todavía con cierta dureza en el tono:

—Ha de tener en cuenta la vergüenza, Margaret, no sólo de un enamorado, sino de un hombre muy poco dado al romanticismo en general, prudente, mundano, como me consideran algunos, que se ha desviado de sus hábitos regulares por la fuerza de la pasión. Bien, no hablaremos más de eso; pero en la única salida que ha concebido para los sentimientos más nobles y profundos de su naturaleza, se encuentra con el rechazo y la repulsa. Tendré que consolarme menospreciando mi propia estupidez. ¡Un letrado voluntarioso que piensa en matrimonio!

Margaret no podía responder a esto. Le molestaba el tono. Parecía tocar y expresar todos los puntos de discrepancia que le habían molestado siempre en él. Sin embargo seguía siendo el hombre afable, el amigo más comprensivo, la persona que mejor la entendía en Harley Street. Sintió cierto desdén mezclado con la pena de haberle rechazado. Su bello semblante adoptó un levísimo aire displicente. Fue oportuno que, tras haber dado toda la vuelta al jardín, encontraran súbitamente al señor Hale, cuyo paradero habían olvidado por completo. Aún no había terminado la pera. La había pelado con delicadeza en una larga tira fina como papel de seda y la estaba comiendo con parsimonioso deleite. Era como la historia del rey oriental que mete la cabeza en una palangana de agua, a petición del mago, y antes de sacarla de inmediato pasa por la experiencia de toda una vida. Margaret se sentía anonadada, incapaz de recuperar el necesario dominio de sí misma para poder participar en la conversación trivial que mantuvieron a continuación su padre y el señor Lennox. Estaba seria y poco dispuesta a hablar, y se preguntaba cuándo se marcharía de una vez el señor Lennox y le permitiría relajarse y pensar en los acontecimientos del último cuarto de hora. Él tenía casi tantas ganas de marcharse como ella de que lo hiciera, pero debía a su vanidad mortificada, o a su dignidad, el sacrificio de unos minutos de charla despreocupada y ligera, por mucho que le costara. Observaba la cara pensativa y triste de ella de vez en cuando.

«No le soy tan indiferente como cree —se dijo—. No renuncio a la esperanza».

Antes de que transcurriera un cuarto de hora, había empezado a conversar con tranquilo sarcasmo; hablaba de la vida en Londres y de la vida en el campo como si fuera consciente de su segundo yo burlón y temiera la propia burla. El señor Hale estaba desconcertado. Su visitante era un hombre distinto al que había conocido en el banquete nupcial y aquel mismo día en la comida; un hombre más mundano, ingenioso y ligero y, como tal, en desacuerdo con el señor Hale. Los tres sintieron un gran alivio cuando al fin dijo que tenía que marcharse en seguida si quería tomar el tren de las cinco. Entraron en la casa a buscar a la señora Hale para que se despidiera de ella. En el último momento, salió de nuevo a la luz el verdadero yo del señor Lennox.

—Margaret, no me desprecie. Tengo un corazón, a pesar de toda esta forma vana de hablar. Como prueba de ello, creo que la amo más que nunca, si es que no la odio, por el desdén con que me ha escuchado durante esta última media hora. Adiós, Margaret... ¡Margaret!

Capítulo IV

Dudas y dificultades

Él se había marchado. Cerraron la puerta al atardecer. Ya no había cielos azul intenso ni tonos rojos y ambarinos. Margaret subió a cambiarse para el té y encontró a Dixon bastante malhumorada por el trastorno que había ocasionado la visita en un día de tanto trabajo. Lo demostró cepillándole el cabello furiosamente, con el pretexto de que tenía mucha prisa para ir a atender a la señora Hale. A pesar de todo, Margaret tuvo que esperar un buen rato en la sala a que bajara su madre. Se sentó sola junto al fuego, de espalda a las velas apagadas sobre la mesa, y pensó cómo había transcurrido el día: había resultado muy satisfactorio el paseo, y hacer los bosquejos; la comida había sido agradable y animada; y el paseo por el jardín, desagradable y lamentable.

¡Qué distintos eran los hombres de las mujeres! Allí estaba ella, tan inquieta y desdichada porque su instinto había hecho imposible todo menos el rechazo, mientras que él, a los pocos minutos de haberse encontrado con el rechazo de lo que debía haber sido la propuesta más profunda y sagrada de su vida, podía hablar como si los sumarios, el éxito y todas sus consecuencias superficiales de una buena casa, la compañía inteligente y agradable, fueran los únicos objetos declarados de sus deseos. ¡Santo cielo! ¡Cómo podría haberle amado si hubiera sido sólo diferente, con una diferencia que, al pensarlo, creía que tenía que ser profunda! Entonces se le ocurrió que, en realidad, tal vez hubiese fingido ligereza para disimular la amargura del desengaño, una amargura que a ella se le habría grabado en el corazón si hubiese amado y hubiese sido rechazada.

Su madre llegó al fin, antes de que ese torbellino de pensamientos se asentara en algo parecido al orden. Margaret tuvo que desechar los recuerdos de todo lo dicho y hecho durante el día para escuchar con atención el relato de su madre: Dixon se había quejado de que la tabla de la plancha había vuelto a quemarse; habían visto a Susan Lightfoot con flores artificiales en el sombrero, lo que demostraba su carácter vanidoso y alocado. El señor Hale tomaba el té a sorbos sumido en un silencio abstraído. Margaret se respondía a todo ella misma. Se preguntaba cómo podían ser tan olvidadizos su padre y su

madre, tan indiferentes a su compañero durante todo el día que ni siquiera habían mencionado su nombre. Olvidaba que a ellos no les había hecho ninguna proposición.

Después del té, el señor Hale se levantó y se quedó plantado junto a la chimenea, con el codo apoyado en la repisa y la cabeza apoyada en la mano, cavilando y suspirando profundamente de vez en cuando. La señora Hale fue a consultar a Dixon sobre la ropa de invierno para los pobres. Margaret preparó la labor de su madre, pensando horrorizada en la larga velada que le aguardaba y deseando que llegara la hora de irse a la cama para poder repasar los acontecimientos del día.

—¡Margaret! —dijo el señor Hale al fin, de forma tan súbita y apremiante que la sobresaltó—. ¿Es urgente ese tapiz? Quiero decir, si puedes dejarlo un momento y venir a mi estudio. Tengo que hablar contigo de algo muy importante para todos nosotros.

«Muy importante para todos nosotros». El señor Lennox no había tenido ocasión de hablar a solas con su padre después de su rechazo, porque eso sí que sería un asunto muy importante. En primer lugar, Margaret se sentía culpable y avergonzada de haberse hecho tan mayor como para que pensarán en su casamiento; y, en segundo lugar, no sabía si disgustaría a su padre que hubiese decidido rechazar la proposición del señor Lennox. Pero en seguida se dio cuenta de que su padre no quería hablarle de nada que hubiera ocurrido última y súbitamente y hubiese provocado ideas complicadas. El la hizo sentarse a su lado, avivó el fuego, despabiló las velas y suspiró un par de veces antes de decidirse a hablar. Y sus palabras fueron un sobresalto, pese a todo.

—¡Margaret! Voy a dejar Helstone.

—¡Dejar Helstone, papá! Pero ¿por qué?

El señor Hale no contestó de inmediato. Juguetó unos instantes con los papeles que había sobre el escritorio, confuso y nervioso, abriendo varias veces la boca para hablar, pero cerrándola de nuevo sin tener el valor de pronunciar una sola palabra. Margaret no podía soportar el espectáculo de aquella tensión, que era incluso más penosa para su padre que para ella misma.

—¿Por qué, querido papá? ¡Dímelo!

Él alzó la vista hacia ella de pronto y le dijo con una calma lenta y forzada:

—Porque no puedo seguir siendo pastor de la Iglesia anglicana.

Margaret había imaginado que le habían concedido al fin alguno de los ascensos que tanto deseaba su madre, uno que le obligaría a dejar el precioso y amado Helstone y que quizá le exigiría irse a vivir en uno de los recintos silenciosos y señoriales que Margaret había visto de vez en cuando en las

ciudades catedralicias. Eran lugares grandiosos e imponentes, y le habría causado un dolor profundo, largo y perdurable tener que dejar el hogar de Helstone para ir allí. Pero eso no era nada comparado con la impresión que le produjeron las últimas palabras de su padre. ¿Qué quería decir? Era mucho peor por ser tan misterioso. Sintió un súbito escalofrío al ver la expresión de lastimosa angustia de su cara, casi como si implorara un juicio bondadoso y clemente de su hija. ¿Se habría visto implicado en algo que hubiera hecho Frederick? Su hermano era un proscrito. ¿Se habría comprometido su padre, llevado por el amor natural hacia su hijo, en algún...?

—¿De qué se trata, papá? ¡Por favor, dímelo! ¿Por qué no puedes seguir siendo clérigo? Estoy segura de que si se le explica al obispo todo lo que sabemos de Frederick, y la dureza e injusticia con...

—No se trata de Frederick. El obispo no tendría nada que ver con eso. Soy yo mismo. Te lo explicaré, Margaret. Contestaré a todas las preguntas por una sola vez ahora. Pero después de esta noche no volveremos a mencionarlo. Puedo afrontar las consecuencias de mis dolorosas y lamentables dudas, pero no soporto hablar de lo que tanto sufrimiento me ha causado.

—¿Dudas, papá? ¿Dudas religiosas? —preguntó Margaret, más asustada todavía.

—No, dudas religiosas no. Ni el más ligero menoscabo en eso.

Hizo una pausa. Margaret suspiró como si estuviera al borde de otro nuevo horror. Su padre continuó, hablando deprisa, dispuesto a cumplir una obligación:

—No lo entenderías bien si te explicara mi angustia durante los últimos años por saber si tenía algún derecho a conservar el beneficio, mis esfuerzos por apagar mis ardientes dudas con la autoridad de la Iglesia. ¡Oh, Margaret, cuánto amo a la santa Iglesia de la que tengo que excluirme! —Por un momento, no pudo continuar. Margaret no sabía qué decir; todo aquello le parecía tan arcano como si su padre estuviera a punto de hacerse mahometano.

»Hoy he estado leyendo sobre los dos mil que fueron expulsados de sus iglesias —añadió el señor Hale con una leve sonrisa—, tratando de conseguir un poco de su valor. Pero no sirve de nada, es inútil, no puedo evitar lamentarlo amargamente.

—Pero papá, ¿lo has considerado bien? ¡Parece tan espantoso, tan horrible! —dijo Margaret, y se echó a llorar a lágrima viva de pronto. El único fundamento sólido de su hogar, de la idea que tenía de su amado padre, parecía resquebrajarse y tambalearse. ¿Qué podía decir ella? ¿Qué había que hacer? El señor Hale vio la angustia de su hija y se armó de valor para intentar consolarla. Se tragó los sofocantes sollozos sin lágrimas que habían estado

subiendo de su pecho hasta entonces, se acercó a la estantería y bajó un libro que leía a menudo últimamente y del que creía que había sacado fuerzas para emprender el camino que había iniciado.

—Escucha, querida Margaret —le dijo, rodeándole la cintura con un brazo. Ella tomó la mano de su padre entre las suyas y la apretó, pero no podía alzar la cabeza. En realidad, su agitación interior era tan grande que tampoco podía prestar atención a lo que leía él.

»Es el soliloquio de alguien que fue en tiempos clérigo de una parroquia rural como yo. Lo escribió el señor Oldfield, pastor de Carsington, en Derbyshire. Sus padecimientos se acabaron. Libró una buena batalla —dijo las dos últimas frases en voz baja, como si hablara consigo mismo. Luego, leyó en voz alta:

»"Cuando no puedas seguir en tu tarea sin deshonar a Dios, desacreditar la religión, renunciar a tu integridad, herir la conciencia, destrozar la paz y arriesgarte a perder la salvación; en una palabra, cuando las condiciones en que debes continuar (si continuas) en tu cargo sean pecaminosas e injustificadas por la palabra de Dios, debes, sí, has de creer que Dios tomara tu mismo silencio, suspensión, privación y renuncia para Su gloria y una mayor difusión del Evangelio. Cuando Dios no te emplee de una forma, aun así lo hará de otra. Jamás faltará ocasión de servirle y honrarle al alma que desea hacerlo. No debes limitar al Santo de Israel pensando que sólo tiene un medio de glorificarse por ti. Él puede hacerlo por tu silencio tanto como por tu predicación, por tu renuncia tanto como por tu continuación en el cargo. No es el pretexto de hacer el máximo servicio a Dios o cumplir el deber más gravoso lo que excusará el menor pecado, aunque ese pecado nos permita cumplir ese deber o nos dé la oportunidad de hacerlo. Tendrás pocas gracias, alma mía, si cuando te acusen de corromper el culto a Dios falseando tus votos, finges que es necesario hacerlo para continuar en el ministerio".

Mientras leía esto, y consideraba mucho más que no leía, se armó de resolución, y sintió como si también él pudiera ser firme y valiente al hacer lo que consideraba justo. Pero cuando terminó, oyó el quedo sollozo convulsivo de Margaret y su coraje flaqueó bajo la viva sensación de sufrimiento.

—¡Margaret, cariño! —le dijo, estrechándola—. Piensa en los primeros mártires, piensa en los millares que han sufrido.

—Pero, padre —dijo ella, alzando de pronto la cara enrojecida y bañada de lágrimas—, los primeros mártires sufrieron por la verdad, mientras que tú..., ¡ay!, papá, querido papá.

—Yo sufro por la conciencia, hija mía —repuso él, con una dignidad que sólo era trémula por la profunda sensibilidad de su carácter—; debo seguir los

dictados de mi conciencia. He soportado durante mucho tiempo remordimientos que habrían despertado a una mente menos aletargada y cobarde que la mía. —Movi6 la cabeza y continu6—: El vano deseo de tu madre, satisfecho al fin de la forma burlona en que suelen cumplirse los deseos demasiado fervientes, como tomatillos del diablo que son, ha provocado esta crisis, por lo que deber6a estar agradecido, y creo que lo estoy. El obispo me ofreci6 otro beneficio hace menos de un mes. Si lo hubiese aceptado habr6a tenido que hacer una nueva declaraci6n de conformidad con la liturgia en mi investidura. Intent6 hacerlo, Margaret; intent6 conformarme rechazando sin m6as el ascenso adicional y qued6ndome tranquilamente aqu6, sofocando mi conciencia como lo hab6a hecho antes. ¡Que Dios me perdone!

Se levant6 y pase6 de un lado a otro de la habitaci6n mascullando palabras de remordimiento y humillaci6n, de las que Margaret s6lo oy6 algunas, y lo agradeci6. Al final dijo:

—Vuelvo a la triste carga anterior, Margaret: tenemos que marcharnos de Helstone.

—¡S6! Comprendo. Pero ¿cu6ndo?

—He escrito al obispo inform6ndole de mi intenci6n de renunciar a la vicar6a. Supongo que ya te lo he dicho, pero se me olvidan las cosas precisamente ahora —dijo el se6or Hale, sumi6ndose de nuevo en su actitud abatida en cuanto empez6 a hablar de los crudos detalles pr6cticos—. Ha sido amabil6simo; ha empleado argumentos y amonestaciones, todo en vano..., en vano. Son lo mismo que me he repetido yo sin resultados. Tengo que presentar la renuncia y visitar al obispo para despedirme de 6l. Ser6 una prueba. Pero peor, mucho peor, ser6 despedirme de mis amados feligreses. Se ha nombrado un coadjutor para que dirija los oficios, un tal se6or Brown. Vendr6 ma6ana a quedarse con nosotros. El pr6ximo domingo dar6 mi serm6n de despedida.

¿Iba a ser tan repentino, entonces?, se pregunt6 Margaret. Aunque tal vez fuese mejor as6. Prolongarlo ser6 hurgar m6s en la llaga; era preferible sumirse en el aturdimiento oyendo todos aquellos preparativos que parec6an estar casi terminados antes de dec6rselo a ella.

—¿Qu6 dice mam6? —pregunt6, con un profundo suspiro.

Para su sorpresa, su padre empez6 a pasear de nuevo por la estancia antes de contestar. Al fin se detuvo y replic6:

—Margaret, soy un vil cobarde en realidad. No soporto causar dolor. S6 perfectamente que la vida de casada de tu madre no ha sido lo que ella esperaba, lo que ten6a derecho a esperar; y ahora esto va a ser un golpe tan fuerte que no he tenido valor para dec6rselo. Pero hay que dec6rselo, ya —dijo, mirando a su hija con tristeza. Margaret se qued6 casi anonadada ante la idea

de que su madre no supiese nada y todo el asunto estuviera tan adelantado.

—Sí, hay que decírselo —dijo Margaret—. A lo mejor, pese a todo, no se... ¡Oh, sí!, lo hará. Se disgustará —añadió, sintiendo de nuevo el impacto del golpe al intentar determinar cómo reaccionaría otro—. ¿Adónde iremos? —preguntó al final, impresionada de nuevo por la perplejidad acerca de sus futuros planes, si es que su padre tenía planes, en realidad.

—A Milton del Norte —respondió él, con torpe indiferencia, pues había percibido que, aunque el amor de su hija la había impulsado a apoyarle y a esforzarse para calmarle con su cariño, la intensidad del dolor seguía tan viva en su mente como siempre.

—¡Milton del Norte! ¿La ciudad industrial de Darkshire?

—Sí —contestó él, del mismo modo abatido e indiferente.

—¿Por qué allí, papá? —preguntó ella.

—Porque allí puedo ganar el pan para la familia. Porque allí no conozco a nadie y nadie conoce Helstone ni puede hablarme nunca de él.

—¡El pan para la familia! Yo creía que mamá y tú teníais... —y se interrumpió, conteniendo el lógico interés por su vida futura al advertir el ceño de su padre. Pero la agudeza intuitiva de él le permitió ver en la cara de su hija como en un espejo el reflejo de su propio abatimiento y se esforzó por rechazarlo.

—Ya te lo explicaré todo, Margaret. Ahora ayúdame a decírselo a tu madre. Creo que podría hacer cualquier cosa menos eso: la sola idea de su dolor me da pánico. Si te lo explico todo, podrías decírselo mañana. Yo estaré fuera todo el día, iré a despedirme del granjero Dobson y de los pobres de Bracy Common. ¿Te molestaría mucho decírselo tú, Margaret?

Le molestaba tener que hacerlo, le horrorizaba más que ninguna cosa que hubiera tenido que hacer en toda la vida. No podía hablar, de pronto. Su padre dijo:

—Te disgusta mucho hacerlo, ¿verdad, Margaret?

Ella se dominó entonces y contestó con expresión animosa y firme:

—Es doloroso pero hay que hacerlo, y lo haré lo mejor que pueda. Tú debes tener muchas cosas desagradables que hacer.

El señor Hale movió la cabeza abatido y le apretó la mano en señal de gratitud. Margaret estaba a punto de echarse a llorar otra vez. Para desechar los pensamientos dijo:

—Ahora dime cuáles son nuestros planes, papá. Mamá y tú tenéis algún

dinero, aparte de los ingresos del beneficio, ¿no? Sé que tía Shaw lo tiene.

—Sí. Creo que tenemos unas ciento setenta libras anuales propias. Setenta han sido siempre para Frederick desde que está en el extranjero. No sé si lo necesita todo —añadió, vacilante—. Debe de tener alguna paga por servir en el ejército español.

—Frederick no debe sufrir —dijo Margaret con decisión—; en un país extranjero; tratado tan injustamente por el propio. Quedan cien libras. ¿Podríamos vivir mamá, tú y yo con cien libras al año en algún lugar muy barato..., muy tranquilo de Inglaterra? Bueno, yo creo que sí.

—¡No! —dijo el señor Hale—. Eso no serviría. Tengo que hacer algo. Tengo que mantenerme ocupado, desechar los pensamientos morbosos. Además, en una parroquia rural recordaría dolorosamente Helstone y mis deberes aquí. No lo soportaría, Margaret. Y cien libras al año se quedarían en nada una vez cubiertos los gastos de la casa, para proporcionar a tu madre las comodidades a las que está acostumbrada y que debe tener. No. Tenemos que ir a Milton. Eso está decidido. Siempre decido mejor solo, sin verme influenciado por mis seres queridos —le dijo, casi disculpándose por haber decidido sin consultar sus planes con nadie de la familia—. No soporto las objeciones. Me hacen vacilar.

Margaret resolvió guardar silencio. Al fin y al cabo, ¿qué importaba adónde fueran, comparado con el único cambio terrible?

El señor Hale prosiguió:

—Hace unos meses, cuando mi suplicio de dudas se hizo superior a lo que podía soportar sin hablar con alguien, escribí al señor Bell. ¿Recuerdas al señor Bell, Margaret?

—No. Creo que no lo he visto nunca. Pero sé quién es. El padrino de Frederick, tu antiguo tutor en Oxford, ¿no?

—Sí. Es miembro de la corporación de Plymouth College. Es oriundo de Milton del Norte, me parece. El caso es que tiene allí propiedades, cuyo valor ha aumentado mucho desde que Milton se ha convertido en una ciudad industrial tan grande. Bueno; tenía razones para suponer (imaginar) que era preferible no decir nada al respecto, sin embargo. Pero estaba seguro de la comprensión del señor Bell. No sé si me dio mucha fuerza. Ha llevado siempre una vida cómoda en su colegio. Pero no podría haber sido más amable. Y debido a él vamos a ir a Milton.

—¿Qué? —dijo Margaret.

—Bueno, tiene allí arrendatarios, casas y talleres. Así que, aunque el lugar es demasiado bullicioso para sus hábitos y no le gusta, está obligado a

mantener cierto tipo de contacto. Y me dice que sabe que hay buenas oportunidades para un profesor particular allí.

—¡Profesor particular! —exclamó Margaret con aire displicente—. ¿Para qué van a querer los industriales a los clásicos o la literatura o los conocimientos de un caballero?

—Bueno —contestó su padre—, parece que algunos son individuos refinados, conscientes de sus propias carencias, que es más de lo que puede decirse de muchos hombres de Oxford. Algunos desean aprender, están decididos a hacerlo aunque hayan llegado a la edad adulta. Algunos desean que sus hijos sean más instruidos que ellos. Lo cierto es que hay una oportunidad, tal como he dicho, para un profesor particular. El señor Bell me ha recomendado a un tal señor Thornton, arrendatario suyo y hombre muy inteligente, en la medida en que puedo juzgar por sus cartas. Y en Milton, Margaret, encontraré una vida ocupada, aunque no sea una vida feliz, y personas y escenarios tan distintos que no me recordarán nunca Helstone.

Había un motivo secreto, como bien sabía Margaret por sus propios sentimientos. Sería diferente. Pese a ser discordante (sentía casi aversión por todo lo que había oído siempre del Norte de Inglaterra, los fabricantes, la gente, el campo inhóspito y agreste), contaba sin embargo con esta única virtud: sería diferente de Helstone y jamás les recordaría aquel amado lugar.

—¿Cuándo nos marcharemos? —preguntó Margaret tras un breve silencio.

—No lo sé con exactitud. Quería hablar de ello contigo. Verás, tu madre no sabe nada todavía. Pero creo que dentro de unos quince días... Una vez presentada la renuncia ya no tendré derecho a quedarme.

Margaret estaba casi anonadada.

—¡Dentro de quince días!

—No, bueno, no exactamente. No hay nada establecido —dijo su padre con angustiosa vacilación al ver el dolor que nublaban los ojos de su hija y el súbito cambio de su expresión. Pero se recobró de inmediato.

—Sí, papá, habría que decidirlo pronto y definitivamente, como dices tú. ¡Pero mamá no sabe nada! Eso es lo más embarazoso.

—¡Pobre María! —repuso el señor Hale con ternura—. ¡Pobre, pobre María! ¡Ay, qué fácil sería si no estuviera casado, si estuviera solo en el mundo! ¡La verdad es que no me atrevo a decírselo, Margaret!

—Bueno —dijo Margaret con tristeza—. Lo haré yo. Dame hasta mañana por la noche para elegir el momento. ¡Ay, papá! —exclamó súbitamente en tono suplicante y apasionado—: ¡Dime que es una pesadilla! ¡Convénceme de que esto no es la realidad sino un mal sueño! ¡No puedes decir en serio que

vas a dejar la Iglesia, a renunciar a Helstone, a separarte para siempre de mamá y de mí, arrastrado por una ilusión, por una tentación! ¡No es posible!

El señor Hale mantuvo una calma rígida mientras su hija hablaba.

Luego la miró a la cara y le dijo en tono pausado, lento y ronco:

—Es así, Margaret. No te engañes dudando de la sinceridad de mis palabras, de la firmeza de mi resolución y mi propósito.

Guardó silencio y se quedó mirándola del mismo modo fijo y gélido unos instantes. Ella le devolvió la mirada con expresión suplicante hasta que se convenció de que todo aquello era irrevocable. Entonces se levantó y se dirigió hacia la puerta, sin una palabra ni una mirada más. Posó los dedos en la manilla y oyó que la llamaba. Estaba de pie junto a la chimenea, encogido y encorvado. Pero cuando ella se acercó, se irguió cuan alto era, le puso las manos en la cabeza y dijo con solemnidad:

—¡Que Dios te bendiga, hija mía!

—Y que te devuelva a Su Iglesia —respondió ella, desbordada por la emoción. Acto seguido temió que su respuesta a la bendición paterna hubiese sido irreverente, errónea, que pudiera herirle por proceder de su hija, y le echó los brazos al cuello. Él la estrechó unos instantes. Margaret le oyó murmurar para sí: «Los mártires y los confesores tuvieron que soportar más dolor. No flaquearé».

En aquel momento los sobresaltó la voz de la señora Hale que preguntaba por su hija. Se separaron plenamente conscientes de todo lo que les esperaba. El señor Hale se apresuró a decirle:

—Ve, Margaret, ve. Mañana pasaré el día fuera. Cuando regrese por la noche ya se lo habrás dicho a tu madre.

—Sí —repuso ella. Y volvió a la sala en un estado de aturdimiento y confusión.

Capítulo V

Decisión

Margaret fue una buena oyente de todos los pequeños planes que había hecho su madre para aliviar un poco la suerte de los feligreses más pobres. No podía por menos que escuchar, aunque cada nuevo proyecto era una puñalada en su corazón. Cuando llegaran las heladas estarían lejos de Helstone. El reumatismo del anciano Simon podría agravarse, podría empeorar su vista, y

no habría nadie que fuera a leerle y a confortarle con tazones de caldo y prendas de abrigo de buena franela roja. O si lo había, sería un extraño, y el anciano la esperaría en vano a ella. El hijito tullido de Mary Domville se arrastraría hasta la puerta y esperaría mirando para verla salir del bosque. Aquellos pobres amigos nunca comprenderían por qué los había abandonado; y había muchos otros, además.

—Papá siempre ha gastado los ingresos del beneficio en la parroquia. Quizá esté usando las cuotas siguientes, pero el invierno puede ser muy crudo y tenemos que ayudar a nuestros pobres ancianos.

—Bueno, mamá, haremos lo que podamos —dijo Margaret impaciente, sin ver el aspecto prudencial del asunto y aferrándose sólo a la idea de que prestarían aquella ayuda por última vez—. Tal vez no sigamos aquí mucho tiempo.

—¿Te encuentras mal, cariño? —preguntó la señora Hale preocupada, malinterpretando la insinuación de Margaret sobre la incertidumbre de permanecer en Helstone—. Estás pálida y cansada. Es este aire húmedo, bochornoso e insalubre.

—No, no, mamá, no es eso: el aire es delicioso. Huele a la más pura y fresca fragancia comparado con la atmósfera cargada de Harley Street. Pero estoy cansada, ya casi debe de ser hora de acostarse.

—No falta mucho, son las nueve y media. Pero es mejor que te vayas ya a la cama, cariño. Pídele a Dixon unas gachas. Yo iré a verte en cuanto te acuestes. Me preocupa que te hayas resfriado, o respirado el aire pútrido de una de esas lagunas estancadas...

—Ay, mamá —dijo Margaret, besando a su madre con una leve sonrisa—. Estoy perfectamente, no te preocupes por mí; sólo estoy cansada.

Subió a su habitación. Tomó un tazón de gachas para tranquilizar a su madre. Estaba echada lánguidamente en la cama cuando llegó la señora Hale a hacer algunas preguntas finales y darle un beso antes de retirarse a su habitación. Margaret se levantó presurosa en cuanto oyó que se cerraba la puerta de su madre, se echó la bata por encima y se puso a pasear de un lado a otro hasta que el crujido de una tabla del viejo entarimado le recordó que no debía hacer ruido. Se acurrucó en el asiento de la ventana, pequeña y de hueco profundo. Cuando había mirado afuera aquella mañana, le había saltado de alegría el corazón al ver sobre la torre de la iglesia las luces claras e intensas que presagiaban un día espléndido y soleado. Esa noche (habían pasado como máximo dieciséis horas) se sentó, demasiado triste para llorar, pero con una pena sorda y fría que parecía haber exprimido para siempre la juventud y el contento de su ser. La visita del señor Henry Lennox —su proposición— era

como un sueño, algo al margen de su vida real. La cruda realidad era que su padre se había permitido dudas tentadoras hasta llegar a ser cismático, un paria. Todos los cambios consiguientes se agrupaban en torno a aquel único hecho importante y lamentable.

Contempló las líneas gris oscuro de la torre de la iglesia, justo en el centro de la vista, que se recortaba sobre las profundidades transparentes del azul oscuro que miraba y que creía que podría seguir mirando siempre y viendo en cada momento alguna distancia mayor, ¡pero ningún rastro de Dios! En aquel instante el mundo le parecía más desolado que si lo rodeara una cúpula de hierro detrás de la cual podrían hallarse la paz y la gloria indelebles del Todopoderoso. Aquellos abismos de espacio infinito le parecían en su serena quietud más engañosos que ninguna barrera material: rodeaban los gritos de los dolientes que podían ascender ahora en el infinito esplendor de inmensidad y perderse, desaparecer para siempre sin llegar nunca a Su trono. Ése era su estado de ánimo cuando llegó su padre sin que lo oyera. La luz de la luna era lo bastante intensa para permitirle ver a su hija en un lugar y una actitud inusuales. Ella no se dio cuenta de su presencia hasta que sintió que le tocaba el hombro.

—Margaret, sabía que estabas aquí. No he podido evitar venir a pedirte que reces conmigo. Recemos el padrenuestro, nos hará bien a los dos.

El señor Hale y Margaret se arrodillaron junto al asiento de la ventana: él, mirando hacia arriba; ella, con la cabeza inclinada, avergonzada y humilde. Dios estaba cerca de ellos y escuchaba las palabras que susurraba su padre. Tal vez su padre fuera un hereje, pero ¿acaso no se había mostrado ella mucho más escéptica hacía cinco minutos en las dudas de la desesperación? No pronunció una palabra, pero en cuanto su padre se marchó, se acostó sigilosamente como una niña avergonzada de su culpa. Si el mundo estaba lleno de problemas complejos, confiaría y sólo pediría ver el único paso que tenía que dar en cada momento. Aquella noche rondaron sus sueños el señor Lennox, su visita y su proposición, cuyo recuerdo se había visto desplazado bruscamente por los acontecimientos del día: él trepaba a un árbol de fabulosa altura para alcanzar una rama de la que colgaba el sombrero de ella; y se caía, y ella intentaba salvarlo, pero una mano fuerte e invisible la sujetaba y se lo impedía. Él moría. Y sin embargo, la escena cambiaba y ella estaba de nuevo en la sala de Harley Street hablando con él como tantas veces, pero sabía todo el tiempo que le había visto matarse por aquella terrible caída.

¡Noche triste y agitada! ¡Mal prelude para el próximo día! Despertó sobresaltada, sin haber descansado bien, y consciente de alguna realidad incluso peor que sus sueños febriles. Lo recordó todo: no sólo la pena sino también la terrible discordancia en la pena. ¿Hasta dónde había llegado su padre, qué distancia había recorrido llevado por las dudas que ella consideraba

tentaciones del Maligno? Deseaba saberlo pero no se lo habría preguntado por nada del mundo.

La mañana despejada y fresca hizo que su madre se sintiera especialmente bien y animada a la hora del desayuno. Siguió hablando y planeando las buenas obras del pueblo, ajena al silencio de su esposo y a las respuestas monosilábicas de Margaret. El señor Hale se levantó antes de que recogieran la mesa. Posó una mano en ella como para apoyarse.

—No volveré hasta la noche. Voy al campo de Bracy y pediré al granjero Dobson que me dé algo de comer. Volveré a las siete para la cena.

No miró a ninguna de las dos, pero Margaret entendió lo que quería decir: a las siete tenía que haberle dado ya la noticia a su madre. El señor Hale habría esperado a hacerlo a las seis y media, pero Margaret no era de la misma pasta que él. Ella no podía aguantar aquella carga todo el día, prefería pasar el peor trago cuanto antes. El día sería demasiado corto para consolar a su madre. Pero mientras estaba de pie junto a la ventana, pensando cómo empezar y esperando que la sirvienta saliera de la habitación, su madre subió a arreglarse para ir a la escuela. Bajó preparada para marcharse, más animada de lo habitual.

—Mamá, ven conmigo al jardín esta mañana. Demos sólo una vuelta —le dijo Margaret, rodeándole la cintura con un brazo.

Pasaron por la puerta vidriera abierta. La señora Hale dijo algo. Margaret no la entendió, se fijó en una abeja que entraba en una campanilla: cuando saliera con su botín, empezaría, ésa sería la señal... Salió.

—¡Mamá! ¡Papá va a dejar Helstone! —dijo bruscamente—. Va a dejar la Iglesia y se irá a vivir a Milton del Norte.

Ya estaban los tres hechos innegables, apenas explicables.

—¿Por qué dices eso, Margaret? —preguntó la señora Hale, sorprendida e incrédula—. ¿Quién te ha dicho semejante insensatez?

—Papá, él mismo —contestó Margaret, deseando añadir algo amable y consolador, pero sin saber cómo hacerlo. Llegaron al banco del jardín. La señora Hale se sentó y se echó a llorar.

—No te comprendo —dijo—. O has cometido un grave error o no te entiendo en absoluto.

—No, madre, no he cometido ningún error. Papá ha escrito al obispo comunicándole que tiene tales dudas que en conciencia no puede seguir siendo pastor de la Iglesia anglicana y que tiene que abandonar Helstone. Ha consultado también al señor Bell, el padrino de Frederick, ya sabes, mamá. Y se ha decidido que vayamos a vivir a Milton del Norte.

La señora Hale no apartó la mirada de la cara de su hija mientras hablaba: su tristeza le indicaba que al menos ella creía que era verdad lo que le estaba diciendo.

—No puedo creerle —dijo la señora Hale al fin—. Si fuese cierto me lo habría dicho antes de llegar a este punto.

Margaret estaba plenamente convencida de que su madre tendría que haber sido informada de todo: fueran cuales fuesen sus quejas y lamentaciones, no estaba bien que su padre dejara que se enterase de su cambio de opinión y de su inminente cambio de vida por su propia hija, que sabía más que ella de todo aquello. Margaret se sentó junto a su madre, le hizo apoyar la cabeza en su pecho e inclinó sus suaves mejillas cariñosamente para acariciarle la cara.

—¡Queridísima mamá! Nos asustaba tanto darte un disgusto... Papá estaba tan preocupado..., sabes que no eres fuerte y habrías tenido que pasar por una terrible tensión.

—¿Cuándo te lo explicó a ti, Margaret?

—Ayer, mamá. Ayer mismo —repuso Margaret, detectando los celos que habían provocado la pregunta—. ¡Pobre papá! —añadió, tratando de desviar los pensamientos de su madre hacia la comprensión compasiva de todo lo que había pasado su padre. La señora Hale levantó la cabeza.

—¿Qué quiere decir con lo de que tiene dudas? —preguntó—. Estoy segura de que no se refiere a que piensa de otro modo, que sabe más que la propia Iglesia.

Margaret movió la cabeza con los ojos llenos de lágrimas, pues su madre había puesto el dedo en la llaga de su propio pesar.

—¿No puede hacerle entrar en razón el obispo? —preguntó la señora Hale, casi impaciente.

—Me temo que no —dijo Margaret—. Pero no se lo pregunté. No hubiera soportado lo que pudiera contestarme. Todo está arreglado hasta cierto punto. Dejará Helstone dentro de quince días. No sé exactamente si dijo que había presentado la renuncia.

—¡Quince días! —exclamó la señora Hale—. Creo que todo esto es muy extraño, y nada correcto. Me parece insensible —dijo, empezando a relajarse con las lágrimas—. Dices que tiene dudas y que renuncia al beneficio, y todo sin consultarme. Creo que si me hubiera explicado sus dudas al principio, podría haberlas cortado de raíz.

Margaret pensaba que su padre no había obrado bien, pero no soportaba oírsele decir a su madre. Sabía que la reserva de él se debía al cariño que sentía por ella, y que podía ser cobarde pero no insensible.

—Casi esperaba que te alegraras de dejar Helstone, mamá —dijo, tras una pausa—. Nunca te has sentido bien en este aire, ya sabes.

—No creerás que la atmósfera cargada de humos de una ciudad industrial llena de chimeneas y sucia como Milton del Norte será mejor que este aire, que es puro y dulce, aunque sea demasiado húmedo y enervante. ¡Imagínate lo que será vivir entre las fábricas y la gente de las fábricas! Claro que si tu padre deja la Iglesia no nos admitirán en sociedad en ningún sitio. ¡Será una gran desgracia para nosotros! Pobrecito sir John. Menos mal que no vive para ver a lo que ha llegado tu padre. Todos los días después de comer, cuando era niña y vivía con tu tía Shaw en Beresford Court, sir John acostumbraba a hacer el primer brindis: «¡Por la Iglesia y el Rey, y abajo el Parlamento!».

Margaret se alegró de que su madre dejara de pensar en el silencio de su marido con ella sobre el tema que debía de ser más caro a su corazón. Después de la profunda angustia vital por la naturaleza de las dudas de su padre, ésa era la circunstancia del caso que le causaba más dolor.

—Bueno, aquí nos relacionamos muy poco, mamá. Los Gorman, que son nuestros vecinos más próximos (que podemos considerar buena sociedad, y casi nunca los vemos), son comerciantes hace tanto tiempo como la gente de Milton del Norte.

—Sí —dijo la señora Hale casi con indignación—, pero de todos modos los Gorman hacían carruajes para casi toda la pequeña nobleza del condado y de alguna forma se relacionaban con ella. Pero esa gente de las fábricas, ¿a quién se le va a ocurrir usar algodón si puede usar lino?

—Bueno, mamá, renuncio a los algodonereros; no los estoy defendiendo más que a otros comerciantes. Sólo que tendremos que relacionarnos lo mínimo con ellos.

—¿Puede saberse por qué ha elegido tu padre Milton?

—En parte, porque no se parece nada a Helstone —contestó Margaret con un suspiro—; y, en parte, porque el señor Bell dice que allí hay oportunidades para un profesor particular.

—¡Profesor particular en Milton! ¿Por qué no puede ir a Oxford y dar clase a los caballeros?

—¡Lo olvidas, mamá! Deja la Iglesia a causa de sus opiniones: sus dudas no le ayudarían nada en Oxford.

La señora Hale guardó silencio un rato, llorando quedamente. Al final dijo:

—Y los muebles, ¿cómo se supone que vamos a organizar el traslado? Nunca, nunca he hecho un traslado, y sólo disponemos de quince días para organizarlo todo.

Margaret se sintió indeciblemente aliviada al ver que la angustia y la aflicción de su madre se reducían a ese punto, que a ella le parecía tan insignificante, y en lo que podría ayudar mucho. Hizo planes y promesas y demostró a su madre cómo organizar todo lo que se podía hacer hasta que supieran más concretamente lo que se proponía el señor Hale. No se separó de ella en todo el día; se concentró con toda el alma en comprender los diversos cambios de sus sentimientos. Hacia el atardecer, empezó a ponerse cada vez más nerviosa pensando que su padre tenía que encontrar un hogar acogedor y tranquilizante cuando llegara tras un día de fatiga y angustia. Insistió en lo que tenía que haber sufrido en secreto durante tanto tiempo; su madre sólo respondía fríamente que debía habérselo dicho y que así al menos habría tenido alguien que le aconsejara. Se sintió desfallecer cuando oyó los pasos de su padre en el vestíbulo. No se atrevió a salir a recibirle y explicarle lo que había hecho durante todo el día por miedo al enojo celoso de su madre. Le oyó pararse, como si la esperara a ella o alguna señal de ella, y no se atrevió a moverse. Vio el temblor de labios y la palidez de su madre y supo que también ella se había dado cuenta de que había llegado su esposo. Él abrió la puerta de la habitación y se quedó allí plantado sin saber si entrar o no. Estaba triste y pálido, tenía una expresión temerosa y tímida en los ojos, algo que resulta casi lastimoso en la cara de un hombre; pero su gesto de incertidumbre y abatimiento, de languidez física y mental conmovió a su esposa, que se acercó a él y se arrojó en su pecho, gritando:

—¡Oh, Richard, Richard! ¡Debías habérmelo dicho antes!

Margaret los dejó entonces y subió las escaleras llorando; se echó en la cama y ocultó la cara en los cojines para sofocar los sollozos histéricos que brotaron incontenibles al fin tras el tenso dominio de sí misma que había mantenido todo el día.

No sabía cuánto tiempo llevaba así. No oyó ningún ruido, aunque la doncella entró a ordenar la habitación. La muchacha salió de puntillas aterrada y fue a decirle a la señora Dixon que la señorita Hale estaba llorando desgarradoramente, que si seguía llorando de aquel modo se pondría malísima, seguro. A consecuencia de esto, Margaret sintió que la tocaban y se incorporó; vio la habitación habitual, y, en la penumbra, la figura de Dixon, que estaba de pie con la vela un poco retirada por miedo al efecto que pudiera causar la luz en los ojos asustados de la señorita Hale, hinchados y cegados.

—Oh, Dixon, no te he oído entrar —dijo Margaret reanudando su tembloroso autocontrol—. ¿Es muy tarde? —prosiguió, incorporándose lánguidamente y disponiéndose a salir de la cama, posando los pies en el suelo pero sin levantarse, mientras se retiraba el pelo revuelto de la cara e intentaba mostrarse como si no pasara nada, como si sólo hubiera estado durmiendo.

—No tengo ni idea de la hora que es —contestó Dixon en tono ofendido—. He perdido la noción del tiempo desde que la señora me dio la espantosa noticia cuando la ayudaba a vestirse para la cena. Y desde luego no sé lo que va a ser de todos nosotros. Cuando Charlotte me ha dicho ahora mismo que usted estaba llorando, señorita Hale, pensé, no me extraña, pobrecita. Y mira que ocurrírsele ahora al señor hacerse disidente a estas alturas de la vida, cuando, aunque no pueda decirse que le haya ido bien en la Iglesia, tampoco es que le haya ido tan mal, después de todo. Tuve un primo, señorita, que se hizo predicador metodista a los cincuenta y tantos años, después de ser sastre toda la vida. Claro que él nunca había sido capaz de hacer unos pantalones como Dios manda mientras se había dedicado al oficio de sastre, así que no era tan raro. ¡Pero el señor! Como le dije a la señora: «¿Qué habría dicho el pobre sir John? ¡Él no quería que se casara con el señor Hale, pero le aseguro que si hubiera sabido que todo acabaría así, sus juramentos hubieran sido peores que nunca, si tal cosa fuese posible!».

Dixon estaba tan acostumbrada a hacer comentarios sobre el proceder del señor Hale a su señora (que la escuchaba o no, según el humor del momento) que no advirtió la mirada fulminante y el rictus indignado de Margaret. ¡Tener que escuchar que una sirvienta le hablara de su padre así a la cara!

—Dixon —dijo, en el tono bajo que empleaba siempre cuando estaba muy nerviosa, y en el que había un rumor de tumulto lejano o de tormenta amenazadora que se desencadenaba a lo lejos—. ¡Dixon! Olvidas con quién estás hablando.

Se irguió y se puso de pie con firmeza, encarándose con la doncella y clavando en ella su mirada fija y perspícaz.

—Soy la hija del señor Hale —añadió—. Márchate. Has cometido un error extraño, y estoy segura de que tus buenos sentimientos harán que lo lamente cuando pienses en ello.

Dixon se demoró unos minutos en la habitación, indecisa. Margaret repitió:

—Debes marcharte, Dixon. Quiero que lo hagas.

Dixon no sabía si tomar a mal tan decididas palabras o echarse a llorar. Ambos métodos habrían surtido efecto con su señora. Pero, como se dijo a sí misma: «La señorita Margaret tiene algo del anciano caballero, igual que el pobre señorito Frederick; ¿de dónde lo sacarán?». Y ella, que se habría ofendido si alguien le hubiera dicho aquello de forma menos resuelta y altiva, se contuvo lo suficiente para decir en tono humilde y dolido:

—¿Le desabrocho el vestido y le arreglo el pelo, señorita?

—¡No, esta noche no, gracias!

Margaret la hizo salir de la habitación y cerró la puerta. Dixon obedeció. A partir de entonces, admiró siempre a Margaret. Decía que era porque se parecía mucho al pobre señorito Frederick; pero lo cierto era que a ella, como a tantos otros, le gustaba que la mandara alguien de carácter fuerte y decidido.

Margaret necesitó toda la ayuda de Dixon en acción y que guardara silencio; pues, durante un tiempo, ésta consideró un deber demostrar que estaba ofendida hablando lo menos posible a su señorita; así que concentró sus energías en actuar más que en hablar. Quince días era muy poco tiempo para hacer todos los preparativos de un traslado tan importante. Como dijo Dixon: «Cualquiera menos un caballero, en realidad cualquier otro caballero...». Advirtió justo en este punto la mirada rotunda y severa de Margaret, y una tos súbita le impidió acabar la frase; aceptó dócilmente la pastilla de marrubio que le ofreció Margaret para calmar «el picor de garganta, señorita». Pero cualquiera menos el señor Hale habría tenido suficiente sentido práctico para comprender que en tan poco tiempo sería imposible encontrar una casa en Milton del Norte, y en realidad en cualquier sitio, para trasladar el mobiliario que tenían que sacar de la vicaría de Helstone.

La señora Hale se sintió tan abrumada por los problemas y por la necesidad de tomar decisiones inmediatas que parecía recaer de pronto sobre ella, que se puso enferma. A Margaret casi le pareció un alivio que su madre decidiera guardar cama y dejara que se encargara de organizarlo todo ella. Y Dixon, fiel a su deber de acompañante, atendía a su señora y sólo salía del dormitorio de la señora Hale para mover la cabeza y murmurar para sí de un modo que Margaret decidió ignorar. Pues lo único claro y urgente era que tenían que marcharse de Helstone. Ya habían nombrado al sucesor del señor Hale en el beneficio; y, en todo caso, después de la decisión de su padre, no debía haber demora, tanto por él como por todo lo demás. Había decidido despedirse personalmente de cada feligrés y cada tarde regresaba a casa más deprimido. Margaret carecía de experiencia en los asuntos prácticos que había que solucionar y no sabía a quién acudir en busca de consejo. La cocinera y Charlotte trabajaban muy dispuestas y con tenacidad en todo el traslado y empaquetamiento; y en cuanto a eso, el admirable sentido de Margaret le permitió ver lo que era mejor y dirigir cómo debía hacerse. Pero ¿adónde irían? Tenían que marcharse en una semana. ¿Directamente a Milton o adónde? Muchos preparativos dependían de eso concretamente, y Margaret decidió preguntárselo a su padre una noche, a pesar de su fatiga y abatimiento evidentes. Él contestó:

—Pero hija, la verdad es que he tenido demasiadas cosas en que pensar para ocuparme de eso. ¿Qué dice tu madre? ¿Qué quiere ella? ¡Pobre María!

Le respondió un eco más sonoro que su suspiro. Dixon acababa de entrar en la habitación a buscar otra taza de té para la señora Hale, y al oír las últimas

palabras del señor Hale, y protegida de la mirada recriminatoria de Margaret por su presencia, se atrevió a decir:

—¡Mi pobre señora!

—Espero que no se encuentre peor hoy —dijo el señor Hale, volviéndose apresuradamente.

—No podría decirlo, señor. No me corresponde a mí juzgar. La enfermedad parece mental más que física.

El señor Hale se mostró infinitamente afligido.

—Será mejor que lleves el té a mamá antes de que se enfríe, Dixon —dijo Margaret en tono de serena autoridad.

—Oh, le pido disculpas, señorita. Me he distraído pensando en mi pobre..., en la señora Hale.

—¡Papá! —dijo Margaret—. Es esta incertidumbre lo que os hace más daño a los dos. Es lógico que mamá lamente tu cambio de opiniones, eso no podemos evitarlo —añadió suavemente—. Pero ahora sabemos a qué atenemos, al menos hasta cierto punto. Y creo que podría conseguir que mamá me ayudara en los planes si me dijeras cuáles son. Ella no ha manifestado nunca ningún deseo en ningún sentido, y sólo piensa en lo inevitable. ¿Iremos directamente a Milton? ¿Has buscado casa allí?

—No —contestó él—. Supongo que tendremos que ir a un hostel y buscar luego una casa.

—¿Y embalar los muebles para poder dejarlos en la estación de tren hasta que encontremos una?

—Supongo que sí. Tú haz lo que te parezca mejor. Pero recuerda que dispondremos de mucho menos dinero.

Margaret sabía perfectamente que nunca habían nadado en la abundancia. De pronto tuvo la sensación de que echaban sobre sus hombros una carga muy pesada. Hacía sólo cuatro meses, todas las decisiones que tenía que tomar consistían en qué vestido ponerse para la cena y en ayudar a Edith a redactar las listas de invitados y a decidir quién debía sentarse junto a quién en las cenas. Y el hogar en que vivía no requería que se tomaran muchas decisiones. Excepto en el único caso importante de la propuesta de matrimonio del capitán Lennox, todo funcionaba como un reloj. Su tía y su prima mantenían una larga discusión una vez al año para decidir si iban a la isla de Wight, al extranjero o a Escocia; pero en tales ocasiones, Margaret estaba segura de llegar sin el menor esfuerzo personal al tranquilo refugio del hogar. Ahora, desde la visita del señor Lennox que la había sobresaltado obligándola a tomar una decisión, cada día tenía que resolver algún problema de suma importancia para ella y

para aquellos a quienes amaba.

El señor Hale subió a hacer compañía a su esposa después del té. Margaret se quedó sola en la sala. De pronto cogió una vela y fue al estudio de su padre a buscar un atlas grande; volvió con él a la sala y empezó a examinar detenidamente el mapa de Inglaterra. Estaba a punto de incorporarse alegremente cuando su padre bajó las escaleras.

—Papá, se me ha ocurrido un plan estupendo. Mira, ven: en Darkshire, a menos de un dedo de Milton, está Heston, que siempre he oído decir a la gente que vive en el Norte que es un pueblecito de baños muy agradable. A ver qué te parece. ¿No podríamos llevar allí a mamá y a Dixon mientras tú y yo vamos a ver casas y arreglamos una para ella en Milton? El aire del mar la reanimaría para el invierno, y se ahorraría toda la fatiga. Y Dixon disfrutaría cuidándola.

—¿Va a venir Dixon con nosotros? —preguntó el señor Hale con cierta consternación desvalida.

—¡Pues claro! —repuso Margaret—. Ella piensa hacerlo y no creo que mamá se arregle sin ella.

—Lo siento, hija, pero me temo que tendremos que resignarnos a llevar un modo de vida muy distinto. En una ciudad es todo mucho más caro. No creo que Dixon se sienta cómoda allí. Y si quieres que te diga la verdad, Margaret, a veces me parece que esa mujer se da muchos aires.

—Pues claro que se los da, papá —repuso Margaret—. Y si tiene que adaptarse a una nueva forma de vida, nosotros tendremos que aguantar sus aires, que serán peores. Pero la verdad es que nos quiere mucho a todos y la entristecería dejarnos, estoy segura, sobre todo en este cambio; así que, por el bien de mamá y por su lealtad, creo que tiene que seguir con nosotros.

—Muy bien, cariño. De acuerdo. Me resigno. ¿A qué distancia queda Heston de Milton? La anchura de un dedo tuyo no me da una idea muy clara.

—Bueno, veamos, yo calculo que unas treinta millas. ¡No es mucho!

—No en distancia, pero en... ¡No importa! Si de verdad crees que le sentará bien a tu madre, organízalo todo.

Eso fue un gran paso. Margaret ya podía actuar y hacer planes. Y la señora Hale consiguió salir de su languidez y olvidar su verdadero sufrimiento pensando en lo agradable y gozosa que sería su estancia en la costa. Sólo lamentaba que el señor Hale no pasara con ella los quince días como había hecho una vez, cuando se prometieron y ella estaba con sir John y lady Beresford en Torquay.

Capítulo VI

Despedida

Llegó el último día. La casa estaba llena de cajas de embalaje que llevaban a la puerta principal para transportarlas a la estación de tren más próxima. Hasta el césped precioso que había junto a la casa estaba descuidado y sucio, cubierto de paja que había sido arrastrada hasta allí por la puerta y las ventanas abiertas. Había un extraño sonido retumbante en las habitaciones, la luz entraba a raudales por las ventanas sin cortinas, y parecían ya desconocidas y ajenas. El vestidor de la señora Hale permaneció intacto hasta el final. Dixon y ella estaban guardando los vestidos y se interrumpían una a otra cada poco con exclamaciones, contemplando con ternura algún tesoro olvidado: alguna reliquia de los niños cuando eran pequeños. No avanzaban mucho en su trabajo. Margaret permanecía abajo muy serena, dispuesta a orientar o aconsejar a los hombres que ayudaban a la cocinera y a Charlotte. Estas dos lloraban a intervalos, y se preguntaban cómo podía aguantar así la señorita hasta el último día; y ambas llegaron a la conclusión de que como había pasado tanto tiempo en Londres seguramente no le importaba mucho Helstone. Estaba allí plantada, muy pálida, observándolo todo en silencio, por insignificante que fuera, con sus grandes ojos serios, manteniéndose a la altura de las circunstancias. Ellas no comprendían su profunda y constante congoja, aquella presión que no podía aliviar ni eliminar ningún suspiro, ni hasta qué punto el continuo esfuerzo de sus facultades perceptivas era lo único que le impedía echarse a llorar desconsolada. Además, ¿quién haría las cosas si ella cedía? Su padre estaba examinando papeles, libros, registros y lo que fuera en la sacristía con el sacristán, y cuando volviera a casa tenía que empaquetar sus libros, eso no podía hacerlo a su gusto nadie más que él. Además, ¿acaso era Margaret de las que pierden el control delante de extraños, o incluso delante de amigas de la casa como la cocinera y Charlotte? ¡No! Pero al fin los cuatro embaladores se fueron a la cocina a tomar el té y Margaret abandonó rígida y lentamente el lugar del vestíbulo en que había permanecido tanto tiempo y salió por la sala vacía y resonante al crepúsculo vespertino de primeros de noviembre. El sol aún no se había puesto del todo, y un vaporoso velo de bruma oscura teñía todos los objetos de un tono malva, cubriéndolos sin ocultarlos. Cantaba un petirrojo; tal vez, pensó Margaret, el mismo del que su padre solía hablar como su mascota de invierno y para el que había hecho con sus propias manos una especie de jaula junto a la ventana del estudio. Las hojas estaban más preciosas que nunca; se caerían todas con las primeras heladas. alguna que otra caía constantemente, ambarina y dorada con los rayos oblicuos del sol.

Margaret siguió el sendero que discurría junto al muro del peral. No había

vuelto allí desde que lo recorriera con Henry Lennox. Allí, junto a aquel ariete de tomillo, él había empezado a hablar de algo en lo que ella no debía pensar ahora. Y su mirada se había posado en aquel rosal tardío mientras trataba de responder: y había captado la idea de la vívida belleza de las hojas plumosas de las zanahorias a mitad de la última frase. ¡Hacía sólo quince días! ¡Y había cambiado todo tanto! ¿Dónde estaría él ahora? En Londres, siguiendo la antigua rutina: cenando con el grupo de Harley Street, o con amigos suyos jóvenes más alegres. Incluso en aquel momento, mientras ella paseaba tristemente por el húmedo y sombrío jardín al atardecer y todo se desmoronaba y se desvanecía y volvía a desintegrarse a su alrededor, él quizá estuviera guardando los libros de derecho tras una jornada de trabajo satisfactorio para refrescarse, como le había contado que solía hacer, dando una vuelta por los jardines del Temple y captar al hacerlo el tremendo y potente clamor de miles y miles de hombres ajetreados, al acercarse la noche, pero sin verlos, y captando siempre en sus rápidas vueltas vislumbres de las luces de la ciudad que llegaban de las profundidades del río. Le había hablado a Margaret a veces de aquellos paseos rápidos que solía dar entre el estudio y la cena. Le había hablado de ellos en sus mejores momentos y cuando estaba de mejor humor. Y la idea de los mismos había despertado su imaginación. Allí no se oía ningún sonido. El petirrojo se había sumido en la honda quietud de la noche. De vez en cuando, abrían y cerraban la puerta de una casa a lo lejos, como para recibir a un labriego cansado en el hogar; era un ruido muy distante. Pero se oía un sonido sigiloso y crujiente en la hojarasca del bosque, más allá del jardín, que parecía casi al lado. Margaret sabía que era algún cazador furtivo. Sentada en su dormitorio aquel último otoño, con la luz de la vela apagada y deleitándose solamente con la grandiosa belleza del cielo y de la tierra, había visto muchas veces el ligero salto silencioso de los furtivos sobre la cerca del jardín, su paso rápido por el césped cubierto de rocío a la luz de la luna y su desaparición en la oscuridad silenciosa más allá. Le fascinaba la libertad aventurera y desenfrenada de su vida; se sentía inclinada a desearles éxito; no le daban miedo. Pero esta noche se asustó, sin saber por qué. Oyó que Charlotte cerraba las ventanas y echaba los cerrojos sin darse cuenta de que alguien había salido al jardín. Una ramita —tal vez de madera podrida, o partida a la fuerza— cayó con un ruido sordo en la parte más próxima del bosque, y Margaret corrió a la casa rauda como Camila y llamó a la ventana con tímida premura que sobresaltó a Charlotte.

—Ábreme, ábreme, Charlotte. Soy yo.

Los rápidos latidos de su corazón no se calmaron hasta que se vio a salvo en la sala, con las puertas cerradas y atrancadas y las paredes familiares a su alrededor. La habitación desmantelada y oscura estaba triste y fría, sin fuego y sin más luz que la vela de Charlotte sin despabilar hacía mucho. Charlotte se quedó mirándola sorprendida. Margaret se dio cuenta, sintiéndolo más que

viéndola, y se levantó.

—Tenía miedo de que me dejaras fuera, Charlotte —le dijo con una leve sonrisa—. Luego no me habrías oído en la cocina. Y las puertas del camino y de la iglesia están cerradas hace mucho.

—Ay, señorita, seguro que la habría echado de menos en seguida. Los hombres necesitarían que les dijera cómo seguir. He llevado el té al estudio del señor porque es la habitación más confortable, como si dijéramos.

—Gracias, Charlotte. Eres muy amable. Te echaré de menos. Tienes que escribirme, si alguna vez puedo ayudarte en algo o darte un buen consejo. Me alegrará mucho recibir carta de Helstone, ¿sabes? Te mandaré la dirección en cuanto la sepa, no lo olvidaré.

Todo estaba dispuesto en el estudio para la cena. Había un buen fuego encendido y velas apagadas en la mesa. Margaret se sentó en la alfombra, en parte para calentarse porque se le había impregnado la ropa de la humedad de la noche y se sentía helada por la fatiga. Mantenía el equilibrio con las manos unidas alrededor de las rodillas y la cabeza inclinada sobre el pecho. Su actitud era de abatimiento, fuera cual fuese su estado de ánimo. Pero cuando oyó los pasos de su padre en la gravilla, se puso en pie de un salto y corrió a abrirle la puerta, retirándose el tupido cabello negro de la cara y enjugándose de las mejillas unas lágrimas que se le habían escapado sin darse cuenta. Él parecía mucho más abatido que ella. A duras penas consiguió que dijera algo, aunque procuró hablar de temas que le interesaban, con un esfuerzo que cada vez creía que sería el último.

—¿Has tenido que caminar mucho hoy? —le preguntó, al ver que se negaba a probar la comida.

—Hasta Fordham Beeches. Fui a visitar a la viuda Maltby; lamenta muchísimo no despedirse de ti. Dice que la pequeña Susana se ha pasado los últimos días mirando el sendero esperándote. Eh, Margaret, ¿qué pasa, cariño?

La idea de la niña esperándola y su desilusión al ver que no llegaba —no porque la hubiera olvidado, sino por auténtica imposibilidad de salir de casa— fue la gota que colmó el vaso y la pobre Margaret empezó a sollozar acongojada. El señor Hale se quedó perplejo y consternado. Se levantó y paseó de un lado a otro de la estancia. Margaret intentó controlarse, pero no habló hasta que pudo hacerlo sin que le temblara la voz. Oyó decir a su padre como si hablara consigo mismo:

—No puedo soportarlo. No soporto ver el sufrimiento de los demás. Creo que podría aguantar el mío con paciencia. ¡Ay!, ¿no habrá vuelta atrás?

—No, padre —dijo Margaret en voz baja y firme, mirándole fijamente—.

Es duro creer que estás en un error. Pero sería muchísimo peor haber sabido que eras un hipócrita.

Bajó más la voz en las últimas palabras, como si considerar la idea de hipocresía un momento en relación con su padre tuviera un matiz irreverente.

—Además —añadió—, es sólo que estoy cansada, no pienses que sufro por lo que has hecho, querido papá. Creo que ninguno de los dos podemos hablar de ello esta noche —dijo, al sentir que volverían las lágrimas y los sollozos a pesar de sí misma—. Voy a llevar a mamá esta taza de té. Ella lo tomó muy temprano, cuando yo estaba demasiado ocupada para ir a verla, y estoy segura de que agradecerá mucho tomar otra taza ahora.

El horario de trenes los arrancó inexorablemente del precioso y amado Helstone a la mañana siguiente. Ya se habían marchado. Habían visto por última vez la casa baja y alargada de la vicaría, medio cubierta de rosas de la China y espino negro; más hogareña que nunca al sol matinal que brillaba en las ventanas, cada una de las cuales pertenecía a una habitación muy querida. Apenas se habían acomodado en el coche, enviado desde Southampton para llevarlos a la estación, y ya se habían marchado para no volver nunca. Una punzada en el pecho obligó a Margaret a esforzarse por mirar para ver por última vez la torre de la vieja iglesia en la curva, donde sabía que se vería sobre un mar de árboles del bosque; pero su padre también lo recordó, y ella reconoció en silencio que él tenía más derecho a la única ventanilla desde la que podía verse. Se recostó en el asiento y cerró los ojos: las lágrimas brillaron un momento contenidas por las pestañas protectoras, le rodaron despacio por las mejillas y cayeron despreocupadamente en el vestido. Tenían que pasar toda la noche en Londres en algún hotel tranquilo. La pobre señora Hale había llorado a su modo todo el día; y Dixon demostraba su disgusto con un mal humor exagerado y procurando continua y quisquillosamente que sus faldas no rozaran siquiera al irresponsable señor Hale, a quien consideraba culpable de todo aquel sufrimiento.

Recorrieron las calles conocidas, pasaron casas que habían visitado con frecuencia, tiendas en las que Margaret había esperado impaciente que su tía tomara alguna decisión importante; incluso se cruzaron con conocidos en las calles; pues, aunque la mañana les había parecido eterna y aunque tenían la sensación de que debía de estar todo cerrado hacía mucho por el descanso nocturno, llegaron precisamente a la hora de más ajetreo de una tarde londinense de noviembre. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la señora Hale visitara Londres y se entusiasmó casi como una chiquilla al ver las calles diferentes a su alrededor y se volvía a mirar tiendas y carruajes con exclamaciones.

—¡Oh, ahí está Harrison's, donde compré tantas cosas para mi boda!

¡Caramba! ¡Qué cambiado! Han puesto inmensos escaparates de cristal, mayores que los de Crawford's en Southampton. Oh, mirad, ¡santo cielo! ..., no, no es..., sí, ¡lo es! Margaret, acabamos de pasar al lado del señor Henry Lennox. ¿Adónde irá entre todas estas tiendas?

Margaret hizo ademán de inclinarse para mirar, pero retrocedió al momento, riéndose casi de sí misma por tan repentino impulso. Ya habían recorrido un buen trecho; pero él parecía una reliquia de Helstone: estaba asociado a una mañana luminosa, un día lleno de acontecimientos, y le habría gustado verlo sin que él la viera, sin posibilidad de hablar.

Pasaron la velada ociosa, larga y pesada en la habitación del hotel. El señor Hale fue a su librería y a visitar a un par de amigos. Todas las personas que vieron en el hotel y en la calle parecían apresuradas. Todas tenían prisa por llegar a una cita, o esperaban a alguien. Sólo ellos parecían extraños, sin amigos, desolados. Sin embargo, Margaret conocía todas las casas en una milla a la redonda, casas en las que ella por sí misma y su madre por su tía Shaw serían bien recibidas si acudían con alegría, o incluso con tranquilidad de espíritu. Pero si acudían apesadumbradas buscando comprensión en un problema complicado como el actual, entonces se sentirían como sombras en todas aquellas casas de conocidos íntimos, que no amigos. La vida londinense es demasiado vertiginosa y ajetreada para permitir ni siquiera una hora de profundo silencio sensible como el de los amigos de Job cuando «se sentaron con él en el suelo durante siete días y siete noches y ninguno dijo una palabra, pues veían que su dolor era muy grande».

Capítulo VII

Caras y escenas nuevas

Tomaron el pequeño ramal del ferrocarril que llevaba a Heston al día siguiente a media tarde. Heston quedaba a unas veinte millas de Milton del Norte y era una calle larga e irregular, paralela a la costa. Tenía un carácter propio, tan diferente de los pueblecitos de baños del sur de Inglaterra como éstos de los del continente. Allí todo parecía más eficaz, como dirían los escoceses. Los carruajes de la región tenían más hierro y menos madera y cuero en las guarniciones de las caballerías; la gente de las calles, aunque con inclinaciones festivas, estaba siempre concentrada. Los colores parecían más grises, más resistentes, no tan alegres y vistosos. No se veían guardapolvos, ni siquiera entre los campesinos: dificultaban los movimientos y podían engancharse en la maquinaria, por lo que habían caído en desuso. En las poblaciones parecidas del sur de Inglaterra, Margaret había observado que los

comerciantes, cuando no estaban ocupados en la tienda, holgazaneaban un poco en las puertas de sus establecimientos, tomando el aire fresco y mirando arriba y abajo de la calle. Aquí, si tenían algún rato libre, se ocupaban en la tienda; aunque fuera desenrollando y enrollando innecesariamente las cintas, imaginaba Margaret. Cayó en la cuenta de todas estas diferencias cuando su madre y ella salieron al día siguiente por la mañana a buscar alojamiento.

Las dos noches que habían pasado en hoteles les habían costado más de lo que el señor Hale había previsto, y tomaron encantadas las primeras habitaciones limpias y alegres que encontraron. Margaret se sintió allí tranquila por primera vez en muchos días. Había una ensoñación en el descanso que lo hacía aún más perfecto y espléndido. El sonido acompasado del oleaje que besaba la playa a lo lejos; los gritos más cercanos de los niños de los asnos; las escenas insólitas que pasaban ante ella como cuadros y que, dado su estado de indolencia, desaparecían sin que se molestara en buscarles sentido; el paseo por la playa para respirar el aire marino, suave y cálido en aquel litoral arenoso incluso a finales de noviembre; el horizonte largo y brumoso, de un color tenue, donde el mar tocaba el cielo: la vela blanca de un barco a lo lejos, plateada por un rayo de sol pálido. Tenía la impresión de que podría pasarse la vida entregada a aquella suntuosa ensoñación, en la que no se atrevía a pensar en el pasado ni quería considerar el futuro, por lo que todo se hacía presente.

Pero hay que pensar en el futuro, por muy triste y duro que sea. Una noche acordaron que Margaret y su padre irían al día siguiente a Milton del Norte a buscar una casa. El señor Hale había recibido varias cartas del señor Bell y un par del señor Thornton. Estaba deseando comprobar cuanto antes muchos detalles sobre su posición y sus posibilidades de éxito allí, y sólo podía hacerlo mediante una entrevista con el segundo caballero. Margaret sabía que tenían que trasladarse; pero le repugnaba la idea de una ciudad industrial y creía que el aire de Heston estaba beneficiando a su madre, por lo que hubiera aplazado de buen grado la expedición a Milton.

Varias millas antes de llegar a Milton vieron una nube plomiza en el horizonte, en la dirección en que quedaba la ciudad. Parecía más oscura por el contraste con el pálido tono gris azulado del cielo invernal; pues en Heston ya habían llegado los primeros indicios de hielo. Más cerca de la ciudad, el aire tenía gusto y sabor a humo. Tal vez, en realidad, fuera más la ausencia de la fragancia de la hierba y la vegetación que gusto y olor verdaderos. Pasaron rápidamente por largas calles rectas y desangeladas, con casas construidas regularmente, todas bajas y de ladrillo. La mole rectangular de una fábrica con muchas ventanas se alzaba aquí y allá como una gallina entre sus polluelos, lanzando un humo negro «antiparlamentario» que explicaba con creces la nube que Margaret había tomado por presagio de lluvia. En el viaje de la estación al

hotel tuvieron que pararse continuamente al cruzar las calles más anchas y más largas: grandes furgones cargados bloqueaban las vías no demasiado anchas. Margaret había acompañado a su tía alguna que otra vez en sus viajes al centro de Londres. Pero allí los vehículos lentos y pesados parecían diferentes en cuanto a objetivos e intención. Aquí, en cambio, todos los vagones y camiones transportaban algodón, bien en rama en sacos, o ya tejido en balas de percal. La gente abarrotaba las aceras, casi todos bien vestidos en cuanto al material, pero con una falta de rigor descuidada que pareció a Margaret diferente del esmero gastado y raído de la clase equivalente en Londres.

—New Street —dijo el señor Hale—. Creo que es la calle principal de Milton. Bell me ha hablado a menudo de ella. Fue precisamente la ampliación que la convirtió en una vía pública ancha hace treinta años la razón de que subiera tanto el valor de sus propiedades. La fábrica del señor Thornton no debe de quedar muy lejos, porque es arrendatario del señor Bell. Aunque supongo que se refiere a su almacén.

—¿Dónde queda nuestro hotel, papá?

—Creo que al final de esta calle. ¿Almorzaremos antes o después de ver las casas que hemos marcado en el Milton Times?

—Oh. Hagamos primero el trabajo.

—De acuerdo. Entonces, sólo comprobaré si hay alguna nota o carta del señor Thornton, que dijo que me haría saber lo que pudiera averiguar de estas casas, y nos vamos. Conservaremos el coche; será más seguro que perdernos y que se nos haga tarde para tomar luego el tren.

No habían dejado ninguna carta para él. Iniciaron la búsqueda de casa. Sólo podían permitirse treinta libras anuales. En Hampshire habrían encontrado una casa espaciosa con un jardín agradable por ese dinero. Aquí, parecía inalcanzable incluso el imprescindible alojamiento de dos salas y cuatro dormitorios. Recorrieron la lista, rechazando una casa tras otra después de visitarlas. Luego se miraron consternados.

—Creo que tendremos que volver a la segunda. Ésa, la de Crampton, ¿no le llamaron el suburbio? Tiene tres salas. ¿No recuerdas lo que nos reímos del número comparado con los tres dormitorios? Pero lo he planeado todo. La habitación delantera de la planta baja será el comedor y tu estudio. ¡Pobre papá! Verás, acordamos que mamá ha de tener la sala más alegre; y la habitación delantera de arriba con el empapelado rosa y azul horroroso y la cornisa agobiante, en realidad tenía una vista preciosa de la llanura, con un gran recodo del río, o canal, o lo que sea al fondo. Así que yo podría quedarme el dormitorio pequeño de la parte de atrás, en aquel saliente al principio del primer tramo de escaleras, sobre la cocina, ya sabes, y mamá y tú la que queda

detrás de la sala, y el gabinete de la azotea os servirá de espléndido vestidor.

—¿Pero y Dixon y la chica que tendremos que buscar para que ayude en la casa?

—Espera un momento. Me siento abrumada por el descubrimiento de mi genio organizativo. Dixon ocupará..., veamos, ya lo había decidido, la salita de atrás. Creo que le gustará. No para de refunfuñar por las escaleras en Heston; y la muchacha ocupará el desván que queda sobre vuestra habitación. ¿Qué te parece? ¿Servirá?

—Tal vez sí. Pero los empapelados... ¡Vaya un gusto! ¡Y lo recargado de la casa con ese color y esas cornisas!

—¡No importa, papá! Creo que podrás convencer al casero para que empapele un par de habitaciones, la salita y vuestro dormitorio, pues mamá pasará más tiempo en ellas; y tu librería ocultará buena parte del diseño chillón del comedor.

—Entonces ¿te parece la mejor? Porque si es así, más vale que vaya cuanto antes a ver a este señor Donkin a quien remite el anuncio. Te acompañaré al hotel. Puedes encargarte el almuerzo y descansar, y para cuando esté preparado ya habré vuelto. Espero conseguir que cambien el empapelado.

Margaret también lo esperaba, aunque no hizo ningún comentario. No había estado nunca realmente en contacto con el gusto que ama el ornamento, aunque sea malo, sólo con la sencillez que es de suyo el marco de la elegancia.

Cruzaron la entrada del hotel, su padre la dejó al pie de la escalera y se fue a ver al casero de la vivienda que habían escogido. Cuando Margaret puso la mano en la puerta de su sala, se le acercó un mozo a paso ligero.

—Disculpe, señora. El caballero se ha marchado tan rápidamente que no me ha dado tiempo a decírselo. El señor Thornton llegó casi nada más marcharse ustedes antes; y como entendí por lo que dijo el caballero que regresarían en una hora, así se lo comuniqué. Ha vuelto hace unos cinco minutos, y le he dicho que podía esperar al señor Hale. Está en su habitación ahora, señora.

—Gracias, mi padre regresará en seguida, y entonces puede decírselo usted.

Margaret abrió la puerta y entró con el porte erguido, decidido y digno habitual en ella. No sentía el menor embarazo. Dominaba los hábitos sociales a la perfección. Allí había una persona que había ido a ver a su padre; y como era alguien que había sido amable con su padre, estaba dispuesta a tratarle con la debida cortesía. El señor Thornton se mostró bastante más sorprendido y desconcertado que ella. En lugar de un clérigo tranquilo de mediana edad, se

presentó una joven con franca dignidad, una joven distinta a casi todas las que él solía ver. Vestía atuendo muy sencillo: sombrero de paja ajustado de excelentes forma y material, adornado con cinta blanca; vestido oscuro de seda sin adornos ni volantes; un chal indio grande que le caía en pliegues largos y abundantes y que portaba como una emperatriz su manto. No comprendió quién era cuando captó la mirada simple, franca, imperturbable, que indicaba que la presencia de él allí no alteraba el bello semblante ni causaba ningún rubor de sorpresa en su pálido cutis marfileño. Le habían dicho que el señor Hale tenía una hija, pero había supuesto que sería una niña.

—El señor Thornton, supongo —dijo Margaret, tras una pausa brevísima, durante la que él no alcanzó a formular palabra—. Tome asiento, por favor. Mi padre me ha acompañado hasta la puerta hace un momento, pero lamentablemente no le dijeron que estaba usted aquí y se ha ido a atender un asunto. Pero volverá en seguida. Lamento mucho que se haya tomado la molestia de venir dos veces.

El señor Thornton estaba acostumbrado a ejercer la autoridad, pero aquella joven parecía haber asumido cierto dominio sobre él de inmediato. Cuando llegó ella estaba empezando a impacientarse por perder el tiempo de aquel modo un día de mercado. Pero la obedeció y tomó asiento tranquilamente.

—¿Sabe adónde ha ido el señor Hale? Tal vez pueda encontrarlo.

—Ha ido a ver a un tal señor Donkin de la calle Canute. Es el casero de la vivienda que quiere alquilar mi padre en Crampton.

El señor Thornton conocía la casa. Había visto el anuncio y había ido a verla, atendiendo así la petición del señor Bell de que ayudara al señor Hale cuanto pudiera: y movido también por interés personal en el caso de un clérigo que había renunciado a su beneficio en circunstancias como las del señor Hale. La casa de Crampton le había parecido perfecta. Pero al ver a Margaret, su desenvoltura y su porte distinguido, se avergonzó un poco de haber dado por sentado que estaba muy bien para los Hale, a pesar de cierta vulgaridad que le había llamado la atención cuando fue a echarle un vistazo.

Margaret no podía evitar su belleza; pero su desenvoltura, su rotunda barbilla saliente, la manera de erguir la cabeza, sus movimientos y cierto aire de desafío femenino daban siempre a los desconocidos una impresión de altivez. En aquel momento estaba cansada y hubiera preferido guardar silencio y descansar como le había dicho su padre; pero tenía la obligación de comportarse como una dama, por supuesto, y hablar con cortesía de vez en cuando con aquel desconocido; no demasiado pulido, ni demasiado refinado tras su duro encuentro con las calles y las muchedumbres de Milton, había que reconocerlo. Ella deseaba que hiciera lo que había comentado y que se marchara, en vez de quedarse allí sentado respondiendo con frases breves a

sus comentarios. Se había quitado el chal y lo había dejado en el respaldo de su silla. Se sentó frente a él de cara a la luz. Él contempló toda su belleza: su cuello flexible y blanco, bien formado, que surgía de la figura plena pero ágil; sus labios, que movía tan levemente cuando hablaba, sin quebrar la fría expresión serena de su rostro con ninguna variación del precioso contorno altivo; sus ojos, con una suave melancolía, que se encontraban con los suyos con serena libertad femenina. Casi se dijo que no le caía simpática antes de que su conversación concluyera. Intentaba resarcirse así de la sensación mortificante de que mientras él la miraba con admiración incontenible, ella le miraba a él con altiva indiferencia, tomándolo, en su opinión, por lo que era, se dijo irritado: un tipo muy tosco sin gracia ni refinamiento de ningún género. Tomó por desdén la actitud de frialdad serena de la joven, y le ofendió en lo más hondo hasta el punto de que tuvo que contenerse para no levantarse y marcharse y no volver a tener nada que ver con aquellos Hale y su altanería.

Cuando Margaret había agotado el último tema de conversación (si bien no podía llamarse conversación lo que consistía en tan pocos y tan breves parlamentos), llegó su padre y restableció su nombre y familia en la buena opinión del señor Thornton con afable cortesía caballerosa.

El señor Hale y su visitante tenían mucho que hablar sobre su común amigo el señor Bell; y Margaret, complacida de que hubiera terminado su papel de atender al visitante, se acercó a la ventana e intentó familiarizarse más con el extraño aspecto de la calle. Tan absorta se quedó en la contemplación de lo que ocurría fuera que no oyó a su padre y éste tuvo que repetirle lo que le había dicho:

—¡Margaret! El casero insiste en que ese horrendo empapelado es precioso, y mucho me temo que tendremos que aguantarnos.

—¡Santo cielo! ¡Lo siento! —repuso ella y empezó a barajar las posibilidades de ocultar al menos una parte con algunos de sus bocetos; pero al final renunció a semejante idea, por considerar que sería todavía peor. Su padre, mientras tanto, insistía con su amable hospitalidad campesina en que el señor Thornton se quedara a almorzar con ellos. Hubiera sido muy inconveniente para él hacerlo, aunque creía que habría aceptado si Margaret hubiese secundado la invitación de su padre de palabra o con su actitud. Se alegró de que no lo hiciera; y, sin embargo, se irritó con ella por no hacerlo. Ella lo despidió con una leve inclinación, que le hizo sentirse más torpe y cohibido que nunca en toda su vida.

—Bueno, Margaret, ahora vamos a almorzar lo más rápido posible. ¿Encargaste la comida?

—No, papá; ese hombre estaba aquí cuando llegué y no tuve ocasión de hacerlo.

—Entonces tomaremos lo que sea. Lamento que haya tenido que esperar tanto tiempo.

—La verdad es que a mí me pareció una eternidad. Estaba en las últimas cuando llegaste. No seguía ningún tema, se limitaba a dar respuestas breves y cortantes.

—Pero muy agudas, supongo. Es un hombre muy lúcido. Dice que Crampton (¿no lo oíste?) queda en terreno pedregoso y que es con mucho el barrio más salubre de los alrededores de Milton.

Cuando volvieron a Heston, tuvieron que dar el parte del día a la señora Hale, que no paraba de hacerles preguntas, que ellos contestaban entre sorbo y sorbo de té.

—¿Y cómo es tu corresponsal, el señor Thornton?

—Pregúntaselo a Margaret —contestó su esposo—. Él y ella hicieron una larga tentativa de entablar conversación mientras yo estaba hablando con el casero.

—La verdad, apenas sé cómo es —repuso Margaret con desgana; estaba demasiado cansada para poner a prueba sus dotes descriptivas. Luego se animó y dijo—: Es un hombre alto, ancho de espaldas, de unos..., ¿cuántos años tendrá, papá?

—Yo diría que unos treinta.

—De unos treinta años, y no es lo que se dice feo ni tampoco agraciado, nada extraordinario: en absoluto un caballero; aunque eso no cabía esperarlo.

—Ni vulgar ni ordinario —terció el padre, un tanto reacio a aceptar que menospreciaran al único amigo que tenía en Milton.

—¡Oh no! —dijo Margaret—. Con semejante aire de resolución y poder ninguna cara puede ser vulgar ni ordinaria, por poco agraciada que sea. No me gustaría tener que negociar con él, parece inflexible. En conjunto, mamá, tiene aspecto de un hombre hecho para su medio: sagaz y fuerte, como corresponde a un buen comerciante.

—No llames comerciantes a los industriales de Milton, Margaret —dijo su padre—. Son muy diferentes.

—¿De verdad? Yo llamo comerciantes a todos los que tienen algo tangible que vender. Pero si crees que el término es incorrecto, no lo emplearé, papá. Y, hablando de vulgaridad y ordinariez, mamá, ¡preparate para ver el empapelado de nuestra sala! ¡Rosas de color rosa y azul con las hojas amarillas! ¡Y una cornisa gruesa alrededor de la habitación!

Pero cuando se trasladaron a su nueva casa de Milton, el empapelado

aborrecible había desaparecido. Dieron las gracias al casero, que las aceptó tan tranquilo, dejando que creyeran, si querían hacerlo, que se había vuelto atrás de su firme resolución de no cambiar el empapelado. No tenía por qué molestarse en explicarles que lo que no haría por un reverendo señor Hale desconocido en Milton, estaba dispuesto a hacerlo de muy buen grado ante la breve y escueta amonestación del señor Thornton, el acaudalado fabricante.

Capítulo VIII

Añoranza

Fue necesario el precioso y alegre empapelado de las habitaciones para que aceptaran Milton. Pero hacía falta más, algo que no podían tener. Habían llegado las densas nieblas amarillentas de noviembre, y la vista de la llanura del valle que formaba el amplio recodo del río estaba completamente tapada cuando la señora Hale llegó a su nuevo hogar.

Margaret y Dixon se habían pasado dos días trabajando, sacando las cosas y colocándolas, pero todo en el interior de la casa parecía aún en desorden; y fuera, una niebla cerrada llegaba hasta las mismas ventanas y entraba por todas las puertas abiertas en sofocantes espirales blancas de vaho malsano.

—¡Oh, Margaret! ¿Tenemos que vivir aquí? —preguntó la señora Hale con perpleja consternación.

El corazón de Margaret se hacía eco del triste tono de la pregunta. A duras penas consiguió dominarse para decir:

—¡Te aseguro que las nieblas de Londres son mucho peores a veces!

—Pero allí sabes que la ciudad y los amigos están detrás. Aquí... ¡Bueno! Aquí estamos solos. ¡Ay, Dixon, vaya un lugar!

—Y que lo diga, señora, estoy segura de que será su muerte en poco tiempo, y entonces yo sé muy bien quién... ¡Espere! Eso es demasiado pesado para que lo alce sola, señorita Hale.

—En absoluto, Dixon, gracias —contestó Margaret con frialdad—. Lo mejor que podemos hacer por mamá es acabar de arreglar su habitación para que se acueste mientras voy a buscarle una taza de café.

El señor Hale estaba tan desanimado como su esposa, y también recurrió a Margaret en busca de comprensión.

—Margaret, me parece que este lugar es muy insalubre. ¿Y si se resiente la salud de tu madre o la tuya? ¡Ojalá hubiera ido a algún sitio del campo en

Gales! Esto es verdaderamente espantoso —dijo, acercándose a la ventana.

No había consuelo posible. Se habían instalado en Milton, y tenían que aguantar el humo y las nieblas durante una temporada. En realidad, todo lo demás parecía separado de ellos por una niebla de circunstancias igualmente densa. Todavía el día anterior, el señor Hale había estado calculando consternado lo que les habían costado el traslado y la estancia de quince días en Heston, y había comprobado que había supuesto casi toda su pequeña reserva de dinero en efectivo. ¡No! ¡Estaban allí y allí tenían que quedarse!

Margaret estuvo a punto de sumirse en un estupor desesperado cuando lo comprendió por la noche. El aire cargado de humo rondaba su dormitorio, que ocupaba el saliente estrecho y alargado de la parte posterior de la casa. La ventana situada a un lado del rectángulo daba al muro liso de un saliente similar que quedaba a menos de diez pies. Surgía entre la niebla como una barrera contra la esperanza. En el interior del dormitorio reinaba el desorden. Había concentrado todos sus esfuerzos en arreglar la habitación de su madre. Se sentó en una caja y se quedó mirando la tarjeta de la dirección, que se había escrito en Helstone: ¡el precioso y amado Helstone! Se sumió en lúgubres pensamientos. Pero en seguida resolvió no seguir pensando en el presente y recordó de pronto la carta de Edith, que con el ajetreo de la mañana sólo había podido leer a medias. Le describía en ella su llegada a Corfú; su viaje por el Mediterráneo: la música y los bailes celebrados a bordo durante la travesía; la vida nueva y alegre que se extendía ante ella; su casa con el balcón enrejado y las vistas de los acantilados blancos y el mar de un azul intenso.

Edith escribía con fluidez y soltura, incluso vívidamente. No sólo sabía captar los rasgos característicos o destacados de una escena, sino que mezclaba en la descripción detalles suficientes para que Margaret pudiera hacerse una idea. El capitán Lennox y otro oficial recién casado compartían una villa situada en lo alto de las escarpaduras rocosas que se alzaban sobre el mar. Al parecer, pasaban los días de finales del año haciendo excursiones campestres o marinas. Toda la vida al aire libre de Edith, alegre y placentera, se parecía a la bóveda profunda del cielo azul que se extendía sobre ella, libre, absolutamente libre de manchas o nubes. Su esposo tenía que asistir a la instrucción y ella, la esposa del oficial más musical del regimiento, tenía que copiar las melodías nuevas y populares de la música inglesa más reciente en beneficio del director de la banda; éstos parecían ser sus deberes más arduos y rigurosos. Expresaba el cariñoso deseo de que Margaret les hiciera una larga visita si el regimiento seguía otro año en Corfú. Le preguntaba si recordaba aquel mismo día en que escribía hacía un año: cómo llovió todo el día sin parar en Harley Street; y que ella no quería ponerse su vestido nuevo para ir a una estúpida cena y mojárselo y salpicárselo todo al ir hasta el coche; y que en aquella misma cena habían conocido al capitán Lennox.

¡Sí! Margaret lo recordaba muy bien. Edith y la señora Shaw habían ido a la cena. Y ella se había unido a la fiesta por la noche. El recuerdo del extraordinario lujo de todos los arreglos, el majestuoso esplendor del mobiliario, el tamaño de la casa, el apacible y despreocupado desahogo de los visitantes, todo acudió vívidamente a su mente en extraño contraste con su situación actual. El mar en calma de aquella antigua vida se cerró sin dejar huella alguna que indicara dónde habían estado todos. Las fiestas habituales, las visitas, las compras, los bailes, todo seguía, seguía siempre, aunque su tía Shaw y Edith ya no estuvieran allí; y a ella la extrañarían menos, por supuesto. Dudaba de que alguien de aquel antiguo círculo pensara alguna vez en ella, a no ser Henry Lennox. Sabía que también él procuraría olvidarla, por el dolor que le había causado. Le había oído jactarse muchas veces de su capacidad para desechar los pensamientos desagradables. Margaret ahondó más entonces en lo que podría haber sido. No le cabía la menor duda de que si ella le hubiera amado y le hubiera aceptado, el cambio de las opiniones de su padre y el consiguiente de su posición social habrían exasperado al señor Lennox. Era una amarga mortificación para ella. Pero podía soportarlo con paciencia porque conocía la absoluta honradez de su padre y eso le daba fuerzas para soportar sus errores, pese a considerarlos tan graves y serios. Pero el hecho de que los demás consideraran degradado a su padre, según su juicio burdo e indiscriminado, habría impacientado al señor Lennox. Al comprender lo que podría haber sido, Margaret agradeció lo que era. Estaban en el nivel más bajo ahora; no podían estar peor. Tendrían que afrontar con valentía el asombro de Edith y la consternación de su tía Shaw cuando llegaran sus cartas. Así que Margaret se levantó y empezó a desnudarse despacio, disfrutando plenamente del lujo de actuar sin prisas después de la premura del día y a pesar de lo tarde que era. Se durmió esperando alguna claridad interna o externa. Pero si hubiera sabido cuánto tiempo pasaría antes de que llegara aquella claridad, se le habría caído el alma a los pies. Aquella época del año era la menos propicia para la salud y el buen ánimo. Su madre contrajo un catarro grave, y era evidente que Dixon no estaba bien, aunque no había nada que la ofendiera más que el que Margaret intentara ahorrarle esfuerzos o cuidarla. Nadie sabía de ninguna muchacha que pudiera ayudarla. Allí todas trabajaban en las fábricas; y las que se presentaron recibieron una buena reprimenda de Dixon por creer que podrían aceptarlas para que trabajaran en casa de un caballero. Así que tuvieron que arreglarse con una asistente que trabajaba casi fija. Margaret estaba deseando mandar a buscar a Charlotte; pero aparte del inconveniente de que ahora no podían permitirse una sirvienta tan buena, la distancia era demasiado grande.

El señor Hale encontró varios alumnos, por recomendación del señor Bell, o por la influencia más directa del señor Thornton. Casi todos tenían la edad en que muchos muchachos estarían aún en la escuela, pero, según el criterio

generalizado y al parecer bien fundado de Milton, para hacer de un muchacho un buen comerciante había que captarlo joven y acostumbrarlo a la vida del taller, la oficina o el almacén. Si lo enviaban a estudiar a las universidades escocesas, luego no se adaptaba a las actividades mercantiles; cuanto más, por tanto, si fuera a Oxford o a Cambridge, donde no podía ingresar hasta los dieciocho años. Así que muchos fabricantes colocaban a sus hijos en ciería a los catorce o quince años, cortando implacablemente todos los retoños que siguiesen la dirección de la literatura o el elevado cultivo mental, con la esperanza de concentrar toda la fuerza y el vigor de la planta en el comercio. Pero había algunos padres más sensatos; y algunos jóvenes con juicio suficiente para percibir sus carencias y esforzarse por remediarlas. Más aún, había algunos que ya no eran jóvenes, sino hombres en la flor de la vida, que tenían el sentido común de reconocer su ignorancia y aprender tarde lo que deberían de haber aprendido antes. El señor Thornton quizá fuera el alumno mayor del señor Hale. Desde luego era su preferido. El señor Hale cogió la costumbre de citar sus opiniones tan a menudo y con tanto respeto que se convirtió en una broma familiar preguntarse qué momento durante el tiempo destinado a la instrucción se dedicaba exclusivamente al aprendizaje, puesto que parecía que pasaban conversando buena parte del mismo.

Margaret fomentaba bastante esta forma ligera y alegre de considerar la relación de su padre con el señor Thornton, porque creía que su madre solía mirar la nueva amistad de su esposo con recelo. Mientras él había dedicado todo su tiempo a sus libros y a sus feligreses, como hacía en Helstone, parecía no preocuparse de si lo veía mucho o no; pero ahora que él esperaba con impaciencia cada nueva oportunidad de renovar su relación con el señor Thornton, ella se mostraba ofendida y enojada, como si él desdeñara su compañía por primera vez. Las excesivas alabanzas del señor Hale producían en sus oyentes el mismo efecto que suelen producir los elogios exagerados; se sentían un poco inclinados a rebelarse contra el hecho de que llamaran siempre el justo a Arístides.

Después de haber llevado una vida tranquila en una vicaría rural durante más de veinte años, el señor Hale se sentía deslumbrado por aquella energía que superaba fácilmente inmensas dificultades; la potencia de la maquinaria de Milton y el vigor de los hombres de Milton le producían una impresión de grandeza que aceptaba sin preocuparse de analizar los detalles de su aplicación. Pero Margaret salía menos y veía menos la maquinaria y a los hombres; veía menos el efecto público de la energía y, además, se topó con un par de los que, en todas las medidas que afectan a las masas, han de ser víctimas del bien de muchos. La cuestión siempre es si se hace todo lo posible para causar el menor sufrimiento posible a estas excepciones. O si, en el multitudinario desfile triunfal, se atropella a los desvalidos en lugar de apartarlos con cuidado del camino del conquistador al que no tienen fuerza

para acompañar en su marcha.

Margaret tuvo que encargarse de buscar una criada que ayudara a Dixon, que se había comprometido primero a encontrar exactamente la persona que necesitaba para que hiciera todo el trabajo duro de la casa. Pero las ideas de Dixon sobre las chicas de servicio se basaban en las pulcras alumnas mayores de la escuela de Helstone, que tenían a gala poder ir a la vicaría los días de mucho trabajo y que trataban a la señora Dixon con el mismo respeto que demostraban a los señores Hale y con bastante más miedo. Dixon no ignoraba ese temor reverencial hacia su persona; ni le desagradaba. Le halagaba tanto como a Luis XIV que sus cortesanos se protegieran los ojos de la deslumbrante luz de su presencia. Pero solamente su fidelidad a la señora Hale le había permitido soportar el descarado insolente con que todas las chicas de Milton que se presentaron para el puesto de sirvienta respondieron a sus preguntas sobre sus aptitudes. Habían llegado incluso al extremo de devolverle las preguntas; de plantearse dudas y temores propios sobre la solvencia de una familia que vivía en una casa de treinta libras anuales y sin embargo se daba aires y tenía dos sirvientas, y una de ellas tan engreída. Allí nadie consideraba al señor Hale el vicario de Helstone, sino simplemente un hombre de medios limitados. Margaret estaba harta de las continuas historias que le contaba Dixon a la señora Hale sobre el comportamiento de aquellas aspirantes a sirvientas. No es que a ella no le repugnarán sus maneras toscas y groseras, ni que no rehuyera con remilgada arrogancia su actitud campechana ni le ofendiera su descarada curiosidad en cuanto a los medios y la posición de una familia que vivía en Milton y no se dedicaba de uno u otro modo al comercio. Pero cuanto más impertinencia percibía Margaret, más probable era que guardara silencio sobre el tema. Y además, si se encargaba ella de buscar una sirvienta le ahorraría a su madre la enumeración de sus decepciones y ofensas imaginarias o reales.

Por consiguiente, Margaret acudió a las carnicerías y tiendas de comestibles buscando una muchacha sin par. Descubrió que era muy difícil encontrar a alguien en una ciudad industrial que no prefiriera los mejores salarios y la mayor independencia que suponía trabajar en una fábrica, y se vio obligada a reducir sus esperanzas y expectativas semana tras semana. Le resultó duro salir sola en una ciudad tan bulliciosa. La idea del decoro de la señora Shaw y su desvalida dependencia de los demás la habían hecho insistir siempre en que acompañara a Edith y a Margaret un lacayo si iban más allá de Harley Street o sus inmediaciones. Margaret se había rebelado en silencio contra los límites que esta norma de su tía imponía a su independencia, y había disfrutado doblemente de las caminatas y excursiones libres de su vida en el campo precisamente por el contraste que suponían. Allí caminaba con paso libre y audaz que se convertía en carrera cuando tenía prisa, o en perfecto reposo para escuchar con atención o contemplar a alguna de las criaturas

salvajes que cantaban en las zonas arboladas o miraban con sus vivos ojos brillantes en la maleza o los matorrales de tojo enmarañado. Fue una prueba pasar de ese movimiento o esa quietud, guiada sólo por la propia voluntad, al paso regular y decoroso necesario en las calles. Pero se habría reído de sí misma por preocuparse de tal cambio si éste no hubiese ido acompañado por una molestia mucho más grave.

La zona de la ciudad en la que quedaba Crampton era sobre todo una vía de paso para los trabajadores de las fábricas. En las callejuelas que las rodeaban había muchos talleres de los que salían raudales de hombres y mujeres dos o tres veces al día. Margaret tuvo la mala suerte de encontrarse siempre con ellos hasta que se enteró de los horarios de sus entradas y salidas. Iban corriendo, con expresión audaz y desenfadada, con risotadas y burlas, dirigidas en particular a todos los que parecían de rango o posición superior a la de ellos. Los tonos de sus voces y su olvido de las normas de urbanidad más elementales amedrentaron a Margaret un poco al principio. Las chicas hacían comentarios con una libertad brusca aunque no desagradable sobre su atuendo, incluso le tocaban el chal o el vestido para determinar su género exacto; un par de veces le hicieron preguntas acerca de alguna prenda que les parecía especialmente admirable. Había una confianza tan simple en su comprensión femenina del amor de ellas al vestido, y en su afabilidad, que Margaret contestó de buen grado a las preguntas en cuanto las entendió; y respondió a sus comentarios con leves sonrisas. No le importaba encontrarse con las jóvenes, por muchas que fueran, pese a ser tan vocingleras y escandalosas. Pero los obreros la asustaban y la indignaban sucesivamente, aunque ellos no hacían comentarios sobre su atuendo sino sobre su aspecto físico y de la misma forma franca y audaz. Ella, que había considerado siempre impertinencia cualquier comentario sobre su apariencia personal, por muy delicado que fuese, tenía que soportar ahora la admiración manifiesta de aquellos hombres sin pelos en la lengua. Pero ese mismo desparpajo demostraba que no los movía ningún deseo de ofender su sensibilidad, como habría advertido si no se hubiese asustado tanto por el alborotado tumulto. El destello de indignación que le producía el miedo le encendía las mejillas y le inflamaba los ojos oscuros cuando oía algunos de sus comentarios. Pero decían también otras cosas que cuando llegaba a la seguridad del hogar le hacían gracia aunque también la irritasen.

Por ejemplo, un día, tras haberse cruzado con muchos hombres, algunos de los cuales le habían hecho el cumplido nada insólito de desear que fuera su amor, uno de los rezagados añadió: «Tu cara bonita hace más radiante el día, cariño». Y otro día, mientras sonreía sin darse cuenta por alguna idea que se le había ocurrido, un obrero pobremente vestido de edad madura le dijo: «Ya puedes sonreír, preciosa. Muchas sonreirían si tuvieran una cara tan bonita». El hombre parecía tan agobiado por las preocupaciones que Margaret no pudo

evitar dedicarle una sonrisa, complacida al pensar que sus encantos, por decirlo así, habían tenido el poder de inspirar un pensamiento agradable. Él pareció captar su mirada de reconocimiento y se estableció entre ambos una muda aceptación siempre que las circunstancias del día hacían que sus caminos se cruzaran. No habían intercambiado nunca una palabra: ninguno de los dos había dicho nada después de aquel primer cumplido. Pero, de alguna forma, Margaret consideraba a aquel hombre con más interés que a ningún otro de Milton. Lo vio algún que otro domingo paseando con una joven, que parecía su hija, y todavía más enfermiza que él, si tal cosa era posible.

Margaret y su padre habían llegado un día hasta los campos que rodean la ciudad; era a comienzos de primavera y ella había recogido algunas flores de los setos y acequias, violetas caninas, celidonias menores y otras parecidas, con muda añoranza por la dulce profusión del Sur. Su padre había ido luego a ocuparse de algún asunto a Milton y ella volvió sola a casa. En el camino se encontró con sus humildes amigos. La joven se quedó mirando las flores anhelante y Margaret se las regaló siguiendo un súbito impulso. Sus ojos de color azul claro se iluminaron al aceptarlas, y su padre habló por ella:

—Gracias, señorita. Bessy tendrá en mucho las flores; ya lo creo. Y yo no olvidaré su amabilidad. No es de por aquí, ¿verdad?

—¡No! —contestó Margaret, casi suspirando—. Soy del Sur de Hampshire —añadió, temiendo herirle haciéndole reparar en su ignorancia si empleaba un nombre que no entendiera.

—Eso queda más allá de Londres, ¿verdad? Yo soy de Burnleyways, cuarenta millas al norte. Y sin embargo, ya ve, Norte y Sur se encuentran y traban amistad, como quien dice, en este gran lugar cargado de humo.

Margaret había aflojado el paso para seguir caminando con el hombre y con su hija, cuya debilidad marcaba el ritmo. Se dirigió luego a la muchacha, y la tierna piedad del tono de su voz al hacerlo llegó directamente al corazón del padre.

—Me parece que no te encuentras muy bien.

—No —repuso la chica—. Ni lo estaré nunca.

—Se acerca la primavera —dijo Margaret, como si quisiera sugerir pensamientos esperanzadores y agradables.

—Ni la primavera ni el verano me beneficiarán —dijo la chica tranquilamente.

Margaret alzó la vista hacia el padre como si esperara algún tipo de contradicción por su parte, o al menos algún comentario que modificara la absoluta desesperanza de su hija. Pero, en su lugar, él añadió:

—Me temo que ella dice la verdad. Me temo que está demasiado consumida.

—Será primavera en el lugar al que iré y tendré flores y amarantos y ropajes brillantes además.

—¡Pobrecilla, pobrecilla! —dijo el padre en voz baja—. Yo no estoy tan seguro de eso; pero a ti te consuela, pobrecita mía. ¡Pobre padre! ¡Será pronto!

Sus palabras impresionaron mucho a Margaret; la impresionaron pero no la ahuyentaron; más bien la atraieron e interesaron.

—¿Dónde viven? Creo que somos vecinos porque nos encontramos muy a menudo en este camino.

—Nos alojamos en el número nueve de la calle Frances, la segunda vuelta a la izquierda pasado el Goulden Dragon.

—¿Y cómo se llaman? No debo olvidarlo.

—No me avergüenzo de mi nombre. Me llamo Nicholas Higgins. Ella se llama Bessy Higgins. ¿A qué la pregunta?

Esto sorprendió a Margaret, pues en Helstone hubiera quedado sobreentendido por las preguntas que había hecho que se proponía ir a visitar a cualquier vecino pobre cuyo nombre y domicilio hubiera preguntado.

—Pensaba..., me proponía hacerles una visita.

Se sintió cohibida de pronto al proponer la visita sin poder dar ninguna razón de su deseo de hacerlo, aparte del bondadoso interés por un extraño. Todo pareció adoptar de pronto un aire de impertinencia por su parte; así lo interpretó también en la mirada del hombre.

—No soy muy aficionado a recibir extraños en mi casa. —Pero al ver acentuarse el rubor de Margaret, cedió y añadió—: Es usted forastera, digamos, y quizá no conozca a mucha gente aquí, y le ha dado aquí a mi hija las flores de su propia mano... Puede ir a vernos si quiere.

El razonamiento divirtió e irritó a Margaret. No estaba segura de que fuera a ir a un sitio donde le daban permiso como si de un favor se tratara. Pero cuando llegaron a la esquina de la calle Frances, la chica se detuvo un momento y le dijo:

—No se olvide de que tiene que venir a vernos.

—Sí, sí —dijo el padre con impaciencia—. Vendrá. Ahora está un poco estirada porque cree que yo debía haber hablado con más cortesía; pero se lo pensará mejor y vendrá. Leo en su preciosa cara orgullosa como si fuera un libro. Vamos Bess; está sonando la sirena de la fábrica.

Margaret se fue a casa, pensando asombrada en sus nuevos amigos y sonriendo por lo bien que había comprendido el hombre lo que estaba pensando ella. A partir de aquel día, Milton le pareció un lugar más luminoso. Y no era por los días largos, frescos y soleados de primavera, ni porque hubiera empezado a aceptar la ciudad en que vivía con el tiempo. Era que había encontrado un interés humano.

Capítulo IX

Cambiarse para el té

Al día siguiente de este encuentro con Higgins y con su hija, el señor Hale entró en la sala de arriba a una hora insólita. Se acercó a distintos objetos de la estancia como si fuera a examinarlos, pero Margaret se dio cuenta de que era un truco nervioso: una forma de aplazar algo que deseaba pero temía decir. Al final lo soltó:

—¡Cariño! He invitado al señor Thornton a tomar el té esta noche.

La señora Hale estaba recostada en su sillón con los ojos cerrados y la expresión dolorida que se había hecho habitual en ella últimamente. Pero al oír a su esposo se incorporó y dijo quejumbrosa:

—¡El señor Thornton! ¡Y esta noche! ¿Puede saberse para qué quiere venir aquí el hombre? Y Dixon está lavando mis muselinas y encajes, y no hay agua blanda con estos horribles vientos del este que supongo que tendremos todo el año en Milton.

—El viento está cambiando, cariño —dijo el señor Hale, mirando el humo que llegaba exactamente del este, aunque él todavía no comprendía los puntos cardinales y solía ubicarlos a discreción según las circunstancias.

—¡No me digas! —dijo la señora Hale estremeciéndose y arropándose más con la toquilla—. Pero supongo que este hombre vendrá con viento del este o del oeste.

—Eso demuestra que no has visto nunca al señor Thornton, mamá. Da la impresión de ser una persona que disfrutaría luchando con cualquier adversidad: enemigos, vientos o circunstancias. Cuanto más llueva y más viento haga, más seguros podemos estar de que vendrá. Pero voy a ayudar a Dixon. Creo que llegaré a ser una almidonadora célebre. Y no necesitará más diversión que conversar con papá. Papá, estoy deseando conocer al Pitias de tu Damón. Ya sabes que sólo lo he visto una vez y estábamos tan desconcertados sin saber de qué hablar que no nos fue demasiado bien.

—No creo que te caiga bien nunca ni te resulte agradable, Margaret. No es un seductor.

Margaret arqueó el cuello en una curva despectiva.

—No admiro particularmente a los seductores, papá. Pero el señor Thornton viene como amigo tuyo, como alguien que te aprecia...

—La única persona de Milton —dijo la señora Hale.

—Así que le daremos la bienvenida y pastas de coco. Dixon se sentirá halagada si le pedimos que las prepare. Y yo me encargaré de planchar tus gorros, mamá.

Margaret deseó muchas veces aquella mañana que el señor Thornton no fuera. Tenía previstas otras ocupaciones: una carta a Edith, un buen poema de Dante, una visita a los Higgins. Y, en su lugar, tuvo que planchar escuchando las quejas de Dixon con la esperanza de poder impedirle que acudiera con su retahíla de pesares a la señora Hale mediante un derroche de comprensión. Margaret tuvo que recordarse de vez en cuando lo mucho que estimaba su padre al señor Thornton para aplacar la irritación del cansancio que la invadió y que le provocó uno de los fuertes dolores de cabeza a los que era propensa últimamente. Apenas podía hablar cuando se sentó al fin y le dijo a su madre que ya no era Peggy la planchadora sino Margaret Hale la dama. Intentaba con ello hacer una pequeña broma, y lamentó no haberse mordido la lengua al ver que su madre se lo tomaba en serio.

—¡Ay, sí! Si alguien me hubiera dicho cuando era la señorita Beresford y una de las bellezas del condado que una hija mía tendría que pasarse de pie medio día en una cocina minúscula trabajando como una sirvienta, que nos prepararíamos correctamente para recibir a un comerciante, y que dicho comerciante sería el único...

—¡Ay, mamá! —dijo Margaret levantándose—. No me tortures así por un comentario despreocupado. No me importa nada planchar ni hacer el trabajo que sea por ti y por papá. Y no por eso dejo de ser una dama, aunque tenga que fregar el suelo o lavar los platos. Ahora estoy cansada, en seguida se me pasará. En media hora estaré dispuesta a volver a empezar. Y en cuanto a lo de que el señor Thornton sea un comerciante, el pobre hombre ya no puede evitarlo. Supongo que su educación no le permitirá mucho más.

Margaret se levantó despacio y se fue a su habitación; en aquel preciso momento, no podía soportar mucho más.

En casa del señor Thornton y exactamente a la misma hora, tenía lugar una escena similar, aunque diferente. Una señora de huesos grandes, bastante pasada ya la madurez, cosía sentada en un comedor amueblado con sombría

elegancia. Sus rasgos, como su constitución, eran fuertes y sólidos, más que gruesos. Su rostro pasaba lentamente de una expresión decidida a otra igualmente decidida. No había gran variedad en su semblante; pero quien lo miraba una vez, solía volver a hacerlo. Incluso los transeúntes solían volver la cabeza en la calle para contemplar un instante más a aquella mujer firme, severa y digna que nunca cedía el paso por urbanidad ni detenía su avance hacia el fin claramente definido que se había propuesto.

Vestía con elegancia de seda negra fuerte en la que no se veía ni un hilo gastado o descolorido. Estaba arreglando un tapete largo de finísima textura, que alzaba al trasluz de vez en cuando para ver los lugares gastados que requerían sus delicados cuidados. No había un solo libro en la estancia con la excepción de los Comentarios sobre la Biblia de Matthew Henry, seis volúmenes de los cuales ocupaban el sólido aparador, flanqueados por una tetera grande a un lado y una lámpara al otro. Alguien practicaba al piano en una dependencia lejana. Ensayaba una pieza de salón, que tocaba rápidamente, equivocándose o saltándose una de cada tres notas por término medio, y la mitad de los acordes fuertes eran erróneos aunque no por ello menos satisfactorios para el intérprete. La señora Thornton oyó un paso tan decidido como el suyo al otro lado de la puerta del comedor.

—¡John! ¿Eres tú?

Su hijo abrió la puerta y entró.

—¿Qué te trae tan pronto a casa? Creía que ibas a tomar el té con ese amigo del señor Bell; ese señor Hale.

—Así es, madre. He venido a casa para cambiarme.

—¡Cambiar! ¡Bah! Cuando yo era joven, los hombres se daban por satisfechos con vestirse una vez al día. ¿Por qué tienes que cambiarte para ir a tomar una taza de té con un viejo clérigo?

—El señor Hale es un caballero, y su esposa y su hija son damas.

—¡Esposa e hija! ¿Ellas también dan clases? ¿Qué hacen? Nunca las habías mencionado.

—No, madre, porque no conozco a la señora Hale; y a la señorita Hale sólo la he visto una vez durante una media hora.

—Ten cuidado, no te dejes pescar por una chica sin dinero, John.

—No es fácil pescarme, madre, supongo que ya lo sabes. Pero no me gusta que se hable así de la señorita Hale. Me parece ofensivo, la verdad. Nunca me he percatado de que ninguna joven intentara pescarme, y no creo que ninguna se haya tomado nunca la molestia de hacerlo.

La señora Thornton había decidido llevar la contraria a su hijo; porque si no, en general, se enorgullecía bastante de su sexo.

—¡Bueno! Yo sólo te digo que tengas cuidado. Tal vez nuestras chicas de Milton tengan demasiado carácter y demasiado sentido común para andar a la caza de marido; pero esa señorita Hale viene de los condados aristocráticos, y, si son ciertas las historias que cuentan, los maridos ricos son presas valiosas.

El señor Thornton torció el gesto y dio otro paso hacia su madre.

—Madre —soltó una risilla burlona—, me obligarás a confesar. La única vez que he visto a la señorita Hale me trató con una cortesía altanera que tenía un marcado tinte despectivo. Guardó las distancias como si fuera una reina y yo su humilde y sucio vasallo. Tranquila, madre.

—No. No estoy tranquila, ni contenta tampoco. ¿Qué razón tenía para despreciarte de ese modo ella, la hija de un clérigo renegado? Yo en tu lugar desde luego no me cambiaría para ninguno de ellos..., ¡valientes insolentes!

Al salir de la habitación, él añadió:

—El señor Hale es bondadoso, afable y culto. No es insolente. En cuanto a la señora Hale, ya te explicaré cómo es esta noche si quieres saberlo.

Cerró la puerta y se marchó.

«¡Despreciar a mi hijo! ¡Habrase visto! ¡Tratar como a un vasallo a John! ¡Vamos! ¡Ya me gustaría a mí saber dónde podría encontrar otro igual! Muchacho y hombre, tiene el corazón más noble y valeroso que he visto en mi vida. Y no es porque sea su madre. Me doy cuenta de las cosas, no soy ciega. Sé cómo es Fanny; y sé cómo es John. ¡Mira que despreciarlo! ¡La aborrezco!».

Capítulo X

Oro y hierro forjado

El señor Thornton salió de casa sin volver al comedor. Se le había hecho un poco tarde, y no quería desairar a su nuevo amigo por nada del mundo con una falta de puntualidad irrespetuosa. El reloj de la iglesia dio las siete y media mientras esperaba que llegara de una vez Dixon, cuya lentitud se duplicaba siempre que tenía que rebajarse a abrir la puerta. Le hizo pasar y le acompañó a una salita, donde le recibió cordialmente el señor Hale, que le presentó luego a su esposa, cuya palidez y cuya figura envuelta en un chal constituían una muda justificación de la fría languidez de su salud. Margaret

estaba encendiendo la lámpara cuando él entró, pues había empezado a oscurecer. La lámpara proyectó una luz preciosa en el centro de la estancia en penumbra, de la que con sus hábitos rurales no excluían los cielos nocturnos ni la oscuridad exterior. Aquella habitación contrastaba de algún modo con la que acababa de dejar: majestuosa, sólida, sin ningún detalle femenino, excepto en el lugar en que se sentaba su madre, y ninguna comodidad para ningún otro uso que los de comer y beber. Era un comedor, por supuesto. Su madre prefería sentarse allí, y su voluntad era ley en la casa. Pero la sala no era como ésta. Era dos, veinte veces mejor; y mucho menos acogedora. Aquí no había espejos, ni siquiera una pieza de cristal que reflejara la luz y respondiera al mismo fin que el agua en el paisaje; ni dorados; una cálida y sobria extensión de colorido, bien realzado por las cortinas y las fundas de zaraza de los asientos del querido Helstone. Junto a la ventana que quedaba enfrente de la puerta había un escritorio abierto; y en la otra, un velador con un jarrón chino blanco, del que colgaban guirnaldas de hiedra, abedul verde claro y hojas de haya cobrizas. Había lindos cestos de labor en diferentes lugares; y sobre la mesa, como si acabaran de dejarlos allí, libros preciosos no sólo por las encuadernaciones. Junto a la puerta había otra mesa preparada para el té, con un mantel blanco, adornada con las pastas de coco y una canasta llena de naranjas y sonrosadas manzanas americanas sobre un lecho de hojas.

El señor Thornton pensó que todos aquellos detalles eran habituales en la familia; y muy en consonancia con Margaret. Ella estaba de pie junto a la mesa del té, con un vestido de muselina de vivos colores, entre los que dominaba el rosa. Parecía que no atendía a la conversación, sino que se concentraba en las tazas del té, entre las que movía las preciosas manos marfileñas con muda delicadeza. Llevaba una pulsera en un brazo torneado que se le caía continuamente sobre la delicada muñeca. El señor Thornton observaba cómo volvía a colocarse el adorno problemático con mucha más atención que la que prestaba a lo que decía su padre. Parecía fascinado observando cómo se lo subía con impaciencia hasta que le apretaba el blando brazo; y luego el aflojamiento y la caída. Casi podría haber exclamado: «¡Otra vez!». Ya estaba casi todo preparado para el té cuando él llegó, por lo que lamentó un poco tener que comer y beber al momento y dejar de observar a Margaret. Ella le ofreció su taza de té con el aire altivo de una esclava insumisa; pero sus ojos captaron el momento en que él tenía ganas de tomar otra taza; y casi deseó pedirle que hiciera por él lo que se vio obligada a hacer por su padre, que le sujetó los dedos meñique y pulgar con su mano masculina y los hizo servirle de pinzas para el azúcar. El señor Thornton la vio alzar los bellos ojos hacia su padre, luminosos, risueños y tiernos, mientras la pantomima proseguía entre ambos sin que nadie los observara, creían ellos. A Margaret todavía le dolía la cabeza, como podrían haber testificado la palidez de su rostro y su silencio; pero estaba decidida a echarse al ruedo si se

producía alguna pausa larga e inconveniente antes que permitir que el amigo, alumno e invitado de su padre tuviera motivos para considerarse abandonado de algún modo. Pero la conversación prosiguió; y, en cuanto recogieron las cosas del té, Margaret se retiró a un rincón junto a su madre con la labor. Y creyó que podría dejar vagar los pensamientos sin miedo a que la necesitaran de pronto para que llenara un vacío.

El señor Thornton y el señor Hale retomaron algún tema que habían iniciado en su última reunión y se concentraron en él. Algún comentario trivial que hizo su madre en voz baja obligó a Margaret a recobrar la noción del presente. Alzó de pronto la vista de la labor y le llamó la atención la diferencia de aspecto exterior entre su padre y el señor Thornton, que denotaba caracteres tan claramente opuestos. Su padre parecía más alto de lo que era por su delgadez, cuando no se le comparaba con alguien de complexión alta e imponente como en aquel momento. Las arrugas de su rostro eran blandas y curvadas, con una especie de frecuente ondulación de movimiento tembloroso en ellas, que indicaba cada fluctuante emoción; los párpados grandes y arqueados daban a sus ojos una belleza lánguida y peculiar, casi femenina. Tenía las cejas perfectamente arqueadas, aunque por el tamaño mismo de los párpados se alzaban a una considerable distancia de los ojos. En el rostro del señor Thornton, en cambio, las cejas rectas estaban cerca de los ojos claros, serios y hundidos que, sin ser desagradablemente astutos, parecían lo bastante penetrantes para llegar al corazón y al núcleo mismo de lo que miraran. Tenía pocas arrugas, pero firmes, como talladas en mármol, concentradas en las comisuras de los labios, que apretaba levemente sobre una dentadura tan impecable y bella que producía el efecto de un súbito rayo de sol cuando la rara sonrisa luminosa aparecía un instante, destellaba en sus ojos y transformaba totalmente la expresión resuelta y severa de un hombre dispuesto a hacer lo que fuera sin vacilar, con el sincero y profundo gozo del momento que sólo suele manifestarse de forma tan audaz e instantánea en los niños.

A Margaret le gustó aquella sonrisa. Era lo primero que le agradaba de aquel nuevo amigo de su padre, y la oposición de carácter que demostraban todos estos rasgos de su apariencia que había estado observando explicaba en cierto modo la evidente atracción que sentían el uno por el otro.

Arregló la labor de su madre y volvió a sumirse en sus pensamientos, tan absolutamente olvidada por el señor Thornton como si no estuviera en la habitación; aquél explicaba al señor Hale el magnífico poder y el delicado ajuste de la potencia del martillo pilón, lo que recordó al señor Hale los cuentos maravillosos de los serviciales genios de Las mil y una noches, que tan pronto se extendían desde la tierra hasta el cielo y ocupaban toda la anchura del horizonte, como se comprimían obedientes en una vasija tan pequeña que podía llevarla un niño en la mano.

—Y esta invención formidable, esta realización práctica de una idea grandiosa, salió del cerebro de un hombre de nuestra buena ciudad. Y a este hombre le corresponde superar paso a paso cada prodigio que consigue para lograr mayores portentos. Y he de añadir que hay entre nosotros muchos que podrían ocupar el hueco si él faltara, y seguir esa lucha en que se obliga y se seguirá obligando a toda fuerza material a someterse a la ciencia.

—Su alarde me recuerda los antiguos versos:

Tengo cien capitanes en Inglaterra —dijo—,
tan buenos como él.

Margaret alzó de pronto la vista al oír la cita de su padre, con un asombro inquisitivo en la mirada. ¿Cómo podrían haber pasado de las ruedas dentadas a la balada de Chevy Chase?

—No es un alarde mío —repuso el señor Thornton—; es la pura y simple verdad. No niego que me enorgullece pertenecer a una ciudad (o tal vez debiera decir una región) cuyas necesidades dan origen a semejante grandeza de concepción. Preferiría ser aquí un hombre que trabaja y sufre, mejor dicho, que falla y fracasa, que llevar una vida próspera y tediosa en los viejos surcos raídos de lo que ustedes llaman sociedad más aristocrática del Sur, con sus días lentos de ocio despreocupado. Uno puede atascarse en la miel y ser luego incapaz de alzar el vuelo.

—Se equivoca —dijo Margaret, enardecida por aquella calumnia a su amado Sur y dispuesta a defenderlo con una vehemencia que hizo aflorar el color a sus mejillas y lágrimas de enfado a sus ojos—. Usted no sabe nada del Sur. Si hay menos empresas mercantiles o menos progreso (supongo que no debo decir menos emoción) del azaroso espíritu del comercio, que parece requisito para que se produzcan esos inventos prodigiosos, también hay menos sufrimiento. Aquí veo hombres en las calles que miran al suelo agobiados por la pena o la preocupación y que no sólo son víctimas sino enemigos. En el Sur también hay pobres, pero allí no se ve en sus semblantes esa terrible expresión de hosco sentimiento de injusticia que veo aquí. Usted no conoce el Sur, señor Thornton —concluyó, hundiéndose en un silencio resuelto e indignada consigo misma por haber hablado tanto.

—¿Me permite decir que usted no conoce el Norte? —preguntó él, con un tono indeciblemente tierno, al ver que la había ofendido de verdad. Ella siguió aferrada a su empecinado silencio; añoraba los preciosos lugares que había dejado lejos en Hampshire con un apasionamiento que le indicaba que le temblaría la voz si hablaba.

—De todos modos, señor Thornton —terció la señora Hale—, reconocerá usted que Milton es una ciudad mucho más cargada de humo y de suciedad

que ninguna que pueda encontrarse en el Sur.

—Lo lamento, pero debo renunciar a su limpieza —dijo el señor Thornton con su rápida sonrisa reluciente—. El Parlamento nos ha ordenado eliminar nuestro propio humo; así que supongo que tendremos que hacer lo que nos mandan como niños buenos..., alguna vez.

—Pero creo que me dijo usted que había modificado las chimeneas para eliminar el humo, ¿no es así? —preguntó el señor Hale.

—Yo decidí modificar las mías antes de que el Parlamento tomara cartas en el asunto. Fue un desembolso directo, pero me compensa por el ahorro de carbón. No estoy seguro de que lo hubiera hecho si hubiera esperado a que se aprobara la ley. En realidad, habría esperado a que me denunciaran y me multaran y me aplicaran todas las medidas de presión que legalmente pudieran. Pero las leyes cuyo cumplimiento depende de denuncias y multas resultan inoperantes por lo odioso del mecanismo. No creo que hayan denunciado en Milton una sola chimenea en los últimos cinco años, aunque las constantes emisiones de algunas suponen que un tercio de su carbón se vaya en lo que se llama humo antiparlamentario.

—Yo sólo sé que es imposible que las cortinas de muselina duren limpias más de una semana; y en Helstone duraban un mes o más. Y en cuanto a las manos..., Margaret, ¿cuántas veces me has dicho que tuviste que lavarte las manos esta mañana antes de las doce? Tres veces, ¿no?

—Sí, mamá.

—Parece que se opone usted a las leyes parlamentarias y a toda la legislación que afecte a su modo de actuar aquí en Milton —comentó el señor Hale.

—Sí, así es. Y muchos otros también. Y creo que con justa razón. Toda la maquinaria de la industria algodonera (y ahora no me refiero a la maquinaria de hierro y de madera) es tan nueva que no tiene nada de extraño que no funcione bien en todas partes de inmediato. ¿Qué era hace setenta años? ¿Y qué no es ahora? Se juntaron materias primas burdas; hombres del mismo nivel, en cuanto a educación y posición, ocuparon de pronto los diferentes puestos de amos y empleados, gracias a la agudeza en lo concerniente a oportunidades y probabilidades que distinguía a algunos y que les hizo darse cuenta del gran futuro que ocultaba el rudimentario modelo de sir Richard Arkwright. El rápido desarrollo de lo que podríamos llamar nueva industria dio a aquellos primeros patronos enorme riqueza y poder. Y no me refiero solamente sobre los obreros; quiero decir también sobre los compradores: sobre todo el mercado mundial. Puedo mencionar como ejemplo un anuncio publicado no hace cincuenta años en un periódico de Milton, de que uno de los

pocos estampadores de algodón de la época cerraría diariamente el taller al mediodía; de manera que todos los compradores tendrían que acudir antes de esa hora. Imagínese a un hombre dictando de ese modo el horario en que vendería y en que no. Yo creo que ahora, si un cliente decide venir a media noche me levantaría y esperaría con el sombrero en la mano para recibir sus pedidos.

Margaret torció el gesto, aunque había algo que la obligaba a prestar atención; ya no podía abstraerse en sus pensamientos.

—Sólo menciono estas cosas para demostrar el poder casi ilimitado que tenían los fabricantes a comienzos de siglo. Se les subió a la cabeza. El hecho de que un hombre triunfara en sus empresas no era razón para que en todo lo demás fuera mentalmente equilibrado. Muy al contrario, su noción de la justicia y su sencillez solían quedar totalmente aplastadas por el peso de la riqueza que se le venía encima. Se cuentan extrañas historias sobre la vida desenfadada que se permitían en fiestas de varios días aquellos primeros magnates algodoneros. También es evidente la tiranía que ejercieron sobre sus trabajadores. Ya conoce el proverbio, señor Hale: «Pon a un mendigo a caballo y se irá al diablo». Bueno, algunos de aquellos primeros fabricantes se fueron al diablo a lo grande, aplastando a los seres humanos con los cascos de sus caballos sin remordimiento. Pero luego llegaría una reacción: había más fábricas, más patronos; se necesitaban más trabajadores. El poder de los patronos y de los obreros se equilibró más equitativamente; y la lucha que estamos librando ahora es mucho más justa. No nos someteremos a la decisión de un imperio, y mucho menos a la interferencia de un entrometido que apenas tiene conocimiento de los verdaderos hechos del caso, aun cuando ese entrometido se llame Tribunal Supremo del Parlamento.

—¿Es necesario llamarlo batalla entre las dos clases? —preguntó el señor Hale—. Ya sé por su empleo del término que da una idea veraz de las cosas, en su opinión.

—Es cierto. Y creo que es necesario en la medida en que la prudencia y el buen comportamiento se oponen siempre a la ignorancia y la imprevisión y libran una batalla contra ellas. Una de las grandes virtudes de nuestro sistema es que un obrero puede conseguir el poder y la posición de patrón mediante el propio esfuerzo y el buen comportamiento; que, en realidad, quien se rige por la decencia, la conducta sobria y el cumplimiento del deber, pasa a nuestras filas; quizá no sea siempre como patrón, sino como supervisor, cajero, contable, oficinista, uno del lado de la autoridad y el orden.

—Entonces, si he entendido bien, considera usted enemigos a todos los que no consiguen medrar, por la causa que sea —dijo Margaret con voz clara y fría.

—Son sus propios enemigos, sin duda —se apresuró a decir él, bastante ofendido por la altiva desaprobación que indicaban su forma de expresión y su tono de voz. Pero su rectitud sin dobleces le hizo creer que sus palabras sólo eran una pobre evasiva a lo que había dicho ella. Y aunque ella pudiera ser todo lo displicente que quisiera, él se debía a sí mismo el explicar con toda la sinceridad posible lo que quería decir. Pero era muy difícil aclarar la interpretación de ella y diferenciarla de lo que quería decir él. Lo hubiese ilustrado mejor contándoles algo de su vida. Pero ¿no era ése un tema demasiado personal para tratarlo con extraños? Sin embargo, era la forma más franca y simple de explicar a qué se refería. Así que dejó a un lado el amago de timidez que hizo aflorar a sus mejillas un rubor momentáneo y dijo:

»Hablo por propia experiencia. Hace dieciséis años, mi padre murió en circunstancias lamentables. Me sacaron de la escuela y tuve que convertirme en un hombre (lo mejor que pude) en pocos días. Me ha tocado en suerte una madre como hay pocas, una mujer de gran entereza y firme resolución. Nos fuimos a un pueblo pequeño, donde la vida era más barata que en Milton y donde conseguí empleo en una pañería (un lugar único, por cierto, para aprender a conocer los géneros). Nuestros ingresos semanales ascendían a quince chelines, con los que teníamos que vivir tres personas. Mi madre consiguió que ahorrara tres de esos quince chelines regularmente. Y ése fue el comienzo, así aprendí abnegación. Y ahora que puedo proporcionar a mi madre las comodidades que requiere su edad, más que su propio deseo, le agradezco en silencio en todo momento la temprana enseñanza que me dio. Cuando pienso ahora que en mi caso no es buena suerte ni mérito ni talento, sino simplemente los hábitos de la vida que me enseñaron a despreciar los lujos y placeres no totalmente ganados (en realidad, a no pensar dos veces en ellos), creo que el sufrimiento que la señorita Hale dice que está grabado en los semblantes de la gente de Milton es sólo el castigo natural por el placer disfrutado deshonestamente en alguna etapa anterior de sus vidas. No creo que las personas sensuales y demasiado indulgentes consigo mismas merezcan mi odio; sólo las miro con desdén por su falta de carácter.

—Pero usted tenía los rudimentos de una buena educación —comentó el señor Hale—. El entusiasmo con que lee ahora a Homero me demuestra que no es un libro desconocido para usted: lo ha leído antes y sólo está recordando su antiguo conocimiento.

—Es cierto, pasé por él a ciegas en la escuela; hasta diría que me consideraban un estudiante bastante bueno en aquel tiempo, aunque he olvidado el latín y mi griego desde entonces. Pero le pregunto, ¿qué preparación eran para una vida como la que yo tenía que llevar? Ninguna. Absolutamente ninguna. En cuanto a educación, cualquier hombre que sepa leer y escribir tiene los mismos conocimientos útiles que tenía yo entonces.

—Bien, no estoy de acuerdo. Tal vez peque un poco de pedante en eso. ¿No le dio ánimos el recuerdo de la heroica sencillez de la vida homérica?

—¡En absoluto! —exclamó el señor Thornton riéndose—. Estaba demasiado ocupado para pensar en los muertos, con los vivos al lado presionando en la lucha por el pan. Ahora que mi madre está a salvo y puede disfrutar de la serenidad que conviene a su edad y que recompensa debidamente sus esfuerzos anteriores, puedo volver a esa antigua historia y disfrutarla plenamente.

—Yo diría que mi observación se debe a la idea profesional de que no hay nada como lo que uno conoce —repuso el señor Hale.

Cuando el señor Thornton se levantó para marcharse, estrechó la mano al señor y a la señora Hale y dio un paso hacia Margaret para desearle buenas noches del mismo modo. Era la costumbre franca y familiar del lugar; pero Margaret no estaba preparada para ello y se limitó a despedirse con una leve inclinación de cabeza. Aunque lamentó no haber advertido la intención en cuanto le vio hacer ademán de tender la mano y retirarla rápidamente. El señor Thornton, sin embargo, nada sabía de su pesar, por lo que, se irguió cuan alto era y se marchó, mascullando al salir de la casa: «Nunca he visto joven más engreída y desagradable. Su actitud displicente te hace olvidar incluso su gran belleza».

Capítulo XI

Primeras impresiones

—¡Margaret! —dijo el señor Hale cuando volvió de acompañar a su invitado abajo—, no pude evitar observar tu cara con cierta angustia cuando el señor Thornton nos confesó que había sido dependiente. Yo ya estaba enterado, por el señor Bell, así que sabía lo que iba a contarnos; pero te aseguro que creí que ibas a levantarte y salir de la habitación.

—¡Por favor, papá! ¿No querrás decir que me consideras tan estúpida? Me agradó lo que nos contó de sí mismo más que todo lo demás. En realidad, todo lo demás me indignó por su dureza; pero luego habló de sí mismo con tanta franqueza, sin rastro de la pretensión que hace tan vulgares a los comerciantes, y con un respeto tan tierno por su madre, que te aseguro que era menos probable que me hubiera marchado de la habitación entonces que cuando se dedicó a alardear de Milton como si no hubiera otro lugar igual en el mundo; o a presumir tranquilamente de despreciar a los demás por su imprevisión despreocupada y excesiva, sin tener en cuenta, al parecer, que es su deber

intentar que sean distintos, enseñarles algo de lo que le enseñó a él su madre y a lo que es evidente que debe su posición, sea la que sea. ¡No! Su confesión de que había sido dependiente es lo que más me ha gustado.

—Me sorprendes, Margaret —dijo su madre—. ¡En Helstone siempre estabas metiéndote con los comerciantes! Y creo, señor Hale, que no has obrado bien presentándonos a semejante persona sin explicarnos antes lo que había sido. La verdad es que temía que se diera cuenta de lo mucho que me escandalizaban algunas cosas que decía. Su padre que murió en «lamentables circunstancias». Porque podría haber sido en el asilo de pobres.

—No estoy seguro de que no fuera peor que el asilo de pobres —repuso su esposo—. El señor Bell me explicó gran parte de su vida antes de que viniéramos aquí; y como él ya os ha contado otra parte, añadiré lo que falta. Su padre especuló de forma insensata, perdió y se suicidó porque no podía soportar la deshonra. Todos sus amigos se acobardaron ante las revelaciones que había que hacer de sus apuestas fraudulentas, luchas desafortunadas y desesperadas hechas con el dinero de otros para recuperar su moderada porción de riqueza. Nadie acudió en ayuda de la madre y el hijo. Había también una niña, creo; demasiado pequeña para ganar dinero, pero por supuesto había que mantenerla. Al menos, ningún amigo los ayudó de inmediato; y me parece que la señora Thornton no es de las que esperan hasta que la amabilidad tardía llega a buscarla. Así que se marcharon de Milton. Yo ya sabía que él había trabajado en una tienda, y que se habían arreglado mucho tiempo con sus ingresos, y con alguna pequeña propiedad de su madre. El señor Bell me dijo que se habían alimentado durante años exclusivamente de gachas de avena con agua, no sabía cómo. Pero cuando los acreedores ya habían perdido la esperanza de cobrar alguna vez las deudas del señor Thornton padre (si es que alguna vez habían creído que lo harían, después de que se suicidara), este joven volvió a Milton y fue a verlos a todos y les pagó el primer plazo del dinero que se les debía. Lo hizo sin ruido, sin reunir a los acreedores, de forma silenciosa y discreta. Y acabó pagándolo todo, con la ayuda material de la circunstancia de que uno de los acreedores, un viejo rezongón, según el señor Bell, tomó al joven señor Thornton como una especie de socio.

—Eso es muy digno de elogio —dijo Margaret—. Qué lástima que un carácter así se deshonrara por su posición como fabricante de Milton.

—¿Cómo que se deshonrara? —preguntó su padre.

—Bueno, papá, midiéndolo todo por el nivel de riqueza. Cuando hablaba de la fuerza mecánica, sin duda la consideraba sólo un medio de ampliar el comercio y hacer dinero. Y los pobres hombres que lo rodean son pobres porque son depravados, y no merecen sus simpatías porque no tienen su

carácter férreo ni las aptitudes que el mismo le da para ser rico.

—Depravados no; eso no lo ha dicho. Imprevisores e indulgentes consigo mismos, ésas fueron sus palabras.

Margaret estaba recogiendo la labor de su madre y se disponía a irse a la cama. Al salir de la habitación, vaciló. Se sintió inclinada a hacer una confesión que creía que complacería a su padre, aunque para ser completa y sincera debía incluir un pequeño inconveniente. De todos modos, lo hizo:

—Papá, el señor Thornton me parece un hombre extraordinario; pero personalmente no me gusta nada.

—¡Pues a mí sí! —dijo su padre, riéndose—. Personalmente, como dices tú, y todo. No es que lo considere un héroe ni nada por el estilo. Pero buenas noches, hija. Tu madre parece muy cansada, Margaret.

Margaret había notado con angustia hacía rato el aspecto agotado de su madre, y el comentario de su padre despertó en ella un temor sordo, que le oprimía el corazón como un peso. La vida en Milton era muy distinta a la que la señora Hale estaba acostumbrada a llevar en Helstone, donde entraba y salía continuamente de casa al aire libre; el mismo aire era muy distinto aquí, parecía carecer de todo principio vivificante; y las preocupaciones domésticas acuciaban tanto a las mujeres de la familia de una forma nueva y tan sórdida que Margaret tenía buenas razones para temer que la salud de su madre se viera gravemente afectada. Había otros indicios de que a la señora Hale le pasaba realmente algo. Dixon y ella mantenían misteriosas conferencias en su dormitorio, del que Dixon salía llorosa y enojada, como era habitual en ella cuando algún problema de su señora requería su comprensión. Margaret había entrado una vez en la estancia al salir Dixon, y había encontrado a su madre de rodillas; y al retirarse sigilosamente, captó algunas palabras que eran sin duda una oración pidiendo fuerza y paciencia para soportar graves sufrimientos físicos. Margaret anhelaba recuperar el vínculo de confianza íntima que se había roto con su prolongada residencia en casa de su tía Shaw, y se esforzaba con tiernas caricias y dulces palabras por llegar al lugar más cálido del corazón de su madre. Pero aunque ella le respondía también con una profusión tal de caricias y ternezas que antes la habría llenado de gozo, seguía teniendo la impresión de que le ocultaban algo que creía que guardaba estrecha relación con la salud de su madre. Aquella noche permaneció despierta mucho tiempo, pensando cómo podría atenuar la influencia perniciosa de la vida que llevaban en Milton en la salud de su madre. Encontraría una sirvienta fija que ayudara a Dixon si dedicaba todo el tiempo a la búsqueda; así por lo menos su madre podría recibir toda la atención personal que necesitaba y a la que había estado acostumbrada siempre.

Margaret dedicó todo su tiempo y sus pensamientos a visitar las oficinas de

empleo doméstico: vio a muchas candidatas inaceptables y a muy pocas mínimamente aceptables durante varios días. Una tarde, se encontró con Bessy Higgins en la calle y se paró a hablar con ella.

—¡Bessy! ¿Qué tal? Supongo que te encontrarás mejor ahora que ha cambiado el viento.

—Bueno, mejor y peor, si entiende lo que quiere decir.

—No exactamente —repuso Margaret sonriendo.

—Estoy mejor porque la tos no me destroza de noche, pero estoy harta y cansada de Milton y deseo marcharme a la tierra de Beulah. Y cuando pienso que estoy cada vez más lejos se me parte el corazón y entonces no me encuentro mejor; me encuentro peor.

Margaret dio la vuelta para acompañar a Bessy en su lento avance hacia casa. Pero guardó silencio unos minutos. Al final, dijo quedamente:

—¿Deseas morir, Bessy?

Pues a ella le espantaba la muerte y se aferraba a la vida, como es tan natural en las personas jóvenes y saludables.

Bessy guardó un breve silencio. Luego respondió:

—Si usted llevara la vida que llevo yo, y estuviera tan harta de ella como yo, y pensara a veces «a lo mejor dura cincuenta o sesenta años, los hay que viven tanto», y se sintiera mareada y aturdida y enferma como yo cuando cada uno de esos sesenta años parece girar a mi alrededor y burlarse de mí con su longitud de horas y minutos e infinitos segundos..., ¡ay, amiga mía! Le aseguro que entonces se alegraría cuando el médico dijera que temía que no volviera a ver otro invierno.

—¿Por qué, Bessy? ¿Cómo ha sido tu vida?

—No mucho peor que la de muchos otros, supongo. Sólo que yo me rebelo contra ella y ellos no.

—Pero ¿qué pasó? Bueno, yo no soy de aquí y quizá no comprenda lo que quieres decir tan rápidamente como si hubiera vivido siempre en Milton.

—Si hubiera ido a vernos cuando dijo que lo haría quizá se lo hubiera contado. Pero mi padre dice que es usted como los demás, ojos que no ven corazón que no siente.

—No sé quiénes son los demás; y he estado muy ocupada; y si he de ser sincera, había olvidado mi promesa...

—Pues fue idea suya. Nosotros no se lo pedimos.

—Se me olvidó —dijo Margaret en voz baja—. Lo habría recordado cuando estuviera menos ocupada. ¿Puedo acompañarte ahora?

Bessy la miró de soslayo para comprobar si hablaba en serio. La dureza de su gesto desapareció al ver la expresión tierna y afable de Margaret, dando paso a un vehemente deseo.

—Nadie se preocupa tanto por mí. Puede venir si quiere.

Siguieron caminando en silencio. Llegaron a un patio pequeño que daba a una calleja y Bessy dijo:

—No se preocupe si está en casa mi padre y es un poco brusco al principio. Es que le cayó usted bien y le parecía estupendo que nos visitara; y luego se enfadó y se ofendió sólo porque le agradaba.

—Pierde cuidado, Bessy.

Pero Nicholas no estaba en casa cuando llegaron. Una chica muy desaliñada, más joven que Bessy pero más alta y más fuerte, trabajaba en la tina de lavar con brusca eficacia, pero armando tanto ruido que Margaret se horrorizó pensando en la pobre Bessy, que se había dejado caer en la primera silla como si estuviera agotada por el paseo. Margaret pidió a la hermana un vaso de agua y mientras ella se apresuraba a buscarlo (tirando de paso los accesorios de la chimenea y volcando una silla), soltó las cintas del sombrero a Bessy para ayudarla a recuperar el aliento.

—¿Cree que merece la pena vivir así? —preguntó Bessy jadeante. Margaret le acercó el vaso de agua a los labios en silencio. Bessy tomó un sorbo largo y febril; luego se recostó en la silla y cerró los ojos. Margaret la oyó murmurar para sí: «Ya no padecerán hambre, ni sed; ni les afligirá la luz del sol, ni pasarán calor». Margaret se inclinó y le dijo:

—Bessy, no te impacientes con tu vida, sea como sea o pueda haber sido. Recuerda quién te la dio e hizo que sea como es.

Se sobresaltó al oír la voz de Nicholas detrás de ella. No le había oído entrar.

—Vamos, no consentiré que suelte un sermón a mi hija. Ya está bastante mal como está con sus sueños y sus fantasías metodistas y sus visiones de ciudades con las puertas de oro y piedras preciosas. No me importa si a ella le divierte, pero no estoy dispuesto a permitir que le metan más cuentos en la cabeza.

—Pero seguro que usted cree en lo que he dicho —repuso Margaret, volviéndose—, que Dios le dio la vida y dispuso qué clase de vida tenía que ser.

—Yo creo lo que veo y punto. Eso es lo que creo, jovencita. No me trago todo lo que me dicen. ¡Ni hablar! Oí a una joven empeñarse en averiguar dónde vivíamos para visitarnos. Y mi hija aquí pensó mucho en ello, y se ruborizaba muchas veces cuando creía que no la estaba mirando al oír pasos extraños. Pero al final ha venido, y será bien recibida mientras procure no predicar sobre lo que no sabe nada.

Bessy no había apartado los ojos de la cara de Margaret. Le apoyó entonces la mano en el brazo y se incorporó para hablar, con ademán suplicante.

—No se enfade con él. Aquí hay muchos que piensan lo mismo; muchísimos. ¡Si los oyera hablar no se escandalizaría por lo que dice él! Padre es un hombre muy bueno, lo es. Pero ¡ay! —dijo recostándose desesperada—, a veces dice cosas que me hacen desear la muerte más que nunca, porque quiero saber tantas cosas y estoy hecha un mar de dudas.

—Pobre hija mía, pobrecilla. Sabes que no quiero disgustarte. Pero un hombre tiene que defender la verdad, y cuando veo el mundo tan equivocado a estas alturas, preocupado por cosas de las que no sabe nada y dejando de lado todo lo que estaría en su mano arreglar, en fin, me digo, deja en paz esa cháchara sobre religión y ponte a trabajar en lo que ves y conoces. Ése es mi credo. Es simple, fácil de entender y nada difícil de cumplir.

Pero su hija siguió suplicando a Margaret:

—No le haga mucho caso. Es un hombre bueno, lo es. A veces pienso que me moriría de pena incluso en la Ciudad de Dios si mi padre no estuviera allí. —El rubor y el brillo febriles afloraron a sus mejillas y a sus ojos—. ¡Pero estarás allí, padre! ¡Estarás allí! ¡Ay, mi corazón!

Se llevó la mano al pecho y se puso muy pálida.

Margaret la abrazó y le hizo recostar la cansada cabeza en su pecho. Le retiró el suave y ralo cabello de las sienes y se las humedeció con agua. Nicholas entendió las señas que le hizo para que le diera las diferentes cosas que necesitaba con premura amorosa, e incluso la hermana de ojos desorbitados se movió con laboriosa delicadeza ante el ¡chist! de Margaret. El acceso que presagiaba la muerte pasó en seguida y Bessy se animó y dijo:

—Me voy a la cama, es donde estoy mejor. Pero... —Agarró a Margaret del vestido y añadió—: ¡Volverá, sé que lo hará, pero prométamelo!

—Vendré mañana —dijo Margaret.

Bessy se apoyó en su padre, que se dispuso a llevarla arriba; pero cuando Margaret se levantó para marcharse, se debatió para decir algo:

—Desearía que existiera un Dios aunque sólo fuera para pedirle que la

bendiga.

Margaret se marchó muy triste y pensativa.

Llegó tarde a cenar. Su madre siempre había considerado una falta grave que no fuera puntual a las horas de las comidas en Helstone; pero ahora eso parecía haber perdido su poder de irritación, como tantas otras irregularidades, y Margaret casi añoró las antiguas protestas.

—¿Has encontrado sirvienta, cariño?

—No, mamá. Esa Anne Buckley no habría servido.

—¿Y si lo intentara yo? —preguntó el señor Hale—. Todos los demás ya han intentado solucionar este gran problema. Dejádme probar a mí ahora. Podría ser la cenicienta que lo consiguiera, después de todo.

Margaret se sentía tan agobiada por la visita a los Higgins que no tenía fuerzas para reír la broma de su padre.

—¿Qué harías, papá? ¿Cómo lo abordarías?

—Bueno, pediría a una buena ama de casa que me recomendara a alguna que conocieran ella o sus sirvientas.

—Muy bien. Pero tendremos que encontrar primero al ama de casa.

—Ya la tenéis. O, mejor dicho, ella va a caer en la trampa y podréis cogerla mañana si sois hábiles.

—¿A qué te refieres, señor Hale? —preguntó su esposa con curiosidad.

—Verás, mi alumno modélico (como lo llama Margaret) me ha dicho que su madre se propone visitar a la señora y a la señorita Hale mañana.

—¡La señora Thornton! —exclamó la señora Hale.

—¿La madre de la que nos habló él? —preguntó Margaret.

—Sí, la señora Thornton, la única madre que tiene, creo yo —dijo el señor Hale tranquilamente.

—Me gustará conocerla. Debe de ser una persona singular —añadió su madre—. Tal vez tenga alguna parienta que nos convenga y a la que le guste nuestra casa. Parecía ser una persona tan cuidadosa con la economía, que me gustaría mucho alguien de la misma familia.

—Por favor, cariño —dijo el señor Hale asustado—. Te ruego que no pienses en eso. Supongo que la señora Thornton es tan altiva y orgullosa a su modo como nuestra pequeña Margaret al suyo, y que ha olvidado la época de padecimientos, pobreza y economías de la que su hijo habla tan abiertamente. En cualquier caso, estoy seguro de que no le gustará que los extraños sepan

algo de eso.

—Te aseguro, papá, que yo no soy altiva en ese sentido, si es que lo soy en alguno; con lo que no estoy de acuerdo, aunque tú siempre me acusas de ello.

—No sé a ciencia cierta que ella lo sea, aunque lo supongo por lo poco que me ha contado él.

No se molestaron en preguntarle qué era lo que le había contado su hijo de ella. Margaret sólo quería saber si tenía que quedarse en casa para recibir la visita, ya que si era así no podría ir a ver cómo estaba Bessy hasta última hora del día, pues siempre estaba ocupada en las tareas de la casa desde por la mañana temprano. Pero se dio cuenta de que no podía dejar a su madre todo el peso de atender a su visitante.

Capítulo XII

Visitas matinales

Al señor Thornton le había costado bastante animar a su madre hasta el punto de la cortesía deseable. Ella no solía salir de visita; y cuando lo hacía, era siempre en las mismas condiciones en que cumplía todas sus obligaciones. Su hijo le había regalado un carruaje, pero ella se negó a permitirle tener caballos. Los alquilaban en las ocasiones solemnes en que hacía visitas matinales o vespertinas. Todavía no hacía dos semanas que había tenido caballos tres días seguidos, y había «liquidado» sin problemas a todos sus conocidos, a los que correspondería ahora tomarse la molestia y el gasto. Pero Crampton quedaba demasiado lejos para ir caminando; y preguntó insistentemente a su hijo si su deseo de que visitara a los Hale era tan fuerte como para compensar el gasto que supondría alquilar un coche. Habría agradecido que no lo fuera, pues, según dijo, «no veía ninguna utilidad en establecer amistad y relaciones íntimas con todos los profesores y maestros de Milton; vamos, ¡lo siguiente sería pedirle que visitara a la esposa del maestro de baile de Fanny!».

—Y lo haría si el señor Mason y su esposa no tuvieran amigos y estuvieran en una ciudad extraña como los Hale, madre.

—¡Vamos! No hace falta que te precipites. Pienso ir mañana. Sólo quería que te hicieras cargo.

—Si vas a ir mañana, pediré caballos.

—Bobadas, John. Cualquiera diría que nada en la abundancia.

—No del todo, todavía. Pero en cuanto a los caballos, no hay discusión. La última vez que fuiste en coche de alquiler volviste a casa con dolor de cabeza del traqueteo.

—Nunca me quejé, estoy segura.

—¡No! Mi madre no es propensa a las quejas —dijo él, con cierto orgullo—. Razón de más para que tenga que cuidar de ti. En cuanto a Fanny, un poco de privación le sentaría bien.

—Ella no está hecha de la misma madera que tú, John. No lo soportaría.

La señora Thornton guardó silencio tras estas palabras, que guardaban relación con un tema que la mortificaba. Despreciaba instintivamente la debilidad de carácter; y Fanny era débil exactamente en todo aquello en que su madre y su hermano eran fuertes. La señora Thornton no era una mujer muy dada al razonamiento; su juicio rápido y su firme resolución le resultaban utilísimos en lugar de discusiones y argumentos prolongados consigo misma. Sabía instintivamente que nada podría hacer que Fanny soportara con paciencia las privaciones ni afrontara las dificultades con valentía; y aunque se estremecía al reconocer esto acerca de su hija, sólo le producía cierta ternura compasiva hacia ella; una actitud muy parecida al trato que acostumbran a dar las madres a sus hijos débiles y enfermos. Un extraño, un observador indiferente, habría deducido que la actitud de la señora Thornton con sus hijos indicaba mucho más cariño a Fanny que a John. Pero se habría equivocado totalmente. El mismo coraje con que madre e hijo se decían la cruda verdad demostraba la confianza de ambos en la firmeza espiritual del otro; que la preocupada ternura de la actitud de la señora Thornton con su hija, la vergüenza con que intentaba ocultar que su hija carecía de todas las grandes cualidades que ella misma poseía y a las que tanto valor daba en otros; esa vergüenza, repito, delataba la falta de un lugar seguro en que depositar su afecto. Nunca llamaba a su hijo por otro nombre que no fuera John; «amor», «cariño» y apelativos parecidos estaban reservados para Fanny. Pero su corazón daba gracias por él día y noche; y gracias a él caminaba con orgullo entre las mujeres.

—¡Fanny, cariño! Hoy dispondré de caballos para ir en el coche a visitar a esos Hale. ¿No quieres ir a ver a la niñera? Queda en la misma dirección, y siempre se alegra mucho de verte... Podrías seguir hasta allí mientras yo estoy en casa de la señora Hale.

—¡Ay, mamá! Queda muy lejos y estoy muy cansada.

—¿De qué? —preguntó la señora Thornton, enarcando ligeramente las cejas.

—No lo sé..., del tiempo, supongo. Es tan enervante. ¿No podrías traerla

tú a casa, mamá? Podría recogerla el coche y que pasara aquí el resto del día, sé que le gustaría.

La señora Thornton no contestó, pero dejó la labor sobre la mesa, como si se concentrara en pensar.

—¡Sería una caminata muy larga para ella volver luego de noche! — comentó al fin.

—No, la mandaré a casa en un coche. Nunca permitiría que fuera andando.

Entró entonces el señor Thornton, antes de marcharse a la fábrica.

—Madre, ni que decir tiene que si hay cualquier cosa que puedas hacer por la señora Hale como enferma, se lo dirás, estoy seguro.

—Si puedo averiguarlo, lo haré. Pero yo nunca he estado enferma, así que no sé mucho de los caprichos de los enfermos.

—¡Bueno! Para eso tenemos aquí a Fanny, que rara vez está libre de alguna dolencia. Ella podrá sugerir algo, ¿verdad, Fan?

—Yo no tengo siempre alguna dolencia —dijo Fanny quejosa—; y no voy a acompañar a mamá. Me duele la cabeza y no voy a salir.

El señor Thornton torció el gesto. Su madre tenía la vista clavada en la labor, en la que cosía ahora afanosamente.

—¡Fanny! Quiero que vayas —dijo él, en tono autoritario—. No te hará ningún mal, te sentará bien. Me harás un favor si vas, y no añadiré nada al respecto.

Y, dicho esto, salió bruscamente de la habitación.

Si hubiera esperado un minuto, Fanny habría protestado por su tono autoritario, aunque hubiese empleado la frase «me harás un favor». Pero como se había marchado, ella refunfuñó.

—John siempre habla como si me imaginara que estoy enferma y estoy segura que nunca hago semejante cosa. ¿Quiénes son esos Hale por los que se preocupa tanto?

—No hables así de tu hermano, Fanny. No nos pediría que fuéramos si no tuviera buenas razones para ello, sean las que sean. Date prisa y arréglate en seguida.

Pero el pequeño altercado entre su hijo y su hija no inclinó a la señora Thornton más favorablemente hacia «esos Hale». Su celoso corazón repitió la pregunta de su hija: «¿Quiénes son para que esté tan empeñado en que les prestemos tanta atención?». Surgía como el estribillo de una canción, mucho después de que Fanny hubiera olvidado todo el asunto con el grato entusiasmo

de ver el efecto de un sombrero nuevo en el espejo.

La señora Thornton era tímida. Sólo en los últimos años había dispuesto de suficiente tiempo libre para presentarse en sociedad; y como sociedad no le gustaba. En cuanto a dar cenas y criticar las que daban otros, disfrutaba haciéndolo. Pero lo de visitar a desconocidos y entablar relación con ellos era algo muy distinto. Se sentía incómoda, y parecía más adusta e imponente de lo habitual cuando entró en la salita de los Hale.

Margaret estaba ocupada bordando una pieza de batista para alguna prenda pequeña para el bebé que esperaba Edith. «Labor insustancial, inútil», se dijo la señora Thornton. Le gustó mucho más la de punto doble de la señora Hale; era práctica en su género. La habitación en general estaba llena de baratijas, cuya limpieza debía de exigir mucho tiempo. Y para las personas de recursos limitados, el tiempo es oro.

La señora Thornton se hizo todas estas reflexiones mientras conversaba a su modo ceremonioso con la señora Hale, y soltando todos los lugares comunes que puede decir la mayoría de la gente con los sentidos bloqueados. A la señora Hale le costaba bastante más esfuerzo responder, cautivada por un encaje verdaderamente antiguo que lucía la señora Thornton. Como le comentaría después a Dixon: «Encaje de ese punto inglés antiguo de hace setenta años que ya no se encuentra. Tiene que ser una reliquia de familia y demuestra que tiene antepasados». Así que la propietaria del encaje ancestral se hizo merecedora de algo más que el lánguido esfuerzo de ser cortés con una visita, al que el interés de la señora Hale por la conversación se habría visto de otra forma limitado. Y en ese momento, Margaret, que se devanaba los sesos para hablar con Fanny, oyó que su madre y la señora Thornton se zambullían en el interminable tema de las sirvientas.

—Supongo que no es aficionada a la música, porque no veo piano — comentó Fanny.

—Me gusta oír buena música. No sé tocar bien; y papá y mamá no se interesan demasiado por ella; así que vendimos nuestro viejo piano cuando nos trasladamos aquí.

—No sé cómo pueden vivir sin él. A mí me parece casi indispensable.

«¡Quince chelines semanales de los que ahorraban tres! —se dijo Margaret—. Claro que ella debía de ser muy pequeña. Seguro que ha olvidado esa experiencia personal. Pero tiene que saber todo lo que pasaron». La actitud de Margaret tenía un dejo de frialdad adicional cuando habló a continuación.

—Tienen buenos conciertos aquí, supongo.

—¡Oh, sí! Estupendos. Va demasiada gente, eso es lo peor. Los directores

admiten sin discriminación. Pero puedes estar segura de que oirás la música más reciente. Yo siempre tengo un pedido largo que hacer a Johnson's al día siguiente de un concierto.

—¿Le gusta la música sólo por su novedad, entonces?

—Bueno, sabes que es lo que está de moda en Londres, porque si no los cantantes no lo traerían aquí. Habrá estado en Londres, claro.

—Sí —contestó Margaret—, viví allí varios años.

—¡Ay! Londres y la Alhambra son los dos lugares que estoy deseando ver.

—¡Londres y la Alhambra!

—¡Sí!, desde que leí los Cuentos de la Alhambra. ¿Los conoce?

—Creo que no. Pero el viaje a Londres es muy fácil, ¿no?

—Sí, pero el caso es que mamá no ha estado nunca en Londres y no comprende mi deseo —dijo Fanny, bajando la voz—. Está muy orgullosa de Milton; una ciudad que a mí me parece sucia y llena de humo. Creo que a ella le gusta más precisamente por esas cualidades.

—Entiendo perfectamente que le guste si ha sido su hogar durante muchos años —dijo Margaret con voz clara y sonora.

—¿Qué dice de mí, señorita Hale, si me permite preguntarlo?

Margaret no tenía preparadas las palabras oportunas para esta pregunta, que la cogió un poco desprevenida, así que contestó la señorita Thornton:

—¡Ay, mamá! Sólo intentamos explicarnos que tengas tanto cariño a Milton.

—Gracias —dijo la señora Thornton—. No creo que requiera ninguna explicación mi cariño natural por el lugar en que nací y me crié y que ha sido desde entonces mi lugar de residencia durante muchos años.

Margaret se enfadó. Tal como lo había planteado Fanny, parecía que estuvieran analizando de modo impertinente los sentimientos de la señora Thornton. Pero también se rebeló contra el modo en que la señora Thornton demostraba que estaba ofendida.

La señora Thornton añadió tras una breve pausa:

—¿Conoce algo de Milton, señorita Hale? ¿Ha visto alguna de nuestras fábricas? ¿Nuestros espléndidos talleres?

—¡No! —contestó Margaret—. No he visto nada de eso todavía.

Luego pensó que no era sincera ocultando su absoluta indiferencia por

todos aquellos lugares. Así que añadió:

—Creo que papá ya me habría llevado si me interesara. Pero la verdad es que no me satisface mucho inspeccionar fábricas.

—Son lugares muy curiosos —repuso la señora Hale—, pero hay demasiado ruido y polvo siempre. Recuerdo que una vez fui con un vestido de seda color malva a ver cómo hacían las velas y quedó completamente destrozado.

—Es muy probable —dijo la señora Thornton, en tono cortante y disgustado—. Yo simplemente creía que como forasteros recién instalados en una ciudad que ha alcanzado renombre en el país por el carácter y el progreso de su peculiar industria, se habrían interesado por alguno de los lugares en los que se desarrolla; lugares únicos en el reino, según me han informado. Si la señorita Hale cambia de idea y se digna manifestar curiosidad por las manufacturas de Milton, quiero que sepa que le facilitaré con mucho gusto la admisión a los talleres de estampado, de tejido o de las operaciones más simples de hilado que se realizan en la fábrica de mi hijo. Creo que todos los adelantos de la maquinaria pueden verse allí a la perfección.

—Cuánto me alegro de que no le gusten las fábricas y las manufacturas y todo ese tipo de cosas —dijo Fanny casi en un susurro, cuando se levantó para acompañar a su madre, que se estaba despidiendo de la señora Hale con rígida dignidad.

—Creo que me gustaría estar al corriente de todo si estuviera en su lugar —dijo Margaret discretamente.

—¡Fanny! —dijo la señora Thornton cuando se alejaban en el coche—, seremos amables con estos Hale, pero no establezcas una de tus amistades precipitadas con la hija. Me parece que no te haría ningún bien. La madre tiene aspecto de estar muy enferma y parece una persona amable y discreta.

—No quiero hacer amistad con la señorita Hale, mamá —dijo Fanny con un mohín—. Creí que cumplía con mi deber conversando con ella e intentando entretenerla.

—¡Muy bien! Al menos ahora John se dará por satisfecho.

Capítulo XIII

Brisa ligera en un lugar bochornoso

Margaret subió volando a ponerse el sombrero y el chal en cuanto se

fueron las visitas, y corrió a ver cómo se encontraba Bessy Higgins y a hacerle compañía el tiempo que le quedaba hasta la hora de comer. Mientras pasaba por las estrechas calles, se dio cuenta de que le interesaban mucho más por el simple hecho de haber aprendido a estimar a uno de sus habitantes.

Mary Higgins, la desaliñada hermana menor, se había esforzado todo lo posible por arreglar la casa para la visita esperada. Había fregado con asperón el centro del suelo, pero junto a las paredes y debajo de las sillas las losas conservaban el tono oscuro de la suciedad. Hacía un día caluroso, pero ardía un buen fuego en la chimenea y la casa parecía un horno. Margaret no sabía que el esplendoroso fuego era una muestra de cordialidad por parte de Mary y creyó que tal vez el calor agobiante fuera necesario para Bessy. Ésta descansaba en un diván pequeño, colocado junto a la ventana. Se encontraba mucho más débil que el día anterior, y agotada de alzarse cada poco para ver si llegaba Margaret. Y ahora que Margaret ya había llegado y se había sentado en una silla a su lado, Bessy se recostó en silencio, contemplando satisfecha la cara de Margaret y tocando sus prendas de vestir con infantil admiración por la fina textura.

—Nunca había comprendido por qué a la gente de la Biblia le gustaban las vestiduras delicadas. Pero tiene que ser agradable vestir como usted. Es distinto de lo corriente. Mucha gente fina me agota la vista con sus colores. Pero los suyos me alivian, no sé por qué. ¿Dónde se compró este vestido?

—En Londres —contestó Margaret, muy divertida.

—¡Londres! ¿Ha estado en Londres?

—¡Sí! Viví allí varios años. Pero mi hogar estaba en el bosque; en el campo.

—Cuénteme cómo es —dijo Bessy—. Me gusta que me cuenten cosas del campo y los árboles y todo eso.

Se recostó y cerró los ojos, cruzando las manos sobre el pecho, en perfecto reposo, como si se dispusiera a captar todas las ideas que pudiera sugerir Margaret.

Margaret no había hablado nunca de Helstone desde que se había marchado, a no ser para nombrarlo casualmente. Lo veía en sueños más vívido que la realidad, y cuando se abandonaba al sueño por la noche su memoria vagaba por todos los sitios agradables del lugar. Pero entonces abrió el corazón a aquella muchacha.

—¡Oh, Bessy! No sabes cuánto amaba el hogar que dejamos. Me gustaría que lo conocieras. No puedo explicarte ni la mitad de su belleza. Hay árboles enormes que lo rodean por todas partes, cuyas ramas se extienden largas y

horizontales y dan una sombra densa y acogedora incluso al mediodía. Y sin embargo, aunque pueden verse todas sus hojas inmóviles, hay siempre un sonido de movimiento rápido alrededor, no muy cerca. En algunos lugares, el césped es tan suave y tan fino como terciopelo; y en otros, exuberante por la perenne humedad de un arroyo cantarín próximo. Y en otras partes, hay helechos ondulantes, campos enteros de helechos; unos verdes a la sombra y otros iluminados por el sol: exactamente igual que el mar.

—Yo nunca he visto el mar —susurró Bessy—. Pero siga.

—Y hay también extensos campos aquí y allá, muy altos, como si estuvieran sobre las mismas copas de los árboles.

—Eso me encanta. Me sentía sofocada abajo. Cuando salgo a dar un paseo siempre deseo subir a lo alto y mirar a lo lejos y respirar hondo aquel aire. Me siento bastante agobiada en Milton, y creo que me aturdiría el sonido del que habla entre los árboles, que continúa por siempre jamás. Es lo que hacía que me doliera tanto la cabeza en el taller. Pero en esos campos me parece que hay poco ruido, ¿verdad?

—Sí —contestó Margaret—. Sólo se oye alguna que otra alondra en el aire. Yo a veces oía a algún granjero que reñía a voces con dureza a sus sirvientes, pero era tan lejos que sólo me recordaba gratamente que otra gente se afanaba en el trabajo en algún lugar remoto, mientras yo estaba tranquilamente sentada en el brezal sin hacer nada.

—Yo antes pensaba a veces que si pasara un día sin hacer nada, un día entero descansando en un lugar tranquilo como del que habla usted, tal vez me restableciera. Pero ahora he pasado muchos días de ociosidad y estoy tan harta de ellos como antes de mi trabajo. A veces estoy tan agotada que pienso que no podré gozar del cielo sin un poco de reposo antes. Me asusta ir directamente sin un buen sueño reparador en la sepultura antes. Para reponerme.

—No tengas miedo, Bessy —dijo Margaret, posando una mano sobre la de la joven—: Dios proporciona reposo más perfecto que la simple ociosidad en la tierra o el sueño de los difuntos en la sepultura.

Bessy se agitó inquieta; luego dijo:

—Me gustaría que mi padre no hablara como lo hace. Tiene buena intención, ya se lo dije ayer y se lo repito. Pero, verá, aunque no creo nada de lo que dice durante el día, sin embargo por la noche, cuando tengo fiebre y estoy medio dormida y medio despierta, entonces se me ocurre otra vez..., ¡oh, es horrible! Y pienso que si esto fuera el final de todo y si todo para lo que he nacido es sólo para agotar el corazón y la vida y enfermar en este lugar deprimente, con los ruidos de sus fábricas siempre en los oídos hasta el punto

de que podría ponerme a gritar para que pararan y me permitieran un momento de silencio, y con la pelusa llenándome los pulmones hasta que me muero de ganas de respirar a fondo el aire puro del que habla usted (y mi madre murió, y no podré decirle nunca otra vez cuánto la quería y todos mis problemas), creo que esta vida es el final, y que no existe ningún Dios que seque todas las lágrimas de todos los ojos... ¡Ay, hija, hija! —exclamó, incorporándose y agarrando con fuerza, casi furiosa, la mano de Margaret—. Podría volverme loca y matarla, podría hacerlo.

Se recostó completamente agotada por la cólera. Margaret se arrodilló a su lado.

—Bessy, tenemos un Padre en el cielo.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —dijo ella gimiendo y moviendo la cabeza de un lado a otro inquieta—. Soy muy malvada. He hablado con maldad. Oh, no se asuste de mí y deje de venir. No le tocaría un pelo de la cabeza. Y creo —añadió, abriendo los ojos y mirando sinceramente a Margaret— más que usted quizá en lo que pasará. He leído el Apocalipsis hasta aprendérmelo de memoria y cuando estoy despierta y en mi sano juicio nunca dudo de toda esa gloria a la que llegaré.

—No hablemos de las cosas que se te ocurren cuando estas con fiebre. Preferiría que me contaras algo de lo que hacías cuando estabas bien.

—Creo que estaba bien cuando murió mi madre, pero más o menos desde entonces no he vuelto a estar bien del todo. Empecé a trabajar en la sala de cardado poco después, y la pelusa se me metió en los pulmones y me envenenó.

—¿Pelusa? —preguntó Margaret con curiosidad.

—Pelusa —repitió Bessy—. Trocitos pequeños que se sueltan del algodón cuando lo cardan y llenan el aire hasta que parece polvo blanco fino. Dicen que rodea los pulmones y los exprime. El caso es que hay muchos que trabajan en la sala de cardado que se consumen, tosiendo y escupiendo sangre porque están intoxicados por la pelusa.

—Pero ¿no pueden evitarlo? —preguntó Margaret.

—No sé. Algunos tienen una rueda grande a un lado del taller de cardado que hace una corriente y se lleva el polvo; pero esa rueda cuesta un montón de dinero, unas quinientas o seiscientas libras, y no da beneficios; así que pocos patronos la ponen; y me han contado que algunos obreros no querían trabajar en los sitios donde había una rueda porque decían que les daba hambre, después de que se habían acostumbrado a tragar la pelusa y que tenían que subirles los salarios si querían que trabajaran en esos sitios. Así que entre los

patronos y los trabajadores, las ruedas se quedaron en nada Yo sólo sé que ojalá hubiera habido una en nuestro taller.

—¿Y tu padre lo sabe? —le preguntó Margaret.

—¡Claro! Y lo siente muchísimo. Pero nuestra fábrica era muy buena en conjunto; y la gente muy seria, y mi padre tenía miedo de dejarme ir a un sitio extraño, porque, aunque ahora nadie lo diría, muchos me consideraban una chica bastante guapa. Y no me gustaba que me creyeran floja y débil, y había que pagar la escuela de Mary, decía mi madre, y mi padre siempre ha sido aficionado a comprar libros y a ir a conferencias, todo lo cual cuesta dinero, así que yo seguí trabajando hasta que ya no me podré quitar nunca el zumbido de los oídos ni la pelusa de la garganta en la vida. Eso es todo.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Margaret.

—Diecinueve haré en julio.

—Yo también tengo diecinueve.

Margaret pensó con más tristeza que Bessy en el contraste entre las dos. Intentó controlar la emoción que le impedía seguir hablando.

—En cuanto a Mary —dijo entonces Bessy—. Quería pedirle que sea amable con ella. Tiene diecisiete años, pero es la última de nosotros. Y no quiero que vaya a la fábrica, pero no sé qué puede hacer.

—No podría... —Margaret miró involuntariamente los rincones sucios de la habitación—. No podría ocupar un puesto de sirvienta, ¿verdad? Nosotros tenemos una fiel sirvienta mayor, casi una amiga, que necesita ayuda, pero que es muy especial; y no estaría bien agobiarla dándole una ayuda que en realidad fuera una molestia y un motivo de irritación.

—No, ya comprendo. Me parece que tiene razón. Mary es una buena chica: pero ¿quién la ha enseñado lo que hay que hacer en una casa? Sin madre, y conmigo en la fábrica hasta que ya no servía para nada más que para reñirla por hacer mal lo que yo no sabía hacer. Pero me hubiera gustado que viviera con usted, pese a todo.

—Aunque no sea la más adecuada para venir a vivir con nosotros como sirvienta, y yo eso no lo sé, intentaré siempre ser su amiga, lo haré por ti, Bessy. Y ahora tengo que irme. Volveré a verte en cuanto pueda; pero si no es mañana ni pasado mañana, ni dentro de una semana o de quince días, no pienses que te he olvidado. Quizá esté ocupada.

—Sé que no volverá a olvidarse de mí. Ya no desconfío de usted. Pero recuerde que dentro de una semana o de quince días, a lo mejor ya no me encuentra.

—Volveré en cuanto pueda, Veis —le dijo Margaret, apretándole la mano —. Pero avísame si te encuentras peor.

—Sí, lo haré —dijo Bessy, apretándole también la mano.

A partir de aquel día, la señora Hale se convirtió en una enferma cada vez más doliente. Se acercaba el aniversario de la boda de Edith y Margaret recordó el cúmulo de problemas del año transcurrido, preguntándose cómo habían podido soportarlos. Si hubiera podido imaginarlos, habría retrocedido horrorizada y se habría escondido del futuro. Y sin embargo, día a día había sido de suyo y por sí mismo muy soportable: puntos brillantes e intensos de verdadera alegría centelleaban entre las penas. Hacía un año, o cuando regresó a Helstone y advirtió silenciosamente el humor quejumbroso de su madre, hubiera gemido amargamente ante la idea de tener que soportar una larga enfermedad en un lugar extraño, inhóspito y ajetreado, con menos comodidades en todos los sentidos de la vida familiar. Pero con el aumento de graves y justos motivos de queja, había surgido en el ánimo de su madre un nuevo género de paciencia. Se mostraba delicada y tranquila con el intenso dolor físico casi en proporción a lo inquieta y abatida que se había mostrado cuando no existía ninguna verdadera causa de aflicción. El señor Hale se hallaba exactamente en esa etapa de aprensión que adopta la forma de ceguera voluntaria en los hombres de su carácter. Margaret nunca le había visto irritarse tanto como ahora ante la manifiesta preocupación de su hija.

—La verdad, Margaret, te estás volviendo muy fantasiosa. Bien sabe Dios que yo sería el primero en alarmarme si tu madre estuviera realmente enferma; siempre nos dábamos cuenta de cuando tenía dolores de cabeza en Helstone sin que nos lo dijera siquiera. Se pone muy pálida y muy blanca cuando está enferma. Y ahora tiene el mismo color vivo saludable en las mejillas que cuando la conocí.

—Pero papá, creo que es el rubor del dolor —dijo Margaret vacilante.

—Tonterías, Margaret. Te aseguro que eres demasiado fantasiosa. Creo que eres tú quien no está bien. Llama mañana al médico para que te vea; y luego, si eso te tranquiliza, que vea también a tu madre.

—Gracias, querido papá. Sí, me quedaré más tranquila.

Se acercó a él para darle un beso. Pero él la apartó, con delicadeza, por supuesto, pero aun así como si le hubiera sugerido ideas desagradables de las que le complacería librarse en cuanto pudiera hacerlo también de su presencia. Paseó de un lado a otro de la habitación, con inquietud.

—¡Pobre Maria! —dijo, casi como si hablara para sí—. Ojalá uno pudiera hacer lo correcto sin sacrificar a otros. Odiaré esta ciudad y me odiaré a mí mismo si ella..., dime, Margaret, te lo ruego, ¿te habla a menudo tu madre de

los antiguos lugares..., quiero decir de Helstone?

—No, papá —contestó Margaret con tristeza.

—¿Lo ves? Eso es que no los añora. Siempre ha sido un consuelo pensar que tu madre era tan sencilla y tan franca que me enteraría de cualquier motivo de queja que tuviera. Nunca me ocultaría nada que afectara gravemente su salud, ¿a que no, Margaret? Estoy completamente seguro de que no lo haría. Así que no quiero volver a saber nada de esas ideas mórbidas estúpidas. Anda, dame un beso y ve en seguida a la cama.

Pero le oyó dar vueltas (mapachear, como lo llamaban Edith y ella) mucho después de que acabara de desnudarse lenta y lánguidamente, mucho después de que se pusiera a escuchar acostada en la cama.

Capítulo XIV

El motín

Fue un consuelo para Margaret por entonces que su madre la tratara con más ternura y confianza que nunca desde los días de su infancia. La tomó como su amiga íntima, el puesto que siempre había deseado ocupar; había envidiado a Dixon porque la prefería a ella. No escatimó esfuerzos en responder a todas sus peticiones de comprensión (y eran muchas), aunque guardaran relación con nimiedades que ella misma no hubiera considerado ni observado más de lo que percibe un elefante la astillita en el suelo, que sin embargo alza con cuidado a la orden de su amo. Margaret se acercaba sin saberlo a una recompensa.

Una tarde que el señor Hale no estaba en casa, su madre empezó a hablarle de su hermano Frederick, precisamente el tema sobre el que Margaret había querido preguntarle tantas veces, y casi el único en el que su timidez era superior a su franqueza natural. Cuanto más deseaba saber del tema, menos probable era que hablara de él.

—¡Qué viento tan fuerte hizo anoche, Margaret! ¡Entraba bramando por la chimenea de nuestro cuarto! No pude dormir. Nunca puedo dormir cuando hace tanto viento. Empezó a pasarme cuando el pobre Frederick estaba en el mar; y ahora, aunque no me despierte de inmediato, sueño que está en algún mar tempestuoso con enormes muros de olas verde claro a ambos lados del barco, pero mucho más altos que los mástiles más altos, y que se encrespan sobre él con esa cruel y espantosa espuma blanca, igual que una serpiente copetuda gigante. Es un viejo sueño, que se repite siempre las noches ventosas hasta que resulta un alivio despertar y me quedo sentada en la cama rígida y

aterrada de miedo. ¡Pobre Frederick! Ahora está en tierra y el viento no puede hacerle ningún daño. Aunque anoche creí que derribaría una de esas chimeneas altas.

—¿Dónde está ahora Frederick, mamá? Sé que le enviamos las cartas a la atención de los señores Barbour de Cádiz; pero ¿dónde está él?

—No recuerdo el nombre del lugar. Pero ya no se llama Hale, tienes que recordarlo, Margaret. Fíjate en el F. D. de cada esquina de las cartas. Ha tomado el apellido de Dickenson, yo quería que empleara Beresford, al fin y al cabo tiene cierto derecho a llevarlo, pero tu padre creyó preferible que no lo hiciera. Podrían reconocerle si usaba mi apellido, ¿comprendes?

—Mamá, yo estaba en casa de tía Shaw cuando ocurrió todo —dijo Margaret. Y supongo que era demasiado pequeña para que me lo contarais sin rodeos. Pero ahora me gustaría saberlo, si no te causa demasiado dolor hablar de ello.

—¡Dolor! No —repuso la señora Hale sonrojándose—. Lo doloroso es pensar que quizá no vuelva a ver a mi querido hijo nunca. Por lo demás, obró bien, Margaret. Pueden decir lo que quieran, pero yo tengo sus cartas que lo demuestran, y le creo, aunque sea mi hijo, más que a ningún consejo de guerra del mundo. Ve a mi escritorio japonés, cariño, y en el segundo cajón de la izquierda encontrarás un manojo de cartas.

Margaret obedeció. Encontró las cartas amarillas con manchas de agua de mar y la fragancia característica de las cartas de los marinos. Se las llevó a su madre, que soltó la cinta de seda con dedos temblorosos, examinó las fechas y se las dio a Margaret para que las leyera, haciéndole comentarios apresurados y angustiosos sobre su contenido, casi antes de que su hija se diera cuenta de lo que eran.

—Verás, Margaret, que desde el principio mismo le cayó mal el capitán Reid. Era el segundo teniente del barco, el Orion, en el que embarcó Frederick la primera vez. Pobre hijo mío, qué bien le quedaba el traje de guardiamarina, con el sable en la mano, ¡abría con él los periódicos como si fuera un cortapapeles! Pero ese señor Reid, que eso era entonces, al parecer cogió manía a Frederick desde el primer momento. Y luego, ¡espera! Éstas son las cartas que escribió a bordo del Russell. Cuando le asignaron a él y encontró a su viejo enemigo el capitán Reid al mando, se propuso soportar con paciencia su tiranía. ¡Mira!, ésta es la carta. Léela, Margaret. Donde dice, espera, «Mi padre puede confiar en mí, que soportaré con la debida paciencia todo lo que un oficial y caballero puede aguantar de otro. Aunque por mi anterior conocimiento de mi capitán actual, confieso que espero con aprensión un prolongado período de tiranía a bordo del Russell». Verás, promete aguantar con paciencia, y estoy segura de que lo hizo porque era un muchacho

afabilísimo, el muchacho más dulce del mundo cuando no estaba enfadado. ¿Es ésa la carta en la que habla de la impaciencia del capitán Reid con los marineros por no hacer las maniobras del barco tan rápidamente como en el Avenger? Dice que había muchos marineros novatos en el Russell, mientras que el Avenger llevaba casi tres años en el servicio, sin casi nada que hacer más que perseguir a los negreros y hacer trabajar a sus hombres hasta que subían y bajaban de las jarcias como ratas o monos.

Margaret leyó despacio la carta, medio ilegible porque la tinta se había desvaído. Podría ser —seguramente lo era— una declaración de la actitud autoritaria del capitán Reid en nimiedades, muy exagerada por el narrador, que la había escrito cuando la escena del altercado aún estaba reciente. Había unos marineros que estaban aparejando la vela del palo mayor, el capitán les ordenó que bajaran corriendo amenazando al que llegara el último con el gato de nueve colas. El que estaba más lejos en el palo, viendo la imposibilidad de adelantar a sus compañeros y aterrado al mismo tiempo por la vergüenza del castigo, se lanzó desesperado a coger una cuerda que había mucho más abajo, pero falló y cayó en la cubierta sin sentido. Sólo vivió unas horas, y la indignación de los tripulantes estaba al rojo vivo cuando el joven Hale escribió.

—Pero no recibimos esta carta hasta mucho, muchísimo después de habernos enterado del motín. ¡Pobre Fred! Creo que le consolaría escribirla, aunque no supiera cómo enviarla, pobrecito. Y luego (es decir, mucho antes de recibir la carta de Frederick), vimos en los periódicos un reportaje sobre un motín atroz que se había producido a bordo del Russell, y que los amotinados habían tomado el barco, que se suponía que se había hecho pirata; y que habían dejado en un bote a la deriva al capitán Reid y a algunos hombres (oficiales o lo que fuera), cuyos nombres se daban todos, pues los había rescatado un vapor de las Antillas. ¡Ay, Margaret! ¡No sabes el suplicio que pasamos tu padre y yo cuando vimos que no figuraba ningún Frederick Hale en la lista! Pensamos que tenía que ser un error; el pobre Frederick era tan bueno, solamente quizá un poco apasionado; y esperamos que el nombre de Carr que figuraba en la lista fuera una errata de Hale, los periódicos son tan descuidados. Y a la hora del correo al día siguiente, papá fue caminando a Southampton a buscar los periódicos; y yo no aguantaba en casa, así que salí a su encuentro. El tardó mucho, mucho más de lo que yo había pensado que tardaría. Y me senté junto al seto a esperarle. Al final llegó, con los brazos colgando a los costados y la cabeza baja, y caminaba como si cada paso fuera un esfuerzo doloroso. Lo estoy viendo, Margaret.

—No sigas, mamá. Lo comprendo muy bien —dijo Margaret, apoyándose cariñosamente en su madre y besándole la mano.

—No, no puedes, Margaret. No puede hacerlo nadie que no lo viera

entonces. Yo no podía levantarme para acercarme a él, me parecía que todo daba vueltas a mi alrededor de pronto. Y cuando llegué a su lado, no me dijo nada ni se mostró sorprendido de encontrarme allí, a más de tres millas de casa, junto al haya de Oldham. Pero me tomó del brazo y me acarició como si quisiera calmarme para que aguantara con serenidad un golpe muy fuerte; y cuando temblé tanto que no podía hablar, me abrazó, inclinó su cabeza sobre la mía y empezó a temblar y a llorar con voz bronca y apagada hasta que yo, completamente paralizada de miedo, le pedí que me dijera lo que había averiguado. Y entonces, sacudiendo la mano como si la moviera alguien contra su voluntad, me dio a leer un periódico infame que llamaba a nuestro Frederick «traidor de la peor calaña», «vergüenza degradante e ingrata para su profesión». Ay, no sé qué insultos no emplearon. En cuanto leí el periódico lo rompí en trocitos, lo rompí, sí. Margaret, creo que lo rompí con los dientes. No lloré. No podía. Me ardían las mejillas y me abrasaban los ojos. Vi a tu padre que me miraba muy serio. Dije que era mentira, y lo era. Meses después recibimos esta carta, y ya ves la provocación que tuvo que soportar tu hermano. Y no por sí mismo, ni por agravios propios. Pero le dijo lo que pensaba al capitán Reid y todo fue de mal en peor; y ya ves, casi todos los marineros fueron fieles a Frederick.

»Creo que me alegro de ello, Margaret —añadió luego, tras una pausa, con voz débil, temblorosa y agotada—, estoy más orgullosa de que Frederick se rebelara contra la injusticia que si hubiera sido sólo un buen oficial.

—Te aseguro que yo también —dijo Margaret en tono firme y resuelto—. La lealtad y la obediencia a la sabiduría y la justicia están bien; pero es aún mejor desafiar el poder arbitrario ejercido de forma injusta y cruel, no en nuestra propia defensa sino en la de otros más desvalidos.

—Por eso me gustaría poder ver a Frederick una vez más, sólo una vez. Él fue mi primer hijo, Margaret.

La señora Hale hablaba con nostalgia, y casi como si se disculpara por aquel deseo ardiente y anhelante, como si fuera un menosprecio a su hija. Pero semejante idea nunca se le ocurrió a Margaret. Ella sólo pensaba en cómo podría satisfacer el deseo de su madre.

—De eso hace seis o siete años, ¿todavía le juzgarían, madre? Si viniera y le juzgaran, ¿cuál sería la pena? Sin duda podría presentar pruebas de que tuvo buenos motivos.

—No serviría de nada —contestó la señora Hale—. A algunos de los marineros que acompañaron a Frederick los capturaron y los juzgaron en consejo de guerra a bordo del *Amicia*. Creo todo lo que alegaron en su defensa los pobres, porque coincide con la historia de Frederick; pero no sirvió de nada.

La señora Hale se echó a llorar por primera vez en toda la conversación. Pero algo impulsó a Margaret a insistir para que su madre le confirmara lo que preveía y temía.

—¿Qué les pasó, mamá? —preguntó.

—Los colgaron del penol —contestó la señora Hale solemnemente—. Y lo peor fue que el tribunal, al condenarlos a muerte, dijo que habían dejado que sus oficiales superiores los apartaran del cumplimiento de su deber.

Guardaron un largo silencio.

—Y Frederick estuvo unos años en América del Sur, ¿verdad?

—Sí. Y ahora está en España. En Cádiz, o en algún sitio cerca de Cádiz. Si viniera a Inglaterra le colgarían. No volveré a verlo, porque si viene a Inglaterra le colgarán.

No había consuelo posible. La señora Hale se volvió hacia la pared y permaneció totalmente inmóvil, sumida en su desesperación materna. Nada podía decirse para consolarla. Retiró la mano de la de Margaret con un leve movimiento de impaciencia, como si deseara quedarse a solas con el recuerdo de su hijo. Cuando llegó el señor Hale, Margaret se marchó agobiada por la tristeza. No veía ninguna luz esperanzadora en ninguna parte del horizonte.

Capítulo XV

Patronos y empleados

—Margaret, tenemos que devolver la visita a la señora Thornton —le dijo su padre al día siguiente—. Tu madre no se encuentra muy bien y cree que no puede caminar tanto, así que iremos tú yo esta tarde.

En el camino, el señor Hale empezó a hablar sobre la salud de su esposa con cierta angustia velada, y Margaret se alegró de ver que se preocupaba al fin.

—¿Consultaste al médico, Margaret? ¿Le has enviado aviso?

—No, papá. Me dijiste que viniera a verme a mí. Y yo estaba bien. Pero si supiera de algún buen médico, iría esta misma tarde a pedirle que viniera a casa, porque estoy segura de que mamá está gravemente indispueta.

Lo dijo tan lisa y llanamente porque su padre se había negado de plano a aceptar la idea la última vez que le había mencionado sus temores. Pero ahora había cambiado de actitud. Él contestó en tono abatido:

—¿Crees que tiene alguna afección oculta? ¿De verdad crees que está muy enferma? ¿Te ha dicho algo Dixon? ¡Dímelo, Margaret! Me atormenta la idea de que nuestro traslado a Milton haya acabado con ella. ¡Mi pobre Maria!

—Vamos, papá, no imagines esas cosas —dijo Margaret horrorizada—. No está bien, eso es todo. Muchas veces se encuentra mal durante un tiempo y con buenos consejos médicos se recupera y se pone más fuerte que nunca.

—Pero ¿te ha dicho Dixon algo?

—No. Ya sabes que le encanta hacer misterios de insignificancias; y está bastante misteriosa sobre la salud de mamá últimamente, lo cual me ha alarmado bastante; eso es todo. Sin motivo, lo confieso. Mira papá, el otro día dijiste que me imaginaba cosas.

—Espero y confío en que sea así. Pero ahora olvida lo que dije entonces. Me gusta que te preocupes por la salud de tu madre. No temas explicarme tus fantasías. Me gusta que lo hagas, aunque, lo confieso, hablé como si estuviera enojado. Pediremos a la señora Thornton que nos recomiende a un buen médico. No tiraremos nuestro dinero consultando al que no sea el mejor. Espera, tenemos que torcer en esta calle.

Parecía imposible que hubiera en aquella calle alguna casa bastante grande para ser la residencia de la señora Thornton. El porte de su hijo no daba ninguna idea sobre el tipo de casa en que pudiera vivir. Pero Margaret había imaginado de forma inconsciente que la señora Thornton, tan alta, imponente y espléndidamente vestida, tenía que vivir en una casa que correspondiese a su carácter. Sin embargo, la calle Marlborough consistía en largas hileras de casitas con un muro blanco aquí y allá; al menos eso era todo lo que veían desde donde habían entrado.

—Me dijo que vivían en la calle Marlborough, estoy seguro —dijo el señor Hale, bastante perplejo.

—Quizá sea una de las economías que aún practica, vivir en una casa pequeñísima. Pero hay mucha gente en la calle. Déjame preguntar a alguien.

Así que se lo preguntó a un transeúnte, que le indicó que el señor Thornton vivía junto al taller y le señaló la puerta de entrada de la fábrica, al final del muro ciego en el que se habían fijado.

La entrada de la caseta del guarda era como una cancela normal. A un lado había grandes puertas cerradas para la entrada y salida de furgones y vagones. El guarda los dejó pasar a un patio rectangular muy grande: a un lado del mismo estaban las oficinas para las transacciones del negocio; al otro, un taller enorme con muchas ventanas, de donde salía el ruido constante de la maquinaria y el estruendo quejumbroso de la máquina de vapor, suficiente

para ensordecir a los que vivían en el recinto. Frente al muro a lo largo del cual discurría la calle, en uno de los lados pequeños del rectángulo, se alzaba una espléndida vivienda rematada en piedra (ennegrecida por el humo, por supuesto, pero con pintura, ventanas y escaleras impecables). Era evidente que se trataba de una casa construida hacía unos cincuenta o sesenta años. Los revestimientos de piedra, las estrechas y alargadas ventanas y el número de éstas, así como los tramos de escaleras a ambos lados de la puerta principal y protegidos con barandillas, daban fe de su época. Margaret se preguntó por qué personas que podían permitirse vivir en una casa tan espléndida y mantenerla en tan perfecto estado, no preferirían una vivienda mucho más pequeña en el campo o incluso en algún barrio de las afueras y no allí, con el estruendo y ajeteo de la fábrica. Apenas podía oír lo que le decía su padre mientras esperaban a que les abrieran la puerta. También el patio, con las grandes puertas en el muro ciego como una barrera, constituía un panorama deprimente para las salas de la casa, según descubrió Margaret cuando subieron las anticuadas escaleras y les hicieron pasar al salón, cuyas tres ventanas daban a la entrada principal y a la habitación que quedaba a su derecha. No había nadie en el salón. Parecía que nadie hubiera entrado allí desde el día en que habían enfundado los muebles con tanto cuidado como si la casa fuera a quedar cubierta de lava y ser descubierta mil años después. Las paredes eran de color rosa y dorado; el diseño de la alfombra representaba ramilletes de flores sobre un fondo claro, pero estaba cuidadosamente protegida en el centro por una cubierta de lino satinada e incolora. Las cortinas de las ventanas eran de encaje; las butacas y sofás tenían fundas individuales de malla o de punto. Grandes conjuntos de alabastro ocupaban cada superficie lisa, libres de polvo, bajo unas pantallas de cristal. En el centro de la estancia, justo debajo de la araña cubierta con una bolsa, había una mesa redonda grande con libros de fina encuadernación dispuestos a intervalos regulares en toda la circunferencia de su superficie pulida que semejaban radios de vivos colores de una rueda. Todo reflejaba la luz, nada la absorbía. La estancia entera tenía un lastimoso aspecto moteado, tachonado, pintado que causó tan desagradable impresión a Margaret que apenas reparó en el trabajo necesario para mantenerlo todo tan pulcro e inmaculado en semejante atmósfera, ni en las molestias que debían de tomarse para conseguir aquel efecto de incomodidad gélida y blanca como la nieve. Mirase donde mirase, veía pruebas de esmero y trabajo, pero no para procurar comodidad y fomentar hábitos de sosegada labor hogareña, sino para adornar y para preservar el ornamento de la suciedad y el deterioro.

Tuvieron tiempo de observar y de hablar entre sí en voz baja antes de que llegara la señora Thornton. No hablaban de nada que no pudiera oír todo el mundo; pero es efecto común de las habitaciones como aquélla inducir a la gente a bajar la voz, como si no quisieran despertar ecos nuevos.

La señora Thornton llegó al fin, acompañada del susurro de preciosa seda negra, según su costumbre. Sus muselinas y encajes competían sin superarla con la inmaculada blancura de las muselinas y mallas de la estancia. Margaret explicó la razón de que su madre no los acompañara a devolver la visita a la señora Thornton. Pero, en su afán de no despertar de nuevo los temores de su padre con demasiada intensidad, hizo un torpe relato, por el que la señora Thornton supuso que la señora Hale tenía sólo una indisposición temporal o imaginaria, propia de damas delicadas, que podría haber dejado a un lado por algo más importante; pues si estuviera tan grave como para no poder salir aquel día, hubiesen pospuesto la visita. La señora Thornton recordó los caballos del coche que habían alquilado para la visita a los Hale, y cómo había ordenado el señor Thornton a Fanny que fuera a presentarles todos sus respetos, y se irguió un poco ofendida, sin dar a Margaret ninguna muestra de simpatía, ni de que creyera, en realidad, la historia de la indisposición de su madre.

—¿Qué tal el señor Thornton? —preguntó el señor Hale—. Temía que no se encontrara bien, por su breve nota de ayer.

—Mi hijo casi nunca está enfermo; y cuando lo está, nunca habla de ello ni lo toma como excusa para dejar de hacer algo. Me dijo que no tenía tiempo para estudiar con usted anoche, señor. Lo lamentó, estoy segura. Aprecia mucho las horas que pasa con usted.

—Le aseguro que son muy gratas para mí —repuso el señor Hale—. Me hace sentir joven de nuevo verle disfrutar y apreciar cuanto de admirable tiene la literatura clásica.

—No me cabe duda de que los clásicos son muy valiosos para la gente que tiene tiempo libre. Pero le confieso que mi hijo renovó el estudio de los mismos en contra de mi parecer. Creo que el tiempo y el lugar en que vive requieren toda su energía y atención. Los clásicos pueden ser muy beneficiosos para los hombres que se pasan la vida en el campo o en los colegios; pero los hombres de Milton deben concentrar sus pensamientos y sus energías en el trabajo cotidiano. Al menos, ésa es mi opinión.

Pronunció la última frase con «orgullo disfrazado de humildad».

—Pero si la mente se concentra durante demasiado tiempo en un único objetivo, acabará sin duda entumecida y rígida, sin capacidad para tener una diversidad de intereses —dijo Margaret.

—No entiendo en absoluto lo que quiere decir con lo de mente entumecida y rígida. Y no me gustan las personas de carácter variable que se entusiasman un día con una cosa y al siguiente la olvidan para interesarse por otra. No creo que a un fabricante de Milton le convenga tener muchos intereses. Le basta, o

tendría que bastarle, con un gran objetivo y concentrar todos sus esfuerzos en realizarlo.

—¿Y cuál es? —preguntó el señor Hale.

Sus mejillas amarillentas se colorearon y se le iluminaron los ojos al contestar:

—Alcanzar y conservar un lugar elevado y honorable entre los comerciantes de su país, los hombres de esta ciudad. Mi hijo lo ha conseguido por su propio esfuerzo. Vayan a donde quieran, y no me refiero sólo a Inglaterra sino también a Europa en general, y comprobarán que todos los hombres de negocios conocen y respetan el nombre de John Thornton de Milton. Es desconocido en los círculos elegantes, por supuesto —añadió despectivamente—. No es probable que las damas y los caballeros ociosos sepan mucho de un fabricante de Milton, a menos que ingrese en el Parlamento o se case con la hija de un lord.

Tanto el señor Hale como Margaret se sintieron incómoda y absurdamente conscientes de que no habían oído aquel nombre hasta que el señor Bell les había escrito diciéndoles que el señor Thornton sería un buen amigo en Milton. El mundo de la madre orgullosa no era el mundo de las elegancias de Harley Street, por un lado, ni el de los clérigos rurales y los hacendados de Hampshire por otro. Pese a todos los esfuerzos de Margaret por mantener una expresión atenta, su gesto indicó a la sensible señora Thornton lo que pensaba.

—Piensa que nunca ha oído hablar de este maravilloso hijo mío, señorita Hale. Cree que soy una anciana cuyas ideas están limitadas por Milton, y cuyo mirlo blanco es el más blanco jamás visto.

—No —dijo Margaret con bastante ánimo—. Quizá sea cierto que estaba pensando que no había oído el nombre del señor Thornton antes de venir a Milton. Pero desde que llegué he oído lo suficiente como para hacer que le respete y admire y creer que es muy justo y muy cierto lo que ha dicho usted de él.

—¿Quién le ha hablado de él? —preguntó la señora Thornton un tanto aplacada, pero recelosa de que las alabanzas de otros no le hubieran hecho plena justicia.

Margaret vaciló antes de responder. No le gustaba aquel interrogatorio imperioso. Terció entonces el señor Hale, acudiendo al rescate, como pensaba él.

—Fue lo que dijo el propio señor Thornton lo que nos hizo saber qué clase de hombre es, ¿verdad, Margaret?

La señora Thornton se irguió y dijo:

—Mi hijo no es de los que hablan de sí mismos. Se lo preguntaré de nuevo, señorita Hale, ¿quién le habló de él y le hizo formarse tan buena opinión? Las madres somos curiosas y estamos deseando oír elogios de nuestros hijos, ¿sabe?

Margaret contestó:

—Fue más bien lo que el señor Thornton no nos reveló de lo que nos había contado el señor Bell de su vida anterior; fue más eso que lo que explicó lo que nos hizo pensar a todos cuánta razón tiene usted al sentirse orgullosa de él.

—¡El señor Bell! ¿Qué puede saber él de John? Él, que lleva una vida ociosa en un colegio adormecido. Pero se lo agradezco, señorita Hale. Muchas jovencitas hubieran negado a una anciana el placer de oír que se habla bien de su hijo.

—¿Por qué? —preguntó Margaret, desconcertada, mirando fijamente a la señora Thornton.

—¿Que por qué? Pues supongo que porque sus conciencias podrían decirles que estaban convirtiendo a la anciana madre en su defensora en caso de que tuvieran pensado conquistar al hijo.

Esbozó una sonrisa, pese a todo, pues le había complacido la franqueza de Margaret. Y tal vez pensase que había hecho preguntas como si tuviera derecho a catequizar. Margaret se rio de la idea expresada, se rio tan alegremente que hirió el oído de la señora Thornton como si las palabras que habían provocado aquella risa fuesen total y absolutamente absurdas.

Margaret dejó de reírse al ver la expresión hosca de la señora Thornton.

—Le ruego que me disculpe, señora. Pero le agradezco muchísimo que me exonere de hacer planes para conquistar el corazón del señor Thornton.

—No sería la primera —dijo la señora Thornton con frialdad.

—Supongo que la señorita Thornton está bien —terció el señor Hale, deseando desviar el curso de la conversación.

—Está tan bien como siempre. No es fuerte —repuso la señora Thornton de modo cortante.

—¿Y el señor Thornton? Supongo que nos veremos el jueves.

—No puedo responder de los compromisos de mi hijo. Parece que hay algún problema en la ciudad, una amenaza de huelga. De ser así, su experiencia y buen juicio hacen que sus amigos consulten mucho con él. Pero creo que irá el jueves. En cualquier caso, estoy segura de que si no puede le avisara.

—¡Una huelga! ¡Para qué! ¿Para qué van a hacer huelga? —preguntó Margaret.

—Para hacerse con el dominio y el control de la propiedad de otros —dijo la señora Thornton con un furioso bufido—. Para eso es para lo que hacen siempre huelga. Si los trabajadores de mi hijo se declaran en huelga, sólo diré que son una jauría de desagradecidos. Pero no me cabe duda de que la harán.

—Querrán salarios más altos, ¿no? —preguntó el señor Hale.

—Esa es siempre la excusa. Pero la verdad es que quieren ser patronos y convertir a los patronos en esclavos en su propio terreno. Siempre están intentándolo. Es lo que piensan siempre. Y cada cinco o seis años se produce una lucha entre patronos y obreros. Pero me parece que esta vez se darán cuenta de que se han equivocado en los cálculos. Tal vez no les resulte tan fácil volver al trabajo si lo dejan. Creo que los patronos tienen un par de ideas que enseñarán a los trabajadores a no volver a la huelga precipitadamente, si lo intentan esta vez.

—¿No crea mucho alboroto en la ciudad? —preguntó Margaret.

—Por supuesto. Pero estoy segura de que no es usted cobarde, ¿verdad? Milton no es lugar para cobardes. Una vez tuve que abrirme paso entre una multitud de hombres blancos furiosos que juraban que acabarían con Makinson en cuanto se atreviera a asomar la nariz de su fábrica. Él no sabía nada, así que alguien tenía que ir a decírselo o sería hombre muerto. Y tenía que ser una mujer, así que fui yo. Y cuando llegué, no podía salir. Estaba en juego mi vida. Así que subí al tejado, donde había piedras amontonadas preparadas para arrojarlas a la cabeza de la gente si intentaban forzar las puertas de la fábrica. Y hubiera alzado aquellas piedras pesadas y las habría arrojado con tan buena puntería como el mejor hombre, de no haberme desmayado por el calor que había pasado. Si vive en Milton, señorita Hale, tendrá que aprender a ser valiente.

—Haré lo que pueda —repuso Margaret bastante pálida—. No sabré si soy valiente o no hasta que llegue el momento de demostrarlo. Aunque me temo que sería una cobarde.

—Los del Sur suelen asustarse de lo que nuestros hombres y mujeres de Darkshire llaman luchar para vivir. Pero le aseguro que cuando lleve diez años entre gente que siempre guarda rencor a sus superiores y sólo espera la ocasión de vengarse, sabrá si es cobarde o no, puede creerme.

El señor Thornton fue aquella tarde a casa del señor Hale. Le hicieron pasar a la sala de arriba, donde el señor Hale estaba leyendo en voz alta a su esposa y a su hija.

—Vengo a entregarles una nota de mi madre, y en parte a disculparme por no haber cumplido mi horario ayer. La nota contiene la dirección que pidieron: el doctor Donaldson.

—¡Gracias! —dijo Margaret apresuradamente, tendiendo la mano para coger la nota, pues no quería que su madre se enterara de que habían preguntado por un médico. Se alegró al ver que el señor Thornton captaba de inmediato su intención y le daba la nota sin hacer ningún comentario sobre el asunto.

El señor Hale empezó a hablar de la huelga. El señor Thornton adoptó un gesto parecido al peor de su madre, que repugnó de inmediato a la atenta Margaret.

—Sí; los muy estúpidos harán huelga. Allá ellos. A nosotros nos viene muy bien. Pero les dimos una oportunidad. Creen que la industria está tan floreciente como el año pasado. Nosotros vemos la tormenta en el horizonte y acortamos velas. Pero como no les explicamos los motivos que tenemos para hacerlo, creen que actuamos irracionalmente. Tenemos que darles cuenta de cómo decidimos gastar o ahorrar nuestro dinero. Henderson probó un sistema con sus obreros en Ashley y fracasó. El prefería con mucho una huelga; le hubiera ido muy bien. Así que cuando llegaron los hombres a pedir el cinco por ciento que reclamaban les dijo que lo pensaría y que les daría la respuesta el día de paga; sabiendo perfectamente todo el tiempo cuál sería su respuesta, claro, pero creyendo que había reforzado la idea de los obreros de seguir en sus trece. Sin embargo, fueron más astutos que él, y estaban bastante enterados de las malas perspectivas de la industria. Así que se presentaron el viernes y retiraron su reivindicación, y ahora no tiene más remedio que seguir trabajando. Pero nosotros, los patronos de Milton, hemos presentado hoy nuestra decisión. No aumentaremos un penique. Les decimos que quizá tengamos que bajar los salarios, pero que no podemos permitirnos subirlos. Y así estamos. Esperando su ataque siguiente.

—¿Y cuál será? —preguntó el señor Hale.

—Yo creo que una huelga general. Supongo que verán Milton sin humo unos cuantos días, señorita Hale.

—Pero ¿por qué no pueden explicarles las buenas razones que tienen para esperar que el mercado vaya mal? —preguntó Margaret—. No sé si empleo las palabras correctas, pero comprenderá lo que quiero decir.

—¿Da usted a sus sirvientas explicaciones de sus gastos o de su economía en el empleo de su propio dinero? Nosotros, los propietarios del capital, tenemos derecho a decidir lo que haremos con él.

—Un derecho humano —dijo Margaret en voz muy baja.

—Perdone, pero no he oído lo que ha dicho.

—Preferiría no repetirlo —repuso ella—. Se refería a una opinión que no creo que comparta usted.

—¿Por qué no me pone a prueba? —alegó él, y concentró de pronto todos sus pensamientos en saber lo que había dicho. Ella estaba contrariada con la pertinacia de él, pero decidió no dar demasiada importancia a sus palabras.

—Dije que tenía usted un derecho humano. Quería decir que parecía no haber ninguna razón salvo las religiosas para que no haga lo que quiera con su dinero.

—Veo que discrepamos en nuestras opiniones religiosas. Pero ¿no me reconoce el mérito de tener alguna, aunque no sea la misma que la suya?

Él hablaba en voz baja, como si lo hiciera sólo para ella.

Margaret no deseaba que se dirigiera tan exclusivamente a ella. Contestó en su tono habitual:

—No creo que tenga ocasión de considerar sus opiniones religiosas especiales en el asunto. Lo único que quería decir es que no hay ninguna ley humana que impida a los patronos despilfarrar o tirar todo su dinero si quieren. Pero que hay pasajes de la Biblia que dan a entender, al menos en mi opinión, que faltan a su deber de administradores si lo hacen. Sin embargo, sé tan poco de huelgas y nivel de salarios, capital y trabajo, que preferiría no hablar con un economista político como usted.

—No, razón de más para que lo haga —dijo él animoso e impaciente—. Me encantaría explicarle todo lo que puede parecer anómalo o misterioso a un profano. Sobre todo en un momento como éste, en que nuestras actividades seguramente van a ser inspeccionadas por todo escritorzuelo que disponga de una pluma.

—Gracias —respondió ella con frialdad—. Lógicamente, acudiré a mi padre primero para cualquier información que pueda darme si me desconcierta vivir aquí en esta sociedad extraña.

—¿Le parece extraña? ¿Por qué?

—No sé. Supongo que porque veo a dos clases que dependen una de la otra en todo, pero cada una de las cuales considera los intereses de la otra contrarios a los propios. No he vivido nunca en un lugar donde hubiera dos grupos de personas insultándose siempre unas a otras.

—¿A quién ha oído insultar a los patronos? No le pregunto a quién ha oído hablar mal de los obreros porque veo que insiste en tergiversar lo que dije el otro día. Pero ¿quién le ha hablado mal de los patronos?

Margaret enrojeció; luego dijo, esbozando una sonrisa:

—No me gusta que me interroguen. Me niego a responder a su pregunta. Además, no tiene nada que ver con el hecho. Tendrá que aceptar mi palabra, es decir, que he oído a algunos trabajadores, mejor dicho, a uno solo, hablar como si los patronos tuvieran interés en impedirles ganar dinero, por creer que serían demasiado independientes si tuvieran una cantidad en la caja de ahorros.

—A mi entender, fue ese tal Higgins quien te dijo todo esto —dijo el señor Hale. El señor Thornton no dio muestras de haber oído lo que era evidente que Margaret no quería que supiera. Pero lo había captado.

—También he oído que se considera ventajoso para los patronos tener obreros ignorantes; no picapleitos, como solía llamar el capitán Lennox a los hombres de su compañía que preguntaban y querían saber la razón de cada orden.

El último comentario iba dirigido más a su padre que al señor Thornton. ¿Quién es el capitán Lennox?, se preguntó el señor Thornton, extrañamente contrariado, lo que le impidió responder de inmediato. Reanudó la conversación el señor Hale.

—Nunca te han gustado las escuelas, Margaret; de lo contrario, lo habrías comprobado y sabrías lo mucho que se está haciendo por la educación en Milton.

—¡No! —dijo ella, con súbita docilidad—. Ya sé que no me preocupo bastante por las escuelas. Pero el conocimiento y la ignorancia de los que hablo no tienen nada que ver con leer y escribir, con la enseñanza o la información que puede darse a un niño. Estoy segura de que lo que quería decir era la ignorancia del conocimiento que ha de guiar a hombres y mujeres. No sé lo que es. Pero él, es decir, mi informante, hablaba como si a los patronos les gustase que sus empleados sean niños grandotes, que viven en el momento presente, con una especie de obediencia ciega e irracional.

—En resumen, señorita Hale, es evidente que su informante encontró a una oyente muy bien dispuesta a aceptar todas las calumnias que decidiera soltar contra los patronos —dijo el señor Thornton en tono ofendido.

Margaret no contestó. Le molestaba el carácter personal que el señor Thornton atribuía a lo que había dicho ella.

Habló a continuación el señor Hale:

—Debo confesar que, aunque yo no conozco tan íntimamente como Margaret a ningún trabajador, me impresiona mucho el antagonismo entre patrón y empleado incluso en el aspecto superficial de las cosas. Saco la

misma impresión incluso de lo que dice usted de vez en cuando.

El señor Thornton guardó silencio un rato antes de responder. Le molestaba la atmósfera que se había creado entre Margaret y él. Ella acababa de salir de la sala. Sin embargo, aquella leve irritación le hizo distanciarse y reflexionar, dando mayor dignidad a lo que dijo a continuación:

—Mi teoría es que mis intereses son idénticos a los de mis trabajadores y a la inversa. Sé que a la señorita Hale no le gusta que se llame «manos» a los trabajadores, así que no emplearé ese término, aunque me viene más rápidamente a la lengua que el técnico, y cuyo origen, sea el que sea, es muy anterior a mi época. En el futuro, algún día (en algún milenio, en Utopía), esta unidad se llevará a la práctica, lo mismo que imagino una república como la forma de gobierno más perfecta.

—Leeremos La República de Platón en cuanto acabemos Homero.

—Bueno, tal vez en el ciclo platónico seamos todos (hombres, mujeres y niños) dignos de una república. Pero en el estado actual de moralidad e inteligencia, que me den una monarquía constitucional. En nuestra infancia necesitamos que nos gobierne un despotismo prudente. En realidad mucho después de la infancia, niños y jóvenes son más felices bajo las leyes de una autoridad firme y discreta. Coincido con la señorita Hale en lo de atribuir a nuestra gente la condición de niños, mientras que niego que los patronos tengamos algo que ver con que lo sean o sigan siéndolo. Sostengo que el despotismo es la mejor forma de gobierno para ellos; por lo que en las horas en que estoy en contacto con ellos he de ser forzosamente un autócrata. Emplearé toda mi discreción (sin patrañas ni sentimiento filantrópico, de lo que ya hemos tenido demasiado en el Norte) para establecer normas prudentes y tomar decisiones justas en la administración de mi negocio; normas y decisiones para mi propio bien, en primer lugar; y para el suyo en segundo. Pero nadie me obligará a dar explicaciones ni a volverme atrás de lo que haya declarado que es mi resolución. ¡Que hagan huelga! Yo sufriré tanto como ellos, pero al final descubrirán que no he cambiado ni me he movido un ápice.

Margaret había vuelto a la habitación y estaba sentada con su labor; pero no habló. Respondió el señor Hale:

—A mi modo de ver, y hablo con gran ignorancia, pero por lo poco que sé, yo diría que las masas ya están pasando rápidamente a la etapa conflictiva que media entre la infancia y la edad adulta, en la vida de la multitud así como en la del individuo. Ahora bien, el error que cometen muchos padres en el trato del individuo en esta época es insistir en la misma obediencia irracional que cuando todo lo que debía hacer era obedecer las simples normas de «Ven cuando te llaman» y «Haz lo que te mandan». Pero un padre prudente accede al deseo de actuar con independencia para ser amigo y consejero al cesar su

gobierno absoluto. Si me equivoco en mi razonamiento, recuerde que fue usted quien eligió la analogía.

—Hace poco me contaron una historia —terció Margaret— de lo que ocurrió en Nuremberg hace sólo tres o cuatro años. Un hombre rico vivía allí solo en una de las inmensas mansiones que habían sido en tiempos viviendas y almacenes. Decían que tenía un hijo, pero nadie lo sabía a ciencia cierta. Durante cuarenta años, este rumor siguió circulando, con mayor o menor intensidad, sin desaparecer nunca del todo. Cuando el hombre murió, se descubrió que era cierto. Tenía un hijo: un hombre hecho y derecho con la inteligencia no ejercitada de un niño, a quien había mantenido en aquel extraño estado para salvarle de tentaciones y errores. Pero lógicamente, cuando el niño viejo quedó suelto en el mundo, cualquier mal consejero tenía poder sobre él. No distinguía el bien del mal. Su padre había cometido el error de educarle en la ignorancia tomándola por inocencia; y a los catorce meses de vida desenfrenada, las autoridades municipales tuvieron que hacerse cargo de él para impedir que muriera de hambre. Ni siquiera sabía emplear las palabras con la eficacia necesaria para subsistir como mendigo.

—Yo empleaba la comparación (sugerida por la señorita Hale) de la posición del patrón con la del padre; así que no debo quejarme de que haya convertido el símil en arma contra mí. Pero, señor Hale, cuando puso el ejemplo del padre prudente, dijo que complacía a sus hijos en el deseo de obrar de forma independiente. Es indudable que no ha llegado el momento de que los trabajadores actúen por su cuenta durante las horas de trabajo; así que no sé a qué se refería entonces. Y digo yo, que los patronos usurparían la independencia de sus obreros de un modo que a mí, al menos, no me parecería justificado, si se inmiscuyeran demasiado en la vida que llevan fuera de las fábricas. No creo que el que trabajen diez horas al día para nosotros nos dé ningún derecho a imponerles andadores el resto de su tiempo. Yo valoro tanto mi propia independencia que no puedo imaginar mayor degradación que la de tener siempre a otro hombre guiándome, aconsejándome y adoctrinándome, o incluso organizando de algún modo mis actos. Su intromisión me ofendería lo mismo aunque se tratara del hombre más sabio del mundo, o del más poderoso, y me rebelaría contra ella. Supongo que este sentimiento es más fuerte en el Norte de Inglaterra que en el Sur.

—Disculpe, pero ¿no se deberá a que no existe la igualdad de la amistad entre el consejero y las clases aconsejadas? ¿A que todo hombre ha tenido que mantenerse en una posición aislada y anticristiana, separado y receloso de su prójimo, siempre temeroso de que sus derechos sean usurpados?

—Yo me limito a exponer los hechos. Lo lamento, pero tengo un compromiso a las ocho en punto. Y tendré que aceptar los hechos como los encuentre esta noche, sin intentar explicarlos. Lo cual, en realidad, no

cambiaría nada a la hora de determinar cómo actuar, tal como están las cosas. Hay que admitir los hechos.

—Pues a mí me parece que no es lo mismo en absoluto —dijo Margaret en voz baja. Su padre le indicó con un gesto que se callara y dejara al señor Thornton acabar lo que tenía que decir. Ya se había levantado y se disponía a marcharse.

—Al menos me dará la razón en esto: teniendo en cuenta el fuerte sentimiento de independencia de todos los hombres de Darkshire, ¿me asiste algún derecho a imponer a otro mis opiniones sobre la forma en que actúa (algo que yo mismo rechazaría con todas mis fuerzas), solamente porque él tiene trabajo para vender y yo capital para comprar?

—No, en absoluto —dijo Margaret decidida a decir sólo esto—; no por sus posiciones de trabajo y capital, sean cuales fueren, sino porque es usted un hombre que trata con una serie de hombres sobre los que tiene un poder inmenso, tanto si decide ejercerlo como si no, únicamente porque sus vidas y su bienestar están siempre tan íntimamente entrelazados. Dios nos creó para que haya entre nosotros una dependencia mutua. Podemos ignorar la propia dependencia, o negarnos a reconocer que otros dependen de nosotros en más aspectos que el pago de los salarios semanales. Pero las cosas son como son. Ni usted ni ningún otro patrón puede valerse solo. El hombre más orgulloso e independiente depende de quienes lo rodean por su imperceptible influencia sobre su carácter. Y el más aislado de todos sus egos de Darkshire tiene personas que dependen de él en todas partes; y no puede deshacerse de ellas lo mismo que la gran roca que parece que no puede deshacerse...

—Te ruego que no empieces con símiles, Margaret, ya nos has distraído una vez dijo su padre sonriendo, pero incómodo por la idea de que estaban reteniendo al señor Thornton contra su voluntad. Lo cual era erróneo, pues más bien le agradaba, mientras Margaret hablara, aunque lo que decía sólo le irritase.

—Dígame sólo una cosa, señorita Hale, ¿está usted siempre influenciada...?, no, ésa no es la forma correcta de expresarlo; pero si es usted siempre consciente de estar influenciada por los demás, y no por las circunstancias, ¿actúan los demás directa o indirectamente? ¿Se esfuerzan en exhortar, en imponerse, en actuar correctamente por mor del ejemplo, o se limitan a cumplir con su deber y a hacerlo con resolución sin pensar que sus actos tenían que hacer a este hombre industrial y a aquel otro ahorrador? Porque, si yo fuera obrero, me impresionaría veinte veces más saber que mi patrón es honrado, puntual, agudo, resuelto en todos sus actos (y los obreros son espías más observadores incluso que los ayudas de cámara) que el que se entrometiese en mi forma de actuar fuera de las horas de trabajo. Prefiero no

pensar demasiado en lo que soy yo mismo, pero creo que confío en la honradez de mis trabajadores y en el carácter franco de su oposición, a diferencia de la forma en que se organizará la huelga en otros talleres, sólo porque saben que no me aprovecharé indignamente de nada ni haré nada bajo cuerda. Es mucho más que todo un curso de lecciones sobre «La rectitud es la mejor política»: vida diluida en palabras. ¡No, no! Como sea el patrón serán los hombres, sin que tenga que pensar demasiado en ello.

—Eso es toda una confesión —dijo Margaret riéndose—. Cuando veo a los hombres violentos y obstinados en la afirmación de sus derechos, debo deducir que el patrón es igual. Que es un poco ignorante de aquel espíritu longánimo, que es amable y no busca lo suyo.

—Es usted igual que todos los forasteros que no entienden el funcionamiento de nuestro sistema, señorita Hale —se apresuró a decir él—. Supone que nuestros hombres son muñecos de masa, preparados para ser moldeados en cualquier figura afable que nos apetezca. Olvida que sólo tenemos contacto con ellos durante un tercio de su vida; y me parece que no se da cuenta de que los deberes de un fabricante son mucho mayores y más amplios que los de un simple empresario: tenemos una amplia reputación comercial que mantener, que nos convierte en los grandes adelantados de la civilización.

—Me parece que podrían abrir nuevos caminos aquí —dijo el señor Hale sonriendo—. Son individuos bárbaros y rudos estos hombres suyos de Milton.

—Lo son —repuso el señor Thornton—. Los tratamientos blandos no sirven con ellos. Cromwell habría sido un industrial excelente, señorita Hale. Ojalá contáramos con él para que sofocara esta huelga por nosotros.

—Cromwell no es uno de mis héroes —repuso ella con frialdad—. Pero estoy intentando conciliar su admiración del despotismo con su respeto al carácter independiente de los demás.

Él enrojeció ante el tono de ella.

—Prefiero ser el patrón indiscutible e irresponsable de mis obreros durante las horas que trabajan para mí. Pero nuestra relación cesa en cuanto pasan esas horas. Y entonces se impone el mismo respeto por su independencia que yo mismo exijo.

Guardó un breve silencio, estaba muy enojado. Pero lo superó y dio las buenas noches al señor y a la señora Hale. Luego se acercó a Margaret y le dijo bajando la voz:

—Le he hablado a la ligera una vez esta noche, y me temo que bastante groseramente. Pero ya sabe que sólo soy un vulgar fabricante de Milton. ¿Me

perdonará?

—Por supuesto dijo ella con una sonrisa, mirándole a la cara, en la que había una expresión de inquietud y pesadumbre que no se relajó al ver su dulce semblante luminoso, del que se había desvanecido completamente el efecto tormentoso de su discusión. Pero no le tendió la mano, y él acusó de nuevo la omisión y la achacó al orgullo.

Capítulo XVI

La sombra de la muerte

El doctor Donaldson hizo su primera visita a la señora Hale el día siguiente por la tarde. Se reanudó el misterio que Margaret creía haber superado gracias a sus recientes hábitos de intimidad. No le permitieron entrar en la habitación, pero a Dixon sí. Margaret no era una amiga fácil, pero cuando amaba a alguien, lo hacía con una pasión que no estaba en modo alguno exenta de celos.

Pasó al dormitorio de su madre, que quedaba justo detrás de la salita, y esperó a que saliera el doctor paseando de un lado a otro. De vez en cuando se paraba a escuchar; creyó oír un gemido. Apretó las manos y contuvo la respiración. Estaba segura de que había oído un gemido. Siguió a esto un silencio de varios minutos; y luego se oyó un arrastrar de sillas, las voces más altas y el ligero revuelo de la despedida.

Oyó que abrían la puerta y salió del dormitorio rápidamente.

—Mi padre no está en casa, doctor Donaldson; tiene que atender a un alumno a esta hora. ¿Sería tan amable de acompañarme a su habitación abajo?

Vio y superó todos los obstáculos que puso Dixon en su camino, ocupando el lugar que le correspondía como hija, con cierto ánimo de hermano mayor que contuvo la oficiosidad de la vieja sirvienta con mucha eficacia. Asumir esta dignidad insólita en su relación con Dixon distrajo un momento a Margaret de su angustia. Advirtió por el gesto sorprendido de Dixon lo absurdamente grandiosa que debía de parecer; y la idea la llevó escaleras abajo hasta la habitación. Le permitió olvidar un instante el lacerante asunto que la ocupaba. Sintió que se le cortaba la respiración al recordarlo de nuevo. Tuvo que dejar pasar unos segundos para poder hablar.

Pero habló con serenidad cuando preguntó:

—¿Qué le pasa a mamá? Me hará el favor de decirme la pura verdad.

Y, al advertir entonces una leve vacilación por parte del doctor, añadió:

—Soy la única hija que tiene... aquí, quiero decir. Mi padre no está demasiado preocupado, me temo; y por lo tanto, si hay algún motivo serio de temor, habrá que decírselo con delicadeza. Yo puedo hacerlo. Y puedo cuidar a mi madre. Le ruego que hable, señor; ver su cara y no ser capaz de descifrarla me da más miedo del que espero que justifiquen sus palabras.

—Estimada señorita, parece que su madre tiene una sirvienta muy eficaz y atenta, que es más que su amiga...

—Yo soy su hija, señor.

—Pero si le digo que ella desea expresamente que no se le diga a usted...

—No soy lo bastante buena y paciente para aceptar la prohibición. Además, estoy segura de que es usted demasiado prudente y demasiado experto para haber prometido guardar el secreto.

—Bueno —dijo él, esbozando una leve sonrisa bastante triste—, en eso tiene razón. No se lo he prometido. En realidad, me temo que el secreto se sabrá muy pronto sin necesidad de revelarlo.

Hizo una pausa. Margaret se puso muy blanca y apretó los labios un poco más. Por lo demás, no movió ni un músculo. Con la agudeza especial para comprender el carácter de las personas, sin la que ningún médico puede llegar a la eminencia del doctor Donaldson, vio que ella exigiría toda la verdad; que se daría cuenta si le ocultaba una pizca; y que el que se lo ocultara sería mayor tortura que saberlo todo. Pronunció dos frases breves en voz baja, observándola todo el rato; pues las pupilas de sus ojos se dilataron en un horror negro, y la blancura de su piel se tornó lividez. Él guardó silencio. Esperó que desapareciera aquel gesto, que llegara el jadeo. Entonces ella dijo:

—Le agradezco sinceramente su confianza, señor. Ese temor me ha atormentado durante muchas semanas. Es una verdadera y auténtica agonía. ¡Mi pobre madre, pobrecita! —empezaron a temblarle los labios, y él le dejó que tuviera el alivio del llanto, convencido de su fuerza de voluntad para controlarlo.

Sólo derramó unas lágrimas antes de recordar las muchas preguntas que deseaba hacer.

—¿Será muy doloroso?

El médico cabeceó.

—No podemos saberlo. Depende de la constitución. De mil cosas. Pero los últimos descubrimientos de la ciencia médica nos permiten disponer de gran poder de alivio.

—¡Mi padre! —exclamó ella, temblando de pies a cabeza.

—No conozco al señor Hale. Quiero decir que es difícil dar consejo. Pero yo le diría que, sabiendo lo que me ha obligado a explicarle tan bruscamente, espere hasta que el hecho que no he sabido ocultarle le sea en cierta medida familiar, para que pueda proporcionar a su padre algún consuelo sin demasiado esfuerzo. Hasta entonces, con mis visitas, que, por supuesto, repetiré de vez en cuando aunque me temo que no puedo hacer nada más que aliviar el dolor, se habrán producido muchas pequeñas circunstancias que provocarán su alarma, que la intensificarán, de modo que estará mejor preparado. No, querida señorita, no, querida, he visto al señor Thornton y respeto a su padre por el sacrificio que ha hecho, por muy equivocado que pueda parecerme que está. Bueno, eso es todo por ahora, si le parece bien, querida. Pero recuerde que cuando vuelva, lo haré como amigo. Y tiene que aprender a considerarme como tal, porque vernos, llegar a conocernos en momentos como éstos vale por años de visitas matinales.

El llanto impidió hablar a Margaret; pero le estrechó la mano al despedirse.

«¡Eso es lo que yo llamo una joven excelente! —se dijo el doctor Donaldson cuando se acomodó en su carruaje y tuvo tiempo de examinarse la mano del anillo, que había sufrido ligeramente con el apretón—. ¿Quién hubiera pensado que una manita como ésa pudiese dar semejante apretón? Pero los huesos estaban muy bien ensamblados, y eso da mucha fuerza. ¡Es toda una reina! Con la cabeza bien alta al principio para obligarme a decirle la verdad; y luego inclinada hacia delante ávidamente para escuchar. ¡Pobrecita! Tengo que procurar que no se agote. Aunque es asombroso lo que pueden hacer y sufrir esas criaturas con clase. Es una joven valiente hasta la médula. Cualquiera otra que se hubiera quedado tan lívida como ella no habría reaccionado sin desmayarse o ponerse histérica. Pero ella no haría eso, ¡ella no! Y se recobró por pura fuerza de voluntad. Una joven como ella me conquistaría si tuviera treinta años menos. Ahora es demasiado tarde. ¡Bien! Ya estamos en casa de los Archer». Bajó de un salto, con pensamiento, sabiduría, experiencia y compasión atentos y dispuestos todos a atender los requerimientos de aquella familia como si no hubiera otra en el mundo.

Mientras tanto, Margaret había vuelto al estudio de su padre un momento para recuperar las fuerzas antes de subir a ver a su madre. «¡Ay, Dios mío, Dios mío! Es terrible. ¿Cómo voy a soportarlo? ¡Una enfermedad tan grave! ¡Sin esperanzas! ¡Ay, mamá, mamá, ojalá no hubiera ido nunca a casa de tía Shaw y pasado todos aquellos años preciosos lejos de ti! ¡Pobre mamá, cuánto debe de haber soportado! Dios mío, te lo ruego, que no sufra mucho. Te lo ruego, Dios mío, que sus dolores no sean demasiado fuertes, demasiado espantosos. ¿Cómo voy a soportar verla sufrir? ¿Cómo voy a soportar la angustia de papá? No debe saberlo todavía; no de repente. Lo mataría. Pero no

perderé otro momento de mi queridísima madre».

Subió corriendo. Dixon no estaba en la habitación. La señora Hale descansaba recostada en un sillón, envuelta en un chal blanco suave y un gorrito que la favorecía y que se había puesto para la visita del doctor. Tenía un leve color en la cara, y el propio cansancio que le había causado el reconocimiento le daba una expresión serena. Margaret se sorprendió al verla tan tranquila.

—¡Vaya, Margaret, qué aspecto tan extraño tienes! ¿Qué pasa?

Y entonces cayó en la cuenta de lo que pasaba en realidad y añadió bastante contrariada:

—¿No habrás estado haciendo preguntas al doctor Donaldson, verdad, hija?

Margaret se limitó a mirarla con tristeza en silencio. La señora Hale se disgustó más.

—Es imposible que haya faltado a la palabra que me dio y...

—Sí, mamá, lo ha hecho. Le obligué a hacerlo. He sido yo, échame a mí la culpa.

Se arrodilló junto a su madre, le cogió la mano y la retuvo, a pesar de que la señora Hale intentó retirarla. La cubrió de besos y de lágrimas ardientes.

—Has obrado muy mal, Margaret. Sabías que yo no quería que lo supieras —le dijo su madre, pero cesó en su intento de retirar la mano, como si el leve forcejeo la hubiera agotado; y, al poco rato, le devolvió la presión débilmente. Eso animó a Margaret a hablar.

—¡Mamá, déjame ser tu enfermera! Aprenderé todo lo que pueda enseñarme Dixon. Sabes que soy tu hija y creo que tengo derecho a hacerlo todo por ti.

—No sabes lo que me pides, hija mía —dijo la señora Hale con un escalofrío.

—Sí lo sé. Sé mucho más de lo que tú crees. Déjame cuidarte. Déjame intentarlo al menos. Nadie lo ha intentado nunca ni lo intentará con tanto empeño como lo haré yo. Será un gran consuelo, mamá.

—¡Pobre hija mía! Bueno, probarás. ¿Sabes que Dixon y yo pensamos que me rehuirías si supieras...?

—¡Dixon creyó eso! —exclamó Margaret, con una mueca despectiva—. ¡Dixon no puede reconocermel el mérito de sentir suficiente amor verdadero, tanto como ella! Supongo que se cree que soy una de esas pobres mujeres

enfermizas a las que les gusta echarse en lechos de rosas y que las abaniquen todo el día. No permitas que las fantasías de Dixon vuelvan a interponerse entre tú y yo, mamá. ¡No lo hagas, por favor! —imploró.

—No te enfades con Dixon —dijo la señora Hale, con inquietud. Margaret se recobró.

—¡No! No lo haré. Procuraré ser humilde y aprenderé a hacer las cosas a su modo si tú me dejas hacer todo lo que pueda por ti. Déjame estar en primer lugar, mamá, no sabes cuánto lo deseo. Cuando estaba lejos en casa de tía Shaw solía imaginar que me olvidarías y lloraba hasta que me quedaba dormida por la noche pensando en ello.

—Y yo solía pensar que cómo iba a soportar Margaret nuestra pobreza después del lujo y las comodidades de Harley Street, incluso me he sentido muchas veces más avergonzada de que vieras tú las artimañas a las que teníamos que recurrir en Helstone, que de que las descubriera cualquier extraño.

—¡Oh, mamá, y a mí me gustaban tanto! ¡Eran mucho más divertidas que todas las rutinas de Harley Street! El anaquel del ropero con asas, que servía de bandeja en las grandes ocasiones. Y las cajas grandes de té, rellenas y cubiertas que hacían de otomanas. Creo que lo que llamas artimañas del querido Helstone eran una parte encantadora de la vida allí.

—No volveré a ver nunca Helstone, Margaret —dijo la señora Hale con los ojos llenos de lágrimas. Margaret no pudo contestar. La señora Hale prosiguió —: Cuando vivíamos allí, siempre deseaba marcharme. Cualquier sitio se me antojaba mejor. Y ahora moriré lejos de allí. Es un castigo merecido.

—No debes hablar así —dijo Margaret con impaciencia—. Él ha dicho que puedes vivir años. Ay, madre, todavía te llevaremos a Helstone.

—¡No, nunca! Tengo que aceptarlo como justa penitencia. Pero, Margaret... ¡Frederick!

Al mencionar aquella única palabra, se puso a gritar como si tuviera un dolor fuerte. Parecía que pensar en él hubiera trastocado toda su compostura, destruido su calma, superado su agotamiento. Un grito desesperado seguía a otro.

—¡Frederick! ¡Frederick! Ven, por favor. Estoy muriéndome. ¡Pequeño mío, mi primogénito, ven a verme otra vez!

Era una fuerte crisis de histerismo. Margaret corrió a llamar a Dixon aterrada. Dixon acudió, ceñuda, y acusó a Margaret de haber sobreexcitado a su madre. Margaret lo soportó todo dócilmente, confiando sólo en que su padre no apareciera. A pesar de su alarma, que era incluso mayor de lo que

justificaba la ocasión, obedeció todas las instrucciones de Dixon con prontitud perfecta, sin alegar nada en su defensa. Y esa actitud aplacó a su acusadora. Acostaron a su madre en la cama y Margaret se sentó a su lado y no se movió hasta que se quedó dormida, y después, hasta que Dixon le indicó por señas que saliera de la habitación y, con gesto amargo, como si supusiera un gran esfuerzo, le mandó que tomara una taza de café que le había preparado y esperó pendiente de ella con actitud imperiosa mientras lo hacía.

—No debería de haber sido tan curiosa, señorita, y así no habría tenido que preocuparse antes de tiempo. Creo que no habría tenido que esperar mucho. Supongo que ahora se lo dirá al señor, ¡y menuda familia tendré con ustedes!

—No, Dixon —dijo Margaret con tristeza—. No se lo diré a papá. Él no podría soportarlo como yo.

Y para demostrar lo bien que lo soportaba ella, se echó a llorar a lágrima viva.

—¡Ay! Ya sabía yo lo que pasaría. Ahora despertará a su mamá, justo cuando se ha quedado dormida tan tranquila. Señorita Margaret, querida, he tenido que ocultarlo todas estas semanas; y aunque no puedo pretender quererla como usted, la quiero más que a ninguna otra persona, hombre, mujer o niño. No he querido nunca tanto a nadie, sólo al señorito Frederick. Sí, desde que la doncella de lady Beresford me llevó la primera vez a vestirla con crespón blanco y espigas y amapolas rojas y me clavé una aguja en el dedo y se partió dentro y ella rasgó su pañuelo de bolsillo bordado, después de sacarla, y volvió a humedecer el vendaje con loción cuando regresó del baile, donde había sido la joven más bella, nunca he querido a nadie como a ella. Poco pensaba yo entonces que viviría para verla en esta situación. No intento reprochárselo a nadie. Muchos la consideran a usted guapa y buena moza, y qué sé yo. Incluso en este lugar tan lleno de humo como para cegarla a una, hasta los mochuelos pueden verlo. Pero usted nunca se parecerá a su madre en belleza..., nunca, ni aunque viva cien años.

—Mamá es muy guapa todavía. ¡Pobre mamá!

—Ahora no empiece otra vez o acabaré dejándome llevar yo también —dijo gimoteando—. No aguantará la llegada y las preguntas del señor si seguimos así. Salga a dar un paseo y recóbrese un poco. Cuántas veces he deseado yo dar un paseo para despejarme, dejar de pensar en lo que le pasaría y cómo terminaría todo.

—Ay, Dixon —exclamó Margaret, cuántas veces me he enfadado contigo sin saber el secreto terrible que tenías que soportar.

—Dios la bendiga, niña. Me gusta ver que demuestra un poco de ánimo. Es la buena sangre antigua de los Beresford. Porque el antepenúltimo sir John

dejó en el sitio de un tiro a su mayordomo por decirle que exprimía a los arrendatarios, y le aseguro que los había exprimido hasta que no pudo sacarles más jugo porque ya no les quedaba.

—Bueno, Dixon, yo no te mataré, y procuraré no volver a enfadarme.

—Nunca lo ha hecho. Si lo he dicho a veces, ha sido siempre hablando para mí, en privado, para hacer un poco de conversación agradable, porque no tenía con quien hablar. Y cuando se enfurece, es usted la viva imagen del señorito Frederick. Sería capaz de sacarla de quicio cualquier día sólo para ver esa expresión de furia de él cubrirle la cara como un nubarrón. Pero ahora váyase, señorita. Yo velaré a la señora; y en cuanto al señor, sus libros son compañía suficiente para él, si llega.

—Iré, Dixon —dijo Margaret. Se quedó un momento junto a ella, como si tuviera miedo o se sintiera indecisa. Luego, le dio un beso de pronto y salió rápidamente de la habitación.

—¡Bendita sea! —exclamó Dixon—. Es encantadora. Hay tres personas a las que tengo cariño: la señora, el señorito Frederick y ella. Sólo a ellos tres. Eso es todo. Por mí, que ahorquen a todos los demás, no sé para qué están en el mundo. Supongo que el señor nació para casarse con la señora. Si creyera que la amaba como es debido, le habría tomado cariño con el tiempo. Pero tendría que haberle hecho mucho más caso en vez de pasarse el tiempo leyendo y pensando, siempre leyendo y pensando. ¡Mira adónde le ha llevado! Muchos no leen nunca, ni siquiera piensan, y llegan a rectores y deanes y lo que sea. Y yo creo que si el señor hubiera hecho caso a la señora y hubiera dejado de leer y de pensar tanto podría... Ahí va. —Había oído el ruido de la puerta y estaba mirando por la ventana—. ¡Pobre señorita! Su ropa tiene un aspecto lastimoso, comparado con el que tenía cuando llegó a Helstone hace un año. Entonces no había ni una media zurcida ni un par de guantes gastados en todo el guardarropa. ¡Y ahora...!

Capítulo XVII

¿Qué es una huelga?

Margaret salió cansinamente y de bastante mala gana. Pero el aire de la calle —sí, el aire de una calle de Milton— vigorizó su sangre joven en seguida, antes de que llegara a la primera bocacalle. Aligeró el paso y se le colorearon los labios. Empezó a prestar atención, en lugar de concentrar los pensamientos tan exclusivamente en sí misma. Vio paseantes insólitos en las calles: hombres con las manos en los bolsillos, grupos de chicas que hablaban

alto y reían a carcajadas, al parecer excitadas hasta la fogosidad y con una bulliciosa independencia de carácter y comportamiento. Los hombres de aspecto más desagradable —la minoría vergonzosa— haraganeaban en los escalones de las cervecerías y licorerías, fumando y haciendo comentarios bastante libremente sobre los que pasaban. A Margaret le molestaba la perspectiva del largo paseo por aquellas calles para llegar a los campos a los que se proponía llegar. Así que decidió ir a ver a Bessy Higgins. No sería tan agradable como un paseo tranquilo por el campo, pero tal vez fuera lo mejor.

Nicholas Higgins estaba sentado junto al fuego fumando cuando llegó ella. Bessy se mecía al otro lado.

Nicholas se quitó la pipa de la boca, se levantó y acercó una silla a Margaret; luego se apoyó en la repisa de la chimenea con actitud indolente, mientras Margaret preguntaba a Bessy cómo se encontraba.

—Está bastante alicaída de ánimo, pero mejor de salud. No le gusta esta huelga. Está demasiado empeñada en la paz y la tranquilidad a cualquier precio.

—Esta es la tercera huelga que veo —dijo Bessy suspirando, como si eso lo explicara todo.

—Bueno, a la tercera va la vencida. Veremos si no vencemos a los patronos esta vez. Veremos si no vienen a suplicarnos que volvamos a nuestro precio. Eso es todo. Hemos perdido antes, de acuerdo; pero esta vez vamos a por todas.

—¿Por qué hacen huelga? —preguntó Margaret—. Hacer huelga es dejar el trabajo hasta que consiguen su nivel de salarios, ¿no? No debe asombrarse de mi ignorancia. No había oído hablar nunca de huelgas en el sitio del que soy.

—¡Ojalá estuviera allí! —dijo Bessy cansinamente—. No va conmigo estar enferma y cansada de huelgas. Ésta es la última que veré. Antes de que termine estaré en la Gran Ciudad, la Santa Jerusalén.

—Está tan obsesionada con la vida futura que no puede pensar en el presente. Y yo, verá, yo tengo que hacer todo lo posible aquí. Creo que vale más pájaro en mano que ciento volando. Y éstos son los diferentes puntos de vista que tenemos sobre la cuestión de la huelga.

—Pero si la gente hiciera huelga, como lo llaman ustedes —dijo Margaret—, en el sitio del que soy yo, como allí casi todos trabajan en el campo, no sembrarían ni recogerían el heno ni la cosecha.

—¿Bien? —dijo él. Había vuelto a fumar, y dio a este «bien» forma interrogativa.

—Pues —siguió ella—, ¿qué sería entonces de los labradores?

El echó una bocanada de humo.

—Me parece que tendrían que dejar las tierras o pagar salarios justos.

—Supongamos que no quisieran o no pudieran hacer lo segundo. No podrían dejar las tierras todos de repente, por mucho que lo desearan; pero no tendrían heno ni grano que vender aquel año; y ¿de dónde saldría entonces el dinero para pagar los salarios de los trabajadores al año siguiente?

El siguió fumando. Al final dijo:

—No sé nada de las costumbres del Sur. Pero me han dicho que son una manada de apocados oprimidos; casi muertos de hambre; demasiado aturdidos por el hambre para darse cuenta de que los engañan. Aquí no es así. Les aseguro que aquí sabemos muy bien cuándo nos engañan. Y tenemos demasiados redaños para soportarlo. Así que dejamos los telares y decimos: «¡Pueden hacernos pasar hambre, pero no van a engañarnos, señores nuestros!». ¡Y al diablo con ellos, esta vez no se saldrán con la suya!

—¡Ojalá viviera en el Sur! —dijo Bessy.

—También allí hay que soportar muchas cosas —repuso Margaret—. En todas partes hay penas que sobrellevar. Hay que hacer mucho trabajo físico pesado con pocos alimentos para dar fuerzas.

—Pero al aire libre —dijo Bessy—, y sin este ruido incesante y este calor insoportable.

—A veces llueve muchísimo, y a veces hace un frío crudísimo. Los jóvenes pueden soportarlo, pero las personas mayores se ven atormentadas por el reumatismo y se encorvan y se consumen prematuramente. Y tienen que seguir trabajando lo mismo o ir al asilo de pobres.

—Creía que le encantaba la vida del Sur.

—Y me encanta —dijo Margaret con una leve sonrisa, al verse atrapada—. Lo que quiero decir, Bessy, es que en este mundo todo tiene su lado bueno y su lado malo; y como te lamentas de lo malo de aquí, me parece justo que sepas también lo malo de allí.

—¿Y dice que allí nunca hacen huelga? —preguntó de pronto Nicholas.

—¡No! —contestó Margaret—. Creo que tienen demasiado sentido común.

—Y yo creo —replicó él, vaciando la ceniza de la pipa con tanta vehemencia que la rompió— que no es que tengan demasiado sentido común, sino que tienen demasiado poco espíritu.

—Vamos, padre —dijo Bessy—, ¿qué han sacado de las huelgas?

Recuerda la primera, cuando murió madre, la necesidad que pasamos todos, y tú más que nadie; y sin embargo muchos volvieron al trabajo cada semana por el mismo salario, hasta que todos decidieron que había que trabajar; y algunos se convirtieron en mendigos para siempre después.

—Sí, aquella huelga se organizó muy mal —dijo él—. Los del comité eran estúpidos o no tenían agallas. Pero esta vez será muy diferente, ya lo verás.

—Todavía no me ha dicho por qué hacen la huelga —dijo Margaret otra vez.

—Pues mire, porque hay cinco o seis patronos que se niegan a pagar los salarios que llevan pagando los dos últimos años sin dejar de prosperar y enriquecerse cada vez más. Y ahora van y nos dicen que tenemos que ganar menos. Y no queremos. Antes nos morimos de hambre. A ver quién trabaja para ellos entonces. Matarán a la gallina de los huevos de oro, creo yo.

—¡Así que se propone morir para vengarse de ellos!

—No —dijo él—. No es eso. Sólo considero la posibilidad de morir en mi puesto antes que ceder. Eso es lo que la gente considera admirable y honroso en un soldado, ¿por qué no en un pobre tejedor?

—Pero un soldado muere por la causa de la nación —dijo Margaret, por la causa de los demás.

—Jovencita —dijo él con una sonrisa forzada—, es usted una criatura, pero no creerá que puedo mantener a tres personas, es decir, a Bessy, a Mary y a mí mismo, con dieciséis chelines semanales, ¿verdad? ¿No pensará que es por mí mismo por quien hago huelga esta vez? Es tanto por la causa de otros como el soldado, sólo que da la puñetera casualidad de que la causa por la que muere él es la de alguien a quien nunca ha puesto la vista encima, ni ha oído en toda su vida, mientras que yo defiendo la causa de John Boucher, que vive aquí al lado, con la mujer enferma y ocho hijos que aún no tienen edad para trabajar en las fábricas. Y no defiendo sólo su causa, aunque sea un pobre desgraciado que sólo sabe manejar dos telares a la vez, sino que defiendo la causa de la justicia. Me gustaría saber por qué tenemos que ganar ahora menos que hace dos años.

—No me lo pregunte a mí —dijo Margaret—. Yo soy muy ignorante. Pregúnteselo a los patronos. Seguro que ellos le darán alguna explicación. No será una decisión arbitraria que hayan tomado irracionalmente.

—Usted es forastera y nada más —dijo él despectivamente—. Hay que ver cuánto sabe. ¡Pregúnteselo a los patronos! Ellos nos dirían que nos ocupemos de nuestros asuntos y que ellos se ocuparán de los suyos. Y nuestro asunto es aceptar la rebaja de salario y dar las gracias; y su asunto es reducirnos al nivel

del hambre para engrosar sus beneficios. ¡De eso se trata!

—Pero la situación comercial —dijo Margaret, decidida a no ceder, aunque se daba cuenta de que le estaba irritando— tal vez no les permita darles la misma remuneración.

—¡La situación comercial! Eso no es más que una patraña de los patronos. Estoy hablando de nivel de salarios. Los patronos controlan la situación comercial y la esgrimen como si fuera el coco para convencer a los niños malos de que sean buenos. Le diré cuál es su papel, su norma, como dicen algunos: obligarnos a aceptar salarios más bajos para engrosar su fortuna; y el nuestro es plantarnos y luchar encarnizadamente, no sólo por nosotros mismos, sino también por todos los que nos rodean, por la justicia y el juego limpio. Nosotros contribuimos a que obtengan sus beneficios y tendríamos que contribuir también a gastarlos. Y no es que ahora necesitemos su plata tanto como otras veces. Tenemos dinero ahorrado; y estamos decididos a aguantar y a caer juntos. Ni un solo hombre aceptará menos de lo que el sindicato dice que nos corresponde. Así que digo «¡viva la huelga!» y ¡que se preparen Thornton, Slickson, Hamper y los demás!

—¡Thornton! —exclamó Margaret—. ¿El señor Thornton de la calle Marlborough?

—¡Sí! Thornton de Marlborough Mill, como lo llamamos nosotros.

—Es uno de los patronos con los que están luchando, ¿no? ¿Qué clase de patrón es?

—¿Ha visto alguna vez un bulldog? Pues plántelo sobre las patas traseras, vístalo con chaqueta y pantalones y tendrá al mismísimo John Thornton.

—No —dijo Margaret riéndose—, no es verdad. El señor Thornton es bastante poco agraciado, pero no se parece a un bulldog, con nariz chata y gesto torcido.

—¡No! Físicamente no, tiene razón, pero cuando se le mete una idea en la cabeza se aferra a ella como un bulldog; puede apartarlo con una horca que no lo soltará. Es duro de pelar ese John Thornton. En cuanto a Slickson, sé que cualquier día de estos engatusará a sus hombres con promesas justas para que vuelvan al trabajo y las incumplirá en cuanto los tenga de nuevo en su poder. Los engañará con artimañas sin problema, se lo aseguro. Es más escurridizo que una anguila. Es como un felino, meloso, astuto y fiero. Con él nunca habrá tira y afloja honrado, como con Thornton. Thornton es terco como un mulo, el tipo más obstinado que conozco, el viejo bulldog.

—¡Pobre Bessy! —dijo Margaret volviéndose hacia ella—. Te cansa todo esto. A ti no te gusta forcejear y luchar como a tu padre, ¿verdad?

—¡No! —contestó ella cansinamente—. Me pone mala. Me habría gustado oír otra conversación en mis últimos días en vez de la misma cantinela machacona de siempre sobre trabajo y salarios y patronos y obreros y esquirolas.

—¡Bah, chica!, estos días pasarán. Ya se ve una perspectiva mejor gracias a un poco de agitación y cambio. Además, yo estaré mucho aquí para que te resulte más animado.

—El humo del tabaco me ahoga —dijo ella quejumbrosa.

—No volveré a fumar en casa —repuso él con ternura—. Pero ¿por qué no me lo has dicho antes, niña tonta?

Ella guardó silencio un rato. Luego dijo, en voz tan baja que sólo la oyó Margaret:

—Me parece que necesitará todo el consuelo que puedan darle la pipa o la bebida antes de que esto termine.

Su padre salió a la calle, evidentemente a fumar. Bessy dijo entonces con vehemencia:

—Mire que soy tonta, ¿eh, señorita? ¡Mire que sé que tengo que retenerlo en casa, lejos de los que están siempre dispuestos a tentar a un hombre en tiempo de huelga para que vaya a beber, y que tengo que morderme la lengua y aguantar la pipa! Y ahora se irá, sé que lo hará, como siempre que quiere fumar, y nadie sabe dónde acabará. Ojalá me hubiera asfixiado antes de abrir la boca.

—Pero ¿bebe tu padre, Bessy? —preguntó Margaret.

—No, no es que beba, lo que se dice beber —repuso ella, todavía en el mismo tono irritado—. Pero ¿qué desahogo hay? Algunos días se levanta uno, como los demás, supongo, y se pasa las horas deseando algún cambio, un pequeño estímulo, como si dijéramos. Yo misma he ido a comprar una hogaza grande un día de éstos a otra panadería sólo porque me ponía mala la idea de seguir viendo lo mismo siempre, y oyendo lo mismo, y saboreando lo mismo y pensando (o no pensando, en realidad) siempre lo mismo día tras día. He deseado ser hombre para irme por ahí, aunque fuera sólo una trampa, para irme a un lugar nuevo en busca de trabajo. Y mi padre, todos los hombres, lo sienten con más fuerza que yo, se cansan de la monotonía y el mismo trabajo de siempre. ¿Y qué han de hacer? No son tan culpables si van a la taberna para conseguir que la sangre les corra más deprisa, para animarse un poco y sentirse vivos y ver lo que no ven nunca: cuadros y espejos y cosas parecidas. Pero padre nunca ha sido un borracho, aunque quizá se pone peor por beber de vez en cuando. Pero comprenda —y su voz adoptó un tono lastimero y

suplicante—, en tiempo de huelga hay muchas cosas que aplastan a un hombre, aunque todos empiecen con tantas esperanzas. ¿Y con qué van a consolarse entonces? Se pone furioso y fuera de sí, todos lo hacen, y luego se cansan de estar furiosos y fuera de sí y tal vez hagan cosas en su arrebatado que luego les gustaría olvidar ¡Dios bendiga su dulce cara piadosa, todavía no sabe lo que es una huelga!

—Vamos, Bessy —dijo Margaret—, no diré que exageras porque no sé lo suficiente de todo esto. Pero es posible que, como no te encuentras bien, veas sólo un aspecto. Y tienes que mirar también otros, tal vez más agradables.

—Usted puede decir eso tranquilamente porque ha vivido en lugares verdes toda la vida sin conocer necesidades ni cuidados, ni debilidad, tampoco, si vamos a eso.

—Mira bien cómo juzgas, Bessy —dijo Margaret con las mejillas encendidas y los ojos brillantes—. Ahora volveré a casa con mi madre que está enferma, tan enferma, Bessy, que su única salida de la prisión del gran sufrimiento es la muerte. Y sin embargo, tengo que hablar animosamente a mi padre, que no sabe nada de su verdadero estado y que tiene que irse enterando poco a poco. La única persona, la única que me comprendería y me ayudaría, cuya presencia consolaría a mi madre más que ninguna otra cosa en este mundo, está acusada falsamente, y se arriesgaría a morir si viniera a ver a su madre agonizante. Te digo todo esto, Bessy, sólo a ti. No puedes mencionárselo a nadie. No lo sabe nadie en Milton, ninguna otra persona en Inglaterra. ¿Te parece que no tengo preocupaciones, que no conozco la angustia porque voy bien vestida y tengo comida suficiente? Ay, Bessy, Dios es justo, y nos da a cada uno según su voluntad, aunque nadie más que Él conoce la amargura de nuestras almas.

—Le pido perdón —repuso Bessy con humildad—. A veces, cuando pienso en mi vida, en las pocas alegrías que he tenido, creo que quizá sea una de esas personas predestinadas a morir por la caída de una estrella del cielo: «El nombre de la estrella es Ajenjo; y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y murieron muchos hombres por las aguas, que se habían vuelto amargas». Una puede soportar mejor el dolor y las penas si cree que todo ha sido profetizado hace mucho tiempo, porque entonces es como si el dolor fuera necesario para que se cumpliera; si no, parece todo enviado para nada.

—No, Bessy, piensa —dijo Margaret—. Dios no nos causa aflicción voluntariamente. Procura no pensar demasiado en las profecías y lee las partes más alentadoras de la Biblia.

—Seguro que sería más prudente; pero ¿dónde encontraría tan grandiosas palabras de esperanza y oíría contar algo tan diferente de este mundo sombrío y esta ciudad como en el Apocalipsis? Me repito muchas veces los versículos

del capítulo séptimo sólo por el sonido. Es mejor que un órgano y muy diferente de lo cotidiano también. No, no dejaré el Apocalipsis. Me proporciona más consuelo que ningún otro libro de la Biblia.

—Déjame venir a leerte algunos de mis capítulos preferidos.

—Sí —dijo ella, ávidamente—, hágalo. Quizá la oiga mi padre. Está aturdido con mi charla; dice que no tiene nada que ver con las cosas de hoy, que es lo que a él le importa.

—¿Dónde está tu hermana?

—Va a cortar los hilos del fustán. Yo no quería dejarla ir; pero de alguna forma tenemos que vivir, y el sindicato no puede darnos suficiente.

—Tengo que marcharme ya, Bessy. Me has ayudado mucho.

—¡La he ayudado mucho!

—Sí. Cuando vine estaba muy triste y casi convencida de que la causa de mi tristeza era la única del mundo. Y ahora sé lo que has tenido que soportar tú tantos años y eso me da fuerzas.

—¡Válgame Dios! Creía que las buenas obras eran sólo cosa de la gente bien. Me volveré orgullosa si pienso que puedo ayudarla.

—No lo harás si piensas en ello. Sólo lograrás desconcertarte a ti misma si lo haces, eso es un consuelo.

—Nunca he conocido a nadie como usted. No sé qué pensar de usted.

—Yo tampoco. ¡Adiós!

Bessy dejó de mecerse para verla marcharse.

«¿Habrá muchas personas como ella en el Sur? Es como una bocanada de aire puro del campo, no sé por qué. Me reanima más que nada. ¿Quién hubiera pensado que esa cara tan luminosa y tan fuerte como el ángel con el que sueño podría conocer la pena de la que habla? Me pregunto cómo pecará. Todos tenemos que pecar. La tengo en mucho, desde luego. Y creo que padre también. Y hasta Mary. Y eso que ella no suele fijarse demasiado».

Capítulo XVIII

Gustos y aversiones

Margaret encontró dos cartas sobre la mesa al llegar a casa: una era una nota para su madre; la otra había llegado en el correo y evidentemente era de

su tía Shaw: cubierta de matasellos extranjeros, fina, plateada y susurrante. Alzó la otra y estaba examinándola cuando llegó súbitamente su padre.

—¡Así que tu madre está cansada y se ha acostado temprano! Mucho me temo que un día tan tormentoso no haya sido el mejor del mundo para la visita del médico. ¿Qué ha dicho? Dixon me dice que habló contigo sobre ella.

Margaret vaciló. Su padre adoptó una expresión más seria y preocupada.

—¿No creerá que está gravemente enferma?

—No de momento; dice que necesita cuidados; ha sido muy amable, y me dijo que volvería para ver el efecto de los medicamentos.

—Sólo cuidados, ¿no ha aconsejado un cambio de aires? ¿No ha dicho que esta ciudad cargada de humo la perjudica, eh, Margaret?

—¡No! Ni siquiera lo mencionó —contestó ella rotundamente—. Estaba preocupado, me parece.

—Los médicos siempre adoptan esa actitud preocupada; es algo profesional dijo él.

Margaret advirtió en el nerviosismo de su padre que la primera impresión de posible peligro había hecho mella en su mente, a pesar de quitar importancia a lo que le decía ella. No podía olvidar el tema, no podía dejarlo y pasar a otras cosas. Siguió volviendo a él toda la velada, reacio a aceptar incluso la más leve idea desfavorable, lo cual entristeció a Margaret profundamente.

—Esta carta es de tía Shaw, papá. Ha llegado a Nápoles y le parece una ciudad demasiado calurosa, así que se ha instalado en Sorrento. Pero creo que no le gusta Italia.

—¿Y no te dijo nada sobre la dieta?

—Sólo que debía ser nutritiva y suave. Mamá tiene un apetito excelente, creo yo.

—Sí, por eso es más extraño que se le ocurriera hablar de la dieta.

—Se lo pregunté yo, papá. —Siguió otra pausa; luego, Margaret continuó —: Tía Shaw dice que me ha enviado unos adornos de coral, papá; pero que teme que los disidentes de Milton no los aprecien —añadió, esbozando una leve sonrisa—. Ha sacado todas sus ideas sobre los disidentes de los cuáqueros, ¿verdad?

—No olvides decirme siempre si tu madre desea algo en cuanto lo sepas o te des cuenta. Me aterra que no me diga siempre lo que quiere. Y por favor, encárgate de esa chica que nos dijo la señora Thornton. Si consiguiéramos una

buena criada, Dixon podría dedicarse sólo a mi madre y estoy seguro de que se recuperaría en seguida, si se trata de cuidados. Ha estado muy cansada últimamente, con tanto calor y el problema para encontrar sirvienta. Con un poco de descanso se pondrá bien, ¿verdad, Margaret?

—Supongo que sí —dijo Margaret; pero con tanta tristeza que su padre lo advirtió. Le pellizcó la mejilla.

—Vamos, si estás tan pálida, tengo que darte un poco de color así. Cuídate, hija, o serás tú quien necesite al médico la próxima vez.

Pero no pudo concentrarse en nada aquella tarde. Se pasó el rato yendo y viniendo a comprobar si su esposa seguía dormida, caminando laboriosamente de puntillas. Su inquietud acongojaba a Margaret: su intento de contener y sofocar el espanto que surgía de los lugares oscuros de su corazón.

Volvió al fin, bastante animado.

—Ahora está despierta, Margaret. Ha sonreído y todo al verme a su lado. Su antigua sonrisa. Y dice que se siente descansada y preparada para la cena. ¿Dónde está la nota para ella? Quiere verla. Se la leeré mientras preparas el té.

La nota resultó ser una invitación formal de la señora Thornton a cenar el próximo día 21 para el señor, la señora y la señorita Hale. Margaret se sorprendió al ver que consideraban la probabilidad de aceptar, con lo que había sabido de las tristes perspectivas durante el día. Pero así era. La idea de que su esposo y su hija asistieran a la cena había cautivado la imaginación de la señora Hale antes incluso de que Margaret se enterara del contenido de la nota. Era un acontecimiento que rompía la monotonía de su vida de enferma; y se aferró a él con pertinacia irritable incluso cuando su hija puso objeciones.

—Bueno, Margaret, si ella quiere, estoy seguro de que iremos los dos de buena gana. No se empeñaría en que fuésemos si no se encontrara mucho mejor, en realidad mejor de lo que pensábamos, ¿eh, Margaret? —dijo el señor Hale con inquietud al día siguiente mientras se disponía a escribir la nota de aceptación.

—¿Eh, Margaret? —repitió, moviendo nervioso las manos. Parecía cruel negarle el consuelo que anhelaba. Y además, su vehemente negativa a admitir la existencia de temor casi infundió esperanzas a la propia Margaret.

—Creo que está mejor desde anoche —le dijo—. Tiene la mirada más viva y la tez más clara.

—Dios te bendiga —dijo su padre de corazón—. Pero ¿es cierto? Ayer hacía tanto bochorno que todo el mundo se sentía mal. Fue un día funesto para que la viera el doctor Donaldson.

Él se fue a atender sus obligaciones diarias, que habían aumentado con la

preparación de algunas conferencias que se había comprometido a dar a los trabajadores en un liceo próximo. Había elegido como tema la arquitectura eclesiástica, bastante más acorde con su gusto y conocimientos que con el carácter del lugar o los géneros concretos de información que deseaban los que serían sus oyentes. En cuanto a la propia institución, que tenía muchas deudas, estaba encantada de que impartiera un curso gratis un hombre culto e inteligente como el señor Hale, fuera cual fuese el tema.

—Y bien, madre, ¿quién ha aceptado tus invitaciones para el veintiuno? —preguntó aquella noche el señor Thornton.

—Fanny, ¿dónde están las notas? Vendrán los Slickson, los Collingbrook, los Stephens; los Brown no. Los Hale, vendrán el padre y la hija, la madre está demasiado enferma. Y vendrán los Macpherson, y el señor Horsfall y el señor Young. Estaba pensando en invitar a los Porter, ya que los Brown no pueden venir.

—Muy bien. ¿Sabes?, me temo que la señora Hale no está nada bien, por lo que dice el doctor Donaldson.

—Pues es extraño que acepten la invitación si ella está muy enferma —dijo Fanny.

—No he dicho muy enferma —repuso su hermano con cierta acritud—. Sólo he dicho nada bien. Y tal vez no lo sepan.

Recordó entonces de pronto que, por lo que le había explicado el doctor Donaldson, al menos Margaret tenía que estar al corriente del verdadero estado de su madre.

—Es muy probable que sepan perfectamente lo que dijiste ayer, John: lo mucho que podría beneficiarles, quiero decir, al señor Hale, que les presenten a personas como los Stephens y los Collingbrook.

—Estoy seguro de que eso no influiría. ¡No! Creo que comprendo de qué se trata.

—¡John! —dijo Fanny, con su leve risilla nerviosa característica—. Hay que ver cómo presumes de comprender a esos Hale, y parece que nunca nos permitirás saber algo de ellos. ¿De verdad son tan diferentes de la mayoría de la gente que tratamos?

No pretendía provocarle; pero no podría haberlo hecho mejor si se lo hubiera propuesto. Su hermano guardó un hosco silencio, sin molestarse en responder a su pregunta.

—A mí no me parecen fuera de lo común —dijo la señora Thornton—. Él parece un individuo bastante respetable, quizá un poco simple para el comercio. Tal vez por eso fuera primero clérigo y ahora profesor. Ella es toda

una señora, con su enfermedad; y en cuanto a la hija, es la única que me desconcierta cuando pienso en ella, aunque no suelo hacerlo. Creo que le parece importante darse aires; y no entiendo por qué. Casi me dio la impresión de que a veces se cree demasiado buena para la compañía. Y sin embargo no son ricos ni lo han sido nunca, que yo sepa.

—Y no es refinada, mamá. No sabe tocar el piano.

—Vamos, Fanny. ¿Qué más le falta para estar a tu altura?

—No, John —dijo su madre—. Fanny no pretende ofender. Yo misma oí decir a la señorita Hale que no sabe tocar. Si no insistieras tanto, tal vez nos cayera bien y pudiéramos apreciar sus méritos.

—Estoy segura de que yo no podría —susurró Fanny, escudándose en su madre. El señor Thornton lo oyó, pero no se molestó en responder. Paseaba de un lado a otro del comedor, deseando que su madre pidiera las velas y le permitiera ponerse a trabajar, a leer o a escribir, y dar por terminada la conversación. Pero ni siquiera se le ocurría nunca interferir en ninguna de las pequeñas normas domésticas que solía observar la señora Thornton en memoria de sus antiguas economías.

—Madre —dijo, parándose y expresando valerosamente la verdad—, desearía que te agradara la señorita Hale.

—¿Por qué? —preguntó ella, sorprendida por su actitud seria, aunque afable—. ¿No estarás pensando en casarte con una chica como ella que no tiene un centavo?

—Ella nunca me aceptaría —repuso él con una risilla seca.

—No, creo que no lo haría —respondió su madre—. Se rio en mi cara cuando la elogí por decirme algo que había dicho en tu favor el señor Bell. Me agradó que lo hiciera con tanta franqueza, porque demostraba que no tenía intenciones respecto a ti; y acto seguido me ofendió por creer, al parecer... Bueno, no importa. Tienes razón, se cree demasiado buena para pensar en ti. ¡La muy descarada! ¡Me gustaría saber dónde encontraría uno mejor!

Si esas palabras ofendieron a su hijo, la penumbra de la estancia le impidió delatar ninguna emoción. Se acercó en seguida a su madre animosamente, le posó una mano en el hombro y le dijo:

—Bueno, como yo estoy tan convencido como puedas estarlo tú de que es verdad lo que has dicho; y como no tengo ninguna intención de pedirle nunca que sea mi esposa, me creerás si te digo que no me interesa en absoluto hablar de ella. Preveo que tendrá problemas, tal vez falta de cuidados maternos, y lo único que quiero es que estés dispuesta a ser su amiga en caso de que necesite una. Y tú, Fanny —añadió—, confío en que tengas suficiente delicadeza para

comprender que es una gran ofensa tanto para la señorita Hale como para mí, en realidad a ella le parecería mayor, suponer que tengo algún motivo más que el que digo ahora para pedirlos a ti y a madre que seáis atentas y amables con ella.

—Yo no puedo perdonarle su orgullo —dijo la señora Thornton—. Seré amable con ella, si es necesario, porque tú me lo pides, John. Sería amable con la mismísima Jezabel si me lo pidieras. Pero esa chica, que nos mira por encima del hombro, que te desprecia a ti...

—Vamos, madre, yo no me he puesto al alcance de su desdén nunca, y quiero decir nunca.

—¡Desdén, exactamente! —(Uno de los bufidos expresivos de la señora Thornton)—. No sigamos hablando de la señorita Hale, John, si tengo que ser amable con ella. Cuando la veo no sé si me gusta o me disgusta más; pero cuando pienso en ella, y cuando te oigo hablar de ella, la odio. Y veo que se ha dado aires contigo igual que si me lo hubieras dicho.

—Y si lo hubiera hecho —dijo él, y se interrumpió un momento; luego prosiguió—: No soy un muchacho para amilanarme por la mirada altiva de una mujer o preocuparme porque me malinterprete o malinterprete mi posición. ¡Me río de eso!

—¡Por supuesto! ¡Y también de ella, con sus ideas refinadas y sus gestos altivos!

—Pues entonces no sé por qué habláis tanto de ella, la verdad —dijo Fanny—. Os aseguro que yo estoy bastante harta del tema.

—¡Bueno! —dijo su hermano con cierta amargura—. Pues a ver si encontramos un tema más agradable. ¿Qué os parece una huelga como tema de conversación placentero?

—¿Han parado realmente los obreros? —preguntó la señora Thornton con vivo interés.

—Los hombres de Hamper sí. Los míos están acabando la semana por miedo a que los denuncie por incumplimiento de contrato. Habría llevado a juicio para que lo sancionaran por ello a todos los que abandonaran el trabajo antes de que se cumpla el tiempo.

—Los gastos legales hubieran sido más de lo que merecían los obreros, ese montón de inútiles desagradecidos.

—Por supuesto, pero les habría demostrado que cumplo mi palabra y me propongo que cumplan la suya. A estas alturas ya me conocen. Los hombres de Slickson no van al trabajo, prácticamente seguros de que él no gastará dinero en conseguir que los sancionen. El paro está a punto de empezar,

madre.

—Supongo que no habrá muchos encargos pendientes.

—Claro que los hay. Lo saben perfectamente. Pero no lo entienden todo, aunque se lo crean.

—¿Qué quieres decir, John?

Habían encendido las velas y Fanny había sacado su interminable labor y bostezaba inclinada sobre ella. De vez en cuando, se recostaba en el asiento para contemplar el vacío y relajarse a sus anchas sin pensar en nada.

—Pues que los americanos están introduciendo sus hilados en el mercado general, de modo que no nos queda más salida que producirlos a un precio más bajo. Si no podemos hacerlo, tendremos que cerrar el negocio de inmediato y a la calle todos, obreros y patronos. Pero estos estúpidos vuelven a los precios de hace tres años, mejor dicho, algunos de sus dirigentes citan ahora los precios de Dickinson, aunque saben tan bien como nosotros que, con las multas descontadas de los salarios como no lo haría ningún hombre honorable, más otros sistemas que al menos yo no me rebajo a poner en práctica, el salario real que se paga en Dickinson es inferior al nuestro. Te aseguro, madre, que me gustaría que siguieran en vigor las antiguas leyes de asociación. Ya es bastante lamentable ver que unos estúpidos, ignorantes y tozudos como estos hombres, simplemente uniendo sus ridículas y débiles ideas, pueden decidir sobre las fortunas de quienes aportan toda la sabiduría que pueden dar el conocimiento y la experiencia, y a menudo la penosa tarea de pensar y de preocuparse. Lo siguiente será que tengamos que ir a pedir trabajadores, quitarnos el sombrero y pedir humildemente al secretario del sindicato de tejedores que tenga la amabilidad de proporcionarnos trabajadores al precio estipulado por ellos; en realidad, ya casi hemos llegado a eso. Es lo que quieren ellos, que no tienen suficiente sentido común para ver que si no conseguimos una parte justa de los beneficios que nos compense por nuestros esfuerzos aquí en Inglaterra podemos trasladarnos a otro país; y que, teniendo en cuenta la competencia nacional y extranjera, no es probable que ninguno de nosotros consiga más que un beneficio, y podríamos darnos con un canto en los dientes si lo conseguimos un número medio de años.

—¿No puedes conseguir obreros en Irlanda? Yo no aguantaría a esos hombres ni un día más. Les demostraría quién es el dueño y que puedo emplear a los sirvientes que quiera.

—Sí, claro que puedo hacerlo. Y lo haré si siguen mucho tiempo. Será problemático y costoso, y me temo que también algo peligroso; pero lo haré antes que ceder.

—Si tiene que haber todos esos gastos extra, lamento dar ahora

precisamente una cena.

—Yo también, no por el gasto en sí sino porque tengo que pensar en muchas cosas y dedicar tiempo a solucionar imprevistos. Pero teníamos que ver al señor Horsfall, que no se quedará mucho en Milton. Y en cuanto a los demás, les debemos las cenas y estamos obligados.

Siguió paseando inquieto en silencio, aunque de vez en cuando daba un suspiro profundo, como si intentara desechar algún otro pensamiento preocupante. Fanny hizo a su madre numerosas preguntas que no tenían nada que ver con el tema que ocupaba su atención, como habría advertido una persona más prudente. No lamentó que llegaran los sirvientes a las diez para las oraciones. Siempre las dirigía su madre, que leía primero un capítulo. Ahora recorrían laboriosamente el Antiguo Testamento. Cuando acabaron las oraciones y su madre le dio las buenas noches con aquella mirada suya larga y fija, que no transmitía la ternura que abrigaba en su corazón pero que aun así tenía la intensidad de una bendición, el señor Thornton reanudó su paseo. Todos sus planes mercantiles habían sufrido un revés por la inminencia de la huelga, una parada súbita. La previsión, fruto de muchas horas de ansiedad, ya no servía de nada, se había ido al traste por el capricho insensato de los obreros, que se perjudicarían a sí mismos más que a él, aunque nadie pudiese poner coto a los daños que estaban causando. ¡Y aquellos hombres se consideraban capacitados para enseñar a los patronos a disponer de su capital! Hamper había dicho aquel mismo día que si se arruinaba por la huelga, empezaría de nuevo, consolándose con la idea de que quienes lo habían provocado todo se verían en una situación más difícil que él, ya que él tenía cabeza además de manos, mientras que ellos sólo tenían manos; y que si destruían su mercado, no podrían seguir en él ni recurrir a otra cosa. Pero eso no consolaba a Thornton. Tal vez la venganza no le proporcionara ningún placer; o tal vez valorara tanto la posición que había conseguido con el sudor de su frente que lamentaba profundamente verla en peligro por la ignorancia o la locura de otros, tan profundamente que no podía pensar cuáles serían las consecuencias de su comportamiento para ellos mismos. Caminaba de un lado a otro de la habitación, apretando los dientes de vez en cuando. Al final dieron las dos. Las velas titilaban en sus arandelas. Encendió la suya y masculló para sí:

«Sabrán de una vez por todas con quién tienen que tratar. Puedo darles quince días, ni uno más. Si en ese tiempo no comprenden su locura, traeré obreros de Irlanda. Creo que eso es lo que está haciendo Slickson, ¡malditos sean él y sus tretas! Creyó que tenía excedentes y simuló ceder al principio, cuando la delegación acudió a él y, por supuesto, no hizo más que reforzar su locura, tal como se proponía. De ahí se propagó».

Capítulo XIX

Las visitas del ángel

La señora Hale se interesó y se entretuvo curiosamente con la idea de la cena que iban a dar los Thornton. No dejaba de pensar en los detalles con cierta ingenuidad infantil, como el niño que desea que le describan de antemano los placeres que espera. Pero la vida monótona que llevan los enfermos los hace como niños, ya que ni unos ni otros tienen sentido de la medida de los acontecimientos y al parecer creen que las paredes y cortinas que separan su mundo cerrado del mundo exterior han de ser por fuerza más grandes que todo lo que queda más allá. Además, la señora Hale había tenido sus vanidades de niña; quizá se hubiera sentido excesivamente mortificada al convertirse en la esposa de un clérigo pobre; tal vez esas vanidades se hallasen sofocadas y contenidas pero no se hubieran extinguido. Disfrutaba con la idea de ver a Margaret vestida para una fiesta y hablaba de lo que debía ponerse con una preocupación exagerada que divertía a su hija, más habituada a los actos sociales en un solo año en Harley Street que su madre en veinticinco años en Helstone.

—Así que piensas llevar el de seda blanca. ¿Seguro que te quedará bien? ¡Hace casi un año que se casó Edith!

—¡Sí, mamá! Lo hizo la señora Murray y seguro que está bien. Tal vez un poco estrecho o ancho de cintura si he engordado o adelgazado. Pero creo que estoy exactamente igual.

—¿No será mejor que lo vea Dixon? A lo mejor se ha quedado amarillento de no usarlo.

—Como quieras, mamá Pero en el peor de los casos, tengo uno muy bonito de gasa rosa que me regaló tía Shaw sólo dos o tres meses antes de que se casara Edith. Ése no puede haberse puesto amarillo.

—¡No! Pero puede haberse descolorido.

—¡Bueno! Entonces tengo uno de seda verde. Esto me parece más bien tener demasiado para elegir.

—Ojalá supiera lo que deberías llevar —dijo la señora Hale, nerviosa.

La actitud de Margaret cambió al instante.

—¿Quieres que me los pruebe todos y así podrías ver el que te gusta más, mamá?

—Pues... ¡sí! Tal vez sea lo mejor.

Así que allá se fue Margaret. Al verse tan elegante a hora tan insólita, se sintió muy inclinada a gastar algunas bromas, como hacer una genuflexión de modo que su precioso globo de seda blanca semejava un queso y retirarse caminando hacia atrás como si su madre fuera la reina. Pero cuando se dio cuenta de que sus bromas se tomaban por interrupciones en un asunto muy serio y que como tales molestaban a su madre, en seguida adoptó una actitud seria y tranquila. No entendía qué se había apoderado del mundo (de su mundo) para armar tanto revuelo por su vestido. Pero cuando aquella misma tarde mencionó el compromiso a Bessy Higgins (a propósito de la sirvienta acerca de la que la señora Thornton había prometido informarse), también ella se agitó mucho con la noticia.

—¡Caramba!, ¿y va a ir a cenar a casa de los Thornton en Marlborough Mill?

—Sí, Bessy ¿Por qué te sorprende tanto?

—Bueno, no sé. Ellos se relacionan con la gente principal de Milton.

—Y crees que nosotros no somos en absoluto gente principal de Milton, ¿eh, Bessy?

Bessy se ruborizó un poco al ver que le leía tan fácilmente el pensamiento.

—Bueno —dijo—, verás, aquí tienen en muchísimo el dinero y creo que ustedes no son muy ricos.

—No —dijo Margaret—, eso es cierto. Pero somos personas cultas y hemos vivido entre personas cultas. ¿Hay algo tan sorprendente en que nos invite a cenar un hombre que se considera inferior a mi padre acudiendo a él para que le enseñe? No pretendo censurar al señor Thornton. Pocos dependientes de pañería, como él fue una vez, podrían haber llegado a lo que él.

—Pero ¿pueden ustedes corresponder a las cenas en su pequeña casa? La de Thornton es tres veces más grande.

—Bueno, creo que podríamos arreglarnos para corresponder a la cena del señor Thornton, como dices tú. Tal vez no en una estancia tan grande ni con tanta gente. Pero me parece que no nos lo hemos planteado así en ningún momento.

—Nunca pensé que cenaría usted con los Thornton —repitió Bessy—. Porque el mismo alcalde cena allí; hasta miembros del Parlamento y todo.

—Creo que podría soportar el honor de conocer al alcalde de Milton.

—¡Pero las señoras visten a lo grande! —dijo Bessy, mirando con gesto preocupado el vestido estampado de Margaret, que su mirada miltoniana

valoraba en siete peniques la vara.

Margaret soltó una risa alegre, y se le marcaron los hoyuelos.

—Gracias, Bessy, por preocuparte tanto por mi aspecto entre toda la gente elegante. Pero tengo muchos vestidos espléndidos. Hace una semana hubiera dicho que demasiados para cualquier cosa que volviera a necesitar. Pero como ahora tengo que ir a cenar a casa del señor Thornton, y quizá conozca al alcalde, me pondré el mejor de todos, te lo aseguro.

—¿Qué se pondrá? —preguntó Bessy, bastante aliviada.

—Seda blanca —contestó Margaret—. Un vestido que llevé en la boda de una prima hace un año.

—¡Perfecto! —dijo Bessy, recostándose en la silla—. No me gustaba pensar que la mirarían por encima del hombro.

—Bueno, me pondré elegante si eso impide que me miren por encima del hombro en Milton.

—Me gustaría verla vestida —dijo Bessy—. Creo que no es lo que la gente diría guapa; no es lo bastante sonrosada y blanca para eso. Pero ¿sabe?, soñaba con usted mucho antes de conocerla.

—¡Tonterías, Bessy!

—Pero es verdad. Su misma cara, mirando con sus ojos claros fijos en la oscuridad y el pelo retirado de la frente, y que le salían como rayos a su alrededor, tan suave y tersa como ahora, y siempre venía a darme fuerzas, que yo parecía sacar de sus profundos ojos reconfortantes, y llevaba una vestimenta brillante como la que va a llevar a la cena. Así que ya ve, ¿era usted!

—No, Bessy —dijo Margaret con dulzura—, fue sólo un sueño.

—¿Y por qué no voy a poder soñar yo un sueño en mi aflicción igual que otros? ¿No lo hacían muchos en la Biblia? ¡Sí, y también tenían visiones! Pero si hasta mi padre piensa mucho en los sueños. Se lo repito, la vi perfectamente, avanzaba rápidamente hacia mí, con el pelo hacia atrás por la misma rapidez con que se movía, exactamente igual que crece, como un poco separado; y el vestido blanco brillante que va a ponerse. Déjeme ir a verla con él. Quiero verla y tocarla tal como estaba en realidad en mi sueño.

—Pero Bessy, eso es sólo una fantasía tuya.

—Fantasía o no, ha venido, tal como sabía yo que haría, cuando vi su movimiento en mi sueño, y cuando está aquí conmigo, creo que me siento más tranquila y reconfortada, igual que reconforta el fuego un día desapacible. Ha dicho que era el veintiuno. Si Dios quiere iré a verla.

—¡Oh, Bessy! Claro que lo harás y serás muy bien recibida, pero no hables así que me entristece mucho. De verdad.

—Entonces me lo guardaré para mí, aunque tenga que morderme la lengua. Pero eso no quiere decir que no sea cierto.

Margaret guardó silencio. Al final dijo:

—Hablaemos de ello algún día si crees que es cierto. Pero ahora no. Dime, ¿ha dejado de trabajar tu padre?

—¡Sí! —dijo Bessy con tristeza, en un tono completamente distinto del que había empleado hasta entonces—. Él y muchos otros, todos los hombres de Hamper y muchos más. Y esta vez las mujeres están tan furiosas como los hombres. Los alimentos son caros, y tienen que dar de comer a sus hijos, lo sé. Suponga que los Thornton les mandasen su cena. ¡El mismo dinero empleado en patatas y harina calmaría el llanto de muchos niños y aliviaría un poco la angustia de sus madres!

—¡No hables así! —dijo Margaret—. Me haces sentir malvada y culpable por ir a esa cena.

—¡No! —dijo Bessy—. Algunas personas son elegidas para espléndidos banquetes y púrpuras y lino fino. Quizá sea usted una de ellas. Otros sudan y trabajan toda la vida y ni siquiera los perros son compasivos en nuestros días como lo eran en los tiempos de Lázaro. Pero si usted me pidiera que le refrescara la lengua con la punta del dedo, cruzaría para ello el gran abismo pensando en todo lo que ha hecho aquí por mí.

—Bessy, tienes mucha fiebre. Lo sé por el pulso y por lo que dices. No será suficiente división en ese día terrible el que unos hayamos sido mendigos aquí y otros hayamos sido ricos, no seremos juzgados por esa pequeña casualidad, sino por haber seguido fielmente a Jesucristo.

Margaret se levantó a buscar agua: humedeció en ella su pañuelo, refrescó la frente a Bessy y empezó a frotarle los pies helados. Bessy cerró los ojos y se dejó cuidar. Al final dijo:

—También usted habría perdido los cinco sentidos igual que yo si hubiera tenido que aguantar a los que vienen preguntando por mi padre y se quedan a contarme sus historias. Algunos hablan de odio mortal y dicen cosas tan horribles de los patronos que hacen que se me hiele la sangre en las venas; pero la mayoría, que son mujeres, sigue quejándose y quejándose (con las lágrimas rodándoles por las mejillas, sin molestarse en secárselas) del precio de la carne, de que sus hijos no pueden dormir por de noche por el hambre.

—¿Y creen que la huelga lo remediará? —preguntó Margaret.

—Eso dicen —repuso Bessy—. Dicen que el negocio ha ido bien durante

mucho tiempo, y que los patronos han hecho muchísimo dinero; padre no sabe cuánto, pero el sindicato sí, claro; y quieren su parte de los beneficios, como es natural, ahora que la comida está encareciendo. Y el sindicato dice que no cumplirían con su obligación si no consiguen que los patronos les den su parte. Pero la verdad es que los patronos nos llevan ventaja; y me temo que la mantengan ahora y siempre. Es como la gran batalla de Armagedón, la forma en que siguen resistiendo y luchando unos con otros hasta que incluso mientras luchan son arrojados al abismo.

En aquel momento, llegó Nicholas Higgins. Oyó las últimas palabras de su hija.

—¡Sí! Y yo también seguiré luchando; y lo conseguiré esta vez. No llevaré mucho hacerlos ceder, porque han aceptado un montón de encargos, todos con contrato, y pronto se darán cuenta de que es mejor que nos den nuestro cinco por ciento que perder el beneficio que conseguirían, y eso sin contar la multa por incumplimiento de contrato. ¡Ajá, señores míos! Yo sé quién ganará.

Su actitud hizo pensar a Margaret que había estado bebiendo, no tanto por lo que decía como por la agitación con que hablaba; y esa idea se vio confirmada por el evidente deseo que manifestó Bessy de que se marchara en seguida.

—El veintiuno cae en jueves —le dijo—. Iré a verla vestida para la cena de los Thornton. ¿A qué hora es?

—¡Thornton! —exclamó Higgins antes de que Margaret pudiera contestar—. ¿Va a ir a cenar a casa de Thornton? Pídale que brinde por el éxito de sus pedidos. Creo que para el veintiuno ya estará estrujándose la sesera para ver cómo los sirve a tiempo. Dígale que hay setecientos que irán a Marlborough Mills al día siguiente de que dé el cinco por ciento y le ayudarán a cumplir el contrato en un periquete. Estarán todos allí. Mi patrono Hamper. Él es de los chapados a la antigua. No sabe hablar con un hombre sin juramentos y maldiciones. Creo que se moriría si me hablara con educación. Claro que perro ladrador poco mordedor, y si quiere puede contarle que lo ha dicho uno de sus huelguistas. ¡Verá a un montón de fabricantes de primera en casa de Thornton! Ya me gustaría tener una charla con ellos cuando se sienten un poco más dispuestos a guardar silencio después de cenar y no pueden salir por patas. Les diría cuatro verdades. Les diría lo que se merecen por ponernos las cosas tan difíciles.

—¡Adiós! —dijo Margaret apresuradamente—. ¡Adiós, Bessy! Espero verte el veintiuno si te encuentras bien.

Los medicamentos y el tratamiento que había prescrito el doctor Donaldson a la señora Hale le sentaron tan bien al principio que no sólo ella

sino también Margaret empezaron a creer que tal vez se hubiera equivocado y que podría curarse. En cuanto al señor Hale, aunque nunca había tenido una idea clara de la gravedad de sus aprensiones, desechó sus temores con evidente alivio, demostrando así lo mucho que le había afectado vislumbrar la naturaleza de los mismos. Sólo Dixon seguía graznándole continuamente a Margaret al oído. Pero Margaret no hizo caso de sus malos augurios y concibió esperanzas.

Necesitaban aquel rayo de luz en casa, porque fuera incluso sus ojos legos captaban la lúgubre e inquietante atmósfera de descontento. El señor Hale había conocido a algunos trabajadores por su cuenta, y estaba deprimido por historias de sufrimiento y prolongada resistencia que le contaban. No se hubieran dignado a hablar de lo que tenían que soportar con alguien que, por su posición, pudiera haberlo entendido sin sus palabras. Pero allí estaba aquel hombre de un condado lejano, desconcertado por el funcionamiento del sistema en medio del cual se había visto arrojado, y todos deseaban que hiciera de juez y darle testimonio de los motivos de su irritación. El señor Hale llevaba luego toda la colección de agravios y se los exponía al señor Thornton para que él, con su experiencia de patrón, los ordenara y explicara su causa. Y lo hacía siempre, basándose en sólidos principios económicos, demostrando que, tal como funcionaba la industria, tenía que haber siempre un crecimiento y una disminución de la prosperidad comercial. Y que durante la disminución acababa en la ruina determinado número de patronos, y también de trabajadores. Y no volvían a aparecer entre las filas de los felices y prósperos. Hablaba como si esta consecuencia fuese tan absolutamente lógica que ni empleadores ni empleados tuviesen ningún derecho a quejarse si ése era su destino: el empresario tenía que retirarse de una carrera en la que ya no podía seguir, con la amarga sensación de fracaso e incompetencia, herido en la lucha, aplastado por los compañeros en su apresuramiento por hacerse ricos, desairado donde había sido respetado en otros tiempos, pidiendo humildemente empleo en vez de ofrecerlo con mano señorial. Por supuesto, al hablar así del destino que como patrono podría ser el suyo en las fluctuaciones del mercado, era improbable que tuviera más compasión por el de los obreros que se dejan de lado en el rápido e implacable cambio o mejora, que desearían echarse y desaparecer tranquilamente de un mundo que ya no los necesitaba, pero sentían que no podrían descansar en sus tumbas por los gritos persistentes de los seres amados y desvalidos que dejarían atrás, que envidiaban la fuerza del ave silvestre que puede alimentar a sus crías con la sangre de su propio corazón. El espíritu de Margaret se rebelaba contra él cuando razonaba de esa forma, como si el mercado lo fuera todo y la humanidad no fuera nada. No podía agradecerle la amabilidad individual que le llevaría aquella misma tarde a ofrecerle (ni la delicadeza que le hizo comprender que debía ofrecérselo a ella en privado) lo que fuese para la enfermedad de lo que su propia riqueza o

la previsión de su madre les habían hecho acumular en la casa y que, como sabía por el doctor Donaldson, la señora Hale podría necesitar. Su presencia, después de la forma en que había hablado, el hacerle recordar la muerte que en vano intentaba convencerse de que aún podría alejarse de su madre, todo ello crispaba a Margaret cuando le miraba y le escuchaba. ¿Qué derecho tenía él a ser la única persona, aparte del doctor Donaldson y de Dixon, que conocía el terrible secreto que ella ocultaba en el rincón más oscuro y sagrado de su corazón, sin atreverse a examinarlo a menos que invocara la fuerza divina para soportar la idea de que algún día no muy lejano llamaría a su madre y no llegaría ninguna respuesta de la oscuridad silenciosa y sombría? Pero él lo sabía todo. Ella lo vio en su mirada compasiva. Lo oyó en su voz trémula y grave. ¿Cómo conciliar aquella mirada y aquella voz con su lógica dura e implacable al exponer los axiomas mercantiles y desarrollarlos serenamente hasta sus últimas consecuencias? Esa discrepancia la irritaba inexplicablemente. Y aún más por el creciente sufrimiento de que le había hablado Bessy. El padre, Nicholas Higgins, hablaba de otra forma, por supuesto. Él era miembro del comité sindical y aseguraba conocer secretos de los que los extraños nada sabían. Lo dijo de una forma más expresa y específica la misma víspera de la cena de la señora Thornton, cuando Margaret fue a hablar con Bessy y lo encontró discutiendo el tema con Boucher, el vecino a quien había oído mencionar con frecuencia, bien por despertar la compasión de Higgins, como obrero poco hábil con una familia numerosa que mantener, o bien por indignar a su vecino más enérgico y optimista por su falta de lo que éste llamaba espíritu. La exaltación de Higgins era muy evidente cuando llegó Margaret. Boucher estaba de pie, con ambas manos apoyadas en la repisa de la chimenea, bastante alta, balanceándose ligeramente sobre el apoyo que le proporcionaban de ese modo los brazos, y mirando ferozmente el fuego con una especie de desesperación que crispaba a Higgins, aunque le llegaba al alma. Bessy se balanceaba enérgicamente en la mecedora, como solía hacer cuando estaba nerviosa (algo que, para entonces, Margaret ya había advertido). Su hermana Mary se estaba atando el sombrero con lazadas grandes y desmañadas (como correspondía a sus dedos grandes y torpes) para ir al trabajo, gimoteando y sin duda deseando perder de vista cuanto antes aquella escena que la angustiaba.

Margaret apareció entonces. Vaciló un momento en la puerta, y luego se llevó un dedo a los labios y se acercó sigilosamente a sentarse en el sofá junto a Bessy. Nicholas la vio entrar y la saludó con un cabeceo brusco pero no hostil. Mary aprovechó encantada que la puerta estaba abierta y se apresuró a salir de casa, echándose a llorar en cuanto se vio lejos de la presencia de su padre. John Boucher fue el único que no se fijó en quién entraba y quién salía.

—Es inútil, Higgins. Ella no puede vivir mucho así. Se está consumiendo, y no por falta de carne para ella misma, sino porque no puede soportar ver

pasar hambre a los pequeños. ¡Sí, hambre! Cinco chelines semanales pueden bastarte a ti que sólo tienes dos bocas que alimentar, y una de ellas es ya una muchacha que puede ganarse el pan. Para nosotros es la miseria. Y te lo aseguro, si ella muere antes de que consigamos el cinco por ciento, tal como me temo que pasará, les tiraré el dinero a la cara a los patronos y les diré: «¡Malditos seáis vosotros y todo vuestro mundo cruel que me ha robado la mejor esposa que haya dado hijos a un hombre!». Y te aseguro, amigo, que os odiaré a ti y a toda la caterva del sindicato. Sí, y te perseguiré con mi odio por cielo y tierra, ¡lo haré, amigo! Lo haré... si me llevas por mal camino en este asunto. Nicholas, tú mismo dijiste el miércoles de la semana pasada, y estamos a martes de la segunda semana, que antes de quince días los patronos nos estarían suplicando que volviéramos al trabajo, con nuestro salario, y el tiempo casi se ha terminado, y tenemos a nuestro pequeño Jack en la cama tan débil que no puede gritar pero que llora a cada poco a lágrima viva por falta de comida, nuestro pequeño Jack, ¡te lo aseguro, amigo! Ella no ha levantado cabeza desde que él nació, y lo quiere más que a su propia vida tal como es, porque sé que me ha costado ese precio valiosísimo, nuestro pequeño Jack, que me despertaba cada mañana buscando con sus labios en mi cara áspera y horrorosa, buscando un lugar suave para besarme, y se está muriendo de hambre. —Los grandes sollozos impidieron seguir hablando al pobre hombre y Nicholas alzó la vista hacia Margaret con los ojos llenos de lágrimas, antes de reunir fuerzas para hablar.

—Aguanta, hombre. El pequeño Jack no pasará hambre. Tengo dinero y le compraremos un poco de leche y una buena hogaza ahora mismo. Lo mío es tuyo si lo necesitas, ya lo sabes. ¡Pero no te desanimes, hombre! —añadió, buscando a tientas el dinero en una lata de té—. Te apuesto el alma y el corazón a que ganamos pese a todo, sólo tenemos que aguantar otra semana y ya verás cómo vienen a suplicarnos que volvamos a los talleres. Y el sindicato se ocupará (es decir, yo) de que tengas lo suficiente para los niños y la señora, así que no te acobardes y vayas a pedir trabajo a los tiranos.

Boucher se volvió al oír esas palabras: tenía la cara tan pálida, demacrada, surcada de lágrimas y tan llena de desesperación que su misma calma hizo llorar a Margaret.

—Sabes muy bien que un tirano peor de lo que hayan sido nunca los patronos dice: «Muere de hambre, y deja que mueran todos de hambre, antes de atreverte a ir contra el sindicato». Lo sabes muy bien, Nicholas, porque eres uno de ellos. Podéis ser buenos cada uno por separado, pero juntos no os apiadáis de un hombre más de lo que lo haría un lobo feroz enloquecido por el hambre.

Nicholas tenía la mano en la manilla de la puerta. Se detuvo y se volvió hacia Boucher, que le seguía de cerca.

—Bien sabe Dios que hago lo que creo que es mejor para ti y para todos nosotros. Si obro mal creyendo que obro bien, la culpa es suya que me ha dejado donde estoy en la ignorancia. He pensado hasta que me dolían los sesos, créeme, John, lo he hecho. Y lo repito, no tenemos más remedio que confiar en el sindicato. ¡Lo conseguirán, ya lo verás!

Margaret y Bessy no habían abierto la boca. Habían contenido el suspiro que sus respectivas miradas indicaban a la otra que les brotaba del fondo del corazón. Bessy dijo al final:

—Creía que no volvería a oír a mi padre invocar a Dios. Pero usted le ha oído decir «¡Bien sabe Dios!».

—¡Sí! —contestó Margaret—. Déjame traerte el dinero que pueda conseguir, y algo de comida para los hijos de ese pobre hombre. Que no se enteren de que no procede de tu padre. Será poco.

Bessy se recostó sin prestar atención a lo que decía Margaret. No lloraba, sólo temblaba jadeante.

—Mi corazón se ha quedado sin lágrimas —dijo—. Boucher ha venido estos días pasados a contarme sus problemas y sus temores. El pobre es muy apocado, ya lo sé, pero no deja de ser un hombre. Y aunque me he enfadado muchas veces con él y con su mujer, que no sabe organizarse mejor que él, sin embargo, verá, no todas las personas tienen juicio, pero Dios permite que vivan, sí, y les da a alguien a quien amar y que los ame, tan bien como Salomón. Y si la pena hace sufrir a aquellos a quienes aman, les duele tanto como le dolía a Salomón. No sé. Quizá esté bien que alguien como Boucher tenga el sindicato que se cuida de él. Pero me gustaría ver a los hombres que forman el sindicato y ponerlos uno a uno cara a cara con Boucher. Creo que si le escucharan le dirían (si los pillara de uno en uno) que volviera al trabajo y aceptara lo que fuera, aunque no fuese lo que piden ellos.

Margaret siguió sentada en silencio. ¿Cómo iba a poder volver a sus comodidades y olvidar la voz de aquel hombre, con el tono de desesperación indescriptible que explicaba mejor que sus palabras lo que tenía que sufrir? Sacó el monedero. No llevaba en él mucho que pudiese considerar suyo, pero se lo dio a Bessy sin hablar.

—Gracias. Muchos no tienen más, y no están tan mal, al menos no lo demuestran como él. Pero padre no dejará que pasen necesidad ahora que lo sabe. Verá, Boucher se ha hundido por los hijos, y por ella, que es tan enfermiza; todo lo que podían empeñar ha desaparecido este último año. No se crea que habríamos dejado que pasaran hambre, aunque estemos todos un poco agobiados. Si los vecinos no se ayudan, ya me dirá quién va hacerlo. — Parecía que Bessy quería que Margaret no pensara que no tenían voluntad y,

hasta cierto punto, medios de ayudar a quien era evidente que creía que debían ayudar ellos. Prosiguió—: Además, padre está segurísimo de que los patronos cederán en los próximos días, no pueden resistir mucho más. Pero se lo agradezco igual, se lo agradezco por mí misma tanto como por Boucher, porque esto hace que la aprecie todavía más.

Bessy parecía mucho más tranquila aquel día, pero demasiado lánguida y agotada. Margaret se asustó al ver lo fatigada y débil que estaba cuando acabó de hablar.

—No, todavía no es la muerte —dijo Bessy—. He pasado una noche espantosa de sueños, o algo parecido a los sueños, porque estaba completamente despierta, y estoy medio mareada todo el día, sólo ese pobrecillo me ha animado. ¡No!, no es la muerte todavía, aunque no anda muy lejos. Sí, tápeme, a lo mejor duermo un poco, si me deja la tos. Buenas noches, buenas tardes, debería decir, pero hace un día tan oscuro y brumoso...

Capítulo XX

Hombres y caballeros

Margaret regresó a casa tan apenada y pensativa con lo que había visto y oído que no sabía cómo animarse para atender los deberes que le aguardaban, la necesidad de mantener un constante flujo de conversación para su madre que, ahora que no podía salir, esperaba que el regreso de Margaret del más corto paseo le llevara siempre alguna noticia.

—¿Y puede tu amiga trabajadora venir el jueves a verte vestida?

—Estaba tan enferma que no se me ocurrió preguntárselo —contestó Margaret compungida.

—¡Vaya por Dios! Parece que todo el mundo está enfermo ahora —dijo la señora Hale, con un poco de la envidia que es capaz de sentir un enfermo por otro—. Pero tiene que ser muy triste estar enferma en uno de esos barrios pobres. —Se impuso entonces su carácter bondadoso y volvieron los antiguos hábitos de Helstone—. Ya es bastante malo aquí. ¿Qué podrías hacer por ella, Margaret? El señor Thornton me ha enviado un poco de su oportuno añejo mientras estabas fuera. ¿Crees que le sentaría bien una botella?

—¡No, mamá! Y no creo que sean muy pobres. Al menos, no hablan como si lo fueran; y, de todos modos, lo que tiene Bessy es consunción, no querrá vino. Podría llevarle algunas conservas de fruta de nuestro querido Helstone. ¡No! Hay otra familia a la que me gustaría ayudar... Ay, mamá, ¿cómo voy a

ponerme mis mejores galas para ir a fiestas elegantes tan tranquila con lo que he visto hoy? —exclamó Margaret, rebasando los límites que se había impuesto antes de llegar contándole a su madre lo que había visto y oído en casa de los Higgins.

La señora Hale se afligió mucho. Se sintió impaciente y disgustada hasta que pudo hacer algo. Mandó a Margaret que llenara un cesto en la misma sala para enviarlo a casa de Higgins y luego a la otra familia. Casi se enfadó con ella por decir que no importaba que no llegara hasta el día siguiente por la mañana, porque sabía que Higgins se había ocupado de atender sus necesidades inmediatas y ella misma había dado dinero a Bessy para ellos. La señora Hale la llamó insensible y no se dio un respiro hasta que enviaron el cesto a la casa. Entonces dijo:

—No sé si no habremos obrado mal, después de todo. La última vez que vino el señor Thornton dijo que no son verdaderos amigos los que contribuyen a prolongar la lucha ayudando a los huelguistas, ¿no es así?

La señora Hale planteó la pregunta a su esposo cuando subió después de dar la clase al señor Thornton, que había acabado en conversación como de costumbre. A Margaret no le preocupaba que sus regalos prolongaran la huelga. Su estado de nerviosismo le impedía pararse a pensarlo.

El señor Hale escuchó y procuró mantenerse tan sereno como un juez. Recordó todo lo que había parecido tan claro hacía menos de media hora al salir de labios del señor Thornton. Luego llegó a una conclusión poco convincente: su esposa y su hija no sólo habían obrado bien en aquel caso, sino que no veía cómo podían haber obrado de otra forma. No obstante, como norma general, era muy cierto lo que decía el señor Thornton, ya que si la huelga se prolongaba, acabaría obligando a los patronos a contratar obreros de fuera, siempre que el resultado final no fuese, como tantas otras veces, la invención de alguna máquina que permitiera prescindir de los obreros. Así que era evidente que el mayor bien que se podía hacer era negarles toda la ayuda que respaldara su locura. Y en cuanto a aquel Boucher, lo primero que haría al día siguiente por la mañana sería ir a verlo e intentaría averiguar qué podían hacer por él.

El señor Hale fue a ver a Boucher al día siguiente por la mañana, tal como se había propuesto. No lo encontró en casa, pero tuvo una larga conversación con su esposa y le prometió pedir una orden de hospitalización para ella. Vio las abundantes viandas, enviadas por la señora Hale y consumidas bastante pródigamente por los niños, que eran los amos absolutos en ausencia de su padre, y regresó con un relato más reconfortante y alentador de lo que Margaret se había atrevido a esperar. En realidad, lo que ella había contado la noche anterior había predisposto a su padre para encontrar una situación

mucho peor, por lo que él se la describió luego mejor de lo que era en realidad.

—Pero volveré a ver al marido —concluyó el señor Hale—. Todavía no sé cómo comparar sus viviendas con las casas rurales de Helstone. Aquí tienen muebles que los trabajadores agrícolas nunca podrían comprar, y alimentos que ellos considerarían lujo. Pero ahora que estas familias no cuentan con el salario semanal, parece que no tienen más recurso que la casa de empeños. Aquí en Milton habría que aprender otro lenguaje y medirlo todo con otros parámetros.

También Bessy se encontraba bastante mejor aquel día. Sin embargo, seguía tan débil que parecía haber olvidado su deseo de ver a Margaret vestida para la fiesta, si es que no había sido, en realidad, el deseo febril de un estado semidelirante.

Margaret no pudo por menos que comparar aquella extraña vestimenta suya para ir a donde no deseaba —teniendo como tenía tantos motivos de congoja— con los modelos alegres y juveniles que vestían Edith y ella hacía poco más de un año. Pero el único placer que le proporcionaba ahora engalanarse era pensar que su madre disfrutaría viéndola arreglada. Se ruborizó cuando Dixon abrió la puerta de la sala y reclamó admiración:

—La señorita Hale está muy guapa, ¿verdad? El coral de la señora Shaw no podía quedar mejor. Da el toque de color perfecto, señora. Si no, estaría demasiado pálida, señorita Hale.

Margaret tenía el cabello negro demasiado tupido para llevarlo trenzado. Hacía falta enrollarlo bien formando rodetes sedosos apretados que le ceñían la cabeza como una corona y se unían formando un moño espiral detrás. Lo sujetaban dos prendedores grandes de coral, del tamaño de pequeños dardos. Las mangas de seda blanca del vestido se recogían con tiras del mismo género, y llevaba al cuello, justo bajo la base de su garganta curvada y blanca como la nieve, el collar de coral grueso.

—¡Oh, Margaret! Cuánto me gustaría ir contigo a una de las antiguas reuniones de Barrington, llevándote como solía llevarme a mí lady Beresford.

Margaret besó a su madre por aquel ligero arrebató de vanidad maternal; pero estaba tan triste que no pudo sonreír.

—Preferiría quedarme en casa contigo; lo preferiría con mucho, mamá.

—¡Tonterías, cariño! Procura fijarte bien en todo. Me gustaría saber cómo organizan estas cosas en Milton. Sobre todo el segundo plato, cariño. A ver qué toman en lugar de caza.

La señora Hale habría sentido más que interés, se habría asombrado, si hubiera visto la suntuosidad de la mesa. Con su refinado gusto londinense,

Margaret consideró agobiante la abundancia de manjares. Hubiese bastado la mitad y el efecto hubiera resultado así más ligero y más elegante. Pero una de las estrictas normas de hospitalidad de la señora Thornton era que de cada plato exquisito se sirviera lo suficiente para que todos los invitados lo probaran si les apetecía. Despreocupada hasta la frugalidad en sus hábitos cotidianos, se enorgullecía de ofrecer un festín a los pocos invitados suyos a quienes les gustaba. Su hijo compartía este parecer. No había conocido nunca otra forma de relación social (aunque podría haberla imaginado y tenía capacidad para disfrutarla) más que la que se basaba en un intercambio de banquetes, e incluso ahora, aunque se negaba a sí mismo el gasto personal de un penique innecesario y había lamentado más de una vez que hubieran enviado las invitaciones para aquella cena, aun así, como tenía que hacerse, le complacía contemplar la magnificencia de todo.

Margaret y su padre fueron los primeros en llegar. El señor Hale se molestó en llegar puntualmente a la hora indicada. La señora Thornton y Fanny estaban solas en la sala de arriba. Habían retirado todas las fundas y la estancia resplandecía con el damasco amarillo de seda y una alfombra floreada radiante. Todos los rincones parecían llenos de adornos hasta el punto de fatigar la vista, y contrastaban extrañamente con la fealdad desnuda del gran almacén, cuyas puertas estaban abiertas para que entraran los coches. La fábrica se alzaba imponente a la izquierda de las ventanas, proyectando la sombra de sus muchas plantas que oscurecía prematuramente el atardecer estival.

—Mi hijo estaba ocupado hasta última hora por el trabajo. No tardará en llegar, señor Hale. ¿Quieren tomar asiento, por favor?

El señor Hale estaba de pie junto a una ventana cuando habló la señora Thornton. Se volvió y dijo:

—¿No les resulta un poco molesta a veces la proximidad de la fábrica?

Ella se acercó:

—Nunca. No me he vuelto tan delicada como para querer olvidar el origen de la riqueza y el poder de mi hijo. Además, no hay otra fábrica igual en Milton. Una sala tiene doscientas veinte yardas cuadradas.

—Lo decía por el humo y el ruido, ¡el constante ir y venir de los obreros tiene que ser fastidioso!

—¡Estoy de acuerdo con usted, señor Hale! —dijo Fanny—. Siempre huele a maquinaria de vapor y a grasa, y el ruido es absolutamente ensordecedor.

—Yo he oído ruido mucho más ensordecedor al que llaman música. La

sala de máquinas queda al final de la calle de la fábrica; sólo se oye en verano, cuando abren todas las ventanas. Y en cuanto al constante murmullo de los obreros, no me molesta más que el zumbido de un enjambre de abejas. Si alguna vez pienso en ello, lo relaciono con mi hijo y me doy cuenta de que todo le pertenece a él y de que él es el jefe que lo dirige. Ahora mismo no se oye ningún ruido de la fábrica. Los obreros han sido tan ingratos como para parar, tal vez se haya enterado. Precisamente el asunto que les comentaba antes del que tenía que ocuparse era de las medidas que va a tomar para enseñarles cuál es su sitio.

Su expresión siempre severa se intensificó al decir esto, mostrando una cólera sombría. Y no se disipó cuando el señor Thornton entró en la habitación, pues ella percibió en él al instante el peso de la inquietud y la preocupación que no podía quitarse de encima, aunque saludó a sus invitados con actitud animosa y cordial. Estrechó la mano a Margaret. Él sabía que era la primera vez que sus manos se unían, aunque ella no fuese en absoluto consciente de tal hecho. Preguntó por la señora Hale y escuchó el informe optimista y esperanzador del señor Hale. Miró a Margaret para determinar hasta qué punto coincidía ella con su padre, y no vio en su rostro ningún gesto discrepante. Y mientras la miraba con esta intención, le impresionó de nuevo su gran belleza. Nunca la había visto vestida así, y sin embargo le pareció que aquella elegancia era tan propia de su noble figura y de su majestuosa serenidad que debería ir siempre así ataviada. Estaba hablando con Fanny; no podía oír de qué. Pero advirtió que su hermana se arreglaba continuamente una u otra parte del vestido con impaciencia, y que sus ojos saltaban de un lado a otro sin ningún propósito en su observación; y los comparó inquieto con los grandes ojos serenos que miraban firmes de frente a un objeto como si su luz emitiera un suave influjo de reposo: las curvas de sus labios rojos, separados sólo por el interés de oír lo que decía su interlocutora, la cabeza un poco inclinada hacia delante, formando una larga y amplia curva desde la parte superior, donde la luz iluminaba el cabello negro azabache, hasta la punta marfileña del hombro; los brazos blancos torneados, y las manos ahusadas, posadas ligeramente una sobre otra y absolutamente inmóviles en su quietud perfecta. El señor Thornton suspiró al abarcar todo esto en una de sus súbitas y amplias miradas. Y luego dio la espalda a las jóvenes y se entregó, con esfuerzo pero en cuerpo y alma, a conversar con el señor Hale.

Fueron llegando los demás invitados. Fanny dejó a Margaret para ayudar a su madre a recibirlos. El señor Thornton advirtió que nadie hablaba con Margaret ya y ese aparente abandono le inquietó. Pero no se acercó a ella en ningún momento; no la miró. Aunque estaba atento a lo que hacía o dejaba de hacer que a los movimientos de ninguna otra persona de la estancia. Margaret estaba tan ajena a sí misma y se divertía tanto observando a los demás que no se fijó en si pasaba inadvertida o no. Alguien la acompañó al comedor. No

entendió su nombre, y no le pareció muy dispuesto a conversar con ella. Los caballeros mantenían una conversación muy animada. Las damas, en general, guardaban silencio concentrándose en tomar nota de la cena y criticar los vestidos de las otras. Margaret captó la idea de la conversación general, se interesó y prestó atención. El señor Horsfall, el forastero cuya visita a la ciudad había sido el motivo original de la fiesta, hacía preguntas sobre la industria y las fábricas del lugar. Y los demás caballeros (todos hombres de Milton) le contestaban y le daban explicaciones. Surgió cierta disputa, que fue acaloradamente debatida. Se consultó al señor Thornton, que apenas había hablado hasta entonces, pero que dio su opinión, cuyas bases fueron tan claramente expuestas que hasta los adversarios cedieron. Margaret concentró así la atención en él; su actitud general, como dueño de la casa y anfitrión de sus invitados era tan franca, pero tan sencilla y modesta, que resultaba totalmente digna. Margaret pensó que nunca le había visto en situación tan ventajosa. Cuando había ido a su casa, siempre había habido algo, o bien entusiasmo excesivo o aquella especie de enojo ofendido que parecía dispuesto a presuponer que se le juzgaba injustamente y sin embargo se sentía demasiado orgulloso para intentar hacerse entender mejor. Pero allí, entre sus colegas, no había la menor duda en cuanto a su posición. Todos ellos le consideraban un hombre de carácter fuerte y poderoso en muchos sentidos. No tenía que esforzarse en ganarse su respeto. Ya contaba con él; y lo sabía. Y esa certeza daba a su voz y a su actitud una gran serenidad que Margaret no había advertido nunca.

No estaba acostumbrado a hablar con las damas; y lo que decía era un poco ceremonioso. Con Margaret no habló en absoluto. Ella se sorprendió al pensar lo bien que lo había pasado en la cena. Ya sabía lo suficiente para comprender muchos asuntos locales, incluso algunos de los términos técnicos que empleaban los impetuosos fabricantes. Participó de forma resuelta en silencio en el tema que discutían. De todos modos, hablaban con enérgica franqueza y no de la forma cansina que tanto la aburría en las antiguas fiestas de Londres. Le extrañó que hablando tanto de las manufacturas y la industria del lugar no hicieran ninguna alusión a la huelga inminente. Aún no sabía con cuánta tranquilidad tomaban los patronos aquellas cosas, que tenían sólo un final posible. Por supuesto, los obreros se estaban labrando su propia ruina, como habían hecho tantas veces. Pero si eran tan estúpidos como para ponerse en manos de una pandilla de delegados sinvergüenzas a sueldo, tendrían que aceptar las consecuencias. Algunos pensaban que Thornton parecía desanimado, y tenía bastante que perder con la huelga. Pero eso era algo que podía ocurrirles a ellos mismos cualquier día. Y Thornton era tan bueno como el que más para solucionarlo. Porque era un tipo tan fuerte como cualquiera de Milton. Los obreros se habían equivocado de hombre probando aquella artimaña con él. Y se reían entre dientes imaginando el fracaso y el asombro

de los obreros que pretendían modificar un ápice lo que había decretado Thornton.

Margaret se aburrió bastante en la sobremesa. Se alegró cuando llegaron los hombres, no sólo porque captó la mirada de su padre para sacarla de su somnolencia, sino también porque podría escuchar algo más interesante que las nimiedades de las que habían estado hablando las señoras. Le agradaba el jubiloso sentimiento de poder que tenían aquellos hombres de Milton. Podía ser bastante extravagante en su manifestación, y un tanto presuntuoso; pero aun así, parecían desafiar los viejos límites de lo posible, en una especie de embriaguez sutil causada por el recuerdo de lo que se había conseguido y de lo que se conseguiría. Aunque en sus momentos más fríos no aprobara su espíritu en todo, aun así había muchos aspectos admirables en aquel olvido de sí mismos y del presente, en los triunfos que se prometían sobre toda la materia inanimada aunque ninguno de ellos viviría para verlo. Se sobresaltó al oír al señor Thornton a su lado, que le decía:

—Me pareció qué estaba de nuestro lado en la discusión durante la cena, ¿no es así, señorita Hale?

—Por supuesto. Aunque en realidad sé muy poco del tema. Sin embargo, me sorprendió enterarme por lo que dijo el señor Horsfall de que hay otros que piensan de forma diametralmente opuesta, como el señor Morison al que mencionó. No será un caballero, ¿verdad?

—No soy en modo alguno la persona adecuada para determinar la caballerosidad de nadie, señorita Hale. Verá, no entiendo bien su aplicación de la palabra. Pero diría que ese Morison no es un hombre de bien. No sé quién es; sólo le juzgo por la información del señor Horsfall.

—Creo que mi «caballero» corresponde a su «hombre de bien».

—Y a muchísimo más, querrá decir. No estoy de acuerdo. Para mí un hombre es un ser muy superior y más consumado que un caballero.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Margaret—. Creo que entendemos las palabras de distinta forma.

—A mi modo de ver, «caballero» es un término que sólo describe a una persona en su relación con los demás; pero cuando digo que alguien es «un hombre», no sólo lo considero en relación con sus semejantes, sino en relación consigo mismo, con la vida, el tiempo, la eternidad. La entereza, la fortaleza, la fe de náufrago solitario como Robinson Crusoe, de un prisionero encerrado en un calabozo para siempre, incluso de un santo de Patmos, se define mejor si decimos que es «un hombre». Yo estoy bastante harto de la palabra «caballeroso», que me parece que se emplea unas veces de forma impropia y otras, con demasiada frecuencia, distorsionando exageradamente el

significado, sin reconocer la sencillez del sustantivo «hombre» y del adjetivo «humano», lo que me induce a considerarlo parte de la hipocresía imperante.

Margaret reflexionó un momento. Pero antes de que pudiera expresar su lenta conclusión, reclamaron al señor Thornton algunos impacientes fabricantes, cuya conversación no podía oír ella, aunque imaginó su importancia por las respuestas breves y claras que daba él, que se puso serio y firme al oírse el estruendo de un cañón de salvas a lo lejos. Era evidente que estaban hablando de la huelga y de cuál sería el mejor curso a seguir. Oyó decir al señor Thornton:

—Eso ya se ha hecho.

Llegó luego un murmullo apresurado, al que se unieron dos o tres.

—Se han tomado todas esas medidas.

El señor Slickson planteó algunas dudas y citó algunos problemas, tomando del brazo al señor Thornton para recalcar mejor sus palabras. El señor Thornton se apartó un poco, arqueó levemente las cejas y repuso:

—Yo me arriesgo. No tienen por qué participar si no quieren.

Expusieron otros temores.

—No me asusta algo tan ruin como la agitación incendiaria. Somos enemigos declarados; y puedo protegerme de la violencia que preveo. Y protegeré a todos los que acudan a pedirme trabajo, por supuesto. Ellos conocen mi determinación tan bien como ustedes.

El señor Horsfall le apartó un poco a un lado, según supuso Margaret, para hacerle algunas otras preguntas sobre la huelga; pero, en realidad, era para informarse de quién era ella, tan serena, tan majestuosa y tan bella.

—¿Una dama de Milton? —le preguntó, cuando le dijo el nombre.

—¡No! Del sur de Inglaterra, de Hampshire, creo —fue la respuesta fría e indiferente del señor Thornton.

La señora Slickson estaba interrogando a Fanny sobre el mismo tema.

—¿Quién es esa joven tan guapa de aspecto tan distinguido? ¿Es hermana del señor Horsfall?

—¡Santo cielo, qué va! Aquél es el señor Hale, su padre, el que está hablando con el señor Stephens. Da clases; es decir, instruye a los jóvenes. Mi hermano lo ve dos veces por semana y por eso pidió a mamá que los invitara, para que se dé a conocer. Creo que tenemos algunos de sus folletos, si le interesan.

—¡El señor Thornton! ¿De verdad tiene tiempo para estudiar con un tutor

con su trabajo y encima esta huelga abominable?

La actitud de la señora Slickson no permitía determinar a Fanny si debía enorgullecerse o avergonzarse de la conducta de su hermano; y, como todos los que toman las opiniones de otros por norma de las propias, solía avergonzarse de cualquier comportamiento singular. Su vergüenza se vio interrumpida por la dispersión de los invitados.

Capítulo XXI

La noche oscura

Margaret y su padre volvieron a casa caminando. La noche era espléndida, las calles estaban despejadas y, con su precioso vestido de seda blanca «alzado hasta la rodilla» como el de satén verde de Leezie Lindsay en la balada, se fue con su padre dispuesta a saltar con el estímulo del aire puro y fresco de la noche.

—Creo que Thornton no las tiene todas consigo respecto a la huelga. Parecía muy preocupado esta noche.

—Lo extraño sería que no lo estuviera. Aunque habló con los otros con su calma habitual cuando sugirieron diferencias justo antes de que nos marcháramos.

—Hizo lo mismo en la sobremesa. Sería muy difícil que dejara de hablar con su calma habitual. Pero parece preocupado.

—Yo en su lugar también lo estaría. Tiene que estar al tanto de la creciente cólera y el odio apenas sofocado de sus obreros, que le consideran todos un «hombre duro» en el sentido bíblico, no tanto injusto como insensible; de juicio claro, que insiste en sus «derechos» como ningún ser humano debería hacerlo considerando lo que nosotros y nuestros nimios derechos somos a ojos del Todopoderoso. Me alegra que pienses que parece preocupado. Cuando recuerdo la actitud y las palabras casi demenciales de Boucher no soporto la frialdad con que habló el señor Thornton.

—En primer lugar, yo no estoy tan seguro como tú de la absoluta penuria de ese Boucher. No dudo que no tuviera nada de momento. Pero hay siempre una misteriosa provisión de dinero de los sindicatos. Y, por lo que dices, es evidente que es un hombre de carácter apasionado y efusivo y que expresó libremente cuanto sentía.

—¡Vamos, papá!

—Bueno, yo sólo quería hacer justicia al señor Thornton. En mi opinión, su carácter es completamente distinto. Es un hombre que no tiene a gala en absoluto demostrar sus sentimientos. Precisamente el carácter que yo creía que admirarías tú, Margaret.

—Y lo hago, o debería hacerlo. Sólo que no estoy tan segura como tú de la existencia de esos sentimientos. Es un hombre de gran fuerza de carácter y de inteligencia excepcional, si consideramos las escasas oportunidades que ha tenido.

—No tan escasas. Ha llevado una vida práctica desde edad muy temprana; se ha visto obligado a ejercitar el juicio y el dominio de sí mismo. Todo eso desarrolla una parte del intelecto. Claro que necesita cierto conocimiento del pasado, que constituye la verdadera base para hacer conjeturas sobre el futuro. Pero es consciente de esa carencia, lo cual ya es mucho. Estás totalmente predispuesta contra el señor Thornton, Margaret.

—Es el primer ejemplar de fabricante, de persona dedicada al comercio, que tengo ocasión de estudiar, papá. Es como si fuera la primera aceituna que pruebo, permíteme torcer el gesto mientras decido si me gusta. Sé que es bueno en su género y que acabará gustándome. Prefiero pensar que ya está empezando a hacerlo. Me interesó mucho lo que hablaban los caballeros aunque no entendí ni la mitad. Lamenté de veras que la señorita Thornton me llevara al otro extremo de la habitación, diciéndome que estaba segura de que me incomodaba ser la única dama entre tantos caballeros. Yo estaba tan concentrada escuchando que ni siquiera se me había ocurrido semejante idea. ¡Y las señoras eran tan aburridas, papá, oh, qué pesadas! Aunque creo que estuvo bien de todos modos. Me recordaba nuestro antiguo juego de pensar muchos nombres para formar una frase.

—¿A qué te refieres, hija? —preguntó el señor Hale.

—Verás, empleaban nombres que eran símbolos de cosas que denotan riqueza, como ama de llaves, ayudantes de jardinero, dimensiones de espejos, encaje valioso, diamantes y demás; y cada una elaboraba su discurso empleándolos de la forma más casual posible.

—Te sentirás igualmente orgullosa de tu única sirvienta cuando la tengas, si es cierto lo que dice de ella la señora Thornton.

—No lo dudo en absoluto. Me sentía muy hipócrita esta noche allí sentada con mi traje de seda blanco mano sobre mano cuando recordaba el meticuloso trabajo doméstico que había hecho hoy. Me tomaron por una dama fina, estoy segura.

—Incluso yo me equivoqué hasta el punto de parecerme que eras una dama, cariño —dijo el señor Hale, con una leve sonrisa.

Pero sus sonrisas se tornaron palidez temblorosa al ver la cara de Dixon cuando les abrió la puerta.

—¡Ay, señor! ¡Ay, señorita Hale! Gracias a Dios que llegan. Ha venido el doctor Donaldson. La sirvienta de la casa de al lado fue a avisarle, porque la asistenta se había marchado. Ya está mejor, pero ¡ay, señor! Hace una hora creí que se moría.

El señor Hale se apoyó en el brazo de Margaret para no caerse. La miró a la cara y vio sorpresa y profundísimo dolor, pero no el terror desesperado que atenazaba su pobre corazón desprevenido. Ella sabía más que él, y sin embargo escuchaba con aquella expresión abatida de temor sobrecogido.

—¡No debía haberla dejado, soy una mala hija! —susurró Margaret con un gemido, ayudando a su padre a subir las escaleras apresuradamente. El doctor Donaldson los esperaba en el rellano.

—Ya está mejor —les dijo en voz baja—. El opiáceo ha hecho efecto. Los espasmos eran muy fuertes, no es extraño que la doncella se asustara. Pero se recuperará esta vez.

—¡Esta vez! ¡Déjeme verla!

Media hora antes, el señor Hale era un hombre maduro; ahora le fallaba la vista, le flaqueaban los sentidos y su paso era tan vacilante como el de un anciano de setenta años.

El doctor Donaldson le tomó del brazo y le guio al dormitorio, seguido de cerca por Margaret. Allí yacía su madre, con una expresión inconfundible. Estaba dormida y tal vez se sintiera mejor ya, pero la muerte la había marcado y era evidente que no tardaría en volver para llevársela. El señor Hale se quedó mirándola un rato en silencio. Luego empezó a temblar de pies a cabeza, se apartó del atento cuidado del doctor y buscó a tientas la puerta; no la veía, aunque había varias velas encendidas que habían llevado al producirse el súbito revuelo. Entró tambaleante en la sala y buscó a tientas un asiento. El doctor Donaldson se apresuró a acercarle uno y le ayudó a sentarse. Luego le tomó el pulso.

—Hable con él, señorita Hale. Hay que reanimarle.

—¡Papá! —exclamó Margaret, en tono apremiante y dolorido—. ¡Papá! Contéstame.

El señor Hale recuperó la visión e hizo un gran esfuerzo.

—¿Lo sabías, Margaret? ¡Oh, qué cruel has sido!

—No señor, no ha sido cruel —replicó el doctor Donaldson con firmeza—. La señorita Hale ha obrado siguiendo mis instrucciones. Tal vez haya sido un

error, pero cruel no. Su esposa será una persona distinta mañana, espero. Ha tenido espasmos, tal como yo había previsto, aunque no le expliqué a la señorita Hale mis temores. Ha tomado el opiáceo que traje. Tendrá un sueño largo y profundo; y mañana habrá desaparecido la expresión que tanto le ha asustado.

—Pero la enfermedad no, ¿verdad?

El doctor Donaldson miró a Margaret. Siguió con la cabeza inclinada, no alzó la cara con gesto suplicante de aplazamiento temporal, lo que indicó a aquel fino observador de la naturaleza humana que la joven creía preferible que dijera toda la verdad.

—La enfermedad no. No podemos tocar la enfermedad, pese a nuestra pobre y encomiada destreza. Sólo podemos demorar su progreso, aliviar el dolor que causa. Sea un hombre, señor, sea cristiano. Tenga fe en la inmortalidad del alma, a la que ni dolor ni enfermedad mortal pueden afectar ni atacar.

—Usted no ha estado casado, doctor Donaldson; no sabe lo que es. — Recibió por toda respuesta estas entrecortadas palabras y los hondos sollozos viriles que quebraron la quietud de la noche como fuertes pulsaciones de dolor desesperado.

Margaret se arrodilló a su lado y le consoló con llorosas caricias. Nadie, ni siquiera el doctor Donaldson, sabía cuánto tiempo pasó. El señor Hale fue el primero que se atrevió a hablar de las necesidades del presente.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó—. Díganoslo a los dos. Margaret es mi báculo, mi brazo derecho.

El doctor Donaldson les dio instrucciones claras y sensatas. No había que temer aquella noche, incluso habría tranquilidad al día siguiente y durante muchos días todavía. Pero no existía ninguna esperanza de recuperación. Aconsejó al señor Hale que se acostara, que se quedara sólo una persona velando el sueño de la enferma, que creía que sería tranquilo. Prometió volver al día siguiente por la mañana temprano. Les estrechó cálida y cordialmente la mano y se marchó.

Apenas hablaron. Estaban demasiado agotados por el terror para hacer algo más que decidir el curso de acción inmediato. El señor Hale decidió pasar la noche en vela, y todo lo que pudo hacer Margaret fue convencerle de que descansara en el sofá de la sala. Dixon se negó de plano a acostarse; y, en cuanto a Margaret, sencillamente era imposible que dejara a su madre aunque todos los médicos del mundo hablasen de «administrar los recursos» y de que «sólo hace falta que vele una persona». Así que Dixon se sentó, veló, parpadeó y dio cabezadas, se espabiló sobresaltada y finalmente renunció a la lucha y se

quedó como un tronco. Margaret se había quitado el vestido de seda echándolo a un lado con disgustada impaciencia y se había puesto la bata. Tenía la sensación de que no podría volver a dormir nunca; de que absolutamente todos sus sentidos eran esenciales y estaban dotados de agudeza doble para velar. Cualquier objeto, sonido, incluso cualquier pensamiento, tocaba algún nervio en lo más vivo. Durante más de dos horas oyó a su padre moverse inquieto en la habitación contigua. Se acercaba una y otra vez a la puerta de la habitación de su madre y se quedaba escuchando hasta que ella, sin haber oído su presencia oculta, se acercaba y la abría para decirle que todo iba bien respondiendo a las preguntas que él apenas podía formular con los labios cuarteados. Al final, también él se quedó dormido y la casa se sumió en el silencio. Margaret permanecía detrás de la cortina pensando. Todos los intereses de los días pasados parecían muy lejanos en el tiempo, muy lejanos en el espacio. Sólo hacía treinta y seis horas estaba preocupada por Bessy Higgins y por su padre, y muy acongojada por Boucher. Ahora, todo aquello parecía el nebuloso recuerdo de una vida anterior. Todo lo que había ocurrido fuera de allí parecía ajeno a su madre y por lo tanto irreal. Incluso Harley Street le parecía diferente. Recordaba igual que si hubiera sido ayer cómo se había consolado buscando los rasgos de su madre en la cara de su tía y las cartas que la hacían sumirse en los recuerdos del hogar con amorosa nostalgia. Hasta Helstone quedaba en el brumoso pasado. Los días grises del invierno y la primavera anteriores, tan aburridos y monótonos, parecían más relacionados con lo que ahora valoraba por encima de todo. Deseaba aferrarse a los bordes de aquel tiempo que se desvanecía y rezar para que volviera y le devolviera lo que tan poco había apreciado mientras aún lo tenía. ¡Qué espectáculo tan vano le parecía la vida! ¡Qué insustancial, titilante y fugaz! Era como si en un campanario etéreo, por encima de la agitación y el estruendo de la tierra, hubiera una campana que anunciara continuamente: «¡Todo son sombras! ¡Todo es pasajero! ¡Todo ha pasado!». Y cuando alboreó el día y llegó la mañana fría y gris como tantas mañanas anteriores más felices, Margaret miró uno tras otro a los durmientes, y la noche terrible le pareció tan irreal como un sueño. También era una sombra También había pasado.

La misma señora Hale cuando despertó no sabía lo enferma que había estado la noche anterior. Le sorprendió bastante la temprana visita del doctor Donaldson y le desconcertaron las caras angustiadas de su esposo y de su hija. Reconoció que estaba cansada y accedió a quedarse aquel día en la cama, pero insistió en que al día siguiente se levantaría, y el doctor Donaldson dio su consentimiento a que volviera a la sala. Estaba inquieta e incómoda en cualquier postura, y antes de que llegara la noche tenía mucha fiebre. El señor Hale se mostraba completamente apático y era incapaz de tomar ninguna decisión.

—¿Qué podemos hacer para evitar que pase otra noche igual? —preguntó

Margaret al tercer día.

—Es en buena medida la reacción a los opiáceos fuertes que me he visto obligado a darle. Me parece que es más penoso para ustedes verlo que para ella soportarlo. Pero creo que si consiguiéramos un colchón de agua sería estupendo. De todos modos, mañana estará mejor, mucho mejor que antes de este ataque. Aun así, me gustaría que dispusiera de un colchón de agua. Sé que la señora Thornton tiene uno. Procuraré ir a verla esta tarde. Un momento —dijo, advirtiendo la cara de Margaret, pálida de permanecer en la habitación de una enferma—. No estoy seguro de que pueda ir hoy; tengo que hacer un largo recorrido. No le sentaría mal dar un buen paseo hasta la calle Marlborough y preguntar a la señora Thornton si puede dejárnoslo.

—Por supuesto —dijo Margaret—. Podría ir esta tarde mientras mamá duerme. Estoy segura de que la señora Thornton nos lo dejará.

Se cumplió lo que les había dicho el doctor Donaldson. La señora Hale parecía libre de las secuelas del ataque, y por la tarde estaba más animada y mejor de lo que Margaret había creído que volvería a verla nunca. Su hija la dejó después de comer sentada en su sillón, con la mano en la de su esposo, que parecía mucho más agotado y dolorido que ella. Aun así, ahora ya era capaz de sonreír; bien es cierto que leve y vagamente. Dos días antes Margaret había pensado que no volvería a verle hacerlo.

Había unas dos millas desde su casa de Crampton Crescent hasta la calle Marlborough. Y hacía demasiado calor para caminar muy deprisa. Eran las tres de la tarde y el sol de agosto caía a plomo. Margaret caminó sin advertir nada diferente de lo habitual durante la mitad del trayecto; iba concentrada en sus pensamientos, y ya había aprendido a abrirse paso entre la irregular riada de seres humanos de las calles de Milton. Pero al doblar una esquina le sorprendió la exagerada densidad de la multitud que atestaba la calle. Le pareció que la gente no avanzaba sino que hablaba, escuchaba y murmuraba, con agitación pero sin moverse. Aun así, mientras seguía su camino concentrada en el objetivo y en las circunstancias que la llevaban allí, su capacidad de observación estaba muy mermada. Llegó a la calle Marlborough sin advertir plenamente la sensación opresiva e inquieta de la gente, la atmósfera agitada y tormentosa tanto moral como físicamente que la rodeaba. De todas las callejas que desembocaban en la calle Marlborough llegaba un bronco rugido lejano, como de miríadas de voces indignadas. Los habitantes de todas las míseras viviendas se concentraban en puertas y ventanas o estaban ya plantados en los estrechos pasos, todos con la mirada fija en un punto. La calle Marlborough era el foco de todas aquellas miradas que delataban intensísimo interés de género diverso: unas furiosas de cólera, amenazantes e implacables, otras dilatadas de temor o implorantes. Y cuando Margaret llegó a la pequeña entrada lateral junto a las puertas del enorme muro ciego del

patio de Marlborough y esperó la respuesta del portero a la llamada, miró a su alrededor y oyó el primer retumbo largo y lejano de la tempestad. Y vio llegar la primera oleada de la amenazadora multitud que se alzaba lentamente, con su cresta amenazadora, caer y retroceder en el extremo lejano de la calle que hacía un momento pareciera tan llena de estruendo contenido pero que ahora estaba sumida en una calma tensa. Todas estas circunstancias se impusieron al fin obligando a Margaret a reparar en ellas, pero sin que penetraran en su corazón preocupado. No sabía lo que significaban, cuál era su capital trascendencia. Mientras se daba cuenta, sintió la viva presión cortante del puñal que pronto se le hundiría en el corazón dejándola huérfana. Intentaba comprenderlo para poder consolar a su padre cuando llegara.

El portero abrió la puerta cautelosamente, ni siquiera lo suficiente para que pasara Margaret.

—Es usted, ¿eh, señora? —dijo con un largo suspiro, y abrió la puerta un poco más, pero no del todo. Margaret pasó. Él cerró rápidamente.

—Parece que la gente viene hacia aquí, ¿verdad? —le preguntó.

—No sé. Creo que pasa algo raro; pero esta calle está completamente vacía, me parece.

Cruzó el patio y subió las escaleras de la casa hasta la puerta. No se oía ningún ruido cerca: ni los golpes y resuellos de las máquinas de vapor, ni ningún chasquido de maquinaria; ni la confusión y el estrépito de voces; sólo aquel bramido amenazador a lo lejos, aquel clamor sordo.

Capítulo XXII

Un golpe y sus consecuencias

Hicieron pasar a Margaret a la sala, que había recuperado su estado habitual con fundas y bolsas. Las ventanas estaban entornadas por el calor, y las persianas echadas; una luz grisácea que se reflejaba del pavimento de abajo confundía todas las sombras y se combinaba con la luz verdosa del techo, dando una palidez fantasmal incluso al rostro de Margaret, tal como lo vio ella en los espejos. Se sentó a esperar. No llegaba nadie. De vez en cuando, se oía el sonido lejano de la multitud como arrastrado por el viento, ¡pero no hacía viento! Luego se sumía todo en una profunda quietud hasta la próxima oleada.

Al fin llegó Fanny.

—Mamá vendrá en seguida, señorita Hale. Me ha pedido que la disculpe. Tal vez sepa que mi hermano ha importado trabajadores de Irlanda y eso ha

irritado a la gente de Milton exageradamente, como si él no tuviera derecho a conseguir obreros donde pueda; y los estúpidos desgraciados de aquí ya no trabajan para él. Y ahora han asustado tanto con sus amenazas a estos pobres irlandeses muertos de hambre que no nos atrevemos a dejarlos salir. Mire, puede verlos acurrucados en aquel cuarto alto de la fábrica. Van a tener que dormir allí, para protegerlos de esas bestias que ni trabajan ni los dejan trabajar. Mamá está ocupándose de su comida, y John está hablando con ellos porque algunas mujeres están gritando que quieren volver a sus casas. Ah, ya viene mamá.

La señora Thornton llegó con una expresión tan lúgubre que Margaret comprendió que había elegido un mal momento para preocuparla con su petición. Claro que había sido su expreso deseo que le pidiera cualquier cosa que necesitara su madre en el curso de la enfermedad. La señora Thornton frunció el entrecejo y apretó los labios mientras Margaret le explicaba con delicada modestia la inquietud de su madre y el deseo del doctor Donaldson de que contara con el alivio de un colchón de agua. Se interrumpió. La señora Thornton no contestó de inmediato. Luego, se levantó y exclamó:

—¡Están en las puertas! Llama a John, Fanny, que venga de la fábrica. ¡Están en las puertas! ¡Te digo que llames a John!

Se oyó al mismo tiempo junto al muro el creciente rumor de pasos —que era en lo que estaba concentrada la señora Thornton en vez de prestar atención a lo que le decía Margaret—, y el clamor cada vez más fuerte de voces enfurecidas se alzó tras la barrera de madera, que se agitaba como si la multitud invisible arremetiera enloquecida contra ella empleando sus cuerpos a modo de arietes y retrocediendo luego lo justo para volver con renovado ímpetu hasta que los tremendos golpes hicieron temblar las resistentes puertas como juncos agitados por el viento.

Las mujeres se acercaron a las ventanas y contemplaron fascinadas la escena aterradora: la señora Thornton, las sirvientas, Margaret, todas estaban allí. Fanny había regresado gritando escaleras arriba como si le pisaran los talones y se había echado sollozando histérica en el sofá. La señora Thornton esperaba a su hijo, que seguía en la fábrica. Él salió al fin, alzó la vista hacia ellas, sonrió alentadoramente al grupo de caras pálidas y cerró con llave la puerta de la fábrica. Luego pidió a una de las mujeres que bajara a abrirle la puerta que había cerrado Fanny en su disparatada huida. Bajó la señora Thornton. Y el sonido de su voz imperiosa bien conocida al parecer enardeció a la multitud enfurecida. Hasta entonces había permanecido muda y sorda, pues necesitaba concentrar toda la fuerza en derribar las puertas. Pero al oírle hablar entonces en el interior, se alzó un alarido feroz tan espantoso que hasta la señora Thornton estaba pálida de miedo cuando entró en la habitación delante de su hijo. Él entró un poco sonrojado, pero le brillaban los ojos como

en respuesta al trompeteo de peligro, y con una expresión orgullosa y desafiante que le hacía parecer un hombre noble, e incluso apuesto. Margaret siempre había temido que le fallara el valor en una situación de emergencia y resultara ser lo que temía que era: una cobarde. Pero entonces, en aquel momento decisivo de miedo razonable, de terror casi, se olvidó de sí misma y sólo sintió una compasión profunda —profunda hasta el dolor— por los problemas del momento.

El señor Thornton se acercó y le dijo con franqueza:

—Lamento que nos haya visitado en este desdichado momento, señorita Hale, podría verse envuelta en cualquier riesgo que podamos correr. ¡Madre! ¿No sería mejor que fuerais a las habitaciones de atrás? No estoy seguro de que no consigan abrirse paso hasta el establo por Pinner's Lane; pero si no, estaréis más seguras allí que aquí. ¡Vamos, Jane! —añadió dirigiéndose a la doncella. Ella obedeció y las demás la siguieron.

—¡Yo me quedo aquí! —dijo su madre—. Donde estés tú, estaré yo.

En realidad, era inútil retirarse a las habitaciones de atrás. La multitud había rodeado las dependencias de la parte posterior y seguía lanzando sus gritos amenazadores también allí. Las sirvientas se retiraron a las buhardillas entre gritos y chillidos. El señor Thornton sonrió despectivamente al oírlas. Echó una ojeada a Margaret, que estaba sola de pie junto a la ventana que quedaba más cerca a la fábrica. Le relumbraban los ojos, y el tono de sus mejillas y de sus labios era más intenso. Se volvió hacia él entonces, como si hubiera advertido que la miraba, y le preguntó algo que llevaba un rato pensando:

—¿Dónde están los pobres obreros importados? ¿En la fábrica?

—¡Sí! Los dejé acurrucados en un cuarto pequeño al final de un tramo de escaleras; les pedí que corrieran el riesgo y escaparan si oían que atacaban las puertas de la fábrica. Pero no los quieren a ellos sino a mí.

—¿Cuándo llegarán los soldados? —preguntó su madre en voz baja pero firme.

Él sacó el reloj con la misma compostura pausada con que lo hacía todo. Hizo un breve cálculo:

—Suponiendo que Williams fuese directamente en cuanto se lo dije y que no haya tenido que desviarse por ellos, dentro de unos veinte minutos.

—¡Veinte minutos! —exclamó su madre, mostrando por primera vez su terror en el tono.

—Cierra en seguida las ventanas, madre —exclamó él—, las puertas no resistirán otra embestida igual. Cierre esa ventana, señorita Hale.

Margaret obedeció y acudió luego en ayuda de la señora Thornton, que hacía lo propio con dedos temblorosos.

Por alguna razón, hubo una pausa de varios minutos en la calle invisible. La señora Thornton contemplaba el semblante de su hijo con incontenible preocupación, como si pudiera indicarle la razón de la súbita quietud. Él había adoptado un gesto desafiante y despectivo, en el que no se apreciaba miedo ni esperanza.

Fanny se levantó:

—¿Se han marchado ya? —preguntó en un susurro.

—¿Marchado? —repuso él—. ¡Escucha!

Ella escuchó. Todos pudieron oír un enorme jadeo, el crujido de madera que cedía lentamente, el chirrido de hierro, la estruendosa caída de las pesadas puertas. Fanny se tambaleó, dio uno o dos pasos hacia su madre y cayó desmayada en sus brazos. La señora Thornton la alzó con una fuerza que era tanto física como de voluntad y se la llevó.

—¡Gracias a Dios! —dijo el señor Thornton al verla salir de la habitación—. ¿No sería mejor que se fuera arriba, señorita Hale?

Margaret formuló un «no» con los labios, que él no pudo oír por el estruendo de innumerables pasos junto al muro de la casa, y el rugido colérico de las voces enfurecidas cargadas de un feroz murmullo de satisfacción, más espantoso que sus gritos desconcertados pocos minutos antes.

—¡No se preocupe! —dijo él, intentando animarla—. Lamento mucho que se haya visto atrapada en todo este conflicto. Pero ya no puede durar mucho. En pocos minutos llegarán los soldados.

—¡Santo cielo! —gritó Margaret de pronto—. Ahí está Boucher. Conozco esa cara, aunque está lívido de cólera. Intenta llegar delante, ¡mire, mire!

—¿Quién es Boucher? —preguntó el señor Thornton con frialdad, acercándose a la ventana para ver al individuo por el que tanto se interesaba Margaret. En cuanto vieron al señor Thornton lanzaron un alarido; llamarlo inhumano no expresa nada, parecía el ansia demoníaca de una fiera salvaje ávida del alimento oculto a su voracidad. Incluso él retrocedió un instante, espantado por la intensidad del odio que había provocado.

—Que griten cuanto quieran —dijo—. Dentro de cinco minutos..., sólo espero que mis pobres irlandeses no se mueran de miedo con semejante ruido infernal. Mantenga el valor otros cinco minutos, señorita Hale.

—No tema por mí —se apresuró a responder ella—. ¿En cinco minutos qué? ¿No puede hacer nada para calmar a esas pobres criaturas? Es espantoso

verlos.

—Los soldados llegarán en seguida, y eso les hará entrar en razón.

—¡En razón! —exclamó Margaret—. ¿Qué género de razón?

—La única que funciona con individuos que se convierten en fieras salvajes. ¡Santo cielo! ¡Van hacia la puerta de la fábrica!

—Señor Thornton —dijo Margaret, temblando de pies a cabeza—, baje ahora mismo si no es un cobarde. Baje y enfréntese a ellos como un hombre. Salve a esos pobres extranjeros a los que ha traído aquí engañados. Hable con sus trabajadores como si fueran seres humanos. Hable con ellos amablemente. No permita que lleguen los soldados y maten a unos infelices que han enloquecido. Yo veo allí a uno que lo está. ¡Si tuviera usted una pizca de valor o de nobleza saldría a hablar con ellos de hombre a hombre!

Él se volvió a mirarla mientras le hablaba así. Una nube oscura ensombreció su rostro mientras la escuchaba. Apretó los dientes al oír sus palabras.

—Iré. Tendré que pedirle que me acompañe abajo y atranque la puerta cuando yo salga. Mi madre y mi hermana necesitarán esa protección.

—¡Oh! ¡Señor Thornton! No sé, quizá me equivoque, yo sólo...

Pero él ya se había marchado; estaba abajo en el vestíbulo; había abierto la puerta principal. Lo único que pudo hacer ella fue seguirle rápidamente, cerrarla y subir de nuevo las escaleras acongojada y confusa. Volvió a su sitio junto a la ventana del fondo. Él estaba abajo en los escalones de la puerta. Lo supo siguiendo la dirección de mil miradas furiosas. Pero no podía oír ni ver nada, salvo la feroz satisfacción del airado murmullo fluctuante. Abrió la ventana de par en par. Muchos obreros eran muchachos crueles e irreflexivos. Cruels porque eran irreflexivos. Otros eran hombres feroces como lobos, locos por atrapar a su presa. Margaret sabía cómo era. Eran iguales que Boucher, tenían hijos hambrientos en casa, confiaban en el éxito final de sus esfuerzos para conseguir salarios más altos, y se habían desquiciado al descubrir que iban a llevar irlandeses que robarían el pan a sus pequeños. Margaret lo sabía todo; lo leía en la cara de Boucher, desolada y lívida de rabia. Parecía preferible que el señor Thornton les dijera algo, aunque sólo les dejara oír su voz, que el furor y los golpes salvajes contra el pétreo silencio que no se dignaba a responderles con una palabra aunque fuese de indignación o de reproche. Pero tal vez les estuviera hablando ahora. Hubo un silencio momentáneo en su estruendo, inarticulado como el de un tropel de animales. Se quitó el sombrero. Y se asomó para oír. Sólo pudo ver, pues si el señor Thornton había hecho el intento de hablar, el impulso momentáneo de escucharle había cesado y a la gente rugía más que antes. El permanecía allí

plantado con los brazos cruzados, inmóvil como una estatua y pálido de agitación contenida. Ellos intentaban intimidarle, hacer que se acobardara. Todos instaban a los demás a la acción inmediata de violencia personal. Margaret supo instintivamente que en un momento se desencadenaría el tumulto. El primer chispazo provocaría una explosión en la que, entre tantos cientos de hombres furiosos y tantos muchachos temerarios, peligraría incluso la vida del señor Thornton. Un instante más, y las pasiones desatadas se desbordarían y saltarían todas las barreras de la razón o el miedo a las consecuencias. Vio que los muchachos del fondo se inclinaban para sacarse los pesados zuecos de madera (el proyectil más a mano que podían encontrar). Entonces comprendió que sería el detonante y salió corriendo de la habitación con un grito que no oyó nadie, bajó las escaleras y se encontró (había alzado la gran barra de hierro con una fuerza imperiosa y había abierto la puerta de par en par) frente a aquel mar embravecido de hombres, lanzándoles dardos inflamados de reproche con la mirada. Vio que los zuecos seguían en las mismas manos, que los semblantes, tan malignos un segundo antes, eran ahora indecisos, como si se preguntaran qué significaba aquello. Porque ella se había interpuesto entre ellos y su enemigo. No podía hablar, pero tendió los brazos hacia ellos hasta que consiguió recobrar el aliento.

—¡No empleen la violencia! ¡Él es uno solo y ustedes son muchos! —Pero sus palabras se extinguieron porque su voz no tenía tono; era sólo un susurro bronco. Él estaba a su lado; había salido de detrás de ella como si se sintiera celoso de que algo se interpusiera entre el peligro y él.

—¡Márchense! —dijo ella una vez más (y ahora su voz fue como un grito) —. Han avisado a los soldados, llegarán en seguida. Váyanse pacíficamente. ¡Márchense! Sus quejas serán atendidas, sean cuales sean.

—¿Enviarán de vuelta a los canallas irlandeses? —gritó alguien de la multitud en tono furioso y amenazante.

—Nunca por orden vuestra —exclamó el señor Thornton. Y acto seguido se desencadenó la tormenta. El clamor y los gritos llenaron el aire, pero Margaret no los oía. Ella miraba fijamente al grupo de muchachos que se habían armado con los zuecos hacía un rato. Vio su ademán, comprendió lo que significaba, interpretó su propósito. Un segundo más y el señor Thornton podría estar muerto. Y ella le había instado y aguijoneado para que se pusiera en aquella peligrosa situación. En aquel momento sólo pensó cómo podía salvarle. Le echó los brazos al cuello, hizo de su cuerpo escudo entre él y la muchedumbre enfurecida. Inmóvil, con los brazos cruzados, él se zafó de ella.

—Márchese —le dijo, con su voz grave—. Éste no es lugar para usted.

—¡Sí lo es! —dijo ella—. Usted no ha visto lo que yo.

Estaba muy equivocada si pensaba que el hecho de ser mujer la protegería, si al dar la espalda con ojos entrecerrados a la terrible cólera de aquellos hombres abrigaba alguna esperanza de que antes de que volviera a mirar se habrían parado a reflexionar y habrían desaparecido sigilosamente. Su pasión insensata los había llevado demasiado lejos para detenerse, al menos había llevado demasiado lejos a algunos; porque siempre son los muchachos salvajes, con su amor por el entusiasmo cruel, quienes dirigen los motines, insensibles al derramamiento de sangre que puedan causar. Un zueco surcó el aire con un silbido. Margaret observó fascinada su curso. No alcanzó su objetivo y ella se asustó, pero no se movió, limitándose a ocultar la cabeza en el brazo del señor Thornton. Luego se volvió y habló de nuevo:

—¡Por amor de Dios! No perjudiquen su causa con esta violencia. No saben lo que hacen. —Se esforzó para que sus palabras fueran nítidas.

Una piedra afilada pasó rozándole la frente y la mejilla y corrió una cortina de luz cegadora delante de sus ojos. Cayó como muerta en el hombro del señor Thornton. Él descruzó entonces los brazos y la sujetó rodeándola con uno un instante.

—¡Muy bien! —gritó—. Venís a expulsar a extranjeros inocentes. Atacáis entre cientos a un hombre solo; y cuando aparece ante vosotros una mujer a pedir os por vuestro propio bien que seáis razonables, descargáis en ella vuestra cólera cobarde. ¡Muy bien!

Todos miraban boquiabiertos y con ojos desorbitados el hilo de sangre rojo oscuro que les había sacado de su trance de apasionamiento. Los que estaban más cerca de las verjas se marcharon sigilosamente avergonzados. Un movimiento recorrió la multitud: un movimiento de retirada. Sólo se oyó un grito:

—La piedra era para usted; ¡pero se refugió detrás de una mujer!

El señor Thornton tembló de cólera. El fluir de la sangre había hecho que Margaret recobrara el conocimiento leve y vagamente. Él la colocó con cuidado en el umbral de la puerta, con la cabeza apoyada en el marco.

—¿Puede descansar aquí? —le preguntó. Pero bajó los escalones despacio sin esperar su respuesta hasta el centro de la muchedumbre—. Ahora podéis matarme si ése es vuestro brutal deseo. Aquí no hay ninguna mujer que me proteja. Podéis matarme a golpes, ¡no me haréis cambiar de decisión nunca!

Se quedó plantado entre ellos con los brazos cruzados, exactamente en la misma actitud que había adoptado en las escaleras. Pero el movimiento de retirada hacia la puerta se había iniciado de forma tan irracional, tan ciega quizá, como la cólera simultánea. O quizá, la idea de la inminente llegada de los soldados y la visión de aquella cara alzada, pálida, con los ojos cerrados,

triste e inmóvil como el mármol, aunque las lágrimas brotaban de la larga maraña de las pestañas y caían; y caía también la sangre de la herida en un goteo más lento y más denso que las lágrimas. Hasta los más desesperados, incluido Boucher, retrocedieron, vacilantes, ceñudos, y finalmente se fueron, maldiciendo en susurros al patrono que seguía en su actitud inmutable observando su retirada con expresión desafiante.

En cuanto la retirada se convirtió en huida (como era seguro que haría por su propio carácter), él corrió escaleras arriba junto a Margaret.

Ella intentó incorporarse sin su ayuda.

—No es nada —le dijo, con una sonrisa forzada—. Sólo un rasguño y un vahído momentáneo. ¡Me alegra tanto de que se hayan marchado! —añadió, y dio rienda suelta al llanto.

Él no podía compadecerla. Seguía indignado; en realidad, su indignación aumentó en cuanto pasó el peligro inmediato. Se oyó el estrépito lejano de los soldados; por cinco minutos de retraso, no podrían hacer sentir a la muchedumbre disuelta la fuerza de la autoridad y el orden. Esperaba que los hubieran visto al menos y se arredraran con la idea de que se habían librado por muy poco. Mientras estos pensamientos cruzaban por la mente del señor Thornton, Margaret se agarró al marco de la puerta para aguantarse. Pero se le nublaron los ojos. Él pudo sujetarla por muy poco.

—¡Madre! ¡Madre! —gritó—. ¡Baja, ya se han marchado, y la señorita Hale está herida!

La llevó al comedor y la echó en el sofá: lo hizo con mucho cuidado, y, al contemplar su rostro blanquísimo, lo dominó con tanta intensidad la idea de lo que suponía para él que lo expresó en su dolor:

—¡Ay, Margaret, mi Margaret! Nadie sabe lo que significa para mí. Inerte, fría, tal como yace ahí, es la única mujer a quien he amado. ¡Oh, Margaret, Margaret!

Incapaz de expresarse con fluidez, arrodillado junto a ella y gimiendo más que formulando las palabras, se levantó de pronto, avergonzado de sí mismo, cuando llegó su madre. Ella no advirtió nada, sólo que su hijo estaba un poco más pálido, un poco más adusto de lo habitual.

—La señorita Hale está herida, madre. Una piedra le ha rozado la sien. Creo que ha pedido bastante sangre.

—Parece muy grave. Casi parece muerta —dijo la señora Thornton muy asustada.

—Es sólo un desmayo. Me ha hablado hace un momento.

Pero sintió que toda la sangre del cuerpo se le agolpaba en el corazón mientras hablaba, y tembló de pies a cabeza.

—Ve a llamar a Jane, ella puede encontrarme todo lo que necesito; y ve a ver a los irlandeses, que están gritando y chillando despavoridos.

Él obedeció. Se fue como si llevara pesas atadas a cada pierna que le alejaba de ella. Avisó a Jane; avisó a su hermana. Ella debía recibir todos los cuidados femeninos, las atenciones más delicadas. Pero el corazón le latía con fuerza al recordar cómo había bajado y se había expuesto al máximo peligro. ¿Lo habría hecho para salvarle a él? La había apartado y le había hablado con rudeza. No se había dado cuenta de nada, sólo del peligro innecesario que corría. Fue a ver a los irlandeses, con todos los nervios del cuerpo estremecidos al pensar en ella, y le costó bastante comprender lo que le decían para intentar tranquilizarlos y disipar sus temores. Le dijeron que no se quedarían allí; exigieron que los enviaran de vuelta.

Y entonces tuvo que pensar, hablar y razonar él.

La señora Thornton humedeció las sienes a Margaret con agua de colonia. Ni ella ni Jane se habían fijado en la herida. Pero Margaret abrió los ojos al sentir en ella el alcohol; era evidente que no sabía dónde estaba, ni quiénes eran ellas. Se le acentuaron las ojeras, le temblaron y se le contrajeron los labios y volvió a perder el conocimiento.

—Ha recibido un golpe terrible —dijo la señora Thornton—. ¿Hay alguien que pueda ir a buscar un médico?

—Yo no, señora, por favor —dijo Jane retrocediendo—. La chusma debe de estar por todas partes. No creo que el corte sea tan profundo como parece, señora.

—No correré el riesgo. Le ha pasado en nuestra casa. Si eres una cobarde, Jane, yo no lo soy. Iré yo.

—Déjeme mandar a un policía, por favor. Han llegado muchos, y soldados también.

—¡Pero te da miedo ir! ¡No les quitaré su tiempo con nuestros recados! Ya tienen bastante que hacer agarrando a algunos de esos desgraciados. No tendrás miedo de quedarte en esta casa y seguir humedeciendo la frente a la señorita Hale, ¿verdad? —le preguntó en tono displicente—. No tardaré ni diez minutos.

—¿No podría ir Hannah, señora?

—¿Por qué ella? ¿Por qué cualquiera menos tú? No, Jane, si no vas tú, lo haré yo.

La señora Thornton fue antes a la habitación en que había dejado echada en la cama a Fanny, que se levantó de un salto al ver llegar a su madre.

—Oh, mamá, ¡qué susto me has dado! Creía que eras un hombre que había entrado en la casa.

—¡No digas bobadas! Ya se han marchado todos. Hay soldados por todas partes tratando de hacer su trabajo ahora que ya es demasiado tarde. La señorita Hale está malherida en el sofá del comedor. Voy a buscar al médico.

—¡No, mamá, no te vayas! Te matarán.

La agarró del vestido. La señora Thornton se zafó de un tirón sin contemplaciones.

—Búscame a alguien que vaya; pero esa chica no va a morir desangrada.

—¿Desangrada? ¡Ay, qué horror! ¿Cómo se ha herido?

—No lo sé. No tengo tiempo de preguntarlo. Ve abajo, Fanny, y procura ser útil. Jane está con ella; y espero que no sea tan grave como parece. Jane se ha negado a salir de casa, ¡la muy cobarde! Y no me arriesgaré a más negativas de las sirvientas, así que iré yo.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! —exclamó Fanny llorando y disponiéndose a bajar antes que quedarse sola con la idea de heridos y derramamiento de sangre en su propia casa.

—¿Qué pasa, Jane? —preguntó al entrar sigilosamente en el comedor—. ¡Qué pálida está! ¿Cómo se hirió? ¿Es que tiraron piedras al comedor?

Margaret estaba realmente muy pálida y macilenta, aunque empezaba a volver en sí. Pero se sentía todavía muy débil, por el aturdimiento del desmayo. Era consciente de movimiento a su alrededor, y del alivio del agua de colonia, y del deseo de que siguieran aplicándose sin interrupción; pero cuando dejaron de hablar, no podría haber abierto los ojos ni hablado para pedir que le pusieran más colonia mejor de lo que pueden moverse o susurrar quienes yacen como muertos para detener los atroces preparativos de su entierro, pese a ser plenamente conscientes no sólo de los actos de quienes los rodean sino también de la idea que es el motivo de tales actos.

Jane dejó de humedecer la frente a Margaret para contestar la pregunta de la señorita Thornton.

—No le habría pasado nada si se hubiera quedado en el comedor o hubiera ido arriba con nosotras, señorita. Estábamos en la buhardilla delantera y podíamos verlo todo sin peligro.

—¿Dónde estaba ella, entonces? —preguntó Fanny, acercándose poco a poco, a medida que se familiarizaba con la cara pálida de Margaret.

—¡Justo delante de la puerta principal, con el señor! —dijo Jane con segunda intención.

—¡Con John! ¡Con mi hermano! Pero ¿cómo llegó allí?

—No lo sé, señorita. No me corresponde a mí decirlo —contestó Jane, con un leve cabeceo—. Sara...

—¿Sara qué? —preguntó Fanny con curiosidad e impaciencia.

Jane reanudó su tarea como si no estuviera dispuesta a repetir lo que Sara hubiera dicho o dejado de decir.

—¿Sara qué? —repitió Fanny bruscamente—. No hables con medias frases porque no te entiendo.

—Bueno, señorita, como se enterará igual... Sara, verás, estaba en el mejor sitio para ver, en la ventana de la derecha; y ella dice, y lo dijo entonces también, que vio a la señorita Hale echar los brazos al cuello del señor y abrazarle delante de toda la gente.

—No lo creo —dijo Fanny—. Sé que le gusta mi hermano, eso todo el mundo puede verlo; y creo que daría lo que fuera por que se casara con ella (algo que él no hará nunca, te lo aseguro). Pero no creo que sea tan atrevida y tan descarada como para echarle los brazos al cuello.

—¡Pobre señorita! Ya lo ha pagado bien caro si lo hizo. Yo creo que el golpe le ha hecho subir tanta sangre a la cabeza que no se recuperará nunca. Parece un cadáver ya.

—¡Ay, quiero que vuelva mamá! —exclamó Fanny retorciéndose las manos—. Nunca he estado en la misma habitación que un muerto.

—¡Un momento, señorita! No está muerta. Le tiemblan los párpados y tienen lágrimas en las mejillas. ¡Hable con ella, señorita Fanny!

—¿Se encuentra ya mejor? —preguntó Fanny con voz temblorosa. No hubo respuesta; ninguna señal de reconocimiento; pero volvió a sus labios un leve tono rosado, aunque la cara seguía lívida. Entró apresuradamente la señora Thornton, seguida del primer médico que había encontrado.

—¿Cómo está? ¿Se encuentra mejor, hija? —Margaret abrió los ojos empañados y la miró como en un sueño—. Este es el señor Lowe, que ha venido a verla.

La señora Thornton hablaba en voz alta y clara, como si se dirigiera a una persona sorda. Margaret intentó incorporarse y se retiró instintivamente el pelo abundante y alborotado de la herida.

—Ya estoy mejor —dijo, en voz muy baja y muy débil—. Estaba un poco

mareada.

Dejó que el médico le cogiera la mano para tomarle el pulso. El color vivo volvió un momento a su cara cuando él le pidió que le dejara examinar la herida de la frente; y ella alzó la vista hacia Jane, como si rehuyera su examen más que el del médico.

—Me parece que no es nada. Ya estoy mejor. Tengo que irme a casa.

—No hasta que le haya aplicado unas tiras de esparadrapo y descanse un poco.

Se sentó apresuradamente, sin añadir una palabra, y dejó que le vendara la herida.

—Ahora, por favor, tengo que marcharme —dijo luego—. Mamá no se dará cuenta, creo. Está debajo del pelo, ¿no?

—Sí; nadie se fijaría.

—Pero no puede marcharse —dijo la señora Thornton con impaciencia—. No está en condiciones de irse.

—Debo hacerlo —repuso Margaret con firmeza—. Piense en mi madre. Si se enteraran... Además, tengo que irme —añadió con vehemencia—. No puedo quedarme aquí. ¿Puedo pedir un coche?

—Está muy acalorada y febril —observó el señor Lowe.

—Es por estar aquí cuando lo que deseo es marcharme. El aire de la calle me sentará mejor que ninguna otra cosa —le rogó ella.

—Creo que tiene razón —repuso el señor Lowe—. Si su madre está tan enferma como me ha contado en el camino sería muy grave que se enterara del disturbio y no viera a su hija en casa a la hora que la espera. La herida no es profunda. Buscaré un coche si sus sirvientas aún tienen miedo de salir.

—¡Muchas gracias! —dijo Margaret—. Me sentará mejor que nada. Es el aire de esta habitación lo que me hace sentirme tan mal.

Se recostó en el sofá y cerró los ojos. Fanny pidió a su madre por señas que saliera de la habitación y le explicó algo que le hizo desear la partida de Margaret tanto como a ella. No es que creyera del todo la historia de Fanny. Pero sí lo suficiente para que su actitud con la joven fuese un tanto forzada al despedirla.

Regresó el señor Lowe en el coche.

—La acompañaré a casa, si me lo permite, señorita Hale. Las calles no están muy tranquilas todavía.

Margaret estaba lo bastante lúcida y consciente para desear librarse del señor Lowe y del coche antes de llegar a Crampton Crescent, por miedo a asustar a sus padres. No miraría más allá de ese único objetivo. No podía olvidar el desagradable sueño de comentarios insolentes sobre ella, pero sí dejarlo a un lado hasta que se sintiera más fuerte; porque, ay, estaba muy débil; y su mente buscaba algún hecho presente al que aferrarse y que le impidiera volver a perder el conocimiento en otro desmayo espantoso.

Capítulo XXIII

Errores

No hacía ni cinco minutos que se había marchado Margaret cuando llegó el señor Thornton con expresión radiante.

—No he podido venir antes: el comisario quería... ¿Dónde está? —Miró a su alrededor y luego se volvió casi con fiereza a su madre, que ordenaba tranquilamente los muebles del comedor y que no contestó en seguida—. ¿Dónde está la señorita Hale? —preguntó él de nuevo.

—Se ha ido a casa —contestó ella en tono cortante.

—¡Se ha ido a casa!

—Sí. Estaba mucho mejor. Creo que la herida no era tan grave en realidad; sólo que algunas personas se desmayan por nada.

—Lamento que se haya marchado —dijo él, dando vueltas inquieto—. No podía estar bien para hacerlo.

—Ella dijo que sí; y el señor Lowe también. Fui a buscarlo yo misma.

—Gracias, madre. Se detuvo e hizo ademán de tender la mano para darle un apretón de agradecimiento. Pero ella no lo advirtió.

—¿Qué has hecho con tus irlandeses?

—Mandarlos al Dragon para que les den una buena comida, pobres infelices. Y luego, por suerte, me encontré al padre Grady y le he pedido que hable con ellos y los convenza de que no se marchen todos a la vez. ¿Cómo se fue la señorita Hale a casa? Estoy seguro de que no podía caminar.

—Se fue en coche. Se ha hecho todo como es debido, incluso el pago. Hablemos de alguna otra cosa. Ya ha causado bastante trastorno.

—No sé dónde estaría yo ahora si no hubiera sido por ella.

—¿Acaso estás tan desvalido como para que tenga que defenderte una chica? —preguntó la señora Thornton desdeñosamente.

El enrojeció.

—Pocas chicas habrían recibido los golpes destinados a mí; con toda intención, además.

—Una chica enamorada hace lo que sea —replicó la señora Thornton bruscamente.

—¡Madre! —Dio un paso al frente, se detuvo; jadeó indignado.

Ella se asustó un poco al ver el esfuerzo que le costaba mantener la calma. No estaba segura de la naturaleza de las emociones que había provocado. Sólo era evidente la violencia de las mismas. ¿Era cólera? Le brillaban los ojos, se agrandó su figura, se le aceleró la respiración. Era una mezcla de alegría, cólera, orgullo, gozosa sorpresa y duda jadeante, pero no podía desentrañarlo. Aun así le inquietaba, pues la presencia de un sentimiento fuerte cuya causa no se comprende plenamente ni se comparte produce ese efecto siempre. Se acercó al aparador, abrió un cajón y sacó un paño que guardaba allí para cualquier eventualidad. Había visto una gota de agua de colonia en el pulido brazo del sofá y decidió maquinalmente limpiarla. Pero se quedó de espaldas a su hijo mucho más tiempo del necesario; y cuando habló al fin, su voz parecía forzada y extraña.

—Habrás tomado algunas medidas respecto a los alborotadores, supongo. No temes que haya más violencia, ¿verdad? ¿Dónde se había metido la policía? ¡Nunca están a mano cuando los necesitas!

—Todo lo contrario, yo vi a unos cuantos forcejeando y sacudiendo a base de bien cuando cedieron las puertas; y llegaron más corriendo cuando estaban despejando el patio. Podría haber hecho detener a algunos entonces, si no hubiera perdido la cabeza. Pero no habrá ningún problema porque puede identificarlos mucha gente.

—Pero ¿no volverán esta noche?

—Tengo que ocuparme de que haya guardia suficiente para el local. He quedado con el capitán Hanbury dentro de media hora en la comisaría.

—Tienes que cenar algo antes.

—¡Cenar! Sí, supongo que debo hacerlo. Son las seis y media y quizá esté fuera bastante tiempo. No me esperes levantada, madre.

—¿No creerás que voy a acostarme antes de asegurarme de que vuelves a salvo, verdad?

—Bueno, quizá no. —Vaciló un momento—. Pero es que si me da tiempo

pasaré por Crampton cuando acabe con la policía y haya visto a Hamper y a Clarkson.

Sus ojos se encontraron. Se miraron fijamente durante un minuto. Luego, ella preguntó:

—¿Por qué vas a pasar por Crampton?

—Para preguntar por la señorita Hale.

—Ya me ocuparé yo de hacerlo. Williams tiene que llevar el colchón de agua que vino a pedirnos. Preguntará cómo se encuentra.

—Tengo que ir yo.

—¿No sólo a preguntar cómo está la señorita Hale?

—No, no sólo a eso. Quiero darle las gracias por haberse interpuesto entre la multitud y yo.

—¿Cómo se te ocurrió bajar siquiera? Te metiste en la boca del lobo.

Él la observó detenidamente. Advirtió que no sabía lo que había pasado entre Margaret y él en la sala y contestó con otra pregunta:

—¿Tendrás miedo de quedarte sin mí hasta que mande a algunos policías? ¿O será mejor que vaya Williams ahora mismo a buscarlos y así estarán aquí cuando acabemos de cenar? No hay tiempo que perder. Tengo que marcharme dentro de un cuarto de hora.

La señora Thornton salió de la estancia. Los sirvientes se extrañaron de que sus instrucciones, siempre claras y categóricas, fuesen ahora tan confusas y vacilantes. El señor Thornton se quedó en el comedor e intentó concentrarse en lo que tenía que solucionar en la comisaría. Pero en realidad no dejaba de pensar en Margaret. Todo parecía borroso y vago excepto el roce de sus brazos en su cuello, el suave abrazo que hacía encenderse y apagarse sus mejillas al recordarlo.

La cena hubiera sido muy silenciosa sin la descripción detallada que hizo Fanny de sus sentimientos: se había asustado, luego había creído que se habían marchado, y luego se había mareado y se había sentido débil y temblorosa como un flan.

—Bien, ya basta —dijo su hermano levantándose de la mesa—. Ya he tenido más que suficiente con la realidad.

Iba a salir de la habitación cuando su madre lo detuvo poniéndole la mano en el brazo.

—Vuelve aquí antes de ir a casa de los Hale —le dijo en voz baja y preocupada.

«Yo sé lo que sé», se dijo Fanny.

—¿Por qué? ¡Será demasiado tarde para molestarlos!

—John, vuelve a casa esta noche. Será tarde para la señora Hale. Pero no es eso. Ya irás mañana. ¡Vuelve directamente a casa esta noche, John!

La señora Thornton casi nunca suplicaba a su hijo; era demasiado orgullosa para hacerlo. Pero nunca le había suplicado en vano.

—Volveré directamente aquí en cuanto lo solucione todo. ¿Te encargarás tú de preguntar por ellos? ¿Por ella?

La señora Thornton no fue en modo alguno una compañera muy locuaz aquella noche para Fanny, ni siquiera una buena oyente mientras su hijo estuvo fuera. Pero cuando él volvió, prestó atención y aguzó su excelente vista y su fino oído para enterarse de todos los detalles que pudiera darle sobre las medidas que había tomado para protegerse él y proteger a los hombres que decidiera emplear de cualquier posible repetición de las atrocidades de aquel día. Él veía claramente su objetivo. Castigo y sufrimiento eran las consecuencias lógicas para quienes habían participado en el disturbio. Había que cortar por lo sano, era imprescindible para proteger la propiedad e imponer la voluntad del propietario.

—¡Madre! ¿Sabes lo que le tengo que decir a la señorita Hale mañana?

La pregunta llegó bruscamente, durante una pausa en la que, al menos ella, había olvidado a Margaret.

Alzó la vista hacia él.

—¡Sí! Lo sé. No puedes hacer otra cosa.

—¡Hacer otra cosa! No te entiendo.

—Quiero decir que, después de haberse dejado arrastrar por sus sentimientos como lo hizo, creo que estás obligado por el honor...

—Obligado por el honor —dijo él despectivamente—. Lo siento pero el honor no tiene nada que ver con esto. «¡Dejado arrastrar por sus sentimientos!». ¿A qué sentimientos te refieres?

—¡Vamos, John, no hay por qué enfadarse! ¿No bajó corriendo y se aferró a ti para salvarte del peligro?

—¡Así es! —contestó él. Y añadió, interrumpiendo de pronto su ir y venir y parándose enfrente de ella—: Pero no me hago ilusiones, madre. Nunca he sido tímido; pero no puedo creer que semejante criatura se interese por mí.

—No seas tonto, John. ¡Semejante criatura! Cualquiera que te oyera hablar así creería que es hija de un duque. No sé qué más pruebas necesitas de que se

interesa por ti. Creo que ha tenido que luchar con sus ideas aristocráticas; pero me cae mejor porque al final ha visto las cosas con claridad. Y te aseguro que es mucho que lo diga yo —dijo la señora Thornton, conteniendo las lágrimas y esbozando una leve sonrisa—, porque después de esta noche yo ocuparé un segundo lugar. Te pedí que no fueras hasta mañana para tenerte sólo para mí unas horas más.

—¡Madre querida! —(Incluso el amor es egoísta, y en un instante él volvió a sus esperanzas y temores de un modo que hizo deslizarse la sombra fría y furtiva en el corazón de la señora Thornton)—. Pero sé que no se interesa por mí. Te aseguro que si creyera que existe una sola posibilidad entre mil, o entre un millón, me pondría a sus pies. Lo haría.

—¡Pierde cuidado! —dijo su madre, dominando la pena que sentía por la escasa atención que había prestado él al raro arrebató de sus sentimientos maternos, la punzada de envidia que delataba la intensidad de su amor desdeñado—. ¡Pierde cuidado! —repitió con frialdad—. Por lo que al amor se refiere, debe ser digna de ti. Ha tenido que costarle mucho superar su orgullo. No temas, John —añadió, dándole las buenas noches con un beso. Y salió de la habitación lenta y majestuosamente. Pero cuando entró en la suya, cerró la puerta y se sentó a llorar lágrimas insólitas.

Margaret entró en la habitación, muy pálida y lívida. Sus padres seguían sentados y conversaban en voz baja. Se acercó a ellos antes de atreverse a hablar.

—La señora Thornton enviará el colchón de agua, mamá.

—Pareces muy cansada, cariño. ¿Hace mucho calor, Margaret?

—Mucho, y las calles están bastante mal con la huelga.

Margaret recobró el color vivo y brillante de siempre un momento; pero éste se desvaneció en seguida.

—Han traído un recado de Bessy Higgins pidiéndote que vayas a verla —dijo la señora Hale—. Pero me parece que estás demasiado cansada.

—¡Sí! —dijo Margaret—. Estoy cansada, no puedo ir.

Permaneció muy callada y temblorosa mientras preparaba el té. Se alegró de que su padre estuviera tan pendiente de su madre que no se fijó en su aspecto. No quiso apartarse de ella ni siquiera cuando se acostó, y se dispuso a leerle hasta que se durmiera. Margaret se quedó sola.

«Ahora pensaré en ello, ahora lo recordaré todo. Antes no podía, no me atrevía». Se quedó sentada con las manos cruzadas sobre las rodillas, los labios apretados, la mirada fija de quien ve una visión. Respiró hondo.

«Yo, que odio las escenas; yo, que he despreciado a las personas que demuestran sus emociones por no saber dominarse, no pude evitar meterme en el conflicto como una estúpida romántica. ¿Sirvió de algo? Se habrían marchado sin mi intervención, estoy segura».

Pero eso era pasar por alto la conclusión lógica, como advirtió al instante con sensatez.

«No, tal vez no lo hubieran hecho. Obré bien. Pero ¿qué me impulsó a defender a ese hombre como si fuera un niño desvalido? ¡Ay! —se dijo, apretando las manos—. No me extraña que piensen que estoy enamorada de él, después de ponerme en evidencia de ese modo. ¡Yo enamorada y además de él!». Se le encendieron súbitamente las pálidas mejillas. Se cubrió la cara con las manos. Cuando las retiró, las tenía mojadas de lágrimas ardientes.

«¡Ay, qué bajo he caído para que digan eso de mí! No habría sido tan valiente con ningún otro, sólo porque me es tan absolutamente indiferente, o, incluso, puede que le tenga verdadera aversión. Eso me hizo desear más que hubiera juego limpio por ambas partes, y comprobé lo que era el juego limpio. No era justo —se dijo con vehemencia— que él estuviera allí, protegido, esperando que los soldados atraparan a aquellos pobres seres enloquecidos sin hacer el menor esfuerzo para que entraran en razón. Y aún era más injusto que cumplieran las amenazas. Lo haría otra vez, que digan lo que quieran de mí. Si impedí un golpe, una acción cruel y violenta que podría haberse cometido, hice un trabajo de mujer. ¡Que insulten mi amor propio de doncella cuanto quieran, soy pura a los ojos de Dios!».

Alzó la vista y pareció que una paz noble cubriera su rostro y lo calmara, hasta ser «más sereno que mármol cincelado».

Llegó Dixon:

—Perdone, señorita Margaret, han traído el colchón de agua de parte de la señora Thornton. Me temo que demasiado tarde para esta noche, porque la señora ya está casi dormida; pero irá muy bien para mañana.

—Muy bien —dijo Margaret—. Dile que se lo agradecemos muchísimo.

Dixon sé fue y volvió al momento.

—Perdone, señorita Margaret, dice que tiene que preguntar especialmente cómo se encuentra usted. Creo que se refiere a la señora, pero dice que sus últimas palabras fueron preguntar cómo estaba la señorita Hale.

—¡Yo! —exclamó Margaret irguiéndose—. Yo estoy perfectamente. Dígale que estoy perfectamente.

Pero tenía la cara tan blanca como su pañuelo. Y le dolía muchísimo la cabeza.

Entró el señor Hale. Había dejado a su esposa dormida. Margaret comprendió que necesitaba distraerse e interesarse por algo que le dijera. Soportó su dolor con tierna paciencia sin una queja; y se esforzó por sacar múltiples temas de conversación, todos excepto el tumulto, que ni siquiera mencionó. Se ponía enferma sólo de pensar en él.

—Buenas noches, Margaret. Tengo muchas posibilidades de pasar una buena noche y tú estás muy pálida. Si tu madre necesita algo llamaré a Dixon. Acuéstate y duerme como un lirón; creo que te hace falta, pobrecita mía.

—Buenas noches, papá.

Dejó que se le fuera el color, desvanecerse la falsa sonrisa, apagarse los ojos con el intenso dolor. Liberó su fuerte voluntad de la laboriosa tarea. Podría sentirse enferma y cansada hasta por la mañana.

Se echó y permaneció inmóvil. Mover una mano o un pie, incluso sólo un dedo hubiera sido un esfuerzo superior a su capacidad de volición y de movimiento. Estaba tan cansada, tan aturdida, que creía que no se dormiría nunca; sus pensamientos febriles cruzaban una y otra vez la frontera entre sueño y vigilia sin perder su dolorosa identidad. No podía estar sola, postrada, impotente como estaba: una nebulosa de rostros la miraba sin transmitirle ninguna idea de intensa y vívida cólera ni de peligro personal, sino una profunda sensación de vergüenza por verse expuesta así como objeto de atención general: una sensación de vergüenza tan intensa como si hubiera excavado la tierra para ocultarse y ni siquiera así pudiera escapar de aquella mirada fija de múltiples ojos.

Capítulo XXIV

Errores aclarados

Margaret se levantó al día siguiente contenta de que hubiera terminado la noche: no se sentía como nueva pero sí descansada. Todo había ido bien en la casa; su madre sólo se había despertado una vez. Una ligera brisa agitaba el aire caliente y aunque no había árboles que mostraran el alegre movimiento de las hojas agitadas por el viento, Margaret sabía que en uno u otro lugar, al borde del camino, en los sotos o en la espesura del bosque, había un alegre sonido susurrante, un ruido creciente y decreciente, cuya sola idea era un eco de alegría lejana en su corazón.

Se sentó con su labor en la habitación de la señora Hale. En cuanto pasara el reposo de aquella mañana, ayudaría a vestirse a su madre; después de comer iría a ver a Bessy Higgins. Desterraría todos los recuerdos de la familia

Thornton, no había ninguna necesidad de pensar en ellos hasta que se le aparecían en carne y hueso. Pero, por supuesto, el esfuerzo de no pensar en ellos hacía que se le apareciesen con más fuerza; y, de vez en cuando, le cubría la cara un rubor ardiente que la iluminaba como el rayo de sol entre nubarrones que se mueve rápidamente sobre el mar.

Dixon abrió la puerta muy despacio y se acercó de puntillas a Margaret, que estaba sentada junto a la ventana sombreada.

—El señor Thornton, señorita Margaret. Está en la sala.

Margaret dejó la costura.

—¿Ha preguntado por mí? ¿No ha ido papá?

—Ha preguntado por usted, señorita. El señor ha salido.

—Bueno, ahora voy —dijo Margaret tranquilamente. Pero se demoró de forma extraña.

El señor Thornton esperaba de pie junto a una ventana, de espaldas a la puerta; parecía concentrado en observar algo de la calle. Pero en realidad, tenía miedo de sí mismo. Se le aceleraba el corazón al pensar en la llegada de ella. No podía olvidar el roce de sus brazos en el cuello, que le había impacientado en el momento; pero el recuerdo de su defensa aferrándose a él parecía estremecerle de pies a cabeza, derretir toda la resolución y la capacidad de controlarse como si fuera cera junto al fuego. Le aterraba acercarse a ella para saludarla con los brazos abiertos en una muda súplica de que se acurrucara en ellos como había hecho el día antes sin que le hiciera ningún caso, pero que ya nunca sería así. El corazón le latía deprisa y con fuerza. Pese a ser un hombre fuerte, temblaba al pensar lo que tenía que decir y cómo reaccionaría ella. Ella podría flaquear, ruborizarse y caer en sus brazos como en su lugar de descanso y su hogar natural. Tan pronto resplandecía de impaciencia al pensar que lo haría, como temía un rotundo rechazo, cuya sola idea ensombrecía su futuro de tal forma que se negaba a pensarlo. Se sobresaltó al sentir la presencia de otra persona en la estancia. Se volvió. Había entrado tan suavemente que no la había oído; los ruidos de la calle le habían llegado con más nitidez que los lentos movimientos de ella con su vestido de muselina.

Ella se paró junto a la mesa y no le pidió que se sentara. Tenía los párpados entornados y sus labios entreabiertos dejaban ver la línea blanca de sus dientes cerrados, pero no apretados. El leve movimiento de la fina y bella nariz al respirar era el único movimiento apreciable en su rostro. La piel delicada, la mejilla ovalada, el precioso contorno de los labios, sus comisuras con hoyuelos profundos: todo era pálido y lívido aquel día; la pérdida del saludable color natural resaltaba más por la tupida sombra del cabello oscuro

que le caía sobre las sienes para ocultar todo rastro del golpe que había recibido. Echaba levemente hacia atrás la cabeza con su antiguo porte altivo, a pesar de la mirada baja. Y tenía los brazos caídos a los lados. En conjunto, parecía una prisionera falsamente acusada de un delito que aborrecía y despreciaba y que la indignaba demasiado para justificarse.

El señor Thornton dio dos pasos apresurados hacia ella; se contuvo y se acercó con tranquila resolución a la puerta (que ella había dejado abierta) y la cerró. Volvió luego y se detuvo frente a ella un momento, captando la impresión general de su hermosa presencia, antes de atreverse a perturbarla, tal vez ahuyentarla, con lo que tenía que decir.

—Señorita Hale, ayer fui muy ingrato.

—No tenía nada que agradecer —dijo ella, alzando la vista y mirándole directamente a la cara—. Supongo que se refiere a que cree que tiene que agradecerme lo que hice. —A pesar de sí misma, a despecho de la cólera que sentía, un intenso rubor le cubrió toda la cara, inflamándole incluso los ojos, aunque no alteró su mirada fija y grave—. Fue sólo un instinto natural; cualquier mujer hubiera hecho lo mismo. Todas consideramos la santidad de nuestro sexo un gran privilegio cuando vemos peligro. Más bien debería pedirle disculpas yo —añadió apresuradamente— por haberle dicho palabras irreflexivas que le hicieron ponerse en peligro.

—No fueron sus palabras; fue la verdad que expresaban, aunque formulada con acritud. Pero no me disuadiré con eso para rehuir la expresión de mi más profundo agradecimiento, de mi... —Estaba al borde ahora; no hablaría dejándose llevar por su pasión ardiente; sopesaría cada palabra. Lo haría; y su voluntad venció. Se interrumpió a media carrera.

—No intento rehuir nada —dijo ella—. Sólo digo que no me debe gratitud; y añadiría que cualquier manifestación de la misma me molestaría porque creo que no la merezco. De todos modos, si hacerlo le exime de una obligación, aunque sea imaginaria, hable.

—No deseo eximirme de ninguna obligación —dijo él aguijoneado por la actitud tranquila de ella—. Imaginaria o no (no me lo pregunto), prefiero creer que le debo la vida; sí, sonría y piense que es una exageración si quiere. Lo creo porque añade un valor a esa vida considerar..., ¡ay, señorita Hale! —prosiguió, bajando la voz con una ternura apasionada tan intensa que la hizo estremecerse y temblar delante de él—, pensar que fue así, que siempre que me sienta exultante a partir de ahora, me diré: «¡Toda esta alegría de vivir, el orgullo sincero de cumplir con mi misión en el mundo, todo este profundo sentimiento se lo debo a ella!». Y duplica la alegría, enaltece el amor propio, agudiza el sentido de la existencia hasta que ya no sé si es dolor o placer, el pensar que se lo debo a alguien (no, tiene que saberlo y lo sabrá) —añadió,

dando un paso adelante con firme resolución—, a alguien a quien amo como no creo que hombre alguno haya amado nunca a una mujer.

Le tomó una mano y la estrechó. Y esperó jadeante su respuesta. Le soltó la mano indignado al oír su tono glacial; pues glacial era, aunque sus palabras brotaron balbuceantes, como si no supiera dónde encontrarlas.

—Su forma de hablar me escandaliza. Es blasfema. No puedo evitarlo, si ése es mi primer sentimiento. Quizá no fuera así, supongo, si comprendiera la clase de sentimiento que usted describe. No deseo molestarle; y además, tenemos que hablar bajo porque mamá está dormida. Pero su actitud me ofende...

—¡Cómo! —exclamó él—. ¡La ofende! ¡Soy realmente muy desgraciado!

—¡Sí! —dijo ella, con recobrada dignidad—. Me siento ofendida. Y creo que con razón. Me parece que cree que mi comportamiento de ayer —de nuevo el intenso rubor, pero esta vez con los ojos inflamados de indignación en lugar de vergüenza— fue un acto personal entre usted y yo; y que puede venir a agradecermelo sin darse cuenta como haría un caballero, ¡sí!, un caballero —repitió, aludiendo a la conversación que habían mantenido sobre esa palabra—, de que cualquier mujer digna de tal nombre habría reaccionado protegiendo con su venerada impotencia a un hombre en peligro de la violencia de muchos.

—¡Y al caballero así rescatado le está vedado el alivio de agradecerlo! —dijo él despectivamente, interrumpiéndola—. Soy un hombre. Reclamo el derecho a expresar mis sentimientos.

—Y yo he cedido al derecho; simplemente diciendo que me hacía sufrir insistiendo en él —respondió ella con arrogancia—. Pero parece haber imaginado que no me guio sólo el instinto femenino, sino —y aquí las lágrimas ardientes (tanto tiempo contenidas, contra las que había luchado con vehemencia) afloraron a sus ojos y le quebraron la voz—, sino que me impulsaba algún sentimiento particular por usted, ¡usted! Pues no había un solo hombre, ni un pobre hombre desesperado en toda aquella multitud, por quien no sintiera más compasión, por quien no hubiera hecho de mejor gana lo poco que pudiera.

—Puede seguir hablando, señorita Hale. Estoy al corriente de todas esas impropias simpatías tuyas. Ahora creo que sólo fue su sentido de opresión innato (sí, aunque patrono, puedo estar oprimido), lo que la impulsó a obrar tan noblemente como lo hizo. Sé que me desprecia; permítame decir que es porque no me comprende.

—No quiero comprender —repuso ella, apoyándose en la mesa para recuperar el equilibrio; pues le parecía cruel, y lo era realmente, y se sentía

fatigada de indignación.

—No, ya lo veo. Es usted desleal e injusta.

Margaret apretó los labios. No contestaría a semejantes acusaciones. Mas, a pesar de todo, a pesar de sus palabras despiadadas, él se habría arrojado a sus pies y besado el borde de su vestido. Ella guardó silencio; no se movió. Derramó ardientes lágrimas de orgullo herido. Él esperó un rato, deseando que ella dijera algo a lo que pudiera replicar, aunque fuera un sarcasmo. Pero siguió callada. Él recogió el sombrero.

—Algo más. Me parece que piensa usted que mi amor la deshonorra. No puede evitarlo. Yo, aunque quisiera, no puedo librarla de él. Y no lo haría aunque pudiera. No he amado nunca a ninguna mujer: he estado siempre demasiado ocupado, demasiado preocupado por otros asuntos. Ahora amo, y seguiré amando. Pero no tema demasiadas demostraciones por mi parte.

—No tengo miedo —repuso ella, irguiéndose—. Nadie se ha atrevido nunca a ser impertinente conmigo, y nadie lo hará nunca. Pero ha sido usted muy amable con mi padre, señor Thornton —añadió, cambiando de tono y adoptando una suavidad muy femenina—. No sigamos ofendiéndonos el uno al otro. Se lo ruego.

Él no prestó la menor atención a sus palabras. Se concentró en alisar el pelo del sombrero con la manga del abrigo durante medio minuto o así. Y luego, rechazando la mano que le ofrecía ella y haciendo como que no veía su seria expresión de pesar, se volvió bruscamente y salió de la habitación. Margaret captó su expresión antes de que se fuera.

Le pareció haber visto el brillo de lágrimas contenidas en sus ojos al marcharse; y eso convirtió su orgullosa aversión en algo diferente y más amable, aunque casi igualmente penoso: el remordimiento por haber causado tanta mortificación a alguien.

«Pero ¿cómo podía haberlo evitado? —se preguntó—. Nunca me ha gustado. Siempre he sido educada; pero no me he molestado en disimular mi indiferencia. En realidad, nunca he pensado en él y en mí misma, por lo que mi actitud tenía que haber demostrado la verdad. Si ha interpretado mal todo lo de ayer es culpa suya y no mía. Yo volvería a hacerlo si fuese necesario, aunque me cause todas estas complicaciones y esta vergüenza».

Capítulo XXV

Frederick

Margaret empezó a preguntarse si todas las declaraciones serían tan imprevistas y tan angustiosas en el momento de producirse como las dos que le habían hecho a ella. Surgió en su mente una comparación involuntaria entre el señor Lennox y el señor Thornton. Había lamentado que las circunstancias hubieran inducido al señor Lennox a manifestarle cualquier otro sentimiento que no fuera el de la amistad. El pesar fue el sentimiento predominante la primera vez que le habían hecho una propuesta de matrimonio. No se había sentido tan aturdida, tan impresionada como se sentía ahora, en que los ecos de la voz del señor Thornton aún persistían en la habitación. En el caso del señor Lennox, le había parecido que sobrepasaba el límite entre amistad y amor un momento; y que, al instante siguiente, lo lamentaba casi tanto como ella, aunque por motivos distintos. En el caso del señor Thornton, que Margaret supiera, no existía la etapa de amistad intermedia. Su relación había sido un desacuerdo constante. Sus opiniones chocaban; y en realidad ella nunca había advertido que a él le interesaran sus opiniones como propias de ella, la persona. En la medida en que desafiaban su pétrea firmeza, su apasionado convencimiento, parecía rechazarlas con desprecio hasta que ella sentía la fatiga del esfuerzo de protestar en vano; ¡y ahora se presentaba allí para declararle su amor de aquel modo extraño y disparatadamente apasionado! Pues, aunque al principio se le había ocurrido que aquella proposición la había forzado y provocado una profunda compasión por la forma en que se había expuesto ella, algo que él, como otros, podría malinterpretar, sin embargo, incluso antes de que él saliera de la habitación, y desde luego menos de cinco minutos después de que lo hiciera, sintió el pleno convencimiento, se dio cuenta con absoluta nitidez, de que él la amaba; de que la había amado; de que la amaría. Y entonces tembló y se estremeció, fascinada por una fuerza grandiosa, incompatible con toda su vida anterior. Retrocedió sigilosamente y rechazó la idea. Pero fue en vano. Parodiando un verso del Tasso de Fairfax:

La fuerte imagen de él vagaba por su pensamiento.

Lo aborrecía más todavía por haberse adueñado de su voluntad. ¿Cómo se atrevía a decir que la amaría aunque ella lo rechazara con desprecio? Ojalá le hubiera hablado con más... dureza. Se le agolparon en la mente palabras más rotundas y mordaces ahora que ya era demasiado tarde para pronunciarlas. La profunda impresión que le había causado la entrevista era como el horror de un sueño; que no se va de la habitación aunque despertemos y nos frotemos los ojos y forcemos una sonrisa rígida. Que sigue allí en algún rincón, encogido y farfullante, con mirada fija fantasmal, atento, para comprobar si nos atrevemos a hablar de su presencia a alguien. ¡Y somos tan cobardes que no nos atrevemos!

Y así retrocedió estremecida de la amenaza de amor perdurable de él. ¿Qué

quería decir? ¿No tenía ella fuerza de disuadirle? Ya vería. Amenazarla de aquel modo era gran atrevimiento, impropio de un hombre. ¿Se basaría en el desdichado día anterior? Haría lo mismo mañana, si fuese necesario, lo haría por un mendigo tullido, voluntariamente y de buen grado; incluso por él, lo haría por él con el mismo valor, a pesar de sus conclusiones y del infame comentario de aquella mujer impertinente. Lo haría porque era justo, y simple y verdadero salvar donde pudiera salvar; incluso tratar de salvar. Fais ce que dois, advienne que pourra.

No se había movido de donde la había dejado; ninguna circunstancia externa la había sacado del trance discursivo en que la habían sumido las últimas palabras de él y la expresión de su mirada profundamente apasionada cuando sus llamas le habían hecho bajar la suya. Se acercó a la ventana y la abrió para disipar la agobiante opresión. Luego fue a abrir la puerta también, con un afán impetuoso de borrar el recuerdo de la última hora, en compañía de otros o mediante el ejercicio. Reinaba en la casa un profundo silencio: esa quietud del mediodía en que el enfermo consigue el sueño no reparador que se le niega a las horas nocturnas. Margaret no quería estar sola. ¿Qué debía hacer? «Ir a ver a Bessy Higgins», pensó, al recordar el mensaje que le había enviado la noche anterior. Y así lo hizo.

Cuando llegó, encontró a Bessy echada en el escaño junto al fuego, aunque hacía un día sofocante y bochornoso. Estaba completamente inerte, con esa languidez que sigue a un paroxismo de dolor. Margaret pensó que respiraría mejor un poco incorporada; y, sin mediar palabra, la alzó y colocó los almohadones para que estuviera más cómoda, pese a su languidez.

—Creía que no volvería a verla —dijo al fin Bessy, mirándola anhelante.

—Me temo que estás mucho peor. Pero ayer no pude venir, mi madre estaba tan enferma, por muchas razones —dijo Margaret, sonrojándose.

—Tal vez crea que me extralimité enviando a Mary a buscarla ayer. Pero las voces y la discusión me destrozaron y cuando se marchó mi padre pensé, ay, si pudiera oír su voz leyéndome algunas palabras prometedoras y pacíficas me desvanecería en el silencio y el descanso de Dios como un niño pequeño que se duerme con la nana de su madre.

—¿Quieres que te lea un capítulo ahora?

—¡Sí, por favor! A lo mejor al principio no atiende al sentido; me parecerá muy lejano, pero cuando llegue a la parte que me gusta, a los textos reconfortantes, me sonará muy próximo y creo que me atravesará, como si dijéramos.

Margaret empezó a leer. Bessy se balanceaba a un lado y a otro. Se esforzaba en atender un momento y al siguiente parecía doblemente agitada.

Al fin, exclamó:

—No siga leyendo. Es inútil. Estoy blasfemando todo el rato pensando furiosa en lo que no tiene remedio. ¿Se ha enterado del tumulto de ayer en Marlborough Mills? Ya sabe, la fábrica de Thornton.

—Tu padre no fue, ¿verdad? —dijo Margaret, ruborizándose intensamente.

—Él no. Él hubiera dado la mano derecha para que no pasara. Eso es lo que me preocupa. Está completamente destrozado por ello. No sirve de nada decirle que los idiotas siempre rompen las barreras. No hay hombre más desmoralizado que él.

—Pero ¿por qué? —preguntó Margaret. No entiendo.

—Porque, verá, él es miembro del comité de esta huelga especial. El sindicato lo nombró porque, aunque no esté bien que lo diga yo, está considerado como un hombre inteligente y honrado a carta cabal. Y él y los otros delegados hicieron los planes. Tenían que aguantar unidos contra viento y marea; y todos tenían que aceptar lo que pensara la mayoría, quisieran o no. Y sobre todo, había que respetar la ley. La gente los apoyaría si los veían esforzarse y pasar necesidad con paciencia. Pero en cuanto hubiera el menor rumor de lucha y enfrentamiento (aunque fuera con los esquirols) se acabaría todo, lo sabían por la experiencia de todas las veces anteriores. Intentarían hablar con los esquirols y convencerlos, y razonar con ellos y tal vez advertirlos. Pero el sindicato ordenó a todos los afiliados que aguantaran hasta morir si era necesario sin dar un golpe, pasara lo que pasara; estaban seguros de que así contarían con la opinión pública. Y además de todo eso, el comité sabía que tenían razón en su demanda y no quería que se mezclara la verdad con la mentira hasta el punto en que la gente ya no puede separarlas lo mismo que yo no puedo separar los polvos de la medicina de la jalea que me regaló para mezclar; la jalea es mucho mejor, pero los polvos lo impregnan todo. Bueno, ya le he hablado bastante de esto, y estoy agotada. Usted misma puede deducir lo que supone para mi padre ver todo su trabajo deshecho por un estúpido como Boucher, que tiene que ir contra las normas del comité y destrozarse la huelga como si se propusiera ser un Judas. Claro que padre se las cantó bien claras anoche. Llegó a decirle que iría a la policía y les explicaría dónde podían encontrar al cabecilla de la revuelta; que se lo entregaría a los patronos para que hagan lo que quieran con él. Demostraría a todo el mundo que los verdaderos dirigentes de la huelga no eran como Boucher, sino hombres serios y sensatos; buenos trabajadores; y buenos ciudadanos, partidarios de la ley y el buen juicio y defensores del orden. Que sólo querían un salario justo y que no trabajarían aunque se murieran de hambre hasta que lo consiguieran; pero que nunca dañarían la propiedad ni la vida. Porque —bajó la voz— dicen que Boucher tiró una piedra a la hermana del señor

Thornton, y que a poco la mata.

—Eso no es cierto —dijo Margaret—. No fue Boucher quien tiró la piedra. Primero se ruborizó y luego se quedó pálida.

—Entonces, estuvo allí, ¿no? —preguntó Bessy lánguidamente: pues, en realidad, había hablado con muchas pausas, como si le resultara especialmente difícil hacerlo.

—Sí. No importa. Sigue. Sólo que no fue Boucher quien tiró la piedra. Pero ¿qué le contestó a tu padre?

—No dijo una palabra. Temblaba tanto de cólera contenida que yo no podía soportar mirarlo. Oía su jadeo rápido y una vez me pareció que estaba sollozando. Pero cuando padre le dijo que lo entregaría a la policía, dio un grito enorme y golpeó a mi padre en la cara con el puño cerrado y se largó como un rayo. Mi padre se quedó pasmado por el golpe al principio, pese a lo débil que estaba Boucher por la cólera y el hambre. Se quedó sentado un rato tapándose los ojos con las manos. Y luego se fue hacia la puerta. No sé de dónde saqué fuerzas pero me levanté del escaño y me aferré a él. «¡Padre! ¡Padre! —le dije—, deja en paz a ese pobre hombre. No te soltaré hasta que me lo prometas». «No seas estúpida —me contestó—, una cosa es decirlo y otra hacerlo. Nunca he pensado denunciarle a la policía; aunque voto a D... que se lo merece y no me importaría que cualquiera hiciera el trabajo sucio y que lo encerraran. Pero ahora que me ha atizado sería aún más difícil que lo hiciera porque metería a otros en mi pleito. Pero si alguna vez sale de ésta y se encuentra bien, él y yo tendremos una pelea en toda regla, patadas y todo, y ya veré qué puedo hacer por él». Así que se deshizo de mí, que en realidad estaba bastante débil y deprimida, y él tenía la cara blanca como la nieve donde no estaba ensangrentada y me mareaba. Y no sé si estuve dormida o despierta o perdí el conocimiento hasta que llegó Mary. Y le pedí que fuera a buscarla. No me hable, prefiero que lea el capítulo. Estoy más tranquila ahora que lo he soltado; pero necesito algunos pensamientos del mundo lejano que me quiten el mal sabor de boca. No me lea un capítulo de sermón sino uno de historia. Veo las imágenes que tienen con los ojos cerrados. Léame sobre el cielo nuevo y la tierra nueva, a ver si olvido todo esto.

Margaret leyó con voz dulce y delicada. Bessy escuchaba con los ojos cerrados, pero prestó atención durante un rato, porque la humedad de las lágrimas se concentró densa en sus pestañas. Al fin, se quedó dormida; con muchos sobresaltos y súplicas susurrantes. Margaret la arropó y se marchó, pues le preocupaba que la necesitaran en casa, aunque hasta aquel momento le había parecido cruel dejar a aquella muchacha moribunda.

La señora Hale estaba en la sala cuando regresó su hija. Era uno de los días

que mejor se encontraba y se deshizo en alabanzas sobre el colchón de agua. Se parecía más a los de la casa de sir John Beresford que ningún otro en el que hubiera dormido desde entonces. No lo entendía, pero parecía que se hubiera perdido el arte de hacer colchones como los que hacían cuando ella era joven. Se diría que era bastante fácil; había el mismo tipo de plumas y, sin embargo, hasta la noche pasada no recordaba haber tenido un sueño profundo y reparador.

El señor Hale indicó que algunas virtudes de los colchones de plumas antiguos podrían atribuirse a la actividad de la juventud, que hacía placentero el reposo; pero su esposa no aceptó de buen grado la idea.

—Nada de eso, señor Hale, eran los colchones de la casa de sir John. Bueno, Margaret, tú eres bastante joven, y andas de un lado para otro durante el día, ¿son cómodos los colchones? Recorro a ti. ¿Te dan una sensación de reposo perfecto cuando te echas en ellos; o das vueltas y vueltas intentando encontrar una postura cómoda y despiertas por la mañana tan cansada como cuando te acostaste por la noche?

Margaret se echó a reír.

—Si quieres que te diga la verdad, mamá, nunca se me ha ocurrido pensar en la cama, en la clase de colchón. Tengo tanto sueño por la noche que me quedo como un tronco en cuanto me echo donde sea. Así que no sé si soy un testigo fiable. Claro que también es cierto que nunca tuve la oportunidad de probar las camas de la casa de sir John Beresford. No estuve nunca en Oxenham.

—¿De veras? ¡No, claro! Recuerdo que llevé conmigo al pobrecito Fred. Después de casarme sólo fui una vez a Oxenham, a la boda de tu tía Shaw; y el pobrecito Fred era el pequeño entonces. Y sé que a Dixon no le gustaba pasar de doncella a niñera y me daba miedo que quisiera dejarme si la llevaba cerca de su antiguo hogar y entre los suyos. Pero el niño, el pobrecito, se puso malo en Oxenham, con la dentición; y como yo dedicaba tanto tiempo a Anna antes de su boda, y además no me encontraba tampoco muy fuerte, Dixon tuvo que ocuparse de él más que nunca hasta entonces; y le tomó tanto cariño, y se sentía tan orgullosa cuando se apartaba de todos y se aferraba a ella, que creo que no volvió a pensar en dejarme; aunque no se parecía en nada a lo que ella estaba acostumbrada. ¡Pobre Fred! Todos le tenían cariño. Nació con el don de ganarse los corazones. Me hace pensar muy mal del capitán Reid el saber que aborrecía a mi querido muchacho. Me parece una prueba indiscutible de que era una mala persona. ¡Oh, tu pobre padre, Margaret! Se ha marchado de la habitación. No soporta que hable de Fred.

—A mí me gusta oír hablar de él, mamá. Cuéntame todo lo que quieras. Nunca será demasiado. Cuéntame cómo era de pequeño.

—Bueno, Margaret, no te ofendas, pero era mucho más guapo que tú. Recuerdo que cuando te vi por primera vez en brazos de Dixon, dije: «¡Santo cielo, qué feíta es!». Y ella dijo: «¡Todos los niños no se parecen al señorito Fred, bendito sea!». ¡Santo cielo, qué bien lo recuerdo! Entonces podía tener a Fred en brazos todo el día, y su cunita estaba junto a mi cama; y ahora, ahora... Margaret, no sé dónde está mi hijo y a veces creo que no volveré a verlo.

Margaret se sentó en un escabel junto al sofá de su madre. Le tomó la mano con suavidad, acariciándosela y besándosela para consolarla. La señora Hale dio rienda suelta a su aflicción y se echó a llorar. Al final, se incorporó, se irguió en el sofá y se volvió hacia su hija diciendo con sinceridad lacrimosa y casi solemne:

—Margaret, si pudiese mejorar, si Dios me concediese una oportunidad de recuperación, tendría que ser viendo a mi hijo una vez más. Eso despertaría las escasas fuentes de salud que me quedan.

Hizo una pausa, como si intentara reunir fuerzas para añadir algo. Se le quebró la voz al proseguir, temblorosa como si considerara alguna idea extraña pero muy presente.

—Y si he de morir, Margaret, si soy una de las personas señaladas para morir antes de que pasen muchas semanas, tengo que ver primero a mi hijo. No se me ocurre cómo puede organizarse; pero te encomiendo, Margaret, por el consuelo que tú misma esperas en las últimas horas, que me lo traigas para que pueda darle mi bendición. Sólo cinco minutos, Margaret No puede haber peligro en cinco minutos. ¡Oh, Margaret, haz que pueda verlo antes de morir!

Margaret no vio nada irracional en las palabras de su madre, no buscamos razón ni lógica en las súplicas apasionadas de los enfermos graves. Nos remuerde el recuerdo de las mil oportunidades perdidas de satisfacer los deseos de quienes se irán pronto de nuestro lado; si nos pidieran la futura felicidad de nuestra vida, la pondríamos a sus pies y renunciaríamos a ella. Pero aquel deseo de la señora Hale era tan natural, tan justo, tan bueno para ambas partes, que Margaret creyó que tanto por Frederick como por su madre tenía que olvidar todas las probabilidades de peligro y comprometerse a hacer cuanto estuviera en su mano para satisfacerlo. Su madre la miraba fijamente con aquellos ojos grandes, suplicantes y dilatados, y le temblaban los labios pálidos como si fuera una niña pequeña. Margaret se levantó despacio y se quedó frente a su madre, para que pudiera deducir de la firmeza serena del rostro de su hija que cumpliría su deseo.

—Escribiré esta noche a Frederick y se lo diré, mamá. Estoy tan segura de que vendrá inmediatamente como de mi vida. Tranquilízate, mamá, te aseguro que lo verás en la medida en que puede prometerse lo humanamente posible.

—¿Le escribirás ahora? Ah, Margaret, el correo sale a las cinco. Te dará tiempo, ¿verdad? Me quedan tan pocas horas; cariño, tengo la sensación de que no me recuperaré, aunque a veces tu padre me hace concebir esperanzas. Escribirás en seguida, ¿verdad? No pierdas un solo correo; porque sólo por ese único correo podría no verlo.

—Pero, mamá, papá está fuera.

—¡Papa está fuera! ¿Y qué? ¿No querrás decir que él me negaría este último deseo? Porque no estaría enferma, agonizando, si no me hubiera traído de Helstone a este lugar insalubre, lleno de humo y sin sol.

—¡Mamá, por favor! —dijo Margaret.

—Es la pura verdad. Y él lo sabe muy bien. Lo ha dicho muchas veces. Haría lo que fuera por mí. No pienses que me negaría este último deseo, plegaria, si quieres. Y en realidad, Margaret, el deseo de ver a Frederick se interpone entre Dios y yo. No puedo rezar hasta que lo consiga; de verdad que no puedo. No pierdas el tiempo, hija, por favor te lo pido. Escribe para que la carta salga en el próximo correo. Así podría estar aquí, llegar en veintidós días. Seguro que vendrá. Ni sogas ni cadenas pueden impedirselo. Dentro de veintidós días veré a mi hijo.

Se recostó, y, durante un rato, no se dio cuenta de que Margaret seguía sentada sin moverse, con una mano sobre los ojos.

—¡No estás escribiendo! —exclamó al fin su madre—. Tráeme papel y unas plumas, escribiré yo misma.

Se incorporó temblando de pies a cabeza con impaciencia febril.

Margaret bajó la mano y miró con tristeza a su madre.

—Espera a que llegue papá. Le preguntaremos cuál es la mejor forma de hacerlo.

—Me lo has prometido, Margaret, no hace ni un cuarto de hora; me dijiste que vendría.

—Y lo hará, mamá; no llores, por favor, madre querida. Escribiré ahora mismo, me verás hacerlo y saldrá en este mismo correo. Y si papá lo considera oportuno, puede escribir de nuevo cuando llegue; es sólo un día de retraso. Mamá, por favor, no llores con tanta pena.

La señora Hale no podía contener las lágrimas; lloraba histérica y, en realidad, no hacía el menor esfuerzo para controlarlas, sino que conjuraba todas las imágenes del pasado feliz y el probable futuro: imaginando la escena en que yacería de cuerpo presente con el hijo a quien tanto había anhelado ver en vida llorando junto a ella, y ella inconsciente de su presencia, hasta que la

lástima de sí misma la sumió en un estado de agotamiento y sollozos que acongojó a Margaret. Pero al final se tranquilizó y observó anhelante a su hija, que había empezado a escribir la carta, una breve misiva urgente. La cerró en seguida por miedo a que su madre le pidiera que se la enseñara: y luego, para asegurarse todavía más, y a petición de la señora Hale, la llevó ella misma al correo. Su padre la alcanzó en el camino de vuelta a casa.

—¿Y dónde ha estado mi linda doncella? —le preguntó.

—En la oficina de correos, con una carta; una carta para Frederick. No sé si he hecho mal, papá: pero mamá sentía un ferviente anhelo de verlo, dijo que se recuperaría, y dijo que tiene que verlo antes de morirse. No sabes lo insistente que se puso. ¿He obrado mal?

El señor Hale no respondió de inmediato. Luego dijo:

—Deberías haber esperado a que llegara yo, Margaret.

—Intenté convencerla... —guardó silencio.

—No sé —añadió el señor Hale tras una pausa—. Debería verlo si tanto lo desea, pues creo que le sentaría mucho mejor que toda la medicina del doctor; ¡quizá se recupere del todo! Pero me temo que supone un peligro muy grande para él.

—¿Después de tantos años del motín, papá?

—Sí. El gobierno tiene que tomar medidas muy estrictas para la represión de delitos contra la autoridad, por supuesto, y sobre todo en la Marina, donde el oficial al mando ha de estar rodeado a ojos de sus hombres de la vívida conciencia del poder del país que le respalda, protege su causa y venga las ofensas que le hayan hecho si fuere necesario. A ellos no les importa hasta qué punto sus autoridades han tiranizado, enfurecido a los temperamentos vivos hasta la locura, o, aunque eso pudiera ser después una excusa, no se acepta nunca en primera instancia; no se ahorran gastos, envían barcos, recorren los mares para apresar a los infractores, los años transcurridos no borran la memoria del delito, sigue siendo un crimen reciente y vívido en los libros del Almirantazgo hasta que se borra con sangre.

—¡Ay, papá, qué he hecho! Y sin embargo me parecía tan correcto en el momento. Estoy segura de que el propio Frederick se hubiera arriesgado.

—Lo haría; ¡debería hacerlo! Bueno, Margaret, me alegra que se haya hecho, aunque no me atreviera a hacerlo yo. Mejor que haya sido así. Yo habría vacilado hasta que quizá hubiera sido demasiado tarde para servir de algo. Querida Margaret, has hecho lo correcto; y el final queda fuera de nuestro control.

Todo estaba muy bien; pero el relato que hizo su padre del castigo

implacable que se imponía a los amotinados horrorizó a Margaret. ¿Y si hubiera atraído a su hermano a casa para borrar la memoria de su error con su propia sangre? Vio que la angustia de su padre era más honda que la fuente de la que habían surgido sus últimas palabras animosas. Le tomó del brazo y regresó a casa con él, pensativa y agotada.

Capítulo XXVI

Madre e hijo

Cuando el señor Thornton salió de la casa aquella mañana estaba casi ciego de cólera desconcertada. Se sentía tan mareado como si Margaret, en vez de mostrarse, hablar y actuar como una joven tierna y delicada, hubiera sido una verdulera robusta y le hubiera dado unos buenos puñetazos. Sentía verdadero dolor físico: un fuerte dolor de cabeza y palpitaciones intermitentes. No soportaba el ruido, la intensa luz y el movimiento y el estruendo continuos de la calle. Se llamó estúpido por sufrir de aquel modo. Y sin embargo, de momento no podía recordar la causa de su sufrimiento ni determinar si correspondía a sus efectos. Hubiese sido un alivio sentarse en el escalón de una puerta y llorar con un niño pequeño que vociferaba a lágrima viva indignado por algo que le habían hecho. Se dijo que odiaba a Margaret, pero una intensa sensación de amor desbordante surcó su lúgubre embotamiento como un rayo incluso mientras formulaba las palabras que expresaban odio. Su mayor consuelo consistía en abrazar su tormento; y en sentir, como le había dicho a ella, que no cambiaría un ápice aunque lo despreciara, lo desdeñara y lo tratara con su soberana y altiva indiferencia. No podía hacerle cambiar La amaba, y seguiría amándola a pesar de ella y de aquel insidioso dolor físico.

Se paró un momento a tomar esta resolución con firmeza y claridad. Pasaba un ómnibus que iba al campo. El conductor creyó que quería subir y paró junto a la acera. Era demasiado complicado disculparse y explicarse, así que subió y se alejó de allí. Pasaron largas hileras de casas, luego villas independientes con jardines muy bien cuidados y llegaron a los verdaderos setos del campo y, luego, a un pueblecito. Bajaron todos los viajeros, y el señor Thornton hizo lo mismo; y cuando se alejaron caminando, los siguió. Se adentró a paso ligero en los campos, porque el ejercicio le despejaba la mente. Ahora podía recordarlo todo: el lastimoso papel que había representado; el ridículo que tantas veces se había dicho que era lo más estúpido del mundo; y las consecuencias habían sido exactamente las que había vaticinado siempre con sensatez si alguna vez se ponía en ridículo de aquel modo. Estaba embrujado por aquellos bellos ojos, aquella boca suave entreabierta y

susurrante que se había posado tan cerca, en su hombro, todavía ayer. Ni siquiera podía librarse del recuerdo de que ella había estado allí, que le había rodeado con los brazos una vez, aunque no volvería a hacerlo. Sólo captaba vislumbres de ella. No la entendía en general. Tan pronto era muy valiente como muy tímida; tan pronto muy tierna como altiva y orgullosa. Decidió repasar detenidamente todas las veces que la había visto para olvidarla luego de una vez. La vio con diferentes atuendos y en distintos estados de ánimo y no supo cuál le sentaba mejor. Incluso aquella mañana, ¡qué espléndida estaba fulminándolo con la mirada ante la idea de que como había compartido ayer su peligro le interesara lo más mínimo!

Si el señor Thornton había sido estúpido por la mañana, como se repitió por lo menos veinte veces, no era mucho más juicioso por la tarde. Lo único que consiguió a cambio del viaje de seis peniques en ómnibus fue convencerse más de que nunca había existido ni existiría nunca alguien como Margaret; que ella no le amaba ni le amaría nunca; pero que ni ella ni el mundo entero le impedirían amarla. Volvió a la pequeña plaza del mercado y tomó de nuevo el ómnibus para regresar a Milton.

Ya era media tarde cuando bajó cerca de su almacén. Los lugares habituales le recordaron los hábitos y los discursos mentales habituales. Sabía cuánto tenía que hacer: más que el trabajo habitual, debido a la conmoción del día anterior. Tenía que ver a los magistrados, completar los acuerdos que sólo había hecho a medias por la mañana para la comodidad y la seguridad de sus obreros irlandeses recién importados; tenía que evitar toda posibilidad de comunicación entre ellos y los trabajadores descontentos de Milton. Y, por último, tenía que ir a casa y enfrentarse a su madre.

La señora Thornton había pasado todo el día sentada en el comedor, esperando de un momento a otro la noticia de que la señorita Hale había aceptado a su hijo. Se había preparado una y otra vez al oír un ruido súbito en la casa volviendo a la labor medio abandonada y dándole a la aguja con diligencia, aunque con las gafas empañadas y mano temblorosa; y habían abierto la puerta una y otra vez y había entrado alguien indiferente con algún recado insignificante. Entonces su rostro rígido relajaba la expresión gélida y triste y sus rasgos adoptaban un gesto de abatimiento bastante insólito en su severidad. Procuró no pensar en los cambios fastidiosos que supondría para ella el matrimonio de su hijo, obligándose a concentrarse en las rutinas domésticas. Los futuros recién casados necesitarían ropa blanca nueva, y la señora Thornton había mandado sacar cestos y cestos llenos de mantelerías y había empezado a calcular la provisión. Había cierta confusión entre lo que era de ella y llevaba las iniciales G. H. T. (por George y Hannah Thornton) y lo que era de su hijo (comprado con su dinero y marcado con sus iniciales). Algunos de los juegos marcados con las iniciales G. H. T. eran de finísimo

damasco holandés antiguo; ya no los había iguales. La señora Thornton se quedó mirándolos mucho tiempo: habían sido su orgullo cuando se casó. Luego frunció el entrecejo, apretó con fuerza los labios y deshizo con mucho cuidado la G y la H. Llegó incluso a buscar el carrete de hilo de marcar para poner las iniciales nuevas, pero estaba gastado y no tuvo ánimo para mandar a por más precisamente entonces. Así que se quedó mirando fijamente el vacío; pasaron ante ella una serie de visiones, de todas las cuales su hijo era el principal y único objeto: su hijo, su orgullo, su propiedad. No acababa de llegar. Sin duda estaba con la señorita Hale. El nuevo amor ya había empezado a desplazarla del primer lugar que ocupaba en su corazón. Sintió un dolor profundo (una punzada de celos vanos): no sabía si era físico o mental. Pero la obligó a sentarse. Al momento estaba otra vez de pie, tan erguida como siempre, con una sonrisa porfiada, preparada para que se abriera la puerta y apareciera el jubiloso triunfador que nunca sabría el enorme pesar que sentía su madre por aquel matrimonio. En todo esto, apenas figuraba la futura nuera como persona. Tenía que ser la esposa de John. Ocupar el lugar de la señora Thornton como señora de la casa sólo era una de las muchas consecuencias que adornaban la gloria suprema. Toda la abundancia y la comodidad de la casa, toda la púrpura y el hilo fino, honra, amor, obediencia, tropeles de amigos, todo resultaría tan natural como las piedras preciosas en el manto de un rey y se consideraría igualmente poco por su valor separado. Ser elegida por John separaría a una sirvienta del resto del mundo. Y la señorita Hale no estaba tan mal. Si hubiera sido una joven de Milton a la señora Thornton le habría encantado. Era mordaz, y tenía gusto, y ánimo, y gracia. Claro que estaba llena de prejuicios y era muy ignorante, pero eso era algo que cabía esperar de su educación sureña. Cruzó su mente una extraña y penosa comparación de Fanny con ella y, por una vez, habló con dureza a su hija. La puso de vuelta y media. Y luego, a modo de penitencia, abrió los Comentarios de Henry e intentó concentrarse en el libro, en lugar de continuar con la tarea que la enorgullecía y complacía y seguir con la inspección de la ropa de mesa.

¡Su paso al fin! Lo oyó incluso mientras creía estar acabando una frase; mientras su vista pasaba sobre ella y podría haberla repetido de memoria palabra por palabra: le oyó llegar a la puerta del vestíbulo. Su percepción agudizada podía interpretar cada sonido: ahora estaba junto al perchero, ahora en la misma puerta de la habitación. ¿Por qué se detenía? ¡Que acabara de una vez con su tormento!

Pero siguió con la cabeza inclinada sobre el libro; no alzó la vista. Él se acercó a la mesa y se detuvo allí, esperando que ella terminara el párrafo en el que parecía absorta. Al fin alzó la vista con esfuerzo.

—¿Y bien, John?

Él sabía lo que significaba la escueta pregunta. Pero se había armado de

valor. Deseó contestar con una broma. La amargura que sentía podría haber aportado una, pero su madre merecía que la tratara mejor. Se acercó y se colocó detrás de ella, de forma que no podía verle, le inclinó hacia atrás la cara gris y pétrea y la besó, murmurando:

—Nadie me ama, sólo me quieres tú, madre.

Se dio la vuelta y se quedó de pie con la cabeza apoyada en la repisa de la chimenea, intentando contener las lágrimas que llenaban sus ojos varoniles. Ella se levantó tambaleante. Aquella mujer fuerte se tambaleó por primera vez en su vida. Le posó las manos en los hombros; era una mujer alta. Lo miró a la cara: le obligó a mirarla.

—El amor materno es un don divino, John. Es firme y perdurable. El amor de una chica es como una bocanada de humo, cambia con el viento. No te ha aceptado, ¿verdad? —Apretó los dientes; enseñó toda la dentadura, como un perro. Él contestó con un cabeceo.

—No soy apropiado para ella, madre; yo ya lo sabía.

Ella masculló algo con los dientes apretados. Él no la oyó. Pero dedujo por su mirada que era una maldición, aunque no tan burdamente expresada como para surtir efecto como siempre que se pronunciaba. Y sin embargo el corazón de ella saltó alegre al saber que él volvía a ser suyo.

—¡Madre! —se apresuró a exclamar él—. No quiero oír ni una palabra contra ella. ¡Por favor, madre! Estoy muy débil y muy afligido. Todavía la amo; la amo más que nunca.

—Y yo la odio —dijo la señora Thornton indignada en voz baja—. He procurado no odiarla cuando se interponía entre tú y yo, porque me decía que te haría feliz; y daría la sangre de mi corazón por eso. Pero ahora la odio por tu sufrimiento. Sí, John, es inútil ocultarme tu pena. Soy la madre que te trajo al mundo y tu pena es mi tormento; y si tú no la odias, yo sí.

—Entonces haces que la quiera más, madre. La tratas injustamente y tengo que compensarlo. Pero ¿por qué hablamos de amor y de odio? Ya es bastante que no me quiera, demasiado. No volvamos a tocar el tema nunca. Es lo único que puedes hacer por mí en este asunto. No volvamos a nombrarla.

—Estoy completamente de acuerdo. Sólo deseo que ella y todo cuanto le pertenece vuelvan al lugar del que vinieron.

Él siguió de pie sin moverse, mirando fijamente el fuego unos minutos. Ella se quedó mirándolo con ojos secos y apagados, que se le llenaron de lágrimas inusitadas; pero parecía tan adusta y serena como siempre cuando él volvió a hablar.

—Hay orden de arresto contra tres hombres por conspiración, madre. El

disturbio de ayer ha contribuido a reventar la huelga.

La señora Thornton y su hijo no volvieron a mencionar el nombre de Margaret. Volvieron a su modo de conversación habitual: sobre hechos, no sobre opiniones y mucho menos sobre sentimientos. Sus voces y sus tonos eran fríos y tranquilos. Un extraño podría haber sacado la conclusión de que nunca había visto comportamiento tan gélido entre parientes tan próximos.

Capítulo XXVII

Fruta

El señor Thornton analizó recta y claramente los asuntos del día siguiente. Había una ligera demanda de artículos terminados; y como afectaba a su rama de la industria, la aprovechó y negoció bien. Asistió puntualmente a la reunión de sus colegas magistrados, procurándoles toda la ayuda de su sólido juicio y su capacidad de ver las consecuencias con un vistazo y llegar a una decisión rápida. Hombres de más edad, hombres de la ciudad de toda la vida, hombres mucho más ricos (que se habían dado cuenta de las cosas y habían invertido en tierras, mientras que el suyo era todo capital flotante, comprometido en su negocio) recurrían a él en busca de un juicio rápido y certero. Fue el encargado de tratar con la policía para que se diesen los pasos adecuados. Prestaba tanta atención a esa deferencia instintiva como al ligero viento del oeste que apenas alteraba el curso del humo de las altas y enormes chimeneas hacia el cielo. No advertía el mudo respeto que le manifestaban. Si hubiese sido de otro modo, lo hubiera considerado un obstáculo en la consecución del objetivo que perseguía. Pero, dadas las circunstancias, sólo se preocupaba de lograr ese objetivo. Eran los aguzados oídos de su madre los que captaban los comentarios de las esposas de aquellos magistrados y hombres acaudalados sobre la excelente opinión que el señor Tal o el señor Cual tenía del señor Thornton; que, de no haber sido por él, las cosas habrían ido de otro modo: es decir, pésimamente. Solucionó bien sus asuntos y dio por terminada la jornada. Parecía que su honda mortificación del día anterior y el curso confuso y sin rumbo de las horas posteriores le hubieran despejado todas las brumas mentales. Sentía su fuerza y disfrutaba con ello. Casi podía desafiar a su corazón. Podría haber cantado la canción del molinero que vivía a la orilla del río Dee si la hubiera sabido:

No quiero a nadie,
nadie me quiere.

Le presentaron las pruebas contra Boucher y otros cabecillas de los

disturbios. Faltaban las de conspiración contra los otros tres. Pero encomendó encarecidamente a la policía que mantuviera la guardia; pues el rápido brazo de la ley debía estar dispuesto a golpear en cuanto pudieran demostrar una falta. Y luego salió de la cargada sala del juzgado a la calle, más fresca, pero todavía sofocante. Parecía que hubiera retrocedido de repente; sintió una languidez que le impedía controlar los pensamientos que vagaban hacia ella; recordó la escena: no la de su repulsa y rechazo del pasado día, sino las caras y los actos del anterior. Siguió maquinalmente por las calles atestadas, sorteando a los viandantes sin verlos, casi enfermo de anhelo de que volviera aquella media hora, aquel breve espacio de tiempo en que ella se abrazó a él y su corazón latió sobre el suyo.

—¡Eh, señor Thornton! Me deja usted con el saludo en la boca, caramba. ¿Qué tal la señora Thornton? ¡Un tiempo espléndido! ¡Le aseguro que a los médicos no nos gusta nada!

—Disculpe, doctor Donaldson. La verdad es que no le había visto. Mi madre está muy bien, gracias. Hace un día espléndido; bueno para la cosecha, supongo. Si hay trigo abundante, tendremos un comercio muy activo al año que viene. No sé ustedes los médicos.

—Sí, sí. Cada uno a lo suyo. Su mal tiempo y sus malos tiempos son buenos para mí. Cuando la industria va mal, hay más debilitamiento de la salud y predisposición a la muerte entre los hombres de Milton de lo que se cree.

—No en mi caso, doctor, yo soy de hierro. Ni la noticia de la peor deuda impagada me ha alterado el pulso. Le aseguro que esta huelga no me quita el apetito, y eso que me afecta más a mí que a nadie de Milton, más que a Hamper. Tendrá que ir a buscar un paciente en otra parte, doctor.

—Por cierto, me recomendó usted a una buena paciente, ¡pobre señora! Pero dejemos ese tono tan cruel, de verdad creo que a la señora Hale (la dama de Crampton, ya sabe) no le quedan muchas semanas de vida. No es que creyera que iba a curarse, me parece que ya se lo comenté a usted, pero hoy la he encontrado muy mal.

El señor Thornton guardó silencio. Se le alteró un instante el pulso firme del que se había jactado.

—¿Puedo hacer algo yo, doctor? —preguntó con voz quebrada—. Ya sabe, habrá visto que no les sobra el dinero; ¿hay algo especial o algún manjar que puedan ayudarla?

—No —repuso el médico con un cabeceo—. Le apetece mucho la fruta, tiene una fiebre persistente; pero las peras tempranas le sentarían tan bien como cualquier otra fruta y hay muchas en el mercado.

—Estoy seguro de que si cree que puedo hacer algo me lo dirá —repuso el señor Thornton—. Confío en usted.

—¡Pierda cuidado, lo haré! No le ahorraré gastos. Sé que tiene la bolsa bien llena. Ojalá me diera carta blanca con todos mis pacientes y todas sus necesidades.

Pero el señor Thornton no era partidario de la benevolencia en general, de la filantropía universal; algunos no le habrían reconocido siquiera el mérito de tener sentimientos. Sin embargo, fue directamente a la mejor frutería de Milton y eligió el racimo de uvas negras de lustre más delicado, los melocotones de color más vivo, las hojas de parra más lozanas. Lo colocaron todo en un cesto y el frutero esperó la respuesta a su pregunta:

—¿Adónde lo enviamos, señor?

No hubo respuesta.

—A Marlborough Mills, supongo, ¿no, señor?

—¡No! —dijo el señor Thornton—. Deme el cesto, lo llevaré yo.

Tuvo que sujetarlo con las dos manos; y tuvo que cruzar la parte más concurrida de la ciudad, donde las mujeres hacían la compra. Muchas jóvenes conocidas se volvieron a mirarlo y se extrañaron al verlo ocupado en menesteres propios de un mozo o recadero.

Él pensaba: «No voy a permitir que pensar en ella me impida hacer lo que quiero. Me agrada llevar esta fruta a la pobre madre y es muy correcto que lo haga. Su desdén no va a impedirme hacer lo que me plazca. ¡Estaría bueno que por miedo a una joven arrogante dejara de hacer un favor a un hombre a quien aprecio! Lo hago por el señor Hale; lo hago a despecho de ella».

Caminó a paso ligero y llegó en seguida a Crampton. Subió las escaleras de dos en dos y entró en la sala sin dar a Dixon tiempo de anunciarle. Tenía la cara colorada y los ojos brillantes de ferviente amabilidad. La señora Hale estaba echada en el sofá, acalorada por la fiebre. El señor Hale leía en voz alta. Margaret bordaba, sentada en un taburete bajo junto a su madre. Le palpitó con fuerza el corazón al verlo, aunque a él no. Él no le prestó ninguna atención a ella, y muy poca al señor Hale. Se acercó directamente a la señora Hale con el cesto y dijo, en ese tono suave y amable que resulta tan conmovedor cuando lo emplea un hombre fuerte y saludable para hablar con una enferma débil:

—Me encontré al doctor Donaldson, señora, y me dijo que le sentaría bien la fruta, así que me he tomado la libertad, la gran libertad, de traerle un poco que me ha parecido excelente.

La señora Hale se mostró sumamente sorprendida; sumamente complacida; temblorosa de impaciencia. El señor Hale expresó con menos palabras una

gratitud más profunda.

—Trae un frutero, Margaret, un cesto, lo que sea.

Margaret se quedó de pie junto a la mesa un momento, como si temiera moverse o hacer el menor ruido que delatara al señor Thornton su presencia. Pensó que sería incómodo para ambos provocar un enfrentamiento deliberado: y supuso que no la había visto, porque cuando entró ella estaba en un asiento bajo, y ahora de pie detrás de su padre. ¡Como si no sintiera él su presencia en todas partes, aunque no hubiera posado la mirada en ella en ningún momento!

—Tengo que marcharme —dijo él—. No puedo quedarme. Disculpen la libertad que me he tomado, los modales toscos, demasiado bruscos, me temo; seré más cortés la próxima vez. Me permitirá el placer de traerle fruta de nuevo si veo alguna que sea tentadora. Buenas tardes, señor Hale. Adiós, señora.

Se marchó. Sin dirigir una palabra ni una mirada a Margaret. Ella creía que no la había visto. Fue a buscar un frutero en silencio y sacó la fruta con delicadeza, con las yemas de sus finos dedos ahusados. Había sido muy amable llevándola; ¡y después de lo del día anterior, además!

—¡Oh! ¡Está deliciosa! —exclamó la señora Hale con un hilo de voz—. ¡Qué amable, mira que ocurrírsele pensar en mí! Margaret, cariño, prueba estas uvas. ¿No crees que ha sido muy amable?

—Sí —contestó Margaret en voz baja.

—¡Margaret! —exclamó el señor Hale un tanto quejoso—. Siempre te molesta lo que hace el señor Thornton. Nunca he visto a alguien con tantos prejuicios.

El señor Hale acabó de pelar un melocotón para su esposa; cortó un trocito para tomarlo él y dijo:

—Si yo tuviera prejuicios se habrían evaporado con este regalo. Nunca he probado fruta tan exquisita, la verdad, ni siquiera en Hampshire de pequeño. Aunque supongo que a los chicos toda la fruta les parece buena. Recuerdo las endrinas y las manzanas silvestres que comía con deleite. ¿Recuerdas los groselleros que había en el rincón del muro occidental del jardín en casa, Margaret?

¿Lo recordaba? ¿No recordaba todas las huellas del tiempo del viejo muro de piedra, de los líquenes pardos y amarillos que lo marcaban como un mapa, los picos de grulla que crecían en las grietas? Los acontecimientos de los dos últimos días la habían afectado; precisamente ahora toda su vida era una tensión sobre su fortaleza; y, de algún modo, aquellas despreocupadas palabras de su padre, al mencionar el recuerdo de los luminosos tiempos pasados, la

impulsó a levantarse de pronto. Dejó caer la labor al suelo, salió corriendo de la habitación y se recluyó en su cuarto. Apenas había soltado el primer sollozo entrecortado cuando se dio cuenta de que Dixon estaba junto a su cómoda buscando algo.

—¡Válgame Dios, señorita! ¡Qué susto me ha dado! ¿No estará peor la señora, verdad? ¿Qué es lo que pasa?

—Nada, nada, Dixon. Es que soy tonta y quiero un vaso de agua. ¿Qué estás buscando? En ese cajón tengo las muselinas.

Dixon siguió hurgando sin contestar. La fragancia del espliego llenó toda la habitación.

Dixon encontró al fin lo que buscaba. Margaret no podía ver lo que era. Dixon se volvió y le dijo:

—Bueno, no quería decirle lo que buscaba porque ya tiene bastante con lo que está pasando y sé que va a disgustarse. Pensaba decírselo esta noche o en un momento parecido.

—¿Qué pasa? Te ruego que me lo digas de una vez, Dixon.

—La joven a la que visitaba, Higgins, quiero decir.

—¿Y bien?

—Bueno, pues que ha muerto esta mañana y está aquí su hermana. Ha venido a pedir algo extraño. Por lo visto la joven que ha muerto tenía el capricho de que la enterraran con algo suyo. Por eso ha venido su hermana a pedirlo, y estaba buscando un gorro de dormir que no sea demasiado bueno para regalárselo.

—¡Oh! Déjame, ya lo buscaré yo —dijo Margaret entre lágrimas—. ¡Pobre Bessy! Nunca pensé que no volvería a verla.

—Vaya, pues ésa es otra. La chica que espera abajo me ha dicho que le pregunte si quiere ir a verla.

—¡Pero si ha muerto! —exclamó Margaret, palideciendo un poco—. No he visto nunca a un difunto. ¡No! Preferiría no ir.

—No se lo habría dicho si no hubiera venido ahora aquí. Le diré que no irá.

—Ya bajo yo a hablar con ella —dijo Margaret, temiendo que la brusquedad de Dixon ofendiera a la pobre chica. Así que bajó enseguida a la cocina con el gorro en la mano. Mary tenía la cara hinchada de tanto llorar, y empezó a hacerlo de nuevo en cuanto vio a Margaret.

—¡Ay, señora, ella la quería tanto, la quería, de veras la quería!

Margaret no consiguió que dijera otra cosa durante un buen rato. Al final, su compasión y la regañina de Dixon consiguieron sacarle hechos nuevos. Nicholas Higgins había salido de casa por la mañana, dejando a Bessy tan bien como el día anterior. Pero había empeorado al cabo de una hora; una vecina había ido corriendo al trabajo de Mary. No sabían dónde estaba su padre. Mary había llegado pocos minutos antes de que muriera.

—Hace dos días pidió que la enterráramos con algo de usted. No se cansaba de hablar de usted. Decía que era lo más bonito que había visto. La quería muchísimo. Sus últimas palabras fueron: «Dale mis cariñosos recuerdos, y procura que padre no beba». Venga a verla, señora. Sé que ella lo consideraría un gran cumplido. A Margaret le asustaba un poco contestar.

—Sí, a lo mejor. Sí, iré. Iré antes de la cena. Pero ¿dónde está tu padre, Mary?

Mary movió la cabeza y se dispuso a marcharse.

—Señorita Hale —dijo Dixon en voz baja—, ¿qué sentido tiene que vaya usted a ver a la pobre muerta? No abriría la boca si pudiera hacer algo por ella; y no me importaría ir yo misma, si eso la complaciera. Esta pobre gente lo considera una forma de honrar a los difuntos. Bueno —dijo, volviéndose bruscamente—. Ya iré yo a ver a tu hermana. La señorita Hale está ocupada y no puede.

La chica miró con tristeza a Margaret. El que fuera Dixon podía ser un cumplido, pero no era lo mismo para la pobre hermana, que había tenido sus leves punzadas de celos en vida de Bessy por su amistad con la señorita.

—¡No, Dixon! —dijo Margaret con firmeza—. Iré yo. Mary, nos veremos esta tarde.

Y se marchó en seguida para no tener ninguna posibilidad de volverse atrás, por miedo a la propia cobardía.

Capítulo XXVIII

Consuelo en la tristeza

Margaret fue a paso ligero a casa de Higgins aquella tarde. Mary estaba atisbando para ver si la veía llegar, con expresión un tanto recelosa. Margaret la miró con ojos risueños para tranquilizarla. Cruzaron la sala y subieron directamente las escaleras hasta el cuarto silencioso donde estaba la difunta. Margaret se alegró entonces de haber ido. Su cara, tan fatigada casi siempre por el dolor, tan preocupada por los problemas, mostraba ahora la leve y tierna

sonrisa del descanso eterno. Se le anegaron poco a poco los ojos de lágrimas, pero una calma profunda dominó su espíritu. ¡Así que aquello era la muerte! Parecía más tranquila que la vida.

Todos los hermosos textos sagrados acudieron a su mente. «Descansen de sus trabajos». «Dad reposo al fatigado». «Pues Él colma a su amado mientras duerme.» Margaret se volvió y se apartó de la cama muy despacio. Mary sollozaba quedamente al fondo. Bajaron las escaleras en silencio.

Nicholas Higgins estaba en el centro de la habitación con las manos apoyadas en la mesa; tenía los grandes ojos desorbitados por la noticia que le habían dado muchas lenguas entrometidas cuando iba al juzgado. Consideraba con ojos secos y mirada feroz el hecho de la muerte de su hija; intentaba hacerse a la idea de que no volverían a verla. Había estado tanto tiempo enferma, agonizando, que él había llegado a convencerse de que no se moriría, de que «saldría adelante».

Margaret pensó que no tenía derecho a estar allí, tan familiarizada con el entorno de la muerte que él, el padre, acababa de conocer. Había habido un instante de pausa en la empinada escalera cuando lo vio por primera vez; pero ahora intentó esquivar su mirada absorta y dejarle en el solemne círculo de su desgracia familiar.

Mary se sentó en la primera silla que encontró y se echó a llorar, cubriéndose la cabeza con el delantal. El sonido hizo reaccionar a su padre, que agarró a Margaret del brazo hasta que consiguió ordenar las palabras para hablar. Parecía que tenía la garganta seca; preguntó con voz ronca, pastosa y entrecortada:

—¿Estaba con ella? ¿La vio usted morir?

—¡No! —respondió Margaret, sin moverse, con suma paciencia al ver que había advertido su presencia. Él guardó silencio un rato, sin soltarle el brazo.

—Todos tenemos que morir —dijo al fin, con extraña gravedad, que primero hizo pensar a Margaret que había bebido, no tanto como para embriagarse pero sí lo suficiente para obnubilarse—. Pero ella era más joven que yo.

Nicholas siguió cavilando sobre el suceso sin mirar a Margaret pero sujetándola con fuerza. De pronto alzó la vista hacia ella y le preguntó con una mirada escrutadora y demencial:

—¿Está segura de que ha muerto, que no es un desmayo, un mareo? Ya le ha pasado muchas veces.

—Ha muerto —contestó Margaret. No le daba miedo hablar con él, aunque le apretaba tanto el brazo que le hacía daño y pese al furor desquiciado que

brillaba en sus ojos beodos.

»¡Ha muerto! —repitió.

Nicholas no apartó de ella aquella mirada escrutadora; al fin pareció desvanecerse de sus ojos y entonces le soltó el brazo de pronto y se echó sobre la mesa, haciéndola temblar y haciendo temblar todos los muebles de la habitación con sus violentos sollozos. Mary se acercó a él muy asustada.

—¡Largo, fuera! —gritó él, golpeándola con furia ciega—. ¡Déjame en paz! —Margaret tomó la mano de Mary y la retuvo suavemente entre las suyas. Él se tiró del pelo, se dio cabezazos contra la dura madera y luego se calmó, agotado y confuso. Su hija y Margaret permanecían inmóviles. Mary temblaba de pies a cabeza.

Nicholas se incorporó al fin (al cabo de un cuarto de hora, tal vez, o al cabo de una hora). Tenía los ojos hinchados y enrojecidos y parecía que había olvidado que no estaba solo. Las miró ceñudo al verlas. Se agitó violentamente, les lanzó otra mirada torva y se encaminó hacia la puerta en silencio.

—¡Oh, padre, padre! —exclamó Mary, intentando sujetarle—. ¡Esta noche no! ¡Oh, ayúdeme! ¡Se va a beber otra vez! ¡No le dejaré, padre! Pégueme si quiere, pero no le dejaré. ¡Lo último que me dijo ella fue que no le dejara beber!

Pero Margaret estaba en la entrada, callada pero imperiosa. El la miró desafiante.

—¡Ésta es mi casa! Quítese de en medio, muchacha, o la obligaré yo a hacerlo. —Se había zafado de Mary por la fuerza; parecía dispuesto a golpear a Margaret. Pero ella no se inmutó, no apartó su mirada seria y profunda de él ni un momento. Él la miraba a su vez con lúgubre ferocidad. Si ella hubiera vacilado lo más mínimo, él la habría quitado de en medio incluso con mayor violencia que la que había empleado con su hija, que se había golpeado la cara con una silla al caer y estaba sangrando.

—¿Por qué me mira de ese modo? —preguntó al fin, turbado e intimidado por la serenidad de ella—. Está muy equivocada si cree que va a impedir que vaya a donde me dé la gana porque ella la estimaba, y además, en mi propia casa, a la que nunca le he pedido que viniera. Es muy duro que un hombre no pueda recurrir al único consuelo que le queda.

Margaret se dio cuenta de que reconocía su fuerza. ¿Qué podía hacer a continuación? Nicholas se había sentado en una silla, cerca de la puerta; medio vencido y medio ofendido; se proponía salir en cuanto ella se quitara de en medio; pero ya no estaba dispuesto a emplear la violencia como había dicho

unos minutos antes. Margaret le posó la mano en el brazo.

—¡Venga conmigo! —le dijo—. ¡Vamos a verla!

Le habló en tono muy bajo y solemne; pero sin indicios de que le diera miedo o dudara de su obediencia. Nicholas se levantó despacio. Se quedó de pie vacilante, con gesto obstinado. Ella esperó; esperó paciente y silenciosamente que se moviera. Él sentía un extraño placer haciéndola esperar; pero al final se encaminó hacia la escalera. Ambos se acercaron a la difunta.

—Sus últimas palabras fueron: «Procura que padre no beba».

—Eso ya no puede hacerle daño. Ya no puede hacerle daño nada —rezongó él. Y añadió, alzando la voz en un fuerte lamento—: Podemos pelear y reñir, podemos hacer las paces y ser amigos, podemos quedarnos en los puros huesos y ninguna de nuestras penas volverá a afectarla. Ella pasó lo suyo. Primero con el duro trabajo y luego con la enfermedad, llevó una vida de perro. ¡Y para morir sin haber conocido una sola alegría en todos sus días! Quiá, muchacha, dijera lo que dijera ya no podrá enterarse, y tengo que echar un trago para aguantar la pena.

—No —dijo Margaret, ablandándose con la actitud más suave de él—. No es cierto. Si su vida fue como usted dice, al menos no temía tanto la muerte como algunos. Debería haberla oído hablar de la vida futura, la vida oculta con Dios, que es donde está ahora.

Él movió la cabeza y la miró de soslayo. Su rostro pálido y demacrado impresionó dolorosamente a Margaret.

—Está usted muy cansado. ¿Dónde ha pasado todo el día? En el trabajo no, ¿verdad?

—En el trabajo no, por supuesto —dijo él con una risilla lúgubre—. No en lo que usted llama trabajo. Estuve en el comité hasta que me harté de intentar que esos estúpidos entraran en razón. La mujer de Boucher me sacó de la cama esta mañana antes de las siete. Está muy enferma, pero se moría por saber dónde estaba ese zopenco de hombre que tiene, como si yo fuera su guardián, como si él se dejara guiar por mí. ¡El maldito imbécil, que ha desbaratado todos nuestros planes! Y me he despellejado los pies buscando a los tipos que no se dejan ver ahora que la ley está contra nosotros. Y tenía destrozado el corazón, además, que es peor que el dolor de pies. Y aunque vi a un amigo que se atrevió a hablar conmigo, no me enteré de que ella estaba muriéndose aquí. Bess, hija, tú me crees, ¿verdad que me crees? —preguntó, volviéndose desesperado a la pobre figura muda.

—Estoy segura —dijo Margaret—. Estoy segura de que no lo sabía, fue

muy repentino. Pero ahora en realidad sería diferente; ahora sí lo sabe; la está viendo; y sabe lo que dijo con su último aliento. No se marchará, ¿verdad?

Él no contestó. En realidad, ¿dónde podía buscar consuelo?

—Venga a casa conmigo —le dijo ella al fin, con osadía, casi temblando al pensar en ello mientras se lo decía—. Al menos tomará algo reconfortante, estoy segura de que lo necesita.

—¿Su padre es párroco? —preguntó él, cambiando súbitamente de planes.

—Lo fue —contestó ella secamente.

—Pues iré a tomar un poco de té con él, ya que me invita. Hay muchas cosas que he deseado decirle a un párroco a veces, y me da igual que predique o no.

Margaret se quedó perpleja: parecía imposible que fuera a tomar el té con su padre, que no esperaba en absoluto su visita; y su madre tan enferma; pero si se volvía atrás sería mucho peor, lo empujaría a la taberna. Pensó que si conseguía llevarlo hasta su casa, sería un paso tan grande que confiaba en poder abordar luego la serie de desgracias.

—Adiós, hija. Al fin nos separamos, sí. Has sido una bendición para tu padre desde el mismo día en que naciste. Benditos sean tus labios pálidos que sonrían ahora, y me alegra ver una vez más tu sonrisa aunque estoy solo y triste para siempre.

Se inclinó y besó con ternura a su hija; le cubrió la cara y siguió a Margaret. Ella había bajado a toda prisa a explicarle el plan a Mary; a decirle que era lo único que se le había ocurrido para impedir que fuera a la taberna; a convencerla de que fuera ella también, pues no soportaba la idea de dejar a la pobre joven afectuosa allí sola. Pero Mary le dijo que algunos vecinos amigos irían a hacerle compañía; de acuerdo; pero el padre...

Le habría dicho algo más si él no hubiera estado al lado. Se había sacudido la emoción como si le avergonzara incluso haberse dejado llevar; se había recuperado hasta tal punto que adoptó una especie de risilla amarga, como el chisporroteo de las brasas bajo una olla.

—¡Voy a tomar el té con su padre, me voy!

Pero se encasquetó bien la gorra al salir a la calle, y caminó pesadamente junto a Margaret sin mirar a los lados. Tenía miedo de que le alteraren las palabras y sobre todo las miradas de los vecinos compasivos. Así que él y Margaret caminaron en silencio.

Al llegar a la calle en la que él sabía que vivía la joven, se miró la ropa, las manos y los pies.

—¿No tendría que haberme adecentado un poco?

Hubiera sido deseable, sin duda, pero Margaret le dijo que pasara al patio y que le darían jabón y una toalla; no podía dejar que se le escapara de las manos precisamente entonces.

Él siguió a la criada por el pasillo y la cocina, pisando con cuidado las marcas oscuras del hule para ocultar la suciedad de sus pisadas, Margaret subió las escaleras. Encontró a Dixon en el rellano.

—¿Cómo está mamá? ¿Dónde está papá?

La señora estaba cansada y se había retirado a su habitación. Quería acostarse, pero Dixon la había convencido de que se echara en el sofá y tomara allí el té. Eso era mejor que impacientarse por pasar demasiado tiempo en la cama.

Todo bien, de momento. Pero ¿y el señor Hale? Margaret llegó casi sin aliento, con la apresurada historia que tenía que explicarle. No se lo explicó todo, claro. Y su padre se quedó bastante desconcertado con la idea del tejedor borracho que le esperaba en su tranquilo estudio, con quien se suponía que iba a tomar el té y por quien su hija abogaba encarecidamente. El bondadoso y afable señor Hale le habría consolado de muy buena gana en su aflicción, pero, lamentablemente, Margaret insistió sobre todo en el hecho de que había estado bebiendo y en que le había llevado a casa como último recurso para evitar que se fuera a la taberna. Cada cosa había llevado a la siguiente de forma tan natural, que Margaret no se dio cuenta de lo que había hecho hasta que vio el vago gesto de repugnancia en la cara de su padre.

—¡Oh, papá! Te aseguro que es un hombre que no te desagradará, si no te escandalizas en primer lugar.

—¡Pero mira que traer a un hombre borracho a casa, Margaret! ¡Y estando tu madre tan enferma!

Margaret perdió el aplomo y dijo con expresión abatida:

—Lo siento, papá. Es un hombre muy tranquilo, ni siquiera está achispado. Sólo estaba bastante extraño al principio, pero eso podría deberse a la impresión por la muerte de la pobre Bessy.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Su padre le sujetó la preciosa cara suplicante con ambas manos y le dio un beso en la frente.

—De acuerdo, cariño. Procuraré que se sienta lo más cómodo posible; tú atiende a tu madre. Pero te agradeceré que vayas a hacernos compañía en cuanto puedas.

—Oh sí, gracias.

Cuando el señor Hale salía ya de la habitación, corrió tras él.

—Papá, no te extrañes de lo que diga. Él es, bueno, quiero decir que no cree en mucho de lo que creemos nosotros.

«¡Santo cielo! Un tejedor borracho infiel», se dijo el señor Hale. Pero a su hija sólo le dijo:

—Procura bajar en cuanto tu madre se duerma.

Margaret entró en la habitación de su madre. La señora Hale dormitaba, pero alzó la cabeza.

—¿Cuándo escribiste a Frederick, Margaret? ¿Ayer o anteayer?

—Ayer, mamá.

—Ayer. ¿Y echaron la carta?

—Sí, mamá. La llevé yo misma.

—Ay, Margaret, ¡me da tanto miedo que venga! ¿Y si le reconocen? ¿Y si le detienen? ¿Y si le ejecutan después de haber vivido todos estos años a salvo lejos de aquí? En cuanto me quedo dormida sueño que le han capturado y le están juzgando.

—No temas, mamá. Hay cierto riesgo, sin duda, pero lo reduciremos al mínimo. Y es muy pequeño. Si estuviéramos en Helstone, sería veinte, cien veces mayor. Allí todo el mundo le recordaría. Y si se enteraban de que había un extraño en la casa, supondrían que era Frederick. Pero aquí nadie nos conoce ni se interesa por nosotros lo suficiente para fijarse en lo que hacemos. Dixon guardará la puerta como un dragón mientras él esté aquí. ¿Verdad, Dixon?

—Más les valdrá no intentar entrar pasando a mi lado —dijo Dixon enseñando los dientes, sólo de pensarlo.

—¡Y sólo podrá salir de noche el pobre!

—El pobre —repitió la señora Hale—. Casi preferiría que no le hubieras escrito. ¿Será demasiado tarde para que no venga si le escribes de nuevo, Margaret?

—Me temo que sí, mamá —dijo Margaret, recordando el apremio con que le suplicaba en la carta que fuera de inmediato si quería ver a su madre con vida.

—Siempre me disgusta hacer las cosas con tanta prisa —dijo la señora Hale.

Margaret guardó silencio.

—Vamos, señora —dijo Dixon con cierta autoridad animosa—, sabe que ver al señorito Frederick es lo que más desea. Y me alegro de que la señorita Margaret escribiera en seguida sin titubeos. A punto había estado de hacerlo yo misma. Y le cuidaremos bien, no le quepa duda. La única que no haría mucho por él en caso de apuro es Martha. Y estoy pensando que podría ir a ver a su madre precisamente entonces. Ha comentado alguna que otra vez que le gustaría hacerlo, porque su madre tuvo un ataque de apoplejía después de venir ella a trabajar aquí; sólo que no le gustaba pedirlo. Pero ya me encargaré yo de que se vaya en cuanto sepamos cuándo viene el señorito, ¡bendito sea! Así que tome el té tranquilamente y confíe en mí, señora.

La señora Hale confiaba en Dixon más que en Margaret. Sus palabras la tranquilizaron de momento. Margaret sirvió el té en silencio, intentando pensar en algo agradable que decir. Pero sus pensamientos respondían como Daniel O'Rourke cuando el hombre de la luna le pedía que soltara la guadaña: «Cuanto más nos lo pidas, menos nos moveremos». Cuanto más se empeñaba en encontrar algo que no tuviera nada que ver con el peligro al que se expondría Frederick, más se aferraba su imaginación a la desventurada idea que se le ocurría. Su madre cotorreaba con Dixon como si hubiera olvidado completamente la posibilidad de que juzgaran y ejecutaran a Frederick y que se arriesgaría por deseo suyo, aunque a instancias de Margaret. Su madre era de esas personas que sueltan las posibilidades más terribles, las probabilidades más espantosas y toda suerte de casualidades desgraciadas como un cohete las chispas; pero si las chispas prenden en un material combustible, primero arden y luego estallan en una llamarada aterradora. Margaret se alegró cuando pudo bajar al estudio, una vez cumplidos sus deberes filiales con ternura y cuidado. Se preguntaba cómo les iría a su padre y a Nicholas Higgins.

Para empezar, el caballero bondadoso, afable y sencillo, chapado a la antigua, había provocado con sus modales educados y finos toda la cortesía latente del otro.

El señor Hale trataba a todos sus semejantes del mismo modo: jamás se le había ocurrido establecer diferencias según el rango social. Ofreció una silla a Nicholas, rogándole que tomara asiento y esperó de pie a que lo hiciera; y le llamaba siempre «señor Higgins» en vez de emplear los escuetos «Nicholas» o «Higgins» a los que el «tejedor borracho infiel» estaba acostumbrado. Pero Nicholas no era un bebedor habitual ni un infiel riguroso. Bebía para ahogar la pena, como habría dicho él mismo; y era infiel en el sentido de que no había encontrado todavía ningún credo al que pudiera entregarse en cuerpo y alma.

Margaret se sorprendió un poco y se sintió muy complacida al encontrar a su padre y a Higgins enfrascados en animada conversación, y hablando cada uno de ellos al otro con delicada cortesía, aunque sus opiniones chocaran. Nicholas —limpio, arreglado (aunque sólo en la pila) y de hablar sosegado—

le pareció otra persona, pues siempre lo había visto en el medio tosco de su propio hogar. Se había «atusado» el pelo con agua fresca; se había arreglado el pañuelo del cuello y había pedido un cabo de vela para pulir los zuecos; y allí estaba, sentado, exponiendo alguna opinión a su padre, con marcado acento de Darkshire, es cierto, pero en voz baja y con expresión serena y afable. Su padre, además, se interesaba por lo que decía su compañero. Desvió la vista cuando llegó ella, sonrió, le ofreció su asiento en silencio y se sentó lo más rápidamente posible, disculpándose por la interrupción con una leve inclinación de cabeza a su invitado. Higgins saludó a Margaret con un cabeceo; y ella posó con cuidado la labor en la mesa y se dispuso a escuchar.

—Como estaba diciendo, señor, me parece que no tendría mucha fe si viviera aquí, si se hubiera criado aquí, y le pido disculpas si empleo palabras incorrectas; pero lo que yo entiendo por fe ahora mismo es creerse los dichos, las máximas y las promesas que hizo gente que uno nunca ha visto, sobre las cosas y la vida que ni uno ni nadie ha conocido. Ahora bien, dice usted que son cosas verdaderas y dichos verdaderos y una vida verdadera. Y yo sólo digo: ¿dónde está la prueba? Hay muchísimos más sabios y montones más instruidos que yo a mi alrededor, gente que ha tenido tiempo para pensar en estas cosas, mientras que yo he tenido que dedicar mi tiempo a ganarme el pan. Bien, veo a esa gente. Su vida es completamente clara. Son gente real. Y no creen en la Biblia, no señor. Pueden decir que sí de boquilla, pero, santo cielo, señor, no me diga que cree que su primer grito por la mañana es «¿Qué haré para alcanzar la vida eterna?», sino más bien «¿Qué haré para llenarme la bolsa este bendito día? ¿Adónde iré? ¿Qué tratos cerraré?». La bolsa y el oro y los billetes son cosas reales, cosas que pueden palpase y tocarse. Son reales. Pero la vida eterna es pura palabrería, muy conveniente para... Le pido disculpas, señor. Usted es un párroco sin trabajo, creo. ¡Bien! Nunca hablaré irrespetuosamente de un hombre que se encuentra en el mismo apuro que yo. Pero le haré una última pregunta, señor, y no quiero que me la conteste, sólo que la rumie bien y la digiera antes de decidirse a catalogarnos a los que sólo creemos en lo que vemos como estúpidos y tarugos. Si fuera verdad lo de la salvación y la vida eterna y lo demás, no en las palabras de los hombres sino en el fondo de su corazón, ¿no cree usted que nos machacarían con ello igual que con la economía política? Se mueren por convencernos de eso. Pero lo otro sería una inversión mucho mejor si fuera verdad.

—Pero los patronos no tienen nada que ver con su religión. Sólo se relacionan con ustedes en el trabajo, según dicen ellos, y por tanto en lo único que les interesa rectificar sus opiniones es en la ciencia de la industria.

—Me alegra que introduzca usted «según dicen ellos», señor —repuso Higgins con un curioso guiño—. Lo siento, pero me habría parecido un hipócrita si no lo hubiera hecho, aunque sea usted párroco o precisamente por

serlo. Mire, si hablara usted de la religión como una cosa que, de ser cierta, no incumbiera a todos los hombres convencer a todos los hombres, por encima de todo lo demás de esta tierra universal, lo habría considerado un bellaco para ser párroco. Y preferiría considerarlo estúpido antes que bellaco. Espero que no lo tome a mal, señor.

—No, en absoluto. Usted cree que yo estoy equivocado y yo creo que usted está mucho más fatalmente equivocado. No espero convencerlo en un día ni en una conversación; pero podemos vernos y hablar francamente de estas cosas y la verdad se impondrá. Si no lo creyera no creería en Dios. Señor Higgins, confío en que sea cual sea todo lo demás a lo que haya renunciado — el señor Hale bajó con reverencia la voz—, crea usted en Él.

Nicholas Higgins se levantó de pronto, muy rígido. Margaret se puso en pie de un salto al ver el espasmo de su cara, pues creyó que iba a darle un ataque. El señor Hale la miró consternado. Al final, Higgins dio con las palabras:

—¡Hombre! Podría tirarle al suelo por tentarme. ¿Qué juego se trae ahora para engañarme con sus dudas? Piense en ella muerta allí, después de la vida que ha llevado; y piense luego que me negaría usted el único consuelo que me queda, que existe un Dios, que le dio esa vida. No creo que viva otra vez — dijo; se sentó y añadió como si se dirigiera al fuego indiferente—: No creo que haya ninguna otra vida más que ésta, en la que ella sufrió tanto y tuvo preocupaciones sin cuento. Y no soporto pensar que fue una serie de casualidades que podrían haber cambiado con la brisa o el viento. Muchas veces he pensado que no creía en Dios, pero nunca lo he ido publicando como hacen muchos. Quizá me haya burlado de los que creían, para aguantar hasta el final, pero luego miraba a mi alrededor para ver si Él me había oído, si es que existía. Pero hoy estoy desconsolado y no quiero escuchar sus preguntas y sus dudas. Sólo existe una cosa segura y tranquila en este mundo tambaleante y me aferraré a ella, con o sin razón. Todo es perfecto para la gente feliz...

Margaret le tocó el brazo con delicadeza. No había hablado en todo el rato y él no la había oído levantarse.

—Nicholas, nosotros no necesitamos razonar. Ha entendido mal a mi padre. Nosotros no razonamos, nosotros creemos; y usted también. Es el único consuelo en estos momentos.

Él se volvió y le agarró la mano.

—Sí, sí, lo es. —Se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Pero ella está muerta en casa; y yo estoy casi aturdido de pena y a veces casi no sé lo que digo. Es como si los discursos que ha hecho la gente, y que me parecieron en su momento ingeniosos y agudos, volvieran ahora que tengo el corazón

destrozado. La huelga ha fracasado también; ¿no lo sabía, señorita? Volvía a casa a pedirle, como el mendigo que soy, que me consolara un poco del disgusto. Y me aplastó alguien que me dijo que ella había muerto, que acababa de morir. Nada más. Demasiado para mí.

El señor Hale se sonó la nariz y se levantó a despabilar las velas para ocultar su emoción.

—No es un infiel, Margaret. ¿Cómo pudiste decir algo así? —susurró reprobatoriamente—. Estoy deseando leerle el capítulo catorce de Job.

—Todavía no, papá. Quizá nunca. Preguntémosle por la huelga y démosle todo el consuelo que necesita y que esperaba de la pobre Bessy.

Así que le preguntaron y escucharon. Los cálculos de los trabajadores se basaban en falsas premisas (como muchos de los patronos). Contaban con sus compañeros como si poseyeran las mismas potencias calculables que las máquinas, sin tener en cuenta las pasiones humanas que vencen a la razón, como en el caso de Boucher y los alborotadores; y creyendo que las representaciones de sus agravios tendrían el mismo efecto en los extranjeros lejanos que los agravios (imaginarios o reales) en ellos mismos. Así que los sorprendió y los indignó que los pobres irlandeses aceptaran que los importaran y los llevaran a ocupar sus puestos. Esa indignación estaba empañada hasta cierto punto por el desprecio a «los irlandeses» y el placer ante la idea de la forma chapucera en que trabajarían y desconcertarían a sus nuevos patronos con su estupidez y su ignorancia, de las que corrían ya por la ciudad extrañas historias exageradas. Pero el golpe más cruel fue que los trabajadores de Milton hubieran desafiado y desobedecido las órdenes del sindicato de mantener la calma a toda costa, sembrando la discordia y propagando el pánico al despliegue de la policía contra ellos.

—Así que la huelga ha terminado —dijo Margaret.

—Sí, señorita. Se acabó. Tendrán que abrir de par en par las puertas de las fábricas mañana para que puedan entrar todos los que irán a pedir trabajo. Sólo para demostrar que no tuvieron nada que ver con una medida que, si hubiéramos tenido lo que hay que tener, habría permitido que subieran los salarios a un punto que no han alcanzado en estos diez años.

—Usted conseguirá trabajo, ¿verdad? —preguntó Margaret—. Es usted un trabajador excelente, ¿verdad?

—Hamper me dará trabajo en su fábrica cuando se corte la mano derecha, ni antes ni después —dijo Nicholas en voz baja.

Margaret guardó silencio, entristecida.

—En cuanto a los salarios —dijo el señor Hale—, no se ofenda, pero creo

que comete algunos errores lamentables. Me gustaría leerle unos comentarios de un libro que tengo.

Se levantó y se acercó a la estantería.

—No hace falta que se moleste, señor —dijo Nicholas—. Sus tonterías librescas entran por un oído y salen por otro. No saco nada en limpio. Antes de que Hamper y yo rompiéramos ahora, el capataz le dijo que yo estaba incitando a los hombres a pedir aumento de salarios; y Hamper me encontró un día en el almacén. Llevaba un libro delgado en la mano y va y me dice: «Higgins, me han dicho que eres uno de esos malditos imbéciles que creéis que podéis conseguir que suban los salarios pidiéndolo; sí, y mantenerlos altos cuando hayáis conseguido que suban por la fuerza. Mira, voy a darte una oportunidad de demostrar si tienes algo de juicio. Éste es un libro que ha escrito un amigo mío y si lo lees comprenderás que los salarios encuentran su propio nivel sin que los patronos ni los obreros tengan nada que ver; a no ser que los trabajadores se cavén su propia tumba con huelgas, como los condenados memos que son». Y ahora le pregunto a usted, señor, que es párroco y se ha dedicado a predicar y ha tenido que intentar convencer a la gente de la forma de pensar que usted creía que era la correcta: ¿Empezaba usted llamándolos estúpidos y cosas parecidas, o prefería tratarles amablemente al principio para predisponerlos a escuchar y convencerse si podían? ¿Y se paraba de vez en cuando en sus sermones y decía, medio para sí mismo y medio para ellos: «Pero sois un hatajo de estúpidos y estoy convencido de que es inútil que intente meteros un poco de juicio en la cabeza»? Confieso que yo no estaba en las mejores condiciones para captar lo que tuviera que decir el amigo de Hamper, estaba indignado por la forma en que me lo había planteado. Pero me dije: «Vamos, veré lo que tienen que decir estos tipos y a ver quién es el tarugo, si ellos o yo». Así que acepté el libro y luché a brazo partido con él hasta que me quedé dormido. Santo cielo, trataba del capital y el trabajo, o del trabajo y el capital, no conseguí aclarar qué era qué; y hablaba de ellos como si fueran virtudes o vicios; y yo lo que quería saber eran los derechos de los hombres, sean ricos o pobres, de forma que sólo fueran hombres.

—Pero a pesar de todo eso —dijo el señor Hale—, y admitiendo la forma absolutamente ofensiva y anticristiana con que le habló el señor Hamper al recomendarle el libro de su amigo, si decía lo que él le dijo que decía, que los salarios encuentran su propio nivel, y que la huelga de mayor éxito sólo puede conseguir que suban por la fuerza para hundirlos mucho más después, debido a la misma huelga, el libro le habría dicho la verdad.

—Bueno, señor —dijo Higgins bastante obstinado—, tal vez sí, y tal vez no. Hay dos opiniones para establecer este punto. Pero supongamos que fuera doblemente verdad, no era verdad para mí si no podía entenderlo. En mi

opinión, sus libros en latín contienen la verdad; pero para mí es galimatías y no es verdad si no sé lo que significan las palabras. Si usted, señor, o cualquier otro hombre culto y paciente, viene y me dice que me enseñará lo que significan las palabras, y no me riñe si soy un poco estúpido o si olvido cómo se relacionan unas cosas con otras, bueno, al final tal vez consiga ver la verdad; o quizá no. No voy a decir que acabaré pensando lo mismo que cualquier hombre. No soy de los que creen que la verdad puede formularse con palabras como las planchas de hierro que cortan los hombres de la fundición. Los mismos huesos no sirven para todos. Lo que aprovecha a uno atraganta a otro. Sin hablar de que, una vez tragado, puede ser demasiado fuerte para éste o demasiado débil para aquél. Los que deciden arreglar el mundo con su verdad tienen que adaptarse de forma diferente a diferentes juicios; y ser un poco delicados en la forma de ofrecerla, además, o los pobres estúpidos se la escupirán en la cara. Pero Hamper primero me da un sopapo y luego me tira ese gran bolo diciendo que no me servirá de nada porque soy tan estúpido, pero ahí está.

—Estaría bien que alguno de los patronos más amables y más prudentes se reunieran con los obreros y tuvieran una buena charla sobre estas cosas; creo que sería la mejor forma de superar sus problemas, que a mi modo de ver, se deben a su ignorancia (disculpe, señor Higgins) sobre temas que tienen que entender bien tanto los patronos como los trabajadores, por el bien de ambos. No sé si sería posible persuadir al señor Thornton de que lo hiciera —añadió, dirigiéndose a su hija.

—Papá, recuerda lo que dijo un día, ya sabes, sobre los gobiernos —repuso ella en voz muy baja. No quería hacer una alusión más clara a la conversación que habían mantenido sobre el modo de dominar a los trabajadores, dándoles suficiente información para que se rigieran por sí mismos, o mediante un despotismo prudente por parte del patrono, porque se dio cuenta de que Higgins había captado el nombre del señor Thornton, aunque no toda la frase; en seguida empezó a hablar de él.

—¡Thornton! Él es el tipo que se apresuró a escribir pidiendo irlandeses y provocó la protesta que acabó con la huelga. Incluso el bravucón de Hamper habría esperado un poco. Pero Thornton no, él no se anda con chiquitas. Y ahora que el sindicato le agradecería que siguiera hasta el final con Boucher y los tipos que contravinieron nuestras órdenes, es Thornton quien va y dice que puesto que la huelga ha terminado, él, como parte perjudicada, no quiere seguir adelante con las acusaciones contra los alborotadores. Creía que tendría más agallas. Creía que impondría su criterio y se vengaría sin problema; pero ahora dice (uno del juzgado me citó sus palabras exactas): «Los conocen muy bien, recibirán el castigo natural por su conducta con la dificultad que tendrán para encontrar empleo. Será castigo suficiente». Me gustaría que agarraran a

Boucher y que lo llevaran ante Hamper. ¡Imagino al viejo tigre lanzándose sobre él! ¿Creen que él lo soltaría? Por supuesto que no.

—El señor Thornton tiene razón —dijo Margaret—. Está usted furioso con Boucher, Nicholas, de lo contrario sería el primero en darse cuenta de que donde el castigo natural es suficiente, cualquier otro sería venganza.

—Mi hija no es muy amiga del señor Thornton —dijo el señor Hale, sonriendo a Margaret; mientras ella, roja como una amapola, volvía a la labor con doble diligencia—, pero creo que tiene razón. Él me cae bien por ello.

—Bueno, señor, esta huelga ha sido un asunto agotador para mí, y no le extrañará que esté un poco molesto al ver que fracasa sólo por unos cuantos hombres que no saben sufrir en silencio y resistir con valentía y firmeza.

—¡Tiene poca memoria! —dijo Margaret—. Yo no sé mucho de Boucher; pero la única vez que lo vi no se quejó de sus sufrimientos sino de los de su esposa enferma, de los de sus hijos pequeños.

—¡Cierto! ¡Pero él no era de hierro! Se habla puesto a gritar por sus propias penas a continuación. No es de los que aguantan.

—¿Cómo ingresó en el sindicato? —preguntó Margaret ingenuamente—. Parece que no le merece mucho respeto; ni que ganara mucho con su participación.

Higgins torció el gesto. Guardó silencio unos minutos. Luego dijo con cierta brusquedad:

—No me corresponde a mí hablar del sindicato. Hacen lo que les toca. Que es que el gremio tiene que mantenerse unido; y para los que no están dispuestos a arriesgarse con los demás, el sindicato tiene métodos y recursos.

El señor Hale se dio cuenta de que Higgins estaba enfadado por el curso que había tomado la conversación, y guardó silencio. No así Margaret, que no advirtió el disgusto tan claramente como él. Sabía instintivamente que si conseguía expresarse con franqueza, tendría algo concreto en que basarse para abogar por lo bueno y lo justo.

—¿Y cuáles son los métodos y los recursos del sindicato?

Él alzó la vista hacia ella como si estuviera dispuesto a resistirse obstinadamente a su deseo de información. Pero su mirada serena, paciente y confiada le impulsó a responder.

—¡Bueno! Si un hombre no pertenece al sindicato, los que trabajan en los telares de al lado tienen órdenes de no dirigirle la palabra; y tanto da que esté triste o enfermo. Está en zona prohibida; no tiene nada que ver con nosotros. En algunos sitios multan a quienes le hablan. Imagínesele, señorita, imagínese

lo que es vivir uno o dos años entre personas que miran para otro lado cuando las miras; trabajar a menos de dos yardas de montones de hombres que sabe que guardan un rencor absoluto, que no abren la boca ni mudan el gesto si les dice que está contento, a quienes no puede decirles nunca nada si está afligido, porque nunca hacen caso de sus suspiros ni de su cara triste (¿y no es nadie un hombre que grita desesperado sin que la gente le pregunte qué pasa?); pruébelo, señorita: diez horas durante trescientos días y sabrá un poco lo que es el sindicato.

—¡Vaya! ¡Qué tiranía! —exclamó Margaret—. La verdad, Higgins, me importa un comino su enfado. Sé que no puede enfadarse conmigo aunque quiera, y tengo que decirle la verdad: que nunca he leído, en toda la historia que he leído, tormento más lento y prolongado que éste. ¡Y pertenece usted al sindicato! ¡Y habla de la tiranía de los patronos!

—¡No, puede decir lo que quiera! —repuso él—. Los muertos se interponen entre usted y mi cólera. ¿Cree que olvido quién yace allí y cuánto la quería? Son los patronos los que nos hacen pecar si el sindicato es un pecado. Tal vez no los de esta generación. ¡Sus padres redujeron a polvo a nuestros padres; nos aplastan a nosotros! ¡Párroco! Recuerdo un texto que leía en voz alta mi madre: «Los padres comieron los agraces y los dientes de los hijos sufren la dentera». Pues así es con ellos. En aquellos días de gran opresión se creó el sindicato; era necesario. Y sigue siéndolo, a mi modo de ver. Es una oposición a la injusticia pasada, presente y futura. Como la guerra en cierta forma. Va acompañada de crímenes. Pero creo que mayor crimen sería no hacer nada. Nuestra única posibilidad es unir a la gente en un interés común; y aunque unos sean cobardes y otros estúpidos tendrán que unirse a la gran marcha cuya única fuerza radica en el número.

—¡Ay! —dijo el señor Hale con un suspiro—, su sindicato sería de suyo bello, glorioso, sería la cristiandad misma, si tuviera sólo un objetivo que afectara al bien de todos y no sólo el de enfrentar a una clase con otra.

—Creo que es hora de marcharme, señor dijo Higgins cuando el reloj dio la diez.

—¿A casa? —preguntó Margaret en voz muy baja. Él comprendió lo que quería decir y le estrechó la mano que le ofrecía.

—A casa, señorita. Confíe en mí, aunque sea del sindicato.

—Confío plenamente en usted, Nicholas.

—¡Un momento! —dijo el señor Hale corriendo a la estantería—. ¡Señor Higgins! ¿No le importará acompañarnos en el rezo familiar?

Higgins miró a Margaret indeciso. Los ojos serios y tiernos de ella se

encontraron con los de él, que guardó silencio, pero siguió donde estaba.

Margaret la Anglicana, su padre el Disidente y Higgins el Infiel se arrodillaron juntos. No les hizo daño.

Capítulo XXIX

Un rayo de sol

Margaret recibió carta de Edith al día siguiente por la mañana. Era tan cariñosa e inconsecuente como su autora. Pero el afecto era encantador para la naturaleza afectuosa de Margaret; y ella había crecido con la inconsecuencia, así que no la advertía. Decía así:

¡Oh, Margaret, merece la pena un viaje desde Inglaterra para ver a mi chico! Es un muchachito espléndido, sobre todo con sus gorros, y más todavía con el que le enviaste tú, perseverante señorita de primorosos dedos. Ya he dado envidia aquí a todas las madres, así que quiero enseñárselo a alguien nuevo y escuchar una nueva serie de expresiones admirativas; tal vez sea ésa la razón; tal vez no; no, tal vez haya un poco de amor de prima mezclado con todo; pero lo cierto es que tengo muchísimas ganas de que vengas, Margaret. Estoy segura de que sería estupendo para la salud de tía Hale. Aquí todo el mundo es joven y saludable, nuestro cielo siempre es azul y nuestro sol siempre brilla, y la banda toca maravillosamente de la mañana a la noche; y, volviendo al estribillo de mi cancioncilla, mi niño sonrío siempre. Estoy deseando que me des tu opinión, Margaret. Haga lo que haga es lo más precioso, gracioso, maravilloso. Creo que le quiero muchísimo más que a mi marido, que se está volviendo corpulento y gruñón, aunque él lo llama «estar ocupado». ¡No! No es verdad. Acaba de llegar con la noticia de un picnic encantador que dan los oficiales del Hazard, que está anclado abajo en la bahía. Como ha traído nuevas tan agradables, retiro todo lo que acabo de decir de él. ¿No se quemó alguien la mano por haber dicho o hecho algo que lamentaba? Bueno, yo no puedo quemarme la mía porque me dolería y la cicatriz sería fea. Pero me apresuro a retractarme de cuanto he dicho. Cosmo es tan absolutamente encantador como el niño y nada gordo y no existe esposo menos gruñón que él. Sólo que algunas veces está ocupadísimo. Creo que puedo decirlo sin faltar a mis deberes conyugales, ¿por dónde iba? Tenía algo muy especial que decirte, lo sé. Ah, sí, es esto, Margaret queridísima: tienes que venir a verme. Le sentaría muy bien a tía Hale, como te decía antes. Haz que el médico se lo recomiende. Dile que es el humo de Milton lo que le sienta mal. En realidad, estoy segura de que es así. Tres meses aquí (no podéis venir por menos tiempo), con este clima delicioso, siempre soleado, y las uvas, que

son tan corrientes como las moras, y se recuperaría del todo. No invito a mi tío —(aquí la carta se hacía más forzada y mejor escrita; el señor Hale estaba castigado como un niño malo por haber renunciado a su beneficio)— porque, en mi opinión, a él no le gustan la guerra, los soldados ni las bandas de música. Al menos sé que muchos disidentes pertenecen a la Peace Society, y supongo que no querrá venir; pero si le apetece, te ruego que le digas que Cosmo y yo haremos todo lo posible para que se sienta feliz; y esconderé la casaca roja y la espada de Cosmo y pediré a la banda que toque todas las piezas serias y solemnes; o, que si interpretan pompas y vanidades, lo hagan a ritmo más lento. Querida Margaret, si él decide acompañaron a tía Hale y a ti intentaremos que vuestra estancia aquí resulte agradable, aunque me da bastante miedo alguien que ha hecho algo por la conciencia. Espero que tú no lo hagas nunca. Dile a tía Hale que no traiga mucha ropa de abrigo, aunque me temo que cuando podáis venir será ya hacia finales de año. ¡Pero no te imaginas el calor que hace aquí! En una excursión intenté lucir mi precioso mantón indio. Procuré animarme con proverbios mientras pude, «hay que mantener la dignidad» y consejos saludables parecidos. Pero fue inútil. Parecía Tiny, la perrita de mamá, con arreos de elefante; asfixiada, oculta, muerta con mis mejores galas. Así que lo usé de espléndida alfombra para sentarnos todos. Aquí tienes a este hijito mío, Margaret. Si no haces la maleta en cuanto recibas esta carta y vienes de inmediato a verlo, ¡pensaré que descienes del rey Herodes!

Margaret anheló un día de la vida de Edith: su despreocupación, su hogar alegre, su cielo soleado. Si el deseo pudiera haberla transportado, habría ido; sólo por un día. Ansiaba la fuerza que le proporcionaría un cambio así: pasar aunque sólo fuera unas horas en aquel ambiente luminoso y sentirse joven de nuevo. ¡Todavía no había cumplido veinte años! Pero había tenido que aguantar tanta presión que se sentía viejísima. Ése fue su primer sentimiento después de leer la carta de Edith. Luego volvió a leerla olvidándose de sí misma y le divirtió lo mucho que se parecía a la propia Edith. Y estaba riéndose alegremente mientras leía cuando entró en la sala la señora Hale apoyada en el brazo de Dixon. Margaret se apresuró a colocar los cojines. Su madre parecía más débil de lo habitual.

—¿De qué te reías, Margaret? —le preguntó su madre en cuanto se recuperó del esfuerzo de acomodarse en el sofá.

—De una carta de Edith que he recibido esta mañana. ¿Quieres que te la lea, mamá?

La leyó en voz alta. La señora Hale parecía atenta al principio y no dejaba de preguntarse qué nombre le habría puesto Edith al niño, proponiendo toda suerte de nombres posibles y todas las razones probables de cada uno para que se lo pusiera. Mientras lo hacía, llegó el señor Thornton, con otro regalo de

fruta para la señora Hale. No podía (mejor dicho, no quería) negarse el posible placer de ver a Margaret. No tenía ningún otro objetivo que la gratificación del momento. Era la inquebrantable obstinación de un hombre que solía ser más razonable y ecuánime. Entró en la habitación y captó la presencia de Margaret al momento. Pero, tras saludarla con una venia fría y distante, no se permitió volver a mirarla, al parecer. Se quedó sólo un momento para ofrecer los melocotones y pronunciar unas palabras cordiales. Su fría mirada ofendida se cruzó luego con la de Margaret en una grave despedida al salir de la habitación. Ella permaneció sentada, pálida y silenciosa.

—¿Sabes una cosa, Margaret? El señor Thornton empieza a parecerme bastante agradable.

Margaret no contestó nada al principio. Luego se obligó a formular un gélido:

—¿De veras?

—Sí. Creo que está adoptando unos modales muy refinados.

Margaret respondió con más presteza ahora. Replicó:

—Es muy atento y muy amable, de eso no hay duda.

—Me extraña que no haya venido la señora Thornton. Tiene que saber que estoy enferma, por el colchón de agua.

—Supongo que está al tanto de tu estado por su hijo.

—De todos modos, me gustaría verla. Tienes tan pocos amigos aquí, Margaret.

Margaret comprendió lo que pensaba su madre: el ansia maternal de encomendar a la bondad de alguna mujer a la hija que pronto se quedaría sin madre. Pero no podía hablar.

—¿Crees que podrías ir a pedir a la señora Thornton que venga a verme?
—preguntó la señora Hale tras una pausa—. Sólo una vez. No quiero ser pesada.

—Haré lo que tú quieras, mamá; pero si..., pero cuando venga Frederick...

—¡Claro, claro, por supuesto! Tendremos las puertas cerradas. No podremos recibir a nadie. Ya no sé si deseo que venga o no. A veces creo que preferiría que no lo hiciera. A veces sueño con él, unos sueños tan espantosos...

—¡Vamos, mamá! Tendremos mucho cuidado. Atrancaré la puerta con el brazo antes de que pueda pasarle nada. Confía en mí, mamá. Lo cuidaré como una leona a sus cachorros.

—¿Cuándo recibiremos noticias tuyas?

—No antes de una semana, por supuesto, tal vez más.

—Tenemos que mandar a Martha a su casa con tiempo. No podemos esperar a que llegue él y hacerlo entonces a toda prisa.

—Dixon nos lo recordará sin falta. Se me ha ocurrido que si necesitáramos ayuda en la casa mientras esté él aquí podríamos pedírsela a Mary Higgins. Anda muy floja de trabajo y es una buena chica, y estoy segura de que se esmeraría para hacerlo todo lo mejor posible, y dormiría en su casa y no tendría que subir nunca arriba ni saber quién está aquí.

—Como quieras. Como quiera Dixon. Pero no emplees esas horribles expresiones de Milton. «Floja de trabajo» es un localismo. ¿Qué dirá tu tía Shaw si te oye hablar así cuando vuelva?

—Mamá, por favor, no intentes convertir a tía Shaw en el coco —dijo Margaret riéndose—. Edith aprendió toda clase de jerga militar del capitán Lennox y tía Shaw nunca reparó en ello.

—Pero lo tuyo es jerga fabril.

—Y si vivo en una ciudad fabril, tendré que hablar lenguaje fabril cuando lo necesite. Mira, mamá, podría asombrarte con un montón de palabras que no has oído en tu vida. Seguro que no sabes lo que es un rompehuelgas.

—Claro que no, hija. Lo único que sé es que parece muy vulgar. Y no quiero oírte emplearlo.

—Muy bien, queridísima madre. No lo haré. Pero tendré que emplear una frase explicativa completa en su lugar.

—No me gusta este Milton —dijo la señora Hale—. Edith tiene bastante razón al decir que es el humo lo que me ha puesto tan enferma.

Margaret se levantó de un salto cuando su madre dijo eso. Acababa de entrar en la habitación su padre y no quería que se agudizara la vaga idea que había visto en su mente de que el aire de Milton había perjudicado a su madre. No debía verla confirmada. No podía saber si había oído lo que acababa de decir la señora Hale; pero empezó a hablar apresuradamente de otras cosas, sin darse cuenta de que el señor Thornton seguía a su padre.

—Mamá me está acusando de haber aprendido mucha vulgaridad desde que llegamos a Milton.

La «vulgaridad» de la que hablaba Margaret se refería exclusivamente al empleo de palabras locales, y correspondía a la conversación que mantenían. Pero el señor Thornton torció el gesto; y Margaret se dio cuenta de pronto de que podía haber malinterpretado su comentario; así que, con el tierno deseo

natural de no causar dolor innecesario, se obligó a seguir con un breve saludo, y completar lo que estaba diciendo dirigiéndose expresamente a él.

—A ver, señor Thornton, ¿no es verdad que «rompehuelgas» es expresivo, aunque no suene muy bien? ¿Podría prescindir del término al hablar de lo que representa? Si es vulgar emplear las palabras locales, entonces yo era muy vulgar en New Forest. ¿No crees, mamá?

Era impropio de Margaret imponer su tema de conversación a otros; pero, en este caso, estaba tan deseosa de impedir que el señor Thornton se sintiera molesto por el comentario que había oído casualmente que hasta que no acabó de hablar no se ruborizó al darse cuenta, sobre todo cuando el señor Thornton pasó a su lado de largo con ceremonioso ademán de fría reserva, como si no entendiera el fondo o el alcance de lo que decía, y se acercó a hablar con la enferma.

Su aparición recordó a la señora Hale el deseo de ver a su madre y encomendarle el cuidado de Margaret. Margaret se sentó en un ardiente silencio, enfadada y avergonzada por su dificultad para mantener la corrección y la indiferencia cuando el señor Thornton pasó a su lado, y oyó a su madre pedirle en voz queda que fuera a visitarla la señora Thornton; a verla pronto; al día siguiente, si era posible. El señor Thornton prometió que lo haría, conversó un poco y se marchó. Y, al parecer, entonces los movimientos y la voz de Margaret se liberaron de cadenas invisibles. Él no le había dirigido ni una mirada; y, sin embargo, la cuidadosa esquividad de sus ojos indicaba que sabía de algún modo exactamente dónde se posarían en ella si por casualidad miraba hacia allí. No daba muestra alguna de prestar atención si ella hablaba, y sin embargo su comentario siguiente a cualquier otro estaba modificado por lo que ella había dicho; a veces había una respuesta expresa a lo que ella había comentado, pero dirigida a otra persona como si no tuviera nada que ver con ella. No se trataba de mala educación por ignorancia: era mala educación deliberada que surgía de una profunda ofensa. Era una actitud deliberada en el momento; de la que se arrepentía después. Pero ningún plan meticuloso, ni ingenio cuidadoso podían haberlo situado en tan buena posición. Margaret pensaba en él más que nunca; sin ningún matiz de lo que se llama amor, sino con pesar por haberle herido tan profundamente; y con un leve y paciente anhelo de recuperar la situación de amistad hostil anterior; pues creía que como amigo lo habían considerado ella y el resto de la familia. Había una considerable humildad en su actitud hacia él, una muda disculpa por las palabras excesivamente duras con que había reaccionado a los hechos del día del tumulto.

Pero él sentía una honda amargura por aquellas palabras. Seguían resonando en sus oídos; y se enorgullecía del sentido de justicia que le permitía seguir siendo amable con sus padres en cuanto podía. Disfrutaba de la

entereza que demostraba al obligarse a enfrentarse a ella siempre que se le ocurría algo que pudiera complacer a su padre o a su madre. Pensaba que le disgustaba ver a alguien que le había herido en lo más vivo; pero estaba equivocado. Le producía un placer lacerante estar en la misma habitación que ella y sentir su presencia. Pero él no era buen analista de sus propios motivos y, como ya he dicho, se equivocaba.

Capítulo XXX

En casa al fin

La señora Thornton visitó a la señora Hale al día siguiente por la mañana. La enferma había empeorado mucho. Se había producido uno de esos cambios súbitos (esos pasos agigantados hacia la muerte) durante la noche, y el aspecto macilento y consumido que había adoptado en aquellas doce horas de sufrimiento asustó incluso a su familia. La señora Thornton no la había visto en varias semanas y se ablandó de repente. Sólo había ido porque su hijo se lo había pedido como un favor personal, pero sin abandonar su orgulloso resentimiento contra aquella familia a la que pertenecía Margaret. Dudaba de que la señora Hale estuviera enferma de verdad; dudaba que la visita respondiera a ninguna necesidad, aparte del capricho pasajero de aquella dama que la había obligado a desviarse del curso previamente establecido de sus ocupaciones aquel día. Le había dicho a su hijo que deseaba que los Hale no se hubieran acercado nunca a Milton, que no los hubiera conocido nunca, que no se hubieran inventado nunca lenguas tan absurdas como el latín y el griego. Él lo soportó todo en silencio. Pero cuando ella concluyó su invectiva contra las lenguas muertas, él volvió a expresarle de forma breve, cortante y firme su deseo de que visitara a la señora Hale a la hora convenida, que sin duda era la más oportuna para la enferma. La señora Thornton accedió de muy mala gana al deseo de su hijo, al mismo tiempo que le consideraba aún más noble por expresarlo y exageraba para sí la idea que tenía él de ser extraordinariamente bueno por mantener la relación con los Hale con tanto empeño.

La bondad rayana en debilidad de su hijo (como todas las virtudes más delicadas, a su modo de ver) y el desprecio que sentía ella por el señor y la señora Hale, amén de su clara aversión hacia Margaret, eran las ideas que dominaban la mente de la señora Thornton; pero se desvanecieron de pronto ante la oscura sombra de las alas del ángel de la muerte. Allí yacía la señora Hale —madre también, como ella; y mucho más joven que ella—, en el lecho del que todo parecía indicar que no volvería a levantarse. No existía para ella más variedad de luz y sombra en aquella habitación en penumbra, ni

capacidad de acción, apenas cambio de movimiento; sólo vagas alternancias de leves susurros y deliberado silencio. Y sin embargo, ¡aquella vida monótona parecía casi excesiva! Cuando llegó la señora Thornton, fuerte y pletórica de vida, la señora Hale yacía inmóvil, aunque se hizo evidente por su expresión que la reconocía. Ni siquiera abrió los ojos durante un par de minutos. La densa humedad de las lágrimas empañó sus pestañas antes de que alzara la vista. Tanteó débilmente la ropa de la cama buscando los dedos largos y firmes de la señora Thornton y dijo con un hilo de voz (la señora Thornton tuvo que agacharse para oírla).:

—Margaret..., usted tiene una hija..., mi hermana está en Italia. Mi hija se quedará sin madre..., en un lugar extraño... si me muero..., ¿querría usted...?

Y clavó su mirada errante, empañada y cargada de nostalgia en la cara de la señora Thornton. No se advirtió ningún cambio en su rigidez adusta e inmutable durante un minuto, pero la enferma podría haber visto la nube oscura que cruzó aquel gélido semblante si las lágrimas no le hubieran nublado los ojos lentamente. La señora Thornton se conmovió al fin, pero no por pensar en su hijo, ni por la imagen de su hija Fanny, sino por un súbito recuerdo, provocado por algo en la disposición de la estancia: el recuerdo de una hijita muerta en la infancia hacía muchos años que fundió cual súbito rayo de sol la capa de hielo tras la que se ocultaba una mujer muy tierna.

—Quiere que sea amiga de la señorita Hale —dijo la señora Thornton con su voz mesurada, que no se había ablandado al mismo tiempo que su corazón, sino que brotó nítida y firme.

La señora Hale apretó la mano posada bajo la suya sobre la colcha con los ojos aún fijos en la cara de la señora Thornton. No podía hablar. La señora Thornton añadió con un suspiro:

—Seré una amiga de verdad si las circunstancias lo requieren. No una amiga bondadosa. Eso no podría serlo —«para ella», estuvo a punto de añadir, pero se contuvo al ver la cara angustiada de la enferma—. No es propio de mí demostrar cariño aunque lo sienta, ni dar consejos sin que me los pidan. No obstante, a petición suya y si le sirve de consuelo, se lo prometeré.

Siguió a esto una pausa. La señora Thornton era demasiado escrupulosa para hacer promesas que no se proponía cumplir; y le costaba mucho ser amable con Margaret, que le desagradaba más que nunca en aquel momento; era casi imposible.

—Prometo —dijo, con una grave severidad que, pese a todo, infundió a la agonizante confianza en algo más permanente que la vida misma: ¡vida tambaleante, titilante, fugaz!—. Le prometo que en cualquier dificultad en que la señorita Hale...

—¡Llámelas Margaret! —exclamó con un jadeo la señora Hale.

—En que acuda a mí en busca de ayuda, se la prestaré con todos los medios a mi alcance como si fuese mi propia hija. Prometo también que si alguna vez la veo hacer algo que considere impropio...

—Margaret nunca hace nada impropio, no de forma deliberada —alegó la señora Hale. La señora Thornton prosiguió como si no la hubiera oído:

—Si alguna vez hace algo que me parezca que está mal, aunque no nos afecte a mí ni a los míos, en cuyo caso podría suponerseme un motivo interesado, se lo indicaré sin rodeos, tal como me gustaría que hiciesen con mi hija.

Hubo una larga pausa. La señora Hale tenía la sensación de que la promesa no lo incluía todo, aunque era mucho. Había en ella ciertas reservas que no comprendía. Pero se sentía débil, confusa y cansada. La señora Thornton, mientras tanto, repasaba todos los posibles casos en los que había prometido actuar. Le producía un intenso placer la idea de decirle a Margaret unas cuantas verdades en cumplimiento de su deber. La señora Hale empezó a decir:

—Gracias. Que Dios la bendiga. No volveremos a vernos en este mundo. Pero mis últimas palabras son: gracias por prometerme ser amable con mi hija.

—¡Amable no! —declaró la señora Thornton, con descortés sinceridad hasta el final. Pero, tras haber tranquilizado su conciencia con estas palabras, no lamentó que la enferma no las hubiera oído. Apretó la mano suave y lánguida de la señora Hale, se levantó y salió de la casa sin ver a nadie más.

Mientras la señora Thornton mantenía esta entrevista con la señora Hale, Margaret y Dixon se concentraban en los planes para mantener la llegada de Frederick en absoluto secreto. Esperaban su respuesta de un día para otro. Y él llegaría poco después. Tenían que mandar a Martha de vacaciones. Dixon vigilaría la puerta principal y sólo dejaría pasar a los contados visitantes asiduos al estudio del señor Hale: la grave enfermedad de la señora Hale sería buena excusa para hacerlo así. Si necesitaban a Mary Higgins para que ayudara a Dixon en la cocina, tendrían que procurar que no viera a Frederick y que supiera lo menos posible de él. En caso necesario, se referirían a él como señor Dickinson cuando hablaran con ella. Claro que el carácter de natural lánguido e indiferente de la joven era la mejor salvaguarda.

Decidieron que Martha se marchara aquella misma tarde a visitar a su madre. Margaret lamentaba que no lo hubiera hecho el día anterior, porque podría resultar extraño que dieran permiso a una sirvienta cuando el estado de su señora requería tanta atención.

¡Pobre Margaret! Tuvo que pasarse la tarde interpretando el papel de hija amantísima, dando a su padre las escasas fuerzas que le quedaban a ella. El señor Hale esperaba sin desesperar entre las crisis de la enfermedad de su esposa y se animaba con cada tregua del dolor, creyendo que era el principio del restablecimiento definitivo. Y cuando llegaba el siguiente paroxismo, siempre más grave que el anterior, se sumía en nuevos tormentos y mayores disgustos. Aquella tarde no soportaba la soledad de su estudio ni ocuparse en nada y se sentó en la sala en silencio, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados sobre la mesa. Margaret lo miró con profundo dolor, pero prefirió no intentar consolarle. Martha se había marchado. Dixon velaba el sueño de la señora Hale. Todo era quietud y silencio en la casa. Y así fue cayendo la tarde sin que nadie se molestara en buscar las velas. Margaret se sentó junto a la ventana y contempló las lámparas y la calle pero sin ver nada, sólo atenta a los hondos suspiros de su padre. No quería bajar a buscar las luces, por temor a que si desaparecía la tácita contención que le imponía su presencia, diera rienda suelta a una emoción más violenta sin que ella estuviera allí para consolarle. Pero estaba pensando que tenía que ir a la cocina a ocuparse del fuego, pues no había nadie más que ella que lo atendiera, cuando oyó el sonido apagado de la campanilla de la puerta, accionada con tanta fuerza que los cables resonaron en toda la casa, aunque el sonido en sí no fuese grande. Se levantó de un salto, pasó junto a su padre (que no se había movido por el sonido apagado y velado), y se dio la vuelta y lo besó con ternura. Él no se movió ni reaccionó a su cálido abrazo. Margaret bajó luego la escalera a oscuras con cuidado. Dixon habría echado la cadena antes de abrir la puerta, pero Margaret no abrigaba ningún temor en su mente preocupada. La figura de un hombre alto se alzaba entre ella y la calle iluminada. Miraba hacia otro lado, pero se volvió en cuanto oyó el pestillo y preguntó con voz clara, llena y delicada:

—¿Vive aquí el señor Hale?

Margaret tembló de pies a cabeza. No contestó de inmediato.

—¡Frederick! —susurró a los pocos segundos, tendiendo ambas manos para tomar las de él y hacerle pasar.

—¡Oh, Margaret! —exclamó él, sujetándola por los hombros después de besarse como si pudiera verle la cara en la penumbra y leer en su expresión una respuesta a su pregunta más rápida de la que podían dar las palabras.

—¡Y mi madre! ¿Está viva?

—Sí, está viva, queridísimo hermano. Está... muy enferma; ¡pero viva!
¡Está viva!

—¡Gracias a Dios! —dijo él.

—Papá está muy abatido con esta gran pena.

—Esperabais mi llegada, ¿verdad?

—No, no hemos recibido ninguna carta.

—Entonces es que he llegado yo antes. Pero madre sabe que venía, ¿no?

—Todos sabíamos que vendrías. ¡Pero espera un poco! Ven, dame la mano. ¿Qué es esto? Oh, tu bolsa de viaje. Dixon ha cerrado las contraventanas; pero éste es el estudio de papá y puedo acercarte hasta una silla para que descanses unos minutos mientras yo subo a decírselo.

Se abrió paso a tientas hasta la vela y los fósforos. Cuando la tenue lucecilla les permitió verse se sintió cohibida. Sólo podía percibir que su hermano tenía la tez insólitamente oscura, y captó la mirada furtiva de unos ojos azules increíblemente grandes que centellearon súbitamente con la excepcional conciencia de su mutuo propósito de observarse el uno al otro. El hermano y la hermana se miraron un instante con compasión sin intercambiar una palabra. Pero Margaret estaba segura de que Frederick le agradaría como compañero tanto como le quería ya como hermano. Subió las escaleras mucho más animada. Y no es que su dolor fuera menor, en realidad, sino que resultaba menos opresivo porque contaba con alguien que tenía la misma relación que ella con él. La actitud abatida de su padre ya no tendría el poder de desalentarla. Seguía echado en la misma postura, tan desvalido como siempre. Pero ahora ella tenía el conjuro que le animaría. Tal vez fuera demasiado brusca debido al enorme alivio que sentía.

—Papá —le dijo, echándole los brazos al cuello cariñosamente. En realidad, le alzó la cabeza cansada con cierta brusquedad hasta que la apoyó en sus brazos y pudo mirarle a los ojos para que tomara fuerza y seguridad de los suyos.

» ¡Papá! ¡Adivina quién ha venido!

El la miró. Ella vio que la idea de la verdad titilaba en la empañada tristeza de sus ojos y desaparecía luego, rechazada como disparate imaginario.

El señor Hale volvió a inclinarse y ocultó una vez más la cara en los brazos extendidos sobre la mesa. Margaret le oyó susurrar y se inclinó con ternura para escuchar lo que decía.

—No lo sé. No me digas que es Frederick, por favor. No puedo soportarlo, estoy demasiado débil. ¡Y su madre se está muriendo!

Se echó a llorar y a gemir como un niño. Su reacción era tan diferente de la que ella había imaginado y esperado que se sintió mal del disgusto y guardó silencio un instante. Luego volvió a hablar, en un tono completamente distinto, no tan jubiloso, mucho más tierno y delicado.

—¡Papá, es Frederick! Piensa en mamá, ¡en la alegría que va a llevarse! Y en lo contentos que tendríamos que estar nosotros por ella. Y también por él, ¡nuestro pobre muchacho!

Margaret creyó advertir que su padre intentaba comprender la realidad, aunque no cambió de actitud.

—¿Dónde está? —preguntó al fin, con la cara aún oculta en los brazos abatidos.

—En tu estudio, completamente solo. Encendí la vela y subí corriendo a decírtelo. Está completamente solo y se preguntará por qué...

—Bajaré —dijo su padre, interrumpiéndola. Se levantó y se apoyó en los brazos de ella como en los de un guía.

Margaret le acompañó hasta la puerta del estudio. Estaba tan nerviosa que creyó que no soportaría presenciar el encuentro. Se dio la vuelta, subió las escaleras y lloró con ganas. Era la primera vez que se permitía aquel desahogo desde hacía días. La tensión había sido terrible, ahora se daba cuenta. ¡Pero Frederick había llegado! ¡Su queridísimo hermano estaba allí a salvo con ellos de nuevo! No podía creerlo. Dejó de llorar y abrió la puerta de su dormitorio. No se oía el sonido de las voces y pensó casi asustada si no habría sido un sueño. Bajó las escaleras y se quedó escuchando en la puerta del estudio. Oyó el rumor de las voces, era suficiente. Fue a la cocina. Atizó el fuego, iluminó la casa y preparó el refrigerio para el trotamundos. ¡Era una suerte que su madre estuviera dormida! Sabía que dormía por la pajuela colocada en el ojo de la cerradura de su dormitorio. El viajero podría descansar, reponerse y calmarse tras la emoción del encuentro con su padre antes de que su madre se diera cuenta de que pasaba algo inusual.

Cuando todo estaba a punto, Margaret abrió la puerta del estudio y entró como una camarera con la pesada bandeja en los brazos. Se sentía orgullosa de servir a Frederick. Pero él se levantó de un salto al verla y la alivió de la carga. Fue un ejemplo, un indicio de la ayuda que le aportaría su presencia. El hermano y la hermana pusieron la mesa juntos, sin hablar apenas, pero sus manos se rozaban de vez en cuando y sus ojos hablaban el expresivo lenguaje natural que dominan a la perfección los familiares. Se había apagado el fuego. Margaret se concentró en encenderlo, pues las noches habían empezado a refrescar; pero era aconsejable no hacer ruidos que pudieran llegar a la habitación de la señora Hale.

—Dixon dice que encender el fuego es un don; no un arte que pueda aprenderse.

—Poeta nascitur, non fit —susurró el señor Hale, y Margaret se alegró al oír de nuevo una cita, aunque la hiciese tan lánguidamente.

—¡La queridísima Dixon! ¡Cómo nos besaremos! —dijo Frederick—. Recuerdo que me besaba y después me miraba a la cara para asegurarse de que era la persona adecuada, ¡y luego empezaba de nuevo! Pero Margaret, ¡qué desastre! Jamás he visto manitas tan torpes e inútiles. Anda, ve a lavártelas para cortar el budín y deja el fuego. Uno de mis atributos naturales es encender fuegos.

Así que Margaret se fue. Y regresó. Y entró y salió de la habitación con una inquietud gozosa que no podía calmar sentándose tranquilamente. Cuanto más pudiera hacer por Frederick, más satisfecha se sentiría. Él lo comprendió instintivamente. Era una alegría robada en la casa del duelo, y se aferraban más a ella porque todos sabían en lo más profundo de su ser la pena irremediable que les aguardaba.

Oyeron entonces los pasos de Dixon en las escaleras. El señor Hale se levantó del sillón en el que había estado observando a sus hijos ensoñadoramente, como si representaran una obra de teatro feliz que resultaba agradable contemplar pero que no correspondía a la realidad y en la que él no intervenía. Se quedó plantado frente a la puerta, mostrando tan súbito y extraño deseo de impedir que viera a Frederick cualquiera que llegara, aunque fuese la fiel Dixon, que Margaret se estremeció. La actitud de su padre le recordó el nuevo temor de sus vidas. Agarró con fuerza a Frederick del brazo mientras un pensamiento sombrío le hizo apretar los dientes con la cara crispada. Y sin embargo, sabían que era el andar pausado de Dixon. Escucharon mientras recorría todo el pasillo hasta la cocina. Margaret se levantó.

—Voy a decírselo. Y a ver cómo está mamá.

La señora Hale se había despertado. Al principio, divagaba. Se había reanimado con un poco de té, pero no tanto como para estar dispuesta a hablar. Era preferible dejar que transcurriera la noche antes de decirle que había llegado su hijo. Esperaban al doctor Donaldson y su visita le produciría excitación nerviosa suficiente para la velada. Él podría aconsejarles cómo prepararla para recibir a Frederick. Estaba allí, en la casa; podía acudir en cuanto se lo pidieran.

Margaret no podía estarse quieta sentada. Se tranquilizó ayudando a Dixon en todos sus preparativos para «el señorito Frederick». Tenía la impresión de que ya no se cansaría nunca. Sentía nuevas fuerzas cada vez que echaba una ojeada a la habitación donde padre e hijo conversaban de lo que fuese, no lo sabía ni le importaba. Ya llegaría su momento de hablar y de escuchar, estaba demasiado segura de ello para tener prisas. Observó el aspecto de su hermano y le agradó. Tenía las facciones delicadas, redimidas de afeminamiento por la piel atezada y la fuerza expresiva. Sus ojos eran risueños casi siempre, aunque

Margaret advirtió también una pasión latente en los cambios súbitos de su mirada y su boca que casi le asustó. Pero aquella expresión duraba sólo un instante, y no había en ella rastro de obstinación o de rencor. Era más bien la ferocidad expresiva instantánea que cruza el semblante de los naturales de países salvajes o sureños: una ferocidad que realza el encanto de la dulzura infantil en la que suele disiparse esa expresión. Margaret podía temer la violencia del carácter impulsivo delatado de aquel modo alguna que otra vez, pero no había nada en él que la hiciera desconfiar del nuevo hermano o eludirlo en modo alguno. Todo lo contrario: su relación fue especialmente grata para ella desde el principio. La intensa sensación de alivio que le procuraba la presencia de Frederick le permitió darse cuenta entonces de la enorme responsabilidad que había tenido que asumir. Él comprendía a su padre y a su madre, conocía el carácter y las flaquezas de ambos y actuaba con una desenvoltura absoluta, al mismo tiempo que demostraba un delicadísimo esmero en no lastimar ni herir sus sentimientos. Parecía que supiera instintivamente los momentos en que el natural ingenio de su actitud y su conversación no chocaría con la profunda depresión de su padre o aliviaría el dolor de su madre. Siempre que podía resultar discordante o inoportuno, entraban en juego su devoción paciente y su vigilancia, que lo convertían en un enfermero admirable. Margaret se sintió tan conmovida por las frecuentes alusiones que hacía él a su infancia en New Forest que tuvo que contener las lágrimas. No se había olvidado de ella nunca —ni tampoco de Helstone— en todo el tiempo que llevaba vagando por países lejanos entre extraños. Podía hablar con él de su antiguo hogar sin temor a aburrirle. A pesar de haber anhelado tanto su llegada, a veces había tenido miedo de él. Creía que siete u ocho años habían producido cambios tan enormes en ella misma que había discurrido, olvidando lo que quedaba de la Margaret original, que si sus sentimientos y sus gustos habían variado tanto materialmente, incluso en su vida hogareña, la tormentosa carrera de su hermano, de la que ella sabía muy poco, tenía que haber sustituido prácticamente por otro Frederick al mozalbete alto con uniforme de guardiamarina, a quien recordaba que respetaba con asombro y admiración. Pero durante la larga separación se habían hecho más próximos en edad, y en muchas otras cosas. Y de esa manera se aligeró la carga de Margaret, aquel tiempo doloroso. No tenía más luz que la presencia de Frederick. La madre se recuperó durante unas horas, al ver a su hijo. Permaneció sentada con la mano de él entre las suyas, no quiso separarse de él ni siquiera mientras dormía, y Margaret tuvo que darle de comer como a un niño pequeño para que no moviera ni un dedo y no perturbara a su madre. La señora Hale despertó mientras estaban así ocupados. Volvió despacio la cabeza sobre la almohada y sonrió a sus hijos al darse cuenta de lo que estaban haciendo y por qué lo hacían.

—Soy muy egoísta —dijo—, pero no será por mucho tiempo. Frederick se

inclinó y besó la débil mano que aprisionaba la suya.

El doctor Donaldson le dijo a Margaret que aquella calma no duraría muchos días, tal vez ni siquiera muchas horas. Ella bajó sigilosamente a ver a Frederick en cuanto el amable médico se marchó. Le habían pedido que durante la visita se recluyera en silencio en la salita interior, que habitualmente era el dormitorio de Dixon pero que le habían cedido entonces a él.

Margaret le explicó lo que había dicho el doctor Donaldson.

—No lo creo —exclamó él—. Está muy enferma, muy grave, tal vez, en peligro inminente, también. Pero es inconcebible que estuviera como está si se encontrara al borde de la muerte. ¡Margaret, tenemos que pedir otra opinión, consultar a algún médico de Londres! ¿No se te ha ocurrido nunca?

—Sí —contestó Margaret—, más de una vez. Pero creo que no serviría de nada. Y la verdad es que no tenemos dinero para traer a ningún médico eminente de Londres, y estoy segura de que el doctor Donaldson se cuenta entre los mejores. Puede que incluso los supere.

Frederick empezó a caminar impaciente de un lado a otro por la habitación.

—Yo tengo crédito en Cádiz —dijo—, pero aquí no, debido al maldito cambio de nombre. ¿Por qué dejó Helstone nuestro padre? Fue un error garrafal.

—No fue ningún error —dijo Margaret con tristeza—. Y te ruego que procures evitar por todos los medios que papá oiga algo como lo que acabas de decir. Sé perfectamente que se atormenta con la idea de que mamá no habría enfermado si se hubiera quedado en Helstone, ¡y no conoces su inmensa capacidad de remordimiento!

Frederick se alejó como si estuviera en el alcázar de un barco. Al final se detuvo frente a ella y consideró su actitud abatida y triste un momento.

—¡Mi pequeña Margaret! —le dijo, acariciándola—. Esperemos mientras podamos. ¡Pobrecita! ¡Eh! ¿Qué es esa cara llena de lágrimas? Tendré esperanza. Lo haré a pesar de mil médicos. Anímate, Margaret. Sé lo bastante valiente para tener esperanza.

Margaret intentó hablar pero se le quebró la voz; y cuando al fin lo consiguió, lo hizo en voz muy baja.

—He de procurar ser lo bastante dócil para confiar. ¡Ay, Frederick! ¡Mamá había empezado a quererme tanto! ¡Y yo había empezado a comprenderla! ¡Y ahora llega la muerte a separarnos!

—¡Vamos, vamos, por favor! Subamos, anda, y hagamos algo en vez de seguir aquí perdiendo un tiempo que puede ser valiosísimo. Pensar me ha

entristecido muchas veces, cariño, pero hacer cosas nunca en toda la vida. Mi teoría es una especie de parodia de la máxima: «Haz dinero, hijo, honradamente si puedes; pero haz dinero». Mi precepto es: «Haz algo, hermana, provechoso si puedes; pero de todos modos haz algo».

—Sin excluir las travesuras —repuso Margaret, esbozando una leve sonrisa entre las lágrimas.

—En modo alguno. Lo que sí excluyo es el remordimiento después. Borra tus fechorías (si eres particularmente concienzudo) con una buena obra en cuanto puedas; lo mismo que hacíamos una suma correcta en la pizarra en la escuela donde una incorrecta sólo estaba borrada a medias. Era mejor que humedecer el borrador con las lágrimas. Se perdía menos tiempo que teniendo que esperar las lágrimas y causaba mejor efecto al final.

Margaret pensó al principio que la teoría de Frederick era bastante burda, pero luego comprobó que él la ponía en práctica con excelentes resultados. Tras pasar una mala noche con su madre (pues insistió en hacer su turno acompañándola), por la mañana antes del desayuno se dedicó a idear un artilugio para que apoyara las piernas Dixon, que había empezado a acusar el cansancio de las prolongadas velas. Durante el desayuno, despertó el interés del señor Hale con los sensacionales, gráficos y vívidos relatos de la vida fantástica que había llevado en México, América del Sur y otros lugares. Margaret habría renunciado al esfuerzo de sacar a su padre del abatimiento, desesperada; éste incluso la habría afectado haciéndola sentirse incapaz de hablar. En cambio Fred, fiel a su teoría, siempre estaba haciendo algo, y hablar era lo único que podía hacer durante el desayuno, aparte de comer.

Antes de que anocheciera aquel día, quedó demostrado que la opinión del doctor Donaldson estaba bien fundada. La señora Hale tuvo un acceso de convulsiones; y cuando cesaron, estaba inconsciente. Su esposo podía sentarse a su lado y agitar la cama con sus sollozos, su hijo podía alzarla en sus fuertes brazos con ternura para colocarla en una postura cómoda, su hija podía humedecerle la cara. Pero ella no los reconocía. Y no los reconocería de nuevo hasta que se encontraran en el cielo.

Todo había terminado antes de que llegara la mañana. Margaret salió del tembloroso abatimiento y se convirtió en el ángel consolador fuerte de su padre y de su hermano. Porque Frederick se había derrumbado y su teoría ya no le servía de nada. Se encerró solo en su cuarto de noche y lloró a lágrima viva tan fuerte que Margaret y Dixon se asustaron y bajaron a pedirle que se callara, porque los tabiques de la casa eran finos y los vecinos de al lado podrían oír sus apasionados sollozos juveniles, tan diferentes del tormento tembloroso y apagado de la vejez, cuando ya nos hemos acostumbrado al dolor y no nos atrevemos a rebelarnos contra el destino inexorable, sabiendo

quién lo decreta.

Margaret se quedó con su padre en la habitación de la difunta. Hubiese sido un alivio verle llorar. Pero siguió junto a la cama muy tranquilo. De vez en cuando, le descubría la cara y la acariciaba con ternura, produciendo un leve sonido inarticulado, como el de una hembra cuando acaricia a su cachorro. No prestaba la menor atención a la presencia de Margaret. Ella se acercó a besarle un par de veces. Él lo aceptó y luego la empujó levemente, como si su afecto lo distrajera de su concentración en la difunta. Se sobresaltó al oír los sollozos de Frederick y movió la cabeza, susurrando: «¡Pobre muchacho, pobre muchacho!», pero siguió como antes, sin prestar más atención. Margaret sentía una profunda congoja. Pensar en la pérdida de su padre le impedía pensar en la propia. La noche tocaba a su fin y se acercaba ya el día, cuando la voz de Margaret quebró el silencio de la estancia sin previo aviso con un sonido tan nítido que se sorprendió incluso ella:

—No se turbe vuestro corazón dijo, y siguió hasta terminar todo el capítulo de consuelo inefable.

Capítulo XXXI

¿Deberíamos olvidar a los viejos amigos?

Llegó la mañana de octubre gélida y escalofriante: no la mañana de octubre en el campo con brumas plateadas que los rayos de sol despejan realzando la espléndida belleza del colorido, sino la mañana de octubre en Milton, cuyas brumas plateadas eran densas nieblas y donde el sol sólo alumbraba las largas calles oscuras cuando conseguía atravesarlas y brillar. Margaret iba de un sitio a otro ayudando a Dixon en las tareas domésticas. Las lágrimas le nublaban los ojos continuamente, pero no tenía tiempo para entregarse al llanto. Su padre y su hermano contaban con ella. Mientras ellos daban rienda suelta a su dolor, ella tenía que trabajar, hacer planes, pensar detenidamente. Tuvo que ocuparse incluso de los preparativos necesarios para el entierro.

Cuando el fuego estaba vivo y chisporroteante, cuando ya estaba todo preparado para el desayuno y la tetera silbaba, Margaret dio un último repaso a la habitación antes de ir a llamar al señor Hale y a Frederick. Quería que resultara todo lo más alegre posible; y cuando lo consiguió, el contraste entre la estancia y sus pensamientos le provocó un súbito llanto incontenible. Estaba arrodillada junto al sofá con la cara oculta entre los cojines para que nadie oyera sus sollozos cuando sintió la mano de Dixon en el hombro.

—Vamos, señorita Hale, ¡vamos, querida! No puede dejarse llevar. ¿Qué será de nosotros si lo hace? No hay nadie más en la casa que pueda dar instrucciones y hay muchas cosas que hacer. Hay que decidir quién va a oficiar el entierro, quién asistirá y dónde se hará. Y hay que organizarlo todo. Y el señorito Frederick está como loco de tanto llorar. Y al señor nunca se le ha dado muy bien organizar las cosas, pero ahora el pobre va de un lado para otro como si estuviera perdido. Ya sé que es muy triste, querida. Pero la muerte nos llega a todos. Y tiene suerte de no haber perdido nunca a un amigo.

Tal vez fuera así. Pero esta pérdida parecía única. No tenía comparación con ninguna otra cosa del mundo. Las palabras de Dixon no consolaron a Margaret, pero la insólita ternura de la estirada sirvienta le llegó al alma; y más por el deseo de demostrarle su gratitud que por ninguna otra razón, se levantó y respondió con una sonrisa a su mirada preocupada, y fue a avisar a su padre y a su hermano de que el desayuno estaba preparado.

El señor Hale acudió como en un sueño, o, mejor dicho, con el paso maquinal de un sonámbulo que percibe con los ojos y la mente cosas que no están presentes. Frederick llegó con paso ligero y una alegría forzada, le cogió la mano, la miró a los ojos y se echó a llorar. Margaret tuvo que concentrarse en hacer comentarios triviales durante todo el desayuno para evitar que sus compañeros recordaran la última comida que habían hecho juntos mientras escuchaban tensos, atentos a cualquier sonido o señal que pudiera llegar de la habitación de la enferma.

Margaret decidió hablar con su padre sobre el entierro después del desayuno. El asintió con un cabeceo a cuanto le dijo, aunque muchas de sus propuestas eran contradictorias. No consiguió sacarle ninguna decisión. Y cuando se disponía a salir de la habitación lánguidamente para consultar con Dixon, el señor Hale le indicó que volviera a su lado.

—Pregúntale al señor Bell —le dijo con voz cavernosa.

—¡El señor Bell! —exclamó ella, un poco sorprendida—. ¿El señor Bell de Oxford?

—El señor Bell —repitió él—. Sí. Él fue mi padrino de boda.

Margaret comprendió la asociación.

—Le escribiré hoy —repuso. Su padre se sumió de nuevo en la apatía. Ella deseaba descansar pero no paró en toda la mañana, arrastrada por un continuo remolino de asuntos tristes.

Al atardecer, Dixon le dijo:

—Lo he hecho, señorita. Tenía miedo por el señor, temía que le diera un ataque de tristeza. Se ha pasado el día con la pobre señora. Escuché en la

puerta y le oí hablar con ella sin parar como si pudiera oírle. Cuando entré se calló, pero estaba completamente confuso. Así que me dije: hay que hacerle reaccionar. Aunque se asuste al principio, quizá sea lo mejor después. Así que lo hice, le he dicho que creo que el señorito Frederick no está seguro aquí. Y estoy convencida Este mismo martes cuando salí, me encontré con un hombre de Southampton, el primero que veo desde que llegué a Milton. No creo que vengan muchos aquí. Era el joven Leonards, ya sabe, el hijo de Leonards el pañero, el mayor pícaro del mundo, que casi mata a su padre a disgustos y luego escapó al mar. Nunca pude soportarle. Sé que estaba en el Orion cuando el señorito Frederick. Lo que no recuerdo es si estaba allí cuando el motín.

—¿Te reconoció, Dixon? —preguntó Margaret impaciente.

—Bueno, eso es lo peor. Creo que no me habría reconocido si yo no hubiera sido tan estúpida como para llamarle. Era un hombre de Southampton en un lugar extraño, de lo contrario nunca se me habría ocurrido confraternizar con semejante inútil repugnante. Va y me dice: «¡Señorita Dixon! ¡Qué casualidad encontrarla aquí! Pero a lo mejor me equivoco y ya no es usted la señorita Dixon». Así que le dije que podía seguir tratándome como a una señora soltera aunque si no hubiese sido tan especial habría tenido buenas oportunidades de matrimonio. Fue la mar de educado: «No podía mirarme y dudar de mí». Pero yo no iba a dejarme engañar con semejante chanza de un tipo como él, y se lo dije. Y para no ser menos, le pregunté por su padre como si fueran los mejores amigos del mundo, aunque sabía que le había echado de casa. Y entonces empezó a preguntarme por el señorito Frederick para fastidiarme (pues ya ve que nos estábamos poniendo agresivos, aunque éramos muy corteses el uno con el otro) y me dijo que en menudo lío se había metido (como si los líos del señorito Frederick fueran a borrar los de George Leonards o a hacer que dejaran de parecer inmundos) y que le colgarían por amotinamiento si lo encontraban y que habían ofrecido una recompensa de cien libras por su captura y que había sido una desgracia para su familia. Todo para fastidiarme, sabe, querida, porque en tiempos yo había ayudado al señor Leonards a echar una buena bronca a George, allá en Southampton. Así que le dije que yo sabía que había otras familias que tenían muchos más motivos para avergonzarse de sus hijos, y para dar las gracias si creían que se estaban ganando la vida honradamente lejos de casa. A lo cual contestó con su descaro natural que ocupaba un puesto de confianza y que si yo conocía a algún joven desafortunado que se hubiese descarriado y quisiera volver al buen camino, él no tendría ningún inconveniente en prestarle su patrocinio. ¡Precisamente él, que corrompería a un santo! Hacía años que no me sentía tan mal como el otro día allí plantada hablando con él. Me habría puesto a gritar sólo de pensar que no podía fastidiarle más, pues seguía sonriéndome como si tomara todos mis cumplidos en serio; y no podía entender que no le importara lo más mínimo lo que dijera mientras a mí me sacaban de quicio sus parrafadas.

—Pero ¿no le dirías nada de nosotros, de Frederick?

—No —contestó Dixon—. No tuvo la cortesía de preguntarme dónde vivía. Y si me lo hubiera preguntado no se lo habría dicho, claro. Tampoco yo le pregunté cuál era su precioso empleo. Estaba esperando un autobús que llegó precisamente entonces, y le hizo señas. Pero para atormentarme hasta el final, se volvió antes de subir y dijo: «Si me ayuda a capturar al teniente Hale nos repartiremos la recompensa, señorita Dixon. Sé que le gustaría ser mi socia, ¿a que sí? No sea tímida y diga que sí». Y subió de un salto al autobús. Pero vi su cara horrorosa que me miraba de refilón con una sonrisa malévola creyendo que había dicho la última palabra atormentadora.

Esta historia de Dixon preocupó mucho a Margaret.

—¿Se lo has dicho a Frederick? —le preguntó.

—No —contestó Dixon—. Me desazonaba mucho saber que el perverso Leonards estaba en la ciudad, pero luego, con tantas preocupaciones no pensé más en ello. Hasta que vi al señor sentado tan rígido con la mirada tan vidriosa y tan triste. Entonces pensé que reaccionaría si tenía que pensar un poco en la seguridad del señorito Frederick. Así que se lo conté todo, aunque me avergonzaba decir cómo me había hablado un joven. Y le ha sentado bien al señor. Y si vamos a tener que mantener escondido al señorito Frederick, tendría que marcharse el pobre antes de que llegue el señor Bell.

—Oh, no me preocupa el señor Bell, pero sí ese Leonards. Tengo que decírselo a Frederick. ¿Qué aspecto tenía Leonards?

—Un tipo muy malcarado, señorita, la verdad. Unas patillas tan pelirrojas que a mí me avergonzarían. Y aunque dijo que tenía un puesto de confianza iba vestido de fustán como cualquier trabajador.

Era evidente que Frederick tenía que marcharse. Marcharse, además, cuando se había reincorporado a su puesto en la familia y prometía ser el sostén y el báculo de su padre y de su hermana. Marcharse, cuando sus cuidados por su madre enferma y el dolor por su muerte parecían convertirlo en una de esas personas especiales a las que nos une el mismo amor por quienes nos han sido arrebatados. Mientras Margaret se hacía todas estas consideraciones sentada junto al fuego en la sala y su padre permanecía inquieto y preocupado bajo la presión de este nuevo temor del que todavía no había hablado, llegó Frederick. Su animación se había apagado, pero la profunda intensidad de su aflicción también había pasado. Se acercó a Margaret y le dio un beso en la frente.

—Qué pálida estás, Margaret —le dijo en voz baja—. No has dejado de pensar en todos y nadie piensa en ti. Échate en el sofá. No tienes nada que hacer.

—¡Eso es lo peor! —susurró ella con tristeza. Pero obedeció. Su hermano le tapó los pies con un chal. Luego se sentó en el suelo a su lado y ambos empezaron a hablar en voz queda.

Margaret le explicó todo lo que le había contado Dixon de su encuentro con el joven Leonards. Frederick frunció los labios con un prolongado uf de consternación.

—Me gustaría aclarar las cosas con ese tipo. El peor marinero que haya pisado un barco, y también el peor hombre. ¡Santo cielo, Margaret! ¿Conoces las circunstancias de todo el asunto?

—Sí, mamá me lo explicó.

—Bien, cuando todos los marineros dignos de tal nombre estaban indignados con nuestro capitán, ese individuo, para ganarse el favor..., ¡bah! ¡Y pensar que está ahora aquí! Si supiera que me encuentro a menos de veinte millas de él, me denunciaría para saldar viejas rencillas. Preferiría que se llevara las cien libras que creen que valgo cualquiera antes que ese sinvergüenza. ¡Lástima que la pobre Dixon no se dejara convencer para entregarme y hacer provisión para su vejez!

—Frederick, por favor, cállate. No digas eso.

El señor Hale se acercó a ellos tembloroso e impaciente. Había oído de lo que estaban hablando. Tomó la mano de Frederick entre las suyas.

—Tienes que marcharte, hijo mío. Lo lamento mucho, pero comprendo que tienes que hacerlo. Ya has hecho todo lo que podías, has sido un consuelo para ella.

—¿Tiene que marcharse, papá? —preguntó Margaret, pese a que sabía que era inevitable.

—Confieso que me dan ganas de afrontarlo y que me juzguen. ¡Ojalá pudiera conseguir mis pruebas! No soporto la idea de estar en poder de un canalla como Leonards. En otras circunstancias, casi habría disfrutado de esta visita furtiva: ha tenido todo el encanto que atribuía la francesa a los placeres prohibidos.

—Una de las primeras cosas que recuerdo es una vez que estabas en un gran oprobio por robar manzanas, Fred —dijo Margaret—. Teníamos muchísimas, los manzanos estaban cargados, pero alguien te había dicho que la fruta robada era más rica, te lo tomaste au pied de la lettre y allá te fuiste. No has cambiado mucho desde entonces.

—Sí, tienes que marcharte —repitió el señor Hale, respondiendo a la pregunta que le había hecho antes Margaret. Tenía una idea fija y le costaba mucho seguir los comentarios zigzagueantes de sus hijos, un esfuerzo que no

hacía.

Margaret y Frederick se miraron. Aquel rápido entendimiento instantáneo desaparecería en cuanto él se fuera, tantas cosas que comprendían con miradas y que no podían expresarse con palabras. Ambos siguieron el mismo curso de pensamiento hasta que desembocó en la tristeza. Frederick lo desechó primero:

—¿Sabes que esta tarde estuve a punto de dar un buen susto a Dixon y de llevármelo yo también, Margaret? Estaba en mi dormitorio, había oído que llamaban a la puerta de la calle, pero creía que quien fuera ya habría cumplido su cometido y se habría marchado hacía rato, así que abrí la puerta de mi cuarto para salir al pasillo y vi a Dixon bajar las escaleras. Me miró ceñuda y me empujó para que me escondiera de nuevo. Dejé la puerta abierta y oí que daba un mensaje a un hombre que estaba en el estudio de mi padre y que luego se marchó. ¿Quién sería? ¿Un tendero?

—Seguramente —contestó Margaret con indiferencia—. Hacia las dos vino un hombrecillo por los pedidos.

—Pero el que yo digo no era un hombrecillo sino un individuo alto y fuerte. Y eran más de las cuatro cuando vino.

—Era el señor Thornton —dijo el señor Hale. Margaret y Frederick se alegraron de haber conseguido que su padre se interesara en la conversación.

—¡El señor Thornton! —exclamó Margaret un poco sorprendida—. Creía...

—Y bien, pequeña ¿qué creías? —le preguntó Frederick al ver que dejaba la frase en el aire.

—No, nada —repuso ella, enrojeciendo y mirándole a la cara—. Sólo que imaginaba que te referías a alguien de otra clase, no a un caballero; alguien que venía a hacer un recado.

—Es lo que parecía —dijo Frederick en tono despreocupado—. Me pareció un tendero y resulta que es un fabricante.

Margaret guardó silencio. Recordó que ella había hablado y pensado igual que Frederick ahora, al principio, cuando no conocía su carácter. Era la impresión natural que le había causado, y sin embargo le disgustaba un poco. No estaba dispuesta a hablar. Deseaba explicar a Frederick la clase de persona que era el señor Thornton, pero se sentía cohibida.

—Supongo que vino a ofrecernos toda la ayuda que necesitemos —añadió el señor Hale—. Pero no pude verle. Le dije a Dixon que le preguntara si quería verte a ti, creo que le pedí que te buscara y que le atendieras tú. No sé lo que le dije.

—Es un conocido muy amable, ¿no? —preguntó Frederick, lanzando el comentario como una pelota a quien quisiera recogerlo.

—Un amigo muy amable —dijo Margaret al ver que su padre no contestaba.

Frederick guardó silencio un rato. Luego habló así:

—Margaret, es doloroso pensar que no puedo dar las gracias a quienes os han demostrado amabilidad. Vuestros conocidos y los míos han de estar separados. Bueno, en realidad, a menos que afronte los riesgos de un consejo de guerra o que tú y mi padre vayáis a España. —Dejó caer la última sugerencia a modo de sonda, y luego se lanzó súbitamente—: No sabes cuánto deseo que lo hagáis. Tengo una buena posición y posibilidades de mejorar —añadió, ruborizándose como una doncella—. Ojalá conocieras a Dolores Barbour, Margaret, ya te he hablado de ella; estoy seguro de que te gustaría, mejor dicho, la amarías. Todavía no ha cumplido los dieciocho años, pero si no cambia de opinión será mi esposa dentro de un año. El señor Barbour no nos deja decir que estamos prometidos. Pero si fueseis a España, encontraríais amigos en todas partes, además de Dolores. Piensa en ello, padre, Margaret, apóyame.

—No, yo ya no quiero más traslados —dijo el señor Hale—. Uno me ha costado la vida de mi esposa. No más traslados en esta vida. Ella seguirá aquí, y aquí pasaré yo el tiempo que me quede.

—Oh, Frederick —dijo Margaret—. Cuéntanos más cosas de ella. Nunca he pensado en esto, pero me alegro mucho. Tendrás alguien a quien amar y que te ame. Cuéntanoslo todo.

—En primer lugar, es católica. Ese es el único inconveniente que preveía. Pero el cambio de opinión de mi padre..., no, Margaret, no suspires.

Margaret tuvo motivos para suspirar un poco más antes de que terminara la conversación. En realidad, también Frederick era católico, aunque todavía no había hecho profesión de fe. Así que aquélla era la razón por la que le había manifestado tan tibiamente en las cartas su condolencia por el gran disgusto que supuso para ella que su padre dejara la Iglesia. Lo había tomado en su momento por despreocupación de marino, pero lo cierto era que ya entonces se sentía inclinado a renunciar a la religión en que había sido bautizado, aunque sus opiniones fueran exactamente en la dirección contraria a las de su padre. Ni siquiera Frederick podría haber dicho cuánto tenía que ver el amor con ese cambio. Margaret renunció a comentar ese aspecto del tema y se concentró en el compromiso, enfocándolo de un modo distinto.

—Pero por ella, Fred, deberías intentar que te absolvieran de las falsas acusaciones presentadas contra ti, aunque la de motín sea cierta. Si te juzgaran

en consejo de guerra y pudieras encontrar testigos al menos podrías demostrar que tu desobediencia a la autoridad se debió a que dicha autoridad se ejercía de forma indigna.

El señor Hale prestó atención a la respuesta de su hijo.

—En primer lugar, Margaret, ¿quién va a buscar a mis testigos? Son todos marineros destinados a otros barcos, excepto aquellos cuya declaración no serviría de gran cosa porque participaron en el motín o lo apoyaron. En segundo lugar, tengo que decirte que no tienes ni idea de lo que es un consejo de guerra. Crees que es una asamblea en la que se administra justicia, y no lo que es en realidad: un tribunal donde la autoridad pesa un noventa por ciento en la balanza, y las pruebas sólo el diez por ciento restante. En tales casos, las pruebas mismas no pueden eludir la influencia del prestigio de la autoridad.

—Pero ¿no merece la pena intentarlo para ver cuántas pruebas podrían encontrarse y presentarse a tu favor? En la actualidad, todos los que te conocían antes te consideran culpable sin la menor excusa. Tú nunca has intentado justificarte y nosotros nunca hemos sabido dónde buscar las pruebas que te justifican. Explica ahora tu comportamiento a la gente, hazlo por amor a la señorita Barbour. A ella no le importará, claro. Estoy segura de que confía en ti tanto como nosotros, pero no debes dejar que se una a alguien sobre quien pesa tan grave acusación sin demostrar claramente tu postura. Desobedeciste a la autoridad y eso estuvo mal, pero habría sido infinitamente peor que te hubieras quedado cruzado de brazos sin abrir la boca mientras dicha autoridad se ejercía brutalmente. La gente sabe lo que hiciste; pero no los motivos que hacen que tu comportamiento deje de ser un delito para convertirse en heroica protección de los débiles. Yo creo que tienen que saberlo, por el bien de Dolores.

—Pero ¿cómo voy a hacerlo? No estoy tan seguro de la pureza y la justicia de quienes serían mis jueces como para entregarme a un consejo de guerra, aunque pudiera presentar toda una formación de testigos veraces. No puedo mandar a un pregonero a gritar y proclamar por las calles lo que a ti te gusta llamar mi heroísmo. Y si publicara un panfleto de justificación nadie lo leería a estas alturas. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Consultarías a un abogado tus posibilidades de exculpación? —preguntó Margaret alzando la vista y poniéndose muy colorada.

—Primero tendría que encontrarlo y echarle una ojeada para ver si me gusta antes de hacerle mi confidente. Muchos abogados cesantes podrían convencerse de que se ganarían cien libras sin ningún problema haciendo una buena obra: entregarme como delincuente a la justicia.

—¡Tonterías, Frederick! Conozco a un abogado en cuyo honor puedo

confiar, cuya pericia profesional es muy ponderada y que creo que se tomaría muchas molestias por cualquier... pariente de tía Shaw. El señor Henry Lennox, papá.

—Me parece una buena idea —dijo el señor Hale—. Pero no propongas nada que retenga a Frederick en Inglaterra. No lo hagas, te lo pido por tu madre.

—Podrías ir a Londres mañana en un tren nocturno —añadió Margaret, entusiasmándose con el plan—. Me temo que tendrá que irse mañana, papá —añadió con ternura—. Lo hemos planeado así por el señor Bell y por ese desagradable conocido de Dixon.

—Sí, tengo que marcharme mañana —dijo Frederick con decisión.

—No soporto separarme de ti y, sin embargo, me muero de angustia mientras sigas aquí —rezongó el señor Hale.

—Muy bien —dijo Margaret—. Escuchad mi plan. Llega a Londres el viernes por la mañana. Yo..., podrías..., ¡no! Será mejor que escriba una nota para el señor Lennox. Lo encontrarás en su bufete del Temple.

—Escribiré una lista de todos los nombres que recuerdo del Orion. Podría encargarle que los localizara. Es hermano del marido de Edith, ¿no? Recuerdo que lo mencionabas en tus cartas. Tengo dinero en manos de Barbour. Puedo pagar una buena minuta si existe alguna posibilidad de éxito. El dinero que pensaba dedicar a algo completamente distinto, querido padre; así que lo consideraré un préstamo tuyo y de Margaret.

—No lo hagas —dijo Margaret—. No lo arriesgarás si lo haces. Y será un riesgo; sólo que merece la pena. ¿Puedes embarcar en Londres igual que en Liverpool?

—Por supuesto, cariño. En cuanto noto el empuje del agua debajo de un tablón me siento en casa. Encontraré algún barco que me lleve, no os preocupéis. No me quedaré ni veinticuatro horas en Londres, lejos de vosotros por un lado y de alguien más por otro.

Fue un considerable alivio para Margaret que Frederick decidiera mirar por encima del hombro mientras escribía al señor Lennox. Si no se hubiera visto forzada a escribir concisa y rápidamente, podría haber vacilado, parándose a considerar cada palabra sin saber elegir entre múltiples expresiones, debido al embarazo de ser la primera en reanudar la relación que había terminado de forma tan desagradable para ambas partes. Sin embargo, su hermano tomó la nota casi sin darle tiempo a leerla, y se la guardó en un libro de bolsillo del que cayó al hacerlo un rizo de pelo negro, que iluminó de dicha los ojos de Frederick.

—Te gustaría verlo, ¿verdad? —preguntó—. ¡No! Tienes que esperar a verla a ella. Es demasiado perfecta para que la conozcas por fragmentos. Ningún mísero ladrillo será una muestra del edificio de mi palacio.

Capítulo XXXII

Infortunios

Pasaron todo el día siguiente sentados juntos los tres. El señor Hale sólo hablaba cuando sus hijos le obligaban a volver al presente, como si dijéramos, preguntándole algo. Frederick no volvería a demostrar ni a manifestar su aflicción. Había pasado el primer paroxismo y ahora se avergonzaba de haberse derrumbado por la emoción. Y aunque la aflicción por la pérdida de su madre era un dolor real y profundo que duraría toda su vida, no volvería a mencionarse nunca. Margaret había reaccionado con menos apasionamiento al principio y sufría más ahora. A veces lloraba a lágrima viva; y había en su actitud, incluso cuando hablaba de cosas indiferentes, una ternura dolorida que se intensificaba al posar la mirada en Frederick y pensar en su partida inminente. Se alegraba de que se marchara por su padre, pese a lo mucho que pudiera lamentarlo por sí misma. El señor Hale vivía sumido en un angustioso terror a que descubrieran y capturaran a su hijo, que superaba con creces el placer que su presencia le procuraba. Su nerviosismo había aumentado desde la muerte de la señora Hale, sin duda porque pensaba en él más exclusivamente. Se sobresaltaba en cuanto oía cualquier sonido extraño, y sólo estaba tranquilo cuando Frederick se sentaba donde no podía verlo directamente nadie al entrar en la habitación. Hacia el atardecer, dijo:

—¿Acompañarás a Frederick a la estación, Margaret? Me gustaría saber que se va sin problema. ¿Me dirás que se ha ido de Milton por lo menos?

—Por supuesto, papá —contestó Margaret—. Me gustaría, siempre que no te sientas solo sin mí.

—¡No, no! Si tú no me dices que le has visto marcharse no dejaría de imaginar que alguien le había reconocido y que le habían detenido. Id a la estación de Outwood. Queda casi a la misma distancia y no hay tanta gente. Id en coche. Así habrá menos posibilidades de que os vean. ¿A qué hora pasa tu tren, Frederick?

—A las seis y diez. Será casi de noche. ¿Qué harás tú luego, Margaret?

—Oh, ya me las arreglaré. Me estoy volviendo muy valiente y muy fuerte. Hay un camino de vuelta a casa bien iluminado, si oscureciese. Pero la semana pasada estuve fuera mucho más tarde.

Margaret se alegró de que terminara la despedida: la despedida de la madre difunta y del padre vivo. Hizo que Frederick se apresurase a subir al coche para acortar una escena que causaba tanto dolor a su padre, que había acompañado a su hijo a dar el último adiós a su madre. Debido en parte a esto y también a uno de los frecuentes errores de la «Guía de ferrocarriles» sobre la llegada de los trenes a las estaciones más pequeñas, en Outwood se encontraron con que faltaban casi veinte minutos. Todavía no habían abierto la taquilla y ni siquiera podían sacar el billete. Así que bajaron el tramo de escaleras hasta el nivel del suelo por debajo de la vía. Había un camino de ceniza que cruzaba en diagonal un campo paralelo al camino de coches y fueron a pasear por él los minutos que faltaban.

Margaret cogió del brazo a Frederick, que le estrechó la mano cariñosamente.

—¡Margaret! Consultaré al señor Lennox en cuanto a las posibilidades de exculpación para poder volver a Inglaterra cuando quiera más por ti que por nadie. No soporto la idea de lo sola que te quedarías si le ocurriera algo a mi padre. Está muy cambiado y muy débil. Me gustaría que le convencieras de que piense en el plan de Cádiz por muchas razones. ¿Qué harías tú si él muriera? No tienes ningún amigo cerca. Y es extraño, pero tenemos muy pocos parientes.

Margaret contuvo a duras penas el llanto ante la tierna ansiedad con que exponía Frederick una posibilidad que ella misma había considerado a veces al advertir los graves efectos que habían producido en el señor Hale las preocupaciones de los últimos meses. Procuró sobreponerse diciendo:

—Se han producido cambios tan insólitos e inesperados en mi vida durante los dos últimos años que estoy más convencida que nunca de que no merece la pena preocuparme demasiado de lo que haría si ocurriera algo imprevisto en el futuro. Procuro pensar sólo en el presente.

Hizo una pausa. Se detuvieron un momento en la escalera que pasaba del campo a la carretera. Les daba en la cara el sol poniente. Frederick tomó la mano de su hermana entre las suyas y la miró a la cara con profunda tristeza, viendo en ella más cuidados y preocupaciones de los que estaba dispuesta a permitir que delataran sus palabras. Ella prosiguió:

—Nos escribiremos con frecuencia, y te prometo que te explicaré todos mis problemas, pues veo que te tranquilizará. Papá es... —Un leve sobresalto apenas perceptible la hizo interrumpirse, pero Frederick notó el súbito movimiento de la mano que agarraba y se volvió hacia la carretera, por la que cabalgaba despacio un jinete que pasó junto a la escalera donde estaban ellos. Margaret le saludó con una ligera venia; él le devolvió el saludo con ceremoniosa frialdad.

—¿Quién es? —le preguntó Frederick cuando apenas había pasado.

Margaret contestó un poco abatida y algo ruborizada:

—El señor Thornton; lo viste antes en casa, ¿recuerdas?

—Sólo de espaldas. Es un individuo poco atractivo. ¡Menudo ceño tiene!

—Ha ocurrido algo que le irrita —dijo Margaret—. No te parecería desagradable si lo hubieras visto con mamá.

—Creo que es hora de que vaya a sacar el billete. Si hubiera sabido que se haría tan de noche no habríamos dejado que se fuera el coche, Margaret.

—No te preocupes por eso ahora. Puedo tomar un coche aquí si quiero, o volver por la vía, en que tendría tiendas y gente y lámparas todo el camino desde la estación de Milton. No pienses en mí; preocúpate de ti mismo. Me horroriza pensar que Leonards tome el mismo tren que tú. Mira bien en el coche antes de entrar.

Volvieron a la estación. Margaret insistió en entrar ella a la intensa luz de gas llameante a sacar el billete. Un grupo de jóvenes de aspecto extraño holgazaneaba con el jefe de estación. Margaret pensó que había visto en algún sitio la cara de uno de ellos y respondió con orgullosa expresión de dignidad ofendida a su mirada impertinente de admiración descarada. Volvió rápidamente con su hermano que esperaba fuera y le agarró el brazo.

—¿Has cogido la bolsa? Paseemos aquí por el andén —le dijo, un poco nerviosa al pensar que se quedaría sola en seguida, y su valentía se disipó bastante más rápidamente de lo que quería confesarse incluso a sí misma. Oyó pasos que los seguían por las losas. Se detuvieron cuando ellos se pararon, mirando la vía y oyendo el silbido del tren que llegaba. No se dijeron nada. Se lo impedía la emoción. Un minuto más y llegaría el tren; otro minuto, y él se habría marchado. Margaret lamentó un poco entonces haberle pedido que fuera a Londres con tanta urgencia; así habría muchas más posibilidades de que lo descubrieran. Si hubiera embarcado rumbo a España en Liverpool, habría estado lejos de Inglaterra en dos o tres horas.

Frederick se dio la vuelta y quedó justo frente a la lámpara, que destelló de pronto anunciando vívidamente la llegada del tren. Apareció entonces un individuo vestido de maletero: un hombre malcarado, que parecía hallarse en un estado de embrutecimiento por la bebida, aunque tenía los sentidos bien despiertos.

—Con permiso, señorita —dijo, empujando bruscamente a Margaret hacia un lado y agarrando del cuello a Frederick.

—Se llama usted Hale, ¿verdad?

En un instante (Margaret no vio cómo, porque todo bailaba ante sus ojos), mediante alguna artimaña de lucha, Frederick le había echado la zancadilla y el hombre cayó del andén al suelo blando junto a la vía, una altura de tres o cuatro pies. Se quedó allí.

—¡Corre, corre! —jadeó Margaret—. El tren ya llega. Era Leonards, ¿verdad? Oh, corre, yo te llevaré la bolsa.

Y le agarró del brazo para hacerle correr con sus escasas fuerzas. Se abrió la puerta de un coche, él subió de un salto y cuando se asomó a decir «¡Que Dios te bendiga, Margaret!», el tren pasó a toda velocidad junto a ella, que se quedó sola allí plantada. Se sentía tan débil y mareada que dio gracias cuando consiguió llegar a la sala de espera de señoras para sentarse un instante. Al principio se concentró sólo en recuperar el aliento. ¡Qué apuro tan grande! ¡Qué susto espantoso! ¡Qué poco había faltado! Si el tren no hubiera llegado en aquel momento, el hombre habría vuelto al andén y habría pedido ayuda para detenerle. Se preguntó si se habría levantado. Intentó recordar si le había visto moverse, se preguntó si estaría gravemente herido. Se arriesgó a salir. El andén estaba tranquilo, pero completamente desierto. Se acercó muy asustada al borde del mismo y miró. No había nadie. Se alegró de haberlo hecho, de haberse obligado a comprobarlo, pues, de lo contrario, luego habrían rondado sus sueños pensamientos espantosos. E incluso así, estaba tan temblorosa y asustada que creía que no podría volver andando por la carretera, que le pareció solitaria y oscura cuando la miró desde la luz intensa de la estación. Volvería en tren. Tomaría el primero que pasara. Pero ¿y si Leonards la reconocía como la compañera de Frederick? Miró a su alrededor antes de atreverse a ir a la taquilla a sacar el billete. Sólo había empleados del ferrocarril que hablaban a voces.

—¿Así que Leonards ha estado bebiendo de nuevo? —dijo uno, que parecía el jefe—. Me parece que esta vez va a necesitar todas las influencias de las que tanto se jacta para conservar el empleo.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó otro, mientras Margaret, que estaba de espaldas a ellos, contaba el cambio con dedos temblorosos, sin atreverse a dar la vuelta hasta que oyera la respuesta a esa pregunta.

—No sé. Hace menos de cinco minutos vino con un cuento larguísimo sobre que se había caído, y maldiciendo como un loco. Quería que le prestara dinero para tomar el próximo tren a Londres. Me hizo toda clase de promesas beodas, pero yo tenía cosas más importantes que hacer para perder el tiempo escuchándole; le mandé ocuparse de sus asuntos. Salió por la puerta principal.

—Habrá ido a la taberna más próxima, estoy seguro —dijo el que había hablado primero—. Que es donde habría ido a parar también tu dinero si hubieras sido tan estúpido como para prestárselo.

—¡A mí con ésas! Sabía muy bien cuál era su Londres. Todavía estoy esperando los cinco chelines... —y siguieron así.

Toda la angustia de Margaret se concentró entonces en que llegara el tren. Volvió a ocultarse en la sala de espera de señoras e imaginaba que todos los sonidos que oía eran los pasos de Leonards y todas las voces fuertes y estrepitosas, la suya. Pero nadie se acercó a ella hasta que llegó el tren. Un maletero la ayudó amablemente a subir. No se atrevió a mirarle a la cara hasta que el tren arrancó, y entonces comprobó que no era Leonards.

Capítulo XXXIII

Paz

La casa parecía extrañamente silenciosa después de tanto terror y conmoción. El señor Hale había supervisado los preparativos necesarios para el refrigerio de Margaret cuando regresara y luego se había sentado de nuevo en su sillón habitual para entregarse a uno de sus tristes ensueños. Dixon reprendía y daba instrucciones a Mary Higgins en la cocina, y su reprimenda no era menos enérgica por que la hiciese en un susurro irritado, sino que consideraba irreverente hablar a voces mientras hubiera un difunto en la casa. Margaret había decidido no mencionar el susto culminante y final a su padre. No tenía sentido hacerlo, había acabado bien y lo único preocupante era que Leonards pudiese conseguir de algún modo que le prestaran dinero suficiente para llevar a cabo su propósito de seguir a Frederick a Londres y buscarlo allí. Pero era muy improbable que lograra llevar a buen término su plan, así que Margaret decidió no atormentarse pensando en algo que no podía evitar. Frederick se cuidaría tanto como pudiera protegerle ella, y estaría a salvo fuera de Inglaterra en un par de días a más tardar.

—Supongo que mañana tendremos noticias del señor Bell —dijo Margaret.

—Sí —repuso su padre—, supongo que sí.

—Calculo que si puede venir, llegará mañana por la tarde.

—Si él no puede venir, pediré al señor Thornton que me acompañe al entierro. No puedo ir solo. Me derrumbaría.

—No se lo pidas al señor Thornton, papá. Déjame acompañarte a mí —dijo Margaret impulsivamente.

—¡Tú! Las mujeres no suelen ir, cariño.

—No, porque no saben controlarse. Las mujeres de nuestra clase no van

porque no dominan sus emociones y se avergüenzan de demostrarlas. Las mujeres pobres sí van, y no les importa que las vean abrumadas por el dolor. Te prometo que no te causaré ningún problema si me dejas acompañarte. No vayas con un extraño y me excluyas a mí. Queridísimo papá, si el señor Bell no puede venir, iré yo. Si viene él, no te impondré mi deseo contra tu voluntad.

El señor Bell no podía ir. Tenía gota. Su carta era muy afectuosa, manifestaba sincero y profundo pesar por no poder asistir y esperaba hacerles una visita muy pronto, si le aceptaban. Su propiedad de Milton requería atención y le había escrito su agente comunicándole que su presencia era necesaria. De lo contrario, habría evitado acercarse a Milton, y ahora lo único que le permitía resignarse a aquella visita obligatoria era pensar que vería a su buen amigo y que tal vez pudiera consolarle.

Margaret tuvo muchísimos problemas para convencer a su padre de que no pidiera al señor Thornton que le acompañara. Sentía una aversión indescriptible a que diera aquel paso. La noche antes del entierro recibieron una pomposa nota de la señora Thornton para la señorita Hale, en la que le decía que, por deseo de su hijo, les enviarían el coche para el entierro si la familia no tenía inconveniente. Margaret dio la nota a su padre.

—Por favor, prescindamos de todos estos formulismos, papá —le dijo—. Vayamos tú y yo solos. No les importamos, si no se hubiese ofrecido él a ir en vez de ofrecernos un coche vacío.

—Creía que eras muy reacia a que asistiera, Margaret —dijo el señor Hale un tanto sorprendido.

—Y lo soy. No quiero que vaya, y me disgustaba especialmente la idea de pedírselo. Pero esto parece una parodia de duelo y la verdad es que no lo esperaba de él —repuso ella y se echó a llorar, sobresaltando a su padre. Había contenido tanto su aflicción, había sido tan considerada con los demás, tan delicada y paciente en todo, que él no comprendía su actitud impaciente aquella noche; parecía nerviosa e inquieta; y ante toda la ternura que le prodigó su padre, se limitó a llorar todavía más.

Pasó una noche tan mala que no estaba preparada para toda la angustia que le causó una carta de Frederick que llegó por la mañana. El señor Lennox estaba fuera de la ciudad y su pasante le había dicho que regresaría el próximo martes a más tardar; que tal vez llegara el lunes. Así que, tras considerarlo bien, Frederick había decidido quedarse en Londres otros dos días. Había pensado volver a Milton, la tentación había sido muy fuerte, pero la idea de que el señor Bell estaría instalado en la casa y el susto que se había llevado a última hora en la estación le habían hecho decidir quedarse en Londres. Margaret podía estar segura de que tomaría todas las precauciones necesarias para evitar que Leonards diera con él. Margaret se alegró de que la carta

llegara mientras su padre estaba en la habitación de su madre. Si hubiese estado allí, le habría pedido que se la leyera en voz alta y se habría sumido en un estado de nerviosismo que ella no hubiera podido calmar. Y no era sólo el hecho de que Frederick siguiera en Londres, sobremanera preocupante, sino las alusiones escalofriantes a que le habían reconocido en el último momento en Milton y a la posibilidad de persecución. ¿Y cómo habría afectado a su padre? Muchas veces lamentó Margaret haber propuesto y alentado el plan de consultar al señor Lennox. En su momento le había parecido que ocasionaría escasa demora y que además había muy pocas posibilidades de que dieran con él. ¡Pero todo lo que había ocurrido desde entonces lo hacía tan desaconsejable...! Margaret se debatió con el pesar que sentía por algo que ya no podía evitarse, el remordimiento por haber propuesto lo que en su momento le pareció tan sensato pero que los sucesos estaban demostrando que había sido estúpido. Su padre se hallaba en un estado físico y mental demasiado deprimido para soportarlo. Sucumbiría a todos aquellos motivos de angustia por algo que ya no podían impedir. Margaret hizo acopio de todas sus fuerzas. Era evidente que su padre había olvidado que tenían alguna razón para esperar carta de Frederick aquella mañana. Estaba absorto en una sola idea: que iban a llevarse el último signo de la presencia de su esposa y que desaparecería de su vista. Temblaba lastimosamente mientras el empleado de la funeraria colocaba los crespones a su alrededor. Miraba con tristeza a Margaret, y cuando acabó, se acercó tambaleante a ella y susurró:

—Reza por mí, Margaret. Ya no me quedan fuerzas. No puedo rezar. Renuncio a ella porque sé que tengo que hacerlo. Intento soportarlo, de veras lo intento. Sé que es la voluntad de Dios. Pero no entiendo por qué ha muerto. Reza por mí, Margaret, para que tenga fe para rezar. Es muy angustioso, hija mía.

Margaret se sentó a su lado en el coche, casi sosteniéndolo en brazos, y repitió todos los nobles versículos de santo consuelo y todos los textos que expresaban fiel resignación que podía recordar. No se le quebró la voz ni una vez; y ella misma consiguió fuerzas haciéndolo. Su padre movía los labios repitiendo los textos que conocía tan bien y que sugerían las palabras de ella. Era terrible ver su paciente y denodado esfuerzo para conseguir la resignación que no tenía fuerzas para acoger en su corazón como parte de sí mismo.

La entereza de Margaret estuvo a punto de fallar cuando Dixon le indicó con un leve ademán que se fijara en Nicholas Higgins y en su hija, que estaban a cierta distancia, pero muy atentos a la ceremonia. Nicholas vestía su ropa de fustán habitual, pero se había cosido un paño negro en el sombrero, una señal de duelo que no había mostrado nunca en memoria de su hija Bessy. Pero el señor Hale no veía nada. Repetía para sí maquinalmente el oficio fúnebre que leía el clérigo oficiante. Cuando todo acabó suspiró dos o tres veces y luego

apoyó la mano en el brazo de su hija, suplicándole en silencio que le guiara, como si fuera ciego y ella su fiel lazarillo.

Dixon sollozaba en voz alta. Se tapó la cara con el pañuelo y estaba tan absorta en su dolor que no advirtió que había empezado a dispersarse la multitud que se siente atraída siempre en tales ocasiones hasta que oyó que alguien le decía algo. Era el señor Thornton. Había permanecido durante toda la ceremonia de pie con la cabeza inclinada detrás de un grupo de gente, y en realidad no le había reconocido nadie.

—Disculpe, pero ¿puede decirme qué tal está el señor Hale? ¿Y la señorita Hale también? Me gustaría saber cómo se encuentran.

—Por supuesto, señor. Ya puede suponerlo. El señor está completamente destrozado. La señorita Hale lo sobrelleva mejor de lo que cabía esperar.

El señor Thornton hubiera preferido que le dijera que Margaret estaba sufriendo el dolor natural. En primer lugar, era lo bastante egoísta como para que le hubiera complacido la idea de que su gran amor podría consolarla y reconfortarla; era en buena medida el mismo género de placer que el extraño gozo apasionado que lacera el corazón de una madre cuando su hijito enfermo se acurruca junto a ella y depende de ella para todo. Pero la deleitable visión de lo que podría haber sido, a la que se había entregado pocos días antes a pesar del rechazo de Margaret, se vio lamentablemente perturbada por el recuerdo de lo que había visto junto a la estación de Outwood. «Lamentablemente perturbada» no es lo bastante expresivo. Le obsesionaba el recuerdo del joven apuesto con quien la había visto en una actitud de familiaridad; y el recuerdo seguía como un tormento hasta hacerle apretar los puños para aplacar el dolor. ¡A aquellas horas y tan lejos de casa! Requería un gran esfuerzo moral mantener la confianza —tan total antes— en la absoluta pureza de Margaret; esa confianza se venía abajo y quedaba hecha trizas en cuanto cesaba el esfuerzo: y las fantasías más disparatadas se sucedían entonces en su mente. Y allí tenía una pequeña prueba de lacerante y triste confirmación. «Sobrellevaba mejor de lo que cabía esperar» este dolor. Había tenido alguna esperanza a la que recurrir, tan agradable que por su naturaleza afectuosa podía iluminar incluso las lúgubres horas de una hija que acababa de perder a su madre. ¡Sí, él sabía cómo amaría ella! No la había amado sin captar de forma instintiva ese conocimiento de las aptitudes que poseía. Su alma caminaría en la gloriosa luz del sol si algún hombre era digno de conquistar su amor mediante su capacidad de amar. Incluso en su duelo reposaría con sosegada fe en su compasión. ¡Su compasión! ¿La de quién? La de otro hombre. Y bastó el que fuese otro para que el rostro serio y pálido del señor Thornton palidciera y se endureciera mucho más con la respuesta de Dixon.

—Espero poder visitarlos —dijo con frialdad—. Me refiero al señor Hale. Tal vez me reciba pasado mañana.

Lo dijo como si la respuesta le tuviera sin cuidado. Pero no era así. A pesar de su dolor, anhelaba ver a la causante del mismo. Odiaba a Margaret a veces, pero cuando pensaba en aquella tierna familiaridad y en todas las circunstancias concurrentes sentía un profundo anhelo de recuperar su imagen mentalmente, anhelaba respirar el mismo aire que respiraba ella. Se hallaba en el Caribdis de la pasión y tenía que girar y girar forzosamente cada vez más cerca del centro fatídico.

—Estoy segura de que el señor le recibirá. Lamentó mucho no poder hacerlo el otro día, pero las circunstancias no eran las mejores precisamente entonces.

Por una u otra razón, Dixon no le mencionó nunca a Margaret la conversación que había mantenido con el señor Thornton. Tal vez fuera simple casualidad, pero lo cierto es que Margaret no supo nunca que él había asistido al entierro de su pobre madre.

Capítulo XXXIV

Mentira y verdad

El «sobrellevarlo mejor de lo que cabía esperar» suponía una enorme tensión para Margaret. A veces la asaltaba de pronto el súbito y brusco pensamiento de que ya no tenía madre, incluso durante las conversaciones en apariencia alegres con su padre, y entonces creía que gritaría de dolor sin poder controlarse. También sentía una gran inquietud por Frederick. El hecho de que no hubiera correo el domingo interfirió en su correspondencia de Londres, y el martes, Margaret se sintió sorprendida y desanimada al ver que aún no había carta. No sabían nada de los planes de su hermano, y su padre se sentía muy abatido por aquella incertidumbre. Alteró su reciente hábito de pasarse medio día sentado inmóvil en un sillón. Ahora daba vueltas de un lado a otro de la habitación, luego salió de la estancia y ella le oyó abrir y cerrar las puertas del dormitorio sin ningún objetivo aparente. Procuró tranquilizarle leyendo en voz alta, pero era evidente que no podía mantener la atención mucho rato. Margaret se alegró entonces de haberse guardado el nuevo motivo de preocupación que suponía su encuentro con Leonards. Y dio gracias a Dios al oír que anunciaban al señor Thornton. La visita obligaría a su padre a desviar sus pensamientos por otro cauce.

El señor Thornton se dirigió directamente al señor Hale, le tomó las manos

y se las estrechó en silencio durante un par de minutos, tiempo en el que su cara, sus ojos y su aire expresaron más simpatía y condolencia de las que podían expresar las palabras. Luego se volvió hacia Margaret. No le pareció «mejor de lo que cabía esperar». Su majestuosa belleza estaba atenuada por las muchas vigiliias y las abundantes lágrimas. La expresión de su semblante era de mansa tristeza paciente, no de verdadero sufrimiento. Él pensaba saludarla con frialdad estudiada, pero no pudo evitar acercarse a ella, que se había apartado un poco y se mostraba tímida debido al desconcierto que le causaba el talante de él últimamente, y le dijo las pocas palabras consabidas con una voz tan tierna que a ella se le llenaron los ojos de lágrimas y se volvió para ocultar su emoción. Cogió la labor y se sentó muy tranquila y silenciosa. Al señor Thornton le latía el corazón muy deprisa y con fuerza y olvidó completamente el sendero de Outwood, de momento. Procuró conversar con el señor Hale y, como su compañía resultaba siempre un placer para éste, ya que su fuerza y su decisión hacían de él y de sus opiniones un puerto seguro, fue insólitamente agradable para su padre, según advirtió Margaret.

Al poco rato, llegó Dixon y dijo:

—Preguntan por usted, señorita Hale.

Dixon parecía tan nerviosa que Margaret se angustió. Seguro que le había ocurrido algo a Fred. Menos mal que su padre y el señor Thornton seguían concentrados en la conversación.

—¿Qué pasa, Dixon? —preguntó Margaret en cuanto cerró la puerta de la sala.

—Venga por aquí señorita —dijo Dixon, abriendo la puerta del que había sido el dormitorio de la señora Hale y que ahora ocupaba de Margaret, pues su padre se había negado a dormir allí después de la muerte de su esposa—. No es nada, señorita —añadió Dixon, bajando un poco la voz—, sólo un inspector de policía. Quiere verla a usted, señorita. Pero en mi opinión no pasa nada en absoluto.

—¿Ha dicho...? —preguntó Margaret en tono casi inaudible.

—No señorita, no ha dicho nada. Sólo ha preguntado si vivía usted aquí y si podía hablar con usted. Le abrió la puerta Martha y le hizo pasar. Está en el estudio del señor. Fui yo primero a verle para ver si bastaba; pero no, quiere hablar con usted, señorita.

Margaret no volvió a decir nada hasta que posó la mano en el pomo de la puerta del estudio. Entonces se volvió y dijo:

—Encárgate de que papá no baje. El señor Thornton está con él ahora.

El inspector se sintió intimidado por la actitud altiva de Margaret cuando

entró. Su gesto expresaba cierta indignación, aunque tan contenida y controlada que le daba un espléndido aire de desdén. No se advertía en él sorpresa ni curiosidad. Esperó a que el inspector expusiera el motivo de su visita. No le hizo ninguna pregunta.

—Le ruego que me disculpe, señora, pero el deber me obliga a hacerle unas preguntas simples. Ha muerto en el hospital un hombre a consecuencia de una caída que sufrió en la estación de Outwood el jueves veintiséis del corriente entre las cinco y las seis de la tarde. Parece ser que entonces no se dio importancia a la caída, pero ha resultado fatal, según los médicos, por la existencia de una afección interna y por el hábito de beber del hombre.

Los grandes ojos oscuros que miraban con fijeza al inspector a la cara se dilataron un poco. Por lo demás, sus expertas dotes de observación no advirtieron ningún movimiento perceptible. Frunció levemente los labios en una curva más plena de lo habitual debido a la forzada tensión de los músculos, pero él no sabía cuál era su aspecto habitual, y por lo tanto, no podía reconocer el insólito y hosco desafío en las firmes y amplias curvas. Ella no se inmutó ni tembló en ningún momento. No apartó la mirada de él. Y cuando el policía hizo una pausa, le dijo como si le animara a contar su historia:

—Muy bien, ¡continúe!

—Parece ser que habrá que llevar a cabo una investigación. Hay ciertas pruebas de que el golpe, el empujón o la refriega que causó la caída fue provocado por la impertinencia del pobre individuo que estaba un poco ebrio, con una señorita que caminaba con el hombre que le empujó y le tiró del andén. Así lo observó alguien que estaba en el andén y que, sin embargo, no volvió a pensar en ello, ya que el golpe parecía de escasa importancia. Hay también motivos para identificar a la dama con usted, en cuyo caso...

—Yo no estuve allí —le dijo Margaret, sin dejar de mirarle con ojos inexpresivos, con el gesto vacío de un sonámbulo.

El inspector inclinó la cabeza, pero no dijo nada. La dama que estaba frente a él no manifestaba ninguna emoción, ni temor ni nerviosismo, ni angustia, ni deseo de poner fin a la conversación. La información que le habían dado era muy vaga; uno de los maleteros que salió corriendo para estar a punto cuando llegara el tren había visto una riña al otro extremo del andén entre Leonards y un caballero acompañado por una dama, pero no había oído nada. Y antes de que el tren arrancara de nuevo y acelerara después de la parada, casi le había atropellado Leonards que corría furioso profiriendo maldiciones medio borracho. No había vuelto a pensar en el asunto hasta que se lo hizo recordar el inspector, que al hacer algunas pesquisas en la estación se había enterado por el jefe de que había visto a aquella hora a un caballero y

a una señorita —una dama bellísima— y que el dependiente de una tienda de comestibles que estaba entonces allí había dicho que era la señorita Hale, que vivía en Crampton y cuya familia compraba en su tienda. No había certeza de que el caballero y la dama mencionados en ambos casos fueran los mismos, aunque era muy probable. Leonards se había ido medio loco de cólera y de dolor a la taberna más próxima, donde los camareros atareados no habían hecho caso de su cháchara beoda, aunque sí recordaban que se había levantado de pronto y se había maldecido por no haber pensado antes en el telégrafo para algún propósito desconocido; y creían que se había marchado con la idea de ir allí. En el camino, sucumbió al dolor y a la bebida y se había tumbado en la carretera, donde lo había encontrado el policía que le había llevado al hospital: no había recobrado el conocimiento lo suficiente para poder describir su caída con coherencia, aunque un par de veces había demostrado bastante lucidez para que las autoridades avisaran al magistrado correspondiente con la esperanza de que pudiera tomar declaración al moribundo sobre la causa de su muerte. Pero cuando llegó el magistrado, Leonards estaba divagando sobre el mar y mezclando nombres de capitanes y tenientes de forma confusa con los de sus compañeros de la estación, y sus últimas palabras fueron una maldición a la «llave de Cornualles» que, según dijo, le había hecho cien libras más pobre de lo que hubiese sido de otro modo. El inspector lo reconsideró todo: la vaguedad de las pruebas que demostraban que Margaret había estado en la estación y la rotunda y serena negación de ella. Siguió allí plantada esperando sus palabras siguientes con una serenidad que parecía suprema.

—Entonces, señora, ¿niega usted que fuera la dama que acompañaba al caballero que dio el golpe o el empujón que causó la muerte a ese pobre hombre?

Un dolor agudo y súbito recorrió el cerebro de Margaret. «¡Santo cielo, ojalá supiera que Frederick está a salvo!». Un buen observador del rostro humano habría identificado el dolor momentáneo en sus grandes ojos tristes como el tormento de una criatura acorralada. Pero el inspector, aunque era muy agudo, no era muy buen observador. Le sorprendió un poco, sin embargo, la forma de la respuesta que le pareció una repetición maquinal de la primera, sin ningún cambio ni modificación para corresponder a su última pregunta.

—Yo no estuve allí —dijo ella, en voz baja y profunda. Y durante todo este tiempo no cerró los ojos nunca, ni cambió aquella mirada vidriosa e irreal. El eco apagado de su negación anterior despertó los recelos del policía. Era como si se obligara a decir una mentira y no tuviera ninguna capacidad para variarla.

El alzó su cuaderno de forma muy deliberada. Luego alzó la vista; ella no se había movido más de lo que lo habría hecho una gran estatua egipcia.

—Espero que no me considere impertinente si le digo que tal vez tenga que

volver a visitarla. Tal vez tenga que pedirle que comparezca en la investigación judicial y presente una coartada si mis testigos —sólo uno la había reconocido— insisten en declarar que presencié usted el desdichado suceso.

La miró fijamente. Seguía absolutamente tranquila: ningún cambio de color, ni la menor sombra de culpabilidad en su rostro altivo. Creyó que la había visto pestañear: no conocía a Margaret Hale. Estaba un poco avergonzado por su compostura regia. Tenía que haber un error de identificación. Continuó:

—Es muy improbable que tenga que hacer algo así, señora. Le ruego que me disculpe, pero sólo cumplo con mi deber, aunque pueda parecer impertinente.

Margaret inclinó la cabeza cuando él se dirigió hacia la puerta. Tenía los labios rígidos y secos. Ni siquiera pudo pronunciar las palabras de la despedida habituales. Pero se adelantó de pronto, abrió la puerta del estudio y le precedió hasta la puerta principal, que abrió de par en par para que saliera. Se quedó mirándolo de la misma forma indiferente y fija hasta que salió de la casa. Cerró entonces la puerta y se dirigió al estudio; a medio camino, se volvió como movida por un impulso violento, y atrancó la puerta.

Entonces volvió al estudio, se detuvo, avanzó tambaleante, volvió a pararse, se balanceó un instante donde estaba, y cayó de bruces al suelo, desmayada.

Capítulo XXXV

Expiación

El señor Thornton seguía allí. Tenía la impresión de que su compañía complacía al señor Hale y se sentía conmovido por el ruego anhelante y quedo de que se quedara un poco más: el quejumbroso «No se vaya todavía» que su amigo sugería de vez en cuando. Le extrañaba que no volviera Margaret. Pero no se demoró con la idea de verla. Se mostró razonable y sereno por la hora y por hallarse en presencia de alguien que sentía tan profundamente la insignificancia del mundo. Le interesaba mucho todo lo que el señor Hale decía.

De la muerte, de la tensa calma

y del cerebro que se embota.

Era curioso que la presencia del señor Thornton tuviera la virtud de hacer

que el señor Hale desvelara los pensamientos secretos que ocultaba incluso a Margaret. Ya fuese que la comprensión de ella era tan cabal y se manifestaba de manera tan viva que él temía la propia reacción, o fuese que en aquel momento surgían en su mente especulativa toda clase de dudas, que rogaban y exigían su resolución en certidumbres, y que él sabía que a ella le horrorizarían algunas de aquellas dudas, mejor dicho, él mismo por ser capaz de concebirlas, fuera cual fuese la razón, en fin, lo cierto es que podía desahogarse mejor con el señor Thornton que con ella de todos los pensamientos, fantasías y temores congelados hasta entonces en su mente. El señor Thornton apenas hablaba, pero cada frase que pronunciaba aumentaba la confianza y el respeto que el señor Hale sentía por él. Si éste hacía una pausa mientras describía algún tormento que recordaba, el señor Thornton completaba la frase y demostraba lo profundamente que comprendía su significado. Si una duda, un miedo, una vaga incertidumbre buscaba reposo sin hallarlo, tan cegados por el llanto estaban sus ojos, el señor Thornton no se sorprendía sino que parecía haber pasado por el mismo estadio de pensamiento y podía indicar dónde hallar el rayo de luz preciso que iluminara los puntos oscuros. Aunque era un hombre de acción, ocupado en la gran batalla del mundo, poseía una religiosidad que le hacía obedecer a Dios en todos sus errores, pese a su fuerte obstinación, más profunda de lo que el señor Hale hubiese soñado jamás. Nunca volvieron a hablar de tales cosas; pero aquella única conversación los hizo muy especiales el uno para el otro; los unió como no podría haberlos unido ninguna charla sobre asuntos sagrados. Cuando todo se admite, ¿cómo puede haber un sanctasanctorum?

Y durante todo ese tiempo, Margaret permaneció tan inmóvil y blanca como la muerte en el suelo del estudio. Se había hundido bajo la carga. Una carga pesada que había llevado durante tanto tiempo con paciencia y mansedumbre hasta que le falló la fe de pronto y había buscado ayuda a tientas en vano. Se advertía una dolorosa contracción en sus hermosas cejas, pero ninguna otra señal de conocimiento. Tenía los labios —poco antes fruncidos desdeñosamente en un gesto desafiante— relajados y lívidos.

E par che de la sua labbia si mova

Uno spirito soave pien d'amore,

Che va dicendo a l'anima: sospira!

El primer síntoma de que estaba volviendo en sí fue un temblor de labios, un leve y silencioso intento de hablar. Pero siguió con los ojos cerrados y el temblor cesó. Margaret se apoyó luego débilmente en los brazos un instante para sostenerse, se irguió y se levantó. Se le había caído la peineta del pelo y un deseo instintivo de borrar los rastros de debilidad y recomponerse la impulsó a buscarla, aunque tenía que sentarse cada poco durante la búsqueda

para recuperar las fuerzas. Trató de determinar la intensidad de su tentación, con la cabeza inclinada y una mano sobre la otra, esforzándose en vano por recordar lo que había desembocado en aquel miedo mortal. Sólo comprendía dos hechos: que Frederick corría peligro de que le persiguieran y le descubrieran en Londres no sólo como culpable de homicidio involuntario, sino como autor del delito más infame de jefe del motín; y que ella había mentido para salvarle. Había un consuelo: su mentira lo había salvado aunque sólo fuese ganando un poco más de tiempo. Si el inspector volvía al día siguiente después de que ella hubiera recibido la carta que tanto anhelaba para asegurarse de que su hermano estaba a salvo, afrontaría la vergüenza y aceptaría el amargo castigo, ella, la altiva Margaret, reconociendo en la sala del juicio llena de gente si era necesario, que había sido como «un perro y lo había hecho»; pero si llegaba antes de que tuviera noticias de Frederick; si volvía al cabo de unas horas, tal como había amenazado con hacer, entonces ella volvería a mentir; aunque no sabía cómo podría hacerlo sin delatar su falsedad después de aquella espantosa pausa de reflexión y arrepentimiento. Pero la repetición de la mentira ganaría tiempo, tiempo para Frederick.

La sacó de sus cavilaciones la llegada de Dixon, que acababa de acompañar al señor Thornton a la puerta.

Él no había dado ni diez pasos por la calle cuando se detuvo a su lado un autobús, del que bajó un individuo que se acercó a él tocándose el sombrero. Era el inspector de policía.

El señor Thornton no lo reconoció al principio. Le había conseguido el primer empleo en la policía, y de vez en cuando tenía noticias de los progresos de su protegido, pero se habían visto muy poco.

—Soy Watson, señor. George Watson, usted me consiguió...

—¡Sí, claro! Ya recuerdo. Tengo entendido que le va muy bien.

—Sí, señor. Debería agradecersele, señor. Pero sólo me tomo la libertad de molestarle ahora para consultarle un asunto. Creo que es usted el magistrado que acudió a tomar declaración a un pobre hombre que murió anoche en el hospital.

—Sí —repuso el señor Thornton—. Hizo una especie de declaración divagatoria, que según el actuario no sirve de gran cosa. Me temo que estuviera borracho, aunque no hay duda de que murió por violencia al final. Creo que una sirvienta de mi madre estaba comprometida con él y se encuentra muy afligida hoy. ¿Cuál es el problema?

—Verá, señor, su muerte se relaciona extrañamente con alguien de la casa de la que le he visto salir ahora: la del señor Hale, creo.

—¡Sí! —exclamó el señor Thornton, volviéndose del todo y mirando al inspector a la cara con súbito interés—. ¿Qué pasa?

—Verá, señor, me parece que tengo una serie de pruebas muy claras que inculpan a un caballero que paseaba con la señorita Hale esa noche en la estación de Outwood como el individuo que golpeó o empujó a Leonards tirándolo del andén y causando así su muerte. Pero la joven dice que no estuvo allí.

—¡La señorita Hale dice que no estuvo allí! —repitió el señor Thornton con voz alterada—. Dígame, ¿qué día fue? ¿A qué hora?

—El jueves veintiséis hacia las seis de la tarde.

Caminaron juntos en silencio unos minutos. El inspector fue el primero en hablar:

—Verá, señor. Es probable que haya una investigación; y tengo a un joven que está convencido, bueno, lo estaba al principio, porque desde que sabe que la señorita lo ha negado dice que no se atrevería a jurarlo; pero sigue estando convencido de que vio a la señorita Hale en la estación con un caballero unos minutos antes de la hora en que uno de los mozos vio una pelea que achacó a alguna insolencia de Leonards, pero que llevó a la caída que le provocó la muerte. Y al verle salir de la misma casa, señor, se me ocurrió que podría tomarme la libertad de preguntarle si..., verá, siempre es difícil tener que tratar con casos en los que hay problemas de identificación, y a uno no le gusta dudar de la palabra de una joven respetable a menos que tenga pruebas concluyentes en contra.

—¡Y ella ha negado que estuviera en la estación aquella tarde! —repitió el señor Thornton en tono bajo y pensativo.

—Sí, señor, dos veces, sin vacilar lo más mínimo. Le dije que volvería a hablar con ella, pero al verle a usted cuando regresaba de interrogar al joven que declaró que era ella, se me ocurrió pedirle consejo, como el magistrado que vio a Leonards en su lecho de muerte y también como el caballero que me consiguió el puesto en el cuerpo de policía.

—Ha hecho muy bien —repuso el señor Thornton—. No dé ningún paso hasta que volvamos a vernos.

—La señorita esperará mi visita, por lo que le dije.

—Sólo quiero que espere una hora. Ahora son las tres. Vaya a mi almacén a las cuatro.

—¡De acuerdo, señor!

Se despidieron. El señor Thornton se apresuró hacia el almacén, ordenó a

sus empleados que no permitieran que nadie le interrumpiera, se retiró a su habitación privada y cerró la puerta con llave. Se entregó a continuación a la tortura de repasarlo todo y analizar hasta el último detalle. ¡Cómo podía haberse sumido en la calma confiada en que la imagen llorosa de ella se había reflejado hacía menos de dos horas, hasta sentir cierta piedad y congraciarse con ella olvidando los celos feroces que le había inspirado verla con aquel desconocido a aquellas horas y en aquel lugar! ¡Cómo podía una criatura tan pura rebajarse de aquel modo y olvidar su comportamiento noble y decoroso! Pero ¿era decoro? ¿Lo era? Se odió por la idea que se le impuso un instante, sólo un instante, pero que mientras duró le hizo estremecerse con toda su vieja fuerza de atracción hacia la imagen de ella. Y luego esta mentira; qué espantoso tenía que ser el miedo a la vergüenza de que se descubriera, pues, al fin y al cabo, la provocación de un individuo como Leonards, excitado por la bebida, sería sin lugar a dudas más que suficiente para justificar a cualquiera que se presentara a exponer las circunstancias claramente y sin reserva. Qué espeluznante y fatídico tenía que ser aquel miedo que podía doblegar a la sincera Margaret induciéndola a mentir. Casi la compadecía. ¿Cómo acabaría aquello? Ella no podía haber considerado lo que había iniciado si se llevaba a cabo una investigación y aparecía el joven. Se levantó de un salto. No habría investigación. El salvaría a Margaret. Asumiría la responsabilidad de evitar la investigación, cuyo resultado sólo podía ser dudoso, por la incertidumbre del testimonio médico (que él había escuchado vagamente la noche anterior del médico de guardia). Los médicos habían descubierto una enfermedad interna muy avanzada y estaban seguros de que resultaría fatal, habían determinado que la muerte podría haberse acelerado por la caída, la bebida y el frío posteriores. Si él hubiera sabido cómo se había mezclado en aquel asunto Margaret, si al menos hubiera previsto que podría haber manchado su blancura con una mentira, podría haberla salvado con una palabra, pues el asunto de abrir o no una investigación se había sopesado la noche anterior. La señorita Hale podía amar a otro —era indiferente y despectiva con él—, pero él le haría favores de los que ella nunca se enteraría. Él podría despreciarla, pero la mujer a la que había amado una vez debía verse libre de vergüenza. Y vergüenza sería jurar en falso en un tribunal público o, de lo contrario, reconocer sus motivos para desear la oscuridad en vez de la luz.

El señor Thornton parecía muy triste y adusto cuando pasó entre sus sorprendidos empleados. Estuvo fuera una media hora. Y su aspecto no era más animoso cuando volvió, aunque su misión había tenido éxito.

Escribió dos líneas en una hoja de papel, la metió en un sobre y lo cerró. Se lo entregó a uno de sus empleados, diciéndole:

—He quedado con Watson (el que era empaquetador en el almacén y que ingresó en la policía) en que vendría a verme a las cuatro. Pero acabo de

encontrarme con un caballero de Liverpool que quiere verme antes de marcharse de la ciudad. Encárguese de dar esta nota a Watson cuando venga.

La nota decía lo siguiente:

No habrá investigación. Las pruebas médicas no son suficientes para justificarla. No dé más pasos. No he visto al juez instructor, pero asumo la responsabilidad.

«Bueno —pensó Watson—, me ahorra un trabajo desagradable. Ninguno de mis testigos parecía seguro de nada, excepto la joven. Ella fue clara y tajante; el mozo de la estación había visto una riña; pero cuando descubrió que quizá tuviera que declarar como testigo, entonces ya no había sido una riña sino una broma, y Leonards podría haber saltado él mismo del andén; no estaba seguro de nada. Y Jennings, el dependiente de la tienda de comestibles, bueno, él no era tan malo, pero dudo que pudiera haberle sacado un juramento después de enterarse de que la señorita Hale lo negaba de plano. Habría sido un trabajo difícil y sin ninguna satisfacción. Y ahora puedo ir a decirles que no los necesitaremos».

Así que acudió de nuevo a casa del señor Hale aquella noche. Dixon y su padre habían intentado convencer a Margaret de que se acostara, pero ninguno de los dos sabía la razón de sus débiles y continuas negativas a hacerlo. A Dixon le había contado parte de la verdad, pero sólo parte. Margaret no explicaría a ningún ser humano lo que había dicho y no revelaría la fatal conclusión de la caída de Leonards del andén. Así que la curiosidad de Dixon se combinaba con su lealtad para instar a Margaret a retirarse a descansar. Estaba echada en el sofá y su aspecto demostraba que lo necesitaba realmente. No hablaba más que cuando le hablaban. Intentaba sonreír en respuesta a las miradas preocupadas y a las tiernas preguntas de su padre, pero en lugar de una sonrisa, sus labios pálidos se abrían en un suspiro. Se sentía tan inquieta que al final accedió a retirarse a su habitación y prepararse para acostarse. Estaba a punto de renunciar a la idea de que el inspector volvería aquella noche, pues ya eran más de las nueve.

Se paró junto a su padre y se apoyó en el respaldo de su asiento.

—Te acostarás pronto, papá, ¿verdad? ¡No te quedes levantado solo!

No oyó la respuesta; sus palabras se perdieron en el lejano sonido, que amplificó por los temores de ella y llenó su mente: una leve llamada a la puerta.

Besó a su padre y bajó la escalera con una presteza de la que nadie que la hubiera visto unos minutos antes la hubiese creído capaz. Apartó a Dixon.

—Deja, abriré yo. Sé que es él, puedo, tengo que solucionarlo todo yo.

—¡Como quiera, señorita! —dijo Dixon irritada; aunque añadió en seguida —: Pero no está en condiciones de hacerlo. Está más muerta que viva.

—¿De verdad? —dijo Margaret volviéndose y mirándola con un extraño fuego en los ojos y las mejillas encendidas, aunque aún tenía los labios secos y lívidos.

Abrió la puerta al inspector y le hizo pasar al estudio. Colocó la vela en la mesa y la despabiló con cuidado; luego se volvió hacia él.

—¡Llega tarde! —le dijo—. ¿Y bien?

Esperó la respuesta, conteniendo el aliento.

—Lamento haberla molestado innecesariamente, señora. Después de todo, han renunciado a la idea de llevar a cabo una investigación. No he podido venir antes porque he tenido que hacer otro trabajo y atender a otras personas.

—Entonces, se ha acabado —dijo Margaret—. No van a investigar más.

—Creo que llevo aquí la nota del señor Thornton dijo el inspector, buscando con torpeza en la cartera.

—¡El señor Thornton! —dijo Margaret.

—Sí, es magistrado..., ah, aquí está.

Margaret no podía leerla; estaba junto a la vela pero no veía. Las palabras bailaban ante sus ojos. Pero la aguantó en la mano y la miró como si la estudiara atentamente.

—Le aseguro que me ha quitado un gran peso de encima, señora. Porque las pruebas eran tan inciertas, ¿sabe?, ese hombre no había recibido ningún golpe, y cuando interviene cualquier problema de identificación el caso es muy complicado, como le dije al señor Thornton...

—¡El señor Thornton! —volvió a decir Margaret.

—Me encontré con él esta mañana, justo cuando salía de esta casa y, como es un viejo amigo mío, además de ser el magistrado que vio a Leonards anoche, me tomé la libertad de explicarle mi problema.

Margaret suspiró profundamente. No quería saber más. Le daba miedo lo que ya había oído y lo que pudiera oír. Deseaba que el hombre se marchara. Se obligó a hablar:

—Gracias por venir. Es muy tarde. Creo que más de las diez. Ah, tenga la nota —añadió, interpretando de pronto el significado de la mano que le tendió él para cogerla. La estaba guardando cuando ella dijo—: Me parece una letra muy apretada e indescifrable. No he podido leerla. ¿Quiere leérmela usted?

Se la leyó en voz alta.

—Gracias. ¿Le dijo usted al señor Thornton que yo no estuve allí?

—Oh, claro, señora. Ahora lamento haber actuado basándome en información que parece ser tan errónea. Al principio, el joven estaba muy seguro; y ahora dice que no está seguro de nada y que espera que su error no la haya molestado tanto como para que su tienda la pierda como clienta. Buenas noches, señora.

—Buenas noches.

Llamó a Dixon para que le acompañara a la puerta. Cuando Dixon volvía por el pasillo, la adelantó rápidamente.

—¡Todo va bien! —dijo, sin mirarla; y antes de que Dixon pudiera seguirla con más preguntas, subió la escalera, entró en el dormitorio y cerró la puerta con pestillo.

Se echó en la cama vestida. Estaba demasiado agotada para pensar. Transcurrió media hora o más hasta que la incomodidad de la postura y el frío sustituyeron a la gran fatiga y tuvieron el efecto de despertar sus facultades adormecidas. Entonces empezó a recordar, a asociar, a hacerse preguntas. Primero se le ocurrió que había pasado la terrible preocupación por Frederick. Luego quiso recordar todo lo que había dicho el inspector sobre el señor Thornton, palabra por palabra. ¿Cuándo lo había visto? ¿Qué le había dicho? ¿Qué había hecho el señor Thornton? ¿Cuáles eran las palabras exactas de su nota? Y su mente se negó a proseguir hasta que pudo recordar incluso la colocación u omisión de un artículo, las expresiones exactas que él había empleado en la nota. Pero la siguiente conclusión a la que llegó era bastante clara: el señor Thornton la había visto cerca de la estación de Outwood el fatídico jueves por la noche, y le habían dicho que ella había negado que hubiera estado allí. Había quedado como una mentirosa ante él. Era una mentirosa. Pero no se sentía culpable ante Dios. Solamente el caos y la noche rodeaban el único hecho morboso de que estaba degradada a ojos del señor Thornton. No se molestó en considerar las excusas que podía alegar, ni siquiera para sí. Eso no tenía nada que ver con el señor Thornton. Nunca había imaginado que él ni ninguna otra persona pudiera descubrir un motivo para sospechar de algo tan natural como que acompañara a su hermano. Pero lo que de verdad era falso y erróneo era lo que él sabía, y tenía derecho a juzgarla. «¡Ay, Frederick, Frederick! —gritó—. ¡Qué no habría sacrificado por ti!». Incluso cuando se quedó dormida, sus pensamientos se vieron impulsados a recorrer el mismo círculo pero con exageradas y monstruosas circunstancias de dolor.

Una nueva idea destelló en su mente al despertar con toda la luminosidad

de la mañana. El señor Thornton se había enterado de su mentira antes de ver al juez. Eso la indujo a pensar que tal vez se hubiera visto impulsado a hacerlo para ahorrarle a ella la repetición de la mentira. Pero desechó esta idea con la tozudez enfermiza de un niño. Si fuese así, no se lo agradecía en absoluto, pues sólo le demostraba que estaba convencido de que ya se había deshonrado antes de tomarse tan insólitas molestias para ahorrarle poner a prueba su veracidad, que ya había fracasado tan rotundamente. Ella hubiera preferido pasar por todo, hubiera perjurado para salvar a Frederick, antes, mucho antes de que el señor Thornton hubiera sabido lo que le impulsó a intervenir para salvarla. ¿Qué infortunio le había puesto en contacto con el inspector? ¿Qué había hecho que fuese precisamente él el magistrado que acudió a tomar la declaración de Leonards? ¿Qué había dicho Leonards? ¿Hasta qué punto lo había entendido el señor Thornton que, por lo que ella sabía, podría estar enterado ya de la antigua acusación contra Frederick por su común amigo el señor Bell? Si fuese así, habría intentado salvar como fuera al hijo que había desafiado la ley para acudir junto al lecho de su madre agonizante. Y con esta idea, ella podía sentir gratitud, como no podría hacerlo nunca si su intervención hubiera estado motivada por el desdén. ¡Ay! ¿Tenía alguien motivo tan justo para despreciarla? ¡Más que nadie el señor Thornton, a quien ella había mirado por encima del hombro desde sus imaginarias alturas hasta entonces! Se vio de pronto a los pies de él y se sintió extrañamente consternada por su caída. No se atrevió a seguir las premisas hasta su conclusión, reconociendo así en su fuero interno lo mucho que valoraba el respeto y la buena opinión de él. Siempre que se le presentaba esta idea al final de una larga serie de pensamientos, se negaba a seguirla, no creía en ella.

Era más tarde de lo que pensaba, pues con el nerviosismo de la noche anterior se había olvidado de dar cuerda al reloj; y el señor Hale había dado órdenes especiales de que no la despertaran a la hora habitual. Al poco rato, se abrió la puerta despacio y se asomó Dixon. Vio que Margaret estaba despierta y entró con una carta.

—Tengo algo que la animará, señorita. Una carta del señorito Frederick.

—Gracias, Dixon. ¡Qué tarde es!

Hablaba con una gran languidez, y esperó a que Dixon dejara la carta sobre el cobertor sin tender la mano para cogerla.

—Supongo que quiere el desayuno. Se lo traeré en seguida. Sé que el señor ha preparado la bandeja.

Margaret no contestó y esperó a que se fuera. Quería estar sola para abrir la carta. Al fin lo hizo. Se fijó primero en la fecha: era de dos días antes. Así que había escrito cuando había prometido hacerlo y podrían haberse ahorrado tanta preocupación. Pero leería la carta para ver. Era bastante apresurada pero

plenamente satisfactoria. Había visto a Henry Lennox, que sabía lo suficiente del caso como para cabecear al considerarlo, en primer lugar, y decirle que había cometido una grave temeridad al regresar a Inglaterra pesando sobre él semejante acusación, respaldada por tan poderosa influencia. Pero cuando hablaron de todo, el señor Lennox había reconocido que tal vez hubiera alguna posibilidad de absolución si podía demostrar sus declaraciones con testigos fidedignos, que en tal caso podría merecer la pena que le juzgaran, pero que de lo contrario supondría un gran riesgo. Examinaría el caso, se tomaría todas las molestias.

Me pareció —añadía Frederick— que mi nota de presentación era muy importante, hermanita... ¿Es así? Te aseguro que me hizo muchas preguntas. Me parece un individuo agudo e inteligente y que tiene un buen bufete también, a juzgar por los indicios de negocio y por el número de pasantes. Pero quizá sean sólo tretas de abogado. He conseguido pasaje en un paquebote que está a punto de zarpar, saldré en cinco minutos. Tal vez tenga que regresar a Inglaterra por este asunto, así que guarda en secreto mi visita. Enviaré a padre un jerez añejo especial que no podéis comprar en Inglaterra, ¡uno como el de la botella que tengo delante! Necesita algo así. Dale todo mi cariño, Dios le bendiga. Estoy seguro... Llega mi coche. P. D.: ¡Qué fuga fue aquella! Procura no decir una palabra de mi estancia a nadie, ni siquiera a las Shaw.

Margaret miró el sobre. Estaba marcado «Demasiado tarde». Debía haber confiado la carta a algún camarero descuidado que se había olvidado de echarla al correo. ¡Ay! ¡Qué redes tan ligeras de casualidades se alzan entre nosotros y la Tentación! Frederick estaba a salvo y fuera de Inglaterra hacía veinte horas; no, treinta.

Y hacía sólo unas diecisiete que ella había mentido para impedir una búsqueda que incluso entonces hubiera sido inútil. ¡Qué infiel había sido! ¿Dónde estaba ahora su orgulloso lema *Fais ce que dois, advienne que pourra*? ¡Qué contenta se sentiría ahora si hubiese tenido el valor de explicar la verdad respecto a sí misma, desafiándolos a descubrir lo que se negaba a explicar referente a otro! No humillada ante Dios por haber perdido la confianza en Él; ni degradada y rebajada en la opinión del señor Thornton. Se interrumpió en este punto con un temblor espantoso: estaba comparando la baja opinión que tenía él de ella con el disgusto de Dios. ¿Cómo era posible que se obsesionara con él de forma tan persistente? ¿Qué sería? ¿Por qué le preocupaba lo que él pensara, a pesar de su orgullo, a pesar de sí misma? Creía que podía haber soportado la idea del disgusto del Todopoderoso porque Él lo sabía todo y podía interpretar su arrepentimiento y oír sus gritos de ayuda en el futuro. Pero el señor Thornton... ¿Por qué temblaba y ocultaba la cara en la almohada? ¿Qué fuerte sentimiento se había apoderado de ella?

Se levantó de la cama de un salto y rezó larga y fervorosamente. Se calmó

y se reconfortó abriendo su corazón de ese modo. Pero en cuanto consideró su situación descubrió que la herida seguía allí, que no era lo bastante buena ni lo bastante pura para que la mala opinión de un ser humano le resultara indiferente: pues la idea de que él la despreciaba se interponía entre ella y la conciencia de haber obrado mal. Llevó la carta a su padre en cuanto se vistió. La alusión al susto que se habían llevado en la estación era tan leve que el señor Hale la pasó por alto sin prestarle la menor atención. En realidad, aparte del simple hecho de que Frederick había embarcado sin problema, no se fijó en mucho más de la carta entonces, pues estaba muy preocupado por la palidez de Margaret. Parecía siempre al borde del llanto.

—Estás agotadísima, hija. No me extraña. Pero tienes que dejarme que te cuide.

La convenció de que se echara en el sofá y fue a buscar un chal para taparla. Su ternura la hizo llorar, y lloró amargamente.

—¡Pobrecita! ¡Pobrecita! —musitó él, contemplando a su hija agitada por los sollozos, echada de cara a la pared. Cuando se calmó al cabo de un rato se preguntó si se atrevería a desahogarse explicándole todo lo que le pasaba a su padre. Pero había más razones en contra que a favor. La única razón para hacerlo era el alivio que le procuraría; y en contra pesaba la idea de que aumentaría el nerviosismo de su padre, si al final Frederick tenía que volver a Inglaterra. Se obsesionaría pensando en que su hijo había causado la muerte de un hombre, por muy involuntariamente que hubiese sido, y el saberlo sería un tormento recurrente en diversas formas de exageración y distorsión de la simple verdad. Y en cuanto al enorme pecado de ella, él se angustiaría sobremanera por su falta de valor y de fe, aunque se preocupara siempre por intentar justificarla. En otros tiempos, Margaret habría acudido a él como sacerdote y como padre y le habría confesado su tentación y su pecado; pero últimamente no habían hablado mucho de esos temas; y, tras su cambio de opiniones, no sabía cómo respondería si el fondo de su alma apelaba a la suya. No, guardaría el secreto y llevaría la carga ella sola. Sola acudiría a Dios y le suplicaría Su absolución. Sola soportaría la opinión que tenía el señor Thornton de ella. Se sentía indeciblemente conmovida por los tiernos esfuerzos de su padre para encontrar temas de conversación alentadores y apartar así sus pensamientos de todo lo que había ocurrido últimamente. Meses antes ella había sido tan locuaz como él ahora. No estaba dispuesto a permitirle levantarse y ofendió mucho a Dixon insistiendo en cuidarla él.

Margaret sonrió al fin; una sonrisa leve, pero que procuró a su padre auténtico placer.

—Resulta extraño pensar que lo que nos da más esperanza en el futuro se llame Dolores —dijo. El comentario era más propio de su padre que de ella.

Pero aquel día parecía que hubieran cambiado los papeles.

—Me parece que su madre era española, lo que explica su religión. Su padre era un rígido presbiteriano cuando yo lo conocí. Pero es un nombre muy dulce y muy bonito.

—¡Qué joven es! Catorce meses más joven que yo. Tiene la misma edad que Edith cuando se prometió al capitán Lennox. Papá, iremos a verlos a España.

Él movió la cabeza. Pero dijo:

—Como quieras, Margaret. Pero volvamos aquí. Sería muy injusto y muy cruel con tu madre, a quien me temo que siempre le disgustó tanto Milton, que nos marcháramos ahora que yace aquí y no puede acompañarnos. No, cariño. Puedes ir tú a verlos y luego me explicarás cómo es mi hija española.

—No, papá, yo no iré sin ti. ¿Quién te cuidaría cuando yo me fuera?

—Me gustaría saber quién cuida a quién. Pero si fueras, convencería al señor Thornton de que me permitiera darle clases dobles. Estudiaríamos a los clásicos a fondo. Sería un interés permanente. También puedes ir a Corfú a ver a Edith, si quieres.

Margaret no contestó de inmediato. Luego dijo con bastante seriedad:

—Gracias, papá. Pero no quiero ir. Esperemos que el señor Lennox se desenvuelva tan bien que Frederick pueda traer a Dolores a vernos cuando se casen. Y en cuanto a Edith, el regimiento no seguirá mucho tiempo en Corfú. Tal vez los veamos aquí antes de un año.

El señor Hale había agotado los temas de conversación alentadores. Algún recuerdo doloroso había cruzado sigiloso su mente, sumiéndolo en el silencio. Margaret dijo luego:

—Papá, ¿viste a Nicholas Higgins en el entierro? Estaba allí, y Mary también. ¡Pobre hombre! Era su forma de demostrar compasión. Tiene un corazón noble y afectuoso detrás de su actitud brusca.

—No me cabe la menor duda —repuso el señor Hale—. Lo he sabido siempre, incluso cuando intentabas convencerme de todos sus defectos. Iremos a verlos mañana, si te encuentras con fuerzas suficientes para caminar tanto.

—Por supuesto. Quiero verlos. No hemos pagado a Mary. Mejor dicho, ella se negó a aceptar el dinero, según dice Dixon. Podemos ir para encontrarlo justo después de comer y antes de que se vaya al trabajo.

Al atardecer, el señor Hale dijo:

—Estaba casi seguro de que vendría el señor Thornton. Ayer me habló de

un libro que tiene y que me gustaría ver. Me dijo que procuraría traerlo hoy.

Margaret suspiró. Sabía que no iría. Era demasiado delicado para correr el riesgo de encontrarse con ella mientras siguiera tan fresca en su memoria su vergüenza. La sola mención de su nombre renovó su angustia y provocó una recaída en la sensación de agotamiento deprimido y preocupado. Cedió a la languidez indiferente. Se le ocurrió de pronto que aquella era una manera extraña de demostrar su paciencia, o de recompensar a su padre por desvelarse por ella todo el día. Se incorporó y le propuso leer en voz alta. Últimamente le fallaba la vista, y accedió complacido. Ella leía muy bien, daba el énfasis apropiado. Pero si alguien le hubiese pedido cuando terminó que explicara lo que había leído, no habría sabido qué decir. Se sentía atormentada por la sensación de ingratitud hacia el señor Thornton, ya que, al igual que por la mañana, se había negado a aceptar la amabilidad que le había demostrado al pedir más información a los médicos para evitar que se llevara a cabo una investigación. ¡Ella era agradecida! Había sido cobarde y mentirosa y había demostrado su cobardía y su falsedad actuando de un modo irreparable; pero no era desagradecida. Sintió una calidez especial al darse cuenta de lo que podía sentir por alguien que tenía motivo para despreciarla. Y ese motivo era tan justo que le respetaría menos si creyera que no sentía desdén. Era un placer saber lo absolutamente que lo respetaba. Él no podría evitar que lo hiciera; era su único consuelo en todo este sufrimiento.

El libro esperado llegó más tarde, «con saludos del señor Thornton y deseos de saber cómo se encuentra el señor Hale».

—Dígale que estoy mucho mejor, Dixon, pero que la señorita Hale...

—No, papá —dijo Margaret con impaciencia—, no digas nada de mí. No lo pregunta.

—Margaret, hija, estás temblando —dijo su padre pocos minutos después—. Tienes que acostarte ahora mismo. ¡Estás muy pálida!

Margaret no se opuso a hacerlo, aunque se resistía a dejar solo a su padre. Pero ella necesitaba el consuelo de la soledad tras un día de tanto pensar y tantísimo arrepentimiento.

Al día siguiente parecía estar casi como de costumbre; la tristeza y el abatimiento persistentes y el ensimismamiento ocasional no eran síntomas insólitos en los primeros días de duelo. Y casi al mismo tiempo que su recuperación de la salud se produjo una recaída de su padre, que volvió a sumirse en las cavilaciones abstraídas sobre la esposa que había perdido y sobre la época de su vida que había terminado para siempre.

Capítulo XXXVI

La unión no siempre hace la fuerza

Margaret y su padre fueron a visitar a Nicholas Higgins y a su hija a la hora acordada el día anterior. Ambos recordaban su reciente pérdida, por una extraña timidez con su nuevo atuendo y por el hecho de que era la primera vez en muchas semanas que salían juntos tranquilamente. Se sentían muy unidos en una muda y recíproca compasión.

Encontraron a Nicholas sentado junto al fuego en su rincón habitual. Pero no fumaba su pipa como siempre. Tenía la cabeza apoyada en la mano y el brazo sobre la rodilla. No se levantó al verlos, aunque Margaret interpretó su mirada como una bienvenida.

—Siéntense, siéntense, el fuego está casi apagado —dijo, atizándolo vigorosamente, como si quisiera desviar la atención de su persona. Tenía un aspecto bastante desaliñado, sin duda. La barba negra de varios días hacía que pareciera más pálido aún, y llevaba una chaqueta que hubiese ganado mucho con unos remiendos.

—Sabíamos que le encontraríamos en casa después de comer —dijo Margaret.

—Sí, sí. Las penas son más abundantes que las comidas, precisamente ahora; creo que mi hora de la comida se prolonga todo el día. Pueden estar segurísimos de encontrarme.

—¿Está sin trabajo? —preguntó Margaret.

—Sí —contestó él secamente. Luego, tras un breve silencio, alzó la vista por primera vez y añadió—: No es que no tenga pasta. No lo piensen. La pobre Bess tenía unos ahorrillos bajo la almohada, dispuestos a caer en mi mano a última hora; y Mary corta fustán. Pero yo estoy sin trabajo igualmente.

—Nosotros debemos dinero a Mary —dijo el señor Hale antes de que Margaret le apretara el brazo para que se callara.

—Si lo acepta, la echo de casa. Yo esperaré entre estas cuatro paredes y ella esperará fuera. Eso es todo.

—Pero tenemos que agradecerle su amable servicio —empezó otra vez el señor Hale.

—Yo nunca le he agradecido a su hija aquí el cariño que demostró a mi pobre muchacha. Nunca encontré las palabras. Tendría que empezar a probar ahora si usted se pone a armar jaleo por la ayuda de Mary.

—¿Está sin trabajo por la huelga? —preguntó amablemente Margaret.

—La huelga se acabó. Terminó por ahora. Estoy sin trabajo porque no lo he pedido. Ni pienso hacerlo, porque las buenas palabras escasean y las malas abundan.

Estaba de un humor propicio para disfrutar hoscamente dando respuestas que parecían acertijos. Pero Margaret se dio cuenta de que le gustaría que le pidieran una explicación.

—¿Y las buenas palabras son...?

—Pedir trabajo. Me parece que son casi las mejores palabras que puede decir un hombre. «Deme trabajo» significa «y lo haré como un hombre». Son buenas palabras.

—Y malas palabras son negarle el trabajo cuando lo pide.

—Sí. Malas palabras es decir: «¡Ajá, amigo mío! Tú has sido fiel a tu clase y yo seré fiel a la mía. Hiciste cuanto podías por los que necesitaban ayuda; ésa es tu forma de ser fiel a los tuyos. Y yo seré fiel a los míos. Has sido un pobre estúpido que no sabías más que ser un verdadero estúpido fiel. Así que al car... Aquí no hay trabajo para ti». Son malas palabras. No soy estúpido; y si lo fuera, la gente tendría que haberme enseñado a ser juicioso a su modo. Habría aprendido si alguien hubiera intentado enseñarme.

—¿No merecería la pena preguntar a su antiguo patrono si le readmite? —preguntó el señor Hale—. Quizá no sea una gran oportunidad, pero sería una oportunidad.

Nicholas volvió a alzar la vista con una mirada intensa a su interlocutor. Luego soltó una risilla amarga.

—Señor mío, no se ofenda, pero le haré yo un par de preguntas.

—Las que quiera dijo el señor Hale.

—Entiendo que se gana el pan de algún modo. La gente no suele vivir en Milton sólo por gusto si puede hacerlo en otro sitio.

—Está en lo cierto. Tengo algunos medios personales, pero mi intención al instalarme en Milton era hacerme profesor particular.

—Enseñar a la gente. ¡Bien! Supongo que le pagan por enseñar, ¿no?

—Sí —repuso el señor Hale, sonriendo—. Enseño para que me paguen.

—¿Y los que le pagan, no le dicen lo que tiene o no tiene que hacer con el dinero que le dan en justa retribución por sus molestias, como justo intercambio?

—No, claro que no.

—No le dicen: «Puedes tener un hermano o un amigo tan querido como un hermano que necesite este dinero para algo que tanto tú como él consideraréis bueno; pero tienes que prometerme que no se lo darás. Puedes creer que emplearías bien tu dinero dándoselo, si quieres. Pero a nosotros no nos parece bien, así que si lo empleas en eso, no queremos tratar contigo». No le dicen eso, ¿verdad?

—¡No, claro que no!

—¿Y lo aguantaría si se lo dijeran?

—Sería una presión muy dura la que me hiciera pensar siquiera en someterme a semejante dictado.

—No existe en todo el ancho mundo presión que me obligue a aceptarlo a mí —dijo Nicholas Higgins—. Ahora lo ha captado. Ha dado en el blanco. En la fábrica de Hamper, que es donde trabajaba yo, obligan a sus hombres a comprometerse a no dar un penique al sindicato ni a los huelguistas para que no pasen hambre. Pueden prometer y hacer prometer —prosiguió despectivamente—, eso sólo crea mentirosos e hipócritas. Y es un pecado menor, a mi entender, endurecer tanto los corazones de los hombres que no hagan ningún favor al que lo necesite ni ayuden en la causa justa aunque vaya contra la fuerza mayor. Pero yo no juraría en falso nunca ni por todo el trabajo que pudiera darme el rey. Pertenezco al sindicato; y creo que es lo único que beneficia al trabajador. Y he sido huelguista, y sé lo que es pasar hambre; así que si consigo un chelín, seis peniques serán para ellos si me los piden. Por consiguiente, no sé dónde voy a conseguir un chelín.

—¿Y esa norma de no cotizar al sindicato rige en todas las fábricas? —preguntó Margaret.

—No lo sé. Es una norma nueva en la nuestra; y creo que descubrirán que no pueden ceñirse a ella. Pero ahora está vigente. Ya comprobarán que los tiranos crean mentirosos.

Hubo una breve pausa. Margaret no sabía si debía decir lo que pensaba. No quería irritar a alguien que ya estaba bastante disgustado y abatido. Al final lo dijo. Pero en tonos suaves y a su modo renuente, demostrando que no pretendía decir nada desagradable, y no molestó a Higgins, sólo le desconcertó.

—¿Recuerda que el pobre Boucher dijo que el sindicato era un tirano? Creo que dijo que era el peor tirano del mundo. Y recuerdo que entonces le di la razón.

Higgins se tomó mucho tiempo para contestar. Tenía la cabeza apoyada en las manos y miraba el fuego, por lo que Margaret no podía verle la cara para

interpretar su expresión.

—No voy a negar que el sindicato cree necesario obligar a un hombre por su propio bien. Hablaré con franqueza. Un hombre lleva una vida lúgubre si no está en el sindicato. Pero en cuanto entra en el sindicato, se ocupan de todos sus intereses mejor de lo que lo haría él y con mejores resultados, en realidad. Es la única forma de que los trabajadores consigan que se respeten sus derechos, uniéndose todos: cuantos más, más posibilidades tendrá cada uno por separado de que se le haga justicia. El gobierno se cuida de los tontos y de los locos; y si un hombre se siente inclinado a hacerse daño a sí mismo o al prójimo, lo controla un poquito, tanto si le gusta como si no. Eso es todo lo que hacemos en el sindicato. No podemos meter a la gente en la cárcel, pero podemos hacer la vida tan insoportable a un hombre que se vea obligado a ingresar y ser juicioso y amable a pesar de sí mismo. Boucher fue siempre un estúpido, y nunca más estúpido que al final.

—¿Los perjudicó a ustedes? —preguntó Margaret sin malicia.

—Sí, ya lo creo. Teníamos a la opinión pública de nuestro lado hasta que él y los de su ralea empezaron a armar jaleo y a quebrantar las leyes. Eso acabó con la huelga.

—¿Y no hubiera sido mucho mejor, entonces, dejarlo en paz que obligarle a ingresar en el sindicato? No les sirvió de nada y lo volvieron loco.

—Margaret —dijo su padre, amonestándola en voz baja, al ver la tensión concentrada en la cara de Higgins.

—Me cae bien —dijo él de pronto—. Dice con franqueza lo que piensa. No entiende el sindicato, pese a todo. Es una gran fuerza. Es nuestra única fuerza. He leído una poesía de un arado que pasaba sobre una margarita que hizo que se me saltaran las lágrimas antes de que tuviera otros motivos para llorar. Pero el tipo nunca se detuvo a guiar el arado, estoy seguro, pese a toda la pena que le diera la margarita. Tenía demasiado sentido común para eso. El sindicato es el arado, que prepara la tierra para la mies. La gente como Boucher (sería excesivo compararlo con una margarita; más parece un yerbajo tirado en el suelo) sólo tenía que decidirse a quitarse de en medio. Pero ahora estoy indignado con él. Así que tal vez no sea justo con él. Podría pasarle por encima con un arado yo mismo con todo el placer del mundo.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Algo nuevo?

—Ya lo creo. Ese hombre no puede comportarse nunca como es debido. Primero va y se pone furioso como un maldito idiota y arma el alboroto. Luego va y se esconde donde estaría todavía si Thornton le hubiera seguido como yo esperaba que hiciera. Pero Thornton no se molestó en seguir con el proceso por los disturbios en cuanto consiguió lo que quería. Así que Boucher

volvió sigilosamente a casa. No se atrevió a salir durante un par de días. Tuvo esa gentileza. Y luego, ¿adónde creen que fue? Pues a la fábrica de Hamper. Maldito sea. Fue a pedir trabajo, con esa cara de santurrón que me da vómitos, aunque conocía perfectamente la nueva norma de comprometerse a no dar nada a los sindicatos, ni ayudar a los huelguistas necesitados. Cuando él se habría muerto de hambre si el sindicato no le hubiera ayudado en su momento de apuro. Allá se fue ese judas inútil, dispuesto a prometer lo que fuera y a comprometerse a contar todo lo que sabía sobre nuestras medidas. Pero diré algo en favor de Hamper y se lo agradeceré hasta mi último día. Mandó a Boucher a paseo y no quiso saber nada de él, aunque la gente que estaba cerca dice que el traidor lloraba como una criaturita.

—¡Oh, qué vergonzoso! ¡Qué lamentable! —exclamó Margaret—. Higgins, hoy no le reconozco. ¿No comprende que usted ha convertido a Boucher en lo que es, empujándolo a entrar en el sindicato contra su voluntad, sin que estuviera convencido? ¡Usted le ha convertido en lo que es!

—¡Convertirle en lo que es! ¿Qué era?

El sonido de voces fue llenando la calleja, un sonido hueco y acompasado que se oía cada vez más cerca, hasta que los obligó a prestar atención. Muchas voces eran murmullos apagados: se oían muchos pasos, que no avanzaban, al menos no con rapidez ni regularidad, sino como si dieran vueltas alrededor de un punto. Sí, era un lento rumor de pasos que llegaba nítido a sus oídos; el pausado y laborioso andar de hombres que llevaban una carga pesada. Corrieron todos a la puerta arrastrados por un impulso incontenible; impelidos no por la curiosidad sino como si respondieran a una llamada solemne.

Seis hombres avanzaban por el centro de la calle; tres eran policías. Llevaban a hombros una puerta, arrancada de los goznes, sobre la que yacía un ser humano muerto. Y los lados de la puerta goteaban continuamente. Todos los vecinos de la calle salieron a ver lo que pasaba y se unieron a la comitiva. Los portadores, que respondían a sus preguntas casi de mala gana después de repetir tantas veces la historia.

—¡Lo encontramos en el arroyo del prado de más allá!

—¡El arroyo! ¡Pero si no tiene agua suficiente para ahogarse!

—Era un tipo decidido. Se echó boca bajo. Estaba harto de vivir, decida la causa que tenía para ello.

Higgins se acercó al lado de Margaret y dijo en un tono de voz débil y aflautado:

—¿No es John Boucher, verdad? Él no tenía agallas para eso. ¡Seguro! ¡No es John Boucher! Pero mire, miran hacia aquí. ¡Escuche! Tengo un zumbido

en la cabeza y no oigo.

Dejaron la puerta con cuidado sobre las piedras, y todos pudieron ver al pobre infeliz ahogado: los ojos vidriosos, uno entreabierto, clavados fijos en el cielo. Tenía la cara hinchada y descolorida, debido a la postura en que lo habían encontrado; además, le había manchado la piel el agua del arroyo, que se había empleado para teñir. La parte delantera de la cabeza era calva, pero detrás tenía el cabello largo y ralo y cada mechón era un conducto para el agua. Margaret reconoció a John Boucher entre todas esas desfiguraciones. Le pareció tan sacrílego atisbar aquel pobre rostro difunto distorsionado que, en un impulso instintivo, se adelantó y cubrió delicadamente la cara del difunto con su pañuelo. Los que la vieron hacerlo la siguieron con la mirada cuando regresó de su piadosa obra y se vieron conducidos así al lugar en que estaba plantado Nicholas Higgins, que parecía paralizado. Los hombres conferenciaron un momento y luego uno de ellos se acercó a Higgins, que de buena gana se habría metido de nuevo en su casa.

—¡Higgins, tú lo conocías! Tienes que decírselo a su mujer. Hazlo amablemente, amigo, pero hazlo rápido, porque no podemos dejarlo aquí mucho tiempo.

—Yo no puedo hacerlo. No me lo pidáis. No puedo enfrentarme a ella.

—Tú la conoces mejor —insistió el hombre—. Nosotros ya hemos hecho bastante trayéndolo aquí, cumple tú con tu parte.

—No puedo hacerlo —dijo Higgins—. Ya estoy bastante destrozado con verlo. No éramos amigos. Y ahora ha muerto.

—Bueno, si no quieres, no quieres. No es un plato de gusto pero alguien tendrá que hacerlo. Cada minuto que pasa es más probable que se entere de alguna forma más dura si nadie va a decírselo poco a poco, como si dijéramos.

—Papá, hazlo tú —dijo Margaret en voz baja.

—Si pudiera, si tuviera tiempo de pensar en lo que debería decirle, pero así de repente...

Margaret se dio cuenta de que su padre no podía. Estaba temblando de pies a cabeza.

—Iré yo dijo.

—Muchísimas gracias, señorita, será una buena obra, porque ha estado casi siempre enferma y nadie sabe mucho de ella.

Margaret llamó a la puerta cerrada, pero había tanto alboroto dentro que no oyó ninguna respuesta. En realidad, dudaba que la hubieran oído y como cada momento de demora le daba más horror lo que tenía que hacer, abrió la puerta

y entró. La cerró y echó el pestillo, sin ver aún a la mujer.

La señora Boucher estaba sentada en una mecedora al otro lado de la chimenea descuidada. Parecía que nadie se hubiera molestado en ordenar la casa durante días.

Margaret dijo algo, no sabía bien qué, tenía la garganta y la boca secas, y el alboroto de los niños impedía que la oyera. Volvió a intentarlo.

—¿Cómo está, señora Boucher? Me temo que nada bien.

—No tengo posibilidad de estar bien —contestó la señora Boucher en tono quejumbroso—. Estoy completamente sola con estos niños sin nada que darles para que se callen. John no debía de haberme dejado, y estoy muy mal.

—¿Cuánto hace que se marchó?

—Cuatro días ya. Nadie le daba trabajo aquí y tuvo que ir andando a Greenfield. Pero tenía que haber vuelto ya o mandarme recado si hubiera encontrado trabajo. Podría...

—Bueno, no le eche la culpa —dijo Margaret—. Lo lamentó muchísimo, estoy segura...

—¡Quieres parar y dejarme oír lo que dice la señorita! —gritó, dirigiéndose en tono muy poco dulce a un chiquillo de más o menos un año. Y añadió, disculpándose—: No para de marearme con «papi» y «tosta» y no tengo tostas que darle y papi no está en casa y nos ha olvidado a todos, creo. Es el mimado del padre, lo es —añadió, cambiando súbitamente de tono; alzó al niño, lo sentó en su regazo y empezó a besarle cariñosamente.

Margaret le posó la mano en el brazo para llamar su atención. Sus miradas se encontraron.

—¡Pobrecito! —dijo entonces, despacio—; era el mimado de su padre.

—Es el mimado de su padre —dijo la mujer, levantándose de pronto y plantándose frente a Margaret. Ambas guardaron silencio unos segundos. Luego la señora Boucher empezó a hablar en un quedo susurro que fue subiendo de tono poco a poco—: Él es el mimado de su padre, digo. Los pobres pueden amar a sus hijos igual que los ricos. ¿Por qué no dice nada? ¿Por qué me mira con sus grandes ojos lastimeros? ¿Dónde está John? —Y a pesar de lo débil que estaba, zarandeó a Margaret para obligarla a contestar—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó, entendiendo al fin el significado de aquella mirada triste. Se dejó caer de nuevo en la mecedora. Margaret alzó al niño y se lo puso en los brazos.

—Él lo quería —dijo.

—Sí —dijo la mujer, moviendo la cabeza—, nos quería a todos. Teníamos

a alguien que nos quería. Hace mucho tiempo, pero cuando vivía y estaba con nosotros, nos quería, sí. Tal vez quisiera al pequeño más que a ninguno, pero me quería a mí y yo le quería a él, aunque me metiera con él hace cinco minutos. ¿Está segura de que ha muerto? —preguntó al fin, intentando ponerse de pie—. Si es sólo que está enfermo y como muerto pueden hacerle volver en sí todavía. ¡Yo misma estoy tan enferma, llevo tanto tiempo mal!

—¡Ha muerto, se ha ahogado!

—La gente vuelve en sí después de morirse ahogados. ¿En qué estaría pensando para quedarme cruzada de brazos cuando tendría que moverme? Vamos, cállate, hijo, ¡cállate! Toma esto, tómallo para jugar pero no grites porque se me parte el alma. ¡Ay! ¿Dónde está mi fuerza? ¡Oh, John, esposo!

Margaret cogió a la mujer en brazos para evitar que cayera al suelo. Se sentó en la mecedora y la aguantó sobre las rodillas, con la cabeza apoyada en su hombro. Los otros niños se agruparon asustados y empezaron a comprender el sentido de la escena; pero las ideas llegaban despacio, porque su percepción mental era lánguida y torpe. Lanzaron tal grito de desesperación cuando adivinaron la verdad que Margaret no sabía cómo soportarlo. El más fuerte fue el grito de Johnny, aunque el pobrecillo no sabía por qué gritaba.

La madre se estremeció en los brazos de Margaret. Margaret oyó un ruido en la puerta.

—Abre. Abre en seguida —le dijo al niño mayor—. Está echado el cerrojo. No hagáis ruido, estad muy callados. Oh, papá, llévalos arriba con mucho cuidado y así quizá ella no los oiga. Se ha desmayado, eso es todo.

—Es mejor para ella, pobrecilla —dijo una mujer que entró detrás de los que llevaban al muerto—. Pero usted no puede aguantarla. Espere, iré a buscar un almohadón y la echaremos con cuidado en el suelo.

Esta vecina servicial fue un gran alivio para Margaret; evidentemente, era una extraña en la casa, una recién llegada al barrio, en realidad; pero era tan amable y considerada que Margaret comprendió que ya no la necesitaban y que sería mejor dar ejemplo y despejar la casa que estaba llena de mirones ociosos, aunque compasivos.

Miró a su alrededor buscando a Higgins. No estaba allí. Así que habló con la mujer que se había encargado de echar a la señora Boucher en el suelo.

—¿Puede decirle a toda esta gente que es mejor que se marchen en silencio? Así cuando recobre el conocimiento sólo verá a una o dos personas que conoce. Papá, podrías hablar tú con los hombres y convencerlos de que se marchen. La pobrecilla no puede respirar con tanta gente alrededor.

Margaret se arrodilló junto a la señora Boucher y le humedeció la cara con

vinagre. A los pocos minutos se sorprendió al sentir una ráfaga de aire fresco. Miró a su alrededor y vio que su padre y la vecina intercambiaban una sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Que nuestra buena amiga aquí ha dado con un recurso perfecto para despejar la casa —repuso su padre.

—Les pedí que se fueran y se llevara cada uno a un niño, y que recordaran que eran huérfanos y su madre viuda. Ha sido mano de santo, todos se los disputaban. Y los niños llenarán el estómago hoy y recibirán cariño también. ¿Sabe ella ya cómo ha muerto?

—No —contestó Margaret—. No podía decírselo todo a la vez.

—Hay que decírselo por la investigación. ¡Mire! Está volviendo en sí. ¿Se lo dice usted o lo hago yo? ¿O sería mejor que lo hiciera su padre?

—No, usted, usted —contestó Margaret.

Esperaron en silencio hasta que recobró del todo el conocimiento. La vecina se sentó entonces en el suelo y apoyó la cabeza y los hombros de la señora Boucher en su regazo.

—Vecina —le dijo—, tu hombre ha muerto. ¿Sabes cómo murió?

—Se ahogó —dijo débilmente la señora Boucher, y empezó a llorar por primera vez, ante este brusco sondeo de sus penas.

—Lo encontraron ahogado. Volvía a casa muy desesperado de todo en la tierra. Pensó que Dios no podía ser más duro que los hombres; tal vez no tanto; tal vez tan tierno como una madre; tal vez más. No digo que hiciera bien ni digo que hiciera mal. Sólo pido que ni yo ni los míos tengamos nunca tanta pena como él o haríamos cosas parecidas.

—¡Me ha dejado sola con todos estos niños! —se lamentó la viuda, menos afligida por la manera de la muerte de lo que esperaba Margaret; pero era propio de su carácter desvalido creer que la pérdida del esposo la afectaba principalmente a ella y a sus hijos.

—Sola no —dijo el señor Hale solemnemente—. ¿Quién está con usted? ¿Quién hará Suya su causa?

La viuda clavó la mirada con ojos desorbitados en el nuevo interlocutor cuya presencia no había advertido hasta entonces.

—¿Quién ha prometido ser el padre de todos los huérfanos? —añadió él.

—Pero tengo seis hijos, señor, y el mayor no ha cumplido ocho años. No es que quiera dudar de Su poder, señor, pero hace falta mucha fe —dijo ella, y se echó a llorar de nuevo.

—Mañana podrá hablar mejor, señor —dijo la vecina—. Ahora el mayor consuelo sería sentir a un niño en su pecho. Lamento que se hayan llevado al pequeño.

—Iré a buscarlo —dijo Margaret. Regresó a los pocos minutos con Johnny, que tenía toda la cara manchada de comida y las manos cargadas de tesoros: conchas, trocitos de cristal y la cabeza de una figura de yeso. Lo dejó en brazos de la madre.

—Ya está —dijo la vecina—, ahora váyanse. Llorarán juntos y se consolarán el uno al otro, nadie puede hacerlo mejor que un niño. Yo me quedaré con ella mientras me necesite, y si vienen mañana podrán hablar razonablemente con ella. Hoy no está en condiciones.

Margaret y su padre subieron lentamente la calle y se detuvieron a la puerta de la casa de Higgins. Estaba cerrada.

—¿Entramos? —preguntó el señor Hale—. Estaba pensando en él también.

Llamaron. No hubo respuesta, así que intentaron abrir. La puerta estaba atrancada, pero les pareció oír ruido dentro.

—¡Nicholas! —dijo Margaret. No hubo respuesta, y se habrían marchado creyendo que no había nadie si no hubieran oído un ruido casual, como el de un libro al caerse.

—¡Nicholas! —repitió Margaret—. Somos nosotros. ¿No va a dejarnos entrar?

—No —contestó él—. Creo que he hablado bien claro sin emplear palabras cerrando la puerta. Déjenme tranquilo hoy.

El señor Hale iba a insistir, pero Margaret le puso el dedo en los labios.

—No me extraña nada —le dijo—. Yo también deseo estar sola. Me parece que es lo mejor después de un día como éste.

Capítulo XXXVII

Una ojeada al Sur

La puerta de la casa de Higgins estaba cerrada cuando Margaret y su padre fueron a visitar a la viuda de Boucher al día siguiente, pero un vecino amable les dijo que había salido. Había pasado a ver a la señora Boucher, no obstante, antes de iniciar su trabajo diario, fuera el que fuese. La visita a la señora Boucher fue poco satisfactoria; ella se consideraba una mujer maltratada por el

suicidio de su pobre esposo; una idea difícil de refutar por el germen de verdad que contenía. Pero no resultaba agradable verla concentrarse tanto en sí misma y en su situación, un egoísmo que abarcaba incluso las relaciones con sus hijos, a quienes consideraba estorbos pese al cariño un tanto animal que sentía por ellos. Margaret procuró familiarizarse con dos de ellos mientras su padre se esforzaba por elevar los pensamientos de la viuda a un plano un poco más alto que el del mero estado quejumbroso. Los niños le parecían dolientes más inocentes y sinceros que la viuda. Su padre había sido cariñoso con ellos; cada uno explicó a su modo titubeante algún ejemplo de ternura o de benevolencia del padre que habían perdido.

—¿De verdad es él el que está arriba? No parece él. Me dio miedo y papi nunca me daba miedo.

Margaret sintió una pena profunda al saber que la egoísta necesidad de compasión de la madre la había impulsado a llevar a los niños a ver su padre desfigurado. Mezclaba el burdo horror con la profundidad del dolor natural. Intentó hacerles pensar en otra cosa: en lo que podían hacer por su madre, en lo que le hubiera gustado a su padre que hicieran, pues ésta era una forma más eficaz de expresarlo. Margaret tuvo más éxito que el señor Hale en sus esfuerzos. Los niños vieron que sus pequeños deberes consistían en actuar en su entorno inmediato y cada uno intentó hacer algo para ordenar la casa desastrada siguiendo las indicaciones de Margaret. Pero el señor Hale planteó un nivel demasiado elevado y una perspectiva demasiado abstracta a la enferma indolente. No consiguió despertar su mente aletargada lo bastante para que imaginara de forma vívida el sufrimiento que había llevado a su marido a dar aquel último paso terrible. Sólo podía considerarlo en la medida en que la afectaba a ella, no comprendía la misericordia perdurable del Dios que no había intervenido concretamente para impedir que el agua ahogara a su esposo postrado. Y aunque en su fuero interno censuraba a su marido por haber caído en tan lúgubre desesperanza y negaba que tuviera excusa por aquel último acto impetuoso, no cejó en sus improperios contra todos aquellos que podían haberle empujado a cometerlo de un modo u otro. Los patronos, en particular el señor Thornton, cuya fábrica había sido atacada por Boucher y que, después de que se diera la orden de detención por los disturbios, había hecho que la retiraran; el sindicato, cuyo representante era Higgins para la pobre mujer; los hijos tan numerosos, tan hambrientos y tan escandalosos: todos formaban un gran ejército de enemigos personales, que tenía la culpa de que ella fuera ahora una viuda desvalida.

Margaret oyó este discurso irracional lo suficiente para desanimarse; y cuando se marcharon le resultó imposible animar a su padre.

—Es la vida de la ciudad —le dijo—. Las prisas, la agitación y la velocidad de todo lo que los rodea aumentan su nerviosismo; y eso sin

mencionar el confinamiento en estas casas reducidas, que basta por sí mismo para causar depresión y desaliento. En el campo la gente vive mucho más al aire libre, incluso los niños e incluso en invierno.

—Pero la gente tiene que vivir en las ciudades. Y en el campo algunos se acostumbran a pensar de forma tan aletargada que acaban siendo casi fatalistas.

—Sí. Lo reconozco. Supongo que cada forma de vida produce padecimientos propios y tentaciones propias. Los que viven en las ciudades deben de considerar tan difícil ser pacientes y tranquilos como los del campo ser activos y estar a la altura en emergencias desacostumbradas. A unos y a otros tiene que costarles mucho concebir un futuro de cualquier género; a los unos porque el presente es tan vivo, tan apresurado y tan inmediato; y a los otros, porque su vida los tienta a deleitarse en la mera sensación de la existencia animal, sin conocer y, por lo tanto, sin preocuparse por ningún otro deseo de placer para cuya consecución pueda hacer planes y sacrificarse e ilusionarse.

—Y así tanto la necesidad de absorción como el estúpido contento en el presente producen los mismos efectos. ¡Pero esta pobre señora Boucher! ¡Podemos hacer tan poco por ella!

—De todos modos, no la dejaremos sin esforzarnos, aunque parezca tan inútil. Ay, papá, qué duro es este mundo.

—Sí lo es, hija mía. Al menos así nos lo parece ahora; pero hemos sido muy felices, incluso en medio de nuestra pena. ¡La visita de Frederick fue todo un placer!

—¡Es verdad! Fue algo encantador, apresurado, prohibido —dijo Margaret entusiasmada. Pero se calló de pronto. Había estropeado el recuerdo de la visita de Frederick con su cobardía. El defecto que más despreciaba en otros era la falta de valor, la flaqueza que lleva a la falsedad. ¡Algo de lo que ella misma era culpable! Entonces surgió el pensamiento de que el señor Thornton conocía su falsedad. Se preguntó si le habría preocupado tanto que lo supiera cualquier otro. Se puso a prueba mentalmente con su tía Shaw y con Edith, con su padre, con el capitán Lennox y el señor Lennox, con Frederick. La idea de que su hermano se enterara de lo que había hecho, aunque hubiese sido por él, fue la más dolorosa, pues ambos estaban en el primer arrebató del respeto y el cariño fraternal recíprocos; pero ni siquiera la idea de perder la consideración de Frederick podía compararse con la vergüenza, la estremecedora vergüenza que sentía al pensar en encontrarse otra vez con el señor Thornton. Sin embargo, deseaba verlo, acabar de una vez; comprobar qué opinión tenía de ella. Le ardían las mejillas al recordar la arrogancia con que había insinuado una objeción al comercio (al principio de conocerse)

porque solía llevar también al engaño de hacer pasar artículos inferiores por artículos superiores por un lado; y a asumir crédito por riqueza y recursos no poseídos, por otro. Recordó la mirada de sereno desdén del señor Thornton cuando le dio a entender en pocas palabras que, en el gran esquema del comercio, todas las formas de actuación deshonorosas sin duda resultaban injuriosas a la larga, y que, examinar tales actos simplemente conforme al escaso éxito no demostraba juicio sino insensatez en cada tipo de engaño tanto en el comercio como en todo lo demás. Recordaba (ella, entonces tan fuerte en su verdad sin tentación) que le había preguntado si no creía que comprar en el mercado más barato y vender en el más caro demostraba una falta de justicia transparente que está tan íntimamente relacionada con la idea de verdad; y ella había empleado la palabra caballerosidad, y su padre la había corregido con la palabra superior, cristiano; y así siguió él la discusión, mientras ella guardaba silencio con un leve sentimiento de desdén.

¡Se había acabado el desdén para ella! ¡Se había acabado hablar de caballerosidad! En adelante, se sentina humillada y avergonzada en su presencia. Pero ¿cuándo lo vería? Le daba un salto el corazón cada vez que sonaba el timbre de la puerta; y, sin embargo, cuando se silenciaba, se sentía extrañamente triste y abatida con cada decepción. Era evidente que su padre esperaba su visita y que le extrañaba que no fuera. La verdad era que la otra noche no habían tenido tiempo de extenderse sobre algunos puntos de la conversación; pero había quedado sobreentendido que se verían al día siguiente, si era posible; y si no entonces, en la primera tarde que tuviera libre el señor Thornton. El señor Hale esperaba su visita con impaciencia desde que se habían despedido. Aún no había reanudado las clases con sus alumnos, que había interrumpido cuando se agravó la enfermedad de su esposa, por lo que tenía menos ocupaciones que de costumbre; y el enorme interés de los últimos días (el suicidio de Boucher) le había hecho volver a sus especulaciones con mayor empeño que nunca. Se pasó toda la velada impaciente. No paraba de decir: «Estaba seguro de que vendría el señor Thornton. Creo que el mensajero que trajo el libro anoche debía de tener alguna nota y se olvidó de entregarla. ¿Crees que ha llegado algún mensaje hoy?».

—Iré a preguntarlo —dijo Margaret tras repetir de distintas formas las mismas frases un par de veces—. Un momento, llaman a la puerta.

Se sentó al instante y se inclinó con atención sobre la labor. Se oyeron pasos en las escaleras, pero eran sólo de una persona y se dio cuenta de que eran los de Dixon. Alzó la cabeza con un suspiro y creyó alegrarse.

—Es ese Higgins, señor. Quiere hablar con usted, o con la señorita Hale. O tal vez con la señorita Hale primero y luego con usted, señor; la verdad es que está bastante raro.

—Será mejor que suba y así podrá vernos a los dos y decidir con quién prefiere hablar.

—Oh, de acuerdo, señor. No me apetece nada oír lo que tiene que contar, desde luego. Pero si le viera los zapatos, seguro que la cocina le parecería el lugar más adecuado.

—Supongo que puede limpiárselos —dijo el señor Hale. Dixon se fue indignada a pedirle que subiera. Se calmó un poco, sin embargo, al ver que se miraba los pies y vacilaba. Luego se sentó en el último peldaño, se quitó los zapatos ofensivos y subió las escaleras sin decir una palabra.

—¡Servidor, señor! —dijo al entrar en la habitación, alisándose el pelo—. Si ella me excusa —añadió mirando a Margaret— por estar en calcetines. Me he pasado el día pateando las calles, y no precisamente las más limpias.

Margaret pensó que su cambio de actitud podría achacarse a la fatiga, pues estaba insólitamente tranquilo y contenido; y era evidente que le costaba explicar lo que había ido a decir. La amabilidad siempre a punto del señor Hale con todo género de timidez o vacilación le impulsó a acudir en su ayuda.

—Vamos a tomar el té en seguida, así que podrá acompañarnos y tomar algo con nosotros, señor Higgins. Estoy seguro de que está cansado, si se ha pasado fuera este día lluvioso y deprimente. Margaret, cariño, ¿no puedes apresurar el té?

Margaret sólo podría hacerlo encargándose directamente de los preparativos, con lo cual ofendería a Dixon, que estaba pasando de la pena por la muerte de su señora a un estado muy susceptible e irritable. Pero Martha, como todos los que trataban a Margaret —incluida la propia Dixon a la larga— consideraba un placer y un honor complacerla en lo que fuera. Y su buena disposición y la tierna tolerancia de Margaret no tardaron en hacer que Dixon se avergonzara de sí misma.

—No entiendo por qué el señor y usted reciben siempre arriba a las clases bajas desde que llegamos a Milton, la verdad. En Helstone nunca pasaban de la cocina. Y a más de uno le dejé bien claro que podía considerarlo un honor.

Higgins pudo desahogarse mejor con una persona que con dos. Cuando Margaret salió de la estancia, se acercó a la puerta y se aseguró de que estuviera cerrada. Luego volvió y se sentó junto al señor Hale.

—Señor —le dijo—, no se imaginará fácilmente lo que he estado buscando hoy sin parar, sobre todo si recuerda mi forma de hablar ayer. He estado buscando trabajo. Lo he hecho —dijo—. Seré educado, me dije, hablaré como quieren. Me morderé la lengua antes que hablar deprisa. Por ese hombre, ya sabe. —Movi6 el pulgar señalando una direcci6n desconocida.

—No, no sé —dijo el señor Hale, advirtiéndole que esperaba alguna confirmación y completamente perplejo en cuanto a quién podría ser «ese hombre».

—El tipo que yace allí —dijo Higgins repitiendo el gesto—. El que fue y se ahogó, pobre hombre. No creía que fuera capaz de estarse quieto y dejar que el agua lo cubriera hasta morir. Boucher, ya sabe.

—Sí, ya entiendo —dijo el señor Hale—. Vuelva a lo que estaba diciendo: que no hablaría de prisa.

—Por él. Pero no por él. Porque esté donde esté y sea lo que sea, no volverá a pasar hambre ni frío; sino por su mujer y por los pobres chiquillos.

—¡Bendito sea! —dijo el señor Hale, levantándose de un salto. Luego se calmó y añadió—: ¿Qué quiere decir? Explíquemelo.

—Ya se lo he explicado —contestó Higgins, un tanto sorprendido por la agitación del señor Hale—. No pediría trabajo por mí; pero ellos han quedado como una responsabilidad mía. Ojalá hubiera guiado a Boucher a un final mejor; pero lo desvié de su camino y ahora tengo que responder por él.

El señor Hale estrechó vigorosamente la mano de Higgins en silencio. Higgins parecía molesto y avergonzado.

—¡Vamos, vamos, señor! No hay entre nosotros un hombre, lo que se dice un hombre, que no hiciera lo mismo; sí, y todavía mejor. Porque, créame, yo nunca conseguiré trabajo, no tengo ninguna posibilidad. Pese a todo le dije a Hamper, sin mentar su promesa, que yo no firmaría, no, no podría, ni siquiera por esto, que nunca tendría un trabajador como yo en su fábrica, no quiso saber nada de mí, y tampoco los otros. Soy una pobre oveja negra inútil, los niños se morirán de hambre sin que pueda evitarlo a menos que me ayude.

—¡Ayudarle! Pero ¿cómo? Haría lo que fuera, pero ¿qué puedo hacer yo?

—Aquí la señorita —Margaret había vuelto a la habitación y escuchaba en silencio— ha hablado muchas veces del Sur y de las costumbres de allí. No sé lo lejos que queda, pero he estado pensando que si pudiera llevarlos allí, donde la comida es barata y los salarios buenos y toda la gente se lleva bien, ricos y pobres, patronos y trabajadores, tal vez usted pudiera ayudarme a trabajar. Aún no he cumplido los cuarenta y cinco y tengo mucha fuerza, señor.

—Pero ¿qué trabajo podría hacer allí, amigo mío?

—Bueno, creo que podría cavar un poco.

—Y por eso, Higgins —dijo Margaret dando un paso adelante—, por cualquier cosa que pudiera hacer con la mejor voluntad del mundo ganaría unos nueve chelines semanales; diez como mucho. La comida cuesta más o

menos lo mismo que aquí, sólo que podría tener una pequeña huerta.

—Los niños podrían trabajar en ella —dijo él—. Estoy harto de Milton, de todos modos, y Milton está harto de mí.

—No debe ir al Sur —dijo Margaret—, pese a todo eso. No lo soportaría. Tendría que estar al aire libre siempre. Se moriría de reumatismo. El simple trabajo físico a su edad acabaría con usted. La comida es muy distinta de la que suele tomar.

—No me importa mucho la carne —dijo él, como si el comentario le hubiera ofendido.

—Pero cuenta con tomar carne a diario si trabaja; descuenta lo que subiría eso de sus diez chelines y mantenga a esos pobres niños si puede. Tengo que explicarle todo bien claro, se lo debo porque ha sacado esa idea de mi modo de hablar. No soportaría el aburrimiento de la vida, no sabe lo que es, le carcomería como herrumbre. Los que han vivido allí toda la vida están acostumbrados a empaparse en las aguas estancadas. Trabajan día tras día en la absoluta soledad de los campos húmedos, sin hablar ni alzar nunca sus pobres cabezas inclinadas. Labrar la tierra es un trabajo duro que entumece la mente. La monotonía de su tarea agotadora les embota la imaginación, no se molestan en reunirse para hablar sobre ideas y especulaciones cuando terminan su jornada, vuelven a casa brutalmente cansados, pobres criaturas, sin más deseo que comer y descansar. No podría animarlos ni incitarlos a la compañía, tan abundante en la ciudad como el aire que respira, sea bueno o malo, no lo sé; pero lo que sí sé es que precisamente usted no soportaría vivir entre esos trabajadores. Lo que sería paz para ellos, sería tormento eterno para usted. No piense más en ello, Nicholas, se lo ruego. Además, no podría pagar la estancia de la madre y los hijos allí, ésa es una buena razón.

—Ya lo he calculado. Una casa nos serviría para todos y los muebles de la otra se venderían muy bien. Y los hombres allí tendrán sus familias que mantener, seis o siete hijos. ¡Dios los asista! —dijo él, más convencido por su propia exposición de los hechos que por todo lo que había dicho Margaret, y renunciando de pronto a la idea que había tomado forma hacía poco en un cerebro agotado por la fatiga y la angustia del día—. ¡Que Dios los asista! Norte y Sur tienen cada uno sus propios problemas. Si allí el trabajo es seguro y regular, está pagado con salarios de hambre; mientras que aquí ganamos mucho un trimestre y ni un céntimo al siguiente. Sin duda el mundo está en una confusión que supera mi comprensión y la de cualquier hombre. Hay que arreglarlo, pero ¿quién va a hacerlo si es como dicen y sólo hay lo que vemos?

El señor Hale estaba concentrado en cortar el budín de pan y mantequilla; Margaret se alegró de que así fuera, porque se dio cuenta de que era preferible dejar a Higgins a su aire: que si su padre empezaba a hablar aunque fuese tan

suavemente sobre las ideas de Higgins, éste se creería desafiado a una discusión y se sentiría obligado a defender su postura. Su padre y ella mantuvieron una conversación trivial hasta que Higgins, casi sin darse cuenta, hubo tomado una comida muy considerable. Apartó entonces su silla de la mesa, e intentó interesarse por lo que hablaban ellos. Pero fue inútil, y se sumió de nuevo en una vaga tristeza.

—Higgins —dijo Margaret de pronto. Llevaba un rato pensando en ello, pero las palabras se le habían atragantado—, ¿ha ido a Marlborough Mills a pedir trabajo?

—¿A la fábrica de Thornton? —preguntó él a su vez—. Sí, he estado allí.

—¿Y qué le dijo él?

—Los tipos como yo no suelen ver al patrono. El encargado me dijo que me largara y me mandó al ca...

—Ojalá hubiera visto al señor Thornton —dijo el señor Hale—. Es probable que no le hubiera dado trabajo, pero no habría empleado ese lenguaje.

—En cuanto al lenguaje, ya casi estoy acostumbrado. No me importa. Y no me amilano cuando me echan. Lo que me molestó fue el hecho de que no me quisieran allí, no más que en ningún otro sitio.

—Pero me gustaría que hubiera visto al señor Thornton —repitió Margaret—. Ya sé que es mucho pedir, pero ¿iría mañana y se lo preguntaría a él? Me gustaría mucho que lo hiciera.

—Me temo que no serviría de nada —dijo el señor Hale en voz baja—. Sería mejor que yo hablara antes con él.

Margaret siguió mirando a Higgins y esperando la respuesta. Era difícil resistir su mirada afable y seria. Él exhaló un suspiro.

—Pondrá a prueba mi orgullo más de la cuenta. Si fuera por mí mismo, antes soportaría muchas necesidades. Lo tumbaría antes que pedirle un favor. Haría lo que fuera antes que venderme, pero usted no es una joven corriente, con perdón, ni tiene maneras corrientes. Torceré el gesto y lo afrontaré mañana. Pero no crea que él lo hará. Ese hombre sería capaz de arder en la hoguera antes de dar su brazo a torcer. Lo hago por usted, señorita Hale, y es la primera vez en mi vida que cedo a los deseos de una mujer. Ni mi esposa ni Bess pudieron decir nunca eso contra mí.

—Se lo agradeceré todavía más por eso —dijo Margaret sonriendo—. Aunque no le creo: estoy segura de que ha cedido a los deseos de su esposa y de sus hijas tanto como la mayoría de los hombres.

—Y en cuanto al señor Thornton —dijo el señor Hale—, le daré una nota para él que me atrevería a decir que le garantizará que le escuche.

—Agradezco su amabilidad, señor, pero preferiría apanármelas solo. No soporto la idea de que me busque favores alguien que no conoce los pormenores del pleito. Meterse entre patrono y trabajador es lo más parecido del mundo a meterse entre marido y mujer: requiere muchísimo juicio para no conseguir nada. Montaré guardia a la entrada. Me plantaré allí a las seis de la mañana y no me moveré hasta que consiga hablar con él. Pero preferiría barrer las calles si los indigentes no hubieran copado ya ese trabajo. No espere nada, señorita. Sería más fácil sacar leche de las piedras. Les deseo buenas noches y les doy las gracias.

—Encontrará sus zapatos junto al fuego de la cocina; los puse allí para que se secan —dijo Margaret.

Se volvió y la miró fijamente, y luego se pasó la mano huesuda sobre los ojos y siguió su camino.

—¡Qué orgulloso es ese hombre! —dijo el señor Hale, que estaba un poco disgustado por la forma en que había declinado Higgins su intercesión con el señor Thornton.

—Lo es —dijo Margaret—, pero qué grandes cualidades humanas posee, orgullo y todo.

—Es divertido ver el evidente respeto que siente por el aspecto del carácter del señor Thornton que es como el suyo.

—Hay granito en todos estos norteños, ¿verdad, papá?

—Me temo que el pobre Boucher no tenía mucho; ni creo que lo tenga su esposa.

—Yo diría por los acentos que son de origen irlandés. Ya veremos cómo le va mañana. Si él y el señor Thornton hablaran claramente de hombre a hombre mañana, si Higgins olvidara que el señor Thornton es un patrono y hablara con él como con nosotros, y si el señor Thornton fuera lo bastante paciente como para escucharle con su corazón humano y no con sus oídos de patrono...

—Estás empezando a hacer justicia al señor Thornton por fin, Margaret —dijo su padre, tirándole de la oreja.

Margaret sintió un extraño ahogo en el pecho que le impidió responder. «Oh —pensé—, ojalá fuera hombre y pudiera ir a obligarle a expresar su desaprobación y decirle sinceramente que sé que la merezco. Resulta duro perder su amistad precisamente cuando había empezado a sentir su valor. ¡Qué cariñoso fue con la querida mamá! Me gustaría que viniera aunque sólo fuera por ella y así al menos sabría lo poco que me considera».

Capítulo XXXVIII

Promesas cumplidas

No era sólo que el señor Thornton supiera que Margaret había mentido — aunque ella suponía que por ese único motivo había cambiado él la opinión que tenía de ella—, sino que, a su modo de ver, aquella falsedad suya guardaba estrecha relación con otro amigo. No podía olvidar la mirada ferviente y tierna que intercambiaban ella y el otro hombre: la actitud de familiaridad, si es que no de verdadero amor. Esa idea le atormentaba constantemente, era una imagen viva delante de sus ojos, fuera a donde fuese e hiciera lo que hiciese. Además de esto (y rechinaba los dientes cuando lo recordaba), estaban la hora, el anochecer y el lugar, tan alejado de casa y relativamente poco frecuentado. La parte más noble de su ser le había indicado al principio que todo esto podría ser fortuito, inocente, justificable; pero una vez concedido su derecho a amar y a ser amada —¿acaso tenía él alguna razón para negar tal derecho, no habían sido sus palabras rotundamente explícitas cuando rechazó su amor?—, podría fácilmente haber sido seducida a dar un paseo más largo o a una hora más avanzada de lo que había previsto. ¡Pero aquella mentira demostraba el fatal conocimiento de algo incorrecto que tenía que ocultar, algo impropio de ella! Esto lo reconocía, aunque habría sido un alivio en todo momento considerarla absolutamente indigna de su amor. Y era eso lo que le hacía sufrir: que la amaba apasionadamente y la consideraba, incluso con todos sus defectos, más bella que ninguna mujer y superior a todas; sin embargo, la creía tan unida a otro hombre, tan desorientada por su amor al mismo como para violentar su naturaleza veraz. La misma mentira que la mancillaba era prueba de su ciego amor por otro (aquel hombre moreno, esbelto, elegante y apuesto, mientras que él era tosco y adusto y fornido). El señor Thornton se torturaba sumido en una agonía de celos furiosos. Pensaba en aquella mirada, aquella actitud: ¡hubiese puesto su vida a los pies de ella por aquella tierna mirada, aquel amoroso arrobamiento! Se burlaba de sí mismo por haber apreciado que le hubiera protegido maquinalmente de la furia de la muchedumbre; ahora había visto lo dulce y cautivadora que resultaba cuando estaba con un hombre a quien amaba de verdad. Recordaba la mordacidad de sus palabras punto por punto: «No había un solo hombre en toda aquella multitud por quien ella no hubiera hecho lo mismo mucho más cordialmente que por él». Él compartía con la multitud el deseo de ella de evitar derramamiento de sangre; pero este hombre, este amor oculto no compartía nada con nadie. Él lo poseía todo: miradas, palabras, abrazos, mentiras, ocultación.

El señor Thornton se daba cuenta de que no se había sentido tan irritable como ahora nunca, en toda la vida. Se sentía inclinado a contestar de forma brusca (más gruñido que palabras) a cualquiera que le preguntara algo, y el saberlo hería su amor propio. Siempre se había enorgullecido del dominio de sí mismo, y se controlaba. Así que la actitud se sometió a una sosegada deliberación, aunque el asunto era más difícil y más grave de lo normal. En casa estaba más silencioso que de costumbre, pasaba las veladas en un continuo ir y venir que habría molestado a su madre sobremanera en cualquier otro y que no fomentaba precisamente la paciencia ni siquiera con su amado hijo.

—¿No puedes estarte quieto y sentarte un momento? Tengo que decirte algo si dejas de una vez ese continuo caminar sin parar.

Él se sentó al instante en una silla junto a la pared.

—Quiero hablarte de Betsy. Dice que tiene que dejarnos, que está tan quebrantada por la muerte de su novio que no consigue concentrarse en el trabajo.

—Muy bien. Supongo que habrá otras cocineras.

—¡Qué propio de un hombre es eso! No se trata sólo de cocinar, es que ella conoce todas las costumbres de la casa. Además, me ha dicho algo de tu amiga la señorita Hale.

—La señorita Hale no es mi amiga. Mi amigo es el señor Hale.

—Me alegra oírtelo decir, porque si fuera amiga tuya te disgustaría lo que dice Betsy.

—Cuéntamelo —repuso él, con aquella actitud absolutamente sosegada que había adoptado en los últimos días.

—Betsy dice que la noche que su novio..., no recuerdo el nombre, porque ella siempre lo llama él.

—Leonards.

—La noche que vieron por última vez a Leonards en la estación, cuando lo vieron por última vez en el trabajo, en realidad, la señorita Hale estaba allí paseando con un joven que Betsy cree que mató a Leonards de un golpe o un empujón.

—Leonards no murió de un golpe ni de un empujón.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se lo pregunté claramente al médico del hospital. Él me dijo que Leonards tenía una enfermedad interna desde hacía tiempo, causada por el

hábito de beber en exceso; que el hecho de que empeorara rápidamente mientras estaba ebrio zanjaba la cuestión en cuanto a si el último ataque fatídico había sido causado por exceso de bebida o por la caída.

—¡La caída! ¿Qué caída?

—La caída o el empujón de que habla Betsy.

—¿Entonces es que hubo un golpe o un empujón?

—Eso creo.

—¿Y quién lo hizo?

—Como no ha habido investigación, debido a la opinión del médico, no lo sé.

—Pero ¿la señorita Hale estaba allí?

No contestó.

—¿Y con un joven?

Siguió sin contestar. Al final, dijo:

—Te digo que no ha habido investigación, madre, ninguna pesquisa. Pesquisa judicial, quiero decir.

—Betsy dice que Woolmer (un conocido suyo que trabaja en una tienda de comestibles de Crampton) jura que la señorita Hale estaba en la estación paseando con un joven a esa hora.

—No veo qué nos importa a nosotros. La señorita Hale puede hacer lo que le plazca.

—Me alegra oírte hablar así —dijo la señora Thornton encantada—. Desde luego no nos importa... y menos a ti después de lo que pasó. Pero yo, yo prometí a la señora Hale que amonestaría y aconsejaría a su hija en caso necesario. Y desde luego le haré saber mi opinión sobre semejante conducta.

—No veo ningún mal en lo que hizo aquella tarde —dijo el señor Thornton, levantándose y acercándose a su madre. Se quedó junto a la repisa de la chimenea, de espaldas a la habitación.

—No aprobarías que hubieran visto a Fanny paseando con un joven en un lugar tan solitario después de oscurecer. Y eso sin mencionar la oportunidad del momento para semejante paseo, cuando todavía no habían enterrado a su madre. ¿Te gustaría que el dependiente de una tienda de comestibles hubiera visto a tu hermana en tales circunstancias?

—En primer lugar, como fui dependiente de una pañería no hace muchos años, la mera circunstancia de que el dependiente de un colmado se fije en

algo no altera el carácter del hecho, en mi opinión. Y en segundo lugar, me parece que existe una gran diferencia entre la señorita Hale y Fanny. Supongo que la primera podría tener razones de peso que pudieran y tuvieran que hacerla pasar por alto cualquier aparente impropiedad de su conducta. Que yo sepa, Fanny nunca ha tenido razones de peso para nada. Otras personas la protegen. Creo que la señorita Hale sabe cuidarse sola.

—¡Vaya descripción de tu hermana, John, la verdad! Te aseguro que cualquiera creería que la señorita Hale ya te ha hecho bastante para que seas más perspicaz. Te indujo a hacerle una propuesta con una descarada demostración de falso cariño para provocar a este mismo joven, estoy segura. Ahora comprendo claramente su conducta. Crees que es su amigo, supongo, reconócelo.

Él se volvió a mirar a su madre, con gesto triste y ceñudo.

—Sí, madre. Creo que es su amigo.

Una vez dicho esto, se volvió de nuevo; se retorció como si le doliera algo. Apoyó la cara en la mano. Luego, sin darle tiempo a ella a hablar, se volvió de pronto:

—Madre. Es su amigo, sea quien sea. Pero tal vez necesite ayuda y consejo femeninos. Puede haber problemas y tentaciones que nosotros desconocemos. Y no quiero saber cuáles son. Pero como tú siempre has sido una madre buena, sí, y cariñosa conmigo, ve a verla, gana su confianza y dile lo que debe hacer. Sé que pasa algo, algo espantoso, que tiene que ser un terrible tormento para ella.

—¡Por amor de Dios, John! —dijo su madre, verdaderamente asustada ahora—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que sabes?

Él no contestó.

—¡John! No sé qué pensar si no te explicas. ¡No tienes ningún derecho a decir lo que has dicho contra ella!

—¡Contra ella no, madre! ¡No podría hablar contra ella!

—Muy bien. No tienes ningún derecho a decir lo que has dicho si no te explicas. Esos comentarios a medias son los que arruinan la reputación de una mujer.

—¡Su reputación! Madre, no te atrevas... —dio media vuelta y miró a su madre a la cara con ojos llameantes. Luego se irguió y añadió, adoptando cierta compostura y dignidad—: No diré más que esto, que no es ni más ni menos que la pura verdad, y estoy seguro de que me crees: tengo buenas razones para creer que la señorita Hale se encuentra en un aprieto, algún problema relacionado con un compromiso que es suyo, por lo que sé del

carácter de la señorita Hale, totalmente inocente y correcto. Me niego a explicar cuáles son mis razones. Pero no permitas que oiga a nadie decir una palabra contra ella, insinuando cualquier imputación más grave que el hecho de que ahora necesita el consejo de una mujer amable y tierna. ¡Tú prometiste a la señora Hale ser esa mujer!

—¡No! —dijo la señora Thornton—. Me alegra decir que no le prometí amabilidad y ternura, porque entonces me pareció que podría estar fuera de mi alcance manifestar ambas cosas a alguien con el carácter y la forma de ser de la señorita Hale. Prometí consejo y orientación, tal como se los daría a mi propia hija. Hablaré con ella tal como lo haría con Fanny si hubiera andado correteando con un joven de noche. Y hablaré con relación a las circunstancias que conozco, sin dejarme influenciar en ningún sentido por las «buenas razones» que no me confías. Con eso cumpliré mi promesa y mi deber.

—No lo tolerará dijo él con vehemencia.

—Tendrá que hacerlo si le hablo en nombre de su difunta madre.

—¡Muy bien! —dijo él, marchándose de pronto—. No quiero saber nada más. No soporto pensar en ello. En cualquier caso, será mejor que hables con ella a que no le digan nada. —Y cuando se encerró en su habitación masculló —: ¡Oh, aquella mirada de amor! Y esa maldita mentira, que demuestra una vergüenza terrible al fondo que había que impedir que saliera a la luz en la que yo creía que vivía ella siempre. ¡Ay, Margaret, Margaret! ¡Madre, cómo me has torturado! ¡Ay, Margaret! ¿No podrías haberme amado? Soy zafio e insensible, pero nunca te habría hecho mentir por mí.

Cuanto más pensaba la señora Thornton en lo que había dicho su hijo suplicando un juicio compasivo de la indiscreción de Margaret, más resentimiento sentía contra ella. Disfrutaba ferozmente con la idea de «decirle lo que pensaba» so pretexto de cumplir con su deber. Disfrutaba con la idea de mostrarse indiferente al «encanto» que sabía que Margaret tenía el poder de proyectar sobre muchas personas. Bufó al pensar en la belleza de su víctima. Su cabello negro azabache, su cutis claro y terso, sus ojos luminosos no le ahorraban una sola palabra del justo y severo reproche que la señora Thornton preparó mentalmente durante media noche.

—¿Está en casa la señorita Hale?

Sabía que sí estaba en casa porque la había visto en la ventana. Tenía los pies en el pequeño vestíbulo antes de que Martha acabara de contestar a su pregunta.

Margaret estaba sola escribiendo a Edith; le daba muchos detalles de los últimos días de su madre. Era una tarea debilitante y tuvo que secarse las lágrimas espontáneas cuando anunciaron a la señora Thornton.

La recibió con tanta delicadeza y cortesía que la hizo sentirse un poco intimidada y le impidió pronunciar el discurso tan bien preparado cuando no había nadie a quien dirigirlo. La voz grave y sonora de Margaret era más suave de lo habitual; y su actitud más gentil, pues sentía un profundo agradecimiento hacia la señora Thornton por la delicadeza de su visita. Se esforzó por encontrar temas de conversación interesantes. Alabó a Martha, la sirvienta que les había buscado la señora Thornton. Le dijo que había pedido a Edith un aire griego del que le había hablado a la señorita Thornton. La señora Thornton estaba realmente desconcertada. Su acero damasceno parecía fuera de lugar e inútil entre pétalos de rosa. Guardó silencio, procurando obligarse a cumplir su cometido. Al final, se incitó a hacerlo permitiendo que cruzara su mente la sospecha de que, pese a toda probabilidad, aquella dulzura era fingida con el propósito de ganarse la voluntad del señor Thornton; que, de alguna manera, el otro compromiso había fracasado y la señorita Hale se proponía ahora recuperar al pretendiente rechazado. ¡Pobre Margaret! Tal vez hubiera tanta verdad en la sospecha como ésta: que la señora Thornton era la madre de alguien cuya consideración apreciaba y temía haber perdido; y que esa idea aumentó inconscientemente su natural deseo de complacer a alguien que le demostraba su amabilidad visitándola. La señora Thornton se levantó para marcharse, aunque parecía que tenía algo más que decir. Carraspeó y empezó:

—Señorita Hale, tengo un deber que cumplir. Prometí a su pobre madre que, en la medida de mi pobre juicio, no le permitiría actuar de modo impropio, o... —aquí suavizó un poco el tono— o descuidado sin amonestarla al menos, sin ofrecerle consejo, lo aceptara usted o no.

Margaret se quedó plantada delante de la señora Thornton mirándola con ojos desorbitados y ruborizada como cualquier culpable. ¡Creía que había ido a hablarle de la mentira que había dicho, que el señor Thornton le había encargado que le explicara el peligro al que se había expuesto de que la refutaran en pleno juicio! Y aunque se le cayó el alma a los pies al pensar que él no había decidido ir personalmente a reconvenirla y escuchar su arrepentimiento devolviéndola a su buena opinión, sin embargo se sentía demasiado humillada para no soportar cualquier acusación sobre este tema con paciencia y docilidad.

La señora Thornton prosiguió:

—Cuando me enteré por una de mis sirvientas de que la habían visto paseando con un caballero en la estación de Outwood, tan lejos de casa y a tales horas del atardecer, al principio no podía creerlo. Pero lamento decir que mi hijo me confirmó que era verdad. Fue indiscreto, por no decir algo peor. Muchas jóvenes han perdido la reputación antes...

Margaret la miró con ojos relampagueantes. Aquella era una idea nueva:

demasiado insultante. Si la señora Thornton hubiese hablado de la mentira que había dicho, muy bien, lo habría reconocido y se habría humillado. Pero afear su conducta, ¡hablar de su reputación! Y que lo hiciera ella, la señora Thornton, una extraña, ¡era demasiado impertinente! No contestaría, no diría ni una palabra. La señora Thornton vio el espíritu combativo en la mirada de Margaret y surgió también su combatividad.

—Por su madre, he considerado correcto advertirla contra tales impropiedades; a la larga la degradarán en la estima del mundo aunque no le hagan verdadero daño.

—Por mi madre —dijo Margaret con voz lacrimosa— soportaré mucho, pero no puedo soportarlo todo. Estoy segura de que ella nunca quiso exponerme a la injuria.

—¡Injuria, señorita Hale!

—Sí, señora —dijo Margaret con más firmeza—, injuria. ¿Qué sabe usted de mí que la lleve a sospechar...? Oh —dijo, derrumbándose y cubriéndose la cara con las manos—. Ahora entiendo, el señor Thornton le ha dicho...

—No, señorita Hale —dijo la señora Thornton, impulsada por la sinceridad de Margaret a detener la confesión que estaba a punto de hacer, aunque se moría de curiosidad—. Basta. El señor Thornton no me ha dicho nada. No conoce usted a mi hijo. No es digna de conocerle. Me dijo lo siguiente. Escúcheme para que comprenda, si es capaz, la clase de hombre que rechazó usted. Este fabricante de Milton de gran corazón, a pesar de haber visto despreciado su cariño, sólo me dijo anoche: «Ve a verla. Tengo buenas razones para saber que está en algún apuro, debido a algún compromiso; y necesita consejo femenino». Creo que ésas fueron sus palabras. Aparte de eso, aparte de admitir el hecho de que estuvo usted en la estación de Outwood con un caballero el veintiséis por la tarde, no me ha dicho nada contra usted, ni una palabra. Si sabe algo que la haga sollozar de ese modo, se lo guarda para él.

Margaret seguía con las manos sobre la cara. Tenía los dedos llenos de lágrimas. La señora Thornton se aplacó un poco.

—Vamos, señorita Hale. Admito que a veces hay circunstancias que si se explican, pueden suprimir la aparente impropiedad.

Margaret siguió en silencio. Estaba considerando lo que iba a decir. Deseaba ganarse el favor de la señora Thornton; y, sin embargo, era incapaz de dar ninguna explicación, no podía hacerlo. La señora Thornton se impacientó.

—Lamentaría romper una amistad; pero, por amor a Fanny, como le dije a mi hijo, si Fanny hubiera hecho algo que consideráramos vergonzoso, y Fanny pudiera extraviarse...

—No puedo darle ninguna explicación —dijo Margaret en voz baja—. He obrado mal, pero no de la forma que usted cree o sabe. Creo que el señor Thornton me juzga con más clemencia que usted —le costaba un gran esfuerzo contener las lágrimas para evitar que le temblara la voz—, pero creo que su intención es buena.

—Gracias —dijo la señora Thornton, irguiéndose—. No sabía que se pusiera en duda mi intención. No volveré a inmiscuirme. Me costó aceptar que lo haría cuando su madre me lo pidió. No aprobaba el cariño de mi hijo por usted cuando sólo lo sospechaba. No me parecía usted digna de él. Pero cuando usted se puso en evidencia como lo hizo el día del tumulto, exponiéndose a los comentarios de sirvientes y trabajadores, creí que ya no tenía derecho a oponerme al deseo de mi hijo de proponerle matrimonio. Un deseo que, por cierto, había negado siempre hasta aquel día. —Margaret se estremeció y respiró con un prolongado sonido silbante, que, sin embargo, la señora Thornton no advirtió—. Y lo hizo, pero al parecer usted había cambiado de idea. Ayer le dije a mi hijo que creía posible, aunque había pasado poco tiempo, que hubiera oído o sabido usted algo de ese otro pretendiente...

—¿Qué opinión tiene de mí, señora? —preguntó Margaret, echando la cabeza hacia atrás con orgulloso desdén y arqueando el cuello como un cisne—. No diga nada más, señora Thornton. Declino todo intento de justificarme por nada. Le ruego que me permita salir de la habitación.

Y salió majestuosamente, con la gracia silenciosa de una princesa ofendida. La señora Thornton tenía humor natural más que suficiente para advertir lo absurdo de la posición en que había quedado. No le quedaba más remedio que marcharse también. No se sentía especialmente enojada por el comportamiento de Margaret. Ella no le importaba tanto como para eso. Había tomado la reconvención de la señora Thornton tan a pecho como aquella dama esperaba; y el apasionamiento de Margaret aplacó a su visitante mucho más de lo que podrían haberlo hecho el silencio o la reserva. Demostraba el efecto de sus palabras. «Jovencita —se dijo la señora Thornton—, menudo genio se gasta. Si John y usted se hubieran unido, él habría tenido que ser muy estricto para enseñarle su sitio. Pero no creo que vuelva a pasear con su galán a esa hora del día sin más. Tiene demasiado orgullo y demasiado temple para hacerlo. Me gusta que una joven salga volando ante la idea de dar que hablar. Demuestra que no es atolondrada ni atrevida por naturaleza. Y ésta puede ser atrevida, pero nunca sería atolondrada. Tengo que reconocerlo. En cuanto a Fanny, ella sería atolondrada pero no sería atrevida. No tiene valor, ¡pobrecilla!».

La mañana del señor Thornton no fue tan satisfactoria como la de su madre. Al fin y al cabo, ella estaba cumpliendo todo lo que se había propuesto.

Él trataba de determinar en qué situación se encontraba; el daño que le había causado la huelga. Buena parte de su capital estaba bloqueado en maquinaria nueva y costosa; y también había comprado algodón en abundancia con vistas a algunos pedidos importantes que tenía entre manos. La huelga había retrasado muchísimo la terminación de aquellos encargos. Incluso con el experto personal habitual había tenido bastantes dificultades para cumplir sus compromisos; pero ahora, la incompetencia de los irlandeses, a quienes habían tenido que enseñar su trabajo en un momento que requería extraordinaria actividad, constituía un fastidio diario.

No era un momento propicio para que Higgins hiciera su petición. Pero le había prometido a Margaret que lo haría a toda costa. Así que, aunque su disgusto, su orgullo y su mal humor aumentaban por segundos, siguió junto al muro hora tras hora, apoyado primero en una pierna y luego en la otra. Al final, alzaron bruscamente el picaporte y salió el señor Thornton.

—Necesito hablar con usted, señor.

—Ahora no puedo, amigo. Se me ha hecho muy tarde.

—Bueno, señor, creo que puedo esperar hasta que vuelva.

El señor Thornton estaba en mitad de la calle. Higgins suspiró. Pero era inútil. Abordar «al patrono» en la calle era la única oportunidad que tendría de hablar con él. Si hubiera llamado a la caseta del guarda o incluso hubiera ido a la casa a preguntar por él, le habrían mandado al capataz. Así que se quedó allí plantado de nuevo, sin molestarse en contestar más que con un leve cabeceo de reconocimiento a los pocos hombres que le conocían y hablaban con él cuando la multitud salió del almacén a la hora de la comida, y miró ceñudo a los esquirols irlandeses recién importados. Al final volvió el señor Thornton.

—¡Vaya! ¿Todavía está aquí?

—Sí, señor. Tengo que hablar con usted.

—Pase, entonces. Espere, cruzaremos el almacén. Los hombres no han vuelto y lo tendremos para nosotros solos. Veo que esta buena gente está comiendo —dijo, cerrando la puerta de la caseta del portero.

Se paró a hablar con el capataz. Éste le dijo en voz baja:

—Supongo que sabe usted que ese hombre es Higgins, uno de los dirigentes del sindicato, señor. El que hizo aquel discurso en Hurtsfield.

—No, no lo sabía —dijo el señor Thornton, volviéndose a mirar al hombre que le seguía. Conocía a Higgins de nombre como individuo de carácter violento.

—Vamos —le dijo, en un tono más áspero que antes. «Son los hombres

como éste los que interrumpen el comercio y perjudican a la ciudad en que viven: puros demagogos, amantes del poder a cualquier precio para los demás», se dijo.

»Bien, señor, ya me dirá lo que quiere de mí dijo el señor Thornton dando media vuelta para mirarlo en cuanto llegaron a la oficina de la fábrica.

—Me llamo Higgins...

—Ya lo sé —dijo el señor Thornton interrumpiéndole—. ¿Qué quiere, señor Higgins? Ésta es la pregunta.

—Quiero trabajo.

—¡Trabajo! Tiene mucha cara viniendo a pedirme trabajo. Desfachatez no le falta, eso está claro.

—Tengo enemigos y difamadores, como mis superiores; pero ninguno me ha criticado por pecar de modestia, que yo sepa —dijo Higgins. Le había alterado un poco la sangre la actitud del señor Thornton, más que sus palabras.

El señor Thornton vio una carta dirigida a él en la mesa. La cogió y la leyó. Al terminar, alzó la vista y dijo:

—¿Qué está esperando?

—Una respuesta a la pregunta que le he hecho.

—Ya se la he dado. No pierda más tiempo.

—Ha hecho usted un comentario sobre mi desfachatez, señor. Pero a mí me enseñaron que es de buena educación contestar «sí» o «no» cuando me hacen una pregunta correcta. Le agradecería que me diera trabajo. Hamper le dirá que soy un buen trabajador.

—Me parece que sería mejor que no me enviara a pedir informes a Hamper. Podría enterarme de más de lo que le conviene.

—Correré el riesgo. Lo peor que pueden decir de mí es que hice lo que creía que era lo mejor, incluso para mi propio perjuicio.

—Pues entonces vaya a ver si le dan trabajo. Yo he despedido a más de cien de mis mejores manos solamente por seguirle a usted y a los que son como usted; ¿de verdad cree que voy a contratarle? Sería tanto como poner una tea entre la borra.

Higgins se volvió para marcharse. Entonces recordó a Boucher y dio media vuelta, era la máxima concesión que podía obligarse a hacer.

—Le prometería, señor, que no diré una palabra que pueda perjudicarle si nos trata bien; y prometería más: prometo que si veo que se equivoca y obra

de forma injusta, hablaré primero con usted en privado; y ésa sería una advertencia justa. Si usted y yo no estuviéramos de acuerdo en nuestra opinión de su conducta, podría despedirme en una hora.

—¡A fe mía que no se considera usted poca cosa! Hamper ha sufrido una gran pérdida privándose de usted. ¿Cómo ha podido prescindir de usted y de su sabiduría?

—Bueno, nos separamos por mutuo descontento. Yo no estaba dispuesto a hacer la promesa que pedían; y ellos no me aceptaban de ningún modo. Así que puedo aceptar otro compromiso libremente. Y como ya he dicho, aunque no debiera hacerlo yo, soy un buen trabajador, señor, y un hombre formal, sobre todo cuando me abstengo de beber, que es lo que haré ahora aunque no lo haya hecho nunca antes.

—Para poder ahorrar así más dinero para otra huelga, supongo.

—¡No! Ojalá fuera libre para hacerlo; es por la viuda y los hijos de un hombre que se volvió loco por esos esquirols suyos; despedido de su puesto por un irlandés que no distingue la trama de la urdimbre.

—¡Bien! Será mejor que acuda a algún otro si tiene tan buenas intenciones. Yo le aconsejaría que no se quedara en Milton: aquí es demasiado conocido.

—Si estuviéramos en verano —dijo Higgins— buscaría trabajo de irlandés, haría de peón caminero, de segador o lo que fuese, y no volvería a aparecer por Milton. Pero estamos en invierno y los niños tendrán hambre.

—¡Menudo peón caminero sería usted! ¡No conseguiría hacer ni la mitad de trabajo que un irlandés en un día!

—Pues cobraría media jornada por las doce horas si no pudiera hacer más trabajo en ese tiempo. ¿No conoce ningún sitio en que me pongan a prueba lejos de los talleres si soy tan incendiario? Aceptaré el jornal que crean que merezco, lo haré por esos chiquillos.

—¿Es que no se da cuenta de lo que sería entonces? Sería un esquirol. Aceptaría salarios más bajos que los demás trabajadores, y todo por los hijos de otro hombre. Piense cómo insultaría a cualquier pobre individuo que estuviera dispuesto a hacer lo que pudiera para mantener a sus hijos. Usted y su sindicato le atacarían de inmediato. ¡No, no! Aunque sólo sea por el modo en que han utilizado a los pobres esquirols antes le contesto no a su pregunta. No le daré trabajo. No diré que no me creo la excusa para venir a pedirme trabajo; no sé nada al respecto. Tal vez sea verdad o tal vez no. Es una historia bastante inverosímil, de todos modos. Déjeme pasar. No le daré trabajo. Ya tiene la respuesta.

—Entiendo, señor. No le habría molestado si no me hubiera pedido que

viniera alguien que parecía creer que tenía usted algún lugar tierno en el corazón. Ella se equivocó y yo me dejé engañar. Pero no soy el primer hombre que se deja engañar por una mujer.

—Dígale a ella que se preocupe de sus asuntos en vez de hacer perder el tiempo a los demás. Creo que las mujeres están en el fondo de todas las desgracias de este mundo. ¡Lárguese!

—Le agradezco su amabilidad, señor, y sobre todo su forma delicada de decirme adiós.

El señor Thornton no se molestó en contestar. Pero, al mirar por la ventana un minuto después, le impresionó la figura enjuta y encorvada que salía del patio. Su paso lento contrastaba extrañamente con la determinación clara y resuelta del hombre que había hablado con él. Fue a la caseta del portero:

—¿Cuánto tiempo ha estado esperando ese tal Higgins para hablar conmigo?

—Estaba en la verja antes de las ocho, señor. Creo que no se movió de ahí desde entonces.

—¿Y ahora son...?

—Es la una, señor.

«Cinco horas —pensó el señor Thornton—. Es mucho tiempo para que espere un hombre sin más que hacer que confiar y temer».

Capítulo XXXIX

Hacer amistades

Margaret se encerró en su habitación después de dejar a la señora Thornton. Empezó a caminar de un lado a otro, como hacía siempre cuando estaba nerviosa. Pero recordó de pronto que en aquella casa de construcción frágil se oían las pisadas de una habitación en las otras y se sentó hasta que oyó que la señora Thornton se marchaba. Se obligó entonces a recordar toda la conversación que habían mantenido. Procuró repasarla mentalmente, frase por frase. Al final se levantó y se dijo en tono melancólico:

«De todos modos, sus palabras no me afectan; me resbalan; porque soy inocente de todo cuanto me atribuye. Pero, aun así, es duro pensar que una mujer pueda creer eso de otra tan fácilmente. Es duro y es triste. No me acusa de lo que he hecho mal, eso no lo sabe. Él no se lo ha dicho: ¡tendría que haberme dado cuenta de que no lo haría!».

Alzó la cabeza como si se enorgulleciera de la delicadeza de sentimientos que demostraba el señor Thornton. Luego se le ocurrió otra idea y apretó con fuerza las manos unidas.

«También él debe de haber tomado al pobre Frederick por mi amante. — Enrojeció cuando la palabra le pasó por la mente—. Ahora lo comprendo. No es sólo que sepa que mentí, sino que además cree que me quiere otro; y que yo, ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué quiero decir? ¿Por qué me importa lo que piense él, aparte de haber perdido la buena opinión que tenía de mí por haber mentido o dejado de mentir? No lo sé. ¡Pero no lo soporto! ¡Ay! ¡Qué triste ha sido este último año! He pasado de la infancia a la vejez. No he tenido juventud ni madurez; puedo olvidar las esperanzas de la mujer adulta, porque no me casaré; y mis cuidados y pesares son los de una anciana, y también mi ánimo timorato. Estoy cansada de esta continua necesidad de fortaleza. Podía soportarlo por papá, porque es un deber piadoso natural. Y creo que pude resistir, en todo caso, tuve energía para tomar a mal las sospechas injustas e impertinentes de la señora Thornton. Pero no soporto pensar lo absolutamente equivocado que sin duda está él en cuanto a mí. ¿Qué ha ocurrido para que me sienta tan morbosa hoy? No lo sé. Sólo sé que no puedo evitarlo. Tengo que dejarme llevar a veces. No, no lo haré —dijo poniéndose en pie de un salto—. No lo haré, no seguiré pensando en mí misma y en mi situación. No analizaré mis sentimientos. Sería inútil ahora. Algún día, si llego a vieja, me sentaré junto al fuego y analizaré cómo podía haber sido mi vida, mirando las brasas».

Pensaba todo esto mientras se arreglaba a toda prisa para salir, deteniéndose sólo de vez en cuando para secarse con gesto impaciente las lágrimas que brotaban a pesar de su valentía.

«Tal vez haya muchas mujeres que cometen un error tan lamentable como yo y se dan cuenta cuando ya es demasiado tarde. ¡Con cuánta arrogancia e impertinencia le hablé aquel día! Pero entonces no me daba cuenta. Lo he ido comprendiendo poco a poco y no sé dónde empezó. Ahora no cederé. Será difícil comportarme del mismo modo con él, con esta idea lamentable de mí misma; pero me mostraré tranquila y discreta, y apenas hablaré. Claro que seguramente no lo veré. Procura mantenerse alejado de nuestro camino. Eso será lo peor. Claro que no es extraño que me evite, creyendo lo que debe de creer de mí».

Salió de casa y se dirigió rápidamente hacia el campo, procurando ahogar la reflexión mediante la rapidez de movimientos.

Cuando estaba en el umbral de la puerta, de regreso, llegó su padre.

—¡Estupendo! —dijo él—. Has estado en casa de la señora Boucher. Precisamente me proponía ir antes de comer si me da tiempo.

—No, papá. No he estado allí —dijo Margaret, ruborizándose—. Ni siquiera he pensado en ella. Iré nada más comer. Iré mientras tú duermes la siesta.

Y así lo hizo. La señora Boucher estaba muy enferma; no sólo indispuesta sino enferma de verdad. La vecina amable y sensata que la había ayudado el otro día se había hecho cargo de todo, al parecer. Algunos niños estaban con vecinos. Mary Higgins se había llevado a los tres más pequeños antes de comer; y Nicholas había tenido que ir a avisar al médico. Todavía no había llegado; la señora Boucher se estaba muriendo; y lo único que podían hacer era esperar. Margaret pensó que le gustaría conocer su opinión, y que sería mejor que fuera a ver a los Higgins mientras tanto. Así podría saber si Nicholas había hablado con el señor Thornton.

Encontró a Nicholas muy ocupado haciendo girar un penique sobre la mesa de la cocina para diversión de los tres niños pequeños, que se abrazaban a él sin miedo. Él sonreía igual que ellos mientras la moneda giraba. Y Margaret pensó que su animosa concentración en lo que hacía era una buena señal. Cuando el penique se paró, «el pequeñín Johnnie» empezó a llorar.

—Ven conmigo —le dijo Margaret, alzándolo de la mesa y cogiéndolo en brazos; le acercó el reloj a la oreja y preguntó a Nicholas si había visto al señor Thornton.

Su expresión cambió en el acto.

—¡Sí! —contestó—. Le he visto y le he escuchado demasiado.

—¿No le ha dado trabajo, entonces? —preguntó Margaret con tristeza.

—Por supuesto que no. Yo ya lo sabía desde el principio. ¡Es absurdo esperar clemencia de los patronos! Usted es una extraña y una forastera y es normal que no sepa cómo son. Pero yo sí lo sé.

—Lamento haberle pedido que fuera. ¿Estaba enfadado? No le hablaría como Hamper, ¿verdad?

—¡No se deshizo en cordialidad! —exclamó Nicholas, haciendo girar el penique otra vez, tanto para su propio entretenimiento como para el de los niños—. Pero no se preocupe, estoy donde estaba. Volveré a buscar mañana. Le pagué con la misma moneda. Le dije que no tenía tan buena opinión de él como para volver por mi cuenta, pero que me había aconsejado usted que fuera y que estaba en deuda con usted.

—¿Le dije que le había mandado ir yo?

—No sé si mencioné su nombre. Creo que no. Dije que una mujer que no tenía ni idea me había aconsejado que fuera a ver si tenía algún punto sensible en el corazón.

—¿Y él...? —dijo Margaret.

—Me dijo que le dijera que se ocupe de sus propios asuntos. Ésta es la vez que más ha durado girando, chicos. Yeso fue de lo más amable que me dijo. Pero no importa. Estamos donde estábamos; y picaré piedras en la carretera antes de permitir que estos pequeños pasen hambre.

Johnnie no paraba quieto en brazos y Margaret volvió a dejarlo en la mesa.

—Lamento haberle pedido que fuera a ver al señor Thornton. Me ha decepcionado.

Se oyó un ruido ligero detrás. Se volvieron los dos al mismo tiempo y vieron al señor Thornton con cara de sorpresa y disgusto. Margaret obedeció un impulso repentino y se marchó. Pasó a su lado sin decir una palabra, saludándole sólo con una venia, lo que le permitió bajar la cabeza y ocultar la súbita palidez que sentía en la cara. Él respondió igual a su saludo y cerró la puerta. Ella oyó el portazo mientras se alejaba a buen paso hacia la casa de la señora Boucher, y le pareció que colmaba la medida de su mortificación. También él se enfadó al encontrarla allí. Tenía buen corazón («un punto sensible», como decía Nicholas Higgins); pero se enorgullecía de ocultarlo; lo guardaba bien a salvo, lo consideraba sagrado, y recelaba de cualquier circunstancia que intentara llegar a él. Pero aunque temía demostrar su ternura, también deseaba que todos los hombres reconocieran su justicia; y creía que había sido injusto manifestando tanto desdén a alguien que había esperado con humildad y paciencia cinco horas para hablar con él. El hecho de que aquel hombre le hubiera hablado con insolencia cuando había tenido ocasión de hacerlo no le importaba nada al señor Thornton. Le agradaba más precisamente por ello; y era consciente de la propia irritabilidad en el momento, lo que seguramente los dejara en paz a ambos. Eran las cinco horas de espera lo que impresionaba al señor Thornton. Él mismo no disponía de ese tiempo; pero había dedicado dos horas de su arduo y perspicaz trabajo intelectual, así como físico, a reunir pruebas sobre la veracidad de la historia de Higgins, la naturaleza de su carácter, el tenor de su vida. Y a pesar de que se resistió a reconocerlo, estaba convencido de que todo cuanto le había dicho era verdad. Y ese convencimiento había llegado, como por medio de algún encantamiento, hasta la ternura latente de su corazón: la paciencia de aquel hombre y la simple generosidad del motivo (pues se había enterado de la pelea entre Boucher y Higgins) hicieron que olvidara totalmente los meros razonamientos de la justicia, pasándolos por alto mediante un instinto superior. Había ido a decirle a Higgins que le daría trabajo, y le había irritado más encontrarla allí que oír sus últimas palabras, pues comprendió entonces que era ella la mujer que había instado a Higgins a que acudiera a él; y temía la admisión de cualquier idea de ella como motivo de lo que hacía sólo porque era correcto.

—¿Así que la mujer de la que me habló usted era esa dama? —le preguntó indignado a Higgins—. Podría haberme dicho quién era.

—¿Y entonces habría hablado usted de ella con más cortesía de lo que lo hizo? Tendrá usted una madre que podría impedirle burlarse cuando dijo que las mujeres están en el fondo de todas las desgracias.

—Se lo habrá dicho a la señorita Hale, por supuesto.

—Por supuesto. Al menos eso me parece. Le dije que no tenía que meterse en nada que le incumbiera a usted.

—¿De quién son esos niños? ¿Suyos? —El señor Thornton sabía perfectamente de quién eran, por lo que le habían contado; pero le resultaba difícil desviar la conversación de su inicio poco prometedor.

—No son míos; y son míos.

—¿Son los niños de los que me habló esta mañana?

Higgins se dio la vuelta y contestó con indignación mal contenida:

—Cuando me dijo que mi historia podía ser cierta o no serlo, pero que era muy inverosímil. No lo he olvidado, señor.

El señor Thornton guardó silencio un momento. Luego dijo:

—Yo tampoco. Y recuerdo lo que le dije. No tenía ningún motivo para hablarle de esos niños como lo hice. Y no creí lo que me dijo. Yo no me habría hecho cargo de los hijos de otro hombre si se hubiera portado conmigo como se portó Boucher con usted, por lo que me han contado. Pero ahora sé que me dijo la verdad. Le pido disculpas.

Higgins no se volvió ni contestó en seguida. Pero cuando habló al fin, lo hizo con un tono más suave, aunque sus palabras fueron bastante contundentes.

—No tiene por qué entrometerse en lo que ocurrió entre Boucher y yo. Él ha muerto y yo lo lamento. Es suficiente.

—Muy bien. ¿Trabajaré conmigo? Es lo que he venido a preguntarle.

La obstinación de Higgins se tambaleó, cobró fuerza y se mantuvo firme. No pensaba decir nada. El señor Thornton no volvería a preguntárselo. Higgins posó la mirada en los niños.

—Me llamó usted descarado, mentiroso y liante. Y tal vez no le faltara razón porque solía darme a la bebida de vez en cuando. Y yo le he llamado tirano y viejo bulldog y patrono duro y cruel; ésa es la situación. Pero, por los niños, ¿cree que podremos llevarnos bien?

—¡Bueno! —exclamó el señor Thornton casi riéndose—, mi propuesta no ha sido que salgamos juntos. Pero hay una ventaja en lo que usted mismo reconoce, y es que ninguno de los dos podremos llegar a pensar peor del otro de lo que lo hacemos ahora.

—Es verdad —dijo Higgins pensativo—. Desde que nos vimos esta mañana no he dejado de pensar que había sido una suerte que no me aceptara porque en mi vida he visto a un hombre más insoportable. Pero quizá sea un juicio precipitado; y el trabajo es el trabajo, para la gente como yo. Así que aceptaré, señor; y lo que es más, se lo agradezco; trato hecho, por mi parte —dijo con más franqueza, dando media vuelta de pronto y mirando de frente al señor Thornton por primera vez.

—Trato hecho —dijo el señor Thornton, estrechándole la mano con fuerza—. Procure ser puntual —añadió, volviendo a su papel de patrón—. No aguanto remolones en mi fábrica. Aplicamos a rajatabla las multas establecidas. Y la primera vez que le sorprenda armando discordia, a la calle. Así que ya sabe a qué atenerse.

—Esta mañana habló usted de mi sabiduría. Me parece que la llevaré conmigo. ¿O prefiere que vaya sin sesera?

—Sin sesera si la emplea para entrometerse en mis asuntos. Con sesera si es capaz de ocuparse sólo de los suyos.

—Voy a necesitar mucho juicio para determinar dónde terminan mis asuntos y empiezan los suyos.

—Los suyos todavía no han empezado y los míos me esperan, así que buenas tardes.

Margaret salió de casa de la señora Boucher poco antes de que el señor Thornton llegara a la puerta. No lo vio, y él la siguió unos minutos, contemplando con admiración su andar ligero y natural y su figura alta y airosa. Pero esta sencilla emoción placentera se vio mancillada de pronto, envenenada por los celos. Deseaba alcanzarla y hablar con ella para ver cómo reaccionaba ahora que tenía que saber que estaba enterado de que tenía otra relación. También deseaba, aunque de este deseo se avergonzaba un poco, que supiera que había reconocido su juicio al enviar a Higgins a pedirle trabajo y que se había arrepentido de su decisión de la mañana. La alcanzó. Ella se sobresaltó.

—Permítame decirle, señorita Hale, que se precipitó un poco al manifestar su disgusto. He aceptado a Higgins.

—Me alegro —repuso ella con frialdad.

—Me ha dicho que le repitió lo que le dije esta mañana de... —vaciló.

Margaret terminó la frase por él:

—De que no se entrometan las mujeres. Tenía todo el derecho del mundo a expresar su opinión, que fue muy correcta, no me cabe duda. Pero —añadió un poco más impaciente— Higgins no le dijo toda la verdad exacta. —La palabra «verdad» le recordó su mentira y se calló de pronto, sintiéndose muy molesta.

El señor Thornton no entendió su silencio al principio, y luego recordó la mentira que había dicho ella y todo lo que había pasado.

—¡La verdad exacta! —exclamó—. Muy pocas personas dicen la verdad exacta. Yo he renunciado a esperarla. ¿No tiene que darme ninguna explicación, señorita Hale? Se habrá dado cuenta de lo que he de pensar.

Margaret guardó silencio. Se preguntaba si una explicación de algún tipo sería consecuente con su fidelidad a Frederick.

—No —dijo él—. No insistiré. Podría poner tentaciones a su paso. Su secreto está a salvo conmigo de momento, créame. Permítame decirle que corre grandes riesgos siendo tan indiscreta. Ahora hablo sólo como amigo de su padre. Si tuve algún otro pensamiento o esperanza, por supuesto se acabó. No me guía ningún interés personal.

—Ya lo sé —dijo Margaret, obligándose a hablar en tono indiferente y despreocupado—. Me doy cuenta de lo que debe de pensar de mí, pero el secreto es de otra persona y no puedo explicarlo sin perjudicarla.

—No tengo el menor deseo de entrometerme en los secretos del caballero —dijo él con irritación creciente—. Mi único interés por usted es el de un amigo. Tal vez no me crea, señorita Hale, pero así es, a pesar de la persecución con que me temo que la amenacé en otro momento; pero todo eso se acabó, ha terminado. ¿Me cree, señorita Hale?

—Sí —contestó Margaret quedamente con tristeza.

—Bueno, entonces no veo ningún motivo para que sigamos caminando juntos. Pensaba que quizá tuviera algo que decir, pero ya veo que no somos nada el uno para el otro. Si está completamente convencida de que cualquier estúpida pasión por mi parte ha desaparecido completamente, le deseo buenas tardes.

Se marchó apresuradamente.

«¿Qué pretenderá? —se preguntó Margaret—. ¿Qué habrá querido decir hablándome de ese modo, como si yo estuviera pensando siempre que se interesa por mí cuando sé que no es cierto, que no puede? Su madre le habrá contado todas aquellas cosas crueles de mí. Pero no voy a preocuparme por él. Creo que soy lo bastante dueña de mí misma para controlar este sentimiento torturante y disparatado que me ha tentado incluso a traicionar a mi querido

Frederick para poder recuperar su buena opinión de mí: la buena opinión de un hombre que se toma tantas molestias para decirme que no significo nada para él. ¡Vamos! Pobre corazón, sé animoso y valiente. Nos ayudaremos mucho si nos abandonan y quedamos desolados».

Su padre se sorprendió un poco al verla tan animada aquella tarde. Hablaba sin cesar y forzó su humor natural hasta límites insólitos. Y aunque había un leve tono de amargura en cuanto decía, aunque sus relatos del grupo de Harley Street fuesen un poco sarcásticos, su padre no se atrevió a interrumpirla como hubiera hecho en otro tiempo, porque le complacía ver que se libraba de sus cuidados. En plena velada la llamaron para que bajara a hablar con Mary Higgins, y cuando volvió, el señor Hale creyó ver rastros de lágrimas en sus mejillas. Pero no podía ser, porque tenía buenas noticias: Higgins había conseguido trabajo en la fábrica del señor Thornton. La animación de Margaret se había apagado, de todos modos, y le costaba mucho trabajo seguir hablando, y más aún hacerlo del mismo modo disparatado que antes. Su estado de ánimo cambió extrañamente durante unos días. Y su padre había empezado a preocuparse por ella, cuando llegaron noticias de un par de sitios, que prometían cierto cambio y variedad para ella. El señor Hale recibió una carta del señor Bell, en la que el caballero les anunciaba su visita; y el señor Hale suponía que la compañía de su viejo amigo de Oxford daría un giro tan agradable a los pensamientos de Margaret como a los propios. Ella procuró interesarse en lo que complacía a su padre, pero estaba demasiado lánguida para preocuparse por ningún señor Bell aunque fuese veinte veces su padrino. La animó más una carta de Edith, llena de compasión por la muerte de su tía; llena de detalles sobre sí misma, su marido y su hijo, y en la que le decía al final que como el clima no sentaba bien al niño y como la señora Shaw hablaba de regresar a Inglaterra, creía probable que el capitán Lennox traspasara su puesto y entonces volverían todos a vivir en la casa de Harley Street; que, sin embargo, parecería incompleta sin Margaret. Margaret añoraba aquella casa y la placidez de la vida monótona y ordenada que había llevado allí. Le había resultado tediosa a veces, pero se había visto tan zarandeada desde entonces, y se sentía tan agotada por esta última lucha consigo misma, que le parecía que incluso el estancamiento sería un descanso y un alivio. Así que empezó a considerar la posibilidad de hacer una larga visita a los Lennox cuando regresaran a Inglaterra como a un lugar..., no, de esperanza no, pero sí de ocio, en el que podría recuperar la fuerza y el dominio de sí misma. De momento, le parecía que todos los temas tendían hacia el señor Thornton; como si no pudiera olvidarse de él a pesar de sus esfuerzos. Si iba a ver a los Higgins, hablaban de él. Su padre había reanudado las clases con él y citaba continuamente sus opiniones; hasta la visita del señor Bell pondría sobre el tapete el nombre de su arrendatario; pues mandó recado de que creía que tendría que dedicar buena parte de su tiempo al señor Thornton, ya que

estaban preparando un nuevo contrato de arrendamiento y tenían que ponerse de acuerdo sobre las condiciones del mismo.

Capítulo XL

Discordancia

Margaret no esperaba disfrutar mucho con la visita del señor Bell, aunque se alegraba por su padre; pero cuando llegó su padrino, ocupó de inmediato la posición de amistad más natural del mundo. Él dijo que ella no tenía ningún mérito por ser lo que era: una joven tan absolutamente adorable, de las que le gustaban. Sólo era una cualidad hereditaria que poseía: aparecer y ganarse su estimación. Ella, a su vez, le reconoció el mérito de estar tan lozano y joven con la toga y el birrete de la universidad.

—Lozano y joven en cordialidad y amabilidad, quiero decir. Porque lo siento, pero debo admitir que sus opiniones me parecen las más anticuadas con que me he encontrado en todo este tiempo.

—¡Escucha a esta hija tuya, Hale! Su estancia en Milton la ha corrompido completamente. Es una demócrata, una republicana roja, pertenece a la Peace Society, es socialista...

—Papá, sólo lo dice porque defiende el progreso del comercio. El señor Bell lo mantendría aún en el intercambio de pieles de animales salvajes por bellotas.

—No, no. Yo cavaría la tierra y cultivaría patatas. Y esquilaría a los animales salvajes para hacer popelín con la lana. No exagere, señorita. Pero estoy cansado de este ajetreo. Todos atropellándose en su precipitación por hacerse ricos.

—No todos pueden sentarse cómodamente en sus habitaciones de la residencia universitaria y dejar que su riqueza aumente sin el menor esfuerzo por su parte. Seguro que hay muchos hombres aquí que estarían encantados si sus propiedades aumentaran como han hecho las tuyas sin tener que preocuparse para nada de ello —dijo el señor Hale.

—No creo que lo hicieran. Es el ajetreo y la lucha lo que les gusta. Y en cuanto a lo de sentarse tranquilamente y aprender del pasado o describir el futuro mediante trabajo fiel realizado con espíritu profético, la verdad, no creo que haya un solo hombre en Milton que sepa estarse quieto. Y es todo un arte.

—Supongo que la gente de Milton piensa que los de Oxford no saben moverse. Sería estupendo que se mezclaran un poco más.

—Sería estupendo para los miltonianos. Muchas cosas que pueden ser buenas para ellos serían muy desagradables para otros.

—¿No es usted de Milton? —preguntó Margaret—. Creía que se sentiría orgulloso de su ciudad.

—Confieso que no sé qué hay para sentirse orgulloso de ello. Si fueras a Oxford, Margaret, te enseñaría un lugar para enorgullecerse.

—¡Bueno! —dijo el señor Hale—, el señor Thornton vendrá a cenar con nosotros, y él está tan orgulloso de Milton como tú de Oxford. Podréis intentar haceros más tolerantes el uno al otro.

—Yo no necesito ser más tolerante, gracias —dijo el señor Bell.

—¿Va a venir a cenar el señor Thornton, papá? —preguntó Margaret en voz baja.

—A cenar o un poco después. No estaba seguro. Me dijo que no esperaríamos.

El señor Thornton había decidido no preguntar a su madre hasta dónde había llevado a cabo su proyecto de hablar con Margaret sobre su comportamiento impropio. Estaba seguro de que si la entrevista tenía lugar, la relación que hiciera su madre de lo ocurrido no haría más que irritarle y disgustarle, aunque sabía la alteración que sufriría al pasar por la mente de ella. Le horrorizaba incluso oír mencionar el nombre de Margaret; aunque la culpaba y estaba celoso de ella, aunque renunciaba a ella, la amaba profundamente, pese a sí mismo. Soñaba con ella. Soñaba que se acercaba a él bailando con los brazos abiertos, y con una ligereza y una alegría que le hacían odiarla, aunque le cautivaba. Pero la impresión de esta imagen de Margaret —despojada de todo el carácter de Margaret tan absolutamente como si algún espíritu maligno hubiera tomado posesión de su cuerpo— estaba tan grabada en su imaginación que cuando despertaba se sentía casi incapaz de separar a la Una de la Duessa, y el disgusto que le producía la segunda parecía envolver y desfigurar a la primera. Sin embargo, era demasiado orgulloso para reconocer su debilidad evitando verla. No buscaría ni eludiría la oportunidad de estar en su compañía. Y para convencerse de su capacidad de dominarse, no se apresuró en los asuntos de la tarde. Se obligó a hacer cada cosa con lentitud y deliberación insólitas, y que eran las ocho pasadas cuando llegó a casa del señor Hale. Tenía que negociar acuerdos en el estudio con el señor Bell, que siguió hablando cansinamente, sentado junto al fuego, cuando terminaron todos sus asuntos y podían haber subido a reunirse con los Hale. Pero el señor Thornton no estaba dispuesto a decir una palabra. Aguantó cada vez más irritado, pensando que el señor Bell era un compañero aburridísimo, mientras éste le devolvía el cumplido, diciéndose que el señor Thornton era el individuo

más seco y más brusco que había conocido, y totalmente desprovisto de inteligencia y de modales. Al final, oyeron un leve sonido arriba que sugirió la conveniencia de subir ya. Encontraron a Margaret con una carta en la mano, discutiendo con vehemencia el contenido de la misma con su padre. La dejó a un lado en cuanto entraron los caballeros.

Pero el señor Thornton captó con agudeza algunas palabras del señor Hale al señor Bell.

—Una carta de Henry Lennox. Margaret la considera muy esperanzadora.

El señor Bell asintió. Margaret estaba encarnada como una rosa cuando el señor Thornton la miró. Él sintió un impulso incontenible de levantarse en aquel mismo instante, salir de la estancia y no volver a poner los pies en aquella casa.

—Habéis tardado tanto —dijo el señor Hale— que creíamos que el señor Thornton y tú habíais seguido el consejo de Margaret y estabais intentando convertirlos el uno al otro.

—Y pensasteis que no quedaría nada de nosotros más que una opinión, como la cola del gato de Kilkenny. ¿Y puede saberse qué opinión creíais que tendría la vitalidad más obstinada?

El señor Thornton no sabía de qué estaban hablando y no se molestó en preguntarlo. El señor Hale tuvo a bien aclarárselo.

—Señor Thornton, esta mañana acusamos al señor Bell de cierta intolerancia oxoniense medieval con su ciudad natal. Y propusimos, Margaret, creo, que le convendría relacionarse un poco con los fabricantes de Milton.

—Disculpe. Margaret pensó que convendría a los fabricantes de Milton relacionarse un poco más con los hombres de Oxford. ¿No fue así, Margaret?

—Creo que mi idea fue que les beneficiaría a todos conocerse un poco mejor, no sé si fue idea mía o de papá.

—Así que ya ve, señor Thornton, deberíamos haber estado instruyéndonos el uno al otro abajo, en lugar de hablar de las familias Smith y Harrison desaparecidas. Sin embargo, estoy dispuesto a cumplir con mi parte ahora. Me pregunto cuándo se proponen vivir los hombres de Milton. Parece que dedican toda la vida a acumular los medios materiales para hacerlo.

—Supongo que con vivir se refiere usted a disfrutar.

—Sí, a disfrutar. No especifico de qué porque supongo que los dos consideramos el mero placer un gozo muy pobre.

—Preferiría que definiera la naturaleza de disfrutar.

—¡Bueno! Disfrutar de ocio, disfrutar del poder y la influencia que proporcionan el dinero. Todos luchan por conseguir dinero. ¿Para qué lo quieren?

El señor Thornton guardó silencio. Luego contestó:

—La verdad es que no lo sé. Pero yo no lucho por el dinero.

—¿Por qué, entonces?

—Es una pregunta muy personal. Tendría que ponerme al descubierto ante semejante catequista y no sé si estoy dispuesto a hacerlo.

—¡No! —dijo el señor Hale—; no seamos personales en nuestro catequismo. Ninguno de ustedes son hombres representativos. Ambos son demasiado individualistas para eso.

—No sé si considerarlo un cumplido. Me gustaría ser el representante de Oxford, con su belleza, su conocimiento y su noble historia antigua. ¿Qué opinas tú, Margaret? ¿Debo sentirme halagado?

—Yo no conozco Oxford. Pero existe una diferencia entre ser el representante de una ciudad y el hombre representativo de sus habitantes.

—Muy cierto, señorita Margaret. Ahora recuerdo que esta mañana estaba contra mí y era absolutamente miltoniana e industrial en sus preferencias.

Margaret advirtió la rápida mirada de sorpresa que le lanzó el señor Thornton y le disgustó la idea que podría sacar del comentario del señor Bell. Este prosiguió:

—Ay, ojalá pudiera enseñarte nuestra High Street, nuestra Radcliffe Square. No hablo de nuestros colegios, al igual que permito que el señor Thornton no mencione sus fábricas al hablar de los encantos de Milton. Tengo derecho a criticar a mi ciudad natal. Recuerden que soy de Milton.

Los comentarios del señor Bell irritaron exageradamente al señor Thornton. No estaba de humor para bromas. En otro momento, tal vez hubiera disfrutado de las críticas del señor Bell a una ciudad cuya vida distaba tanto de los hábitos que él había adquirido; su irritación le impulsó entonces a defender lo que nadie pretendía atacar en serio.

—No creo que Milton sea un modelo de ciudad.

—¿No arquitectónicamente? —preguntó con malicia el señor Bell.

—¡No! Estamos demasiado ocupados para preocuparnos de la mera apariencia exterior.

—No diga mera apariencia exterior —dijo el señor Hale amablemente—. Nos impresionan a todos desde la infancia, todos los días de nuestra vida.

—Un momento —dijo el señor Thornton—. Tenga en cuenta que no somos de la misma raza que los griegos, para quienes la belleza lo era todo y a quienes el señor Bell podría hablar de una vida de ocio y gozo sereno, buena parte del cual les entraba por los sentidos externos. No me propongo despreciarlos más de lo que los imitaría. Pero yo pertenezco a la estirpe teutónica. En esta región de Inglaterra está poco mezclada, menos que en otras. Conservamos buena parte de su lengua, conservamos más de su espíritu. Nosotros no consideramos la vida un tiempo para disfrutar, sino un tiempo para la acción y el esfuerzo. Nuestra gloria y nuestra belleza surgen de nuestra fuerza interior, que nos hace vencer la resistencia material y dificultades mayores incluso. Y somos teutones aquí en Darkshire en otro aspecto. Odiamos que nos impongan leyes elaboradas a distancia. Deseamos que nos dejen regirnos a nosotros mismos en lugar de entrometerse continuamente con su legislación imperfecta. Defendemos el gobierno autónomo y nos oponemos al centralismo.

—O sea, que les gustaría restaurar la heptarquía. Bien, de todos modos, retiro lo que dije esta mañana: que la gente de Milton no respeta el pasado. Adoran ustedes a Tor.

—Si no reverenciamos el pasado como ustedes en Oxford es porque queremos algo que pueda aplicarse al presente de forma más directa. Está muy bien cuando el estudio del pasado lleva a una profecía del futuro. Pero para hombres que se debaten a tientas en circunstancias nuevas sería mejor que las palabras de la experiencia nos indicaran cómo actuar en lo que nos concierne más íntima y directamente, que está lleno de dificultades que hay que afrontar. Y de la forma de hacerlo y superarlas (y no simplemente apartarlas de momento) depende nuestro futuro. Que nos ayude a abordar el presente la sabiduría del pasado. ¡Pero, no! La gente puede hablar de utopía mucho mejor que de la obligación del día siguiente; y, sin embargo, cuando otros cumplen fielmente ese deber, grita: «¡Qué vergüenza!».

—La verdad es que no sé de qué está hablando. ¿Se dignarían ustedes los hombres de Milton a exponer su problema actual a Oxford? Aún no nos han puesto a prueba.

El señor Thornton se rio de buena gana de esto.

—Creo que hablaba con referencia a algo que nos preocupa mucho últimamente. Pensaba en las huelgas que hemos soportado, que son asuntos bastante problemáticos y perjudiciales, como estoy descubriendo por experiencia. Y, sin embargo, esta última huelga, con la que estoy sufriendo, ha sido respetable.

—¡Una huelga respetable! —exclamó el señor Bell—. Me parece que ha llegado muy lejos en el culto a Tor.

Margaret sentía, más que ver, que el señor Thornton estaba disgustado porque tomaban continuamente a broma lo que él consideraba muy serio. Intentó cambiar de tema, pues aquél importaba muy poco a una parte mientras que a la otra le parecía profunda y personalmente interesante. Se obligó a decir algo.

—Edith dice que encuentra percales estampados en Corfú más baratos y mejores que en Londres.

—¿De verdad? —preguntó su padre—. Me parece que debe de ser una de las exageraciones de Edith. ¿Tú lo crees, Margaret?

—Yo sólo sé que ella lo dice, papá.

—Entonces yo lo creo —dijo el señor Bell—. Margaret, estoy tan convencido de tu sinceridad, que la extiendo incluso al carácter de tu prima. No creo que una prima tuya pueda exagerar.

—¿Tanto destaca la señorita Hale por la sinceridad? —preguntó el señor Thornton con amargura. Se hubiera mordido la lengua nada más hacerlo. ¿Qué era él? ¿Y por qué tenía que avergonzarla de aquel modo? ¡Qué malvado era esta noche! Se había puesto de mal humor por tener que esperar tanto rato para verla, le había irritado la mención de cierto nombre porque creía que era el de un amante más afortunado, y ahora se mostraba displicente porque había sido incapaz de debatir animosamente con alguien que sólo pretendía pasar una velada agradable con comentarios ligeros y despreocupados, el característico buen amigo de todas las reuniones, cuya actitud debería conocer perfectamente a aquellas alturas el señor Thornton, que le había tratado durante muchos años. ¡Y hablar a Margaret como lo había hecho! No se levantó y salió de la habitación como había hecho tiempo atrás cuando la brusquedad o el genio de él la irritaban. Siguió sentada en silencio, tras la primera mirada de dolida sorpresa como la de un niño ante un rechazo inesperado; pasó luego a una expresión de profunda tristeza, cargada de reproche; bajó después los ojos, se inclinó sobre la labor y no volvió a hablar. Pero él no pudo evitar mirarla y vio el leve temblor de su cuerpo, como si lo estremeciera un frío inusitado. Se sintió como se habría sentido la madre que se hubiera marchado dejando de «acunar y reñir» antes de que su leve sonrisa de plena confianza en el amor materno demostrara la renovación de su cariño. Daba respuestas escuetas; estaba molesto y enojado, incapaz de discernir la broma de la seriedad; deseoso únicamente de una mirada, una palabra de ella ante la que postrarse con humildad penitente. Pero ella no alzó la vista ni habló. Sus dedos finos volaban sobre la labor con tanta regularidad y rapidez como si le fuera la vida en ello. No podía sentir afecto por él, se dijo, pues, de lo contrario, el apasionado fervor de su anhelo la hubiese obligado a alzar la vista, aunque fuese un instante, para leer el tardío arrepentimiento en la suya.

Podría haberla golpeado antes de marcharse sólo para tener el privilegio de expresarle el remordimiento que roía su corazón mediante un insólito acto de grosería. Estuvo bien que cerrara la velada aquel largo paseo al aire libre. Le permitió calmarse y recuperar la firme resolución de verla lo menos posible a partir de entonces, ya que el simple hecho de ver su cara y su figura, de oír los sonidos de aquella voz (cual ráfagas de pura melodía) poseían semejante poder para desequilibrarle. ¡Muy bien! Había conocido lo que era el amor: ¡una herida profunda, una experiencia ardiente entre cuyas llamas se debatía! Pero lucharía para salir de aquel horno a la serenidad de la madurez, tanto más generoso y más humano por haber conocido esta gran pasión.

Cuando él salió de la estancia de forma un tanto brusca, Margaret se levantó de su asiento y empezó a recoger la labor en silencio. Las costuras largas eran gruesas e insólitamente pesadas para sus brazos lánguidos. Las curvas de su rostro se alargaron y tensaron y su aspecto era el de alguien que había pasado un día de extrema fatiga. Cuando los tres se disponían a retirarse, el señor Bell susurró una escueta crítica al señor Thornton.

—En mi vida he visto a un individuo tan estropeado por el éxito. No aguanta una palabra, ningún género de broma. Parece que todo ofenda su elevada dignidad. Antes era tan sencillo y tan noble como la luz del día; no podías ofenderle porque no tenía vanidad.

—No es vanidoso —dijo Margaret, apartándose de la mesa y hablando con serena claridad—. Esta noche no era él mismo. Tiene que haber pasado algo que le disgustara antes de venir.

El señor Bell le lanzó una de sus miradas penetrantes por encima de las gafas. Margaret la aguantó tranquilamente. Pero cuando ella salió de la habitación, él preguntó de pronto:

—Hale, ¿se te ha ocurrido alguna vez que tu hija y Thornton sientan el uno por el otro lo que los franceses llaman tendresse?

—¡Nunca! —repuso el señor Hale, primero sorprendido y luego nervioso por la nueva idea—. No, estoy seguro de que te equivocas. Estoy casi seguro de que estás en un error. Si hubiera algo, sería sólo por parte del señor Thornton. ¡Pobrecillo! Espero y confío en que no piense en ella, porque estoy seguro de que ella no le aceptaría.

—¡Bueno! Yo soy soltero y he evitado las aventuras amorosas toda la vida, así que tal vez no haya que tener en cuenta mi opinión. De lo contrario, ¡yo diría que había síntomas clarísimos en ella!

—Entonces creo que te equivocas —repuso el señor Hale—. Es posible que él se interese por ella, aunque la verdad es que ha sido casi grosera con él a veces. ¡Pero ella! En fin, estoy convencido de que nunca pensaría en él.

Semejante idea ni siquiera se le ha pasado por la cabeza.

—Tal vez por el corazón sí. Pero yo no he hecho más que apuntar una posibilidad. Tal vez me equivoque. Y tanto si me equivoco como si no, tengo mucho sueño. Así que, después de estropear el reposo nocturno (según compruebo) con mis inoportunas fantasías, me entregaré al mío con la conciencia tranquila.

Pero el señor Hale decidió que no se preocuparía por una idea tan descabellada; así que permaneció despierto, decidido a no pensar en ella.

El señor Bell se fue al día siguiente, pidiendo a Margaret que le considerara como alguien que tenía derecho a ayudarla y protegerla en todos sus problemas, fueran del género que fuesen. Y al señor Hale le dijo:

—Esa Margaret tuya se me ha metido en el corazón. Cuídala, porque es una criatura preciosísima, demasiado para Milton, en realidad sólo apropiada para Oxford. Me refiero a la ciudad, no a los hombres. Yo no conozco a nadie digno de ella todavía. Cuando lo haga, traeré al joven para que esté junto a tu joven mujer igual que el genio de las mil y una noches llevó al príncipe Camaralzaman a unirse con la princesa Badoura.

—Te ruego que no hagas nada parecido. Recuerda las desgracias que siguieron. Y además, yo no puedo prescindir de Margaret.

—Bueno, la verdad es que, pensándolo mejor, nos cuidará dentro de diez años, cuando seamos unos viejos enfermos y cascarrabias. ¡En serio, Hale! Me gustaría que dejaras Milton. Es un lugar muy poco adecuado para ti, aunque te lo recomendara yo. Si pudiera, eliminaría mis restos de dudas y aceptaría un beneficio universitario. Margaret y tú iríais a vivir a la casa parroquial, tú podrías ser una especie de coadjutor lego y te encargarías por mí del populacho. Y ella sería nuestra ama de casa sería, la Dama Generosa del lugar durante el día; y por la noche, nos leería hasta que nos durmiéramos. Yo sería muy feliz con esa vida. ¿Qué te parece a ti?

—Ni hablar —dijo el señor Hale sin vacilar—. Ya hice mi único gran cambio y he pagado el precio en sufrimiento. Me quedaré aquí siempre; y aquí me enterrarán y me perderé en la multitud.

—Pues yo no renuncio a mi plan. Aunque no te acosaré más con él ahora. ¿Dónde está la Perla? Vamos, Margaret, dame un beso de despedida. Y recuerda, cariño, dónde puedes encontrar un verdadero amigo para todo lo que esté en su poder. Eres mi niña, Margaret. ¡Recuérdalo, y que Dios te bendiga!

Así que volvieron a la monotonía de la vida tranquila que llevarían en lo sucesivo. Ya no había enferma por quien tener esperanza y temor; incluso los Higgins, por quienes tanto se había preocupado e interesado durante un

tiempo, parecían lejos de toda necesidad inmediata de su atención. Los niños Boucher, huérfanos también de madre, requerían la atención que Margaret podía procurarles. Iba con mucha frecuencia a ver a Mary Higgins, que se cuidaba de ellos. Las dos familias vivían en la misma casa: los niños mayores estaban en escuelas humildes, y a los más pequeños, mientras Mary trabajaba, los atendía la vecina amable cuyo sentido común había impresionado tanto a Margaret cuando murió Boucher. Por supuesto, le pagaban por las molestias; y en realidad, en todos estos pequeños planes y arreglos para los huérfanos, Nicholas demostró una sensatez y un criterio ordenado que no tenían nada que ver con sus actos anteriores más excéntricos. Estaba tan entregado a su trabajo que Margaret lo vio muy poco durante los meses de invierno; y cuando lo hizo comprobó que eludía cualquier referencia al padre de aquellos niños a quienes había tomado plena y cariñosamente a su cuidado. No hablaba fácilmente del señor Thornton.

—A decir verdad —dijo—, me desconcierta bastante. Es dos tipos. Uno que conocía hace tiempo como patrono cien por cien. El otro no tiene nada de patrón. No sé cómo pueden estar ambos unidos en el mismo cuerpo. Es un misterio que tengo que aclarar. Pero no me doy por vencido por eso, sin embargo. Mientras tanto, él viene aquí con frecuencia, y así he conocido al individuo que es un hombre, no un patrón. Y creo que yo le desconcierto a él tanto como él a mí, porque se sienta y escucha y mira como si yo fuera un animal raro recién capturado en alguna de las zonas. Pero no me amilano. Haría falta mucho para amilanarme en mi propia casa, como él comprende. Y le digo algunas de mis opiniones que me parece que hubiera sido mejor que le explicaran cuando era más joven.

—¿Y no le contesta? —preguntó el señor Hale.

—¡Bueno! No diré que sólo se beneficie él, aunque me atribuya el mérito de mejorarlo bastante. A veces dice alguna que otra cosa burda que no resulta agradable al principio, pero que luego cuando lo rumias tiene un sabor raro a verdad. Me parece que vendrá esta noche, por lo de la escuela de los niños. No está satisfecho con la calidad y quiere examinarlos.

—¿Cuáles son...? —empezó a decir el señor Hale, pero Margaret le tocó el brazo y le enseñó el reloj.

—Son casi las siete —le dijo—. Las tardes son más largas ahora. Vamos, papá.

No respiró tranquila hasta que estuvieron a una prudente distancia de la casa. Entonces, más calmada ya, lamentó haberse apresurado tanto. Porque ya casi nunca veía al señor Thornton y habría sido agradable verlo aquella noche si iba a casa de Higgins, por la antigua amistad.

¡Sí! Ya casi nunca iba a ver al señor Hale, ni siquiera por el frío y aburrido propósito de las clases. El señor Hale estaba disgustado por el desinterés de su alumno acerca de la literatura griega que tanto entusiasmo despertara en él hacía poco tiempo. Solía llegar una nota apresurada del señor Thornton en el último momento, en la que le comunicaba que estaba tan ocupado que no podía ir a la clase con el señor Hale. Y, aunque otros alumnos habían ocupado más que su lugar en cuanto a tiempo, ninguno ocupaba el lugar de su primer estudiante en el corazón del señor Hale. Estaba triste y deprimido por este cese parcial de una relación que había llegado a apreciar tanto, y solía sentarse a cavilar sobre la razón que podía haber ocasionado aquel cambio.

Una noche sorprendió a Margaret, que estaba sentada con su labor, preguntándole súbitamente:

—¡Margaret! ¿Has tenido alguna vez motivos para creer que el señor Thornton se interesaba por ti?

Casi se ruboriza al hacerle esta pregunta. Pero la idea del señor Bell, que había descartado, volvía a su mente una y otra vez, y las palabras habían brotado de su boca antes de que se diera cuenta de lo que hacía.

Margaret se tomó tiempo para contestar. Pero él supo cuál sería la respuesta por la inclinación de su cabeza.

—Sí; creo que sí. Oh, papá, debería habértelo dicho.

Dejó la labor y se cubrió la cara con las manos.

—No, cariño, no creas que te lo pregunto por impertinencia. Estoy seguro de que me lo habrías dicho si hubieras creído que podías corresponderle. ¿Te ha hablado de ello?

No hubo respuesta al principio. Luego se oyó un discreto y renuente «sí».

—¿Y le rechazaste?

Un largo suspiro. Una actitud más desvalida, débil, y otro «sí». Pero antes de que su padre pudiera hablar, Margaret alzó la cara, sonrosada de preciosa vergüenza, clavó los ojos en él y le dijo:

—Por favor, papá, no puedo decirte más de lo que te he dicho. Todo el asunto es muy doloroso para mí. Todo lo relacionado con ello me resulta tan amargo que no soporto pensar en ello ni hablar de ello. Siento mucho que hayas perdido a tu amigo, papá, pero yo no he podido evitarlo, no sabes cuánto lo lamento.

Se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en sus rodillas.

—También yo lo lamento, hija. El señor Bell me desconcertó realmente cuando me dijo algo por el estilo...

—¡El señor Bell! ¿Se dio cuenta el señor Bell?

—Un poco; pero se le metió en la cabeza que tú..., ¿cómo la diría? Que tú no veías con malos ojos al señor Thornton. Yo sabía que era imposible. Esperaba que todo fuera sólo imaginaciones tuyas; pero sabía perfectamente cuáles eran tus verdaderos sentimientos para suponer que pudieras gustarte el señor Thornton de ese modo. Lo lamento muchísimo.

Guardaron silencio unos minutos, sin moverse. Pero cuando él le acarició la cara poco después con ternura se sorprendió al notar que la tenía húmeda de lágrimas. Ella se levantó de un salto, sonrió con forzada alegría y se puso a hablar de los Lennox con tanto empeño en cambiar de conversación que el bondadoso señor Hale no se atrevió a volver al tema anterior.

—Mañana, sí, mañana llegarán a Harley Street. Oh, qué extraño resultará. Me pregunto en qué habitación pondrán el cuarto de los niños. Tía Shaw estará feliz con el bebé. ¿Te imaginas a Edith de mamá? Y el capitán Lennox... ¿A qué se dedicará ahora que ha renunciado a su puesto?

—Te diré una cosa —dijo su padre, deseoso de complacerla con este nuevo tema de interés—. Creo que tengo que prescindir de ti durante quince días para que vayas a la ciudad a ver a los viajeros. Te pondrías más al corriente en media hora de conversación con el señor Lennox sobre las posibilidades de Frederick que leyendo una docena de estas cartas tuyas; así que en realidad unirías diversión y trabajo.

—No, papá, no puedes prescindir de mí. Y lo que es más, no quiero que lo hagas. —Hizo una pausa y añadió—: Lamentablemente, estoy perdiendo la esperanza acerca de Frederick. Se muestra indulgente con nosotros, pero me doy cuenta de que el señor Lennox no confía en poder encontrar a los testigos en años y años. No —continuó—, esa ilusión era preciosa y muy cara a nuestros corazones; pero se ha roto como tantas otras; y tenemos que consolarnos alegrándonos de que Frederick sea tan feliz y de ser tan importantes el uno para el otro. Así que no me ofendas diciendo que puedes prescindir de mí, papá, porque te aseguro que no es verdad.

Pero la idea de un cambio arraigó y germinó en el corazón de Margaret, aunque no de la forma en que la había expuesto su padre al principio. Empezó a pensar en lo agradable que sería algo así para su padre, cuyo ánimo siempre débil le fallaba ahora con demasiada frecuencia, y cuya salud, aunque él nunca se quejaba, se había visto muy afectada por la enfermedad y la muerte de su esposa. Seguía atendiendo regularmente a sus alumnos, pero aquel dar sin recibir ya no podía llamarse compañía como cuando el señor Thornton acudía a estudiar con él. Margaret era consciente de la carencia que padecía, sin darse cuenta: la falta de una relación con otros hombres. En Helstone siempre existía la posibilidad de intercambiar visitas con los clérigos del entorno; y los pobres

campesinos que labraban los campos o volvían sin prisas a casa al atardecer, o atendían al ganado en el bosque, siempre estaban libres para hablar o escuchar. Pero en Milton todos estaban demasiado ocupados para conversar con sosiego y para cualquier intercambio serio de ideas. Ellos hablaban del comercio, que era algo muy presente y muy real. Y cuando cesaba la tensión mental relacionada con sus asuntos cotidianos, se sumían en el reposo baldío hasta la mañana siguiente. No podía hallarse al obrero tras la jornada laboral; se había ido a alguna conferencia o a algún club, o a alguna cervecería, según su personalidad. El señor Hale pensó en la posibilidad de dar un ciclo de conferencias en alguna de las instituciones municipales, pero se lo planteaba como una obligación y con tan escaso impulso de amor a su trabajo y al fin del mismo, que Margaret estaba convencida de que no lo haría bien hasta que pudiera considerarlo con un poco de celo.

Capítulo XLI

El fin del viaje

Así fue transcurriendo el invierno y los días empezaron a alargarse sin traer consigo la claridad esperanzadora que suele acompañar al sol de febrero. La señora Thornton no había vuelto a casa de los Hale, por supuesto. El señor Thornton iba muy de vez en cuando, y sus visitas eran sólo para el señor Hale y se reducían al estudio. El señor Hale le hablaba como lo había hecho siempre; en realidad, parecía que apreciaba todavía más su relación por lo poco que se veían. Y, por lo que pudo deducir Margaret de lo que había dicho el señor Thornton, la interrupción de sus visitas no se debía a ningún agravio o disgusto. Sus asuntos se habían complicado durante la huelga y requerían más atención de la que les había dedicado el pasado invierno. Margaret descubrió incluso que hablaba de ella alguna que otra vez, y siempre, que ella supiera, del mismo modo amistoso y sosegado, sin eludir ni buscar nunca la mención de su nombre.

No se sentía de humor para animar a su padre. La monótona calma del presente había estado precedida de un período tan largo de ansiedad y preocupación —entremezclado incluso con tormentas— que su pensamiento había perdido elasticidad. Procuraba ocuparse enseñando a los dos niños Boucher más pequeños, y procuraba hacerlo bien. Ponía en ello gran empeño, para ser más exactos, pues su corazón parecía inerte al final de todos sus esfuerzos; y aunque lo hacía puntual y laboriosamente, seguía tan lejos como siempre de la alegría; su vida parecía aún triste y aburrida. Lo único que hacía bien era lo que hacía por piedad espontánea: consolar y reconfortar en silencio

a su padre. No había anhelo suyo que no hallara comprensión en Margaret; ni un solo deseo de él que ella no intentara adivinar y satisfacer. Eran deseos tranquilos, sin duda, y nunca mencionados sin vacilación y excusas. Todavía más perfecto y más bello era su manso espíritu de obediencia. Marzo trajo la noticia de la boda de Frederick. Dolores y él escribieron; ella en inglés-español, como era lógico; él, con algunos giros e inversiones que demostraban lo mucho que el idioma del país de su esposa le estaba contagiando.

En cuanto recibió carta de Henry Lennox comunicándole las escasas posibilidades que existían de que pudiera exculparse en un consejo de guerra sin los testigos desaparecidos, Frederick escribió a su vez a Margaret una carta vehemente que contenía su renuncia a Inglaterra como patria. Deseaba poder desnaturalizarse, y declaraba que no aceptaría el perdón si se lo ofrecieran, ni viviría en el país aunque tuviera permiso para hacerlo. Esto le pareció a Margaret muy cruel al principio y le hizo llorar desconsolada. Pero luego, pensándolo mejor, vio en tales manifestaciones el patetismo de la desilusión que había aplastado así sus esperanzas, y decidió que no había más remedio que la paciencia. En la carta siguiente, Frederick hablaba tan entusiasmado del futuro que no pensaba en el pasado. Y Margaret tuvo entonces ocasión de emplear la paciencia que había anhelado para él. Tendría que ser paciente. Pero las cartas ingenuas, tímidas y preciosas de Dolores estaban empezando a encantar tanto a Margaret como a su padre. Era tan evidente el deseo de la joven española de causar buena impresión a los parientes de su amado, que su preocupación femenina asomaba en cada tachadura. Y las cartas que anunciaban la boda llegaron acompañadas de una mantilla negra preciosa elegida por Dolores para su desconocida cuñada, a quien Frederick había descrito como dechado de belleza, inteligencia y virtud. La situación material de Frederick había mejorado con el matrimonio hasta el nivel más alto que podían desear. Barbour & Co. era una de las casas españolas más importantes y Frederick se había incorporado a la misma como socio adjunto. Margaret sonrió levemente y suspiró al recordar de nuevo sus antiguas diatribas contra el comercio. ¡Y allí estaba ahora su hermano, su galante caballero, convertido en mercader, en comerciante! Pero luego se rebeló contra sí misma y protestó en silencio contra la confusión implícita entre un comerciante español y un industrial de Milton. El caso era que, comerciante o no, ¡Frederick era muy, muy feliz, Dolores tenía que ser encantadora y la mantilla era preciosa! Y entonces volvió a la vida presente.

Su padre había experimentado de vez en cuando cierta dificultad para respirar aquella primavera, que le había angustiado mucho. Margaret no se preocupó tanto porque dicha dificultad desaparecía completamente en los intervalos. Pero seguía estando tan deseosa de que él se tranquilizara, que insistió en que aceptase la invitación del señor Bell y fuera a verle a Oxford aquel mes de abril. La invitación del señor Bell incluía a Margaret. Más aún, le

había escrito una carta especial ordenándole que fuera; pero ella pensó que sería un gran alivio quedarse tranquilamente en casa sin responsabilidades de ningún tipo y descansar anímicamente como no había podido hacerlo en los últimos dos años y pico.

Cuando su padre se alejó en el coche camino de la estación, Margaret sintió lo grande y prolongada que había sido la presión en su tiempo y en su ánimo. Era asombroso, casi apabullante, sentirse tan desocupada. Nadie dependía de sus amorosos cuidados, cuando no de su capacidad de proporcionar verdadera dicha. No tenía que hacer planes ni pensar en ningún enfermo. Podía permanecer ociosa y tranquila en silencio. Y lo que le parecía mejor que todos los demás privilegios: podía sentirse desgraciada si quería. Durante los últimos meses había tenido que ocultar todos sus problemas y preocupaciones personales en un armario oscuro, pero ahora disponía de tiempo libre para sacarlos, llorar por ellos, analizarlos y buscar la verdadera forma de reducirlos a elementos de paz. Durante todas aquellas semanas había sido consciente de su existencia de un modo confuso, aunque estuvieran ocultos. Ahora los consideraría de una vez por todas y asignaría a cada uno de ellos su función exacta en su vida. Así que permaneció sentada, casi inmóvil, durante horas en la sala, repasando la amargura de cada recuerdo con firme resolución. Sólo gritó una vez ante la lacerante idea de la perfidia que había dado origen a aquella mentira degradante.

Ya ni siquiera reconocía la fuerza de la tentación. Sus planes para Frederick habían fracasado rotundamente y la tentación semejaba una burla absoluta: una burla que no había tenido nunca vida; ¡la mentira había sido estúpida y despreciable, vista a la luz de los acontecimientos posteriores, y la fe en el poder de la verdad era infinitamente más juiciosa!

En su nerviosismo abrió sin darse cuenta un libro de su padre que había sobre la mesa: las palabras que atrajeron su mirada parecían escritas para su estado actual de humillación.

Je ne voudrais pas reprendre mon coeur en ceste sorte: meurs de honte, aveugle, impudent, traistre et desloyal à ton Dieu, et semblables choses; mais je voudrais le corriger par voye de compassion. Or sus, mon pauvre coeur nous voilà tombé dans la fosse, laquelle nous avons tant résolu d'eschapper. Ah! Relevons-nous, et quittons-la pour jamais, réclamons la miséricorde de Dieu, et espérons en elle qu'elle nous assistera pour désormais estre plus fermes; et remettons nous au chemin de l'humilité. Courage, soyons meshuy sur nos gardes, Dieu nous aydera.

«El camino de la humildad, ay, ése es el que yo he dejado. Pero valor, corazón. Regresaremos y encontraremos la senda perdida con la ayuda de Dios».

Se levantó decidida a ponerse a trabajar de inmediato en algo para olvidarse de sí misma. Para empezar, llamó a Martha cuando pasó por la puerta de la sala hacia las escaleras, e intentó averiguar qué se ocultaba tras la actitud servicial, respetuosa y seria, que encostraba su carácter con una obediencia casi maquinal. Le costó bastante conseguir que Martha hablara de sus intereses personales; pero al final tocó su fibra sensible nombrando a la señora Thornton. La cara de Martha se iluminó entonces y, con un pequeño aliento, explicó una larga historia de la relación de su padre en la juventud con el marido de la señora Thornton, mejor dicho, de su posición de poder hacerle incluso cierto favor; Martha no sabía exactamente cuál, pues había ocurrido cuando ella era muy pequeña; y las circunstancias habían intervenido luego para separar a ambas familias hasta que Martha era casi adulta, cuando su padre había bajado cada vez más de su posición anterior como empleado de un almacén y, habiendo muerto su madre, ella y su hermana se habrían «perdido» (según la expresión de Martha) si no hubiese sido por la señora Thornton; ella las había buscado, se había preocupado por ellas y las había cuidado.

—Yo había tenido la fiebre y estaba muy delicada; y la señora Thornton, y también el señor Thornton, no descansaron hasta que consiguieron cuidarme en su propia casa, y me enviaron a la costa y todo. Los médicos dijeron que la fiebre era contagiosa, pero a ellos no les importó nada eso, sólo a la señorita Fanny y se fue a visitar a esa gente, la familia del hombre con quien se va a casar ahora. Así que aunque tenía miedo entonces todo ha terminado bien.

—¡La señorita Fanny va a casarse! —exclamó Margaret.

—Sí; y con un caballero rico, además, sólo que es mucho mayor que ella. Se llama Watson, y sus talleres están en un sitio más allá de Hayleigh. Es un matrimonio muy bueno, aunque él sea tan viejo.

Toda esta información sumió a Margaret en el silencio el tiempo suficiente para que Martha recobrarla la compostura y con ella su sequedad y apocamiento habituales. Limpió la chimenea, preguntó a qué hora debía preparar el té y salió de la estancia con la misma cara inexpresiva con que había entrado. Margaret tuvo que obligarse a no caer en la manía que le había dado últimamente de tratar de imaginar cómo afectaría al señor Thornton cualquier acontecimiento relacionado con él del que se enteraba: si le agradaría o le desagradaría.

El día siguiente dio clase a los pequeños Boucher y luego un paseo largo, y acabó con una visita a Mary Higgins. Se sorprendió al ver que Nicholas ya había vuelto a casa del trabajo; había creído que era más pronto de lo que en realidad era, porque oscurecía mucho más tarde. También él parecía, por su actitud, haberse adentrado un poco más en el camino de la humildad; era más sosegado y mucho menos presuntuoso.

—¿Así que su señor padre está de viaje, eh? —le dijo—. Me lo han dicho los pequeñajos. ¡Mira que son listos! Casi estoy por creer que ganan a mis chicas, aunque quizá esté mal decirlo, y más estando una de ellas en la tumba. Parece que hay algo en el tiempo que hace vagar a la gente. Mi patrón, allá en el taller, anda por esos mundos en algún sitio.

—¿Es ésa la razón de que haya vuelto tan pronto a casa hoy? —preguntó Margaret ingenuamente.

—No sabe nada de nada, la verdad —contestó él, desdeñoso—. Yo no soy de los que tienen dos caras, una delante del patrono y otra a sus espaldas. Conté la hora que daban los relojes de la ciudad antes de salir del trabajo. ¡No! Ese Thornton es bastante bueno para luchar con él, pero demasiado bueno para engañarlo. Fue usted quien me consiguió el puesto y le estoy agradecido. La de Thornton no es una mala fábrica para los tiempos que corren. Retírate, chico, y di tu precioso himno a la señorita Margaret. Muy bien, bien plantado y el brazo derecho tan recto como una espada. Uno, quieto; dos, espera; tres, preparado; cuatro, ¡ya!

El niño entonó un himno metodista, cuya letra no podía comprender pero cuyo ritmo había captado con la refinada cadencia de un miembro del Parlamento. Cuando Margaret terminó de aplaudir debidamente, Nicholas pidió otro y luego otro, con gran sorpresa de ella, que lo encontró así extraña e inconscientemente interesado en asuntos religiosos que antes había rechazado.

Llegó a casa pasada la hora de la cena habitual, pero tenía el consuelo de saber que nadie la estaba esperando y de poder pensar libremente mientras descansaba, en lugar de observar angustiada a otra persona para determinar si tenía que estar alegre o seria. Después de cenar, decidió examinar un grueso manojo de cartas y apartar las que había que tirar.

Encontró entre ellas cuatro o cinco del señor Henry Lennox sobre los asuntos de Frederick; y las leyó detenidamente otra vez, al principio con la única intención de determinar con exactitud la sutil casualidad de la que dependía la defensa de su hermano. Pero cuando acabó de leer la última y sopesó los pros y los contras, le llamó la atención la escasa revelación de carácter personal que contenían. La frialdad de la redacción demostraba claramente que el señor Lennox no había olvidado nunca su relación con ella en ningún interés que pudiera sentir por el tema de la correspondencia. Eran cartas ingeniosas, Margaret lo advirtió en un santiamén. Pero carecían del tono simpático y cordial. No obstante, debía conservarlas como valiosas. Así que las dejó con cuidado a un lado. Cuando concluyó esta tarea, se sumió en un ensueño. Y el pensamiento de su padre ausente ocupó de forma extraña la mente de Margaret aquella noche. Se sentía casi culpable de haber sentido su soledad (y, por lo tanto, la ausencia de él) como un alivio. Pero aquellos dos

días la habían reconfortado, infundiéndole fuerzas y esperanzas. Los planes que se le habían aparecido últimamente en guisa de tareas, ahora le parecían placeres. Se le había caído la venda morbosa de los ojos y veía su situación y su trabajo de forma más realista. Ojalá el señor Thornton le devolviera la amistad perdida. No, bastaría que fuera de vez en cuando a animar a su padre como antes, aunque ella no lo viera nunca. Entonces sentiría que el curso de su vida futura, si no de perspectiva brillante, se extendía ante ella claro y regular. Suspiró y se levantó para ir a acostarse. A pesar del «Un paso me basta», a pesar del único deber sencillo de devoción a su padre, seguían en su pecho la angustia y una punzada de dolor.

Y el señor Hale pensó en Margaret aquella noche de abril de forma tan extraña y persistente como ella en él. Se había fatigado recorriendo los antiguos lugares con sus viejos amigos. Había imaginado y exagerado el posible cambio de actitud que sus distintas opiniones podrían suponer en el recibimiento que le dieran sus amigos. Pues el señor Hale no había tenido muchos amigos. Había estudiado en uno de los colegios más pequeños y había sido siempre tímido y reservado. Pero quienes se habían molestado en la juventud en llegar a la delicadeza de pensamiento y sentimiento que se ocultaba bajo su silencio e indecisión, le tomaron verdadero cariño, un afecto matizado de cierta amabilidad protectora que habrían demostrado a una mujer. Y la renovación de esta bondad tras un intervalo de años, y un período de tanto cambio, le abrumó más de lo que podría haberlo hecho cualquier insolencia o crítica.

—Creo que nos hemos cansado demasiado —dijo el señor Bell—. Ahora estás pagando las consecuencias de haber vivido tanto tiempo en ese aire de Milton.

—Estoy cansado —dijo el señor Hale—. Pero no es el aire de Milton. Tengo cincuenta y cinco años y ese pequeño detalle explica por sí mismo la pérdida de fuerza.

—¡Tonterías! Yo tengo más de sesenta y no siento ninguna pérdida de fuerza, ni física ni mental. No quiero oírte hablar de ese modo. ¡Cincuenta y cinco! Pero si eres prácticamente un mozo.

El señor Hale movió la cabeza.

—¡Estos últimos años! —dijo. Pero tras una breve pausa se incorporó de la postura recostada en uno de los lujosos sillones del señor Bell y dijo con temblorosa y sincera gravedad:

—¡Bell! No creas que si hubiera previsto las consecuencias de mi cambio de opinión y de mi renuncia al beneficio..., ¡no!, ni aunque hubiera sabido cuánto sufriría ella, lo hubiera revocado, el acto de sincero reconocimiento de

que ya no tenía la misma fe que la Iglesia de la que era sacerdote. Cuando lo pienso ahora, aunque pudiera haber previsto el crudelísimo martirio de sufrimiento, todo el dolor de alguien a quien amaba, sé que hubiera hecho exactamente lo mismo en todo lo concerniente a dejar libremente la Iglesia. Tal vez lo hubiera hecho de otro modo y hubiera actuado con más prudencia en cuanto hice después por mi familia. Pero no creo que Dios me dotara de mucho juicio o fuerza —añadió, recostándose de nuevo.

El señor Bell se sonó la nariz ostentosamente antes de contestar.

—Te dio fuerza para seguir los rectos dictados de tu conciencia, y no creo que necesitemos fuerza más elevada o más sagrada que ésa; ni mayor sabiduría. Yo sé que no tengo tanta, y sin embargo los hombres me describen en sus ridículos libros como un sabio, un personaje independiente, resuelto y toda esa jerigonza. El mayor imbécil que se atiene a sus principios, aunque sea sólo limpiándose los zapatos en un felpudo, es más sabio y más resuelto que yo. ¡Pero qué pánfilos somos los hombres!

Siguió una pausa. Habló primero el señor Hale, retomando el hilo de su pensamiento:

—En cuanto a Margaret.

—¡Bueno! En cuanto a Margaret, ¿qué?

—Si yo muero...

—¡Tonterías!

—¿Qué sería de ella? Me lo pregunto con frecuencia. Supongo que los Lennox le pedirían que viviera con ellos. Procuero convencerme de que lo harán. Su tía Shaw la quería bien a su modo discreto; pero se olvida de amar a los ausentes.

—Una falta muy común. ¿Qué clase de personas son los Lennox?

—Él es apuesto, desenvuelto y agradable. Edith es una belleza mimada. Margaret la quiere con toda su alma, y Edith a ella con toda aquella de la que puede prescindir.

—Vamos, Hale, sabes que esa hija tuya es muy cara a mi corazón. Ya te lo había dicho. Por supuesto, como hija tuya y como ahijada mía, me tomé mucho interés por ella antes de verla la última vez. Pero en la última visita que os hice a Milton me cautivó. Fui una antigua víctima voluntaria, siguiendo el carro del conquistador. Pues, de verdad, es tan espléndida y tan serena como quien ha luchado y puede estar luchando y, sin embargo, tiene la victoria asegurada a la vista. Sí, a pesar de todas sus angustias actuales, ésa era la expresión de su rostro. Y así, todo cuanto tengo está a su disposición si lo necesita; y será suyo cuando yo muera, lo necesite o no. Además, yo mismo

seré su caballero galante, aunque sea sesentón y gotoso. En serio, amigo mío, tu hija será mi principal responsabilidad en la vida, y contará con toda la ayuda que puedan proporcionarle mi ingenio, mi sabiduría y mi buena voluntad. No creo que sea ningún motivo de preocupación. Pero sé desde hace mucho que si no te preocupas por algo no eres feliz. Me sobrevivirás muchos años. Los hombres delgados están siempre tentado y engañando a la muerte. Son los individuos robustos y rubicundos como yo los que se van siempre primero.

Si el señor Bell hubiera tenido visión profética habría visto la vela casi extinguida y al ángel de rostro grave y sereno muy cerca haciendo señas a su amigo. Aquella noche el señor Hale posó la cabeza en la almohada de la que no la levantaría con vida. El sirviente que entró en su habitación por la mañana, no recibió ninguna respuesta; se acercó a la cama y contempló el rostro hermoso y sereno que yacía blanco y frío bajo el indeleble sello de la muerte. Su expresión era sumamente tranquila. No había habido dolor, ni lucha. El corazón debía de habersele parado mientras descansaba.

El señor Bell quedó aturdido por la impresión. Y sólo se recobró cuando llegó el momento de indignarse ante las sugerencias de su hombre.

—¿Una investigación judicial? ¡Bah! ¡No creerá que lo he envenenado! El doctor Forbes dice que es el fin natural de una dolencia cardíaca. ¡Pobre Hale! ¡Agotaste ese tierno corazón tuyo antes de tiempo! ¡Pobre amigo mío! Cómo hablaba de esto... Wallis, prepáreme una bolsa de viaje en cinco minutos. Y yo hablando aquí. Que la prepare, le digo. Tengo que ir a Milton en el próximo tren.

La bolsa estuvo a punto, el coche también, y el señor Bell llegó al tren a los veinte minutos de haber tomado esa decisión. El tren de Londres pasó silbando, retrocedió un poco, y el jefe impaciente hizo subir a toda prisa al señor Bell. Éste se recostó en su asiento y cerró los ojos para intentar comprender cómo alguien lleno de vida el día anterior podía estar muerto hoy; las lágrimas se deslizaron furtivas en seguida entre sus pestañas entrecanas y, al sentirlas, abrió los ojos vivos y se mostró todo lo animoso que su firme determinación le permitía. No iba a lloriquear delante de un grupo de extraños. ¡Él no!

No había ningún grupo de extraños, sólo uno sentado en el mismo lado que él al otro extremo. El señor Bell lo miró disimuladamente para ver qué clase de hombre era el que podría haber estado observando su emoción. Y detrás de las grandes hojas extendidas del Times reconoció al señor Thornton.

—¡Caramba, Thornton! ¿Es usted? —exclamó, acercándose rápidamente a él. Le estrechó la mano con vehemencia, hasta que el apretón cesó en un súbito relajamiento, porque necesitaba la mano para limpiarse las lágrimas.

Había visto por última vez al señor Thornton en compañía de su amigo Hale.

—Voy a Milton, obligado a cumplir con un cometido triste. Tengo que dar a la hija de Hale la noticia de su muerte repentina.

—¡Muerte! ¡El señor Hale muerto!

—Sí. No dejo de repetírmelo: ¡Hale ha muerto! Pero eso no lo hace más real. Él ha muerto pese a todo. Se encontraba bien anoche cuando se acostó, todo parecía indicarlo, y estaba completamente frío cuando mi sirviente entró a llamarlo esta mañana.

—¿Dónde? No entiendo.

—En Oxford. Estaba pasando unos días conmigo. Hacía diecisiete años que no venía. Y éste ha sido el final.

No hablaron una palabra durante un cuarto de hora. Luego, el señor Thornton dijo:

—¡Y ella! —Y se paró en seco.

—¿Se refiere usted a Margaret? Sí. Voy a decírselo. El pobre no hacía más que pensar en ella anoche. ¡Santo cielo! Sólo anoche... ¡Y lo infinitamente lejos que está ahora! Pero yo tomaré a Margaret como mi hija por él. Anoche le dije que lo haría por ella. Bueno, ahora lo haré por los dos.

El señor Thornton hizo un par de tentativas de hablar, antes de conseguir formular las palabras:

—¡Qué será de ella!

—Creo que habrá dos partes esperándola: por lo pronto yo. Llevaría a un dragón real a vivir en casa si contratando semejante carabina y tomando personal propio pudiera hacer feliz mi vejez teniendo a Margaret por hija. ¡Pero están esos Lennox!

—¿Quiénes son? —preguntó el señor Thornton con tembloroso interés.

—Oh, londinenses elegantes, que probablemente creerán que tienen más derecho. El capitán Lennox es el marido de su prima, la chica con la que creció. Gente bastante buena, supongo. Y luego está la tía, la señora Shaw. ¡Podría haber una solución, tal vez, si propusiera matrimonio a esa respetable dama! Pero eso sería un último recurso. ¡Y luego está el hermano!

—¿Qué hermano? ¿Un hermano de su tía?

—No, no. Un Lennox listo (el capitán es tonto, ya me entiende); un joven abogado, que estará poniendo sus miras en Margaret. Sé que la ha tenido en la cabeza estos últimos cinco años o más, me lo dijo uno de sus colegas, y que sólo se contiene por la falta de fortuna de ella. Ahora desaparecerá ese

obstáculo.

—¿Cómo? —preguntó el señor Thornton, con curiosidad demasiado sincera para darse cuenta de la impertinencia de su pregunta.

—Bueno, tendrá mi dinero en cuanto yo muera. Y si ese Henry Lennox es mínimamente bueno para ella, y a ella le gusta, ¡perfecto! Podría encontrar otra forma de conseguir un hogar mediante un matrimonio. Tengo verdadero pánico de que me tiente la tía si me pilla desprevenido.

Ni el señor Bell ni el señor Thornton estaban de humor para bromas, así que ambos pasaron por alto los singulares comentarios del primero. El señor Bell silbó sin emitir sonido alguno, aparte de un prolongado soplo sibilante. Cambió de asiento sin encontrar comodidad ni reposo, mientras el señor Thornton permanecía inmóvil, con los ojos clavados en el periódico, que había alzado para darse tiempo a pensar.

—¿Dónde ha estado? —preguntó el señor Bell al poco rato.

—En Havre. Intentando descubrir el misterio de la enorme subida del algodón.

—¡Uf! Algodón y especulaciones y humo, maquinaria bien limpia y cuidada y obreros sucios y descuidados. ¡Pobre Hale! ¡Pobre Hale! No sabe usted el cambio que supuso para él desde Helstone. ¿Conoce New Forest?

—Sí —muy cortante.

—Entonces podrá calcular la diferencia entre aquello y Milton. ¿En qué parte estuvo usted? ¿Ha estado alguna vez en Helstone? ¿Es un pueblecito tan pintoresco como algunos del Odenwald! ¿Conoce Helstone?

—Sí, lo he visto. Fue un cambio enorme dejarlo para instalarse en Milton.

Alzó el periódico con aire decidido, como si estuviera resuelto a evitar la conversación; y el señor Bell volvió de buen grado a su ocupación anterior de intentar averiguar la mejor forma de comunicarle la noticia a Margaret.

Ella estaba en una ventana del piso de arriba. Lo vio apear. Adivinó la verdad instintivamente al momento. Se quedó plantada en medio de la sala, como paralizada en un primer impulso de correr escaleras abajo, y como si la sola idea de contenerse la hubiera convertido en piedra; tan blanca e inmóvil estaba.

—¡Oh, no me lo diga! Lo sé por su cara. Habría enviado..., no le habría dejado solo si estuviera vivo. ¡Ay papá, papá!

Capítulo XLII

¡Sola! ¡Sola!

La impresión había sido fuerte. Margaret cayó en una postración que no se manifestó en sollozos y lágrimas ni halló siquiera el alivio de las palabras. Permanecía echada en el sofá con los ojos cerrados y sólo hablaba cuando le decían algo, y entonces en susurros. El señor Bell estaba desconcertado. No se atrevía a marcharse ni se atrevía a pedirle que fuera con él a Oxford, según uno de los planes que había hecho en el viaje a Milton, pues su agotamiento físico no le permitiría realizar semejante esfuerzo, dejando al margen la escena a la que tendría que enfrentarse. El señor Bell siguió sentado junto al fuego, considerando qué sería mejor que hiciera. Margaret yacía a su lado inmóvil y casi sin aliento. Él no se movería de su lado ni siquiera para tomar lo que le había preparado Dixon y que le había instado a comer con sollozante cordialidad. Tomó un plato de algo que le subió. En general, era bastante especial y remilgado, e identificaba todos los sabores de su comida, pero aquel pollo especiado le supo a serrín. Cortó en trocitos pequeños un poco para Margaret y lo salpimentó bien; pero cuando Dixon intentó dárselo siguiendo las instrucciones de él, el lánguido cabeceo demostró que en el estado en el que se encontraba la comida la atragantaría, no la alimentaría.

El señor Bell exhaló un profundo suspiro; levantó las viejas piernas robustas (entumecidas por el viaje) de su cómoda posición y salió de la estancia detrás de Dixon.

—No puedo dejarla. Tengo que escribir a Oxford para que hagan los preparativos. Pueden seguir con ellos hasta que llegue yo. ¿No podría venir a acompañarla la señora Lennox? Le escribiré diciéndole que lo haga. Necesita a una amiga, aunque sólo sea para convencerla de que llore cuanto quiera.

Dixon lloraba por las dos. Se secó los ojos, recobró la voz y consiguió decir al señor Bell que a la señora Lennox le faltaba muy poco para el parto y no podría emprender ningún viaje en aquel momento.

—¡Bueno! Supongo que tendremos que pedírselo a la señora Shaw. Ha regresado a Inglaterra, ¿no?

—Sí señor, ha regresado. Pero no creo que esté dispuesta a dejar a la señora Lennox en un momento tan interesante —dijo Dixon, que no era muy partidaria de que se entrometiera en la casa una extraña a compartir con ella el cuidado de Margaret.

—¡Qué momento interesante ni qué...! —El señor Bell se limitó a mascullar el resto de la frase—. Pudo estar la mar de contenta en Venecia o en Nápoles o en alguno de esos lugares papistas en el último «momento

interesante» que tuvo lugar en Corfú, creo. ¿Y qué significa el «momento interesante» de esa mujercita próspera comparado con la situación de esta pobre criatura, la pobre Margaret desvalida, sin hogar y sin amigos, que yace inmóvil en ese sofá como si fuera un monumento y ella la estatua de piedra colocada sobre el mismo? Le aseguro que la señora Shaw vendrá. Encárguese de arreglar una habitación o lo que necesite para mañana por la noche. Yo me encargaré de que venga.

Así que el señor Bell escribió una carta que, según declaró la señora Shaw entre copiosas lágrimas, se parecía tanto a una del querido general cuando iba a darle un ataque de gota que siempre la apreciaría y la conservaría. Si le hubiera dado la opción de creer que podía negarse, mediante ruegos y súplicas, tal vez no hubiera ido a pesar de su sincero y profundo cariño por Margaret. Hacía falla la orden firme y brusca para conseguir que dominara su inercia y dejara que su doncella la llevara cuando acabó de prepararlo todo. Edith salió a lo alto de las escaleras, toda gorro y chal y lágrimas, mientras el capitán Lennox acompañaba a su madre al coche:

—No lo olvides, mamá: Margaret tiene que venir a vivir con nosotros. Sholto irá a Oxford el miércoles, y tienes que mandarle recado por el señor Bell de cuándo tenemos que esperaros. Y si necesitas a Sholto, puede ir de Oxford a Milton. No lo olvides, mamá; tienes que traer a Margaret.

Edith volvió a la sala. El señor Henry Lennox estaba cortando las hojas de una nueva revista. Dijo sin alzar la cabeza:

—Si no te gusta que Sholto esté tanto tiempo ausente, puedo ir yo a Milton y ayudar en lo que pueda, Edith.

—Oh, gracias —contestó Edith—, creo que el bueno del señor Bell hará cuanto pueda y no hará falta más ayuda. Sólo que uno no espera tanto *savoir faire* de un profesor residente. ¡Mi queridísima Margaret! ¿No será estupendo volver a tenerla aquí? Vosotros erais grandes aliados hace años.

—¿De veras? —preguntó él en tono indiferente, como si estuviera concentrado en un pasaje de la revista.

—Bueno, tal vez no. Lo he olvidado. Estaba tan absorta en Sholto. Pero ¿no es una suerte que si mi tío tenía que morir, lo haya hecho precisamente ahora que hemos vuelto y nos hemos instalado en la antigua casa y estamos completamente preparados para acoger a Margaret? ¡Pobrecilla! ¡Va a ser un cambio enorme para ella después de vivir en Milton! Pondré zaraza nueva en su dormitorio para que parezca nuevo y alegre y la anime un poco.

La señora Shaw viajó a Milton con el mismo ánimo bondadoso, preocupada de vez en cuando por el primer encuentro y preguntándose cómo discurriría; pero sobre todo pensando cuándo podría llevarse a Margaret de

«ese lugar horroroso» y regresar a la vida cómoda y agradable de Harley Street.

—¡Santo cielo! ¡Mira esas chimeneas! —le dijo a su doncella—. ¡Pobre hermana mía! ¡Creo que no habría podido descansar en Nápoles si hubiera sabido cómo era! Tenía que haber venido a llevármelas a ella y a Margaret.

Y reconoció en su fuero interno que siempre había considerado a su cuñado un hombre bastante débil, aunque nunca tanto como ahora, al ver el lugar por el que había dejado la preciosa casa de Helstone.

Margaret seguía en el mismo estado: pálida, inmóvil, sin hablar y sin llorar. Le habían dicho que su tía estaba en camino, pero no había manifestado sorpresa, ni alegría ni disgusto. El señor Bell, que había recuperado el apetito y hacía honor a los esfuerzos de Dixon para satisfacerlo, insistió en vano en que probara unas mollejas con ostras. Pero ella movió la cabeza con la misma obstinación muda que el día anterior y él se vio obligado a consolarse del rechazo tomándose las todas. Margaret fue la primera que oyó pararse el coche que había llevado a su tía desde la estación. Parpadeó, y se le colorearon y le temblaron los labios. El señor Bell bajó a recibir a la señora Shaw. Y cuando ambos subieron, Margaret se había levantado e intentaba aguantarse en pie. Cuando vio a su tía avanzó hacia ella con los brazos abiertos para recibirla y halló al fin el ardiente consuelo de las lágrimas en el hombro de la señora Shaw. Todos los pensamientos de amor sereno, de ternura de años de relación con la difunta, todo ese parecido inexplicable de aspecto, tono y gesto que resulta propio de una familia y que le recordó a Margaret tan intensamente a su madre en aquel momento, ablandaron su corazón entumecido y la hicieron deshacerse en lágrimas ardientes.

El señor Bell salió furtivamente de la estancia y bajó al estudio, donde pidió que encendieran el fuego e intentó distraer sus pensamientos hojeando algunos libros que bajó de las estanterías. Cada uno provocaba un recuerdo o una sugestión de su amigo difunto. Podría ser un cambio de ocupación de sus dos días de velar a Margaret, pero no fue un cambio de pensamiento. Se alegró al oír la voz del señor Thornton, que preguntaba algo en la puerta. Dixon le estaba despachando con bastante displicencia; pues la llegada de la doncella de la señora Shaw había llevado consigo visiones de antigua grandeza de la familia Beresford, de la «posición» (como le gustaba decir a ella) de la que su señorita había sido separada y a la que, gracias a Dios, volvería ahora. Esas visiones (que Dixon había considerado complacida en su conversación con la doncella de la señora Shaw, sonsacándole hábilmente al mismo tiempo todos los detalles de posición e importancia relacionados con el personal de Harley Street, para edificación de la atenta Martha) inclinaron bastante a Dixon a la altivez en su trato con cualquier habitante de Milton; así que aunque siempre había sentido un temor reverencial por el señor Thornton, le dijo que no podía

ver a nadie de la casa aquella noche en el tono más cortante que se atrevió a adoptar. Y le molestó bastante que la contradijera el señor Bell, que abrió la puerta del estudio y gritó:

—¡Thornton! ¿Es usted? Venga un momento. Quiero hablar con usted.

Así que el señor Thornton pasó al estudio y Dixon tuvo que retirarse a la cocina, donde recuperó el amor propio con una historia prodigiosa sobre el coche de seis caballos que tenía sir John Beresford cuando era juez del condado.

—En realidad no sé lo que quería decirle. Es bastante aburrido sentarse en una habitación donde todo te recuerda a un amigo muerto. Pero Margaret y su tía necesitan la sala para ellas solas.

—¿Ha llegado la señora..., su tía? —preguntó el señor Thornton.

—¿Llegado? Sí, con doncella y todo. ¡Cualquiera pensaría que podría haber venido sola en un momento como éste! ¡Y ahora tendré que irme de aquí y conseguir llegar al Clarendon!

—No tiene que ir al Clarendon. En casa hay cinco o seis dormitorios libres.

—¿Bien ventilados?

—Creo que en eso puede confiar en mi madre.

—Entonces subiré corriendo a dar las buenas noches a esa niña pálida y a despedirme de su tía y me voy con usted ahora mismo.

El señor Bell se demoró bastante arriba. El señor Thornton empezó a pensar que demasiado, pues estaba muy ocupado y le había costado bastante hacer un hueco para ir hasta Crampton a preguntar por la señorita Hale.

Cuando al fin se marcharon, el señor Bell dijo:

—Me retuvieron esas mujeres en la sala. La señora Shaw quiere regresar en seguida (dice que por su hija) y quiere llevarse a Margaret. Pero ella no está en mejores condiciones para viajar de lo que lo estoy yo para volar. Además dice, y con toda la razón del mundo, que tiene amigos a los que debe ver, que quiere despedirse de varias personas; y su tía la hizo preocuparse por viejos derechos preguntándole si se había olvidado de los antiguos amigos. Y ella contestó llorando a lágrima viva que se alegraría bastante de marcharse de un lugar donde había sufrido tanto. Yo tengo que regresar a Oxford mañana y no sé de qué lado inclinarme.

Hizo una pausa, como si esperara respuesta a una pregunta. Pero no recibió ninguna de su compañero, el eco de cuyos pensamientos seguía repitiendo:

«Donde había sufrido tanto». Así se recordarían aquellos dieciocho meses

en Milton —que él consideraba tan valiosos—, incluso con toda su amargura, que compensaba el resto de la dulzura de la vida. Ni la pérdida del padre, ni la pérdida de la madre, a quien tanto estimaba el señor Thornton, podían haber estropeado el recuerdo de las semanas, los días y las horas en que un paseo de dos millas, cada paso del cual era grato porque le acercaba cada vez más a ella, lo llevaba a su dulce presencia; y cada paso del cual era precioso, cuando cada momento recurrente que lo alejaba de ella le hacía recordar alguna gracia nueva de su conducta o la agradable acritud de su carácter. ¡Sí! Nada de lo que le hubiera ocurrido a él era ajeno a su relación con ella, él nunca podría hablar de aquel tiempo en que la había visto a diario, en que la había tenido a su alcance, como si dijéramos, como una época de sufrimiento. Para él había sido una época espléndida y suntuosa, con todas sus heridas y afrentas, comparada con la pobreza que amenazaba y reducía la expectativa del futuro a la sordidez, y la vida a una atmósfera sin esperanza ni temor.

La señora Thornton y Fanny estaban en el comedor; la segunda, en un revuelo jubiloso mientras la doncella alzaba una tela brillante tras otra para ver el efecto de los vestidos de boda a la luz de la vela. Su madre se esforzaba por comprenderla, lo intentaba de veras, pero no podía. Ni pruebas ni vestidos eran lo suyo, y lamentaba profundamente que Fanny no hubiese aceptado la oferta de su hermano y hubiera encargado los trajes de la boda a uno de los mejores modistos de Londres, con lo que se habría ahorrado las interminables y pesadas discusiones y la molesta indecisión provocadas por su empeño en elegirlo y supervisarlos todo ella. El señor Thornton consideraba un placer demostrar su agradecida aprobación a cualquier hombre sensato que se sintiera cautivado por los mediocres encantos de Fanny, facilitando a su hermana abundantes medios para que se procurara sus galas, que sin duda competían con el prometido en su estimación, si es que no lo superaban. Fanny se ruborizó y sonrió cuando aparecieron su hermano y el señor Bell, revoloteando entre las señales de su tarea de una forma que no habría podido dejar de llamar la atención de nadie más que del señor Bell. Si él pensó en ella y en sus sedas y satenes, fue sólo para compararla y compararlos con la pena pálida que había dejado atrás, sentada inmóvil con la cabeza inclinada y las manos cruzadas en una habitación donde la quietud era tan grande que casi creías que el bullicio de tus oídos tensos se debía a los espíritus de los muertos que seguían entre sus seres queridos. Pues, cuando el señor Bell había subido al piso de arriba, la señora Shaw dormía en el sofá; y ni el más leve sonido quebraba el silencio.

La señora Thornton dio la bienvenida al señor Bell con ceremoniosa cordialidad. Nunca era tan gentil como cuando recibía a los amigos de su hijo en casa de su hijo. Y cuanto más imprevistas fuesen las visitas, más a gala tenía ella realizar sus admirables preparativos domésticos para que se sintieran cómodos.

—¿Cómo está la señorita Hale? —preguntó.

—Completamente destrozada por el último golpe.

—Estoy segura de que será un gran consuelo contar con un amigo como usted.

—Ojalá fuera el único, señora. Creo que puede parecer muy brutal, pero me he visto desplazado y sustituido en mi papel de confortador por su buena tía; y tiene primos y demás que la reclaman en Londres, como si fuera un perrillo faldero de su propiedad. Y ella está demasiado débil y se siente demasiado desgraciada para decidir por sí misma.

—Sin duda tiene que estar débil —dijo la señora Thornton con un sentido implícito que su hijo entendió perfectamente. Y añadió—: Pero ¿dónde estaban esos parientes todo el tiempo que la señorita Hale parecía no tener ningún amigo y ha tenido que soportar tanta angustia?

Pero la respuesta a su pregunta no le interesaba tanto como para esperar. Salió de la estancia para encargarse de los preparativos necesarios.

—Vivían en el extranjero. Tienen cierto derecho sobre ella. Tengo que reconocerlo. La tía la educó y su prima y ella han sido como hermanas. Lo que me fastidia es que quería prohijarla; y tengo celos de esa gente, me parece que no valora el privilegio de su derecho. Claro que sería diferente si la reclamara Frederick.

—¡Frederick! —exclamó el señor Thornton—. ¿Quién es? ¿Qué derechos...?

Se interrumpió de pronto sin acabar su vehemente pregunta.

—¡Frederick! —exclamó a su vez el señor Bell sorprendido—. Pero ¿no lo sabe? Es su hermano. ¿No le han hablado...?

—Es la primera vez que oigo su nombre. ¿Dónde está? ¿Quién es?

—Estoy seguro de que le hablé de él cuando la familia vino a Milton. Es el hijo que estuvo involucrado en aquel motín.

—Es la primera vez que oigo hablar de él. ¿Dónde vive?

—En España. Se expone a que le detengan en cuanto ponga los pies en Inglaterra. ¡Pobrecillo! Lamentará no poder asistir al entierro de su padre. Tendremos que conformarnos con el capitán Lennox; pues no conozco a ningún otro pariente a quien recurrir.

—Espero que me permita asistir a mí.

—Por supuesto; se lo agradezco. Es usted una buena persona, en realidad, Thornton. Hale lo estimaba. Todavía el otro día me habló de usted en Oxford.

Lamentaba haberle visto tan poco últimamente. Le agradezco que desee presentarle sus respetos.

—Y en cuanto a Frederick, ¿no ha vuelto nunca a Inglaterra?

—Nunca.

—¿No estuvo aquí cuando murió la señora Hale?

—No. Bueno, yo estaba aquí entonces. Hacía muchos años que no veía a Hale; y recordará usted que vine. No, vine un tiempo después. Pero el pobre Frederick Hale no estuvo aquí entonces. ¿Qué le ha hecho pensar que sí?

—Un día vi a un joven paseando con la señorita Hale —repuso el señor Thornton— y creo que fue por entonces más o menos.

—Oh, sería este joven Lennox, el hermano del capitán. Es abogado y mantenían correspondencia; y recuerdo que el señor Hale me comentó que creía que vendría. ¿Sabe usted —añadió, dando media vuelta y cerrando un ojo para concentrarse mejor en el agudo escrutinio del rostro del señor Thornton— que una vez creí que sentía usted cierta ternura por Margaret?

No hubo respuesta. Ningún cambio en su semblante.

—Y también el pobre Hale. Él al principio no, no hasta que se lo metí yo en la cabeza.

—Admiraba a la señorita Hale. Todos tienen que hacerlo. Es una criatura encantadora —dijo el señor Thornton, acorralado por el interrogatorio pertinaz del señor Bell.

—¡Eso es todo! Puede hablar de ella en ese tono comedido diciendo simplemente que es «una criatura encantadora», simplemente algo que llama la atención. Esperaba que tuviera la nobleza suficiente para rendirle el homenaje del corazón. Aunque creo, en realidad lo sé, que le habría rechazado; aun así, haberla amado sin que le correspondiera le habría elevado más que a todos esos, quienesquiera que sean, que nunca la han conocido para amarla. «¡Criatura encantadora!». ¡Vamos! ¡Habla de ella como si fuera un caballo o un perro!

Los ojos del señor Thornton brillaban como ascuas encendidas.

—Antes de hablar así, señor Bell —le dijo—, debe recordar que no todos los hombres son tan libres de expresar sus sentimientos como usted. Hablemos de otra cosa.

Pues, aunque le brincaba el corazón a cada palabra del señor Bell como a un toque de corneta, y aunque sabía que cuanto había dicho uniría estrechamente en adelante el recuerdo del viejo profesor de Oxford a todo lo que más apreciaba, aun así, no le obligaría a decir nada de lo que sentía por

Margaret. Él no era un pájaro burlón para intentar ganar a otro en elogios sólo porque ensalzara lo que él respetaba y amaba apasionadamente. Así que pasó a uno de los áridos asuntos que se interponían entre el señor Bell y él como propietario y arrendatario.

—¿Qué es ese montón de ladrillos y cemento con que tropezamos en el patio? ¿Hacen falta reparaciones?

—No, ninguna, gracias.

—¿Está construyendo por su cuenta? Si es así, le estoy muy agradecido.

—Estoy construyendo un comedor para los hombres. Para los obreros, quiero decir.

—Hubiera pensado que era usted difícil de complacer si esta habitación no fuese lo bastante buena para satisfacerle, siendo soltero.

—He conocido a un individuo curioso y he llevado a la escuela a dos niños por los que él se interesa. Así que cuando pasaba cerca de su casa un día, fui por algún pago insignificante que había que hacer, y vi una comida miserable tan achicharrada, una carne tan carbonizada y grasienta que empecé a pensar. Pero hasta que las provisiones subieron tanto este invierno no se me ocurrió que comprando las cosas al por mayor y cocinando una buena cantidad de provisiones podría ahorrarse mucho dinero y ganarse mucho bienestar. Así que hablé con mi amigo (o enemigo), el hombre que le he mencionado, y él criticó todos los detalles de mi plan; entonces lo dejé a un lado, tanto por irrealizable como porque llevarlo a cabo supondría inmiscuirme en la independencia de mis hombres; y luego, un buen día aparece este Higgins y me propone gentilmente un plan casi idéntico al mío, tanto que podría haberlo declarado propio; y, además, la aprobación de varios de sus compañeros de trabajo con los que había hablado. Confieso que me irritó un poco su actitud y pensé en echarlo todo por la borda y olvidarme del asunto. Pero luego me pareció estúpido renunciar a un plan que una vez me había parecido acertado y perfecto sólo porque no me reconocieran todo el mérito y la importancia debidos al autor. Así que acepté sin más el papel que me asignaron, que viene a ser algo así como despensero de un club. Compro las provisiones al por mayor y suministro a una buena supervisora o cocinera.

—Espero que sea usted eficaz en su nueva función. ¿Es buen juez de las patatas y las cebollas? Aunque supongo que le ayudará en las compras la señora Thornton.

—En absoluto —repuso el señor Thornton—. Ella se opone a todo el plan y ya ni lo mencionamos. Pero me las arreglo bastante bien. Compro grandes stocks en Liverpool y el carnicero de nuestra familia me abastece de carne. Le aseguro que las comidas calientes que prepara la encargada no son en modo

alguno desdeñables.

—¿Prueba usted cada plato que sirven en virtud de su cargo? Supongo que tendrá una vara de mando.

—Al principio era muy escrupuloso, limitándome a la parte de la compra, e incluso en eso seguía las órdenes de los hombres, transmitidas por mediación de la encargada, más que guiarme de mi propio juicio. En determinado momento, el vacuno era demasiado grande; y en otro, el cordero demasiado poco gordo. Creo que se dieron cuenta de que ponía mucho cuidado en no inmiscuirme ni imponerles mis ideas. Un día, unos cuantos, mi amigo Higgins entre ellos, me preguntaron si quería ir a tomar un tentempié. Estaba muy ocupado aquel día, pero comprendí que se ofenderían si no aceptaba, después de haber dado ellos el primer paso. Así que fui, y le aseguro que no he comido mejor en mi vida. Les dije (a los que estaban a mi lado, porque nunca he sido buen orador) que me gustaba muchísimo; y durante bastante tiempo, siempre que tocaba ese guiso especial, estaba seguro de que aquellos hombres me avisarían con un «Patrón, hoy hay estofado, ¿vendrá?». Si no me hubieran invitado no me habría metido en sus asuntos más de lo que hubiera ido al rancho en los cuarteles sin invitación.

—Yo diría que debe limitar usted bastante la conversación de sus anfitriones. No pueden meterse con los patronos estando usted delante. Supongo que lo dejan para los días que no hay estofado.

—¡Bueno! Hasta ahora hemos evitado todos los asuntos controvertidos. Pero si surge de nuevo alguna de las viejas disputas, le aseguro que diré lo que pienso el siguiente día de estofado. Pero usted no conoce apenas a los hombres de Darkshire, aunque sea también de Darkshire. ¡Tienen un sentido del humor y un gracejo increíbles! Estoy llegando a conocer realmente a algunos y hablan con toda libertad delante de mí.

—No hay nada como comer juntos para igualar a los hombres. La muerte no es nada en comparación: el filósofo muere sentenciosamente; el fariseo, ostentosamente; el simple, humildemente; y el pobre idiota tan ciegamente como el gorrión cae a tierra; pero el filósofo y el idiota y el publicano y el fariseo comen todos del mismo modo, dada una digestión igualmente buena. ¡Ahí tiene una teoría!

—En realidad yo no tengo ninguna teoría. Detesto las teorías.

—Le pido disculpas. Para demostrarle mi arrepentimiento, ¿aceptaría un billete de diez libras para su compra y dar un banquete a los pobres hombres?

—Gracias. Pero preferiría no hacerlo. Me pagan un alquiler por los locales del horno y el comedor detrás de los talleres: y tendrán que pagar más por el comedor nuevo. No quiero que se convierta en una obra de caridad. No quiero

donativos. En cuanto lo hiciera, la gente empezaría a hablar y estropearían la sencillez de todo el asunto.

—La gente hablará de cualquier plan nuevo. No puede evitarlo.

—Mis enemigos, si tengo alguno, quizá armen un alboroto filantrópico sobre este plan; pero usted es un amigo y espero que otorgue a mi experimento el respeto del silencio. Sólo es una escoba nueva de momento, y barre bastante bien. Pero luego nos encontraremos con muchos escollos, sin duda.

Capítulo XLIII

El traslado de Margaret

La señora Shaw tomó una aversión a Milton tan fuerte como podía hacerlo una dama delicada como ella. Era una ciudad ruidosa y llena de humo, la gente pobre que veía por las calles era sucia, las damas ricas vestían de forma extravagante y no había visto ni a un hombre, rico o pobre, con ropa a la medida. Estaba convencida de que Margaret no recuperaría las fuerzas mientras siguiera allí. Ella misma temía sufrir uno de sus antiguos ataques de nervios. Margaret tenía que marcharse con ella y tenía que hacerlo cuanto antes. Ése, si no la fuerza exacta de las palabras, fue de todos modos el ánimo de lo que recomendó a Margaret, hasta que, débil, cansada y abatida, le prometió de mala gana que en cuanto pasara el miércoles volvería con ella a la ciudad, dejando que Dixon se ocupara de pagar las facturas, vender los muebles y cerrar la casa. Antes de aquel miércoles —aquel miércoles triste en que iban a enterrar al señor Hale, lejos de los hogares que había conocido en vida y lejos de la esposa que yacía sola entre extraños (y esto último era el gran problema de Margaret, pues creía que si no se hubiera entregado a aquel incontenible estupor durante los primeros días tristes, podría haber organizado las cosas de otro modo)—, antes de aquel miércoles, Margaret recibió una carta del señor Bell.

Querida Margaret:

Me proponía regresar a Milton el jueves, pero lamentablemente coincide con una de las raras ocasiones en que los compañeros de Plymouth tenemos que cumplir ciertos deberes y no puedo faltar. El capitán Lennox y el señor Thornton están aquí. El primero parece un hombre elegante y bienintencionado; y ha propuesto ir a Milton y ayudarte a buscar el testamento. Es evidente que no existe o ya lo habrías encontrado a estas alturas si has seguido mis instrucciones. El capitán dice que luego tiene que llevaros a casa a ti y a su suegra; y, encontrándose su esposa en el estado en que se

encuentra, no veo cómo puedes esperar que se quede más allá del viernes. No obstante, esa Dixon tuya es leal, y sabe defenderse sola y defender tus intereses hasta que llegue yo. Pondré los asuntos en manos de mi abogado de Milton si no hay testamento; pues dudo que este elegante capitán sea un gran hombre de negocios. Sin embargo, sus mostachos son espléndidos. Habrá que hacer una venta; así que selecciona lo que quieres conservar. O puedes enviar luego una lista. Ahora dos cosas más y terminaré. Ya sabes, y si no lo sabes tu pobre padre sí lo sabía, que te dejaré todos mis bienes y mi dinero cuando muera. No es que piense morirme todavía; pero lo menciono sólo para explicar lo siguiente. Parece que estos Lennox te tienen mucho cariño ahora; y tal vez siga siendo así; o tal vez no. Así que es mejor empezar con un acuerdo formal; es decir, que les pagarás doscientas cincuenta libras anuales mientras ellos y tú consideréis agradable vivir juntos. (Eso incluye a Dixon, por supuesto; no te dejes engatusar para pagar más por ella). Así no te verás abandonada a tu suerte si algún día el capitán quiere tener la casa para él solo, sino que podrás irte con tus doscientas cincuenta libras a alguna otra parte; eso si no te he pedido antes que vengas a llevar mi casa. Luego, en cuanto a ropa, Dixon, gastos personales y dulces (todas las jóvenes toman dulces hasta que les llega la sensatez con la edad): consultaré a una dama que conozco y veré cuánto te quedará de tu padre antes de determinar esto. Bien, Margaret, ¿has salido corriendo antes de llegar hasta aquí, preguntándote qué derecho tiene el viejo a arreglar tus asuntos tan caballerosamente?

Estoy seguro de que lo has hecho. Pero te diré que el viejo tiene un derecho. Ha estimado a tu padre durante treinta y cinco años. Le acompañó el día de su boda; le cerró los ojos cuando murió. Y, además, es tu padrino. Y como no puede beneficiarte mucho espiritualmente, pues conoce en secreto tu superioridad en tales asuntos, le complacería hacerte el pobre bien de dotarte materialmente. Y el viejo no tiene ningún pariente conocido en la tierra; «¿quién va a llorar a Adam Bell?», y todo su corazón está empeñado en esta única cosa y Margaret Hale no es la chica que le dirá que no. Escríbeme a vuelta de correo aunque sean sólo dos líneas dándome tu respuesta, pero no las gracias.

Margaret tomó una pluma y escribió con mano temblorosa: «Margaret Hale no es la chica que le dirá que no». En su estado de debilidad no se le ocurrieron otras palabras, aunque le irritó emplear éstas. Pero se fatigó tanto con este leve esfuerzo que si hubiera sabido algún otro medio de aceptación no se habría incorporado para escribir ni una sílaba. Se vio obligada a echarse de nuevo, y procuró no pensar.

—¡Queridísima niña! ¿Te ha disgustado o preocupado la carta?

—¡No! —contestó Margaret débilmente—. Estaré mejor cuando pase mañana.

—Estoy segura de que no te sentirás mejor hasta que no te saque de esta atmósfera insoportable, cariño. No concibo cómo lo has soportado estos dos años.

—¿Adónde iba a ir? No podía dejar a mamá y a papá.

—Bueno, no te aflijas, cariño. Tal vez fuera mejor así, pero no tenía ni idea de que vivirais de este modo. La mujer de nuestro mayordomo vive en una casa mejor que ésta.

—A veces es preciosa..., en verano; no puedes juzgar por su aspecto ahora. He sido muy feliz aquí —dijo Margaret, y cerró los ojos para poner fin a la conversación.

La casa rebosaba comodidad entonces, comparada con lo que había sido. Las tardes eran frescas y encendieron las chimeneas de todos los dormitorios por orden de la señora Shaw. Mimaba a Margaret de todos los modos posibles y compraba las golosinas y los manjares más exquisitos en los que ella misma hubiera buscado consuelo. Pero Margaret era indiferente a esas cosas; o si conseguían llamarle la atención, era sólo como motivos de gratitud a su tía. Se sentía impaciente, a pesar de la debilidad. Procuró no pensar en la ceremonia que iba a celebrarse en Oxford y se pasó el día vagando de una habitación a otra y colocando aparte los artículos que quería conservar. Dixon la seguía, por deseo de la señora Shaw, supuestamente para recibir instrucciones, con una orden privada de convencerla de que descansara en cuanto pudiera.

—Conservaré estos libros, Dixon. ¿Podrás enviar todos los demás al señor Bell? Son de un género que él apreciará por sí mismos y por papá. Éste... Y quiero que le des éste al señor Thornton cuando me haya marchado. Espera; escribiré una nota.

Y se apresuró a sentarse, como si temiera cambiar de opinión, y escribió:

Estimado señor:

Estoy segura de que apreciará este libro por amor a mi padre, a quien perteneció.

Le saluda atentamente,

MARGARET HALE.

Reanudó el recorrido por la casa, sacando objetos que conocía desde la infancia, con cierta renuencia acariciante a dejarlos, por muy anticuados que fuesen, o usados y raídos que estuvieran. Pero no volvió a hablar; y el informe de Dixon a la señora Shaw fue que «dudaba que la señorita Hale oyera una palabra de lo que le decía, aunque hablaba continuamente para distraerla». El resultado de pasar de pie todo el día fue un agotamiento físico excesivo al llegar la noche y el reposo nocturno mejor que había conseguido desde que se

enteró de la muerte de su padre.

El día siguiente a la hora del desayuno manifestó su deseo de ir a despedirse de algunos amigos. La señora Shaw puso objeciones:

—Pero cariño, estoy segura de que no puedes tener amigos aquí lo bastante íntimos para justificar que los visites tan pronto; antes de haber ido a la iglesia.

—Pero hoy es el único día que tengo. Si el capitán Lennox viene esta tarde y si tenemos que..., si tengo que irme mañana...

—Sí, claro. Nos iremos mañana. Estoy cada vez más convencida de que este aire te perjudica y que por eso estás tan pálida y te encuentras tan mal. Además, Edith nos espera. Y tal vez me necesite. Pero no puedes ir sola a tu edad, cariño. No, si tienes que hacer esas visitas, te acompañaré. Dixon, supongo que podrá conseguirmos un coche, ¿verdad?

Así que la señora Shaw se dispuso a ocuparse de Margaret y se llevó a la doncella para que se ocupara de los chales y los cojines neumáticos. Margaret estaba demasiado triste para reírse de todos estos preparativos para hacer dos visitas que ella había hecho sola muchas veces a cualquier hora del día. Le daba un poco de miedo reconocer que una de las casas a las que iba era la de Nicholas Higgins. Sólo cabía esperar que su tía decidiera no salir del coche y subir andando y que la ropa húmeda colgada a secar en la calle de las cuerdas tendidas de una casa a otra le golpeará la cara con cada ráfaga de viento.

La señora Shaw se debatió mentalmente entre la comodidad y un sentido del decoro matronil. Pero ganó la primera. Y tras muchas advertencias a Margaret de que tuviera cuidado y no cogiera ninguna fiebre de las que acechaban siempre en aquellos lugares, le permitió al fin que fuera a donde había estado muchas veces sin tomar ninguna precaución ni requerir ningún permiso.

Nicholas había salido. Sólo estaban en casa Mary y dos de los niños Boucher. Margaret se irritó consigo misma por no haber calculado mejor la hora de la visita. Mary era muy poco despierta, pero poseía sentimientos cálidos y bondadosos. Y en cuanto entendió cuál era el objetivo de la visita, empezó a llorar y a sollozar con tan poco comedimiento que Margaret comprendió que eran vanos todos los comentarios que se le habían ocurrido en el viaje en coche. Sólo pudo intentar consolarla un poco sugiriendo la vaga posibilidad de que volvieran a verse alguna vez en algún lugar, y pidiéndole que le dijera a su padre lo mucho que le gustaría que fuera a verla si podía cuando terminara el trabajo aquella tarde.

Cuando se marchaba, se paró y miró a su alrededor; vaciló un momento y dijo:

—Me gustaría tener algún recuerdo de Bessy.

Mary reaccionó en seguida con viva generosidad. ¿Qué podían regalarle? Y al señalar Margaret un vasito corriente que recordaba haber visto siempre junto a Bessy con bebida para sus labios febriles, Mary dijo:

—Oh, elija otra cosa mejor; eso sólo vale cuatro peniques.

—Eso está bien, gracias —dijo Margaret; y se marchó rápidamente, mientras la alegría de Mary por tener algo que regalar le iluminaba la cara.

«Ahora a casa de la señora Thornton. Hay que hacerlo», se dijo Margaret, con expresión pálida y rígida; y le costó mucho encontrar las palabras exactas para explicarle a su tía quién era la señora Thornton y por qué tenía que despedirse de ella.

Las hicieron pasar a la sala (pues la señora Shaw allí sí bajó del coche), donde acababan de encender la chimenea. La señora Shaw se envolvió bien en el chal y tembló.

—¡Qué habitación tan helada! —exclamó.

Tuvieron que esperar un rato a que llegara la señora Thornton. Sentía bastante benevolencia hacia Margaret ahora que iba a perderla de vista. Recordaba el ánimo que había demostrado en diferentes momentos y lugares más incluso que la paciencia con que había soportado cuidados prolongados y agotadores. La saludó con expresión más afable de lo habitual; una sombra de ternura cruzó su semblante al ver la cara de Margaret pálida e hinchada por las lágrimas y advertir el temblor de la voz que intentaba dominar.

—Permítame presentarle a mi tía, la señora Shaw. Me marcho mañana de Milton, no sé si lo sabe. Pero quería volver a verla, señora Thornton, para... para disculparme por mi actitud la última vez que nos vimos, y para decirle que estoy segura de que se proponía ser amable, a pesar de lo mal que nos hayamos comprendido.

Las palabras de Margaret desconcertaron sobremanera a la señora Shaw. ¡Gracias por la amabilidad! ¡Y disculpas por la falta de buenos modales! Pero la señora Thornton replicó:

—Me complace que me haga justicia, señorita Hale. No hice más que lo que consideraba mi deber amonestándola. Siempre he deseado desempeñar el papel de amiga suya. Me alegra que lo reconozca.

—Y —dijo Margaret, ruborizándose exageradamente mientras hablaba— ¿me hará usted justicia y creerá que, aunque no puedo, no quiero, dar explicaciones de mi conducta, no he actuado del modo indecoroso que usted temía?

Margaret dijo esto con voz tan dulce y mirada tan suplicante, que la señora Thornton se vio afectada por una vez por la actitud encantadora a la que hasta entonces se había mostrado invulnerable.

—Sí, la creo. No hablemos más de ello. ¿Dónde va a residir, señorita Hale? Sabía por el señor Bell que iba a marcharse de Milton. Nunca le ha gustado Milton, ¿verdad? —dijo la señora Thornton, esbozando una leve sonrisa—; pero, a pesar de todo, no espere que la felicite por marcharse. ¿Dónde va a vivir?

—Con mi tía —repuso Margaret, volviéndose hacia la señora Shaw.

—Mi sobrina residirá conmigo en Harley Street. Es casi como una hija para mí —dijo la señora Shaw mirando cariñosamente a Margaret—; y me complace manifestarle mi propio agradecimiento por haber sido amable con ella. Si usted y su esposo van alguna vez a la ciudad, le aseguro que tanto mis hijos, el capitán y la señora Lennox, como yo haremos cuanto esté en nuestro poder por atenderles.

La señora Thornton pensó en su fuero interno que Margaret no se había tomado la molestia de explicar a su tía el parentesco que unía al señor y la señora Thornton, así que respondió secamente:

—Mi esposo murió. El señor Thornton es mi hijo. No voy a Londres nunca, así que no podré aprovechar su amable ofrecimiento.

En este preciso momento entró en la sala el señor Thornton; acababa de llegar de Oxford. Su traje de luto indicaba la razón que le había llevado allí.

—John —dijo su madre—, te presento a la señora Shaw, tía de la señorita Hale. Lamento tener que decir que la señorita Hale ha venido a despedirse de nosotros.

—¿Se marcha usted entonces? —preguntó él en voz baja.

—Sí —contestó Margaret—. Nos marchamos mañana.

—Mi yerno viene esta tarde para acompañarnos —dijo la señora Shaw.

El señor Thornton se dio la vuelta. No se había sentado, y ahora parecía que estaba examinando algo que había en la mesa casi con tanto interés como si hubiera descubierto una carta sin abrir y hubiera olvidado que no estaba solo. Ni siquiera pareció advertir que se levantaban para marcharse. Pero se adelantó para ayudar a la señora Shaw a bajar hasta el coche. Mientras éste se acercaba, él y Margaret esperaron muy juntos en el umbral de la puerta. Era inevitable que se abriera paso en la mente de ambos el recuerdo del día de los disturbios. En la de él, irrumpió asociado a la conversación del día siguiente; la vehemente declaración de ella de que no había un solo hombre en toda aquella muchedumbre violenta y desesperada por quien no se preocupara tanto

como por él. Torció el gesto al recordar las sarcásticas palabras de ella, aunque su corazón latía cargado de amor ardiente. «¡No! —se dijo—. Ya lo puse a prueba una vez y lo perdí todo. Deja que se vaya, con su corazón de piedra y su belleza; ¡qué rígida y terrible es su expresión ahora a pesar de su belleza! Tiene miedo de que yo diga lo que requeriría severa represión. Que se vaya. Por muy bella y heredera que sea, le resultará difícil encontrar amor más sincero que el mío. ¡Que se vaya!».

Y no hubo rastro alguno de pesar, ni emoción de ningún género en la voz con que le dijo adiós; y la mano ofrecida se aceptó con decidida calma y se soltó con la misma despreocupación que si de una flor muerta y marchita se tratara. Pero nadie en su casa volvió a ver al señor Thornton aquel día. Estaba muy ocupado; o al menos eso dijo.

Margaret quedó tan absolutamente agotada por estas visitas que tuvo que resignarse a los cuidados, caricias y suspiros de su tía, salpicados de «ya te lo dije». Dixon comentó que estaba tan mal como el día que le comunicaron la muerte de su padre, y ella y la señora Shaw consideraron incluso la conveniencia de retrasar el viaje. Pero cuando la señora Shaw propuso de mala gana a Margaret esperar unos días, ella retorció el cuerpo como si sintiera un dolor agudo y dijo:

—Oh, vámonos. No puedo seguir aquí. No me pondré bien aquí. Necesito olvidar.

Así que prosiguieron los preparativos; y llegó el capitán Lennox con noticias de Edith y del niño; y Margaret descubrió que le sentaba bien la conversación anodina y despreocupada de alguien que, aunque amable, no era un simpatizante demasiado cariñoso y preocupado. Se animó; y a la hora que sabía que podía llegar Higgins, consiguió salir de la sala tranquilamente y esperar en su habitación la llamada esperada.

—¡Ay! —dijo él en cuanto entró ella—, ¡pensar que su señor padre haya muerto así! Casi me caigo de espaldas cuando me lo dijeron. «¿El señor Hale? —pregunté—. ¿El que era clérigo?». «Sí», me dijeron. «Entonces ha muerto el hombre más bueno que haya vivido en este mundo, sean quienes sean los demás». Y vine a verla para decirle cuánto lo sentía, pero las mujeres de la cocina no quisieron avisarla. Me dijeron que estaba usted enferma; y que me aspen, pero no parece usted la misma. Y va a ser una gran dama en Londres, ¿verdad?

—Una gran dama no —dijo Margaret esbozando una leve sonrisa.

—Bueno, Thornton me dijo, va y me dice hace un par de días: «Higgins, ¿ha visto a la señorita Hale?». «No —le digo yo—, hay una manada de mujeres que no me dejan verla. Pero puedo esperar el momento oportuno si

está enferma. Ella y yo nos conocemos muy bien. Y ella sabe lo mucho que siento la muerte de su señor padre y no va a dudarle sólo porque no pueda entrar a decírselo». Y él me dice: «No tendrá mucho tiempo de verla, amigo, no va a quedarse con nosotros un día más si puede evitarlo. Tiene parientes importantes y se la llevan. Y no la veremos más». «Señor —le dije yo—, si no la veo antes de que se vaya, procuraré ir a Londres la próxima Pascua de Pentecostés. Nadie va a impedirme decirle adiós, por muy pariente suyo que sea». Pero sabía que vendría, ya lo creo. Sólo hice ver que pensaba que se iría de Milton sin verme para seguir la corriente al patrón.

—Tiene razón —dijo Margaret—. Me conoce bien. Y estoy segura de que no se olvidará de mí. Aunque no me recuerde nadie más en Milton, estoy segura de que usted lo hará; y a papá también. Usted sabe lo bueno y lo cariñoso que era. ¡Mire, Higgins! Ésta es su Biblia. La he guardado para usted. Me cuesta separarme de ella; pero sé que a él le gustaría que la tuviera usted. Estoy segura de que la cuidará y la leerá con atención, lo hará por él.

—No lo dude. Lo haría aunque fueran los garabatos del mismísimo diablo y me pidiera que los leyera por usted y por su padre. ¿Qué es esto, muchacha? No me gusta aceptar su dinero, ni se le ocurra. Hemos sido grandes amigos sin que pasara entre nosotros el ruido del dinero.

—Es para los niños, para los niños de Boucher —se apresuró a decir Margaret—. Tal vez les haga falta. No tiene derecho a rechazarlo por ellos. A usted no le daría un penique —añadió sonriendo—; no crea que es para usted.

—¡Bueno, muchacha! Sólo puedo decir gracias, bendita sea y amén.

Capítulo XLIV

Comodidad sin paz

La excepcional quietud de la casa de Harley Street durante la recuperación de Edith tras el parto sentó muy bien a Margaret, le permitió el descanso natural que necesitaba. Le dio tiempo para asimilar el súbito cambio de circunstancias que había tenido lugar en los dos últimos meses. Se encontró de pronto instalada en una vivienda suntuosa, donde el simple conocimiento de la existencia de cualquier problema apenas parecía haber penetrado. Las ruedas de la maquinaria de la vida cotidiana estaban bien engrasadas y funcionaban con absoluta suavidad. La señora Shaw y Edith se desvivían por atender a Margaret tras el regreso a su hogar, como insistían en llamarlo. Y ella consideraba casi ingratitud el secreto sentimiento de que la vicaría de Helstone, incluso la humilde casita de Milton, con su padre preocupado, su

madre enferma y todos los pequeños problemas domésticos de la relativa pobreza constituían su idea de hogar. Edith estaba impaciente por recuperarse para llenar el dormitorio de Margaret de todas las comodidades, adornos y fruslerías que atestaban el suyo. La señora Shaw y su doncella estuvieron muy ocupadas devolviendo el guardarropa de Margaret a un estado de elegante variedad. El capitán Lennox era tranquilo, amable y caballeroso; todos los días se sentaba en el gabinete de su esposa con ella un par de horas; jugaba con su hijo otra hora, y ganduleaba el resto del tiempo en su club cuando no tenía algún compromiso para cenar fuera. Poco antes de que Margaret se hubiera recuperado lo suficiente para no necesitar quietud y reposo, antes de que hubiera empezado a considerar su vida vacía y aburrida, Edith bajó las escaleras y reasumió su papel habitual en la casa; y Margaret volvió a la antigua costumbre de observar, admirar y atender a su prima. Se encargó de buen grado de todos los aparentes deberes de Edith: contestaba a las cartas, le recordaba sus compromisos, la cuidaba cuando no había ningún entretenimiento en perspectiva y, por consiguiente, se sentía bastante inclinada a creerse enferma. Pero el resto de la familia estaba entregada de lleno a la temporada londinense y Margaret solía quedarse sola en casa. Entonces sus pensamientos volvían a Milton, con una extraña sensación por el contraste entre la vida en un lugar y otro. Estaba empezando a cansarse de aquella cómoda monotonía que no exigía ningún esfuerzo. Temía incluso que pudiera sumirse en un letargo insensible y ajeno a todo lo que no fuera la vida muelle que la rodeaba. Tal vez hubiera gente que hacía trabajos duros y penosos en Londres, pero ella no la veía nunca; hasta los sirvientes de la casa vivían en un mundo subterráneo propio, cuyas esperanzas y temores ella desconocía; y parecía que sólo cobraran existencia cuando los necesitaban para satisfacer algún deseo o capricho de su señor y su señora. Existía un extraño vacío insatisfecho en el corazón y en la forma de vida de Margaret. Se lo había insinuado un día a Edith, que estaba fatigada de bailar la noche anterior; su prima le acarició lánguidamente la mejilla. Estaban como habían estado tantas veces en tiempos: Margaret, sentada en un escabel junto al sofá en el que descansaba Edith.

—¡Pobrecita! —le dijo su prima—. Es un poco triste para ti que te dejemos noche tras noche precisamente ahora que hay tanta animación. Pero dentro de poco empezaremos a celebrar nuestras cenas, en cuanto regrese Henry del distrito judicial y será un cambio agradable para ti. ¡No me extraña que te deprimas, pobrecita!

Margaret no creía que las cenas fueran una panacea. Pero Edith presumía de sus cenas; «tan diferentes de las antiguas cenas de viuda bajo el régimen de mamá», como decía ella; y la señora Shaw, por su parte, parecía disfrutar con los nuevos métodos y con el círculo de conocidos del gusto del capitán Lennox y señora tanto como había disfrutado con las fiestas más ceremoniosas

y pesadas que solía dar ella. El capitán Lennox era siempre muy amable y fraternal con Margaret. Ella sentía auténtico cariño por él, excepto cuando demostraba una atención especial al atuendo y a la apariencia de Edith, deseoso de que su belleza impresionara lo bastante al mundo. Entonces surgía la Vasti latente que había en Margaret y tenía que esforzarse para no decir lo que pensaba.

Los días de Margaret solían discurrir del siguiente modo: una o dos horas tranquilas ante un desayuno tardío; una comida poco puntual que tomaban lánguidamente los comensales cansados y medio dormidos, pero a la que se esperaba que ella asistiera del principio al fin porque cuando terminaba se discutían los planes y, aunque ninguno de ellos era de su incumbencia, esperaban que diera su aprobación si no podía aportar sus consejos; un sinnúmero de notas que escribir, que Edith le dejaba siempre a ella con cariñosas alabanzas a su elocuencia para redactarlas; un breve entretenimiento con Sholto cuando él regresaba de su paseo matinal; además de cuidar a los niños durante la comida de los sirvientes; un paseo en coche o visitas; y alguna comida o compromiso matinal de su tía y sus primos, que dejaba libre a Margaret, es cierto, pero bastante aburrida de la inactividad del día, abatida y débil.

Margaret esperaba con vivo y mudo interés que llegara Dixon de Milton, donde la anciana sirvienta se había ocupado hasta entonces de solucionar todos los asuntos de la familia Hale. Sentía como una súbita carencia afectiva aquella brusca interrupción de noticias sobre la gente entre la que había vivido tanto tiempo. Bien es verdad que Dixon citaba de vez en cuando en sus cartas una opinión del señor Thornton sobre lo que era mejor que hiciera acerca de los muebles, o la actitud a seguir con el casero de la vivienda de Crampton Terrace. Pero raras veces mencionaba ese nombre, ni ningún otro, en realidad; y Margaret estaba sentada una tarde completamente sola en el gabinete de los Lennox con las cartas de Dixon en la mano, aunque no las estaba leyendo, sino pensando en ellas, recordando los tiempos pasados e imaginando la vida ajetreada y nunca olvidada de la que se había apartado la suya, preguntándose si todo seguiría igual que si su padre y ella nunca hubieran estado allí. Se preguntaba en su fuero interno si nadie en toda la multitud la echaría de menos (no Higgins, no pensaba en él), cuando anunciaron de pronto al señor Bell. Margaret guardó apresuradamente las cartas en el costurero y se levantó, ruborizándose como si la hubieran sorprendido haciendo algo vergonzoso.

—Oh, señor Bell, no esperaba verle.

—Pero supongo que me recibirás con una bienvenida, además de con ese lindo gesto de sorpresa.

—¿Ha cenado? ¿Cómo ha venido? Permítame pedir que le preparen algo.

—Sólo si vas a tomar algo tú también. Si no, verás, no hay nadie que se preocupe menos por comer que yo. Pero ¿dónde están los demás? ¿Han salido a cenar? ¿Te han dejado sola?

—Sí, claro, y es un gran alivio. Precisamente ahora estaba pensando... Pero ¿se arriesgará a cenar? No sé si hay algo en la casa.

—Bueno, para ser sincero, te diré que he cenado en el club. Pero ya no cocinan como antes, así que me dije que si tú ibas a cenar podía completar mi cena. ¡Pero no importa, no importa! No hay ni diez cocineros en Inglaterra dignos de confianza en cenas improvisadas. Si sus habilidades y sus fuegos aguantan, su genio no. ¿Puedes prepararme un poco de té? Y ahora, dime, ¿en qué estabas pensando? Ibas a decírmelo. ¿De quién eran esas cartas que guardaste tan rápidamente, ahijada?

—Sólo de Dixon —repuso ella, enrojeciendo.

—¡Vaya! ¿Eso es todo? ¿Quién crees que vino en el tren conmigo?

—No sé —contestó Margaret, decidida a no hacer suposiciones.

—Tu como lo llames. ¿Qué nombre se da al hermano de un primo político?

—¿El señor Henry Lennox? —preguntó Margaret.

—Sí —repuso el señor Bell—. Lo conociste antes, ¿verdad? ¿Qué clase de persona es, Margaret?

—Me agradaba hace mucho —dijo Margaret, bajando la vista un momento. Luego le miró directamente y continuó del modo habitual—: Ya sabe que hemos mantenido correspondencia acerca de Frederick, pero hace casi tres años que no nos vemos y quizá haya cambiado. ¿Qué le parece a usted?

—No sé. Estaba tan ocupado tratando de averiguar quién era yo, en primer lugar, y qué era, en segundo, que no reveló qué era él. A menos que esa velada curiosidad suya por la clase de individuo con quien tenía que hablar no sea suficiente y justo indicio de su carácter. ¿Te parece agraciado, Margaret?

—¡No! Claro que no. ¿Ya usted?

—Tampoco. Pero pensaba que a lo mejor a ti sí. ¿Es muy importante aquí?

—Supongo que cuando está en la ciudad sí. Está de viaje en el distrito judicial desde que he llegado. Pero ¿viene de Oxford o de Milton, señor Bell?

—De Milton. ¿No ves que estoy ahumado?

—Sí, claro, pero creía que podía ser efecto de las antigüedades de Oxford.

—Vamos, sé sensata. Podría haber manejado a todos los caseros de Oxford

y salirme con la mía con muchísimos menos quebraderos de los que me ha causado tu casero de Milton, que me ha vencido al final. No acepta que le entreguemos la casa hasta el mes de junio. Menos mal que el señor Thornton ha encontrado un arrendatario. ¿Por qué no me preguntas por el señor Thornton, Margaret? Te aseguro que ha demostrado ser muy buen amigo tuyo y muy eficaz. Se ha encargado de solucionar la mitad de los problemas.

—¿Y cómo está? ¿Qué tal la señora Thornton? —preguntó Margaret apresuradamente en voz baja, aunque procuraba hablar fuerte.

—Supongo que están bien los dos. Me alojé en su casa hasta que tuve que marcharme por el constante parloteo sobre la boda de la joven Thornton. Era excesivo incluso para Thornton, aunque fuese su hermana. Solía retirarse siempre a su habitación. Le está pasando casi la edad de preocuparse de esas cosas, sean principales o accesorias. Me sorprendió que la señora Thornton cayera también en la corriente dejándose arrastrar por el entusiasmo de su hija por las flores de azahar y el encaje. Creía que estaba hecha de otro paño.

—Haría lo que fuera para ocultar la debilidad de su hija —dijo Margaret en voz baja.

—Tal vez. La has observado bien, ¿verdad? Me parece que no te tiene mucho afecto.

—Ya lo sé —dijo Margaret—. ¡Oh, aquí está el té al fin! —exclamó como si se sintiera aliviada. Y con el té, llegó también el señor Lennox, que había ido hasta allí dando un paseo después de una cena tardía y que sin duda esperaba encontrar a su hermano y a su cuñada en casa. Margaret supuso que él se alegraba tanto como ella de que hubiera una tercera persona en aquel primer encuentro desde el memorable día de su proposición y el rechazo de ella en Helstone. Ella no sabía qué decir al principio y agradeció la excusa de las ocupaciones de la mesa del té que le permitía guardar silencio y le daba a él la oportunidad de recobrase. Pues lo cierto es que había tenido que obligarse a ir a Harley Street aquella tarde, con la idea de superar un encuentro incómodo, incómodo incluso en presencia del capitán Lennox y de Edith, y doblemente ahora que Margaret era la única dama y la persona a quien natural y forzosamente tenía que dirigir buena parte de la conversación. Margaret recobró antes que él dominio de sí misma. Tras el primer momento de torpeza tímida empezó a hablar del tema que tenía más presente.

—Le agradezco muchísimo todo lo que ha hecho por Frederick, señor Lennox.

—Lo único que lamento es que haya sido tan infructuoso —repuso él, lanzando una mirada rápida al señor Bell como si intentara determinar lo que podía decir delante de él. Margaret se dirigió al señor Bell como si le leyera el

pensamiento, y ambos lo incluyeron en la conversación suponiendo que estaba al corriente de todos los pasos que se habían dado para intentar demostrar la inocencia de Frederick.

—Ese Horrocks, el último testigo de todos, resultó ser tan inútil como los demás. El señor Lennox ha averiguado que embarcó rumbo a Australia el pasado agosto; sólo dos meses antes de que Frederick viniera a Inglaterra y nos diera los nombres de...

—¡Frederick en Inglaterra! No me lo habías dicho —exclamó el señor Bell sorprendido.

—Creía que lo sabía. Estaba segura de que se lo habíamos dicho. Por supuesto, era un gran secreto, tal vez no debiera haberlo mencionado ahora —dijo Margaret un poco consternada.

—Yo no se lo he mencionado ni a mi hermano ni a su prima —comentó el señor Lennox con cierta sequedad profesional de reproche implícito.

—No te preocupes, Margaret. Yo no vivo en un mundo de habladurías y murmuraciones ni entre gente que intente sonsacarme. No te preocupes tanto por haberte ido de la lengua delante de un viejo ermitaño como yo. No mencionaré a nadie la estancia de Frederick en Inglaterra; no tendré que vencer la tentación de hacerlo porque nadie me lo preguntará. ¡Un momento! —exclamó, interrumpiéndose bruscamente—. ¿Fue para el entierro de tu madre?

—Estuvo con ella cuando murió —dijo Margaret con ternura.

—¡Claro! ¡Por supuesto! Es que alguien me preguntó si no había estado aquí por entonces y yo lo negué categóricamente. Hace pocas semanas..., ¿quién sería? ¡Ah, ya recuerdo!

Pero no dijo el nombre; y aunque Margaret habría dado lo que fuera por saber si sus suposiciones eran ciertas y se trataba del señor Thornton, no podía hacerle la pregunta al señor Bell.

Hubo una breve pausa. Luego el señor Lennox se dirigió directamente a Margaret.

—Supongo que como el señor Bell conoce ya todas las circunstancias del lamentable dilema de su hermano, lo mejor que podría hacer es explicarle cómo está en este momento la investigación de los testimonios que esperábamos presentar en su favor. Así que si me concede el honor de desayunar conmigo mañana, repasaremos los nombres de esta gente desaparecida.

—Me gustaría conocer todos los pormenores, si es posible. ¿No puede venir usted aquí? No me atrevo a invitarles a desayunar a ambos, aunque estoy

segura de que serían bien recibidos. Pero hágame saber todo lo posible respecto a Frederick, aunque de momento no haya esperanza.

—Tengo un compromiso a las once y media, pero por supuesto vendré si lo desea —repuso el señor Lennox, con tan buena disposición ahora, que Margaret se acobardó y casi se arrepiente de haber expuesto su petición natural. El señor Bell se levantó y miró a su alrededor buscando el sombrero, que había sido retirado para hacer sitio al té.

—¡Bueno! —dijo—, no sé lo que se propone hacer el señor Lennox, pero yo me dispongo a ponerme en camino hacia casa. Ha sido un día de viaje y los viajes empiezan a dejarse sentir a mis sesenta y pico años.

—Creo que yo me quedaré para ver a mi hermano y a mi hermana —dijo el señor Lennox sin hacer ademán de marcharse. Se apoderó entonces de Margaret un embarazoso temor a quedarse sola con él. Tenía tan presente la escena del huerto de Helstone que no podía dejar de pensar que a él le pasaba lo mismo.

—No se vaya todavía, señor Bell, por favor —se apresuró a decir—. Quiero que vea a Edith; y quiero que Edith le conozca. ¡Por favor! —añadió, posándole una mano ligera pero resuelta en el brazo. El la miró atentamente y advirtió la confusión que se agitaba en su semblante; se sentó de nuevo, como si el leve roce de la joven estuviera dotado de una fuerza irresistible.

—Ya ve cómo me domina, señor Lennox —dijo—. Y espero que advierta la feliz elección de sus expresiones: quiere que «vea» a su prima Edith, que es toda una belleza, según me han dicho; pero tiene la franqueza de cambiar de término en lo referente a mí: quiere que la señora Lennox me «conozca». Supongo que no tengo mucho que «ver», ¿eh, Margaret?

El bromeaba para darle tiempo a recobrase del ligero nerviosismo que había detectado en su actitud por su proposición de marcharse; y ella captó el tono y devolvió la pelota.

El señor Lennox no entendía cómo podía haberle dicho su hermano, el capitán, que ella había perdido todos sus encantos. Con su discreto vestido negro, sin duda contrastaba con Edith, bailando con su traje de crespón blanco de luto y su largo cabello dorado flotante, toda dulzura y brillo. Se ruborizó y se le marcaron los hoyuelos muy apropiadamente cuando le presentaron al señor Bell, consciente de que tenía que mantener su fama de belleza. Y no podía permitirse que ningún Mardoqueo se negara a rendirle culto y admirarla aunque fuese un viejo profesor de quien nadie había oído hablar nunca.

La señora Shaw y el capitán Lennox dieron una cordial y sincera bienvenida al señor Bell, cada uno a su modo, ganándose su simpatía casi pese a sí mismo, sobre todo cuando vio la naturalidad con que Margaret ocupaba su

lugar de hermana e hija en la familia.

—¡Lamento que no estuviéramos en casa para recibirle! —dijo Edith—. ¡Ni a ti, Henry! Aunque no creo que nos hubiéramos quedado en casa por ti. ¡Pero por el señor Bell, por el señor Bell de Margaret...!

—¡Quién sabe los sacrificios que habrías hecho! —dijo su cuñado—. ¡Hasta una cena! Y el placer de lucir este vestido tan apropiado y que tanto te favorece.

Edith no sabía si enfadarse o sonreír. Pero no convenía al señor Lennox empujarla a la primera de tales alternativas, por lo que añadió:

—¿Demostrarás tu buena disposición a hacer sacrificios invitándome a desayunar mañana para ver al señor Bell, en primer lugar, y, en segundo, siendo tan amable de pedir que lo dispongan todo para las nueve y media en lugar de las diez? Tengo algunas cartas y documentos que quiero enseñar a la señorita Hale y al señor Bell.

—Espero que el señor Bell considere nuestra casa como la suya durante su estancia en Londres. Sólo lamento no poder ofrecerle un dormitorio.

—Gracias, se lo agradezco mucho. Me consideraría un grosero si lo hiciera, pues creo que debería declinar la oferta a pesar de todas las tentaciones de tan agradable compañía —dijo el señor Bell, haciendo una venia a todos y felicitándose en el fondo por el ingenioso giro que había dado a la frase, que en lenguaje llano hubiera sido más de este estilo: «No podría soportar los formalismos de personas tan correctas y corteses: sería como carne sin sal. Agradezco mucho que no dispongan de dormitorio. ¡Las frases me han quedado bordadas! Se me da de maravilla esto de los buenos modales».

Siguió muy satisfecho de sí mismo hasta que se vio en la calle caminando junto al señor Lennox. Recordó de pronto la expresión suplicante de Margaret cuando le instó a que se quedara un poco más, y recordó también algunas insinuaciones que le había hecho sobre la admiración del señor Lennox por Margaret un conocido del mismo. Eso cambió el rumbo de sus pensamientos.

—Tengo entendido que conoce usted a la señorita Hale hace tiempo. ¿Cómo la encuentra? A mí me parece pálida y enferma.

—Yo creo que tiene un aspecto estupendo. Tal vez no fuese ésa mi primera impresión cuando llegué, ahora que lo pienso. Pero en cuanto se animó, yo desde luego la he visto tan bien como siempre.

—Han sido muchas las cosas por las que ha tenido que pasar —dijo el señor Bell.

—Sí. Lo lamenté muchísimo cuando me enteré de todo lo que ha tenido

que soportar; no sólo la pena común y general de la muerte, sino todo el disgusto que tuvo que causarle la conducta de su padre, y luego...

—¡La conducta de su padre! —exclamó el señor Bell, sorprendido—. Es evidente que le han informado mal. Actuó con la máxima escrupulosidad. Demostró más entereza de la que yo le hubiera creído capaz.

—Tal vez me hayan informado mal. Pero su sucesor en el beneficio, que es un hombre inteligente y sensato y un clérigo riguroso y diligente, me ha dicho que no había ningún motivo para que el señor Hale hiciera lo que hizo, renunciar al beneficio y ponerse él y poner a su familia en las inclementes manos de la enseñanza particular en una ciudad fabril; el obispo le había ofrecido otro beneficio, es cierto; pero si abrigaba algunas dudas podía haberse quedado donde estaba y así no habría tenido motivo para renunciar. Pero la verdad es que estos clérigos rurales llevan una vida tan solitaria, quiero decir aislados de toda relación con hombres de su mismo nivel, con cuyas opiniones podrían regular las propias y descubrir si van demasiado deprisa o demasiado despacio, que son muy propensos a preocuparse con dudas imaginarias en cuanto a los artículos de fe y renunciar a las oportunidades de hacer el bien por fantasías propias poco claras.

—No estoy de acuerdo con usted. No creo que sean muy propensos a hacer lo que hizo mi pobre amigo Hale —dijo el señor Bell. En el fondo se sentía muy disgustado.

—Tal vez haya empleado una expresión demasiado general al decir «muy propensos». Pero sin duda llevan una vida que suele producir engreimiento desordenado o un estado de conciencia morboso —repuso el señor Lennox con absoluta frialdad.

—¿No encuentra ningún engreimiento entre los abogados, por ejemplo? —le preguntó el señor Bell—. Y supongo que rara vez algún caso de conciencia morbosa.

Estaba cada vez más irritado y más alejado de su dominio de los buenos modales recién adquirido. El señor Lennox se dio cuenta al fin de que había molestado a su compañero; y como en realidad había hablado más que nada por decir algo y pasar así el rato mientras siguieran el mismo camino, le importaba bastante poco ponerse de un lado u otro en el asunto, y cambió tranquilamente de postura, diciendo:

—Por supuesto, es bastante admirable que un hombre de la edad del señor Hale deje el que ha sido su hogar durante veinte años y renuncie a todos los hábitos arraigados por una idea que seguramente era errónea, aunque ésa no es la cuestión, un pensamiento intangible. Uno no puede por menos que admirarlo, con una mezcla de lástima en la misma admiración, algo parecido a

lo que siente uno por Don Quijote. ¡Y qué caballero era también! Nunca olvidaré la delicada y sencilla hospitalidad con que me recibió aquel último día en Helstone.

Aplacado sólo a medias y sin embargo deseoso de creer que el comportamiento del señor Hale tuviese un matiz quijotesco, a fin de calmar ciertos escrúpulos de conciencia, el señor Bell gruñó:

—¡Sí! ¡Y no conoce usted Milton! ¡Tan diferente de Helstone! Han pasado años desde que estuve en Helstone, pero seguro que sigue igual, cada palo y cada piedra en el mismo sitio desde hace un siglo, mientras que Milton..., voy cada cuatro o cinco años y nací allí, pero, le aseguro que a veces me pierdo entre los montones de talleres que han construido en el huerto de mi padre. ¿Nos separamos aquí? Muy bien, buenas noches, señor. Supongo que nos veremos mañana por la mañana en Harley Street.

Capítulo XLV

En absoluto un sueño

El recuerdo de Helstone que la conversación con el señor Lennox había sugerido a la mente despierta del señor Bell pululó toda la noche por sus sueños. Era de nuevo tutor del mismo colegio en el que ahora era miembro numerario; estaba pasando unas largas vacaciones en casa de su amigo recién casado, orgulloso esposo y feliz vicario de Helstone. Daban saltos increíbles sobre los arroyos susurrantes que parecían mantenerlos días enteros suspendidos en el aire. Tiempo y espacio no existían, aunque todo lo demás parecía real. Los sucesos se medían por las emociones de la mente, no por su existencia real, pues no la tenían. Pero los árboles lucían esplendorosos su follaje otoñal, la cálida fragancia de las flores y las hierbas impregnaba el aire, la joven esposa se movía por la casa con la misma mezcla de enojo por su situación en lo que se refiere a riqueza, y orgullo por su apuesto y devoto marido que el señor Bell había observado en la vida real hacía un cuarto de siglo.

El sueño era tan similar a la vida que, cuando despertó, su vida actual le pareció un sueño. ¿Dónde estaba? ¡En la habitación cargada y amueblada con elegancia de un hotel de Londres! ¿Dónde estaban los que hablaban con él, andaban a su alrededor y le tocaban hacía sólo un instante? ¡Muertos! ¡Enterrados! Perdidos para siempre jamás en la medida en que se extendiera la eternidad de la tierra. Él era un anciano, tan jubiloso entonces en la plenitud de su fuerza viril. Era insoportable pensar en la absoluta soledad de su vida. Se

levantó rápidamente y procuró olvidar lo que no podía volver a ser vistiéndose apresurado para el desayuno en Harley Street.

No podía atender a todos los detalles de las explicaciones del abogado que, según advirtió, hacían que los ojos de Margaret se dilataran y que le palidieran los labios mientras el destino decretaba, o eso parecía, que todas las pruebas que exonerarían a Frederick cayeran a sus pies y desaparecieran. Hasta la voz profesional bien templada del señor Lennox adoptó un tono más suave y más tierno al aproximarse a la extinción de la última esperanza. No era que Margaret no supiese perfectamente el resultado. Era sólo que los detalles de cada sucesiva decepción aplastaron todas las esperanzas con tan implacable minuciosidad que al final casi se echó a llorar. El señor Lennox interrumpió la lectura.

—Será mejor que no siga —dijo, en tono preocupado—. Fue una propuesta estúpida por mi parte. El teniente Hale... —el darle el título del servicio del que tan bruscamente había sido despojado tranquilizó a Margaret—, el teniente Hale es feliz ahora. Tiene más seguridad en cuanto a fortuna y perspectivas futuras de la que podría haber tenido en la Marina; y sin duda ha adoptado el país de su esposa como propio.

—Es verdad. Y creo que es muy egoísta por mi parte lamentarlo —dijo Margaret, intentando sonreír—. Y sin embargo, le he perdido y estoy muy sola.

El señor Lennox volvió a sus papeles, y deseó ser ya tan rico y próspero como creía que llegaría a ser algún día. El señor Bell se sonó la nariz, pero, por lo demás, también guardó silencio. Y a los pocos segundos, parecía que Margaret también había recuperado la compostura habitual. Agradeció cordialmente al señor Lennox las molestias, con más cortesía y gentileza, pues se dio cuenta de que su comportamiento tal vez le hubiera inducido a creer que le había causado un dolor innecesario. Sin embargo, dolor no le había faltado.

El señor Bell se acercó a despedirse de ella.

—Margaret —dijo mientras intentaba ponerse los guantes con torpeza—, voy a ir a Helstone mañana a echar una ojeada al viejo lugar. ¿Te gustaría acompañarme? ¿O te daría mucha pena? Dímelo, no temas.

—Oh, señor Bell —dijo ella, y no pudo seguir; pero le agarró la mano vieja y gotosa y la besó.

—Vamos, vamos; basta —dijo él, con ruboroso desconcierto—. Supongo que tu tía te confiará a mí. Iremos mañana por la mañana y llegaremos hacia las dos, supongo. Tomaremos un tentempié y encargaremos la cena en el hostel, el Lennard Arms, creo, e iremos al bosque para abrir el apetito. ¿Podrás soportarlo, Margaret? Será duro para los dos, lo sé, pero será un placer para mí

al menos. Y luego cenaremos, tendrá que ser venado, si conseguimos que nos preparen algo. Y luego yo echaré una cabezada mientras tú vas a ver a tus antiguas amigas. Y te traeré sana y salva, a menos que haya un accidente de tren, y aseguraré tu vida por mil libras antes de salir, lo cual puede ser un consuelo para tus parientes; pero si no hay contratiempo, te devolveré a la señora Shaw el viernes a la hora de comer. Así que si aceptas, subiré a proponérselo.

—Es inútil que intente decir cuánto me gustará —dijo Margaret entre lágrimas.

—Bueno, entonces demuestra tu gratitud manteniendo cerrados esos dos manantiales tuyos durante los dos próximos días. De lo contrario, me fallarán también a mí los lagrimales y eso no me gusta nada.

—No lloraré —dijo Margaret parpadeando para deshacerse de las lágrimas de las pestañas y esbozando una sonrisa forzada.

—Así me gusta. Vamos arriba y arreglémoslo todo.

Margaret se hallaba en un estado de emoción casi temblorosa mientras el señor Bell analizaba su plan con la señora Shaw, que al principio se asustó, luego se mostró dubitativa y perpleja, y al final accedió, más por la pura fuerza de las palabras del señor Bell que por su propia convicción; pues en cuanto a esto, si estaba bien o mal o era propio o impropio no podría determinarlo a plena satisfacción hasta que el regreso a salvo de Margaret, tras la feliz realización del proyecto, le diera decisión suficiente para decir que estaba segura de que «había sido una buena idea del señor Bell, y exactamente lo que ella había estado deseando para Margaret, en cuanto a proporcionarle exactamente el cambio que necesitaba después de todo el tiempo lleno de preocupaciones que había pasado».

Capítulo XLVI

Antes y ahora

Margaret estaba preparada mucho antes de la hora prevista, y tuvo tiempo de llorar un poco, quedamente, cuando no la observaban, y de sonreír animosa cuando alguien la miraba. Su última preocupación fue que llegaran tarde y perdieran el tren. ¡Pero no fue así! Llegaron a tiempo; y respiró tranquila y feliz por fin, sentada frente al señor Bell en el coche, mientras las estaciones conocidas iban quedando rápidamente atrás. Veía los antiguos pueblos y aldeas sureños, dormidos a la cálida luz del sol puro, que daba un color todavía más rojizo a sus tejados, tan diferentes de los de pizarra del norte. Las

palomas revoloteaban sobre los pintorescos tejados posándose despacio aquí y allá y erizando las plumas brillantes y suaves como si expusieran todas las fibras al delicioso calor. Se veían pocas personas en las estaciones y parecían casi demasiado perezosamente contentas para querer viajar. Allí no se advertía el ajeteo y la animación que había observado Margaret en sus dos viajes en la línea de Londres y Norte-Oeste. Más adelante, aquella línea cobraría vida y movimiento cuando se llenara de buscadores de placeres; pero en cuanto al constante ir y venir de los atareados comerciantes, sería siempre muy distinta de las líneas del norte. Allí siempre había algunos espectadores ociosos en casi todas las estaciones, con las manos en los bolsillos y tan absortos en el simple hecho de observar que los viajeros se preguntaban qué harían cuando el tren se perdiera en la lejanía y sólo pudiera contemplar la vía vacía, algunas cabañas y los campos distantes. El aire caliente bailaba sobre la dorada quietud de la tierra, iban quedando atrás una granja tras otra, y cada una recordaba a Margaret los idilios alemanes, Hermann y Dorotea, y Evangeline. Salió de este ensueño. Era el momento de bajar del tren y tomar el coche a Helstone. Y entonces le atravesaron el corazón sentimientos más intensos, no sabría decir si de dolor o de gozo. Cada trecho estaba cargado de asociaciones que no se hubiese perdido por nada, aunque cada una la hacía llorar con honda añoranza «por los tiempos pasados». Había recorrido por última vez aquella carretera cuando se marchó del lugar con su padre y su madre: el día y la estación eran sombríos entonces y ella misma se sentía desesperada, pero los tenía a ellos. Ahora estaba sola, huérfana; y ellos se habían alejado de ella extrañamente y habían desaparecido de la faz de la tierra. Le dolía ver la carretera de Helstone tan inundada de sol, y cada recodo y cada árbol conocido tan exactamente iguales en su esplendor estival que como los recordaba. La naturaleza no sufría cambios y era siempre joven.

El señor Bell sabía lo que pasaba por la mente de Margaret, y guardó un prudente y cordial silencio. Llegaron al Lennard Arms; medio granja medio hostel, un poco apartado de la carretera, lo suficiente para indicar que el anfitrión no dependía de la clientela de viajeros tanto como para tener que ir a su encuentro; más bien tenían que buscarlo ellos. La casa daba al ejido del pueblo; y justo delante se alzaba un tilo centenario, en alguno de cuyos huecos frondosos colgaba el lúgubre blasón de los Lennard. Las puertas estaban abiertas de par en par, pero no acudió nadie a recibir a los viajeros. Apareció al fin la dueña (y antes de que lo hiciera podrían haber sustraído muchos artículos), les dio una cordial bienvenida, casi como si fueran invitados, y se disculpó por haber tardado tanto, alegando que como era la temporada de la siega y había que enviar las provisiones a los hombres al campo, estaba tan ocupada preparando los cestos que no había oído el ruido de las ruedas en el sendero herboso que tomaban los coches hasta el hostel al salir de la carretera.

—¡Bueno, válgame Dios! —exclamó cuando acabó de disculparse y un

destello de sol le hizo fijarse en la cara de Margaret, que le había pasado desapercibida hasta entonces en la penumbra—. ¡Pero si es la señorita Hale! ¡Jenny! —exclamó, corriendo a la puerta y llamando a su hija—: Ven ahora mismo, corre, ¡es la señorita Hale!

Se acercó luego a Margaret y le estrechó las manos con cariño maternal.

—¿Y qué tal? ¿Cómo están todos? ¿Qué tal el vicario? ¿Y la señorita Dixon? ¡Sobre todo el vicario, bendito sea! ¡Todavía lamentamos que nos dejara!

Margaret intentó decirle que su padre había muerto. Era evidente que la señora Purkis estaba enterada de la muerte de su madre porque no le había preguntado por ella. Pero le falló la voz, sólo consiguió tocarse la ropa de luto riguroso y pronunciar la palabra «papá».

—¡Qué me dice! ¡El señor, no puede ser! —exclamó la señora Purkis, volviéndose hacia el señor Bell para que confirmara la triste sospecha que acababa de ocurrírsele—. Vino un caballero en primavera, o tal vez fuera el invierno pasado, que nos habló mucho del señor Hale y de la señorita Margaret; y nos dijo que la señora Hale había muerto, pobrecilla. ¡Pero ni siquiera mencionó que el vicario estuviera enfermo!

—Así es, sin embargo —dijo el señor Bell—. Murió de repente en Oxford, donde estaba pasando unos días conmigo. Era un hombre bueno, señora Purkis, muchos agradeceríamos tener un final tan plácido como él. ¡Vamos, Margaret, querida! Su padre era mi mejor amigo, y ella es mi ahijada, así que se me ocurrió venir juntos a visitar el antiguo hogar. Sé desde hace mucho que puede proporcionarnos habitaciones cómodas y excelente comida. Ya veo que no me recuerda, pero me llamo Bell, me alojé aquí alguna que otra vez cuando la vicaría estaba ocupada y probé su excelente cerveza.

—Por supuesto. Discúlpeme, pero comprenda que estaba ocupada con la señorita Hale. Permítame enseñarle su habitación, señorita Margaret, allí podrá quitarse el sombrero y lavarse la cara. Esta misma mañana he metido cabeza abajo en el jarro unas rosas recién cortadas, porque, me dije, a lo mejor viene alguien y no hay nada tan agradable como agua de manantial perfumada con rosas almizcleñas. ¡Pensar que ha muerto el vicario! En fin, todos tenemos que morir; pero por lo que dijo aquel caballero se estaba recuperando tras el disgusto de la muerte de la señora Hale.

—Señora Purkis, baje a verme cuando haya atendido a la señorita Hale. Quiero hacerle una consulta sobre la comida.

La pequeña ventana de bisagras de la habitación de Margaret estaba casi tapada por ramas de rosal y de parra. Pero apartándolas hacia un lado y asomándose un poco pudo ver las chimeneas de la casa parroquial sobre los

árboles y distinguir muchos rasgos bien conocidos entre el follaje.

—¡Ay! —exclamó la señora Purkis, alisando la cama y enviando a Jenny a buscar toallas perfumadas con espliego—, los tiempos han cambiado, señorita; nuestro nuevo vicario tiene siete hijos y está construyendo una habitación para más, justo donde estaban antes el cenador y la caseta de herramientas. Ha mandado hacer chimeneas nuevas y una ventana de vidrio cilindrado en la sala. El y su esposa son muy activos y han hecho mucho bien; al menos eso dicen. Si no fuera así yo diría que lo están poniendo todo patas arriba para nada. El nuevo vicario es abstemio, señorita, y magistrado, y su esposa tiene un montón de recetas para hacer platos económicos, y es partidaria del pan sin levadura; y los dos hablan al mismo tiempo y tanto que te dejan para el arrastre, como si dijéramos, y hasta que no se marchan y te tranquilizas un poco no se te ocurre todo lo que podrías haber dicho de tu propia opinión sobre el asunto. El busca las latas de los hombres en el henar y mira dentro y luego arma jaleo porque no llevan refresco de jengibre, pero yo no puedo hacer nada. Mi madre y mi abuela antes que yo daban a los segadores buen licor de malta, y tomaban sales y sena cuando no andaban bien; y yo tengo que hacer lo mismo aunque la señora Hepworth no quiera darme confites en vez de medicinas, que son mucho mejores según dice, sólo que yo no tengo ninguna fe en ellas. Pero tengo que irme, señorita, aunque estoy deseando saber muchas cosas. Volveré en seguida.

El señor Bell esperaba a Margaret con fresas con nata, una rebanada de pan moreno y una jarra de leche (además de un queso azul de Stilton y una botella de oporto para su refrigerio particular); y después de este rústico almuerzo salieron a pasear, sin saber muy bien qué camino seguir, por los muchos alicientes de todos.

—¿Pasamos por la vicaría? —preguntó el señor Bell.

—No, todavía no. Vamos por aquí; daremos un rodeo y volveremos por ella —repuso Margaret.

Habían talado algunos árboles viejos aquí y allá el otoño anterior; y había desaparecido una barraca ruinoso. Margaret lo advertía todo y los echaba de menos como a viejos amigos. Pasaron por el sitio donde el señor Lennox y ella habían estado haciendo esbozos. El tronco hendido por el rayo de la venerable haya entre cuyas raíces se habían sentado ya no estaba allí; el anciano que vivía en la choza ruinoso había muerto. Habían derribado la casa y habían construido en su lugar una nueva, pulcra y respetable. Un huertecillo ocupaba el lugar donde había estado la gran haya.

—No creía que fuera tan vieja —dijo Margaret, tras un silencio; y se volvió, suspirando.

—¡Sí! —dijo el señor Bell—. Los primeros cambios de las cosas que conocemos es lo que hace que los jóvenes consideren tan misterioso el tiempo. Con la edad, perdemos el sentido de lo misterioso. Yo considero normales todos los cambios que veo. La inestabilidad de todo lo humano me es familiar. Para ti es algo nuevo y opresivo.

—Vamos a ver a Susanita —dijo Margaret, guiando a su compañero por un sendero herboso que discurría a la sombra de un claro del bosque.

—De mil amores, aunque no tengo ni idea de quién es Susanita. Pero aprecio a todas las Susanas por la sencilla Susana.

—Mi Susanita se enfadó porque me marché sin despedirme de ella; y eso me ha pesado en la conciencia desde entonces, porque le causé una pena que podría haber evitado con muy poco esfuerzo. Pero queda un poco lejos. ¿Seguro que no se cansará?

—Seguro. Es decir, si no caminas tan deprisa. Verás, aquí no hay ninguna vista que pueda darle a uno la excusa para pararse a recobrar el aliento. Te parecería romántico caminar con alguien «torpe y corto de aliento» si yo fuera Hamlet, príncipe de Dinamarca. Ten compasión de mis debilidades por él.

—Caminaremos más despacio por usted. Le prefiero mil veces a Hamlet.

—¿Por aquello de que vale más un asno vivo que un león muerto?

—Tal vez. No analizo mis sentimientos.

—Me doy por satisfecho aceptando tu predilección por mí, sin examinar con excesiva curiosidad los elementos de que se compone. Pero tampoco hace falta que vayamos a paso de tortuga.

—De acuerdo. Vaya a su paso y yo lo seguiré. O párese a meditar como el Hamlet con quien se comparaba si voy demasiado deprisa.

—Gracias. Pero como mi madre no ha asesinado a mi padre para casarse luego con mi tío, no sabría en qué pensar, no siendo en sopesar las posibilidades de que nos preparen una buena cena. ¿Tú qué opinas?

—Yo tengo grandes esperanzas. Por lo que tocaba a la opinión de Helstone, era una cocinera excelente.

—Pero ¿tienes en cuenta la distracción mental que supone la siega?

Margaret apreciaba el bondadoso empeño del señor Bell en bromear animosamente sobre naderías para impedir que ahondara demasiado en los recuerdos del pasado. Pero si el deseo de estar sola no hubiese sido excesiva ingratitud habría preferido recorrer aquellos amados senderos en silencio.

Llegaron a la casa donde vivía la madre viuda de Susan. Su hija no estaba.

Había ido a la escuela parroquial. Margaret se decepcionó y la pobre mujer lo advirtió e intentó disculparse.

—¡No se preocupe! —dijo Margaret—. Me alegra saber que está en la escuela. Tenía que haberlo pensado. Es que solía estar en casa con usted.

—¡Es verdad! ¡Y no sabe cuánto la echo de menos! Yo le enseñaba lo poco que sé por las noches. Que por supuesto no era mucho. Se estaba haciendo tan habilidosa que la echo muchísimo de menos. Pero ahora sabe mucho más que yo —dijo la madre con un suspiro.

—Yo no entiendo nada —refunfuñó el señor Bell—. No me haga caso. Estoy cien años anticuado. Pero diría que la niña recibía una educación mejor, más sencilla y más natural quedándose en casa, ayudando a su madre y aprendiendo a leer un capítulo del Nuevo Testamento cada noche a su lado que con todos los estudios del mundo.

Margaret no quería animarle a seguir replicándole y prolongar la discusión delante de la madre, así que se volvió hacia ella y le preguntó:

—¿Cómo está la señora Bessy Barnes?

—No lo sé —dijo la mujer en tono bastante seco—. No nos hablamos.

—¿Por qué? —preguntó Margaret, que había sido antiguamente la conciliadora del pueblo.

—Me robó el gato.

—¿Sabía que era suyo?

—No lo sé. Supongo que no.

—¡Vaya! Pues podrá recuperarlo en cuanto le diga que es suyo.

—¡No! Porque lo quemó.

—¿Que lo quemó? —exclamaron Margaret y el señor Bell al unísono.

—¡Lo achicharró! —explicó la mujer.

No era una explicación. A fuerza de preguntar, Margaret le sonsacó el espantoso hecho de que Bessy Barnes se había dejado convencer por una gitana que le había dicho la buena ventura, y le había dejado la ropa de los domingos de su marido con la promesa de que se la devolvería sin falta el sábado por la noche antes de que Goodman Barnes la echara de menos; pero las prendas no aparecieron y Bessy Barnes se asustó y, temiendo la cólera de su marido, recurrió a una de las salvajes supersticiones de la región, según la cual, los maullidos agónicos de un gato mientras lo hierven o lo queman vivo obligaba a los poderes ocultos a cumplir los deseos del verdugo. Era evidente que la pobre mujer creía en su eficacia. Sólo estaba indignada porque habían

elegido para el sacrificio precisamente a su gato. Margaret la escuchó horrorizada e intentó en vano iluminar la mente de la mujer, pero se vio obligada a renunciar. Consiguió hacerle reconocer poco a poco determinados hechos cuyo orden y conexión lógicos eran clarísimos para Margaret; al final, la desconcertada mujer sencillamente repitió su primera afirmación, es decir, que sin duda era muy cruel y que a ella no le gustaría hacerlo; pero que no había nada igual para dar a una persona lo que quería; que lo había oído siempre; aunque era muy cruel pese a todo. Margaret se dio por vencida y se marchó angustiada.

—Muchas gracias por haberme demostrado que no tenía razón —le dijo el señor Bell.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere?

—Reconozco que estaba equivocado sobre la escuela. Cualquier cosa es preferible a educar a esa niña en semejante paganismo práctico.

—¡Ah, ya entiendo! ¡Pobre Susan! Tengo que verla; ¿le importa que vayamos a la escuela?

—En absoluto. Siento curiosidad por ver qué clase de enseñanza recibe.

Apenas hablaron mientras se abrían paso por las hondonadas boscosas cuya suave influencia verde no pudo disipar el disgusto y la pena del corazón de Margaret tras la revelación de semejante crueldad; una historia, además, que delataba absoluta falta de imaginación y de compasión por la pobre víctima.

El rumor de voces como el murmullo de una colmena de abejas humanas atareadas se hizo audible en cuanto salieron del bosque al ejido más despejado en el que se alzaba la escuela. La puerta estaba abierta de par en par. Entraron. Una señora briosa, vestida de negro, que tan pronto estaba aquí como allá y en todas partes, los vio y les dio la bienvenida con cierto aire de anfitriona que Margaret recordó que solía adoptar su madre, aunque de forma más lánguida y suave, cuando aparecía algún visitante a inspeccionar la escuela. Se dio cuenta en seguida de que era la esposa del nuevo vicario, la sucesora de su madre; y si hubiese podido, habría retrocedido y eludido la entrevista. Pero dominó en un instante este sentimiento y avanzó recatadamente entre alegres miradas de reconocimiento y susurros contenidos de «¡Es la señorita Hale!».

La esposa del vicario oyó el nombre y adoptó de inmediato una actitud más afable. Margaret lamentó que adoptara también mayor petulancia. La señora tendió una mano al señor Bell, diciendo:

—Su padre, ¿verdad, señorita Hale? Lo sé por el parecido. Me alegro muchísimo de conocerle, señor. El vicario se alegrará también.

Margaret le explicó que no era su padre, y añadió tartamudeando que había muerto, preguntándose cómo habría soportado el señor Hale volver a visitar Helstone si hubiera sido él como había supuesto la señora del vicario. No escuchó lo que decía la señora Hepworth y dejó que respondiera el señor Bell, mirando mientras tanto alrededor en busca de caras conocidas.

—¡Vaya! Ya veo que le gustaría dar una clase, señorita Hale. Lo sé por mí misma. Levantaos las de primero para dar lección de gramática a la señorita Hale.

La pobre Margaret, cuya visita era sentimental y en modo alguno de inspección, se sintió atrapada; pero como de alguna forma la ponía en contacto con caritas ávidas que había conocido bien en tiempos y que habían recibido el sacramento del bautismo de su padre, se sentó, entreteniéndose en rastrear los rasgos cambiantes de las niñas y sujetando la mano de Susan unos minutos sin que nadie se fijara, mientras las pequeñas buscaban sus libros y la esposa del vicario llegaba todo lo lejos que podía llegar una dama acorralando al señor Bell mientras le explicaba el sistema fonético y le repetía una conversación que había mantenido con el inspector sobre ese tema.

Margaret se inclinó sobre el libro sin ver nada; sólo oía el rumor de las voces infantiles. Volvió el tiempo pasado, y pensó en él, y se le llenaron los ojos de lágrimas hasta que de pronto hubo una pausa, una de las niñas tropezó con una palabra aparentemente simple sin saber cómo denominarla.

—Un, artículo indeterminado —dijo Margaret suavemente.

—Disculpe —dijo la esposa del vicario, toda ojos y oídos—; pero el señor Milsome nos enseña que «un» es..., ¿quién lo recuerda?

—Adjetivo determinativo —contestaron a la vez media docena de voces. Margaret se sintió avergonzada. Las niñas sabían más que ella. El señor Bell la miró y sonrió.

Margaret no volvió a hablar durante la lección. Pero cuando terminó, se acercó tranquilamente a algunas de sus preferidas y habló un poco con ellas. Estaban dejando de ser niñas, convirtiéndose en personas adultas; y desapareciendo de su memoria en su rápido desarrollo, lo mismo que ella se desvanecía de las suyas por los tres años de ausencia. De todos modos, se alegraba de haberlas vuelto a ver, aunque se mezclara con el gozo un rastro de tristeza. Cuando acabaron las clases del día, todavía era temprano en la tarde estival, y la señora Hepworth propuso a Margaret que el señor Bell y ella la acompañaran a la vicaría y vieran... —iba a decir «las mejoras» pero lo substituyó a tiempo por el más prudente «los cambios»— los cambios que estaba haciendo el vicario. A Margaret no le interesaba lo más mínimo ver los cambios, que chocarían con sus recuerdos del que había sido su hogar; pero

deseaba verlo una vez más, aunque temblara por la pena que sabía que sentiría.

La vicaría estaba tan cambiada en el interior y en el exterior que el dolor real fue menor de lo que Margaret esperaba. No parecía el mismo lugar. El jardín, el césped, antiguamente tan primorosamente cuidado que hasta un pétalo de rosa parecía una mancha en su disposición y arreglo perfectos, estaba ahora salpicado de las cosas de los niños, una bolsa de canicas aquí, un aro allá; un sombrero de paja colgaba de un rosal como de un perchero, destrozando una preciosa rama nueva cargada de flores que en otros tiempos hubiera recibido tiernos y amorosos cuidados. El pequeño vestíbulo cuadrado también estaba lleno de señales de infancia feliz, saludable y desordenada.

—Disculpe este caos, señorita Hale —dijo la señora Hepworth—. Cuando acaben el cuarto de los niños impondré un poco de orden. Estamos construyendo un cuarto para los niños en su habitación, creo. ¿Cómo se arreglaban ustedes sin cuarto de niños, señorita Hale?

—Éramos sólo dos —contestó Margaret—. Ustedes tienen muchos hijos, ¿no?

—Siete. ¡Miren! Estamos abriendo una ventana al camino de este lado. El señor Hepworth está gastando muchísimo dinero en esta casa. La verdad es que era prácticamente inhabitable cuando llegamos, quiero decir para una familia tan numerosa como la nuestra, por supuesto.

Habían cambiado todas las habitaciones además de la mencionada por la señora Hepworth, que había sido en tiempos el estudio del señor Hale, y donde la penumbra verdosa y la agradable quietud del lugar habían conducido, como decía él, a la formación de un carácter más capacitado para el pensamiento que para la acción. La ventana nueva permitía una vista del camino y tenía muchas ventajas, como señaló la señora Hepworth. Desde ella podían ver a las ovejas descarriadas del rebaño de su esposo que avanzaban hacia la tentadora cervecería creyendo que nadie las observaba, cuando en realidad no era así; pues el enérgico vicario mantenía vigilada la carretera incluso mientras redactaba sus sermones más ortodoxos, y tenía un sombrero y un bastón colgados a mano para cogerlos antes de salir tras sus feligreses, que hubiesen necesitado piernas rápidas para refugiarse en el Jolly Forester antes de que el vicario abstemio se lo impidiera. Toda la familia era rápida, briosa, vocinglera, bondadosa y carente de excesiva finura perceptiva. Margaret temía que la señora Hepworth se diera cuenta de que el señor Bell se burlaba de ella con la admiración que consideraba propio manifestar por todo cuanto hería especialmente su gusto. ¡Pero no! Lo tomaba todo al pie de la letra y de tan buena fe que Margaret no pudo evitar reprochárselo al señor Bell cuando volvían paseando despacio al hostal.

—No rezongues, Margaret. Lo hice por ti. Me habría portado bien si no te hubiera enseñado todos los cambios con tan evidente júbilo por su capacidad superior para saber cómo mejorar esto o lo otro. Pero si vas a seguir sermoneando, espera hasta después de cenar y así me ayudará a dormir y a hacer la digestión.

Los dos estaban cansados, y Margaret tanto que no le apetecía salir como se había propuesto a dar otra vuelta por los bosques y campos que rodeaban el hogar de su infancia. Y de algún modo, esta visita a Helstone no había sido en absoluto, no había sido exactamente lo que había esperado. Había cambios por todas partes; cambios leves, pero que lo dominaban todo. Las familias habían cambiado por ausencia, muerte o matrimonio, o por las mutaciones naturales que traen los días, los meses y los años que nos llevan imperceptiblemente de la infancia a la juventud y de ahí por la edad adulta a la madurez, en que caemos como fruta bien madura a la madre tierra silenciosa. Los lugares habían cambiado: aquí había desaparecido un árbol, allí una rama, con lo que llegaba un rayo de luz donde antes no había luz alguna; habían arreglado y estrechado un camino y el sendero herboso que lindaba con él había sido cercado y labrado. Una gran mejora, lo llamaban; pero Margaret suspiraba por el antiguo pintoresquismo, la antigua penumbra y el sendero herboso de otros tiempos. Se sentó junto a la ventana en el pequeño escaño y contempló con tristeza las sombras de la noche que iba cayendo y que armonizaba con su estado meditabundo. El señor Bell dormía profundamente tras el ejercicio excepcional del día. Se despertó cuando llegó la bandeja del té portada por una joven campesina colorada que sin duda había pasado el día ayudando en el henar para dar cierta variedad a su ocupación habitual de camarera.

—¡Hola! ¿Quién es? ¿Dónde estamos? ¿Quién es...? ¿Margaret? Ya lo recuerdo todo. No entendía qué mujer podía estar sentada ahí en actitud tan compungida, con las manos apretadas sobre las rodillas y mirando tan fijamente al frente. ¿Qué mirabas, Margaret? —preguntó el señor Bell, acercándose a la ventana y quedándose detrás de ella.

—Nada —contestó Margaret, levantándose en seguida y procurando adoptar un tono animoso.

—¡Nada en realidad! Un fondo de árboles sombrío, unos lienzos colgados en el seto de eglantina, y una inmensa ráfaga de aire húmedo. Cierra la ventana y ven a tomar el té.

Margaret guardó silencio un rato. Jugueteaba con la cucharilla sin prestar especial atención a lo que decía el señor Bell. Él la contradijo y ella respondió esbozando una sonrisa como si le hubiera dado la razón. Luego suspiró, posó la cucharilla y empezó a hablar sin que viniera a cuento y con el tono de voz agudo que suele indicar que quien habla ha estado pensando bastante tiempo

en el asunto que quiere exponer:

—Señor Bell, recuerda lo que hablamos anoche de Frederick, ¿verdad?

—Anoche. ¿Dónde estaba yo? ¡Sí, ya recuerdo! Parece que hayan transcurrido semanas. Sí, por supuesto, recuerdo que hablamos de él, pobrecillo.

—Sí, ¿y recuerda que el señor Lennox dijo que había estado en Inglaterra por la época en que murió mi querida madre? —preguntó Margaret, bajando la voz más de lo usual.

—Lo recuerdo. No lo sabía, nadie me lo había dicho.

—Y yo creía... Siempre creí que se lo había explicado papá.

—¡No! No lo hizo. Pero ¿qué querías decirme, Margaret?

—Quería contarle algo que hice entonces y que estuvo muy mal —contestó Margaret, mirándole fijamente de pronto con su expresión más franca, y ruborizándose al confesar—: ¡Dije una mentira!

—Bueno, reconozco que estuvo mal; y no es que yo no haya dicho un buen número en mi vida, no todas con palabras rotundas como supongo que hiciste tú, sino con actos o de un modo mezquino, con circunloquios, induciendo a la gente a dejar de creer la verdad o a creer una mentira. ¿Sabes cuál es la mayor mentira, Margaret? Verás, hay muchísimas personas que se creen buenísimas y que mantienen relaciones extrañas con las mentiras, matrimonios morganáticos y primos segundos. La sangre contaminante de la falsedad corre por las venas de todos nosotros. Yo te habría supuesto tan alejada de ella como a la mayoría. ¡Vamos, ahora te pones a llorar, niña! No, no hablaremos de ello si la cosa va a acabar así. Creo que ya lo has lamentado bastante y que no volverás a hacerlo, ha pasado mucho tiempo y no quiero que estés triste. Quiero verte muy contenta.

Margaret se secó los ojos e intentó hablar de otra cosa, pero de pronto volvió a empezar:

—Por favor, señor Bell, déjeme contárselo. Tal vez pueda ayudarme un poco. No, ayudarme no, pero si supiera usted la verdad tal vez podría corregirme..., aunque tampoco es eso, en realidad —dijo, desesperada por no poder expresarse con la precisión que deseaba.

El señor Bell cambió de actitud.

—Está bien, hija, cuéntamelo —dijo.

—Es una larga historia. Pero cuando vino Fred, mamá estaba muy enferma y yo estaba destrozada de angustia y también tenía miedo de haberle hecho ponerse en peligro. Y nos llevamos un susto en cuanto ella murió, porque

Dixon se encontró con alguien en Milton, un individuo llamado Leonards que conocía a Fred y que por lo visto le guardaba rencor o por lo menos se sentía tentado por la recompensa ofrecida por su captura. Y con ese nuevo miedo se me ocurrió que sería mejor que Fred se fuera en seguida a Londres, donde, como comprendería por lo que le dijimos anoche, debía consultar al señor Lennox sobre las posibilidades que tendría de ser absuelto si le juzgaban. Así que fuimos a la estación, es decir, fuimos él y yo. Era por la tarde y estaba oscureciendo, pero aún había luz suficiente para reconocer y ser reconocido. Llegamos demasiado pronto y salimos a pasear por el campo que queda al lado. Yo estaba aterrada todo el rato porque sabía que ese Leonards andaba cerca. Y entonces, cuando estábamos en el campo y la luz roja del sol poniéndose me daba en la cara, pasó alguien a caballo por la carretera justo al pie de la entrada del campo en que estábamos nosotros. Al principio no supe quién era, me daba la luz en los ojos, pero al momento pasó el resplandor y vi que era el señor Thornton, y nos saludamos con una venia.

—Y él vio a Frederick, claro —dijo el señor Bell, animándola a seguir con su historia mientras él cavilaba.

—Sí; y luego, en la estación, apareció un hombre achispado y tambaleante que intentó agarrar a Fred y que perdió el equilibrio cuando Fred se zafó de él, y se cayó por el borde del andén. No fue una caída muy grande, no habría más de tres pies. Pero, ay, señor Bell, ¡aquella caída de algún modo lo mató!

—Menudo problema. Supongo que era ese Leonards. ¿Y cómo se fue Frederick?

Se marchó en seguida después de la caída. Creíamos que el pobre hombre no podía haberse hecho daño, parecía que tenía que ser algo muy leve.

—¿Entonces no murió en seguida?

—¡No! No murió hasta dos o tres días después. Y entonces, ¡ay, señor Bell! Ahora viene la peor parte —dijo, entrelazando los dedos—. Se presentó en casa un inspector de policía y me acusó de ser la compañera del joven cuyo empujón o golpe había causado la muerte a Leonards; era una acusación falsa, claro, pero aún no sabíamos si Fred había embarcado o si seguía en Londres, en cuyo caso, se exponía a que le detuvieran con esa falsa acusación y luego descubrieran que era el teniente Hale acusado de causar aquel motín, y que lo mataran. Todo eso me pasó por la cabeza fugazmente y dije que no era yo, que yo no había estado en la estación de tren aquella noche, que no sabía nada del asunto. Sólo pensaba en salvar a Frederick, era lo único que me preocupaba.

—Opino que obraste bien. Yo habría hecho lo mismo. Te olvidaste de ti misma pensando en otro. Sí, supongo que yo habría hecho lo mismo.

—No, usted no lo habría hecho. Obré mal, fui desobediente y desleal. En

aquel momento Fred estaba a salvo fuera de Inglaterra, y en mi obcecación olvidé que había otro testigo que podía declarar que me había visto allí.

—¿Quién?

—El señor Thornton. Ya le he dicho que me vio cerca de la estación. Nos saludamos con una venia.

—¡Bueno! Él no sabía nada de este lío por la muerte del borracho. Supongo que la investigación no llegó a nada.

—¡No! El proceso sobre el que habían empezado a hablar en la investigación se interrumpió. El señor Thornton está enterado de todo. Era el magistrado del caso y averiguó que la causa de la muerte no había sido la caída. Pero no antes de saber lo que yo había dicho. ¡Ay, señor Bell!

Se cubrió la cara con las manos como si quisiera ocultarse de la presencia del recuerdo.

—¿Se lo has explicado? ¿Le has expuesto alguna vez el importante motivo personal?

—La falta de fe personal y que me aferré a un pecado para no hundirme —repuso ella con amargura—. No. ¿Cómo iba a hacerlo? Él no sabía nada de Frederick. ¿Iba a contarle los secretos de la familia para recuperar su buena opinión de mí, y arriesgar así las posibilidades de exculpación de Frederick, según parecía entonces? Las últimas palabras de Fred habían sido para encarecerme a mantener en secreto su visita. Ya ve que papá ni siquiera se lo dijo a usted. ¡No! Podía soportar la vergüenza, al menos así lo creía. Y la soporté. El señor Thornton no ha vuelto a respetarme desde entonces.

—Claro que te respeta. Estoy seguro —dijo el señor Bell—. Claro que eso explicaría algo... Pero siempre habla de ti con consideración y estima, aunque ahora comprendo ciertas reservas de su actitud.

Margaret guardó silencio. No prestó atención a lo que siguió diciendo el señor Bell. Perdió la noción del momento. Pero al final dijo:

—¿Me dirá a qué se refiere con lo de sus «reservas» cuando habla de mí?

—Bueno, sólo que me irritó que no se uniera a mis alabanzas de ti. Creí como un viejo tonto que todo el mundo tendría la misma opinión que yo; y era evidente que él no podía estar de acuerdo conmigo. Me desconcertó entonces. Pero si nunca se ha aclarado el asunto, tiene que estar perplejo. En primer lugar, que pasearas con un joven de noche...

—¡Pero era mi hermano! —exclamó Margaret sorprendida.

—Claro. Pero ¿cómo iba a saberlo él?

—No lo sé. Nunca se me había ocurrido pensar una cosa así —dijo Margaret, enrojeciendo y mostrándose dolida y ofendida.

—Quizá tampoco a él, a no ser por la mentira que, dadas las circunstancias, sostengo que fue necesaria.

—No lo fue. Lo sé ahora. Y me arrepiento de veras.

Siguió un largo silencio. Lo rompió al fin Margaret:

—Es probable que no vuelva a ver nunca al señor Thornton —se interrumpió ahí.

—Yo diría que hay muchas cosas más improbables —repuso el señor Bell.

—Pero creo que no lo haré. Aun así, de algún modo no es agradable caer tan bajo como he caído yo en... en la opinión de un amigo. —Tenía los ojos llenos de lágrimas pero hablaba con voz firme y el señor Bell no la estaba mirando—. Y ahora que Frederick ha renunciado a toda esperanza de demostrar su inocencia y volver a Inglaterra, y casi a todo deseo de hacerlo, aclarar todo esto sólo sería hacerme justicia. Si usted quisiera, si pudiera, si se presentara la ocasión (no imponiéndole una explicación, por favor), pero si pudiera, ¿le explicaría todas las circunstancias y le diría también que yo le he dado permiso para hacerlo, porque creo que por papá no debería perder su respeto aunque es probable que no volvamos a vernos?

—Por supuesto. Creo que tiene que saberlo. No me gusta que pese sobre ti la menor sombra de falta de decoro. Seguro que no sabía a qué atenerse al verte sola con un joven.

—En cuanto a eso —dijo Margaret con bastante altivez—, sostengo que honni soit qui mal y pense. De todos modos, preferiría aclararlo si se presenta una ocasión de explicárselo con naturalidad. Pero no es para librarme de cualquier sospecha de comportamiento indecoroso por lo que deseo que lo sepa, si creyera que había sospechado de mí no me importaría su buena opinión; no, es que tiene que saber cómo fui tentada y cómo caí en la trampa; por qué dije aquella mentira, en suma.

—De lo que yo no te acuso. Y te aseguro que no es debilidad por mi parte.

—Lo que piensen otros de la rectitud o la maldad no es nada comparado con mi profundo convencimiento, mi convicción personal de que obré mal. Pero no sigamos hablando de ello, por favor; lo hecho, hecho está. Ahora tengo que dejarlo atrás y procurar ser sincera siempre, si puedo.

—Muy bien. Si te gusta preocuparte y acongojarte, allá tú. Yo siempre mantengo la conciencia tan cerrada como una caja de sorpresas, porque cuando cobra existencia me sorprende por su magnitud. Así que consigo que vuelva a su sitio como hizo el pescador con el genio. «Prodigioso —digo—,

pensar que has estado oculta tanto tiempo y en un espacio tan reducido que verdaderamente no conocía tu existencia. Por favor, en lugar de crecer más y más a cada instante y desconcertarme con tus difusos contornos, ¿no podrías comprimirte de nuevo y volver a las dimensiones anteriores?». Y cuando lo consigo, precinto bien el recipiente y pongo sumo cuidado en abrirlo de nuevo y oponerme a Salomón, el más sabio de todos los hombres, que lo confinó allí en primer lugar.

Pero Margaret no lo consideraba un asunto de broma. Apenas prestaba atención a lo que decía el señor Bell. Estaba dando vueltas a la idea, que ya abrigaba antes pero que ahora había cobrado fuerza de convicción, de que el señor Thornton ya no mantenía su buena opinión sobre ella: que le había decepcionado. No creía que una explicación pudiera devolverle nunca, no ya su amor, pues había resuelto no volver a pensar nunca en él ni en cualquier correspondencia por su parte y se mantenía firme en su resolución, sino el respeto y la elevada consideración que le harían estar siempre dispuesto, con el espíritu de los hermosos versos de Gerald Griffin, a.

Volverse y mirar atrás al oír
el sonido de mi nombre.

Siguió atragantándose y tragando siempre que pensaba en ello. Intentó consolarse con la idea de que lo que él imaginara que fuera ella no alteraba el hecho de lo que era. Pero era un lugar común, una fantasía, y se quebraba bajo el peso de su aflicción. Tuvo veinte preguntas en la punta de la lengua para hacérselas al señor Bell, pero no formuló ninguna. El señor Bell pensó que estaba cansada y la envió temprano a su habitación, donde pasó largas horas sentada junto a la ventana abierta contemplando la cúpula púrpura en lo alto donde asomaron las estrellas y brillaron y desaparecieron tras los grandes árboles sombríos antes de que ella se fuera a la cama. Durante toda la larga noche ardió una lucecita en la tierra. Una vela de su antiguo dormitorio, que era el cuarto de los niños con los nuevos habitantes de la vicaría hasta que construyeran el nuevo. Un sentimiento de cambio, de insignificancia personal, de perplejidad y decepción abrumaba a Margaret. Nada era lo mismo; y esa ligera inestabilidad general le causaba más dolor que si hubiera cambiado todo completamente y no lo reconociera.

«Ahora empiezo a comprender lo que ha de ser el cielo y, oh, la grandeza y el consuelo de las palabras "El mismo ayer y hoy y para siempre". ¡Eternidad! "Desde la eternidad y para siempre eres tú, Dios". Ese cielo que hay sobre mí parece inmutable, y sin embargo cambia. Estoy tan cansada, tan cansada de todas estas fases vertiginosas de mi vida en la que nada permanece a mi lado, ninguna criatura, ningún lugar, es como el círculo en que las víctimas de la pasión terrenal giran continuamente. Estoy de un humor en el que las mujeres

de otra religión toman el velo. Busco permanencia celestial en la monotonía terrenal. Si fuera católica, podría calmar mi corazón, aturdirlo con un buen golpe, podría hacerme monja. Pero suspiraría por mis congéneres; no, mis congéneres no, pues el amor a mi especie no podría llenar mi corazón excluyendo el amor a las personas. Tal vez fuera así, tal vez no. No puedo decidirlo esta noche».

Se fue a la cama cansinamente, se levantó cansinamente al cabo de cuatro o cinco horas. Pero con la mañana llegó la esperanza, y una visión más optimista de las cosas.

«Pese a todo, está bien —se dijo, al oír las voces de los niños que jugaban mientras se vestía—. Si el mundo permaneciera inmóvil, sería retrógrado y se volvería corrupto, si eso no es contradictorio. Si miro fuera de mí misma y de mi dolorosa sensación de cambio, el progreso de todo cuanto me rodea es justo y necesario. Si quiero tener un juicio recto y un ánimo confiado no debo pensar tanto en cómo me afectan a mí personalmente las circunstancias, sino en cómo afectan a los demás». Entró en la sala con una sonrisa en los ojos presta a saltar a sus labios, y saludó al señor Bell.

—Vaya, señorita, te acostaste tarde anoche y te has levantado tarde hoy. Pero tengo una noticia para ti. ¿Qué me dices de una invitación a cenar? Una visita matutina, literalmente al amanecer. He visto al vicario, ha pasado por aquí camino de la escuela. No sé lo que tendría que ver su madrugón con el deseo de dar a nuestra anfitriona una plática abstemia en beneficio de los segadores; pero aquí estaba cuando bajé poco antes de las nueve. Y estamos invitados a cenar allí hoy.

—Pero Edith me espera hoy, no puedo ir —dijo Margaret, alegrándose de tener tan buena excusa.

—Sí, ya lo sé, así se lo dije. Supuse que no querrías ir. Pero la invitación sigue en pie, si te apetece.

—¡Oh no! —dijo Margaret—. Atengámonos a nuestro plan. Salgamos a las doce. Es muy bondadoso y amable por su parte, pero en realidad no puedo ir.

—¡Muy bien! No te pongas nerviosa y yo lo arreglaré todo.

Antes de marcharse, Margaret salió sigilosa y fue a la parte de atrás del huerto de la vicaría y cogió una ramita de madreselva. No había cortado ni una flor el día antes por miedo a que la observaran e hicieran comentarios sobre sus motivos y sus sentimientos. Pero cuando volvía por el ejido, el lugar tenía de nuevo la misma atmósfera encantadora de siempre. Los sonidos de la vida eran más musicales allí que en ningún otro lugar del mundo, la luz era de un dorado más intenso, la vida más plácida y más llena de gozo ensoñador.

Margaret recordó entonces sus sentimientos del día anterior y se dijo:

«Yo también cambio perpetuamente, tan pronto de una forma como de otra, ahora decepcionada e irritable porque no es todo como lo imaginaba, y luego de pronto descubro que la realidad es mucho más bella de lo que imaginaba. ¡Oh, Helstone! Nunca amaré otro lugar como a ti».

Pocos días después, las cosas se habían asentado y decidió que estaba muy contenta de haber ido y haberlo visto de nuevo. Sabía que para ella sería siempre el rincón más precioso del mundo, pero estaba tan lleno de asociaciones con el pasado, sobre todo con su padre y con su madre, que si tuviese que pasar todo de nuevo se resistiría a hacer otra visita como la que había hecho con el señor Bell.

Capítulo XLVII

Insatisfacción

Dixon llegó de Milton por entonces, y ocupó su puesto como doncella de Margaret. Llevó consigo historias sin cuento de las habladurías de Milton: Martha se había ido a vivir con la señorita Thornton tras la boda de ésta; una relación de las damas de honor, trajes y desayunos de aquella interesante ceremonia; que la gente creía que el señor Thornton la había convertido en una boda demasiado espléndida, habida cuenta de lo mucho que había perdido con la huelga y todo lo que había tenido que pagar por incumplimiento de contratos; el poco dinero que habían sacado de la venta de los muebles, una vergüenza considerando lo rica que era la gente de Milton; que la señora Thornton se había presentado un día y había conseguido dos o tres gangas, y el señor Thornton había ido al siguiente y en su empeño por conseguir un par de artículos había subido las propias apuestas, para gran diversión de los curiosos, con lo que según observó Dixon, se igualaron las cosas: si la señora Thornton había pagado demasiado poco, el señor Thornton había pagado demasiado. El señor Bell había enviado toda clase de instrucciones acerca de los libros, pero no había forma de entenderlo, tan especial era. Si hubiese ido personalmente habría sido perfecto, pero las cartas siempre eran y siempre serán tan desconcertantes que no sirven de nada. Dixon no sabía mucho de los Higgins. Su memoria tenía un sesgo aristocrático y era muy engañosa cuando ella intentaba recordar cualquier circunstancia relacionada con quienes vivían por debajo de su nivel. Creía que Nicholas estaba muy bien. Había ido varias veces a la casa a preguntar qué se sabía de la señorita Margaret. Era la única persona que había preguntado por ella, excepto el señor Thornton una vez. ¿Y Mary? ¡Oh, ella estaba muy bien, por supuesto, una criatura grande, robusta y

descuidada! Había oído, o quizá lo hubiera soñado, aunque sería extraño que ella soñara con gente como los Higgins, que Mary había empezado a trabajar en el taller del señor Thornton, porque su padre quería que aprendiera a cocinar; pero no sabía lo que podía significar semejante tontería. Margaret estaba de acuerdo con ella en que la historia era tan absurda como para parecer un sueño. Sin embargo, le complacía poder hablar de Milton y de la gente de Milton con alguien. Dixon no sentía una debilidad especial por el tema y prefería correr un tupido velo sobre esa parte de su vida. Le gustaba mucho más extenderse sobre los discursos del señor Bell, que le habían sugerido la idea de cuál era realmente su intención: nombrar heredera a Margaret. Pero su señorita no alentó ni satisfizo en modo alguno sus preguntas insinuantes, aunque disfrazadas de sospechas o afirmaciones.

Durante todo ese tiempo, Margaret sentía un extraño anhelo indefinido de saber si el señor Bell había hecho una de sus visitas de negocios a Milton; pues había quedado claro entre ellos durante su conversación en Helstone que la explicación que ella deseaba sólo debía darse al señor Thornton de viva voz, e incluso así, sin imponérsela de ninguna manera. El señor Bell no era un gran corresponsal, aunque escribía de vez en cuando cartas largas o breves, según el humor del momento; y aunque Margaret no era consciente de ninguna esperanza concreta al recibirlas, siempre dejaba a un lado las notas con un vago sentimiento de decepción. No iba a ir a Milton; al menos no decía nada al respecto. ¡Bien! Tenía que ser paciente. Antes o después se despejarían las brumas. Pero el señor Bell no parecía el mismo en las cartas; éstas eran breves y quejasas, con algún que otro toque de amargura insólito en él. No hablaba del futuro, más bien parecía lamentar el pasado y estar cansado del presente. Margaret conjeturó que tal vez no se encontrara bien. Pero en respuesta a una pregunta de ella sobre su salud, le envió una breve nota diciéndole que existía una vieja dolencia llamada esplín; que la padecía y que a ella le tocaba decidir si era más mental que física; pero que le gustaría permitirse refunfuñar sin verse obligado a emitir un boletín cada vez que lo hiciera.

A consecuencia de esa nota, Margaret no hizo más preguntas sobre su salud. Un día Edith mencionó de pasada el fragmento de una conversación que había tenido con el señor Bell la última vez que él había estado en Londres, que obsesionó a Margaret con la idea de que se proponía llevarla a visitar a su hermano y a su cuñada a Cádiz en el otoño. Preguntó e interrogó a Edith hasta que ésta se hartó y declaró que no había más que recordar, que todo lo que le había dicho era que a lo mejor iba él para saber por sí mismo qué tenía que decir Frederick del motín; y que sería una buena oportunidad para que Margaret conociera a su cuñada; que él siempre iba a algún lado durante las vacaciones largas y que no veía por qué no iba a ir a España lo mismo que a cualquier otro sitio. Eso era todo. Edith esperaba que Margaret no quisiera dejarlos y estaba preocupada por todo esto. Y luego, como no tenía nada mejor

que hacer, se echó a llorar y dijo que ya sabía que quería mucho más a Margaret que Margaret a ella. Margaret la consoló lo mejor que pudo, pero no le pudo explicar cuánto le complacía y encantaba la idea de España, por muy ilusoria que fuera. Edith solía pensar que cualquier placer disfrutado lejos de ella era una afrenta tácita o como mínimo una prueba de indiferencia. Así que Margaret tuvo que guardárselo para ella y sólo lo dejó escapar a modo de válvula de seguridad preguntándole a Dixon mientras se vestía para la cena si no le gustaría muchísimo ver al señorito Frederick y a su esposa.

—Ella es papista, ¿verdad?

—Supongo..., oh, claro, por supuesto —contestó Margaret, un poco desanimada de pronto al recordarlo.

—¿Y viven en un país papista?

—Sí.

—Entonces lo siento pero tengo que decir que aprecio mucho más mi alma que al señorito Frederick incluso, con todo lo que le quiero. Estaría siempre aterrada por si me convertían, señorita.

—Bueno, no sé si iré —dijo Margaret—. Pero si voy, no soy una dama tan delicada como para no poder viajar sin ti. ¡No, mi vieja y querida Dixon! Tendrás unas largas vacaciones si voy. Aunque me temo que sea un largo «si».

A Dixon no le gustó esta conversación. En primer lugar, no le hacía ninguna gracia la costumbre de Margaret de llamarla «vieja y querida Dixon» cuando se ponía especialmente efusiva. Sabía que la señorita Hale era propensa a emplear vieja a modo de tratamiento, pero Dixon siempre se resistía a que se lo aplicara a ella, que, con poco más de cincuenta años, se consideraba en la flor de la vida. En segundo lugar, no le gustó que le tomara la palabra tan fácilmente, pues, pese a todo su terror, sentía una oculta curiosidad por España, la Inquisición y los misterios papistas. Así que carraspeó un poco, como para demostrar su decisión de eliminar las objeciones, y preguntó a la señorita Hale si creía que si procuraba no ver nunca a un cura ni entrar en ninguna de sus iglesias habría tanto peligro de que la convirtieran. Seguro que el señorito Frederick se había pasado al otro lado irresponsablemente.

—Creo que lo hizo por amor —dijo Margaret con un suspiro.

—¡Pues vaya, señorita! —repuso Dixon—. La verdad, puedo protegerme de los curas y de las iglesias, pero el amor llega a hurtadillas. Creo que no debería ir.

Margaret tenía miedo de pensar demasiado en la visita a España. Pero eso evitó que cavilara con excesiva impaciencia sobre su deseo de que el señor

Thornton lo supiera todo. De momento, parecía que el señor Bell seguía inmóvil en Oxford y no tenía intención de ir a Milton; y parecía también que una reserva oculta impidiera a Margaret preguntar incluso o aludir de nuevo a cualquier posibilidad de semejante visita por su parte. Tampoco se sentía libre para mencionar lo que le había dicho Edith de la idea de ir a España, que tal vez sólo hubiese abrigado durante cinco minutos. Él no se lo había mencionado en Helstone durante todo el día soleado de ocio; podría haber sido sólo una fantasía momentánea, pero si fuese cierto, qué alivio supondría en la monotonía de su vida actual, que estaba empezando a aburrirla.

Uno de los grandes placeres de Margaret en este período era el niño de Edith. Era el orgullo y el juguete de sus padres mientras se portaba bien. Pero cuando manifestaba la firme voluntad de salirse con la suya, y en cuanto le daba una de sus pataletas, Edith renunciaba desesperada y fatigada y decía con un suspiro:

—¡Santo cielo! ¿Qué voy a hacer con él? Margaret, por favor, toca el timbre para que venga Hanley.

Pero a Margaret casi le gustaba más en estas manifestaciones de genio que cuando se portaba como un angelito. Se lo llevaba entonces a una habitación donde luchaban ambos hasta el final. Ella con una firmeza que lo apaciguaba, mientras empleaba de la forma apropiada todo el encanto y toda la astucia que poseía hasta que él frotaba la cara lacrimosa y ardiente con la de ella, con besos y caricias hasta que se quedaba dormido en sus brazos o sobre su hombro. Esos eran los momentos más dulces de Margaret. Le daban un indicio del sentimiento que creía que se le negaría siempre.

El señor Henry Lennox añadió un elemento nuevo y nada desagradable al curso de la vida familiar con su frecuente presencia. A Margaret le parecía más frío aunque más brillante que antes; pero había gustos intelectuales firmes y abundante y variado conocimiento que daban sabor a la conversación, por lo demás bastante insípida. Margaret advirtió en él atisbos de un ligero desdén por su hermano, su cuñada y su modo de vida, que parecía considerar frívolo y sin sentido. Margaret le oyó emplear un tono bastante áspero con su hermano un par de veces, preguntándole si pensaba renunciar totalmente a su carrera; y ante la respuesta del capitán Lennox de que tenía de sobra para subsistir, había visto el rictus del señor Lennox al decir: «¿Y es eso todo lo que esperas de la vida para lo que vives?».

Pero los hermanos estaban muy unidos, como suelen estarlo dos personas cuando una es más inteligente y guía siempre a la otra y esta última se siente contenta dejándose guiar. El señor Lennox progresaba en su profesión; cultivaba con minuciosa previsión todos los contactos que pudieran serle útiles a la larga. Era agudo, perspicaz, inteligente, sarcástico y orgulloso. Desde la

última conversación larga sobre los asuntos de Frederick que había mantenido con él la primera tarde en presencia del señor Bell, no habían tenido mucho trato, aparte del propio de las estrechas relaciones de ambos con la misma familia. Pero eso bastó para disipar la cautela de ella y todos los síntomas de vanidad y orgullo herido de él. Se veían continuamente, por supuesto, aunque Margaret creía que él procuraba evitar quedarse a solas con ella. Suponía que percibía igual que ella que se habían alejado extrañamente de su antiguo fondeadero en el que compartieran muchas opiniones y todos los gustos.

Y sin embargo, cuando él hablaba excepcionalmente bien o con extraordinaria fuerza epigramática, ella creía que buscaba la expresión de su semblante antes que nada, aunque sólo un instante; y que, en la relación familiar que los reunía continuamente, la opinión de ella era la única que escuchaba con deferencia: la más completa, porque la daba de mala gana y la ocultaba todo lo posible.

Capítulo XLVIII

No volver a encontrarse

Los elementos de las cenas que daba la señora Lennox eran los siguientes: sus amigas aportaban la belleza; el capitán Lennox, el conocimiento despreocupado de los temas del día; y el señor Henry Lennox y algunos hombres influyentes invitados como amigos suyos, el ingenio, la inteligencia, el vasto y profundo conocimiento del que sabían sacar partido sin resultar pedantes ni recargar el rápido fluir de la conversación.

Estas cenas eran muy agradables, pero incluso en ellas la insatisfacción que sentía Margaret la sorprendía. Se desplegaban todos los talentos, todos los sentimientos, todos los conocimientos; no, incluso todas las inclinaciones a la virtud, como materiales de fuegos de artificio; el fuego sagrado, oculto, se consumía en centelleo y crepitación. Hablaban de arte de forma meramente sensual, considerando los efectos externos en vez de permitirse aprender todo lo que tiene que enseñar. Se estimulaban hasta el entusiasmo sobre temas elevados en compañía y no volvían a pensar en ellos cuando estaban solos; derrochaban sus dotes críticas en un simple flujo de palabras apropiadas.

Un día, cuando los caballeros subieron a la sala, el señor Lennox se acercó a Margaret y le dirigió casi las primeras palabras voluntarias que le había dicho desde que había vuelto a vivir a Harley Street.

—Me pareció que no le complacía lo que decía Shirley en la cena.

—¿De veras? Mi cara debía de ser muy expresiva —repuso Margaret.

—Siempre lo ha sido. No ha perdido el don de ser elocuente.

—No me gustó su forma de defender lo que sabía que es erróneo, tan manifiestamente erróneo, ni siquiera en broma.

—Pero era muy ingenioso. ¡Cómo decía cada palabra! ¿Recuerda los felices epítetos?

—Sí.

—Y los desprecio, le gustaría añadir. Por favor, no tenga reparos, aunque sea mi amigo.

—¡Vaya! Ése es exactamente el tono que emplea... —se interrumpió de pronto.

El esperó muy atento a ver si terminaba la frase; ella se ruborizó y se volvió. No obstante, antes de hacerlo, le oyó decir en voz muy baja y muy clara:

—Si es mi tono o mi forma de pensar lo que le molesta, ¿será sincera conmigo y me lo dirá, dándome así la oportunidad de aprender a complacerla?

Durante todas aquellas semanas no hubo ninguna noticia del viaje del señor Bell a Milton. Él le había comentado en Helstone que tendría que ir bastante pronto; pero debía de haber solucionado los asuntos por carta, pensó Margaret, y sabía que no iría a un lugar que le desagradaba si podía evitarlo. Y además, poco entendía él la importancia secreta que daba ella a la explicación que sólo podía darse de viva voz. Sabía que él consideraba necesario que se hiciera; pero poco importaba que fuera en verano, otoño o invierno. Estaban en agosto y no había habido mención alguna del viaje a España del que le había hablado a Edith, y Margaret procuraba resignarse a que su ilusión se desvaneciera.

Pero una mañana recibió una carta en la que le comunicaba que iría a la ciudad a la semana siguiente; quería hablarle de un plan que se le había ocurrido; y además, se proponía someterse a un pequeño tratamiento, pues había empezado a aceptar su opinión de que sería agradable pensar que se debía más a su salud que a él mismo que se sintiera irritable y enfadado. La carta tenía un tono general de animación forzada que Margaret advertiría después; pero entonces acapararon su atención las exclamaciones de Edith.

—¡Venir a la ciudad, santo cielo, y yo estoy tan agotada por el calor que creo que no me quedan fuerzas para otra cena! Además, se han marchado todos menos nuestras estúpidas personas que no pueden decidir de una vez adónde ir. No habrá nadie para recibirle.

—Estoy segura de que prefiere venir a cenar con nosotros solos tranquilamente que con los extraños más agradables que pudieras reunir.

Además, si no se encuentra bien no tendrá ganas de invitaciones. Me alegra que lo haya reconocido al fin. Estaba segura de que se encontraba mal por el tono general de sus cartas, y sin embargo no me contestó cuando se lo pregunté y no tenía a quién recurrir para saberlo.

—Bueno, no estará tan mal o no pensaría en España.

—No menciona España.

—No, pero el plan que tiene que proponerte seguro que se refiere a eso. Pero ¿irías realmente con este tiempo?

—Oh, refrescará cada día más. ¡Sí! Piénsalo. Sólo me preocupa haberlo pensado y deseado demasiado de ese modo obstinado y absorbente que acaba siempre en desilusión o satisfecho al pie de la letra sin procurar ningún placer en el fondo.

—Pero eso es supersticioso, Margaret, estoy segura.

—No, no lo creo. Sólo debe prevenirme e impedirme dar rienda a deseos tan apasionados. Es algo así como «Dame hijos o me muero». Supongo que mi súplica es «Déjame ir a Cádiz o me muero».

—Querida Margaret, te convencerán para que te quedes allí. ¿Y qué haré yo entonces? Ojalá encontrara a alguien aquí con quien te casaras para estar segura de que no te marchas.

—Yo no me casaré nunca.

—Tonterías y dobles tonterías. Porque como dice Sholto eres un atractivo tal para la casa, que sabe que hay muchos hombres que estarán encantados de visitarnos el año que viene por ti.

Margaret se irguió altivamente.

—¿Sabes, Edith?, a veces creo que tu vida en Corfú te ha enseñado...

—¡Muy bien!

—Sólo unas pizquitas de ordinariez.

Edith empezó a sollozar tan amargamente y a declarar con tal vehemencia que su prima ya no la quería ni la consideraba su amiga, que Margaret llegó a pensar que había sido demasiado brusca para desahogar el orgullo herido, y acabó siendo esclava de Edith el resto del día; mientras la damita, abrumada por los sentimientos heridos, yacía como una víctima en el sofá exhalando algún que otro suspiro profundo, hasta que al final se quedó dormida.

El señor Bell no apareció tampoco el día para el que había aplazado la visita por segunda vez. Por la mañana llegó una carta de su sirvienta Wallis, en la que explicaba que hacía un tiempo que su señor no se encontraba bien, lo

cual había sido la verdadera razón de que pospusiera su viaje; y que en el mismo momento en que tenía que haber salido para Londres, le había dado un ataque de apoplejía; en realidad, añadía Wallis, era opinión de los médicos que no pasaría de aquella noche; y más que probable que cuando la señorita Hale recibiera la carta, su pobre señor ya no viviera.

Margaret recibió la carta a la hora del desayuno; palideció mientras la leía; luego la depositó en silencio en las manos de Edith y salió de la habitación.

Edith se quedó horrorizada cuando la leyó y se echó a llorar, sollozando espantada con tanto desconsuelo que angustió a su marido. La señora Shaw estaba desayunando en su habitación, y recayó en el capitán Lennox la tarea de hacer que su esposa aceptara el contacto próximo con la muerte que parecía ser el primero de su vida, que pudiera recordar. ¡Un hombre que tenía que haber cenado con ellos hoy yacía muerto o agonizando! Tardó un buen rato en poder pensar en Margaret. Entonces se levantó y fue corriendo a su habitación. Dixon estaba guardando algunos artículos de aseo mientras Margaret se ponía apresuradamente el sombrero con lágrimas en los ojos y con manos tan temblorosas que casi no podía atarse las cintas.

—¡Querida Margaret! ¡Qué espantoso! ¿Qué haces? ¿Vas a salir? Ya telegrafiará Sholto o hará lo que quieras.

—Voy a Oxford. Hay un tren dentro de media hora. Dixon se ha ofrecido a acompañarme, pero puedo ir sola. Tengo que verle otra vez. Además, quizá haya mejorado y necesite cuidados. Ha sido como un padre para mí. No me detengas, Edith.

—Pero tengo que hacerlo. No le gustará nada a mamá. Vamos a preguntárselo, Margaret. No sabes adónde vas. No me importaría si tuviera una casa propia, pero en sus aposentos del colegio... Vamos a ver a mamá y se lo preguntas antes de irte. Será un momento.

Margaret cedió y perdió el tren. La señora Shaw se quedó desconcertada con lo repentino del suceso y se puso histérica, haciendo perder un tiempo precioso a Margaret. Pero había otro tren al cabo de dos horas; y después de varias discusiones sobre lo propio y lo impropio, se decidió que el capitán Lennox acompañara a Margaret, ya que lo único en lo que se mantenía firme era en su resolución de ir, sola o como fuese, en el próximo tren, sin importarles que les pareciera correcto o incorrecto hacerlo. El amigo de su padre, su propio amigo, estaba al borde de la muerte; y ese pensamiento se apoderó de ella tan vívidamente, que ella misma se sorprendió de la firmeza con que afirmó esa parte de su derecho a obrar de forma independiente. Cinco minutos antes de que saliera el tren estaba sentada en un coche enfrente del capitán Lennox.

Sería siempre un consuelo pensar que había ido, aunque sólo fuese para enterarse de que el señor Bell había muerto por la noche. Vio las habitaciones en las que había vivido y las asoció siempre después con cariño en el recuerdo con la idea de su padre y de su querido y fiel amigo.

Habían prometido a Edith antes de marcharse que si todo había terminado, tal como temían, volverían para la cena. Así que Margaret tuvo que interrumpir la larga y detenida mirada alrededor de la habitación en que había muerto su padre para despedirse en silencio del bondadoso rostro del que tantas veces habían brotado palabras amables y alegres ocurrencias y extravagancias.

El capitán Lennox se quedó dormido en el viaje de vuelta. Y Margaret pudo llorar con libertad y recordar aquel año funesto y todos los infortunios que le había deparado. En cuanto cobraba plena conciencia de una pérdida, llegaba otra: no a sustituir su aflicción por la anterior, sino a reabrir las heridas y los sentimientos apenas curados. Pero el sonido de las voces tiernas de su tía y de Edith, de la risilla jubilosa de Sholto cuando llegó, y el ver las habitaciones bien iluminadas, con su señora linda con su palidez y su vehemente y afligido interés, Margaret despertó de su sordo trance de desesperación casi supersticiosa y empezó a sentir que incluso a su alrededor podían congregarse el gozo y la alegría. Ocupó el lugar de Edith en el sofá, el pequeño Sholto aprendió a llevar a la tía Margaret su taza de té con mucho cuidado, y cuando ésta subió a vestirse, dio gracias a Dios por haber ahorrado a su querido amigo una enfermedad larga y dolorosa.

Pero cuando llegó la noche, noche desgarradora, y toda la casa se sumió en el silencio, Margaret seguía sentada contemplando la belleza del cielo londinense a aquella hora aquella noche estival; los leves reflejos rosáceos de las luces terrestres en las tenues nubes que flotaban tranquilas a la pálida luz de la luna sobre la cálida oscuridad que se mantenía inmóvil en el horizonte. La habitación de Margaret había sido el salón de las niñas en su infancia, justo cuando ésta desembocaba en la juventud, y cuando los sentimientos y la conciencia despertaron por primera vez a la plena actividad. Recordó que una noche como aquélla se había prometido que llevaría una vida tan valiente y tan noble como cualquier heroína de novela de la que hubiera leído u oído hablar, una vida sans peur et sans reproche. En aquel entonces le parecía que sólo tenía que desearlo y lograría llevar aquella vida. Y ahora había aprendido que no solamente querer sino también rezar es una condición necesaria para lo verdaderamente heroico. Había confiado en sí misma y había caído. Era justa consecuencia de su pecado que todo lo que la excusaba de él, lo que la había tentado a cometerlo, permaneciera siempre oculto a la persona en cuya opinión la había hundido hasta lo más bajo. Se enfrentó a su pecado al fin. Lo reconoció como lo que era. La benévola sofistería del señor Bell de que casi

todos los hombres eran culpables de actos equívocos y de que el motivo ennoblecía el mal nunca había influido realmente en ella. Ahora le parecía mezquina y miserable su primera idea de que si lo hubiera sabido todo podría haber dicho la verdad sin miedo. No, el afán de que contar la verdad la excusara parcialmente a ojos del señor Thornton, como había prometido hacer el señor Bell, era una consideración nimia e insignificante ahora que la muerte le había enseñado de nuevo lo que debía ser la vida. Aunque todo el mundo hablara, actuara o guardara silencio con intención de engañar, aunque estuvieran en juego los intereses más preciados y las vidas más amadas estuviesen en peligro, aunque nadie conociera nunca su sinceridad o su falsedad para medir por ella el respeto o el menosprecio que merecía, completamente sola donde estaba, en presencia de Dios, rogó que le diera fuerza para ser siempre sincera de palabra y de obra.

Capítulo XLIX

Respirar tranquilidad

—¿No es Margaret la heredera? —susurró Edith a su esposo cuando estaban solos en su habitación por la noche, después del triste viaje a Oxford. Le había hecho bajar la cabeza, se había puesto de puntillas y le había implorado que no se asustara antes de aventurarse a hacerle la pregunta. Pero el capitán Lennox no tenía ni idea. Si alguna vez se lo habían dicho, lo había olvidado. Un miembro numerario de un pequeño colegio no podía tener mucho que dejar. Claro que él nunca había querido que ella pagara el alojamiento, y era absurdo que les diera doscientas cincuenta libras anuales teniendo en cuenta que no bebía vino. Edith se apoyó normalmente en los pies un poco más triste, con un idilio hecho añicos.

Una semana más tarde, se acercó cabrioleando a su marido y le hizo una reverencia.

—Yo tengo razón y tú te equivocas, nobilísimo capitán. Margaret ha recibido carta de un abogado y es heredera universal, siendo los legados unas dos mil libras, y la propiedad de unas cuarenta mil al valor actual de los inmuebles en Milton.

—¡Caramba! ¿Y cómo se ha tomado su buena fortuna?

—Bueno, por lo visto ya sabía que iba a tenerla desde el principio; sólo que no sabía que era tanto. Está muy blanca y muy pálida y dice que le da miedo; pero eso es absurdo, ya sabes, y pasará pronto. He dejado a mamá colmándola de parabienes y me he escabullido para decírtelo.

Al parecer, todos consideraron lo más natural del mundo mediante acuerdo general que el señor Lennox fuera asesor legal de Margaret de allí en adelante. Ella no sabía nada de las cuestiones de negocios y tenía que recurrir a él en casi todo. Él eligió al apoderado; él fue a verla con los documentos que tenía que firmar. Y cuando se sentía más feliz era cuando le enseñaba a ella de qué eran signos y ejemplos todos estos misterios de la ley.

—Henry —dijo Edith maliciosamente un día—, ¿sabes en qué confío y espero que acaben todas estas largas conversaciones con Margaret?

—No, ni lo sé ni quiero saberlo dijo él, ruborizándose.

—Pues muy bien; entonces no necesito pedirle a Sholto que no invite a casa tan a menudo al señor Montagu.

—Como quieras —repuso él con simulada indiferencia—. Lo que piensas puede ocurrir o no; pero esta vez sopesaré bien las cosas antes de comprometerme. Invita a quien te plazca. Tal vez no sea muy cortés, Edith, pero si te inmiscuyes lo estropearás todo. Ha estado muy arisca conmigo durante mucho tiempo; sólo ahora ha empezado a suavizar un poco conmigo su actitud de Zenobia. Tendría madera de Cleopatra, si fuera un poco más pagana.

—Yo por mi parte —dijo Edith con cierta malicia—, estoy muy contenta de que sea cristiana. ¡Conozco tan pocos!

No hubo España para Margaret aquel otoño; aunque confió hasta el último momento en que alguna feliz oportunidad reclamara a su hermano a París, donde podría verle fácilmente si alguien la acompañaba. En lugar de Cádiz, tuvo que conformarse con Cromer. Su tía y los Lennox estaban vinculados a aquel lugar. Siempre habían querido que los acompañara y, por consiguiente, dado su carácter, no se esforzaron gran cosa por estimular su deseo de un destino distinto. Tal vez Cromer fuese lo mejor para ella, en cierto sentido de la expresión. Necesitaba fortalecerse y tonificarse físicamente, además de descanso.

Entre otras esperanzas que se habían desvanecido estaba la fe, la confianza que había tenido en que el señor Bell explicara al señor Thornton las circunstancias familiares que habían precedido al desdichado accidente que desembocó en la muerte de Leonards. Había querido que cualquier opinión del señor Thornton, por distinta que pudiera ser de la que hubiese tenido anteriormente, se basara en el conocimiento verdadero de lo que ella había hecho y por qué lo había hecho. Le habría proporcionado una satisfacción; le habría dado reposo en un tema que ahora la preocuparía toda la vida a menos que pudiera resolverse a no pensar en ello. Después de tanto tiempo de los sucesos ya no había medio alguno de explicarlos más que el perdido con la

muerte del señor Bell. Tendría que resignarse a que él la juzgara mal, como tantos otros. Pero aunque se convenció a fuerza de razonar de que su suerte en eso no era excepcional, no por ello dejaba de anhelar angustiada que alguna vez —dentro de muchos, muchísimos años—, al menos antes de morir, él supiera lo grande que había sido su tentación. Pensó que no necesitaría enterarse de que se lo habían explicado todo si pudiera estar segura de que lo sabía. Pero éste era un deseo vano, como tantos otros. Y cuando consiguió convencerse de ello, volvió con toda su alma y su fuerza a la vida que la rodeaba y decidió esforzarse y sacar el mejor partido de ella.

Solía pasar largas horas sentada en la playa, contemplando el continuo movimiento del oleaje que rompía en la costa de guijarros; o miraba la superficie ondulante del mar más a lo lejos, su centelleo frente al cielo, y oía, sin ser consciente de ello, el eterno salmo que se elevaba sin cesar. Se calmó sin saber cómo ni por qué. Permanecía allí sentada lánguidamente en el suelo con las manos alrededor de las rodillas, mientras su tía Shaw hacía pequeñas compras y Edith y el capitán Lennox recorrían en coche la costa y el interior. Las niñeras que paseaban a los niños pasaban y volvían a pasar a su lado y comentaban en cuchicheos asombradas qué podría ver para quedarse mirando tanto tiempo día tras día. Y cuando la familia se reunía a la hora de comer, Margaret permanecía tan callada y absorta que Edith decidió que estaba abatida y acogió muy satisfecha una propuesta de su marido: tenían que invitar al señor Lennox a pasar una semana en Cromer a su regreso de Escocia en octubre.

Pero todo este tiempo para pensar permitió a Margaret situar los sucesos en su justo lugar, en cuanto a causa y significación, tanto respecto a su vida pasada como a su futuro. No fueron horas perdidas las que pasó a la orilla del mar, como podría haber visto cualquiera que hubiera tenido la agudeza necesaria para descifrar o la atención necesaria para interpretar la expresión que fue adoptando gradualmente la cara de Margaret. El cambio impresionó sobremanera al señor Lennox.

—Creo que el mar le ha sentado muy bien a la señorita Hale —comentó en cuanto ella salió de la habitación tras su llegada al círculo familiar—. Parece diez años más joven que en Harley Street.

—Es el sombrero que le he comprado —dijo Edith entusiasmada—. Supe que le sentaría bien en cuando lo vi.

—Perdona —dijo el señor Lennox, en el tono indulgente y despectivo que solía emplear con Edith—, pero creo que conozco perfectamente la diferencia entre los encantos de una prenda y los encantos de una mujer. Ningún simple sombrero puede hacer que los ojos de la señorita Hale sean tan luminosos y tan suaves a la vez, ni sus labios tan plenos y tan rojos, ni su cara tan llena de

paz y de luz. Es igual, y todavía más, que —bajó la voz—, que la Margaret Hale de Helstone.

A partir de entonces, aquel hombre inteligente y ambicioso concentró todas sus potencias en conseguir a Margaret. Amaba su dulce belleza. Veía el alcance oculto de su mente a la que (creía él) podía inducirse fácilmente a abrazar todos los objetivos en que había puesto él su corazón. Consideraba su fortuna solamente una parte del carácter completo y soberbio de ella y de su posición, aunque era plenamente consciente del salto que le permitiría dar a él, el pobre abogado. Conseguiría tanto éxito con el tiempo y tantos honores que podría pagarle con intereses aquel primer adelanto de caudal por el que estaría en deuda con ella. Había ido a Milton por asuntos relacionados con las propiedades de ella a su regreso de Escocia; y con la perspicacia de abogado experto, atento siempre a captar y sopesar las contingencias, había visto el considerable valor añadido anualmente a los terrenos y las fincas que poseía ella en aquella ciudad próspera y en crecimiento. Veía complacido que su actual relación de cliente y asesor legal permitía superar gradualmente el recuerdo de aquel día de desdicha y extravío de Helstone. Le brindaba ocasiones excepcionales de relación íntima con ella, además de las propias de la relación entre las familias.

Margaret estaba muy bien dispuesta a escuchar siempre y cuando él hablara de Milton, aunque no hubiese visto a las personas a las que ella conocía mejor. Con su tía y su prima el tono al hablar de Milton había sido de disgusto y desdén; precisamente los sentimientos que Margaret se avergonzaba de recordar que había expresado y sentido al principio cuando había ido a vivir allí. Pero el señor Lennox casi superaba a Margaret en su valoración del carácter de Milton y de sus habitantes. Su energía, su fuerza, su indomable coraje en debatirse y luchar y su llamativa intensidad vital atraían y cautivaban su atención. No se cansaba de hablar de ellos; y no había percibido en ningún momento lo materialista y egoístas que eran muchos de los objetivos que se proponían conseguir con su poderoso e infatigable empeño. Hasta que Margaret, incluso en medio de su complacencia, tuvo la franqueza de señalarlo como el pecado que empañaba todo lo que era noble y digno de admiración. Sin embargo, cuando otros temas la aburrían y daba sólo respuestas breves a muchas preguntas, Henry Lennox descubrió que indagar sobre alguna peculiaridad del carácter de Darkshire devolvía la luz a sus ojos y el color a sus mejillas.

Cuando regresaron a la ciudad, Margaret cumplió uno de sus propósitos y tomó las riendas de su propia vida. Antes de ir a Cromer, había sido tan dócil con las normas de su tía como si fuera aún la pequeña forastera asustada que se había quedado dormida llorando aquella primera noche en el cuarto de las niñas de Harley Street. Pero en aquellas solemnes horas de reflexión había

aprendido que tendría que responder de su vida y de lo que había hecho con ella algún día; e intentó resolver ese difícilísimo problema de las mujeres: cuánto debe entregarse en obediencia a la autoridad y cuánto puede reservarse para actuar con libertad. La señora Shaw era todo lo afable que podía ser; y Edith había heredado esta cualidad doméstica encantadora; tal vez fuese Margaret quien tenía peor carácter de las tres, pues su agudeza y su viva imaginación la hacían ser precipitada, y su temprano distanciamiento de la complacencia la había hecho orgullosa; pero poseía una ternura de corazón infantil indescriptible, que hacía sus modales irresistibles, incluso las pocas veces que se había mostrado obstinada anteriormente, y que ahora, aplacada por lo que los demás llamaban su buena fortuna, vencía la resistencia de su tía a someterse a su voluntad. Y Margaret consiguió así el reconocimiento de su derecho a seguir las propias ideas de lo que era su deber.

—Lo único que te pido es que no seas sargentona —le suplicó Edith—. Mamá quiere que tengas un lacayo propio, y me parece muy bien que no lo hagas, porque son grandes plagas. Sólo por complacerme, cariño, no seas varonil. Es lo único que pido. Con o sin lacayo, no seas varonil.

—No te preocupes, Edith. Me desmayaré en tus brazos mientras cenan los sirvientes en la primera ocasión. Y entonces, con Sholto jugando con el fuego y el bebé llorando, empezarás a desear que haya una mujer resuelta a tu lado capaz de afrontar cualquier emergencia.

—¿Y no te parecerá impropio bromear y ser alegre?

—Qué va. Lo pasaré mejor que nunca ahora que emprendo mi propio camino.

—¿Y no irás extravagante y me dejarás comprarte los vestidos?

—La verdad es que me propongo comprármelos yo. Puedes acompañarme si quieres; pero no puede complacerme nadie más que yo misma.

—Bueno, me temía que te vistieras de pardo y ocre para que no se note la suciedad que cogerás en todos esos sitios. Me alegra que conserves algunas vanidades, aunque sea como recuerdo de tu ser anterior.

—Voy a ser exactamente la misma, Edith, si es que tú y mi tía podéis creerlo. Sólo que como no tengo ni marido ni hijo que me proporcionen deberes naturales, tengo que buscarme algunos, además de encargarme de los vestidos.

En el cónclave familiar que celebraron Edith, su madre, y su marido, se decidió que tal vez todos estos planes de Margaret la aseguraran más para Henry Lennox. La mantendrían fuera del alcance de otros amigos que pudieran tener hijos o hermanos que fueran buenos partidos; y se acordó

también que parecía que no disfrutaba nunca mucho de la compañía de nadie más que de la de Henry, aparte de su propia familia. Los otros admiradores, atraídos por su apariencia o por la fama de su fortuna acababan arrastrados por su risueño desdén inconsciente a los caminos frecuentados por otras bellezas menos melindrosas u otras herederas con una mayor cantidad de oro. Henry y Margaret fueron intimando más poco a poco; pero ni él ni ella eran personas que se permitieran dar la menor muestra de las incidencias de su relación.

Capítulo L

Cambios en Milton

Mientras tanto, en Milton las chimeneas echaban humo, el estruendo incesante y el ajetreo vertiginoso seguían y se aceleraban continuamente. Madera, hierro y vapor carecían de sensibilidad y de objetivos en su empeño incesante, pero la persistencia de su trabajo monótono competía en resistencia infatigable con la vigorosa multitud que, con sentido y propósito trabajaba sin tregua en busca... ¿de qué? En las calles había pocos ociosos, nadie que caminara por el mero placer de hacerlo. Hasta los rostros de los hombres mostraban los rastros del afán y la ansiedad. Todos buscaban noticias con avidez enardecida, y los hombres se empujaban unos a otros en el Mercado y en la Bolsa con el hondo egoísmo de la competencia, igual que en la vida. El pesimismo imperaba en la ciudad. Acudían pocos compradores, y los vendedores miraban con recelo a los que lo hacían, pues el crédito era incierto y los más estables podían ver afectadas sus fortunas por el acaparamiento en el gran puerto vecino entre las compañías navieras. No se habían producido quiebras en Milton, de momento. Pero, por las inmensas especulaciones que habían salido a la luz al acabar mal en América e incluso más cerca de casa, se sabía que algunas empresas de Milton se verían tan afectadas que los hombres preguntaban a diario con el gesto si es que no con palabras: «¿Hay noticias? ¿Quién ha quebrado? ¿Cómo me afectará a mí?». Y cuando se reunían dos o tres, hacían hincapié en los nombres de quienes estaban a salvo, sin atreverse a insinuar los que probablemente estuviesen al borde de la quiebra, en su opinión; pues, en tales circunstancias, el rumor ocioso podía causar la caída de alguien que de otro modo podría capear el temporal, y el que cae arrastra a muchos consigo. «Thornton está a salvo —decían—. Su empresa es grande, más cada año; ¡pero con una cabeza como la que tiene, y tan prudente pese a toda su audacia...!».

Entonces un hombre hace un aparte con otro y le dice al oído: «La empresa de Thornton es grande, pero ha invertido sus beneficios en ampliarla. No tiene capital ahorrado, ha renovado la maquinaria en los dos últimos años y le ha costado... ¡no diremos qué! ¡A buen entendedor pocas

palabras...!»). Pero aquel señor Harrison era un pájaro de mal agüero, un individuo que había heredado la fortuna que había hecho su padre con el comercio, que había tenido miedo de perder cambiando su modo de negociar por cualquier otro de mayor alcance, pero que envidiaba cada penique que hacían otros más osados y perspicaces.

No obstante, lo cierto era que el señor Thornton estaba en apuros. Lo sentía sobremanera en su punto vulnerable: su orgullo por el prestigio que había conseguido. Artífice de su propia fortuna, no lo atribuía a méritos o cualidades propias, sino al poder que creía que daba el comercio al hombre valiente, honrado y perseverante de elevarse al nivel desde el que podía ver e interpretar el gran juego del éxito material, y honradamente, mediante tal conocimiento, disponer de más poder e influencia que en ningún otro modo de vida. Lejos de allí, en el este y el oeste, donde no le conocerán nunca personalmente, su nombre sería respetado, sus deseos serían cumplidos y su palabra tendría el valor del oro. Ésa era la idea de la vida mercantil con que había empezado el señor Thornton. «Sus mercaderes eran príncipes», decía su madre, leyendo en voz alta, como si fuera un toque de trompeta para invitar a su hijo a la lucha. Él estaba como tantos otros (hombres, mujeres y niños) atento sólo a lo lejano y ajeno a lo próximo. Buscaba la influencia de un nombre en países extranjeros y mares lejanos, ser la cabeza de una empresa que se conociera durante generaciones. Y le había llevado largos años silenciosos llegar incluso a un atisbo de lo que podría ser ahora, hoy, aquí, en su propia ciudad, en su propia fábrica, entre los suyos. Ellos y él habían llevado vidas paralelas, muy próximas, pero sin tocarse nunca, hasta el accidente (o eso parecía) de su relación con Higgins. Una vez cara a cara, de hombre a hombre, con un individuo de las masas que le rodeaban y (muy importante) al margen de la condición de patrono y trabajador en primer lugar, habían empezado a reconocer que «todos tenemos un corazón humano». Fue el primer paso. Y hasta ahora, en que el temor a perder la relación con algunos obreros a quienes había empezado a conocer como hombres hacía tan poco tiempo, a tener que dejar algunos planes que eran experimentos muy caros a su corazón sin haberlos puesto a prueba, dio nueva intensidad al miedo sutil que le invadía de vez en cuando. Hasta entonces, no había reconocido nunca la hondura y las dimensiones del interés que había empezado a sentir últimamente por su posición como fabricante, sencillamente porque le permitía tan estrecho contacto, y le daba la oportunidad de tanto poder, con un grupo de gente extraña, perspicaz e ignorante, pero ante todo, llena de carácter y fuerte sensibilidad humana.

Examinó su posición como fabricante miltoniano. La huelga de hacía año y medio, o más, pues hacía tiempo invernal en una primavera tardía, aquella huelga, cuando era joven, y ahora era viejo, le había impedido cumplir algunos encargos importantes que le habían hecho entonces. Había invertido una gran

cantidad de capital en maquinaria nueva y costosa y también había comprado gran cantidad de algodón para realizar aquellos encargos conseguidos bajo contrato. El no haber podido cumplirlos se debía hasta cierto punto a la absoluta falta de conocimientos de los obreros irlandeses que había importado, ya que buena parte de su trabajo era deficiente y no podía darle salida una empresa que se preciaba de fabricar sólo artículos de primera calidad. Los problemas creados por la huelga habían sido un obstáculo en el camino del señor Thornton durante muchos meses. A veces le entraban ganas de gritar furioso a Higgins sin ningún motivo cuando posaba la mirada en él, y pensaba en las graves consecuencias del suceso en que había estado implicado. Pero cuando caía en la cuenta de este resentimiento súbito y vivo, decidía dominarlo. No le habría satisfecho eludir a Higgins. Tenía que convencerse de que dominaba la propia cólera poniendo especial cuidado en dar a Higgins acceso siempre que las estrictas normas del trabajo o el tiempo libre del señor Thornton lo permitían. Y con el tiempo todo su resentimiento se diluyó en el asombro de que fuese o pudiese ser posible que dos hombres como Higgins y él, que vivían del mismo negocio, que trabajaban cada uno a su modo con el mismo objetivo, consideraran la posición y las obligaciones del otro de forma tan insólitamente distinta. Y de ahí nació aquella relación que aunque no pudiera producir el efecto de evitar todo futuro choque de opiniones y actuaciones, sí permitiría que, llegado el momento, patrono y trabajador se juzgaran uno a otro con más caridad y comprensión y fuesen mucho más pacientes y amables el uno con el otro.

Pero ahora había llegado uno de esos períodos de mal comercio en que la caída del mercado hacía bajar el valor de todas las grandes existencias. Las del señor Thornton cayeron casi la mitad. No recibió nuevos pedidos, así que perdió el interés del capital que había invertido en maquinaria. Era difícil incluso cobrar los encargos entregados, aunque seguía existiendo la constante sangría de los gastos de funcionamiento del negocio. Luego llegaron las facturas del algodón que había comprado; y, como el dinero escaseaba, tuvo que pedir préstamos a un interés exorbitante. Y sin embargo, no podía hacer efectivo nada del valor de su propiedad. Pero no desesperó, se esforzó día y noche en prever y tomar precauciones contra todas las emergencias. Se mostraba tan tranquilo y afable con las mujeres de su familia como siempre y no hablaba mucho con los trabajadores del taller, que para entonces ya le conocían y que no recibían sus respuestas categóricas y cortantes con el antagonismo latente y contenido de antes y la predisposición de siempre a las palabras y los juicios duros, sino con comprensión porque sabían los apuros que le acuciaban. «El patrón tiene muchos quebraderos», dijo Higgins un día, al oír la pregunta breve y cortante de por qué no se había cumplido una orden. Y captó su suspiro contenido al pasar una sala en la que trabajaban algunos hombres. Higgins y otro empleado hicieron horas extras aquella noche para

acabar un trabajo, sin que lo supieran los demás, y el señor Thornton nunca se enteró de que no lo había hecho el capataz, a quien había dado la orden en primer lugar.

«¡Ay, creo que sé quién habría lamentado ver al patrón sentado así como una pieza de calicó gris! Si el viejo clérigo hubiera visto el desconsuelo que he visto yo en la cara de nuestro patrón, su corazón femenino se habría desgarrado», pensó Higgins un día al acercarse al señor Thornton en la calle Marlborough.

—Señor —dijo, abordando a su patrón que caminaba deprisa y resuelto, y haciendo que aquel caballero alzara la vista con súbita sorpresa y enojo, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos—, ¿ha sabido algo de la señorita Margaret últimamente?

—¿La señorita qué?

—La señorita Margaret, la señorita Hale, la hija del viejo clérigo, sabría a quién me refiero si lo pensara un poco —no había nada irrespetuoso en el tono con que dijo esto.

—¡Ah, sí! —Y de repente, la gélida expresión preocupada había desaparecido de la cara del señor Thornton, como si un cálido viento estival se hubiera llevado toda la angustia de su mente. Y aunque seguía apretando los labios como antes, miró con ojos risueños y benévulos a su interlocutor.

»Ahora es mi arrendadora, Higgins. Sé cómo le va por su agente, que viene de vez en cuando. Está bien y entre amigos, gracias, Higgins.

Ese «gracias» que se rezagó tras las otras palabras y sin embargo surgió con tanta cordialidad, dio nueva luz al perspicaz Higgins. Podría ser sólo un fuego fatuo, pero decidió seguirlo y comprobar adónde le llevaba.

—¿Y no se ha casado, señor?

—Todavía no. —Su gesto se ensombreció de nuevo—. Se habla algo de que tal vez lo haga con un conocido de la familia, creo.

—Entonces no volverá por Milton, supongo.

—¡No!

—Un momento, señor. —Se acercó entonces confidencialmente y preguntó —: ¿Se ha demostrado la inocencia del señorito? Intensificó el alcance de la información con un guiño, que sólo hizo que al señor Thornton le pareciera todo más misterioso. —El joven caballero, quiero decir el señorito Frederick como lo llaman, el hermano de ella que estuvo aquí, ya sabe.

—Que estuvo aquí.

—Sí, claro, cuando murió la señora. No se preocupe que no voy a decir nada; Mary y yo lo supimos todo el tiempo pero nos callamos, nos enteramos porque Mary trabajaba en la casa.

—Y estuvo aquí. ¡Era su hermano!

—Por supuesto. Creía que lo sabía, porque si no nunca se lo hubiera dicho. ¿Sabía que tiene un hermano?

—Sí, lo sé todo de él. ¿Y vino cuando murió la señora Hale?

—No, no voy a decirle más. Quizá ya les haya creado problemas, pues lo guardaban muy en secreto. Sólo quería saber si le han absuelto.

—No que yo sepa. No sé nada. Sólo sé de la señorita Hale ahora como casera mía y por su abogado...

Se apartó de Higgins para seguir el asunto en el que estaba concentrado cuando le había abordado, desconcertándole con su actitud.

«Era su hermano —se dijo el señor Thornton—. Me alegra saberlo. No volveré a verla, pero es un consuelo, un alivio. Sabía que no podía hacer algo indigno y sin embargo añoraba la confirmación. ¡Ahora estoy contento!».

Fue un hilillo dorado que atravesó el oscuro tejido de sus vicisitudes actuales; que se hicieron cada vez más pesimistas y lúgubres. Su agente había confiado mucho en una casa del comercio americano que quebró, junto con algunas otras, precisamente entonces, como el naipe que provoca la caída de los demás. ¿Cuáles eran los compromisos del señor Thornton? ¿Podía resistir?

Noche tras noche se llevaba libros y documentos a su habitación y permanecía allí sentado despierto mucho tiempo después de que la familia se hubiera ido a la cama. Creía que nadie sabía en qué ocupaba las horas que debía haber dedicado a dormir. Cuando la luz del día empezaba a filtrarse por los huecos de las persianas una mañana y él aún no se había acostado, y pensaba con despreocupada indiferencia que podía arreglarse sin las dos horas de descanso que era todo lo que podría permitirse antes de que empezara de nuevo el revuelo del trabajo diario, se abrió la puerta de su habitación y apareció su madre, vestida igual que el día anterior. Tampoco ella se había acostado. Sus miradas se encontraron. Ambos tenían la cara rígida y fría, y estaban pálidos por la larga vigilia.

—¡Madre! ¿Por qué no estás en la cama?

—John, hijo —dijo ella—, ¿crees que puedo dormir tranquila mientras tú estás despierto lleno de preocupaciones? No me has dicho lo que te pasa, pero estás muy preocupado estos últimos días.

—El comercio va mal.

—Y temes...

—No temo nada —repuso él, irguiendo y manteniendo erguida la cabeza—. Ahora sé que ningún hombre sufrirá por mí. Ésa es mi preocupación.

—Pero ¿cuál es la situación? ¿Crees...? ¿Habrá una quiebra? —Su voz firme temblada de forma insólita.

—Una quiebra no. Tengo que dejar el negocio, pero pago a todos los hombres. Podría desquitarme, siento una gran tentación...

—¿Cómo? ¡Por favor, John! Mantén tu reputación, consíguelo como sea. ¿Cómo salvarlo?

—Con una especulación muy arriesgada que me han propuesto, y que si saliera bien me dejaría más que a flote, de forma que nadie tendría por qué saber nunca los apuros en que estoy. Sin embargo, si saliera mal...

—Si saliera mal —dijo ella acercándose y posándole la mano en el brazo, con los ojos brillando de impaciencia. Contuvo la respiración para escuchar el final de la frase.

—Los hombres honrados se arruinan por un granuja —dijo él lúgubrementes—. Tal como estoy ahora, el dinero de mis acreedores está a salvo hasta el último céntimo; pero no sé dónde encontrar el mío, quizá se haya perdido todo y esté en la miseria. Por lo tanto, es el dinero de mis acreedores el que tendría que arriesgar.

—Pero si sale bien no tienen por qué saberlo nunca. ¿Es una especulación tan peligrosa? Estoy segura de que no, o no se te habría ocurrido nunca. Si sale bien...

—Sería un hombre rico y mi tranquilidad de conciencia desaparecería.

—¡Vamos! No perjudicarías a nadie.

—No; pero habría corrido el riesgo de arruinar a muchos por mi propio enriquecimiento mezquino. ¡Lo he decidido, madre! No lamentarás mucho que dejemos esta casa, ¿verdad, querida madre?

—No, pero me partiría el corazón que fueras distinto de lo que eres. ¿Qué puedes hacer?

—Ser siempre el mismo John Thornton, sean cuales sean las circunstancias; procurar obrar bien y cometer grandes errores; y entonces intentar empezar de nuevo con valor. Pero es difícil, madre. He trabajado tanto y he hecho tantos planes. He descubierto fuerzas nuevas en mi situación demasiado tarde, y ahora todo ha terminado. Soy demasiado mayor para empezar de nuevo con el mismo ánimo. Es difícil, madre.

Se volvió y se cubrió la cara con las manos.

—No entiendo cómo puede ser —dijo ella, con un tono triste y desafiante—. Aquí está mi muchacho: buen hijo, hombre justo y de buen corazón, y fracasa en todo lo que emprende. Conoce a una mujer que amar, y no se preocupa más de su afecto que si fuera un hombre corriente; trabaja y su trabajo se reduce a nada. Otros prosperan y se hacen ricos y mantienen sus nombres mezquinos encumbrados y libres de vergüenza.

—La vergüenza nunca me ha tocado —dijo él en voz baja, pero ella continuó:

—A veces me he preguntado dónde estaba la justicia y ya no creo que exista tal cosa en el mundo, y ahora tú llegas a esto; tú, mi John Thornton, ¡tú y yo podríamos ser mendigos juntos, mi querido hijo!

Se inclinó y le besó la cabeza con lágrimas en los ojos.

—¡Madre! —dijo él, abrazándola con ternura—, ¿quién me ha dado la buena y la mala suerte en la vida?

Ella movió la cabeza. No quería saber nada de la religión precisamente en aquel momento.

—Madre —continuó él, advirtiéndole que ella no iba a decir nada—, yo también me he rebelado, pero me esforcé para no seguir haciéndolo. Ayúdame como lo hiciste cuando era pequeño. Entonces decías muchas palabras buenas, cuando murió mi padre y a veces teníamos tan pocas comodidades, lo que no ocurrirá nunca ahora. Tú decías entonces palabras nobles, valientes y confiadas, que han permanecido latentes en mí y que nunca he olvidado. Háblame así ahora, madre. No tenemos que pensar que el mundo ha endurecido demasiado nuestros corazones. Si me dijeras las mismas palabras amables me harían sentir algo de la piadosa sencillez de la infancia. Me las repito, pero sería distinto si las pronunciaras tú, recordando todas las preocupaciones y pruebas que has tenido que soportar.

—Que han sido muchas —dijo ella, sollozando—, pero ninguna tan dolorosa como ésta. ¡Verte bajar del lugar que te corresponde! Lo haría por mí, John, pero no por ti. ¡No por ti! Dios ha considerado oportuno ser muy duro contigo, mucho.

Se agitó con los sollozos, que son tan convulsivos cuando quien llora es una persona mayor. El silencio que la rodeaba la sorprendió al final y se calló para escuchar. Ningún ruido. Miró. Su hijo estaba sentado junto a la mesa, con los brazos extendidos sobre la misma y la cabeza inclinada hacia delante.

—¡Oh, John! —exclamó ella y le alzó la cara. La palidez y la extraña tristeza que vio en ella le hicieron pensar por un momento que eran

precursoras de la muerte. Pero cuando su semblante recobró el color natural, desapareció la rigidez y volvió a ser él mismo, la señora Thornton se dio cuenta de la bendición que era su hijo para ella por el simple hecho de existir y se disipó la mortificación material. Dio gracias a Dios por ello y sólo por ello, con un fervor que borró de su mente todos los sentimientos rebeldes.

Él no habló de inmediato. Abrió las contraventanas, y la luz rojiza del amanecer inundó la estancia. Pero soplaba viento del este y hacía un frío cortante. Llevaba así semanas. Aquel año no habría demanda de géneros ligeros de verano. Tendrían que renunciar a toda esperanza de reanimación del comercio.

Fue un gran consuelo haber tenido aquella conversación con su madre y estar seguro de que por más que pudieran guardar silencio a partir de entonces sobre todas aquellas preocupaciones, los dos comprendían los sentimientos del otro y estaban, si no en armonía, al menos tampoco en discordia en su forma de verlos. El marido de Fanny se disgustó por la negativa de Thornton a participar en la especulación que le había propuesto y retiró toda posibilidad de que pudiera considerársele capaz de ayudar con el dinero en efectivo, que en realidad el especulador necesitaba para su propia operación.

El señor Thornton no tuvo más remedio que hacer lo que temía desde hacía semanas: renunciar al negocio al que había dedicado tanto tiempo con tanto honor y éxito, y buscar un empleo subordinado. Marlborough Mills y la vivienda contigua estaban sujetos a un contrato de arrendamiento largo. Tendrían que realquilarlos si podían. Le ofrecieron en seguida algunos puestos. El señor Hamper se hubiera asegurado sus servicios de muy buena gana como socio sensato y experto de su hijo, a quien estaba estableciendo con un gran capital en una ciudad próxima. Pero el joven estaba poco educado en cuanto a información y nada en absoluto respecto a cualquier responsabilidad que no fuese conseguir dinero, y tan embrutecido tanto en cuanto a sus placeres como a sus pesares. El señor Thornton declinó participar en una asociación que frustraría los pocos planes que habían sobrevivido a la quiebra de su fortuna. Antes aceptaría ser un simple administrador, condición en la que podría tener cierto grado de poder aparte de la simple obtención de dinero, que tener que soportar los caprichos tiránicos de un socio adinerado con quien estaba seguro de que reñiría a los pocos meses.

Así que esperó y se hizo a un lado con verdadera humildad mientras se extendía por la Bolsa la noticia de la enorme fortuna que había hecho su cuñado con su osada especulación. El éxito trajo consigo su consecuencia material de gran admiración. Nadie era considerado tan sabio y perspicaz como el señor Watson.

Capítulo LI

Reencuentro

Era un caluroso atardecer de verano. Edith acudió al dormitorio de Margaret, la primera vez por costumbre, y la segunda vestida para la cena. Primero no encontró a nadie. Luego encontró a Dixon preparando el vestido de Margaret sobre la cama, pero Margaret no había llegado. Edith no podía estarse quieta.

—¡Por favor, Dixon! Esas flores azules horribles con ese vestido de color oro viejo no. ¡Vaya un gusto! Espera un momento que voy a buscar unos capullos de granado.

—No es de color oro viejo, señora. Es amarillo claro. Y el azul siempre ha combinado con el amarillo claro.

Pero Edith había vuelto con las flores encarnadas antes de que Dixon acabara de protestar.

—¿Dónde está la señorita Hale? —preguntó Edith en cuanto probó el efecto del aderezo. Luego añadió malhumorada—: No entiendo cómo permitió mi tía que cogiera esa costumbre excursionista en Milton. Siempre creo que va pasarle algo horrible en esos sitios espantosos en los que se mete. Yo no me atrevería nunca a ir por esas calles sin un sirviente. No son apropiadas para las damas.

Dixon seguía enfurruñada por el comentario despectivo sobre su gusto, así que replicó en tono bastante cortante:

—No me extraña nada cuando oigo a las damas hablar tantísimo de ser damas, y cuando son damas tan miedosas, delicadas y melindrosas además, digo que no me extraña que ya no haya santos en la tierra...

—¡Oh, Margaret! ¡Al fin llegas! Te necesito tanto. Pero qué coloradas tienes las mejillas del calor, pobrecita. Aunque sólo pienso en lo que ha hecho el pesado de Henry. Te aseguro que sobrepasa los límites de cuñado. Justo cuando mi fiesta estaba tan maravillosamente organizada, preparada precisamente para el señor Colthurst, aparece Henry, con una disculpa es cierto, y empleando tu nombre como excusa, y me pregunta si puede traer a ese señor Thornton de Milton, tu arrendatario, ya sabes, que está en Londres por algún asunto legal. Me desbaratará el número completamente.

—A mí me da lo mismo la cena. No me apetece nada —dijo Margaret en voz baja—. Dixon puede traerme una taza de té aquí y estaré en la sala cuando subáis. La verdad es que me gustaría descansar un poco.

—No, no, ni hablar. Estás palidísima, desde luego. Pero es sólo el calor y no podemos arreglarnos sin ti. (Esas flores un poco más abajo, Dixon. Parecen llamas gloriosas en tu cabello negro, Margaret). Sabes que lo hemos organizado para que hables de Milton con el señor Colthurst. ¡Vaya, pero si resulta que ese hombre es de Milton! Creo que será estupendo después de todo. El señor Colthurst puede sonsacarle todos los temas que le interesan y será divertidísimo rastrear tus experiencias y la sabiduría de ese señor Thornton en el próximo discurso del señor Colthurst en la Cámara. La verdad, me parece que es un acierto de Henry. Le pregunté si era un hombre del que uno se avergonzaría. Y me contestó: «No si tienes el menor juicio, hermanita». Así que espero que sea capaz de pronunciar las haches, que no es un logro corriente de Darkshire, ¿eh, Margaret?

—¿Te ha dicho el señor Lennox por qué está en la ciudad el señor Thornton? ¿Tiene algo que ver el asunto legal con la propiedad? —preguntó Margaret en tono forzado.

—Oh, ha fracasado o algo por el estilo de lo que Henry te habló aquel día que te dolía tanto la cabeza..., ¿qué era? (Así, estupendo, Dixon. La señorita Hale nos hace honor, ¿a que sí?). Me gustaría ser tan alta como una reina y tan morena como una gitana, Margaret.

—Pero ¿qué me dices del señor Thornton?

—¡Bueno! En realidad tengo muy mala cabeza para los asuntos legales. Pero Henry te lo explicará todo encantado. Sé que la impresión general de lo que me dijo es que el señor Thornton anda mal de dinero y que es un hombre muy respetable y que tengo que ser muy amable con él. Y como no sabía cómo, acudí a ti para pedirte ayuda. Y ahora acompáñame abajo y descansa en el sofá un cuarto de hora.

El cuñado privilegiado llegó temprano. Margaret empezó a preguntarle lo que quería saber del señor Thornton, ruborizándose mientras hablaba.

—Ha venido por el subarriendo de la propiedad, Marlborough Mills, y la casa y los edificios colindantes, creo. No puede mantenerlo y hay que revisar las escrituras y los contratos de arrendamiento y redactar nuevos acuerdos. Espero que Edith le reciba como es debido, aunque me di cuenta de que le molestaba que me hubiera tomado la libertad de invitarle. Pero pensé que a usted le agradaría demostrarle alguna atención, y habría que ser especialmente escrupuloso en mostrar todo el respeto del mundo a un hombre que va de capa caída. —Estaba sentado al lado de Margaret y había bajado la voz para hablar con ella. Pero en cuanto terminó, se levantó de un salto y presentó al señor Thornton a Edith y al capitán Lennox.

Margaret observó con expresión inquieta al señor Thornton mientras estaba

así ocupado. Hacía bastante más de un año que no lo veía, y había cambiado mucho con los acontecimientos acaecidos en ese tiempo. Su espléndida planta le hacía destacar incluso entre los hombres de estatura corriente y le daba un aire distinguido por la desenvoltura que emanaba de ella, y que le era natural. Pero parecía avejentado y agobiado por las preocupaciones, aunque mostraba una noble serenidad que impresionó a quienes acababan de enterarse de su cambio de posición, con una sensación de dignidad innata y fortaleza varonil. Advirtió la presencia de Margaret a la primera ojeada que dio a la habitación. Había visto su expresión de ocupación atenta mientras escuchaba al señor Henry Lennox; y se acercó a ella con la actitud mesurada de un viejo amigo. Con sus primeras palabras tranquilas afloró a las mejillas de Margaret un color vívido que no las abandonaría en toda la velada. Parecía que no tenía mucho que decirle. Le decepcionó con su modo tranquilo de hacerle las preguntas que a él le parecían estrictamente necesarias sobre sus antiguos conocidos de Milton. Pero se acercaron otros invitados más íntimos de la casa que él, y volvió al fondo, donde el señor Lennox y él hablaron de vez en cuando.

—¿Qué le parece la señorita Hale? Tiene muy buen aspecto, ¿verdad? —comentó el señor Lennox—. Milton no le sienta bien, supongo. Porque cuando volvió a Londres al principio pensé que no había visto nunca a nadie tan cambiado. Esta noche está radiante. Y está mucho más fuerte. El otoño pasado se fatigaba con un paseo de dos millas. El viernes por la tarde caminamos hasta Hampstead, ida y vuelta. Pero el sábado estaba tan bien como ahora.

«¿Fuimos? ¿Quiénes? ¿Ellos dos solos?».

El señor Colthurst era un hombre muy inteligente y nuevo miembro del Parlamento. Tenía buena vista para apreciar el carácter de las personas y le impresionó un comentario que hizo el señor Thornton durante la cena. Preguntó a Edith quién era aquel caballero; y ella descubrió sorprendida por el tono del «¡No me diga!» de él que el nombre del señor Thornton de Milton no le era desconocido como había supuesto. La cena estaba yendo muy bien. Henry estaba de buen humor y lució su ingenio mordaz admirablemente. El señor Thornton y el señor Colthurst encontraron algunos temas de interés común que sólo pudieron rozar, reservándolos para la conversación más privada de sobremesa. Margaret estaba bellísima con las flores de granado. Y aunque se retrepó en la silla y habló poco, Edith no se enojó, porque la conversación fluía suavemente sin ella. Margaret observaba la cara del señor Thornton. Él no la miraba nunca, así que podía estudiarle sin que él la observara y advertir los cambios que aquel breve espacio de tiempo había causado en él. Sólo se le iluminó la cara ante una broma inesperada del señor Lennox, volviendo a su antigua expresión de intenso placer; el brillo alegre volvió a sus ojos, abrió los labios lo justo para sugerir la brillante sonrisa de otros tiempos. Y, por un instante, su mirada buscó instintivamente la de ella

como si necesitara su comprensión. Pero cuando sus ojos se encontraron, su gesto cambió y volvió a ser serio y preocupado. Y durante el resto de la cena evitó resueltamente mirar incluso hacia donde estaba ella.

Sólo había otras dos damas además de las de la casa, y como éstas estaban ocupadas conversando con Edith y con su tía, cuando subieron a la sala, Margaret se concentró en una labor. Al final subieron los caballeros: el señor Colthurst y el señor Thornton conversando animadamente. El señor Lennox se acercó a Margaret y le dijo en voz baja:

—De verdad creo que Edith tiene que darme las gracias por mi aportación a su fiesta. No tiene ni idea de lo agradable y juicioso que es ese arrendatario suyo. Él mismo ha dado al señor Colthurst todos los datos que quería saber. No entiendo cómo se las ha ingeniado para llevar mal sus asuntos.

—Con sus dotes y oportunidades, usted habría triunfado —dijo Margaret.

A él no le hizo gracia el tono del comentario, si bien las palabras sólo expresaban una idea que ya se le había pasado por la mente. Guardó silencio. Les llegó el crescendo de la conversación que mantenían junto a la chimenea el señor Colthurst y el señor Thornton.

—Le aseguro que he oído hablar de ello con sumo interés. Mejor dicho, con curiosidad respecto al resultado. Oí mencionar su nombre con frecuencia durante mi breve estancia en la zona. —Se perdieron algunas palabras; y cuando volvieron a oír, hablaba el señor Thornton.

—No poseo las condiciones necesarias para la popularidad, por lo que creo que se equivocaban si hablaron de mí de ese modo. Inicié los nuevos proyectos lentamente; y me cuesta dejar que me conozcan incluso aquellos a quienes deseo conocer y con quienes no tendría ninguna reserva. Sin embargo, y pese a todos esos inconvenientes, me pareció que estaba en el buen camino y que, a partir de una especie de amistad con uno estaba conociendo a muchos. Las ventajas eran recíprocas. Estábamos enseñándonos unos a otros consciente e inconscientemente.

—Dice usted «estábamos». Confío en que piense seguir el mismo curso.

—Tengo que interrumpir, Colthurst —dijo Henry Lennox apresuradamente. Y con una pregunta brusca pero pertinente, cambió el curso de la conversación para ahorrar al señor Thornton la vergüenza de tener que reconocer su fracaso y su consiguiente cambio de posición. Pero en cuanto el nuevo tema se agotó, el señor Thornton reanudó la conversación en el mismo punto en que los había interrumpido y respondió a la pregunta del señor Colthurst.

—He fracasado en los negocios y he tenido que abandonar mi posición de

patrono. Ahora estoy a la espera de un puesto en Milton, donde tal vez encuentre empleo con alguien que me permita seguir mi propio camino en asuntos como éstos. Puedo confiar en mí mismo porque no tengo teorías decididas que llevar precipitadamente a la práctica. Mi único deseo es tener la oportunidad de mantener alguna relación con los obreros aparte del mero «nexo monetario», pero podría ser el punto que buscó Arquímedes para mover la Tierra, a juzgar por la importancia que le dan algunos de nuestros fabricantes, que sacuden la cabeza y se ponen serios en cuanto menciono un par de experimentos que me gustaría probar.

—Veo que los llama «experimentos» —dijo el señor Colthurst, con un sutil aumento de respeto en su actitud.

—Porque creo que lo son. No estoy seguro de las consecuencias que puedan derivarse de ellos. Pero sí estoy seguro de que deben probarse. He llegado al convencimiento de que las simples instituciones, por mucha sabiduría y mucha reflexión que haya requerido organizarlas y concertarlas, no pueden unir a las clases como debería hacerse, a menos que el desarrollo de dichas instituciones pusiese en contacto personal realmente a individuos de diferentes clases. Esa relación es el auténtico aliento vital. No se puede conseguir que un trabajador sienta y sepa lo mucho que su empleador puede haber trabajado estudiando los planes en beneficio de sus obreros. Un plan completo surge como una máquina, aparentemente adaptado a cualquier emergencia. Pero los trabajadores lo aceptan lo mismo que la maquinaria, sin comprender la reflexión y el esfuerzo mental intensos y previos necesarios para llevarlo a esa perfección. Sin embargo, tengo una idea cuyo desarrollo exigiría la relación personal. Tal vez no fuera bien al principio, pero con cada obstáculo que se presentase se interesaría mayor número de hombres y al final todos desearían que tuviera éxito, ya que todos habrían participado en su elaboración. Y estoy seguro de que incluso entonces perdería vitalidad, dejaría de estar vivo en cuanto dejara de contar con ese interés común que hace siempre que la gente encuentre medios y modos de verse unos a otros y familiarizarse los unos con el carácter y la personalidad de los otros, e incluso con sus manías y formas de hablar. Nos comprenderíamos unos a otros mejor, e incluso me aventuraría a decir que nos gustaríamos más.

—¿Y cree usted que evitaría la recurrencia de las huelgas?

—No, en absoluto. Mi máxima expectativa sólo llega hasta esto: que haga que las huelgas dejen de ser las fuentes ponzoñosas y amargas de odio que han sido hasta ahora. Un hombre más optimista podría imaginar que una relación más estrecha y cordial entre las clases acabaría con las huelgas. Pero yo no soy un hombre optimista.

Y entonces, como si se le hubiera ocurrido de pronto una nueva idea, se

acercó a donde estaba sentada Margaret y le dijo sin preámbulos, como si supiera que ella lo había escuchado todo:

—Señorita Margaret, recibí una petición de algunos de mis hombres, sospecho que con la letra de Higgins, declarando su deseo de trabajar para mí si alguna vez vuelvo a estar en condiciones de emplearlos por mi cuenta. Está bien, ¿no le parece?

—Sí. Muy bien. Me alegro —contestó Margaret, alzando la vista y mirándole directamente a la cara con sus ojos expresivos, que bajó ante la elocuente mirada de él. El volvió a mirarla un momento como si no supiera a qué atenerse. Luego suspiró, se dio la vuelta diciendo «sabía que le gustaría» y no volvió a hablar con ella hasta que le dirigió un ceremonioso «buenas noches».

Cuando el señor Lennox se despidió, Margaret le dijo sin poder contener el rubor y cierta vacilación:

—¿Podría hablar con usted mañana? Necesito su ayuda acerca de... de algo.

—Por supuesto. Vendré a la hora que me diga. No puede proporcionarme mayor placer que el de permitirme servirla en lo que sea. ¿A las once? De acuerdo.

Un brillo jubiloso animó la mirada del señor Lennox. ¡Cómo estaba aprendiendo a contar con él! Todo parecía indicar que cualquier día de aquellos le daría la certidumbre, sin la que había decidido no proponerle matrimonio de nuevo.

Capítulo LII

Se despejan las nubes

Edith iba de un sitio a otro de puntillas, y detuvo a Sholto en pleno discurso en voz alta aquella mañana, como si cualquier ruido súbito pudiera interrumpir la conferencia que se celebraba en la sala. Llegaron las dos, y seguían allí sentados con las puertas cerradas. Luego se oyeron pasos de hombre rápidos escaleras abajo y Edith se asomó.

—¿Bien, Henry? —preguntó con expresión inquisitiva.

—¡Bien! —dijo él, bastante brusco.

—¡Ven a almorzar!

—No, gracias. No puedo. Ya he perdido demasiado tiempo aquí.

—¡Entonces no está todo arreglado! —exclamó Edith desanimada.

—No, en absoluto. Y nunca lo estará, si te refieres a lo que supongo. Eso no ocurrirá nunca, Edith, así que olvídalos, ¿quieres?

—Pero sería tan agradable para todos —alegó Edith—. Yo me sentiría siempre cómoda con los niños sabiendo que Margaret está cerca. Ahora siempre tengo miedo de que se vaya a Cádiz.

—Si me caso, procuraré buscar una señorita que sepa manejar a los niños. Es todo lo que puedo hacer. La señorita Hale no me aceptaría. Y yo no se lo pediría.

—¿Entonces de qué habéis estado hablando?

—De mil cosas que tú no entenderías: inversiones, contratos de alquiler y valor del suelo.

—Pues márchate si eso es todo. Sois insoportablemente estúpidos los dos si habéis estado hablando de cosas tan aburridas todo este tiempo.

—Muy bien. Volveré mañana y traeré al señor Thornton conmigo para hablar un poco más con la señorita Hale.

—¡El señor Thornton! ¿Qué tiene que ver él con eso?

—Es arrendatario de la señorita Hale —dijo el señor Lennox, dándose la vuelta—. Y quiere rescindir el contrato.

—Bueno, muy bien, no entiendo los detalles, así que no me los expliques.

—El único detalle que quiero que entiendas es que nos dejéis disponer del gabinete sin molestarnos como hoy. Los niños y las sirvientas no paran de entrar y salir y no me dejan explicar bien nada; y los acuerdos que tenemos que hacer mañana son importantes.

Nadie supo nunca por qué no acudió a su cita al día siguiente el señor Lennox. El señor Thornton llegó a la hora convenida; y, tras hacerle esperar durante casi una hora, Margaret se presentó al fin muy pálida e inquieta.

Empezó apresuradamente:

—Lamento mucho que no haya venido el señor Lennox, él lo habría hecho mucho mejor de lo que puedo hacerlo yo. Es mi asesor en esto...

—Lamento haber venido si le molesta. ¿Quiere que vaya al bufete del señor Lennox e intente encontrarlo?

—No, gracias. Quiero que sepa lo mucho que me apenó saber que voy a perderlo como arrendatario. Pero el señor Lennox dice que seguro que las

cosas mejorarán...

—El señor Lennox sabe poco de eso —dijo el señor Thornton con calma—. Es feliz y afortunado en todo lo que aprecia un hombre y no comprende lo que es ver que ya no eres joven, pero que has de volver al punto de partida que requiere la alentadora energía de la juventud, y sientes que se te ha pasado la mitad de la vida y que no has hecho nada, que no queda nada de la oportunidad desaprovechada más que el amargo recuerdo de lo que ha sido. Señorita Hale, preferiría no saber la opinión del señor Lennox sobre mis asuntos. Los que son felices y prósperos suelen quitar importancia a los infortunios de los demás.

—Es usted injusto —dijo Margaret amablemente—. El señor Lennox sólo ha comentado que cree que existe una excelente probabilidad de que recupere usted, más que recuperar, lo que ha perdido. No hable hasta que haya acabado, se lo ruego.

Margaret recobró una vez más el dominio de sí misma mientras hojeaba algunos documentos legales y extractos de cuentas apresurada y temblorosamente.

—¡Vaya! Aquí está, y... él me redactó una propuesta, ojalá estuviera aquí para explicarla, que demuestra que si aceptara usted una cantidad de dinero mío, mil ochocientas cincuenta y siete libras, que en este momento están inmovilizadas en el banco y que sólo me aportan el dos y medio por ciento, podría pagarme usted un interés mucho más alto y Marlborough Mills podría seguir funcionando. —Se le había aclarado la voz, que era más firme ahora. El señor Thornton guardó silencio, y ella siguió, buscando algún documento en el que estaban escritas las propuestas de garantía, procurando ante todo dar al asunto un cariz de mero acuerdo comercial en el que ella tendría la principal ventaja. El corazón de Margaret dejó de latir al oír el tono en que el señor Thornton dijo algo mientras ella buscaba dicho documento. Su voz era ronca y temblorosa de tierna pasión cuando dijo:

—¡Margaret!

Ella alzó la vista un instante; y luego intentó ocultar sus ojos luminosos, apoyando la cabeza en las manos. Él imploró de nuevo, acercándose, con otra apelación trémula y anhelante a su nombre:

—¡Margaret!

Ella bajó todavía más la cabeza, ocultando así aún más la cara hasta apoyarla casi en la mesa que tenía delante. Él se acercó más. Se arrodilló a su lado para quedar a su altura y le susurró jadeante estas palabras al oído:

—Cuidado. Si no dice nada, la reclamaré como propia de algún modo

presuntuoso y extraño. Si quiere que me marche dígamelo ahora mismo. ¡Margaret!

A la tercera llamada, ella volvió hacia él la cara, cubierta aún con las manos pequeñas y blancas, y la posó en su hombro sin retirar las manos. Y era demasiado delicioso sentir la suave mejilla de ella en la suya para que él deseara ver intensos arreboles o miradas amorosas. La estrechó. Pero ambos guardaron silencio. Al fin, ella susurró con voz quebrada:

—¡Oh, señor Thornton, no soy lo bastante buena!

—¡No es bastante buena! No se burle de mi profundo sentimiento de indignidad.

Al cabo de unos minutos, él le retiró con cuidado las manos de la cara y le colocó los brazos donde habían estado una vez para protegerle de los alborotadores.

—¿Te acuerdas, cariño? —susurro—. ¿Y la insolencia con que te correspondí al día siguiente?

—Recuerdo lo injustamente que te hablé, sólo eso.

—¡Mira! Alza la cabeza. ¡Quiero enseñarte algo!

Ella volvió la cara hacia él despacio, radiante de bella vergüenza.

—¿Conoces estas rosas? —preguntó él, sacando unas flores secas de la cartera en la que estaban guardadas como un tesoro.

—¡No! —contestó ella con sincera curiosidad—. ¿Te las regalé yo?

—No, vanidosa, no lo hiciste. Podrías haber llevado rosas iguales, seguramente.

Ella las observó pensativa un momento, luego esbozó una leve sonrisa y dijo:

—Son de Helstone, ¿a que sí? Lo sé por los bordes aserrados de las hojas. ¡Oh! ¿Has estado allí? ¿Cuándo?

—Quería ver el lugar donde Margaret había llegado a ser lo que es, incluso en el peor momento, cuando no tenía ninguna esperanza de que me aceptara alguna vez. Fui al regresar de Havre.

—Tienes que dármelas —dijo ella, e intentó quitárselas de la mano con ligera violencia.

—Muy bien. ¡Pero tienes que pagarme por ellas!

—¿Cómo voy a decírselo a tía Shaw? —susurró ella, después de un rato de delicioso silencio.

—Déjame que hable yo con ella.

—¡Oh, no! Debo decírselo yo. Pero ¿qué crees que dirá?

—Lo supongo. Su primera exclamación será: «¡Ese hombre!».

—¡Calla! —dijo Margaret—, o intentaré mostrarte los indignados tonos de tu madre cuando diga: «¡Esa mujer!».